TIEMPOS OSCUROS

Una Visión
del Fantástico
Internacional

ISSN: 2340-8332

EDITORIAL

Y me permito hacerles un ruego: si en algún momento tropiezan con una historia, o con alguna de las criaturas que transmiten mis libros, por favor créanselas. Créanselas porque me las he inventado.

Ana María Matute, *Discurso del Premio Cervantes.*

Finalmente, estoy perfilando los detalles de la revista Tiempos Oscuros nº3 y me invade una duda: ¿estoy ante una revista o una antología?

Podría apelar al sí rotundo del editor, ya que el pobre antologador siempre se verá impulsado por las mareas editoriales y, al final, su proyecto ni siquiera llevará el título que lo desveló tantas noches, o el hecho de mantener a cada autor con daga y espada en su lugar, o permitir simplemente la entrada de otros autores por políticas (me repito) editoriales. No, no es una antología definitivamente.

En la revista se hallan todos los nombres que yo deseaba que se encontrasen

julio- diciembre/ 2014/#3

Asociación Cultural miNatura Soterranià

Revista Tiempos Oscuros *Una visión del Fantástico Internacional*

ISSN: 2340-8332

Directores:

Ricardo Acevedo Esplugas

Carmen Rosa Signes Urrea

Editor:

Ricardo Acevedo Esplugas

Equipo Editorial:

Cristina Jurado Marcos

Pablo Martínez Burkett

Dirección postal:

Avenida del Pozo 7 San Juan de Moró, 12130, Castellón de la Plana, España.

Portada: *Tiempos Oscuros nº3*/ Alejandro Doménech (España)

Contraportada: *Rozterki młodego zegarmistrza* (2013) / Jarosław Jaśnikowski (Polonia)

Las colaboraciones deben ser enviadas a: revistatiempososcuros@yahoo.es

Pueden seguir nuestra publicación a través:

http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/tiempososcuros/

Prohibida la reproducción completa o parcial de la revista (textos o ilustraciones) sin el permiso de la Dirección y/o autores.

Todos los trabajos presentados respetan las leyes vigentes del copyright.

y los que no están, ya sea por motivos de tiempo o simplemente deseos, ya tendrán más oportunidades.

En este Tiempos Oscuros nº3 Especial España tenemos el honor de presentar entre sus páginas a:

Alberto Morán Roa; Athman M Charles; Beatriz T. Sánchez; Carmen Rosa Signes Urrea; Cristina Jurado; Leopoldo Alas "Clarin"; Darío Vilas Couselo; David Mateo Escudero; David Roas; Eduardo Vaquerizo; Elena Fortanet Muñoz; Elia Barceló; Emilio José Ocampos Palomar; Félix J Palma; Fernando Polanco Muñoz; Garci Rodríguez De Montalvo; Gustavo Adolfo Bécquer; J. E. Álamo; Javier Arnau; Javier Negrete; Jesús Cañadas; Jorge Fernández Miranda Capote; José Carlos Somoza; José Manuel Mariscal Eligio; José Miguel Vilar-Bou; Juan Ángel Laguna Edroso; Juan Carlos Toledano Redondo; Juan de Dios; Garduño; Juan Miguel Aguilera;Olga Besolí; Patxi Larrabe; Pé de J. Pauner —seud.—; Pilar Pedraza; Rafael Marín; Ricardo Manzanaro; Salomé Guadalupe Ingelmo; Santiago Eximeno; Sergio Mars; Sergio R. Alarte; Sofia Rhei; Víctor Conde; Víctor Manuel Valenzuela Real.

Todo un lujo contar con lo mejor de las letras del fantástico español desde sus orígenes hasta nuestros días, sin olvidar nombres que, ya de por sí, son una institución en este género, tocando de una forma u otra todos los palos: distopías, space opera, zombies, épico, vampiros o fantasmas, sólo para citar algunos de los temas tratados. Desfilan por estas páginas el sutil horror gótico, el wired más canalla y el hard más sesudo.

Debo agradecer el apoyo de *Valdemar*[1] y *Kelonia Ediciones*[2] por abrir sus puertas a mi curiosidad y ofrecerme su amplia gama de temas y escritores. Y a grandes amigos de la talla de Juan Pablo Noroña con su enciclopédico conocimiento del tema y la lista de nombres (de los cuales, todos me fueron útiles) dados por mi equipo editorial, sin los cuales estaría sordo y ciego ante lo que se cocina en el panorama fantástico.

[1] http://www.valdemar.com/

[2] http://kelonia-editorial.blogspot.com.es/

Pero qué son un puñado de palabras agrupadas, más o menos exitosamente con el objetivo de narar una historia, sin la imagen correcta y con la que se nos introduce en el universo privado del escritor. Aquí están todos estos ilustradores a los que agradezco[3] su colaboración:

Ali Kiani Amin (Irán); Lucian Stanculescu (Rumania); Aurora Gorrión —seud.— (España); Bart Tiongson Art (EE.UU.); Chet Zar (EE.UU.); Darek Zabrocki (Polonia); Mateusz Ożmiński (Polonia); Phuoc Quan (República Democrática de Vietnam); Edison Montero (República Dominicana); Grzegorz Krysinski (Polonia); Alex Andreyev (Rusia); Janet Ruiz (Cuba); Joel Chang (EE.UU.); Jonathan González Gómez (España); Kirsi Salonen (Finlandia); Loic Z Zimmermann (Francia); Chubasco –seud.- (México); Lukas Kuhn (Alemania); M. C. Carper (Argentina); Marc Bou (España); Marcela Bolívar (Colombia); Mikhail Rakhmatullin (Rusia); Thomas Wievegg (Suiza); Pedro Belushi (España); Rafa Castelló Escrig (España); Scott Listfield (EE.UU.); Alejandro Colucci (Uruguay); Dani Torrent (España); Yuly Alejo (España); Roz Ilustration (Argentina); Jérémie Fleury (Francia); George Lovesy (Nueva Zelanda); Tomasz Chistowski (Polonia); Vaggelis Ntousakis (Grecia); Wickedman –seud.- (España); Kai Lim (República de Singapur); William Basso (EE.UU.); Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba); Zdzisław Beksiński (Polonia).

Y cómo no, gracias a ti, fiel lector que permaneces lejano, expectante, como un posible personaje de cualquiera de estos cuentos, que hoy leerás en tablet u ordenador. Esperamos cumplir con las expectativas y que todas las historias, incluida la más modesta, te sean gratas, haciendo que este proyecto haya valido la pena.

A la memoria de Ana María Matute. *En tu tumba nunca faltarán las flores de arzadú.*

Ricardo Acevedo E.

San Juan de Moró, 4 de julio de 2014

[3] Una salutación especial merece la contundente portada del ilustrador Alejandro Doménech quien ha sabido captar la esencia de este especial dedicado a España.

CONVOCATORIA SELECCIÓN DE TEXTOS TIEMPOS OSCUROS Nº4

La Revista Digital Tiempos Oscuros (Un panorama del Fantástico Internacional) tiene el placer de dar a conocer la convocatoria para confeccionar su cuarta entrega, un número dedicado, al contrario de otras ediciones, en esta ocasión estará centrado en República Dominicana y Puerto Rico.

Es por ello que todos aquellos escritores dominicanos y puertorriqueños que deseen participar en la selección de los textos que compondrán el número cuatro de la revista digital Tiempos Oscuros deberán atenerse a las siguientes bases.

BASES:

1. Podrán participar todos aquellos escritores dominicanos y puertorriqueños, residentes o no en su país de origen, con obras escritas en castellano.

2. Los textos deberán ser afines al género fantástico, la ciencia ficción o el terror.

3. Los trabajos, cuentos de entre 5 a 10 páginas, deben estar libres de derechos o en su defecto se aceptarán obras con la debida autorización del propietario de los derechos de la misma.

4. Los trabajos deberán enviarse en documento adjunto tipo doc (tamaño de papel DinA4, con tres centímetros de margen a cada lado, tipografía Time New Roman puntaje 12 a 1,5 de interlineado). Dicho archivo llevará por nombre título + autor de la obra y junto a él se incluirá en el mismo documento plica que incluirá los siguientes datos: título del cuento, nombre completo, nacionalidad, dirección electrónica, declaración de la autoría que incluya el estado del texto (si es inédito o si ha sido publicado, en este segundo supuesto deberá incluir dónde se puede encontrar y las veces que ha sido editado, tanto si es digital como en papel, y si tiene los derechos comprometidos se deberán incluir los permisos pertinentes). Junto a todos estos datos también pedimos la inclusión de un breve currículum literario que será publicado en la revista y una fotografía del autor si lo desea para el mismo fin.

5. En ningún supuesto los autores pierden los derechos de autor sobre sus obras.

6. La dirección de recepción de originales es:

revistatiempososcuros@yahoo.es

En el asunto deberá indicarse: COLABORACIÓN TIEMPOS OSCUROS Nº4

7. Las colaboraciones serán debidamente valoradas con el fin de realizar una selección acorde con los intereses de la publicación.

8. Los editores se comprometen a comunicar a los autores, que envíen sus trabajos, la inclusión o no del texto en la revista. Nos encantaría poder incluirlos todos pero nos hacemos al cargo sobre el volumen de textos que se podemos llegar a recibir.

9. Todos los trabajos recibirán acuse de recibo.

10. La participación supone la total aceptación de las normas.

11. El plazo de admisión comenzará desde la publicación de estas bases y finalizará el 1º de noviembre de 2014. (No se admitirán trabajos fuera del plazo indicado).

Ricardo Acevedo Esplugas

Carmen Rosa Signes Urrea

Directores de la Revista Digital Tiempos Oscuros

Índice:

01/ Portada: *Tiempos Oscuros nº3*/ Alejandro Doménech (España)

02/ Editorial

05/ Convocatoria

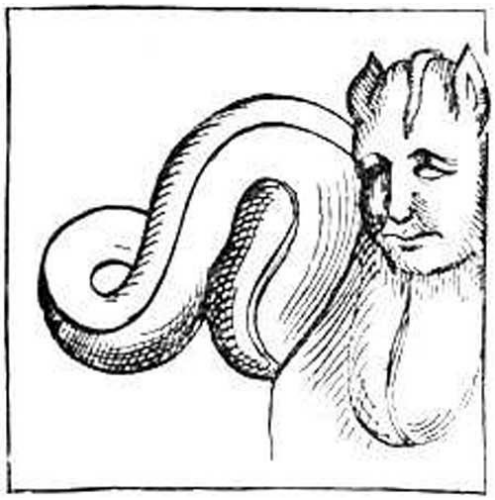
08/ Índice

Clásicos:

15/ Amadis De Gaula (fragmento)/ Garci Rodríguez De Montalvo

32/ La cruz del diablo/ Gustavo Adolfo Bécquer

51/ Cuento futuro/ Leopoldo Alas "Clarin"



Contemporáneos:

81/ Habrá un día en que todos… / Rafael Marín

97/ Los ojos de Jaime / Elia Barceló

104/ Los ojos azules / Pilar Pedraza

113/ La fiesta del Cometa / Juan Miguel Aguilera

135/ Toda una vida / Javier Negrete

150/ La nave de los albatros / Félix J. Palma

163/ La luz de la noche / José Carlos Somoza

168/ La invariante NOHC / Víctor Conde

201/ La guerra cálida / Sofia Rhei

206/ Lovot / Santiago Eximeno

216/ El viejo que cada día veía morir al sol desde su azotea / Juan de Dios Garduño (1980)

224/ Cerebro Mentor / David Mateo Escudero

237/ Héroes / J. E. Álamo

244/ Mytolítico / Sergio Mars

255/ Trenes y Mariposas / Eduardo Vaquerizo

260/ Hamelín / Jesús Cañadas

Noveles:

270/ El acólito / Sergio R. Alarte

280/ Babilonia debe caer / Salomé Guadalupe Ingelmo

289/ El Caminante Negro (poema) / Emilio José Ocampos Palomar

294/ Carina/ Jorge Fernández Miranda Capote

300/ De lo que aconteció a Pedro Arista en su vida como aprendiz de bandolero / Patxi Larrabe

308/ Descomposición / José Manuel Mariscal Eligio

316/ Desnudo bajo la lluvia / Athman M Charles

321/ El héroe, en peligro / Ricardo Manzanaro

329/ Los hombres de leche / José Miguel Vilar-Bou

338/ La Impronta / Pé de J. Pauner –seud. –

348/ Juanín, el brecha/ Fernando Polanco Muñoz

357/ La mascarada del Caballero Negro y el Caballero Blanco / Alberto Morán Roa

364/ El médico de pueblo / Carmen Rosa Signes Urrea

376/ El Mercader del Tiempo / J. Javier Arnau

391/ Normal / Cristina Jurado

403/ Por amor / Juan Carlos Toledano Redondo

416/ Reflejos / Elena Fortanet Muñoz

426/ El sapo / Beatriz T. Sánchez

440/ Timeless / Olga Besolí

446/ Tres flechas de hueso / Juan Ángel Laguna Edroso

459/ Una mirada, un libro y un trozo de tarta / Víctor Manuel Valenzuela Real

464/ Voluntad bajo cero / Darío Vilas Couselo

472/ Ensayo: Los inicios del cuento fantástico en España / David Roas

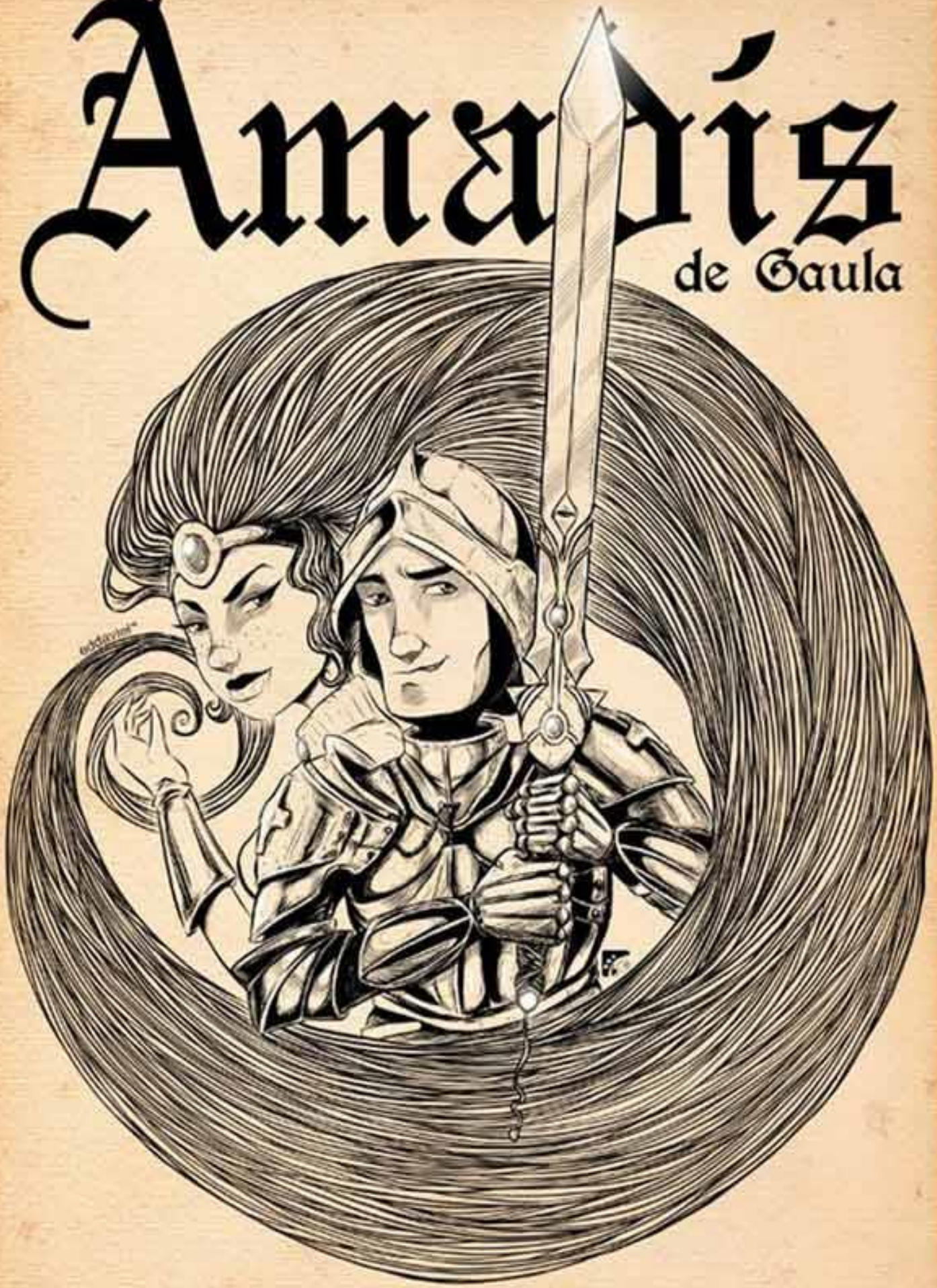
482/ Biografías

527/ Sobre el copyright de las imágenes

528/ Contraportada: *Rozterki młodego zegarmistrza (2013)* / Jarosław Jaśnikowski (Polonia)

lásicos

Amadís de Gaula



Amadis De Gaula[4]

(Fragmento)

Por Garci Rodríguez De Montalvo

Ilustrador: Amadis de Gaula/ Edison Montero (República Dominicana)

Libro III, Capitulo LXXIII

e cómo el noble Caballero de la Verde Espada, después de partido de Grasinda para ir a Constantinopla, le forzó fortuna en el mar, de tal manera que te arribó en la Ínsula del Diablo, donde halló una bestia fiera llamada Endriago.

Por la mar navegando el Caballero de la Verde Espada con su compaña la vía de Constantinopla, como oído habéis, con muy buen viento, súbitamente tornado al contrario como muchas veces acaece, fue la mar tan embravecida, tan fuera de compás, que ni la fuerza de la fusta que grande era, ni la sabiduría de los mareantes no pudieron tanto resistir, que muchas veces en peligro de ser anegada no fuese. Las lluvias eran tan espesas y los vientos tan apoderados y el cielo tan oscuro, que en gran desesperación estaban de ser las vidas remediadas por ninguna manera, ni lo podían creer así él, como el maestro Helisabad y los otros todos, si no fuese por la gran misericordia del muy alto Señor, y muchas veces la fusta, así de día como de noche, se les henchía de agua que no

[4] Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula (Zaragoza, 1508)

podían sosegar, ni comer, ni dormir, sin grandes sobresaltos, pues otro concierto alguno en ella no había, sino aquel que la fortuna le placía que tomase. Así anduvieron ocho días sin saber ni atinar a cuál parte de la mar anduviesen sin que la tormenta un punto ni momento cesase, en cabo de los cuales, con la gran fuerza de los vientos, una noche antes que amaneciese, la fusta a la tierra llegada fue tan reciamente, que por ninguna guisa la podían despegar. Esto dio gran consuelo a todos, como si de muerte a la vida tornados fueran, más la mañana venida, reconociendo los marineros en la parte que estaban, sabiendo ser allí la Ínsula que del Diablo se llamaba, donde una bestia fiera toda la había despoblado, en dobladas angustias y dolores sus ánimos fueron, teniéndolo en muy mayor grado de peligro que el que en la mar esperaban, e hiriéndose con las manos en los rostros llorando fuertemente, al Caballero de la Verde Espada se vinieron sin otra cosa le decir. Él, muy maravillado de ser allí su alegría en tan tristeza tornada, no sabiendo la causa de ello, estaba como embarazado, preguntándoles qué cosa tan súbita y breve, tan presto su placer en gran lloro mudara.

—¡Oh, caballero! —dijeron ellos—, tanta es la tribulación, que las fuerzas no bastan para la recontar. Mas cuéntela ese maestro Helisabad que bien sabe por qué razón esta Ínsula del Diablo tiene nombre.

El maestro, que no menos turbado que ellos era esforzado por el Caballero del Enano, temblando sus carnes, turbada la palabra con mucha gravedad y temor, contó al caballerolo que saber quería diciendo así:

—Señor Caballero del Enano; sabed que de esta ínsula que aportados somos fue señor un gigante. Bandaguido llamado, el cual con su braveza grande y esquiveza, hizo sus tributarios a todos los más gigantes que con él comarcaban. Éste fue casado con una giganta mansa, de buena condición y tanto cuanto el marido con su maldad de enojo y crueldad hacía a los cristianos matándolos y destruyéndolos; ella con piedad los reparaba cada vez que podía. En esta dueña hubo Bandaguido una hija, que después que en talle de doncella fue llegada tanto la naturaleza ornó y acrecentó en hermosura, que en gran parte del mundo otra mujer de su grandeza ni sangre que su igual fuese no se podía hallar, mas como la gran hermosura sea luego junto con la vanagloria y la vanagloria con el pecador, viéndose esta doncella tan graciosa y lozana y tan apuesta y digna de ser amada de todos y ninguno por la braveza del padre no la osara emprender,

tomó por remedio postrimero amar de amor feo y muy desleal a su padre, así que muchas veces siendo levantada su madre de cabe su marido, la hija viniendo allí mostrándole mucho amor, burlando y riendo con él lo abrazaba y besaba. El padre luego al comienzo aquello tomaba con aquel amor que de padre a hija se debía, pero la muy gran continuación y la gran hermosura demasiada suya y la muy poca conciencia y virtud del padre, dieron causa que sentido por él a qué tiraba el pensamiento de la hija, que aquel malo y feo deseo de ella hubiese efecto. De donde debemos tomar en ejemplo que ningún hombre en esta vida tenga tanta confianza de sí mismo que deje de esquivar y apartar la conversación y contratación, no solamente de las parientas y hermanas, más de sus propias hijas, porque esta mala pasión venida en el extremo de su natural encendimiento, pocas veces el juicio, la conciencia, el temor son bastantes de ponerle tal freno con que la retraer puedan. De este pecado tan feo y yerro tan grande se causó luego otro mayor. Así como acaece aquéllos que olvidando la piedad de Dios y siguiendo la voluntad del enemigo malo, quieren con un gran mal remediar otro, no conociendo que la medicina del pecador verdadera es el arrepentimiento verdadero y la penitencia, que le hace ser perdonado de aquel alto Señor, que por semejantes yerros se puso después de muchos tormentos en la Cruz, donde como hombre verdadero murió y fue como verdadero Dios resucitado. Que siendo este malaventurado padre en amor de la hija encendido, y ella asimismo en el suyo, porque más sin empacho el su mal deseo pudiesen gozar, pensaron de matar aquella noble dueña su mujer de él y madre de ella, siendo el gigante avisado de sus falsos ídolos en quien él adoraba, que si con su hija casase, sería engendrada una tal cosa en ella la más brava y fuerte que en el mundo se podría hallar, y poniéndolo por obra aquella malaventurada hija, que su madre más que a sí misma amaba, andando por una huerta, andando con ella, fingiendo la hija ver en un pozo una cosa extraña y llamando a la madre que lo viese, diole de las manos y echándola en lo hondo en poco espacio ahogada fue. Ella dio voces diciendo que su madre cayera en el pozo, acudieron todos los hombres y el gigante, que el engaño sabía, y como vieron la señora que muy amada de todos ellos era muerta, hicieron grandes llantos, más el gigante les dijo: "No hagáis duelo, que esto los dioses lo han querido y yo tomaré mujer en quien será engendrada tal persona por donde todos seremos muy temidos y enseñoreados sobre aquéllos que mal nos quieren". Todos callaron por miedo del gigante y no osaron hacer otra cosa. Y luego ese día, públicamente ante todos, tomó por su mujer a su hija Bandaguida, en la cual aquella malaventurada noche fue engendrada una animalia por ordenanza de los diablos, en quien ella y su padre y marido creían de la forma que aquí oiréis.

Tenía el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima había conchas sobrepuestas unas sobre otras, tan fuertes que ninguna arma las podía pasar, y las piernas y pies eran muy recios y gruesos, y encima de los hombros había alas tan grandes que hasta los pies le cubrían, y no de péndolas, más de un cuero negro como la pez luciente, velloso, tan fuerte que ninguna arma la podía empecer, con las cuales se cubría como lo hiciese un hombre con un escudo y debajo de ellas le salían brazos muy fuertes así como de león, todos cubiertos de conchas más menudas que las del cuerpo, y las manos había de hechura de águila, con cinco dedos y las uñas tan fuertes y tan grandes que en el mundo podía ser cosa tan fuerte que entre ellas entrase que luego no fuese deshecha. Dientes tenía dos en cada una de las quijadas, tan fuertes y tan largos, que de la boca un codo le salían. Y los ojos grandes y redondos, muy bermejos, como brasas, así que de muy lueñe siendo de noche eran vistos y todas las gentes huían de él. Saltaba y corría tan ligero que no había venado que por pies se le pudiese escapar, comía y bebía pocas veces y algunos tiempos ninguna, que no sentía en ello pena ninguna, toda su holganza era matar hombres y las otras animalias vivas, y cuando hallaba leones y osos, que algo se le defendían, tornaba muy sañudo y echaba por sus narices un humo tan espantable que semejaba llamas de fuego y daba unas voces roncas y espantosas de oír, así que todas las cosas vivas huían ante él como ante la muerte. Olía tan mal, que no había cosa que no emponzoñase, era tan espantoso cuando sacudía las conchas unas con otras y hacía crujir los dientes y las alas que no parecía sino que la tierra hacía estremecer. Tal es esta animalia, Endriago llamado, como os digo —dijo el maestro Helisabad—. Y aún más os digo, que la fuerza grande del pecado del gigante y de su hija causó que en él entrase el enemigo malo que mucho en su fuerza y crueldad acrecienta.

Mucho fue maravillado el Caballero de la Verde Espada de esto que el maestro le contó de aquel diablo. Endriago llamado, nacido de hombre y de mujer, y la otra gente muy espantado, más el caballero le dijo:

—Maestro, pues, ¿cómo cosa tan desemejada pudo ser nacida de, cuerpo de mujer?

—Yo os lo diré —dijo el maestro—, según se halla en un libro que el emperador de Constantinopla tiene, cuya fue esta ínsula, y hala perdido porque su poder no basta para matar este diablo, y sabed —dijo el maestro— que sintiéndose preñada aquélla de Bandaguido lo dijo al gigante y él hubo dello mucho placer, porque veía ser verdad lo que sus dioses le dijeran y así

creía que sería lo ál, y dijo que era menester tres o cuatro amas para que lo criasen, pues que había de ser la más fuerte cosa que hubiese en el mundo, pues creciendo aquella mala criatura en el vientre de la madre, como era hechura y obra del diablo, hacíala adolecer muchas veces. Y la color del rostro y de los ojos eran jaldados de color de ponzoña, mas todo lo tenía ella por bien creyendo que según los dioses lo habían dicho, que sería aquel su hijo el más fuerte y más bravo que se nunca viera, y que tal fuese que buscaría manera alguna para matar a su padre y que se casaría con el hijo, que este es el mayor peligro de los malos, enviciarse y deleitarse tanto en los pecados, que aunque la gracia del muy alto Señor en ellos expira, no solamente no la sienten ni la conocen, mas como cosa pesada y extraña le aborrecen y desechan, teniendo el pensamiento y la obra en siempre creer en las maldades como sujetos y vencidos de ellas. Venido pues el tiempo parió un hijo y no con mucha premia, porque las malas cosas hasta la fin siempre se muestran agradables. Cuando las amas que para le criar aparejadas estaban vieron criatura tan desemejada mucho fueron espantadas, pero habiendo gran miedo al gigante callaron y envolviéronle en los paños que para él tenían, y atreviéndose una de ellas más que las otras dio de la teta y él la tomó tan fuertemente que la hizo dar grandes gritos, y cuando se lo quitaron cayó ella muerta de la mucha ponzoña que la penetrara. Esto fue dicho luego al gigante y viendo aquel su hijo maravillóse de tan desemejada criatura y acordó de preguntar a sus dioses por qué le dieran tal hijo, y fuese al templo donde los tenía y eran tres, el uno figura de hombre, el otro de león y el tercero de grifo, y haciendo sus sacrificios les preguntó por qué le habían dado tal hijo. El ídolo que era figura de hombre le dijo: "Tal convenía que fuese, porque así como sus cosas serán extrañas y maravillosas, así conviene que lo sea él, especialmente en destruir los cristianos, que a nosotros procuran de destruir, y por esto yo le di de mí semejanza en hacerle conforme al albedrío de los hombres, de que todas las bestias carecen". El otro ídolo le dijo: "Pues yo quise dotarlo de gran braveza y fortaleza como los leones lo tenemos". El otro dijo: "Yo le di alas y uñas, y ligereza sobre cuantas animalias serán en el mundo". Oído esto por el gigante díjoles: "¿Cómo lo criaré que el ama fue muerta luego que le dio la teta?". Ellos le dijeron: "Haz que las otras dos amas le den de mamar y éstas también morirán, mas la otra que quedare criélo con la leche de tus ganados hasta un año, y en este tiempo será tan grande y tan hermoso como lo somos nosotros que hemos sido causa de su engendramiento, y cata que te defendemos que por ninguna guisa tú, ni tu mujer ni otra persona alguna no lo vean en todo este año, sino aquella mujer que te decimos que de él cure". El gigante mandó que lo hiciesen así como los ídolos se lo

dijeron y de esta forma fue criada aquella esquiva bestia, como oís. En cabo del año que supo el gigante del ama cómo era muy crecido y oíanle dar unas voces roncas y espantosas, acordó con su hija que tenía por mujer de ir a verlo y luego entraron en la cámara donde estaba, y viéronle andar corriendo y saltando. Y como el Endriago vio a su madre vino para ella y saltando echóle las uñas al rostro; y hendióle las narices y quebróle los ojos, y antes que de sus manos saliese fue muerta. Cuando el gigante lo vio, puso mano a la espada para lo matar, y dio se con ella en la pierna tal herida que toda la tajó y cayó en el suelo, y a poco rato fue muerto. El Endriago saltó por encima de él, y saliendo por la puerta de la cámara, dejando toda la gente del castillo emponzoñada, se fue a las montañas, y no pasó mucho tiempo, que los unos muertos por él, y los que barcas y fustas pudieron haber para huir por la mar, que la Ínsula no fuese despoblada, y así lo está, pasa ya de cuarenta años. Esto es lo que yo sé de esta mala y endiablada bestia, dijo el maestro.

El Caballero de la Verde Espada dijo:

—Maestro, grandes cosas me habéis dicho, y mucho sufre Dios Nuestro Señor a aquéllos que le desirven, pero al fin, si no se enmiendan, dales pena tan crecida como ha sido su maldad, y ahora os digo, maestro, que digáis de mañana misa, porque yo quiero ver a esta Ínsula, y si Él me aderezare tomarla a su santo servicio. Aquella noche pasaron con gran espanto así de la mar, que muy brava era, como del miedo que de el Endriago tenían, pensando que saldría a ellos de un castillo que allí cerca tenían, donde muchas veces albergaba, y el alba del día venida, el maestro cantó misa, y el Caballero de la Verde Espada la oyó con mucha humildad, rogando a Dios le ayudase en aquel peligro, que por sus servicios se quería poner, y si su voluntad era que su muerte allí fuese venida. Él por la su piedad le hubiese merced al alma. Y luego se armó, e hizo sacar su caballo en tierra, y Gandalín con él, y dijo a los de la nao:

—Amigos, yo quiero entrar en aquel castillo, y si hallo el Endriago combatirme con él, y si no le hallo miraré si está en tal disposición para que allí seáis aposentados en tanto que la mar hace bonanza, y yo buscaré esta bestia por estas montañas, y si de ella escapo tornarme he a vosotros, y si no, haced lo que mejor vierais.

Cuando esto oyeron ellos fueron muy espantados, más que de antes eran, porque aún allí dentro en la mar todos sus ánimos no faltaban para sufrir el miedo del Endriago, y por más afrenta y peligro que la braveza grande de la mar tenían, y que bastase el de aquel caballero, a que

de su propia voluntad fuese, a lo buscar para se con él combatir, y por cierto todas las otras grandes cosas que de él oyeran y vieran que en armas hecho había en comparación de ésta en nada lo estimaban, y el maestro Helisabad, como hombre de letras y de misa fuese, mucho se le extrañó trayéndole a la memoria que las semejantes cosas, siendo fuera de la naturaleza de los hombres por no caer en homicidio de sus ánimas se habían de dejar, mas el Caballero de la Verde Espada le respondió que si aquel inconveniente que decía tuviese en la memoria, excusado le fuera salir de su tierra para buscar las peligrosas aventuras, y que si por algunas habían pasado sabiéndose que ésta dejaba todas ellas en sí quedaban ningunas, así que a él le convenía matar a aquella mala y desemejada bestia o morir, como lo debían hacer aquéllos que dejando su naturaleza a la ajena iban para ganar prez y honra.

Entonces miró a Gandalín, que en tanto que él hablaba con el maestro y con los de la fusta se había armado de las armas que allí halló para le ayudar, y viole estar en su caballo llorando fuertemente, y díjole:

—¿Quién te ha puesto en tal cosa? Desármate, que si lo haces para me servir y me ayudar, ya sabes tú que no ha de ser perdiendo la vida, sino quedando con ella, para que la fortuna de mi muerte puedas recontar en aquella parte, que es la principal causa y membranza por donde yo la recibo.

Y haciéndole por fuerza desarmar, se fue con él la vía del castillo, y entrando en él halláronlo yermo, sino de las aves, y vieron que había dentro buenas cosas, aunque algunas eran derribadas y las puertas principales eran muy fuertes y recios candados con que se cerrasen, de lo cual le plugo mucho, y mandó a Gandalín que fuese a llamar a todos los de la galera y les dijese el buen aparejo que en el castillo tenían, y así lo hizo.

Todos salieron luego, aunque con gran temor del Endriago, pero que la mar no cesaba de su gran tormenta, y entraron en el castillo, y el Caballero de la Verde Espada les dijo: —Mis buenos amigos, yo quiero ir a buscar por esta Ínsula al Endriago, y si me fuere bien, tocará la bocina Gandalín, y entonces creed que él es muerto y yo vivo, y si mal me va, no será menester de haceros señal alguna, y en tanto cerrad estas puertas y traed alguna provisión de la galera, que aquí podéis estar hasta que el tiempo sea para navegar más enderezado.

Entonces se partió el Caballero de la Verde Espada de ellos, quedando todos llorando, mas las cosas de llantos y amarguras que Ardián, el su enano, hacía esto no se podrían decir, que él mesaba sus cabellos y hería con sus palmas el rostro y daba con la cabeza a las paredes llamándose cautivo porque su fuerte ventura lo trajera a servir a tal hombre, que mil veces le llegaba al punto de la muerte, mirando las extrañas cosas que le veía hacer, y en el cabo aquella donde el emperador de Constantinopla, con todo su gran señorío, no osaba ni podía poner remedio, y como vio que su señor iba ya por el campo, subióse por una escalera de piedra encima del muro casi sin ningún sentido, como aquel que mucho se dolía de su señor, y el maestro Helisabad mandó poner un altar con las reliquias que para decir misa traía, e hizo tomar cirios encendidos a todos, e hincados de rodillas rogaba a Dios que guardase aquel caballero que por servicio de Él y por escapar la vida de ellos así conocidamente a la muerte se ofrecía. El Caballero de la Verde Espada iba, como oís, con aquel esfuerzo y semblante que su bravo corazón lo otorgaba, y Gandalín en pos de él llorando fuertemente, creyendo que los días de su señor con la fin de aquel día la habrían ellos. El caballero volvió a él y díjole riendo:

—Mi buen hermano, no tengas tan poca esperanza en la misericordia de Dios, ni en la vista de mi señora Oriana que así te desesperes, que no solamente tengo delante de mí su sabrosa membranza, mas su propia persona y mis ojos la ven y me están diciendo que la defienda yo de esta bestia mala.

—Pues qué piensas tú, mi verdadero amigo, que debo yo hacer. ¿No sabes que en la su vida y muerte está la mía? Consejarme has tú que la deje matar y que ante mis ojos muera, no plega a Dios que tal pensase, y si tú no la ves, yo la veo que delante mí está.

Pues si su sola membranza me hizo pasar a mí gran honra las cosas que tú sabes, qué tanto más debe poder su propia presencia.

Y diciendo esto crecióle tanto el esfuerzo que muy tarde se le hacía el no hallar el Endriago. Y entrando en un valle de brava montaña y peñas de mucha concavidad, dijo:

—Da voces, Gandalín, porque por ellas podrá ser que el Endriago a nosotros acudirá, y ruégete mucho que si aquí muriese procures de llevar a mi señora Oriana aquello que es suyo

enteramente, que será mi corazón, y dile que se lo envío por no dar cuenta ante Dios de como lo ajeno llevaba conmigo.

Cuando Gandalín esto oyó, no solamente dio voces, mas mesando sus cabellos llorando dio grandes gritos deseando su muerte antes que ver la de aquél su señor que tanto amaba, y no tardó mucho que vieron salir de entre las peñas el Endriago muy más bravo y fuerte que lo nunca fue, de lo cual fue causa que como los diablos viesen que este caballero ponía más esperanza en, su amiga Oriana que en Dios, tuvieron lugar de entrar más fuertemente en él y le hace más sañudo, diciendo ellos:

—Si de éste le escapamos, no hay en el mundo otro que tan osado ni tan fuerte sea que tal cosa no ose acometer.

El Endriago venía tan sañudo echando por la boca humo mezclado con llamas de fuego e hiriendo los dientes unos con otros haciendo gran espuma y haciendo crujir las conchas y las alas tan fuertemente que gran espanto era de lo ver. Así hubo el Caballero de la Verde Espada, especialmente oyendo los silbos y las espantosas voces roncas que daba, y comoquiera que por palabra se lo señalaran, en comparación de la vista era tanto como nada. Y cuando el Endriago los vio, comenzó a dar grandes saltos y voces, como aquel que mucho tiempo pasara sin que hombre ninguno viera, y luego se vino contra ellos.

Cuando los caballos del de la Verde Espada y de Gandalín lo vieron comenzaron a huir tan espantados que apenas los podían tener, dando muy grandes bufidos. Y cuando el de la Verde Espada vio que a caballo a él no se podía llegar, descendió muy presto, y dijo a Gandalín:

—Hermano, tente a fuera en ese caballo, porque ambos no nos perdamos, y mira la ventura que Dios me querrá dar contra este diablo tan espantable, y ruégale que por la su piedad me guíe, como le quite yo de aquí y sea esta tierra tornada a su servicio, y si aquí tengo de morir, que me haya merced del ánima y en lo otro haz como te dije.

Gandalín no le pudó responder: tan reciamente lloraba, porque su muerte veía tan cierta si Dios milagrosamente no lo escapase.

El Caballero de la Verde Espada tomó su lanza y cubrióse de su escudo como hombre que ya la muerte tenía tragada perdido todo su pavor, y lo más que pudo se fue contra el Endriago, así a pie como estaba.

El diablo como lo vio vino luego para él y echó un fuego por la boca con un humo tan negro que apenas se podían ver el uno con el otro. Y el de la Verde Espada se metió por el humo adelante, y llegando cerca de él le encontró con la lanza por muy gran dicha en el un ojo, así que se lo quebró, y el Endriago echó las uñas en la lanza y tomóla con la boca e hízola pedazos, quedando el hierro con un poco del asta metido por la lengua y por las agallas, que tan recio vino que él mismo se metió por ella y dio un salto por le tomar, mas con el desatiento del ojo quebrado no pudo y porque el caballero se guardó con gran esfuerzo y viveza de corazón, así como aquel que se veía en la misma muerte, y puso mano a su muy buena espada, y fue a él que estaba como desatentado así del ojo como de la mucha sangre que de la boca le salía, y con los grandes resoplidos y resollidos que daba todo lo más de ella se le entraba por la garganta, de manera que casi el aliento le quitaba y no podía cerrar la boca ni morder con ella, y llegó a él por el un costado y diole tan gran golpe por encima de las conchas que no le pareció sino que diera en una pena dura y ninguna cosa le cortó. Como el Endriago le vio tan cerca de sí, pensóle tomar entre sus unas, y no le alcanzó sino en el escudo, y llevóselo tan recio que le hizo dar de manos en tierra, y en tanto que el diablo lo despedazó todo con sus muy fuertes y duras uñas, espada no cortaba ninguna cosa, bien entendió que su hecho no era nada si Dios no le enderezase a que el otro ojo le pudiese quebrar, que por otra ninguna parte no aprovechaba nada trabajar de lo herir, y con mucha saña pospuesto todo temor fue para el Endriago, que muy fallecido y flaco estaba así de la mucha sangre que perdía como del ojo quebrado, y como las cosas pesadas de su propia pesadumbre se caen y perecen, y ya enojado Nuestro Señor que el enemigo malo hubiese tenido tanto poder y hecho tanto mal en aquéllos que aunque pecadores en su santa fe católica creían, que sin ella ninguno fuera poderoso de acometer ni osar esperartan gran peligro a este caballero para que sobre toda orden de naturaleza diese fin a aquel que a muchos lo había dado, entre los cuales fueron aquellos malaventurados su padre y madre, y pensando acertarle en el otro ojo con la espada, quísole Dios guiar a que se la metió por una de las ventanas de las narices, que muy anchas las tenía, y con la gran fuerza que puso y la que el Endriago traía, la espada caló que le llegó a los sesos. Mas el Endriago como le vio tan cerca abrazóse a él y con las sus muy fuertes y

agudas uñas rompióle todas las armas de las espaldas y la carne y los huesos hasta las entrañas, y como él estaba ahogado de la mucha sangre que bebía y con el golpe de la espada que a los sesos le pasó y sobre toda la sentencia que de Dios sobre él fue dada y no se podía revocar, no se pudiendo ya tener, abrió los brazos y cayó a la una parte como muerto sin ningún sentido. El Caballero como así lo vio tiró por la espada y metiósela por la boca cuanto más pudo tantas veces que lo acabó de matar; pero quiero que sepáis que antes que el alma le saliese salió de su boca el diablo, y fue por el aire con muy gran tronido, así que los que estaban en el castillo lo oyeron como si cabe ellos fuera, de lo cual hubieron gran espanto y conocieron cómo el caballero estaba ya en la batalla, y comoquiera que encerrados estuviesen en tan fuerte lugar, y con tales aldabas y candados, no fueron muy seguros de sus vidas y sino porque la mar todavía era muy brava, no osaban allí atender que a ella no se fueran, pero tornáronse a Dios con muchas oraciones, que de aquel peligro los sacase y guardase aquel caballero que por su servicio cosa tan extraña acometía.

Pues como el Endriago fue muerto, el caballero se quitó afuera y yéndose para Gandalín que ya contra él venía no se pudo tener, y cayó amortecido cabe a un arroyo de agua que por allí pasaba.

Gandalín como llegó y le vio tan espantables heridas cuidó que era muerto, y dejándose caer del caballo comenzó a dar muy grandes voces mesándose. Entonces el caballero acordó ya cuanto, y díjole:

—¡Ay, mi buen hermano y verdadero amigo!, ya ves que yo soy muerto, yo te ruego por la crianza que de tu padre y madre hube, y por el gran amor que siempre te he tenido, que me seas bueno en la muerte, como en la vida lo has sido, y como yo fuere muerto tomes mi corazón y lo lleves a mi señora Oriana, y dile que pues siempre fue suyo y lo tuvo en su poder desde aquel primer día que yo la vi, mientras en este cuitado cuerpo encerrado estuvo y nunca un momento se enojó de la servir, que consigo lo tenga en remembranza de aquel cuyo fue, aunque como ajeno lo poseía, porque de esta memoria allí donde mi ánima estuviese recibirá descanso—, y no pudo hablar más.

Gandalín como así lo vio no curó de le responder, antes cabalgó muy presto en su caballo y subiéndose en un otero tocó la bocina lo más recio que pudo en señal que el Endriago era muerto. Ardián el Enano que en la torre estaba oyólo, y dio muy grandes voces al maestro

Helisabad que acorriese a su señor, que el Endriago era muerto, y él como estaba apercibido cabalgó con todo el aparejo que menester era, y fue lo más presto que pudo por el derecho que el enano lo señaló, y anduvo mucho que vio a Gandalín encima del otero, el cual como al maestro vio, vino corriendo contra él y dijo:

—¡Ay, señor, por Dios y por merced! Acorred a mi señor, que mucho es menester que el Endriago es muerto.

El maestro cuando esto oyó hubo gran placer con aquellas nuevas que Gandalín decía, no sabiendo el daño del caballero, y aguijó cuanto más pudo, y Gandalín le guiaba hasta que llegaron donde el Caballero de la Verde Espada estaba y halláronlo muy desacordado sin ningún sentido y dando muy grandes gemidos, y el maestro fue a él y díjole:

—¿Qué es esto, señor caballero? ¿Dónde es ido el vuestro gran esfuerzo a la hora y sazón que más menester lo habíais? No temáis de morir, que aquí es vuestro buen amigo y leal servidor maestro Helisabad que os socorrerá.

Cuando el Caballero de la Verde Espada oyó al maestro Helisabad, Comoquiera que muy desacordado estuviese, conociólo y abrió los ojos y quiso alzar la cabeza, mas no pudo y levantó los brazos como que le quisiese abrazar.

El maestro Helisabad quitó luego su manto y tendiólo en el suelo, y tomáronlo él y Gandalín, y poniéndolo encima le desarmaron lo más quedo que pudieron, y cuando el maestro le vio las llagas, aunque él era uno de los mejores del mundo de aquel menester y había visto muchas y grandes heridas, mucho fue espantado y desahuciado de su vida; mas como aquel que le amaba y tenía como el mejor caballero del mundo, pensó de poner todo su trabajo por le guarecer, y catándole las heridas vio que todo el daño estaba en la carne y en los huesos, y que no le tocara en las entrañas, tomó mayor esperanza de lo sanar y concertóle los huesos y las costillas y cosióle la carne, y púsole tales medicinas y ligóle tan bien todo el cuerpo alrededor que le hizo restañar la sangre y el aliento que por allí salía. Luego le vino al caballero mayor acuerdo y esfuerzo, de guisa que pudo hablar, y abriendo los ojos dijo:

—¡Oh, Señor Dios Todopoderoso!, que por tu gran piedad quisiste venir en el mundo y tomaste carne humana en la Virgen María, y por abrir las puertas del paraíso que cerradas las

tenían quisiste sufrir muchas injurias y al cabo muerte de aquella malvada y malaventurada gente. Pídote, Señor, como uno de los más pecadores, que hayas merced de mi ánima, que el cuerpo condenado es a la tierra.

Y callóse, que no dijo más. El maestro le dijo:

—Señor caballero, mucho me place de os ver con tal conocimiento, porque de Aquél que vos pedís merced os ha de venir la verdadera medicina y después de mí como de su siervo, que pondré mi vida por la vuestra y con su ayuda yo os daré guarida y no temáis de morir esta vez, solamente que os esforcéis, vuestro corazón que tenga esperanza de vivir como la tiene de morir.

Entonces tomó una esponja confeccionada contra la ponzoña y púsosela en las narices, así que le dio gran esfuerzo. Gandalín besaba las manos al maestro hincado de rodillas ante él, rogándole que hubiese piedad de su señor. El maestro le mandó que cabalgando en su caballo se fuese presto al castillo y trajese algunos hombres para que en andas llevasen al caballero antes que la noche sobreviniese. Gandalín así lo hizo, y venidos los hombres, hicieron unas andas de los árboles de aquella montaña como mejor pudieron, y poniendo en ellas al Caballero de la Verde Espada, en sus hombros al castillo lo llevaron, y aderezando la mejor cámara que allí había de ricos paños que Grasinda allí en la nave mandara poner, le pusieron en su lecho con tanto desacuerdo que no lo sentía, y así estuvo toda la noche que nunca habló, dando grandes gemidos como aquel que bien llegado estaba y queriendo hablar, mas no podía.

El maestro mandó hacer allí su cama y estuvo con él por consolarle, poniéndole tales y tan convenientes medicinas para le sacar aquella muy mala ponzoña que del Endriago cobrara que el alba del día le hizo venir un muy sosegado sueño, tales y tan buenas cosas le puso, y luego mandó quitar todos afuera, porque no lo despertasen, porque sabía que aquel sueño le era mucha consolación y al cabo de una gran pieza el sueño roto comenzó a dar voces con gran presuranza y diciendo:

—Gandalín, Gandalín, guárdate de este diablo tan cruel y malo, no te mate.

El maestro que lo oyó fue a él riendo y de muy buen talante, mejor que en el corazón lo tenía, temiendo todavía su vida, y dijo:

—Si así os guardareis vos como él, no sería vuestra fama tan divulgada por el mundo.

Y alzó la cabeza y vio al maestro y díjole:

—Maestro, ¿dónde estamos?

Él se llegó a él y tomóle por las manos y vio que aún desacordado estaba, y mandó que le trajesen de comer y diole lo que veía que para lo esforzar era necesario, y él lo comió como hombre fuera de sentido.

El maestro estuvo con él poniéndole tales remedios como aquel que era de aquel oficio el más natural que en el mundo hallarse podría, y antes que hora de vísperas fuese le tomó en todo su acuerdo, de manera que a todos conocía y hablaba, y el maestro nunca de él se partió curado de él y poniéndole tantas cosas necesarias a aquella enfermedad, que así con ellas como principalmente con la voluntad de Dios que lo quiso, vio conocidamente en las llagas que lo podrían sanar, y luego lo dijo a todos los que allí estaban, que muy gran placer hubieron, dando gracias a aquel soberano Dios porque así los habían librado de la tormenta de la mar y del peligro de aquel diablo.

Mas sobre todos era la alegría de Gandalín, su leal escudero, y el enano, como de aquéllos que de corazón entrañable lo amaban, y tornaron de muerte a vida y luego todos se pusieron al derredor, con mucho placer, de la cama del Caballero de la Verde Espada, consolándose, diciéndole que no tuviese en nada el mal que tenía según la honra y buenaventura que Dios le había dado, la cual hasta entonces en caso de armas y de esfuerzos nunca diera a hombre terrenal que igual fuese, y rogaron muy ahincadamente a Gandalín les quisiese contar todo el hecho como había pasado, pues que con sus ojos lo había visto, porque supiesen dar cuenta de tan gran proeza de caballero. Y él les dijo que lo haría de muy buena voluntad, a condición que el maestro le tomase juramento en los Santos Evangelios, porque ellos lo creyesen y con verdad lo supiesen por escrito y una cosa tan señalada y de tan gran hecho no quedase en olvido de la memoria de las gentes.

El maestro Helisabad así lo hizo, por ser más cierto de tan gran hecho. Y Gandalín se lo contó todo enteramente, así como la historia lo ha contado, y cuando lo oyeron espantábanse de ello, como de cosa de mayor hazaña de que nunca oyeran hablar y aun ninguno de ellos nunca

viera al Endriago, que entre unas matas estaba caído, y por socorrer al caballero no pudieron entender en ál. Entonces dijeron todos que quería ver al Endriago. Y el maestro les dijo que fuesen y dioles muchas condiciones para remediar la ponzoña. Y cuando vieron una cosa tan espantable y tan desemejada de todas las otras cosas vivas que hasta allí ellos vieron, fueron mucho más maravillados, que antes no podían creer que en el mundo hubiese tan esforzado corazón que gran diablura osase acometer, y aunque cierto sabían que el Caballero de la Verde Espada lo había muerto, no les parecía sino que lo soñaban, y desde que una gran pieza lo miraron tornáronse al castillo, razonando unos con otros de tan gran hecho poder acabar aquel Caballero de la Verde Espada. ¿Qué os diré? Sabed que allí estuvieron más de veinte días, que nunca el Caballero de la Verde Espada hubo tanta mejoría que del lecho donde estaba le osasen levantar, pero como por Dios su salud permitida estuviese y la gran diligencia de aquel maestro Helisabad le acrecentase, en este medio tiempo fue tan mejorado que sin peligro alguno pudiera entrar en la mar, y como el maestro en tal disposición le viese, habló con él un día y díjole:

—Mi señor, ya por la bondad de Dios, que lo ha querido, que otro no fuera poderoso, vos sois llegado a tal punto que yo me atrevo con su ayuda de vuestro buen esfuerzo de os meter en la mar y que vayáis donde os pluguiere y porque nos faltan algunas cosas muy necesarias, así para lo que toca a vuestra salud como para sostenimiento de la gente es menester que se dé orden para el remedio de ello, porque mientras más aquí estuviésemos más cosas nos faltarán.

El Caballero del Enano dijo:

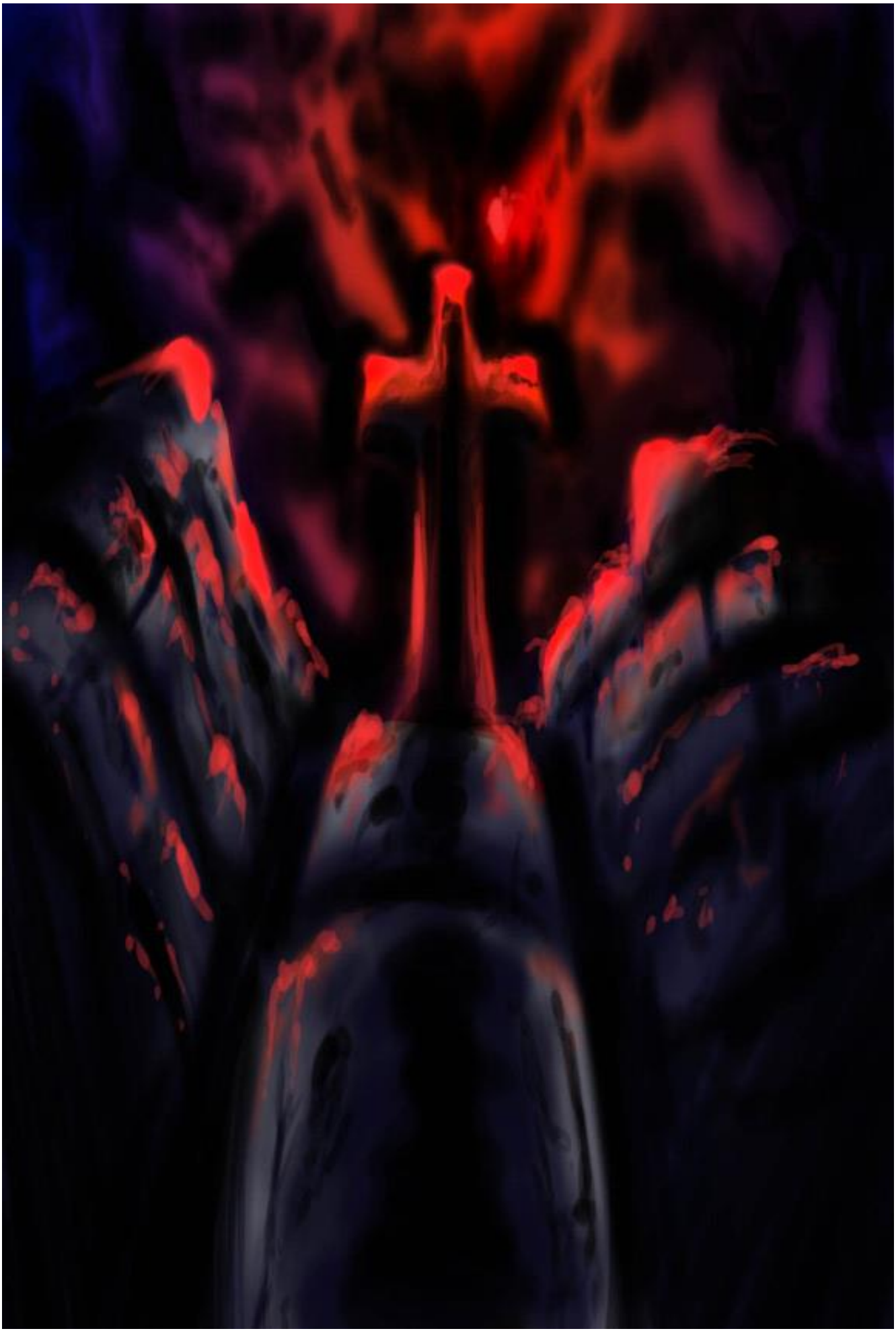
—Señor y verdadero amigo, muchas gracias y mercedes doy a Dios porque así me ha querido guardar de tal peligro, más por la su santa piedad que por mis merecimientos, y al su gran poder no se puede comparar ninguna cosa, porque todo es permitido y guiado por su voluntad, y a él se deben atribuir todas las buenas cosas que en este mundo pasan, y dejando lo suyo aparte y a vos, mi señor, agradezco yo mi vida, que ciertamente yo creo que ninguno de los que hoy son nacidos en el mundo no fuera bastante para me poner el remedio que vos me pusisteis. Y comoquiera que Dios me haya hecho tan gran merced, mi ventura me es muy contraria, que el galardón de tan gran beneficio como de vos he recibido no lo pueda satisfacer, sino como un caballero pobre, que otra cosa sino un caballo y unas armas posee, así rotas como las veis.

El maestro le dijo:

—Señor, no es menester para mí otra satisfacción sino la gloria que yo conmigo tengo, que es haber escapado de muerte, después de Dios, el mejor caballero que nunca armas trajo, y esto ósolo decir delante, por lo que delante mí habéis hecho, y el galardón que yo de vos espero es muy mayor que el de ningún rey ni señor grande me podía dar, que es el socorro que en vos hallarán muchas y muchos cuitados que os habrán menester para su ayuda, a los cuales vos socorréis, y será para mí mayor ganancia que otra ninguna, siendo causa, después de Dios, de su reparo.

El Caballero de la Verde Espada hubo vergüenza de que se oía loar, y dijo:

—Mi señor, dejando esto en que hablamos, quiero que sepáis en lo que más mi voluntad se determina. Yo quisiera andar todas las ínsulas de Romania, y porque me dijisteis de la fatiga de los marineros mudé el propósito y volvime la vía de Constantinopla, la cual el tiempo tan contrarío que visteis nos la quitó y pues que ya es abonado todavía, tengo deseos de a él tomar y ver aquel grande emperador, porque si Dios me tornare donde mi corazón desea sepa contar algunas cosas extrañas y que pocas veces se puede ver sino en semejantes casos. Y mi señor maestro, por el amor que me habéis os ruego que en esto no recibáis enojo, porque algún día será de mí galardonado, y de allí que nos tomemos placiendo al soberano Señor Dios al plazo que aquella muy noble señora Grasinda me puso, porque me es fuerza de lo cumplir, como vos bien lo sabéis, para que si ser pudiere, según el deseo tengo, le pueda servir algunas de las grandes mercedes que de ella si sé lo merecer tengo recibido.



La cruz del diablo[5]

Por Gustavo Adolfo Bécquer

Ilustrador: La cruz del diablo/ Wickedman –seud.- (España)

Que lo crea o no, me importa bien poco.

Mi abuelo se lo narró a mi padre;

mi padre me lo ha referido a mí,

y yo te lo cuento ahora,

siquiera no sea más que por pasar el rato.

I

l crepúsculo comenzaba a extender sus ligeras alas de vapor sobre las pintorescas orillas del Segre, cuando después de una fatigosa jornada llegamos a Bellver, término de nuestro viaje.

Bellver es una pequeña población situada a la falda de una colina, por detrás de la cual se ven elevarse, como las gradas de un colosal anfiteatro de granito, las empinadas y nebulosas crestas de los Pirineos.

Los blancos caseríos que la rodean, salpicados aquí y allá sobre una ondulante sábana de verdura, parecen a lo lejos un bando de palomas que han abatido su vuelo para apagar su sed en las aguas de la ribera.

[5] Escrita en 1860 e incluida en Leyendas en 1871.

Una pelada roca, a cuyos pies tuercen éstas su curso, y sobre cuya cima se notan aún remotos vestigios de construcción, señala la antigua línea divisoria entre el condado de Urgel y el más importante de sus feudos.

A la derecha del tortuoso sendero que conduce a este punto, remontando la corriente del río y siguiendo sus curvas y frondosos márgenes, se encuentra una cruz.

El asta y los brazos son de hierro; la redonda base en que se apoya, de mármol, y la escalinata que a ella conduce, de oscuros y mal unidos fragmentos de sillería.

La destructora acción de los años, que ha cubierto de orín el metal, ha roto y carcomido la piedra de este monumento, entre cuyas hendiduras crecen algunas plantas trepadoras que suben enredándose hasta coronarlo, mientras una vieja y corpulenta encina le sirve de dosel.

Yo había adelantado algunos minutos a mis compañeros de viaje, y deteniendo mi escuálida cabalgadura, contemplaba en silencio aquella cruz, muda y sencilla expresión de las creencias y la piedad de otros siglos.

Un mundo de ideas se agolpó a mi imaginación en aquel instante. Ideas ligerísimas, sin forma determinada, que unían entre sí, como un invisible hilo de luz, la profunda soledad de aquellos lugares, el alto silencio de la naciente noche y la vaga melancolía de mi espíritu.

Impulsado de un pensamiento religioso, espontáneo e indefinible, eché maquinalmente pie a tierra, me descubrí, y comencé a buscar en el fondo de mi memoria una de aquellas oraciones que me enseñaron cuando niño; una de aquellas oraciones, que cuando más tarde se escapan involuntarias de nuestros labios, parece que aligeran el pecho oprimido, y semejantes a las lágrimas, alivian el dolor, que también toma estas formas para evaporarse.

Ya había comenzado a murmurarla, cuando de improviso sentí que me sacudían con violencia por los hombros.

Volví la cara: un hombre estaba al lado mío.

Era uno de nuestros guías natural del país, el cual, con una indescriptible expresión de terror pintada en el rostro, pugnaba por arrastrarme consigo y cubrir mi cabeza con el fieltro que aún tenía en mis manos.

Mi primera mirada, mitad de asombro, mitad de cólera, equivalía a una interrogación enérgica, aunque muda.

El pobre hombre sin cejar en su empeño de alejarme de aquel sitio, contestó a ella con estas palabras, que entonces no pude comprender, pero en las que había un acento de verdad que me sobrecogió: -¡Por la memoria de su madre! ¡Por lo más sagrado que tenga en el mundo, señorito, cúbrase usted la cabeza y aléjese más que de prisa de esta cruz! ¡Tan desesperado está usted que, no bastándole la ayuda de Dios, recurre a la del demonio!

Yo permanecí un rato mirándole en silencio. Francamente, creí que estaba loco; pero él prosiguió con igual vehemencia:

-Usted busca la frontera; pues bien, si delante de esa cruz le pide usted al cielo que le preste ayuda, las cumbres de los montes vecinos se levantarán en una sola noche hasta las estrellas invisibles, sólo porque no encontremos la raya en toda nuestra vida.

Yo no puedo menos de sonreírme.

—¿Se burla usted?... ¿Cree acaso que esa es una cruz santa como la del porche de nuestra iglesia?...

—¿Quién lo duda?

—Pues se engaña usted de medio a medio; porque esa cruz, salvo lo que tiene de Dios, está maldita... esa cruz pertenece a un espíritu maligno, y por eso le llaman La cruz del diablo.

—¡La cruz del diablo! -repetí cediendo a sus instancias, sin darme cuenta a mí mismo del involuntario temor que comenzó a apoderarse de mi espíritu, y que me rechazaba como una fuerza desconocida de aquel lugar;- ¡la cruz del diablo! ¡Nunca ha herido mi imaginación una amalgama más disparatada de dos ideas tan absolutamente enemigas!... ¡Una cruz... y del diablo!!! ¡Vaya, vaya! Fuerza será que en llegando a la población me expliques este monstruoso absurdo.

Durante este corto diálogo, nuestros camaradas, que habían picado sus cabalgaduras, se nos reunieron al pie de la cruz; yo les expliqué en breves palabras lo que acababa de suceder; monté nuevamente en mi rocín, y las campanas de la parroquia llamaban lentamente a la oración, cuando nos apeamos en el más escondido y lóbrego de los paradores de Bellver.

II

Las llamas rojas y azules se enroscaban chisporroteando a lo largo del grueso tronco de encina que ardía en el ancho hogar; nuestras sombras, que se proyectaban temblando sobre los ennegrecidos muros, se empequeñecían o tomaban formas gigantescas, según la hoguera despedía resplandores más o menos brillantes; el vaso de saúco, ora vacío, ora lleno, y no de agua, como cangilón de noria, había dado tres veces la vuelta en derredor del círculo que formábamos junto al fuego, y todos esperaban con impaciencia la historia de La cruz del diablo, que a guisa de postres de la frugal cena que acabábamos de consumir se nos había prometido, cuando nuestro guía tosió por dos veces, se echó al coleto un último trago de vino, limpiose con el revés de la mano la boca, y comenzó de este modo:

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, yo no sé cuánto, pero los moros ocupaban aún la mayor parte de España, se llamaban condes nuestros reyes, y las villas y aldeas pertenecían en feudo a ciertos señores, que a su vez prestaban homenaje a otros más poderosos, cuando acaeció lo que voy a referir a ustedes.

Concluida esta breve introducción histórica, el héroe de la fiesta guardó silencio durante algunos segundos como para coordinar sus recuerdos, y prosiguió así:

—Pues es el caso que, en aquel tiempo remoto, esta villa y algunas otras formaban parte del patrimonio de un noble barón, cuyo castillo señorial se levantó por muchos siglos sobre la cresta de un peñasco que baña el Segre, del cual toma su nombre.

Aún testifican la verdad de mi relación algunas informes ruinas que, cubiertas de jaramago y musgo, se alcanzan a ver sobre su cumbre desde el camino que conduce a este pueblo.

No sé si por ventura o desgracia quiso la suerte que este señor, a quien por su crueldad detestaban sus vasallos, y por sus malas cualidades ni el rey admitía en su corte, ni sus vecinos en el hogar, se aburriese de vivir solo con su mal humor y sus ballesteros en lo alto de la roca en que sus antepasados colgaron su nido de piedra.

Devanábase noche y día los sesos en busca de alguna distracción propia de su carácter, lo cual era bastante difícil después de haberse cansado, como ya lo estaba, de mover guerra a sus vecinos, apalear a sus servidores y ahorcar a sus súbditos.

En esta ocasión cuentan las crónicas que se le ocurrió, aunque sin ejemplar, una idea feliz.

Sabiendo que los cristianos de otras poderosas naciones se aprestaban a partir juntos en una formidable armada a un país maravilloso para conquistar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, que los moros tenían en su poder, se determinó a marchar en su seguimiento.

Si realizó esta idea con objeto de purgar sus culpas, que no eran pocas, derramando su sangre en tan justa empresa, o con el de trasplantarse a un punto donde sus malas mañas no se conociesen, se ignora; pero la verdad del caso es que, con gran contentamiento de grandes y chicos, de vasallos y de iguales, allegó cuanto dinero pudo, redimió a sus pueblos del señorío, mediante una gruesa cantidad, y no conservando de propiedad suya más que el peñón del Segre y las cuatro torres del castillo, herencia de sus padres, desapareció de la noche a la mañana.

La comarca entera respiró en libertad durante algún tiempo, como si despertara de una pesadilla.

Ya no colgaban de sus sotos, en vez de frutas, racimos de hombres; las muchachas del pueblo no temían al salir con su cántaro en la cabeza a tomar agua de la fuente del camino, ni los pastores llevaban sus rebaños al Segre por sendas impracticables y ocultas, temblando encontrar a cada revuelta de la trocha a los ballesteros de su muy amado señor.

Así transcurrió el espacio de tres años; la historia del mal caballero, que sólo por este nombre se le conocía, comenzaba a pertenecer al exclusivo dominio de las viejas, que en las eternas veladas del invierno las relataban con voz hueca y temerosa a los asombrados chicos; las madres asustaban a los pequeñuelos incorregibles o llorones diciéndoles: ¡que viene el señor del

Segre!, cuando he aquí que no sé si un día o una noche, si caído del cielo o abortado de los profundos, el temido señor apareció efectivamente, y como suele decirse, en carne y hueso, en mitad de sus antiguos vasallos.

Renuncio a describir el efecto de esta agradable sorpresa. Ustedes se lo podrán figurar mejor que yo pintarlo, sólo con decirles que tornaba reclamando sus vendidos derechos, que si malo se fue, peor volvió; y si pobre y sin crédito se encontraba antes de partir a la guerra; ya no podía contar con más recursos que su despreocupación, su lanza y una media docena de aventureros tan desalmados y perdidos como su jefe.

Como era natural, los pueblos se resistieron a pagar tributos que a tanta costa habían redimido; pero el señor puso fuego a sus heredades, a sus alquerías y a sus mieses.

Entonces apelaron a la justicia del rey; pero el señor se burló de las cartas-leyes de los condes soberanos; las clavó en el postigo de sus torres, y colgó a los farautes de una encina.

Exasperados y no encontrando otra vía de salvación, por último, se pusieron de acuerdo entre sí, se encomendaron a la Divina Providencia y tomaron las armas: pero el señor llamó a sus secuaces, llamó en su ayuda al diablo, se encaramó a su roca y se preparó a la lucha.

Ésta comenzó terrible y sangrienta. Se peleaba con todas armas, en todos sitios y a todas horas, con la espada y el fuego, en la montaña y en la llanura, en el día y durante la noche.

Aquello no era pelear para vivir; era vivir para pelear.

Al cabo triunfó la causa de la justicia. Oigan ustedes cómo.

Una noche oscura, muy oscura, en que no se oía ni un rumor en la tierra ni brillaba un solo astro en el cielo, los señores de la fortaleza, engreídos por una reciente victoria, se repartían el botín, y ebrios con el vapor de los licores, en mitad de la loca y estruendosa orgía, entonaban sacrílegos cantares en loor de su infernal patrono.

Como dejo dicho, nada se oía en derredor del castillo, excepto el eco de las blasfemias, que palpitaban perdidas en el sombrío seno de la noche, como palpitan las almas de los condenados envueltas en los pliegues del huracán de los infiernos.

Ya los descuidados centinelas habían fijado algunas veces sus ojos en la villa que reposaba silenciosa, y se habían dormido sin temor a una sorpresa, apoyados en el grueso tronco de sus lanzas, cuando he aquí que algunos aldeanos, resueltos a morir y protegidos por la sombra, comenzaron a escalar el cubierto peñón del Segre, a cuya cima tocaron a punto de la media noche.

Una vez en la cima, lo que faltaba por hacer fue obra de poco tiempo: los centinelas salvaron de un solo salto el valladar que separa el sueño de la muerte; el fuego, aplicado con teas de resina al puente y al rastrillo, se comunicó con la rapidez del relámpago a los muros; y los escaladores, favorecidos por la confusión y abriéndose paso entre las llamas, dieron fin con los habitantes de aquella guarida en un abrir y cerrar de ojos.

Todos perecieron.

Cuando el cercano día comenzó a blanquear las altas copas de los enebros, humeaban aún los calcinados escombros de las desplomadas torres; y a través de sus anchas brechas, chispeando al herirla la luz y colgada de uno de los negros pilares de la sala del festín, era fácil divisar la armadura del temido jefe, cuyo cadáver, cubierto de sangre y polvo, yacía entre los desgarrados tapices y las calientes cenizas, confundido con los de sus oscuros compañeros.

El tiempo pasó; comenzaron los zarzales a rastrear por los desiertos patios, la hiedra a enredarse en los oscuros machones, y las campanillas azules a mecerse colgadas de las mismas almenas. Los desiguales soplos de la brisa, el graznido de las aves nocturnas y el rumor de los reptiles, que se deslizaban entre las altas hierbas, turbaban sólo de vez en cuando el silencio de muerte de aquel lugar maldecido; los insepultos huesos de sus antiguos moradores blanqueaban el rayo de la luna, y aún podía verse el haz de armas del señor del Segre, colgado del negro pilar de la sala del festín.

Nadie osaba tocarle; pero corrían mil fábulas acerca de aquel objeto, causa incesante de hablillas y terrores para los que le miraban llamear durante el día, herido por la luz del sol, o creían percibir en las altas horas de la noche el metálico son de sus piezas, que chocaban entre sí cuando las movía el viento, con un gemido prolongado y triste.

A pesar de todos los cuentos que a propósito de la armadura se fraguaron, y que en voz baja se repetían unos a otros los habitantes de los alrededores, no pasaban de cuentos, y el único más positivo que de ellos resultó, se redujo entonces a una dosis de miedo más que regular, que cada uno de por sí se esforzaba en disimular lo posible, haciendo, como decirse suele, de tripas corazón.

Si de aquí no hubiera pasado la cosa, nada se habría perdido. Pero el diablo, que a lo que parece no se encontraba satisfecho de su obra, sin duda con el permiso de Dios y a fin de hacer purgar a la comarca algunas culpas, volvió a tomar cartas en el asunto.

Desde este momento las fábulas, que hasta aquella época no pasaron de un rumor vago y sin viso alguno de verosimilitud, comenzaron a tomar consistencia y a hacerse de día en día más probables.

En efecto, hacía algunas noches que todo el pueblo había podido observar un extraño fenómeno.

Entre las sombras, a lo lejos, ya subiendo las retorcidas cuestas del peñón del Segre, ya vagando entre las ruinas del castillo, ya cerniéndose al parecer en los aires, se veían correr, cruzarse, esconderse y tornar a aparecer para alejarse en distintas direcciones, unas luces misteriosas y fantásticas, cuya procedencia nadie sabía explicar.

Esto se repitió por tres o cuatro noches durante el intervalo de un mes, y los confusos aldeanos esperaban inquietos el resultado de aquellos conciliábulos, que ciertamente no se hizo aguardar mucho, cuando tres o cuatro alquerías incendiadas, varias reses desaparecidas y los cadáveres de algunos caminantes despeñados en los precipicios, pusieron en alarma a todo el territorio en diez leguas a la redonda.

Ya no quedó duda alguna. Una banda de malhechores se albergaba en los subterráneos del castillo.

Éstos, que sólo se presentaban al principio muy de tarde en tarde y en determinados puntos del bosque que aun en el día se dilata a lo largo de la ribera, concluyeron por ocupar casi

todos los desfiladeros de las montañas, emboscarse en los caminos, saquear los valles y descender como un torrente a la llanura, donde a éste quiero, a éste no quiero, no dejaban títere con cabeza.

Los asesinatos se multiplicaban; las muchachas desaparecían, y los niños eran arrancados de las cunas a pesar de los lamentos de sus madres, para servirlos en diabólicos festines, en que, según la creencia general, los vasos sagrados sustraídos de las profanadas iglesias servían de copas.

El terror llegó a apoderarse de los ánimos en un grado tal, que al toque de oraciones nadie se aventuraba a salir de su casa, en la que no siempre se creían seguros de los bandidos del peñón.

Mas ¿quiénes eran éstos? ¿De dónde habían venido? ¿Cuál era el nombre de su misterioso jefe? He aquí el enigma que todos querían explicar y que nadie podía resolver hasta entonces, aunque se observase desde luego que la armadura del señor feudal había desaparecido del sitio que antes ocupara, y posteriormente varios labradores hubiesen afirmado que el capitán de aquella desalmada gavilla marchaba a su frente cubierto con una que, de no ser la misma, se le asemejaba en un todo.

Cuanto queda repetido, si se le despoja de esa parte de fantasía con que el miedo abulta y completa sus creaciones favoritas, nada tiene en sí de sobrenatural y extraño.

¿Qué cosa más corriente en unos bandidos que las ferocidades con que éstos se distinguían, ni más natural que el apoderarse su jefe de las abandonadas armas del señor del Segre?

Sin embargo, algunas revelaciones hechas antes de morir por uno de sus secuaces, prisionero en las últimas refriegas, acabaron de colmar la medida, preocupando el ánimo de los más incrédulos. Poco más o menos, el contenido de su confusión fue éste:

Yo -dijo- pertenezco a una noble familia. Los extravíos de mi juventud, mis locas prodigalidades y mis crímenes por último, atrajeron sobre mi cabeza la cólera de mis deudos y la maldición de mi padre, que me desheredó al expirar. Hallándome solo y sin recursos de ninguna especie, el diablo sin duda debió sugerirme la idea de reunir algunos jóvenes que se encontraban

en una situación idéntica a la mía, los cuales seducidos con la promesa de un porvenir de disipación, libertad y abundancia, no vacilaron un instante en suscribir a mis designios.

Éstos se reducían a formar una banda de jóvenes de buen humor, despreocupados y poco temerosos del peligro, que desde allí en adelante vivirían alegremente del producto de su valor y a costa del país, hasta tanto que Dios se sirviera disponer de cada uno de ellos conforme a su voluntad, según hoy a mí me sucede.

Con este objeto señalamos esta comarca para teatro de nuestras expediciones futuras, y escogimos como punto el más a propósito para nuestras reuniones el abandonado castillo del Segre, lugar seguro no tanto por su posición fuerte y ventajosa, como por hallarse defendido contra el vulgo por las supersticiones y el miedo.

Congregados una noche bajo sus ruinosas arcadas, alrededor de una hoguera que iluminaba con su rojizo resplandor las desiertas galerías, trabose una acalorada disputa sobre cual de nosotros había de ser elegido jefe.

Cada uno alegó sus méritos; yo expuse mis derechos: ya los unos murmuraban entre sí con ojeadas amenazadoras; ya los otros, con voces descompuestas por la embriaguez, habían puesto la mano sobre el pomo de sus puñales para dirimir la cuestión, cuando de repente oímos un extraño crujir de armas, acompañado de pisadas huecas y sonantes, que de cada vez se hacían más distintas. Todos arrojamos a nuestro alrededor una inquieta mirada de desconfianza: nos pusimos de pie y desnudamos nuestros aceros, determinados a vender caras las vidas; pero no pudimos por menos de permanecer inmóviles al ver adelantarse con paso firme e igual un hombre de elevada estatura completamente armado de la cabeza al pie y cubierto el rostro con la visera del casco, el cual, desnudando su montante, que dos hombres podrían apenas manejar, y poniéndole sobre uno de los carcomidos fragmentos de las rotas arcadas, exclamó con voz hueca y profunda, semejante al rumor de una caída de aguas subterráneas:

—Si alguno de vosotros se atreve a ser el primero mientras yo habite en el castillo del Segre, que tome esa espada, signo del poder.

Todos guardamos silencio, hasta que, transcurrido el primer momento de estupor, le proclamamos a grandes voces nuestro capitán, ofreciéndole una copa de nuestro vino, la cual

rehusó por señas, acaso por no descubrir la faz, que en vano procuramos distinguir a través de las rejillas de hierro que la ocultaban a nuestros ojos.

No obstante, aquella noche pronunciamos el más formidable de los juramentos, y a la siguiente dieron principio nuestras nocturnas correrías. En ella nuestro misterioso jefe marchaba siempre delante de todos. Ni el fuego le ataja, ni los peligros le intimidan, ni las lágrimas le conmueven. Nunca despliega sus labios; pero cuando la sangre humea en nuestras manos, como cuando los templos se derrumban calcinados por las llamas; cuando las mujeres huyen espantadas entre las ruinas, y los niños arrojan gritos de dolor, y los ancianos perecen a nuestros golpes, contesta con una carcajada de feroz alegría a los gemidos, a las imprecaciones y a los lamentos.

Jamás se desnuda de sus armas ni abate la visera de su casco después de la victoria, ni participa del festín, ni se entrega al sueño. Las espadas que le hieren se hunden entre las piezas de su armadura, y ni le causan la muerte, ni se retiran teñidas en sangre; el fuego enrojece su espaldar y su cota, y aún prosigue impávido entre las llamas, buscando nuevas víctimas; desprecia el oro, aborrece la hermosura, y no le inquieta la ambición.

Entre nosotros, unos le creen un extravagante; otros un noble arruinado, que por un resto de pudor se tapa la cara; y no falta quien se encuentra convencido de que es el mismo diablo en persona.

El autor de esas revelaciones murió con la sonrisa de la mofa en los labios y sin arrepentirse de sus culpas; varios de sus iguales le siguieron en diversas épocas al suplicio; pero el temible jefe a quien continuamente se unían nuevos prosélitos, no cesaba en sus desastrosas empresas.

Los infelices habitantes de la comarca, cada vez más aburridos y desesperados, no acertaban ya con la determinación que debería tomarse para concluir de un todo con aquel orden de cosas, cada día más insoportable y triste.

Inmediato a la villa, y oculto en el fondo de un espeso bosque, vivía a esta sazón, en una pequeña ermita dedicada a San Bartolomé, un santo hombre de costumbres piadosas y ejemplares, a quien el pueblo tuvo siempre en olor de santidad, merced a sus saludables consejos y acertadas predicciones.

Este venerable ermitaño, a cuya prudencia y proverbial sabiduría encomendaron los vecinos de Bellver la resolución de este difícil problema, después de implorar la misericordia divina por medio de su santo Patrono, que, como ustedes no ignoran, conoce al diablo muy de cerca y en más de una ocasión le ha atado bien corto, les aconsejó que se emboscasen durante la noche al pie del pedregoso camino que sube serpenteando por la roca; en cuya cima se encontraba el castillo, encargándoles al mismo tiempo que, ya allí, no hiciesen uso de otras armas para aprehenderlo que de una maravillosa oración que les hizo aprender de memoria, y con la cual aseguraban las crónicas que San Bartolomé había hecho al diablo su prisionero.

Púsose en planta el proyecto, y su resultado excedio a cuantas esperanzas se habían concebido; pues aún no iluminaba el sol del otro día la alta torre de Bellver, cuando sus habitantes, reunidos en grupos en la plaza Mayor, se contaban unos a otros, con aire de misterio, cómo aquella noche, fuertemente atado de pies y manos y a lomos de una poderosa mula, había entrado en la población el famoso capitán de los bandidos del Segre.

De qué arte se valieron los acometedores de esta empresa para llevarla a término, ni nadie se lo acertaba a explicar, ni ellos mismos podían decirlo; pero el hecho era que gracias a la oración del santo o al valor de sus devotos, la cosa había sucedido tal como se refería.

Apenas la novedad comenzó a extenderse de boca en boca y de casa en casa, la multitud se lanzó a las calles con ruidosa algazara y corrió a reunirse a las puertas de la prisión. La campana de la parroquia llamó a concejo, y los vecinos más respetables se juntaron en capítulo, y todos aguardaban ansiosos la hora en que el reo había de comparecer ante sus improvisados jueces.

Éstos, que se encontraban autorizados por los condes de Urgel para administrarse por sí mismos pronta y severa justicia sobre aquellos malhechores, deliberaron un momento, pasado el cual, mandaron comparecer al delincuente a fin de notificarle su sentencia.

Como dejo dicho, así en la plaza Mayor, como en las calles por donde el prisionero debía atravesar para dirigirse al punto en que sus jueces se encontraban, la impaciente multitud hervía como un apiñado enjambre de abejas. Especialmente en la puerta de la cárcel, la conmoción popular tomaba cada vez mayores proporciones; ya los animados diálogos, los sordos murmullos

y los amenazadores gritos comenzaban a poner en cuidado a sus guardas, cuando afortunadamente llegó la orden de sacar al reo.

Al aparecer éste bajo el macizo arco de la portada de su prisión, completamente vestido de todas armas y cubierto el rostro por la visera, un sordo y prolongado murmullo de admiración y de sorpresa se elevó de entre las compactas masas del pueblo, que se abrían con dificultad para dejarle paso.

Todos habían reconocido en aquella armadura la del señor del Segre: aquella armadura, objeto de las más sombrías tradiciones mientras se la vio suspendida de los arruinados muros de la fortaleza maldita.

Las armas eran aquéllas, no cabía duda alguna: todos habían visto flotar el negro penacho de su cimera en los combates que en un tiempo trabaran contra su señor; todos le habían visto agitarse al soplo de la brisa del crepúsculo, a par de la hiedra del calcinado pilar en que quedaron colgadas a la muerte de su dueño. Más ¿quién podría ser el desconocido personaje que entonces las llevaba? Pronto iba a saberse, al menos así se creía. Los sucesos dirán cómo esta esperanza quedó frustada, a la manera de otras muchas, y por qué de este solemne acto de justicia, del que debía aguardarse el completo esclarecimiento de la verdad, resultaron nuevas y más inexplicables confusiones.

El misterioso bandido penetró al fin en la sala del concejo, y un silencio profundo sucedió a los rumores que se elevaran de entre los circunstantes, al oír resonar bajo las altas bóvedas de aquel recinto el metático son de sus acicates de oro. Uno de los que componían el tribunal, con voz lenta e insegura, le preguntó su nombre, y todos prestaron el oído con ansiedad para no perder una sola palabra de su respuesta; pero el guerrero se limitó a encoger sus hombros ligeramente, con un aire de desprecio e insulto que no pudo menos de irritar a sus jueces, los que se miraron entre sí sorprendidos.

Tres veces volvió a repetirle la pregunta, y otras tantas obtuvo semejante o parecida contestación.

-¡Que se levante la visera! ¡Que se descubra! ¡Que se descubra! -comenzaron a gritar los vecinos de la villa presentes al acto-. ¡Que se descubra! Veremos si se atreve entonces a insultarnos con su desdén, como ahora lo hace protegido por el incógnito!

—Descubríos —repitió el mismo que anteriormente le dirigiera la palabra.

El guerrero permaneció impasible.

—Os lo mando en el nombre de nuestra autoridad.

La misma contestación.

—En el de los condes soberanos.

Ni por esas.

La indignación llegó a su colmo, hasta el punto que uno de sus guardas, lanzándose sobre el reo, cuya pertinacia en callar bastaría para apurar la paciencia a un santo, le abrió violentamente la visera. Un grito general de sorpresa se escapó del auditorio, que permaneció por un instante herido de un inconcebible estupor.

La cosa no era para menos.

El casco, cuya férrea visera se veía en parte levantada hasta la frente, en parte caída sobre la brillante gola de acero, estaba vacío... completamente vacío.

Cuando pasado ya el primer momento de terror quisieron tocarle, la armadura se estremeció ligeramente y, descomponiéndose en piezas, cayó al suelo con un ruido sordo y extraño.

La mayor parte de los espectadores, a la vista del nuevo prodigio, abandonaron tumultuosamente la habitación y salieron despavoridos a la plaza.

La nueva se divulgó con la rapidez del pensamiento entre la multitud, que aguardaba impaciente el resultado del juicio; y fue tal alarma, la revuelta y la vocería, que ya a nadie cupo duda sobre lo que de pública voz se aseguraba, esto es, que el diablo, a la muerte del señor del Segre, había heredado los feudos de Bellver.

Al fin se apaciguó el tumulto, y decidiose volver a un calabozo la maravillosa armadura.

Ya en él, despacháronse cuatro emisarios, que en representación de la atribulada villa hiciesen presente el caso al conde de Urgel y al arzobispo, los que no tardaron muchos días en tornar con la resolución de estos personajes, resolución que, como suele decirse, era breve y compendillosa.

—Cuélguese —les dijeron— la armadura en la plaza Mayor de la villa; que si el diablo la ocupa, fuerza le será el abandonarla o ahorcarse con ella.

Encantados los habitantes de Bellver con tan ingeniosa solución, volvieron a reunirse en concejo, mandaron levantar una altísima horca en la plaza, y cuando ya la multitud ocupaba sus avenidas, se dirigieron a la cárcel por la armadura, en corporación y con toda la solemnidad que la importancia del caso requería.

Cuando la respetable comitiva llegó al macizo arco que daba entrada al edificio, un hombre pálido y descompuesto se arrojó al suelo en presencia de los aturdidos circunstantes, exclamando con lágrimas en los ojos:

—¡Perdón, señores, perdón!

—¡Perdón! ¿Para quién? -dijeron algunos—; ¿para el diablo que habita dentro de la armadura del señor del Segre?

—Para mí -prosiguió con voz trémula el infeliz, en quien todos reconocieron al alcaide de las prisiones—, para mí... porque las armas... han desaparecido.

Al oír estas palabras, el asombro se pintó en el rostro de cuantos se encontraban en el pórtico, que, mudos e inmóviles, hubieran permanecido en la posición en que se encontraban Dios sabe hasta cuándo, si la siguiente relación del aterrado guardián no les hubiera hecho agruparse en su alrededor para escuchar con avidez.

—Perdonadme, señores -decía el pobre alcaide-, y yo no os ocultaré nada, siquiera sea en contra mía.

Todos guardaron silencio y él prosiguió así:

—Yo no acertaré nunca a dar razón; pero es el caso que la historia de las armas vacías me pareció siempre una fábula tejida en favor de algún noble personaje, a quien tal vez altas razones de conveniencia pública no permitía ni descubrir ni castigar.

En esta creencia estuve siempre, creencia en que no podía menos de confirmarme la inmovilidad en que se encontraban desde que por segunda vez tornaron a la cárcel traídas del concejo. En vano una noche y otra, deseando sorprender su misterio, si misterio en ellas había, me levantaba poco a poco y aplicaba el oído a los intersticios de la cerrada puerta de su calabozo; ni un rumor se percibía.

En vano procuré observarlas a través de un pequeño agujero producido en el muro; arrojadas sobre un poco de paja y en uno de los más oscuros rincones, permanecían un día y otro descompuestas e inmóviles.

Una noche, por último, aguijoneado por la curiosidad y deseando convencerme por mí mismo de que aquel objeto de terror nada tenía de misterioso, encendí una linterna, bajé a las prisiones, levanté sus dobles aldabas, y, no cuidando siquiera -tanta era mi fe en que todo no pasaba de un cuento- de cerrar las puertas tras mí, penetré en el calabozo. Nunca lo hubiera hecho; apenas anduve algunos pasos; la luz de mi linterna se apagó por sí sola, y mis dientes comenzaron a chocar y mis cabellos a erizarse. Turbando el profundo silencio que me rodeaba, había oído como un ruido de hierros que se removían y chocaban al unirse entre las sombras.

Mi primer movimiento fue arrojarme a la puerta para cerrar el paso, pero al asir sus hojas, sentí sobre mis hombros una mano formidable cubierta con un guantelete, que después de sacudirme con violencia me derribó bajo el dintel. Allí permanecí hasta la mañana siguiente, que me encontraron mis servidores falto de sentido, y recordando sólo que, después de mi caída, había creído percibir confusamente como unas pisadas sonoras, al compás de las cuales resonaba un rumor de espuelas, que poco a poco se fue alejando hasta perderse.

Cuando concluyó el alcaide, reinó un silencio profundo, al que siguió luego un infernal concierto de lamentaciones, gritos y amenazas.

Trabajo costó a los más pacíficos el contener al pueblo que, furioso con la novedad, pedía a grandes voces la muerte del curioso autor de su nueva desgracia.

Al cabo logrose apaciguar el tumulto, y comenzaron a disponerse a una nueva persecución. esta obtuvo también un resultado satisfactorio.

Al cabo de algunos días, la armadura volvió a encontrarse en poder de sus perseguidores. Conocida la fórmula, y mediante la ayuda de San Bartolomé, la cosa no era ya muy difícil.

Pero aún quedaba algo por hacer; pues en vano, a fin de sujetarla, la colgaron de una horca; en vano emplearon la más exquisita vigilancia con el objeto de quitarle toda ocasión de escaparse por esos mundos. En cuanto las desunidas armas veían dos dedos de luz, se encajaban, y pian pianito volvían a tomar el trote y emprender de nuevo sus excursiones por montes y llanos, que era una bendición del cielo.

Aquello era el cuento de nunca acabar.

En tan angustiosa situación, los vecinos se repartieron entre sí las piezas de la armadura, que acaso por la centésima vez se encontraba en sus manos, y rogaron al piadoso eremita, que un día los iluminó con sus consejos, decidiera lo que debía hacerse de ella.

El santo varón ordenó al pueblo una penitencia general. Se encerró por tres días en el fondo de la caverna que le servía de asilo, y al cabo de ellos dispuso que se fundiesen las diabólicas armas, y con ellas y algunos sillares del castillo del Segre, se levantase una cruz.

La operación se llevó a término, aunque no sin que nuevos y aterradores prodigios llenasen de pavor el ánimo de los consternados habitantes de Bellver.

En tanto que las piezas arrojadas a las llamas comenzaban a enrojecerse, largos y profundos gemidos parecían escaparse de la ancha hoguera, de entre cuyos troncos saltaban como si estuvieran vivas y sintiesen la acción del fuego. Una tromba de chispas rojas, verdes y azules danzaba en la cúspide de sus encendidas lenguas, y se retorcían crujiendo como si una legión de diablos, cabalgando sobre ellas, pugnase por libertar a su señor de aquel tormento.

Extraña, horrible fue la operación en tanto que la candente armadura perdía su forma para tomar la de una cruz.

Los martillos caían resonando con un espantoso estruendo sobre el yunque, al que veinte trabajadores vigorosos sujetaban las barras del hirviente metal, que palpitaba y gemía al sentir los golpes.

Ya se extendían los brazos del signo de nuestra redención, ya comenzaba a formarse la cabecera, cuando la diabólica y encendida masa se retorcía de nuevo como en una convulsión espantosa, y rodeándose al cuerpo de los desgraciados que pugnaban por desasirse de sus brazos de muerte, se enroscaba en anillas como una culebra o se contraía en zigzag como un relámpago.

El constante trabajo, la fe, las oraciones y el agua bendita consiguieron, por último, vencer al espíritu infernal, y la armadura se convirtió en cruz.

Esa cruz es la que hoy habéis visto, y a la cual se encuentra sujeto el diablo que le presta su nombre: ante ella, ni las jóvenes colocan en el mes de Mayo ramilletes de lirios, ni los pastores se descubren al pasar, ni los ancianos se arrodillan, bastando apenas las severas amonestaciones del clero para que los muchachos no la apedreen.

Dios ha cerrado sus oídos a cuantas plegarias se le dirijan en su presencia. En el invierno los lobos se reúnen en manadas junto al enebro que la protege, para lanzarse sobre las reses; los bandidos esperan a su sombra a los caminantes, que entierran a su pie después que los asesinan; y cuando la tempestad se desata, los rayos tuercen su camino para liarse, silbando, al asta de esa cruz y romper los sillares de su pedestal.

I

Cuento futuro[6]

Por Leopoldo Alas "Clarín"

Ilustrador: *Freedom one*/ Kai Lim (República de Singapur)

a humanidad de la tierra; se había cansado de dar vueltas mil y mil veces alrededor de las mismas ideas, de las mismas costumbres, de los mismos dolores y de los mismos placeres. Hasta se había cansado de dar vueltas alrededor del mismo sol. Este cansancio último lo había descubierto un poeta lírico del género de los desesperados que, no sabiendo ya qué inventar, inventó eso: el cansancio del sol. El tal poeta era francés, como no podía menos, y decía en el prólogo de su libro, titulado Heliofobe: «*C'est bte de tourner toujours comete c'à. A quoi bon cette sotisse eternelle?... Le soleil, ce bourgeois, m'embète avec ses platitudes*...», etc., etc.

El traductor español de este libro decía. « Es bestia esto de dar siempre vueltas así. ¿A qué bueno esta tontería eterna? El sol, ese burgués, me embiste con sus placitudes enojosas. Él cree hacernos un gran favor quedándose ahí plantado, sirviendo de fogón en esta gran cocina económica que se llama el sistema planetario. Los planetas son los pucheros puestos a la lumbre; y el himno de los astros, que Pitágoras creía oír, no es más que el grillo del hogar, el prosaico chisporroteo del carbón y el bullir del agua de la caldera... ¡Basta de olla podrida! Apaguemos el sol, aventemos las cenizas del hogar. El gran hastío de la luz meridiana ha inspirado este pequeño libro. ¡Que él es sincero! ¡Que él es la expresión fiel de un orgullo noble que desprecia favores que no ha solicitado, halagos de los rayos lumínicos que le parecen cadenas insoportables».

[6] Pertenece al libro El Señor y lo demás son cuentos (1893).

Él tendrá bello el sol obstinándose en ser benéfico; al fin es un tirano; la emancipación de la humanidad no será completa hasta el día que desatemos este yugo y dejemos de ser satélites de ese reyezuelo miserable del día, vanidoso y fanfarrón, que después de todo no es más que un esclavo que signé la carrera triunfal de un señor invisible».

El prólogo seguía diciendo disparates que no hay tiempo para copiar aquí, y el traductor seguía soltando galicismos.

Ello fue que el libro hizo furor, sobre todo en el África Central y en el Ecuador, donde todos aseguraban que el sol ya los tenía fritos.

Se vendieron 800 millones de ejemplares franceses y 300 ejemplares de la traducción española; verdad es que estos no en la Península, sino en América, donde continuaban los libreros haciendo su agosto sin necesidad de entenderse con la antiquísima metrópoli.

Después del poeta vinieron los filósofos, los políticos sosteniendo lo que ya se llamaba universalmente la Heliofobia.

La ciencia discutió en Academias, Congresos y sección de variedades en los periódicos: 1.º, si la vida sería posible separando la Tierra del Sol y dejándola correr libre por el vacío hasta engancharse con otro sistema; 2.º, si habría medio, dado lo mucho que las ciencias físicas habían adelantado, de romper el vago de Febo y dejarse caer en lo infinito.

Los sabios dijeron que sí y que no, y que qué sabían ellos, respecto de ambas cuestiones.

Algunos especialistas prometieron romper la fuerza centrípeta como quien corta un pelo; pero pedían una subvención, y la mayor parte de los Gobiernos seguían con el agua al cuello y no estaban para subvencionar estas cosas. En España, donde también había Gobierno y especialistas, se redujo a prisión a varios arbitristas que ofrecieron romper toda relación solar en un dos por tres.

Las oposiciones, que eran tantas como cabezas de familia había en la nación, pusieron el grito en el cielo: dijeron los Perezistas y los Alvarezistas y los Gomezistas, etc., etc., que era preciso derribar aquel Gobierno opresor de la ciencia, etc.

Los Obispos, contra los cuales hasta la fecha no habían prevalecido las puertas del infierno, ensalzaban a todos los sabios e ignorantes que se declaraban heliófilos.

«Bueno estaba que se acabase el mundo; que poco valía, pero debía acabarse como en el texto sagrado se tenía dicho que había de acabar, y no por enfriamiento, como sería seguro que concluiría si en efecto nos alejábamos del sol...».

Una revista científica y retrógrada, que se llamaba La Harmonía, recordaba a los heliófobos una porción de textos bíblicos, amenazándoles con el fin del mundo.

Decía el articulista:

«¡Ah, miserables! Queréis que la Tierra se separe del Sol, huya del día, para convertirse en la estrella errática , a la cual está reservada eternamente la obscuridad y las tinieblas, como dice San Judas Apóstol en su Epístola Universal, v. 13. Queréis lo que ya está anunciado, queréis la muerte; pero oid la palabra de verdad:

«Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huirá de ellos. (Apocalipsis, cap. IX, v. 6.) -Porque vuestro tormento es como tormento de escorpión; vuestro mortal hastío, vuestro odio de la luz, vuestro afán de tinieblas, vuestro cansancio de pensar y sentir, es tormento de escorpión; y queréis la muerte por huir de las langostas de cola metálica con aguijones y con cabello de mujer , por huir de las huestes de Abaddón. En vano, en vano buscáis la muerte del mundo antes de que llegue su hora, y por otros caminos de los que están anunciados. Vendrá la muerte, sí, y bien pronto; se acabará el tiempo, como está escrito; los cuatro ángeles vendrán en su día para matar la tercera parte de los hombres. Pero no habéis de ser vosotros, mortales, quien dé las señales del exterminio. ¡Ah, teméis al sol! Sí, teméis que de él descienda el castigo; teméis que el sol sea la copa de fuego que ha de derramar el ángel sobre la tierra; teméis quemaros con el calor, y morís blasfemando y sin arrepentiros, como está anunciado. (Apocalipsis, 16-9.) -En vano, en vano queréis huir del sol, porque está escrito que esta miserable Babilonia será quemada con fuego. (Ibid., 18-8.)».

Los sabios y los filósofos nada dijeron a La Harmonía, que no leían siquiera. Los periódicos satíricos con caricaturas fueron los que se encargaron de contestar al periodista babilónico, como le llamaron ellos, poniéndolo como ropa de pascua, y en caricaturas de colores.

Un sabio muy acreditado, que acababa de descubrir el bacillus del hambre, y libraba a la humanidad doliente con inoculaciones de caldo gordo, sabio aclamado por el mundo entero, y que ya tenía en todos los continentes más estatuas que pelos en la cabeza, el Dr. Judas Adambis, natural de Mozambique, emporio de las ciencias a la sazón, Atenas moderna, Judas Adambis tomó cartas en el asunto y escribió una Epístola Universal, cuya primera edición vendió por una porción de millones.

Un periódico popular de la época, conservador todavía, daba cuenta de la carta del doctor Adambis, copiando los párrafos culminantes.

El periódico, que era español, decía: «Sentimos no poder publicar íntegra esta interesantísima epístola, que esta, llamando la atención de todo el mundo civilizado, desde la Patagonia a la Mancha, y desde el helado hasta el ardiente polo; pero no podemos concederle más espacio, porque hoy es día de toros y de lotería, y no hemos de prescindir ni de la lista grande, ni de la corrida, la cual no pasó de mediana, entre paréntesis. Dice así el Dr. Judas Adambis:

«...Yo creo que la humanidad de la tierra debe, en efecto, romper las cadenas que la sujetan a este sistema planetario, miserable y mezquino para los vuelos de la ambición del hombre. La solución que el poeta francés nos propuso es magnífica, sublime... pero no es más que poesía. Hablemos claro, señores. ¿Qué es lo que se desea? Romper un yugo ominoso, como dicen los políticos avanzados de la cáscara amarga. ¿Es que no puede llamarse la tierra libre e independiente, mientras viva sujeta a la cadena impalpable que la ata al sol y la luna dé vueltas alrededor del astro tiránico, como el mono que, montado en un perro y con el cordel al cuello, describe circunferencias alrededor de su dueño haraposo? ¡Ah, no, señores! No es esto. Aquí hay algo más que esto. No negaré Yo que esta dependencia del sol nos humilla; sí, nuestro orgullo padece con semejante sujeción. Pero eso es lo de menos. Lo que quiere la humanidad es algo más que librarse del sol... es librarse de la vida.

Lo que causa hastío insoportable a la humanidad no es tanto que el sol esté plantado en medio del corro, haciéndonos dar vueltas a la pista con sus latigazos de fuego, que una antigüedad remota llamó las flechas de Apolo, como las vueltas mismas; esto, esto es lo tedioso: este volteo por lo infinito. Hubo un tiempo, los sabios pueden decirlo, feliz para el mundo: fue el tiempo en que se creyó en el progreso indefinido.

La ignorancia de tales épocas hacía creer a los pensadores que los adelantos que podían notar en la vida humana, refiriéndose a los ciclos históricos a que su escasa ciencia les permitía remontarse, eran buena prueba de que el progreso era constante. Hoy nuestro conocimiento de la historia del planeta no nos consiente formarnos semejantes ilusiones; los cientos de siglos que antiguamente se atribuían a la vida humana como hipótesis atrevida, hoy son perfectamente conocidos, con todos los pormenores de su historia; hoy sabemos que el hombre vuelve siempre a las andadas, que nuestra descendencia está condenada a ser salvaje, y sus descendientes remotos a ser, como nosotros, hombres aburridos de puro civilizados. Este es el volteo insoportable, aquí está la broma pesada, lo que nos iguala al mísero histrión del circo ecuestre... No se trata de una de tantas filosofías pesimistas, charlatanas y cobardes que han apestado al mundo. No se trata de una teoría, se trata de un hecho viril: del suicidio universal. La ciencia y las relaciones internacionales permiten hoy llevar a cabo tal intento. El que suscribe sabe cómo puede realizarse el suicidio de todos los habitantes del globo en un mismo segundo. ¿Lo acepta la humanidad?».

II

La idea de Judas Adambis era el secreto deseo de la mayor parte de los humanos. Tanto se había progresado en psicología, que no había un mal zapatero de viejo que no fuera un Schopenhauer perfeccionado. Ya todos los hombres, o casi todos, eran almas superiores aparte, l'elite , dilletanti, como ahora pueden serlo Ernesto Renán o Ernesto García Ladevese. En siglos remotos algunos literatos parisienses habían convenido en que ellos, unos diez o doce, eran los cínicos que tenían dos dedos de frente; los cínicos que sabían que la vida era una bancarrota, un aborto , etc., etc. Pues bueno; en tiempos de Adambis, la inmensa mayoría de la humanidad estaba al cabo de la calle; casi todos estaban convencidos de eso, de que esto debía dar un estallido. Pero, ¿cómo estallar? Esta era la cuestión.

El doctor Adambis, no sólo había encontrado la fórmula de la aspiración universal, sino que prometía facilitar el medio de poner en práctica su grandiosa idea. El suicidio individual no resolvía nada; los suicidios menudeaban; pero los partos felices mucho más. Crecía la población que era un gusto, y, por ahí no se iba a ninguna parte.

El suicidio en grandes masas se había ensayado varias veces, pero no bastaba. Además, las sociedades de suicidas o voluntarios de la muerte, que se habían creado en diferentes épocas, daban pésimos resultados; siempre salíamos con que los accionistas y los comanditarios de buena fe pagaban el pato, y los gestores sobrevivían y quedaban gastándose los fondos de la sociedad. El caso era encontrar un medio para realizar el suicidio universal.

Los Gobiernos de todos los países se entendieron con Judas Adambis, el cual dijo que lo primero que necesitaba, era un gran empréstito, y además, la seguridad de que todas las naciones aceptaban su proyecto, pues sin esto no revelaría su secreto ni comenzarían los trabajos preparatorios de tan gran empresa.

Aunque ya no había Inglaterra hacía mucho tiempo, pues se la había tragado el mar siglos atrás, no faltaban políticos anglómanos, y hubo quien sacó a relucir el habeas corpus como argumento en contra. Otros, no menos atrasados, hablaron de la representación de las minorías . Ello era que no todos, absolutamente todos los hombres aceptaban la muerte voluntaria.

El Papa, que vivía en Roma, ni más ni menos que San Pedro, dijo que ni él ni los Reyes podían estar conformes con lo del suicidio universal; que así no se podían cumplir las profecías. Un poeta muy leído por el bello sexo, aseguró que el mundo era excelente, y que por lo menos, mientras él, el poeta, viviese y cantase, el querer morir era prueba de muy mal gusto.

Triunfó, a pesar de estas protestas y de las corruptelas de algunos políticos atrasados, la genuina interpretación de la soberanía nacional. Se puso a votación en todas las asambleas legislativas del mundo el suicidio universal, y en todas ellas fue aprobado por gran mayoría.

Pero, ¿qué se hizo con las minorías? Un escritor de la época dijo que era imposible que el suicidio universal se realizase desde el momento que existía una minoría que se oponía a ello. «No será suicidio, será asesinato, por lo que toca a esa minoría».

«¡Sofisma! ¡Sofisma! ¡Metafísica! ¡Retórica!» -gritaron las mayorías furiosas-. «Las minorías, advirtió el doctor Adambis en otro folleto, cuya propiedad vendió en cien millones de pesetas, las minorías no se suicidarán, es verdad; ¡ pero las suicidaremos !». Absurdo, se dirá. No, no es absurdo. Las minorías no se suicidarán, en cuanto individuos, o per se ; pero como de lo que se trata es del suicidio de la humanidad, que en cuanto colectividad es persona jurídica, y la persona

jurídica, ya desde el derecho romano, manifiesta su voluntad por la votación en mayoría absoluta, resulta que la minoría, en cuanto parte de la humanidad, también se suicidará, per accidens ».

Así se acordó. En una Asamblea universal, para elegir cuyos miembros hubo terribles disturbios, palos, pedradas, tiros (de modo y manera que por poco se acaba la gente sin necesidad del suicidio); digo que en una Asamblea universal se votó definitivamente el fin del mundo, por lo que tocaba a los hombres, y se dieron plenos poderes al doctor Adambis para que cortara y rajara a su antojo.

El empréstito se había cubierto una vez y cuartillo (menos que el de Panamá), porque la humanidad de entonces, como la de ahora, se prestaba a entusiasmarse, a suicidarse; se prestaba a todo menos a prestar dinero.

Con auxilio de los Gobiernos pudo Adambis llevar a cabo su obra magna, que por medio de aplicaciones mecánicas de condiciones químicas hoy desconocidas, puso a todos los hombres de la tierra en contacto con la muerte.

Se trataba de no sé qué diablo de fuerza recientemente descubierta que, mediante conductores de no se sabe ahora qué género, convertía el globo en una gran red que encerraba en sus mallas mortíferas a todos los hombres, velis nolis . Había la seguridad de que ni uno solo podría escaparse del estallido universal. Adambis recordó al público en otro folleto, al revelar su invención, que ya un sabio antiquísimo que se llamaba, no estaba seguro si Renán o Fustigueras, había soñado con un poder que pusiera en manos de los sabios el destino de la humanidad, merced a una fuerza destructora descubierta por la ciencia. Aquel sueño de Fustigueras iba a realizarse; él, Adambis, dictador del exterminio, gracias al gran plebiscito que le había hecho verdugo del mundo, tirano de la agonía, iba a destruir a todos los hombres, a hacerlos reventar en un solo segundo, sin más que colocar un dedo sobre un botón.

Sin hacer caso de los gritos y protestas de la minoría, se dispuso en todos los países civilizados, que eran todos los del mundo, cuanto era necesario para la última hora de la humanidad doliente. El ceremonial del tremendo trance costó muchas discusiones y disgustos, y por poco fracasa el gran proyecto por culpa de la etiqueta. ¿En qué traje, en qué postura, qué día y a qué hora debía estallar la humanidad?

Se aprobó que el traje fuese el de etiqueta rigurosa entre las clases altas, y en las demás el traje nacional. Se desechó una proposición de suicidarse en el traje de Adán, antes de las hojas de higuera. El que esto propuso, se fundaba en que la humanidad debía terminar como había empezado; pero como lo de Adán no era cosa segura, no se aprobó la idea. Además, era indecorosa. En cuanto a la postura, cada cual podía adoptar la que creyese más digna y elegante. ¿Día? Se designó el primero de año, por aquello de año nuevo, vida nueva. ¿Hora? Las doce del día, para que el sol aborrecido presidiese, y pudiera dar testimonio de la suprema resolución de los humanos.

El doctor Adambis pasó un atento B. L. M. a todos los habitantes del globo, avisándoles la hora y demás circunstancias del lance. Decía así el documento:

«El doctor Judas Adambis

B. L. M.

al Sr. D...

y tiene el gusto de anunciarle que el día de año nuevo, a las doce de la mañana, por el meridiano de tal, sentirá una gran conmoción en la espina dorsal; seguida de un tremendo estallido en el cerebro. No se asuste el Sr. D... porque la muerte será instantánea, y puede tener el consuelo de que no quedará nadie para contarlo. Ese estallido será el símbolo del supremo momento de la humanidad. Conviene tener hecha la digestión del almuerzo para esa hora.

El doctor Judas Adambis aprovecha esta ocasión para ofrecer... etc., etc., etc.».

Llegó el día de año nuevo, y a las once y media de la mañana el doctor Judas, acompañado de su digna y bella esposa Evelina Apple, se presentó en el palacio en que residía la Comisión internacional organizadora del suicidio universal.

Vestía el doctor rigoroso traje de luto, frac y corbata negra y gasa en el sombrero. Evelina Apple, rubia, alta, de anchas caderas y vientre arrogante, de negro también, escotada y con manga corta, daba el brazo a su digno esposo. La comisión en masa, de frac y corbata negra también, salió a recibirlos al vestíbulo. Entraron en el salón del Gran Aparato , sentáronse los esposos en un trono, en sendos sillones; alrededor los comisionados, y en silencio todos esperaron a que

sonaran las doce en un gran reloj de cuco, colocado detrás del trono. Delante de este había una mesa pequeña, cuadrada, con tabla de marfil. En medio de esta, un botón negro, sencillísimo, atraía las miradas de todos los presentes.

El reloj era una primorosa obra de arte. Estaba fabricado con material de un extraño pedrusco que la ciencia actual permitía asegurar que era procedente del planeta Marte. No cabía duda; era el proyectil de un cañonazo que nos habían disparado desde allá, no se sabía si en son de guerra o por ponerse al habla. De todas suertes, la tierra no había hecho caso, votado como estaba, ya el suicidio de todos.

La bala o lo que fuera se aprovechó para hacer el reloj en que había de sonar la hora suprema. El cuco era un esqueleto de este pajarraco. Entonces se le dio cuerda. No daba las medias horas ni los cuartos. De modo que sonaría por primera y última vez a las doce.

Judas miró a Evelina con aire de triunfo a las doce menos un minuto. Entre los comisionados ya había cinco o seis muertos de miedo. Al comisionado español se le ocurrió que iba a perder la corrida del próximo domingo (los toros de invierno eran ya tan buenos como los de verano y viceversa) y se levantó diciendo... que él adoptaba el retraimiento y se retiraba. Adambis, sonriendo, le advirtió que era inútil, pues lo mismo estallaría su cerebro en la calle que en el puesto de honor. El español se sentó, dispuesto a morir como un valiente.

¡Plin! Con un estallido estridente se abrió la portezuela del reloj y apareció el esqueleto del cuco.

—¡Cucú, cucú!

Gritó hasta seis veces, con largos intervalos de silencio.

—¡Una, dos!

Iba contando el doctor.

Evelina Apple fue la que miró entonces a su marido con gesto de angustia y algo desconfiada.

El doctor sonrió, y por debajo de la mesa que tenía delante dio a su mujer la mano. Evelina se asió a su marido como a un clavo ardiendo

—¡Cucú...! ¡Cucú!

—¡Tres!... ¡Cuatro!

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Cinco! ¡seis!... Adambis puso el dedo índice de la mano derecha sobre el botón negro.

Los comisionados internacionales que aún vivían, cerraron los ojos por no ver lo que iba pasar, y se dieron por muertos.

Sin embargo, el doctor no había oprimido el botón.

La yema del dedo, de color de pipa culotada, permanecía sin temblar rozando ligeramente la superficie del botón frío de hierro.

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Siete! ¡ocho!

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Nueve! ¡diez!

III

—¡Cucú!

—¡Once! -exclamó con voz solemne Adambis; y mientras el reloj repetía —¡Cucú!

En vez de decir: —¡Doce! Judas calló y oprimió el botón negro.

Los comisionados permanecieron inmóviles en su respectivo asiento. El doctor y su esposa se miraron: pálido él y serio; ella, pálida también, pero sonriente.

—Te confieso -dijo Evelina— que al llegar el momento terrible, temía que me jugaras una mala pasada.- Y apretó la mano de su marido, que tenía cogida por debajo de la mesa.

—¡Ya estamos solos en el mundo! —exclamó el doctor con voz de bajo profundo, ensimismado.

—¿Crees tú que no habrá quedado nadie más?...

—Absolutamente nadie.

Evelina se acercó a su marido. Aquella soledad del mundo le daba miedo.

—De modo que, por lo pronto, todos esos señores...

—Cadáveres. Ven, acércate.

—¡No, gracias!

El doctor descendió de su trono y se acercó a los bancos de los comisionados. Ninguno se había movido. Todos estaban perfectamente muertos.

—Los más de ellos dan señales de haber sucumbido antes de la descarga, de puro miedo. Lo mismo habrá pasado a muchos en el resto del mundo.

—¡Qué horror! -gritó Evelina, que se había asomado a un balcón, del que se retiró corriendo. Adambis miró a la calle, y en la gran plaza que rodeaba el palacio, vio un espectáculo tremendo, con el que no había contado, y que era, sin embargo, naturalísimo.

La multitud, cerca de 500.000 seres humanos que llenaba el círculo grandioso de la plaza, formando una masa compacta, apretada, de carne, no eran ya más que un inmenso montón de cadáveres, casi todos en pie. Un millón de ojos abiertos, inmóviles, se fijaban con expresión de espanto en el balcón, cuyos balaustres oprimía el doctor con dedos crispados. Casi todas las bocas estaban abiertas también. Sólo habían caído a tierra los de las últimas filas, en las bocacalles; sobre estos se inclinaban otros que habían penetrado algo más en aquel mar de hombres, y más adentro ya no había sino cadáveres tiesos, en pie, como cosidos unos a otros;

muchos estaban todavía de puntillas, con las manos apoyadas en los hombros del que tenían delante. Ni un claro había en toda la plaza. Todo era una masa de carne muerta.

Balcones, ventanas, buhardillas y tejados, estaban cuajados de cadáveres también, y en las ramas de algunos árboles, y sobre los pedestales de las estatuas yacían pilluelos muertos, supinos, o de bruces, o colgados. El doctor sentía terribles remordimientos. -¡Había asesinado a toda la humanidad!-. Dígase en su descargo -él había obrado de buena fe al proponer el suicidio universal.

¡Pero su mujer!... Evelina le tenía en un puño.

Era la hermosa rubia de la minoría en aquello del suicidio; no tanto por horror a la muerte, como por llevarle la contraria a su marido.

Cuando vio que lo de morir todos iba de veras, tuvo una encerrona con su caro esposo; a la hora de acostarse, y en paños menores, con el pelo suelto, le puso las peras a cuarto; y unas veces llorando, otras riendo, ya altiva, ya humilde, ora sarcástica, ora patética, apuró los recursos de su influencia para obligar a su Judas, si no a volverse atrás de lo prometido, a cometer la felonía de hacer una excepción en aquella matanza.

—¿No tienes medio de salvarnos a ti y a mí?...

El doctor, aunque lo negó al principio, tuvo que confesar al fin que sí; que podían salvarse ellos, pero sólo ellos.

Evelina no tenía amantes; se conformó con salvarse sola, pues su marido no era nadie para ella.

Adambis, que era celoso, casi sin motivo, pues su mujer no pasaba nunca de ciertas coqueterías sin consecuencia, experimentó gran consuelo al pensar que se iba a quedar solo con Evelina en el mundo.

Merced a ciertos menjurjes, el doctor se aisló de la corriente mortífera; mas, para probar la fe de Evelina, no quiso untarla a ella con el salvador ingrediente, y la obligó a confiar en su palabra de honor. Llegado el momento terrible, Adambis, mediante el simple contacto de las

manos, comunicó a su esposa la virtud de librarse de la conmoción mortal que debía acabar con el género humano.

Evelina estaba satisfecha de su marido. Pero aquello de quedarse a solas en el mundo con él, era muy aburrido.

—¿Y cómo vamos a salir de aquí? Imposible atravesar esa plaza; esa muralla de carne humana nos lo impedirá...

El doctor sonrió. Sacó del bolsillo del chaleco un pedacito de tela muy sutil; lo estiro entre los dedos, lo dobló varias veces y lo desdobló, como quien hace una pajarita de papel; resultó un poliedro regular; por un agujero que tenía la tela sopló varias veces; después de meterse una pastilla en la boca, el poliedro fue hinchándose, se convirtió en esfera y llegó a tener un diámetro de dos metros; era un globo de bolsillo, mueble muy común en aquel tiempo.

—¡Ah! -dijo Evelina- has sido previsor, te has traído el globo. Pues volemos, y vamos lejos; porque el espectáculo de tantos muertos, entre los que habrá muchos conocidos, no me divierte. La pareja entró en el globo, que tenía por dentro todo lo necesario para la dirección del aparato y para la comodidad de dos o tres viajeros.

Y volaron.

Se remontaron mucho.

Huían, sin decirse nada, de la tierra en que habían nacido.

Sabía Adambis qué donde quiera que posase el vuelo, encontraría un cementerio. ¡Toda la humanidad muerta, y por obra suya!

Evelina, en cuanto calculó que estarían ya lejos de su país, opinó que debían descender. Su repugnancia, que no llegaba a remordimiento, se limitaba al espectáculo de la muerte en tierra conocida... «Ver cadáveres extranjeros no la espantaría». Pero el doctor no sentía así. Después de su gran crimen (pues aquello había sido un crimen), ya sólo encontraba tolerable el aire; la tierra no. Flotar entre nubes por el diáfano cielo azul... menos mal; pero tocar en el suelo, ver el mundo

sin hombres... eso no; no se atrevía a tanto. «¡Todos muertos! ¡qué horror!». Cuantas más horas pasaban, más aumentaba el miedo de Adambis a la tierra.

Evelina, asomada a una ventanilla del globo, iba ya distraída contemplando el paisaje . El fresco la animaba; un vientecillo sutil, que jugaba con los rizos de su frente, la hacía cosquillas. «No se estaba mal allí».

Pero de repente se acordó de algo. Volviose al doctor, y dijo:

—Chico, tengo hambre.

El doctor, sin decir palabra, tomó del bolsillo del frac una especie de petaca, y de esta sacó un rollo que semejaba un cigarro puro. Era una quinta esencia alimenticia, invención del doctor mismo. Con aquel cigarro -comestible se podía pasar perfectamente dos o tres días sin más alimento.

—No; quiero comer de veras. Vuestra comida química me apesta, ya lo sabes. Yo no como por sustentar el cuerpo; como, por comer, por gusto; el hambre que yo tengo no se quita con alimentarse, sino satisfaciendo el paladar; ya me entiendes, quiero comer bien. Descendamos a la tierra; en cualquier parte encontraremos provisiones; todo el mundo es nuestro. Ahora se me antoja ir a comer el almuerzo o la cena que tuvieran preparados el Emperador y la Emperatriz de Patagonia; ¡ea, guía hacia la Patagonia; anda, y a escape, a toda máquina!...

Adambis, pálido de emoción, con voz temblorosa; a la que en vano procuraba dar tonos de energía, se atrevió a decir:

—Evelina; ya sabes... que siempre he sido esclavo voluntario de tus caprichos... pero en esta ocasión... perdóname si no puedo complacerte. Primero me arrojaré de cabeza desde este globo, que descender a la tierra... a robarle la comida a cualquiera de mis víctimas. Asesino fui; pero no seré ladrón.

—¡Imbécil! Todo lo que hay en la tierra es tuyo; tú serás el primer ocupante...

—Evelina, pide otra cosa. Yo no bajo.

—Y entonces... ¿nos vamos a morir aquí de hambre?

—Aquí tienes mis cigarros de alimento.

—Pero ¿y en concluyéndolos?

—Con un poco de agua y de aire, y de dos o tres cuerpos simples, que yo buscaré en lo más alto de algunas montañas poco habitadas, tendré lo suficiente para componer sustancia de la que hay en estos extractos.

—Pero eso es muy soso.

—Pero basta para no morirse.

—¿Y vamos a estar siempre en el aire?

—No sé hasta cuándo. Yo no bajo.

—¿De modo que yo no voy a ver el mundo entero? ¿No voy a apoderarme de todos los tesoros, de todos los museos, de todas las joyas, de todos los tronos de los grandes de la tierra? ¿De modo que en vano soy la mujer del Dictador in articulo mortis de la humanidad? ¿De modo que me has convertido en una pajarita... después de ofrecerme el imperio del mundo?...

—Yo no bajo.

—¿Pero, por qué? ¡imbécil!

—Porque tengo miedo.

—¿A quién?

—A mi conciencia.

—¿Pero hay conciencia?

—Por lo visto.

—¿No estaba demostrado que la conciencia es una aprensión de la materia orgánica en cierto estado de desarrollo?

—Sí estaba.

—¿Y entonces?...

—Pero hay conciencia.

—¿Y qué te dice tu conciencia?

—Me habla de Dios.

—¡De Dios! ¿De qué Dios?

—¡Qué sé yo! de Dios.

—Estás incapaz, hijo. No hay quien te entienda. Explícate. ¿No te burlabas tú de mí porque predicaba, porque iba a misa, y me confesaba a veces? Yo era y soy católica, como casi todas las señoras del mundo habían llegado a serlo. Pero eso no me impedía reconocer que tú, como casi todos los hombres del mundo, tendrías tus razones para ser ateo y racionalista, y recordarás que nunca te armé ningún caramillo por motivos religiosos.

—Es cierto.

—Pero, ahora, cuando menos falta hace, te vienes tú con la conciencia... y con Dios... Y a buena hora, cuando ya no hay quien te absuelva, porque las mujeres no podemos meternos en eso. Eres tonto, Judas, siempre lo he dicho, eres un sabio muy tonto.

—Pues yo no bajo.

—Pues yo no fumo. Yo no me alimento con esas porquerías que tú fabricas. Todo eso debe de ser veneno a la larga. A lo menos, hombre, descendamos donde no haya gente... en alguna región donde haya buena fruta... espontánea, ¡qué sé yo! tú, que lo sabes todo, sabrás dónde hay de eso: Guía.

—¿Te contentarías con eso... con buena fruta?

—Por ahora... sí, puede.

Adambis se quedó pensativo. Él recordaba que entre los modernísimos comentaristas de la Biblia, tanto católicos como protestantes, se había tratado, con gran erudición y copia de datos, la cuestión geográfico-teológica del lugar que ocuparía en la tierra el Paraíso.

Él, Adambis, que no creía en el Paraíso, había seguido la discusión por curiosidad de arqueólogo, y hasta había tomado partido, a reserva de pensar que el Paraíso no podía estar en ninguna parte, porque no lo había habido. Pero era lo cierto que, hipotéticamente, suponiendo fidedignos los datos del Génesis, y concordándolos con modernos descubrimientos hechos en Asia, resultaba que tenían razón los que colocaban el Jardín de Adán en tal paraje, y no los que le ponían en tal otro sitio. La conclusión de Adambis era: que «si el Paraíso hubiera existido, sin duda hubiera estado donde decían los doctores A. y B., y no donde aseguraban los PP. X. y Z.

De esta famosa disensión y de sus opiniones acerca de ella, le hicieron acordarse las palabras de su mujer. —«¡Si la Biblia tuviera razón! ¿Si todo eso hubiera sido verdad?». ¡Quién sabe! Por si acaso, busquemos.

Y después de pensar así, dijo en voz alta:

—Ea, Evelina, voy a darte gusto. Voy a buscar eso que pides: una región no habitada que produce espontáneos frutos y frutas de lo más delicado.

Y seguía pensado el doctor: Dado que el Paraíso exista y que yo dé con él, ¿será lo que fue?

¿Seguirá Dios haciéndole producir tan sabrosos frutos? ¿No se habrá estropeado algo con las aguas del diluvio? Lo que es indudable, si la Biblia dice bien, es que allí no ha vuelto a poner su planta ser humano. Esos mismos sabios que han discutido dónde estaba el Paraíso no han tenido la ocurrencia de precisar el lugar, de ir allá, buscarlo, como yo voy a hacer.

Ellos decían: debió de estar hacia tal parte, cerca de tal otra; pero no fueron a buscarle. Tal vez yo lo encuentre. Y bajando en globo, aunque los ángeles sigan a la puerta con espadas de fuego, no me impedirán la entrada.

¡Oh, sí, busquemos el Paraíso! Paraíso para mí, porque será el único lugar de la tierra desierto: es decir, que no sea un cementerio; único lugar donde no encontraré el espectáculo horrendo de la humanidad muerta e insepulta.

Abreviemos. Buscando, buscando, desde el aire con un buen anteojo, comparando sus investigaciones con sus recuerdos de la famosa discusión teológico-geográfica, Adambis llegó a una región del Asia Central, donde, o mucho se engañaba, o estaba lo que buscaba. Lo primero que sintió fue una satisfacción del amor propio... La teoría de los suyos era la cierta... El Paraíso existía y estaba allí, donde él creía. Lo raro era que existiese el Paraíso.

El amor propio por este lado salía derrotado.

Y todavía quería defenderse gritándole a Judas en la cabeza:

—¡Mira, no sea que te equivoques! No sea eso una gran huerta de algún mandarín chino o de un Bajá de siete colas...

El paisaje era delicioso; la frondosidad, como no la había visto jamás Adambis. Cuando él dudaba así, de repente Evelina, que también observaba con unos anteojos de teatro, gritó:

—¡Ah, Judas, Judas! por aquel prado se pasea un señor... muy alto, sí, parece alto... de bata blanca... con muchas barbas, blancas también...

—¡Cáscaras! -exclamó el doctor, que sintió un escalofrío mortal.

Y dirigiendo su catalejo hacia la parte a que apuntaba Evelina, dijo con voz de espanto:

—No hay duda... es él. ¡Él, mejor dicho!

—Pero ¿quién?

—¡Yova Elhoim! ¡Jehová! ¡El Señor Dios! ¡El Dios de nuestros mayores!...

IV

El autor de toda esta farsa necesita, al llegar a este punto de su narración, interrumpirla, aunque lo sienta y mortifique a esas pléyades de jóvenes naturalistas en román paladino , que no pueden ver sin disgusto que aparezca en la novela o cuento, o lo que sea, la personalidad del escritor. Yo, de buena gana, continuaría siendo tan objetivo como hasta aquí; pero no tengo más remedio que sacará plaza mi humilde personalidad, aunque sea pecando contra todos los cánones y Falsas Decretales del naturalismo traducido al vulga-puck (lengua universal del vulgo).

Esas pléyades de naturalistas imberbes (y no digo pléyade, en singular, porque pléyades no tiene ni puede tener singular, aunque lo olviden la mayor parte de nuestros periodistas) me dispensarán; pero al presentar en escena nada menos que al Deus ex machina de la Biblia, necesito hacer algunas manifestaciones.

Pintar a Jehová (así lo llama el vulgo) tal como es, sin idealizarlo ni nada de eso, es empresa superior a mis fuerzas, porque yo nunca le he visto.

Discuten los sabios si el mismo Moisés llegó a verlo cara a cara; algunos afirman que sólo una vez gozó de su presencia; pero yo, sin ser sabio, me inclino al parecer de los que piensan que ni Moisés ni nadie puso en él los ojos en la vida. Otra cosa es aquello de sentir el Espíritu del Señor que pasa, el soplo divino que hiere el rostro, etc., etc. Eso es posible.

Más fácil me sería, una vez presentado en escena Jehová, hacer que su carácter fuera sostenido desde el principio hasta el fin, como piden los preceptistas, que de camino son gacetilleros, a los autores de dramas y novelas. Para sostener el carácter de Jehová me basta con los documentos bíblicos, pues se ve en ellos que su energía no decae ni un momento y que en él no hay contradicciones; porque el haber hecho el mundo, y arrepentirse después, no es una contradicción, toda vez que, si a eso fuéramos, ahí está Cánovas, que primero fue revolucionario y después se arrepintió, y la energía de Cánovas, sin embargo, está fuera de toda discusión. Y me alegro de haber citado a este personaje, porque si ustedes quieren buscarle a Jehová, según le presenta la Biblia, un parecido, el mayor que encontrarán en la historia, para tener idea del Zeus bíblico, será ese, Cánovas, el Feus malagueño.

Y ahora tengo que entendérmelas con los timoratos y escrupulosos en materia religiosa, que acaso quieran ver ribetes de impiedad en mi cuento. No hay tal impiedad; primero y

principalmente, porque sólo se trata de una broma, y yo aquí no quiero probar nada, ni acabar con la Iglesia de Pedro, ni siquiera con los abusos del clero madrileño. Ni yo soy clérigo de El Resumen, ni siquiera redactor de Las Dominicales , ni ese es el camino. Por no ser, ni soy como el autor de Namouna, adorador de Cristo y además de Ahura-Mazda y de Brahma y de Apis y de Vichnú, etc., etc. Estos eclecticismos religiosos no se han hecho para mí. Lo que puedo jurar es que respeto a Jehová, escríbase como se escriba, tanto como el que más, y que en este cuento no pretendo reemplazar la religión de nuestros mayores por otra de mi invención. Para significar ese respeto precisamente, prescindo de los procedimientos naturalistas, y en vez de presentar al nuevo personaje obrando y hablando, como quiere la buena retórica, pasaré como sobre ascuas sobre todo lo que se refiere a sus relaciones con Adambis, mi héroe, valiéndome de una narración indirecta y no de una descripción directa y plástica.

Apresúrome a decir que la bata que Evelina creyó haber visto pendiente de los hombros del que se paseaba por aquel prado del Paraíso, no debía de ser tal bata, ni las barbas, barbas; pero ya saben ustedes que las mujeres todo lo materializan.

Ello es que aquel era Jehová, efectivamente, y que se estaba paseando por aquel prado del Paraíso, como solía todas las tardes que hacía bueno; costumbre que le había quedado desde los tiempos de Adán. Adambis, aturdido con la presencia del Señor, de que no dudaba, pues si hubiese sido un hombre como los demás hubiera muerto a las doce de la mañana, Adambis, lleno de terror y de vergüenza, perdió los estribos... del globo, como si dijéramos; es decir, trocó los frenos, o de otro modo, dejó que la máquina de dirigir el aerostático se descompusiese, y el globo comenzó a bajar rápidamente y se enredó en las ramas de un árbol.

Evelina gritaba, espantando las aves del Paraíso, que volaban en grandes círculos alrededor de los inesperados viajeros.

Levantó el Señor la cabeza al oír tanto ruido, y viendo el trance, acudió a salvar a los náufragos del aire.

A presencia de Jehová, el doctor Judas permanecía silencioso y avergonzado. Evelina miraba al Señor con curiosidad, pero sin asombro. Encontrarse con un Dios personal de manos a

boca, le parecía tan natural, como le hubiera parecido la demostración matemática de que Dios no existe. Lo que ella quería era tomar algo.

Con arreglo a lo dicho, se renuncia a copiar aquí el diálogo que medió entre Jehová y el sabio de Mozambique. Pero se dirá la sustancia.

El Señor no abusó, como hubiera hecho Júpiter, o El Siglo Futuro , de su situación, que le daba una superioridad incontestable. Nada de pullas, ni de sarcasmos mucho menos. Demasiado sabía él que Adambis, desde que había estudiado Anatomía comparada, se había pasado la vida negando la posibilidad de un Dios personal. Los dos sabían esto. ¿Para qué hablar de ello?

Judas se creyó en el deber de humillarse y de confesar su error. Pero Jehová, con una delicadeza que nunca tuvieron los Nocedales en sus palizas a La Unión, hizo que la conversación cambiase de rumbo.

Lo pasado, pasado. Ahora se trataba de reformar la humanidad por segunda vez. Lo de Adán había salido mal; el remedio del diluvio tampoco había probado; tal vez el mal habría estado en dejar vivos a tantos parientes; un mundo que comienza entre suegros y cuñadas, no puede ir bien. Además, lo primero que había hecho Noé, pasada la borrasca, había sido emborracharse... Jehová esperaba más formalidad por parte de Judas Adambis. Judas había acabado con la humanidad... Corriente. Poco se había perdido.

El pesimismo era la tontería que menos podía tolerar Elhoim; la humanidad se había hecho pesimista... bien muerta estaba. Ahora se trataba de otro ensayo: Adambis iba a repoblar el mundo, y si esta nueva cría salía mal también, bastaba de ensayos; la tierra se quedaría en barbecho por ahora.

El matrimonio de Adambis y Evelina había sido hasta entonces infecundo; pero con las aguas del Paraíso, Jehová prometía que la fecundidad visitaría el seno de aquella señora.

—No serán ustedes inocentes -vino a decir Jehová- porque eso ya no puede ser. Pero esto mismo me conviene. Inocente y todo, Adán hizo lo que hizo. Usted, señor Adambis, es un sabio verdadero, a pesar de sus errores teológicos, y quiero ver si me conviene más la suprema malicia que la suprema inocencia. Desde hoy llevan ustedes en arrendamiento todo este jardín

amenísimo. La renta que me han de pagar serán sus buenas obras. Todo lo que ustedes ven es de ustedes.

—¿Absolutamente todo? —exclamó Evelina.

Y Jehová, aunque con otras palabras, vino a decir:

—Sí, señora... sin más excepción que una... insignificante. Pongo por condición... la misma que puse al otro. No se ha de tocar a este manzano, que en un tiempo fue el árbol de la ciencia del bien y del mal, y que ahora no es más que un manzano de la acreditada clase de los que producen las ricas manzanas de Balsaín. Por comer de esos manzanos no sabrán ustedes ni más ni menos de lo que saben, ni serán como dioses, ni nada de eso. Si Satanás se presenta otra vez y quiere tentar a esta señora, no le haga caso ninguno. Como este manzano los hay a porrillo en todo el Paraíso. Pero yo me entiendo, y no quiero que se toque en ese árbol. Si coméis de esas manzanas... vuelta a empezar; os echo de aquí, tendréis que trabajar, parirá esta señora con dolor, etc., etc. En fin, ya saben ustedes el programa. Y no digo más.

Y desapareció Jehová Elhoim.

Y casi me alegro, porque ahora ya puedo copiar el diálogo textualmente.

Evelina encogió los hombres y dijo:

—Tú, Judas, ¿qué opinas de todo esto?

—¡Figúrate!

—Valiente sabio estabas tú. Mira qué bien hacía yo en ir a misa, por un si acaso. Tú eres un tonto, que por poco nos haces condenarnos a los dos. Afortunadamente, el Señor parece un señor muy amable...

—¡Oh! La Bondad infinita...

—Sí, pero...

—El Sumo Bien...

—Sí, pero...

—La Sabiduría infinita.

—Sí, pero...

—¿Pero qué, hija?

—Pero algo raro.

—Y tan raro, como que es el único.

—No, no quiero decir raro en ese sentido, sino en el de... ¡Mira tú que prohibirnos comer de esas manzanas como si fuéramos unos chiquillos!...

—Y no comeremos.

—Claro que no, hombre. No te pongas tan fiero. Pues por eso digo que es raro. ¿Qué trabajo nos cuesta a nosotros ponernos formales, y, escarmentados, prescindir de unas pocas manzanas que son como las demás?

—Mira, en eso no nos metamos. Dios es Dios, ¿estás? y lo que Él hace, bien hecho está.

—Pero confiesa que eso es un capricho.

—No confieso tal, ni tú tampoco; y te prohíbo blasfemar en adelante. Por lo pronto, no pienses más en tales manzanas... que el diablo las carga.

—¡Qué ha de cargar, infeliz! Buena soy yo. A propósito, tengo sed... deseo de eso, de eso... de fruta... de manzanas precisamente, y de Balsaín.

—¡Mujer!

—¡Bobalicón! ¿No ha dicho que de esa clase hay aquí a porrillo? Pues vamos a buscar otro árbol igual, y me das un hartazgo. ¿Conoces tú el Balsaín?

—Sí, Evelina. (Busca.) Aquí tienes otro árbol igual que ese prohibido. Toma. ¿Ves qué hermosa manzana? Balsaín legítimo.

Evelina clavó los blancos y apretados dientes en la manzana que le ofrecía su esposo.

Mientras Judas volvía la espalda y buscaba otro ejemplar de la hermosa fruta, una voz, como un silbido, gritó al oído de Evelina.

—¡Eso no es Balsaín!

Tomó ella el aviso por voz interior, por revelación del paladar, y gritó irritada:

—Mira, Judas, a mí no me la das tú ¡Esto no es Balsaín!

Un sudor frío, como el de las novelas, inundó el cuerpo de Adambis.

—Buenos estamos -pensó-. ¡Si Evelina empieza a desconfiar... no va a haber Balsaín en todo el Paraíso!

Así fue... a cien árboles se arrancó fruta: y la voz siempre gritaba al oído de la esposa:

—¡Eso no es Balsaín!

—No te canses, Judas -dijo ella ya fatigada-. No hay más manzanas de Balsaín en todo el Paraíso que las del árbol prohibido.

Hubo una pausa.

—Pues hija... —se atrevió a decir Adambis- ya ves... no hay más remedio... Si te empeñas en que no hay irás que esas... tienes que quedarte sin ellas.

—¡Bien, hombre, bien; me quedaré! Pero no es esa manera de decírselo a una.

La voz de antes gritó al oído de Evelina:

—¡No te quedarás!

—Otro sería más... enamorado que tú. Claro, un sabio no sabe lo que es pasión...

—¿Qué quieres decir, Evelina?...

—Que Adán, con ser Adán, era más cumplido amador que tú.

—Tengamos la fiesta en paz y renuncia al Balsaín.

—¡Bueno! Pues tú... ya que prefieres cumplir un capricho de quien hace una hora negabas que existiese, a satisfacer un deseo de tu mujer... tú, mameluco, renuncia a lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—¿No se nos ha dicho que seré fecunda en adelante?

—Sí, hija mía; de eso iba a hablarte...

—Pues no hay de qué. Nada de fecundidad.

—Pero, hija...

—Nada, que no quiero.

—¡Así, perfectamente! -dijo la voz que le hablaba al oído a Evelina.

Volviose ella y vio al diablo en figura de serpiente, enroscado en el tronco del árbol prohibido.

Evelina contuvo una exclamación, a una señal del diablo, que comprendió perfectamente; se dirigió a su marido y le dijo sonriente:

—Pues mira, pichón; si quieres que seamos amigos, corre a pescarme truchas de aquel río que serpentea allá abajo...

—Con mil amores...

Y desapareció el sabio a todo escape. Evelina y la serpiente quedaron solos.

—Supongo que usted será el demonio... como la otra vez.

—Sí, señora; pero créame usted a mí: debe usted comer de estas manzanas y hacer que coma su marido. No digo que después serán ustedes iguales que dioses; nada de eso. Pero la mujer que no sabe imponer su voluntad en el matrimonio, está perdida. Si ustedes comen,

perderán ustedes el Paraíso; ¿y qué? Fuera tiene usted las riquezas de todo el mundo civilizado a su disposición... Aquí no haría usted más que aburrirse y parir...

—¡Qué horror!

—Y eso por una eternidad...

—¡Jesús! No lo quiera Dios. Venga, venga; y Evelina se acercó al árbol, arrancó una, dos, tres manzanas, y las fue hincando el diente con apetito de fiera hambrienta.

Desapareció la serpiente, y a poco volvió Adambis... sin truchas.

—Perdóname, mona mía, pero en ese río... no hay truchas...

Evelina echó los brazos al cuello de su esposo.

Él se dejó querer.

Una nube de voluptuosidad los envolvió luego.

Cuando el doctor se atrevió a solicitarlas más íntimas caricias, Evelina le puso delante de la boca media manzana ya mordida por ella, y con sonrisa capaz de seducir a Saia Muní, dijo:

—Pues come...

—¡Vade retro! —gritó Judas poniéndose en salvo de un brinco—. ¿Qué has hecho, desdichada?

—Comer, perderme... Pues ahora piérdete conmigo, come... y yo te haré feliz... mi adorado Judas...

—Primero me ahorcan. No, señora, no como. Yo no me pierdo. Tú no sabes cómo las gasta Jehová. No como.

Irritose Evelina, y fue en vano. No sirvieron ruegos, ni amenazas, ni tentaciones. Judas no comió.

Así pasaron aquel día y la noche, riñendo como energúmenos. Pero Judas no comió la fruta del árbol prohibido.

Al día siguiente, muy de madrugada, se presentó Jehová en el huerto.

—¿Qué tal, habéis comido bien? -vino a preguntar.

En fin, hubo explicaciones. Jehová lo supo todo.

—Pues ya sabéis la pena cuál es —vino a decir, pero sin incomodarse—. Fuera de aquí, y a ganarse la vida...

—Señor -observó Adambis- debo advertir a vuestra Divina Majestad que yo no he comido del fruto prohibido... Por consiguiente, el destierro no debe ir conmigo.

—¿Cómo? ¿Y me dejarás marchar sola? -gritó ella furiosa.

—Ya lo creo. Hasta aquí hemos llegado. A perro viejo no hay tus tus.

—De modo -vino a decir el Señor- que lo que tú quieres es el divorcio... *quo ad thorum et habitationem*.

—Justo, eso; la separación de cuerpos, que decimos los clásicos.

—Pero entonces se va a acabar la humanidad en muriendo tu esposa... es decir, no quedará más hombre que tú... que por ti solo no puedes procrear —vino a decir Jehová.

—Pues que se acabe. Yo quiero quedarme aquí.

Y en efecto, se quedó Adambis en el Paraíso.

Y salió Evelina, arrastrada por dos ángeles de guardia.

Renuncio a describir el furor de la desdeñada esposa al verse sola fuera del Paraíso. La Historia no dice de ella sino que vivió sola algún tiempo como pudo. Una leyenda la supone entregada al feo vicio de Pasifal, y otra más verosímil cuenta que acabó por entregar sus encantos al demonio.

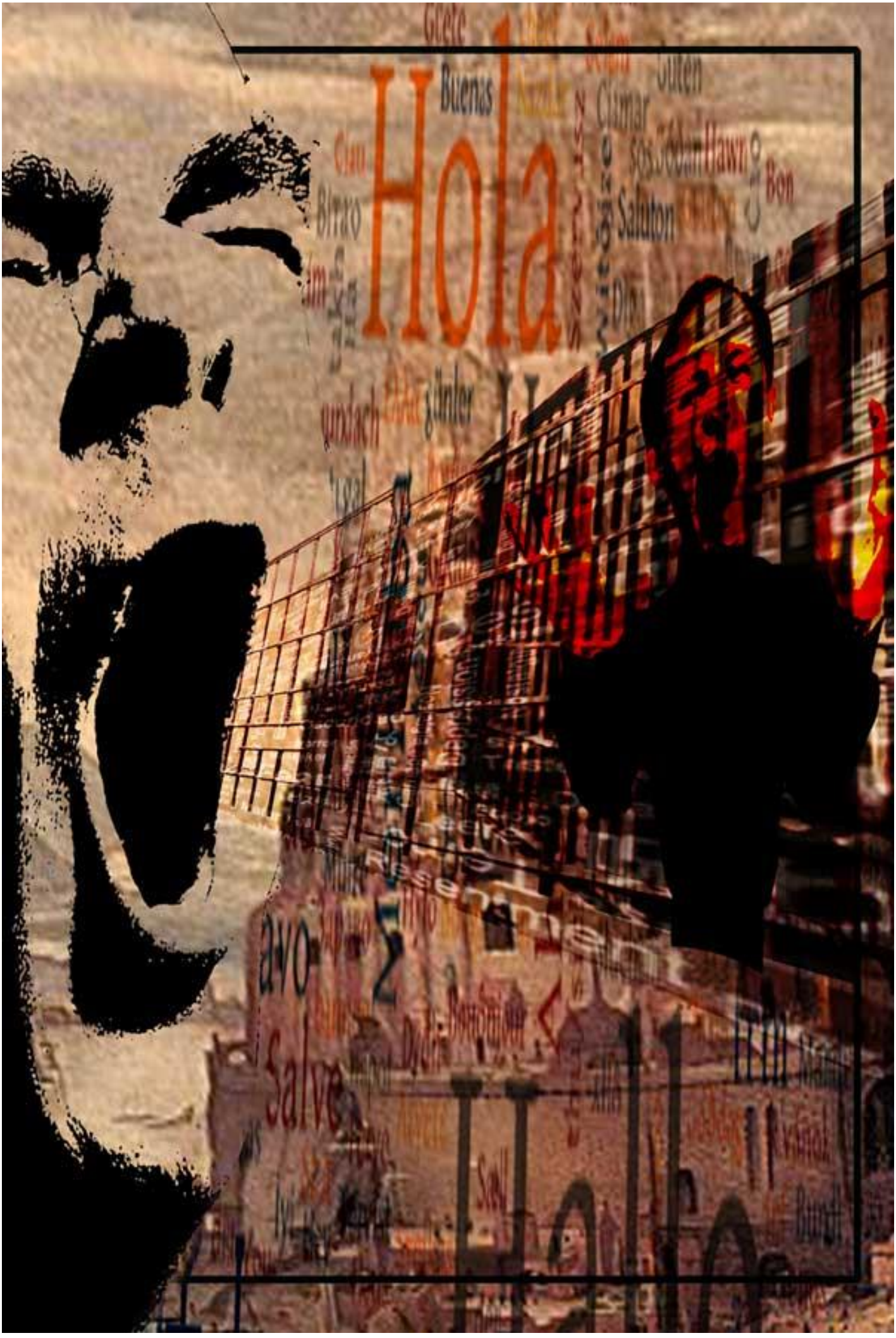
En cuanto al prudente Adambis, se quedó, por lo pronto, como en la gloria, en el Paraíso.

—¡Ahora sí que es esto Paraíso! ¡Dos veces Paraíso! ¡Todo es mío, todo... menos mi mujer!... ¡Qué mayor felicidad!...

Pasaron siglos y siglos, y Adambis llegó a cansarse del jardín amenísimo. Intentó varias veces el suicidio, pero fue inútil. Era inmortal. Pidió a Dios la traslación, y Judas fue transportado de la tierra, según ya lo habían sido Enoch y algún otro.

Así fue como, al fin, se acabó el mundo, por lo que toca a los hombres.

ontemporáneos


Hola
Buenas
Salve
ave

Habrá un día en que todos...[7]

Por Rafael Marín

Ilustrador: Habrá un día en que todos…/ Pedro Belushi (España)

mpezó una mañana normal. Quiero decir que no había en el ambiente nada extraño, que no estaba diluviando ni hacía más calor que de costumbre. Cuando digo que era una mañana normal quiero decir que era absolutamente normal, con el cielo azul, las nubes blancas, los pajaritos cantando y todo eso.

Me levanté tarde (algo también muy normal) porque mi despertador no había sonado a su hora (otra cosa normalísima) y acababa de perder la primera clase del día. Me levanté, me limpié los dientes, hice un poco de café y encendí un cigarrillo. Todo en veinte inutos, con lo que perdí la segunda clase.

Bueno, entonces me di cuenta de algo extraño. Yo no recordaba haber cambiado de marca de café (aquello seguía sabiendo al maldito café de todas las mañanas), e incluso la hechura del paquete era similar al de siempre; pero las letras, los caracteres que estaban allí escritos... no podía entender ninguno. Veréis, cuando uno ha pasado media vida aprendiendo un idioma tras otro y esperando la ocasión de encontrarse con una rubia extranjera para mostrarle la ciudad y... No, veo que no me seguís ninguno. Bien, yo soy — o era— maestro de idiomas: francés, español, alemán e inglés, naturalmente. Entendía mal que bien alguna palabra en ruso y últimamente estaba decidido a aprender árabe, por si las moscas. Podríamos decir que las lenguas han sido siempre la gran pasión de mi vida. ¿Todos me entienden? O.K. Aquel maldito sobre de café

[7] Nueva Dimensión #119 (Editorial Nueva Dimensión, 1979)

estaba escrito con unas letras a las que yo no era capaz de sacar ningún significado, y esto me hizo dudar un poco. No le concedí mayor importancia al asunto en aquellos momentos y preparé mis libros y salí de casa. Todavía no había abierto la boca, quiero decir que no había dicho una palabra.

Tenía el coche estropeado, como casi siempre, pero un taxi se cruzó delante de mí (casi me atropella, más bien), y le hice una seña para que parase. El conductor tenía cara de ratón, como en las películas, y un par de orejas enormes.

—A la Universidad de Empire —dije yo.

—De acuerdo —me contestó él.

¿No tiene nada de extraño, verdad? Bien, pues allí me quedé yo, con la boca descomunalmente abierta y los ojos más abiertos todavía. La cosa, maldita sea la gracia, no era para menos: estaba hablando a aquel tipo en... sí, estaba hablando en una lengua que yo no conocía, estaba emitiendo unos sonidos que no había emitido antes y que podía entender perfectamente, a pesar de ser nuevos para mí.

El conductor me miró, con una sonrisita que le llegaba desde una oreja hasta la otra y que parecía reivindicar para sí la totalidad del asiento delantero.

—¿Es ahora cuando se da cuenta, amigo? —me dijo con un tono burlón. Él también estaba hablando en aquel idioma que me sonaba tan extraño y que, al mismo tiempo, era capaz de entender.

—O...O...O... —Empecé a tartamudear, me sentía más ridículo que un vendedor de perros calientes en medio del edificio de la Bolsa—. ¿Qué demonios estamos diciendo? ¿En qué estamos hablando? ¿Por qué no hablamos en inglés?

El conductor redujo la velocidad y se acomodó hacia atrás en el asiento. Abrió otra vez la boca y esta vez tuve la sensación de que se sentía infinitamente superior al resto del mundo.

—Porque el inglés ya no existe.

Hizo un segundo de pausa, aceleró, se pasó la lengua por encima de unos labios arrugados como pasas, tomó aire y continuó.

—Lo andan diciendo por la radio cada tres minutos, en todas las emisoras y en todas las frecuencias. Los idiomas ya no existen, amigo: Algún chico listo ha inventado el lenguaje universal.

—¿Quéééé? —Di un brinco hacia delante y estuve apunto de comerme el frente del parabrisas.

El conductor asintió, se le veía asquerosamente seguro de sí mismo.

—Pe-pe-pero eso es una tontería. ¿Sin estudiarlo nadie? ¿De la noche a la mañana? ¡Qué absurdo! ¿Usted cree que vamos a dejar de hablar inglés así, de sopetón?

—El inglés ya no existe, amigo, intente hablarlo, verá como no es capaz de articular una jodida palabra. Ahora sólo existe este nuevo idioma. Bah, tampoco es nada importante.

—¿Nada importante? Acababa de tirar veinte años de mi vida por la borda y con un peso en los pies. No era capaz de recordar un maldito verbo en inglés, ni en francés, ni en castellano, alemán o ruso.

Agarré torpemente mi carpeta y rebusqué entre los papeles. Era mi letra, desde luego, mi sucia escritura inclinada, toda llena de manchas de tinta. No podía entender ninguna palabra. Absolutamente ninguna. Era todo tan confuso como un jeroglífico egipcio. Comprendí que el sobre de café, que yo no había podido entender, estaba escrito en inglés puro.

Comprendí también que acababa de quedarme sin trabajo.

En la Universidad me recibieron con una sonrisa triste. El claustro de profesores de lengua era lo más parecido a un velatorio que he visto en mi vida. Ni siquiera cuando la selección de los alumnos nos batió por quince a dos nos habíamos sentido tan tristes. El resto de las clases se estaban dando con relativa normalidad, con una gran improvisación, naturalmente, y cada veinte minutos se emitían las noticias que provenían de todo el mundo y que hacían referencia al nuevo y único idioma existente.

Eran las once y tres minutos y ya me había quedado sin uñas. Me decidí por arrancar los botones de la chaqueta cuando Pepper me encontró.

Pepper era profesora de matemáticas, ya sabéis: conjuntos, trigonometría, álgebra... un coñazo. Era una auténtica belleza: rubia, ojos claros, buena figura, realmente picante. Se merecía el apodo que era también su nombre, aunque cualquier juego de palabras era ahora intraducible y sin gracia.

—¿Disgustado? —preguntó mientras se sentaba a mi lado y me cogía un cigarrillo del paquete. (Yo sabía, maldita sea, que era un paquete de Winston, pero mi mente se negaba a reconocer las letras y sacarles algún sentido, y a la hora de pronunciar lo llamaba de otra forma.)

—No, simplemente sorprendido. ¿Cómo pueden hacer esto sin consultar a nadie? ¡Demonios, es anticonstitucional!

Ella sonrió. Yo me encontraba tan alicaído que ni siquiera miré sus piernas. Resoplé.

—¿Te das cuenta, Pepper? ¡Acabo de perder mi empleo! No es que el rector me haya despedido, no, ¿para qué se iba a tomar la molestia si ya no sirvo para nada? ¿Cómo voy a enseñar algo que ya no existe, que no recuerdo? Y aunque pudiera hacerlo... ¿para qué? ¡Jesús, pasarán años antes de que se pongan de acuerdo en la forma de estructurar este nuevo maldito idioma, en distinguir gramemas de lexemas, adjetivos de verbos, gerundios de participios... en el caso de que existan, claro! Y cuando se consiga, sólo podrán reintegrarse al trabajo los profesores de esta lengua. ¿Qué demonios hago yo sin mi francés, mi alemán, mi castellano?

Pepper exhaló una cortina de humo azul delante de su cara, dejando sólo a la vista un ojo poderosamente celeste.

—El presidente ha llamado a Chomsky personalmente. En todo el mundo los estructuralistas han empezado ya a trabajar sobre eso. En menos de seis meses se podrá enseñar morfosintaxis, semántica... menos lengua extranjera, claro. Lo siento, Nat, de veras.

La creí, naturalmente. No podía hacer otra cosa.

Los periódicos de la tarde estaban correctamente redactados en el nuevo idioma. Lo llamaban «Lebab», un nombre ridículo, pero justo. Babel deletreado al revés; por demás, creo que

ésta fue la única palabra que sobrevivió a las antiguas lenguas y cuyo significado éramos capaces de recordar: confusión.

Todos los malditos periódicos de todo el maldito mundo habían dedicado todas sus malditas páginas al suceso. Elogiaban la nueva conquista del ser humano: ¡La unificación de las lenguas! ¡El cielo estaba ya al alcance de los hombres! Mierda.

Nadie había matado a nadie en todo el día. Bueno, un par de accidentes, dos incestos, tres suicidios... Pero la guerra del Líbano se había paralizado inmediatamente; Belfast estaba tranquila y toda la gente había salido a la calle comentando la «buena noticia». Un periódico anunciaba en enormes titulares de media página: MILAGRO y luego, en más pequeño: De la ciencia. Todos los periódicos coincidían en que había acabado el sufrimiento de la humanidad. La Iglesia congregaba a todos los fieles y recordaba cómo en otro tiempo las «lenguas de fuego» del Espíritu Santo habían iluminado con su llama de sabiduría a los seguidores del Creador (palabras textuales).

Eran casi las seis de la tarde y yo estaba bebiendo un vaso de whisky, rodeado de periódicos, con toda mi atención puesta en el discurso que el presidente estaba largando a toda la nación a través de todos los canales de radio y televisión. Se le veía contento, feliz de su correcta articulación del nuevo idioma. Decía algo referente a que al fin sería posible el entendimiento de todas las naciones de la Tierra.

Todos veían el lado positivo del asunto. Todos menos yo. Bueno, había algunos más, unos millones de profesores de lengua, de literatura, de idiomas, traductores profesionales, adaptadores, actores de doblaje. Nadie importante.

Pero las bibliotecas habían dejado de ser útiles, porque nadie entendía las grafías de los antiguos idiomas. Los diccionarios sólo podían utilizarse como... bueno, ya sabéis cómo. Shakespeare, Goethe, Cervantes, Unamuno, Descartes, Moliere, Lovecraft, Byron, Poe... ninguno existía ya. Sus obras se habían convertido en simples montones de papelotes impresos inservibles. Ma-ra-vi-llo-so.

Allí estaba yo, rodeado de periódicos, medio borracho, sin trabajo y exhausto. Ni siquiera podía buscar en los anuncios por palabras un nuevo empleo: No podía entender los antiguos diarios y los nuevos, con la excitación, habían olvidado incluirlos.

Frederick Hooverstone, era el nombre. Profesor Frederick J. Hooverstone. Él era el... responsable. Cuarenta años de estudios sobre organización de lenguaje, neuronas, ayoslumínicos, transmisión de microondas. Él era el padre y la madre del lebab: Un viejecito arrugado, casi calvo, con una sonrisa encantadora. Había sido un cerebro gris toda su vida; niño prodigio a los tres años. Una criaturita.

Estaba explicando por la tele —por todas las teles del mundo— sus razones para haber «disparado sin avisar». Stone —en adelante lo llamaré así, porque su nombre es condenadamente largo— había descubierto las conexiones entre los órganos de fonación y las glándulas cerebrales que ordenan la articulación de las palabras. El lenguaje —decía él, y yo admití— no es más que el conjunto de unas reglas determinadas que aceptamos cuando somos niños y que luego nos acompañan durante nuestra vida. Si suprimimos todos los lenguajes nos encontramos de nuevo en la Edad de Piedra, mamuts y dientes de sable incluidos. Si pretendemos crear un lenguaje niversal —como el esperanto— lo único que lograremos será añadir un nuevo dioma a la ya larga lista.

Bien, el lenguaje, comprendido como un proceso inconsciente/consciente a lo largo de un proceso de aprendizaje, repercute en determinadas zonas del cerebro que seleccionan las palabras a emplear, su colocación en la cadena fónica, la concordancia entre verbos, sujetos y complementos, y más tarde su representación gráfica con la ortografía. Stone, hasta el momento, no estaba haciendo más que aludir a los estudios de Chomsky, allí presente, y el viejo Avram —lo encontré un poquitín más grueso— se infló como un balón de grasa. Tuve que sonreír aun en mi contra.

Stone pensaba que un idioma universal acabaría con el problema de la incomprensión y la incomunicación entre los hombres. Desde luego, los datos de todo un día de hablar lebab le eran altamente favorables: todo el mundo había quedado lo suficientemente confundido como para ponerse a pensar en otra cosa. Stone quería crear un nuevo idioma, distinto a todos los demás. Quería crear una lengua que fuera rica fonéticamente, que estuviera llena de resonancias semánticas, que pudiera escribirse con signos ortográficos no demasiado distintos a los occidentales. Sabía la manera de interferirlo en el cerebro por medio de microondas en clave que

iban suministrando información al inconsciente. La creación de un nuevo lenguaje, con estas premisas, no le había resultado demasiado difícil.

Se había ayudado de computadoras, y de la ayuda económica del gobierno, naturalmente. Considerado como Top Secret durante un buen montón de años, Stone tenía pánico a que su descubrimiento fuese utilizado de mala manera, «en contra de la humanidad», había dicho, así que cuando tuvo todo dispuesto no avisó a Washington, sino que hizo funcionar su aparato emisor de microondas durante semanas hasta que el cerebro humano —todos los cerebros humanos de toda la Tierra— almacenaron sin saberlo el enorme potencial de una lengua nueva, al tiempo que los antiguos quedaban borrados en la fase final, el paso del inconsciente al consciente.

Se justificaba diciendo que de otra manera nunca se hablaría lebab, sino que se utilizarían las antiguas lenguas hasta que una ocasión determinada obligara a utilizarlo. En esto le di la razón. Yo nunca hubiera utilizado esa maldita lengua de haberlo querido.

Por otra parte, Stone era el único que conocía la relación entre las neuronas semánticas y los órganos de fonación. La clave de microondas solamente era conocida por él, y las computadoras sólo obedecían al estímulo nervioso de los párpados del viejo al aletear despreocupadamente frente a la «llave» del registro informático. Stone temía que esclavizaran a la humanidad con variantes de sus estudios, pobre viejo.

Apagué el televisor cinco segundos antes de quedarme dormido. La cara de Stone, llena de felicidad y de temor a un mismo tiempo, me hizo pensar que todavía quedaban estúpidos filántropos en el maldito mundo.

No todo se había perdido, afortunadamente. La ciencia estaba almacenada en enormes libracos de signos, y las computadoras rebosaban datos sobre números, experimentos, química, datos y más datos. Conservaban referencias exactísimas sobre las obras literarias de toda la humanidad, sobre el área de difusión de los antiguos idiomas del mundo. Pero pocas eran las obras almacenadas en la clave de los computadores que habían quedado para poder ser traducidas, cuanto menos, al lebab (¿cómo podía un computador apreciar la poesía?). Se habían perdido siglos de historia de la humanidad. Stone no había previsto esto.

Habían pasado cuatro meses desde el día fatídico. Cuatro meses intentando recordar alguna maldita palabra de cualquier puñetero idioma, todo en vano. Cuatro meses viviendo del seguro de desempleo y de las colaboraciones de Pepper que me invitaba a comer un día sí y otro también.

La gente —toda la gente, incluido yo— se había acostumbrado al lebab. Se escribían en lebab los periódicos, empresas multinacionales editaban miles de millones de ejemplares de libros escritos en lebab. Diccionarios y enciclopedias aparecían en su mayoría incompletos, porque no había habido tiempo de recopilarlo todo. Se editaba en cantidades desenfrenadas con vistas a la exportación. En menos de un mes nos vimos sobresaturados de libros, historietas y revistas escritas en lebab y provenientes de Francia, de Angola, de Rusia.

Los libros empezaron a subir de precio. Cuando las tiradas enormes habrían podido abaratar los costes, los impuestos de importación/exportación ponían los libros poco menos que por las nubes. Era una dura competencia para ver quién abarcaba más. Nosotros teníamos prácticamente inundada de libros a Europa, pero África y Sudamérica estaban empezando a dominarnos. Era el caos completo.

Otra cosa: Era imposible destacar. El lebab era tan hermoso —maldición, tengo que reconocerlo— que cualquier tontería sonaba extraordinariamente perfecta. Escritores de primera línea, auténticos prodigios de imaginación, se veían desbordados por chupatintas malhablados que editaban en enormes cantidades y que empezaban a estacar sin tener ninguna calidad. Irwing Wallace anunciaba que no volvería a escribir en su vida. Harold Robbins no quería hacer ningún comentario.

La bomba estalló justo cuando Alfred Gayllard, «el joven Hemingway de la literatura americana» se ahorcó frente a su biblioteca de libros «antiguos». Hubo una gran manifestación de duelo en Nueva York, compuesta por amantes de las antiguas lenguas que venían de todo el mundo, y a la que asistí junto con Pepper. Un tarado incendió una librería donde se exhibían libros en lebab, y la policía, al disolvernos, organizó un follón de mucho cuidado. Más de veinte personas resultaron muertas y casi cien fueron heridas. Coño, no es que tuviera nada en contra de que se intentara quemar las librerías para así acabar con el lebab (ya sabía que no iba a servir de nada), pero aquellos pirómanos y los cerdos de uniforme habían puesto en peligro mi vida.

Si queríamos conseguir algo, la revolución no era un buen camino.

Por lo menos por el momento.

El lebab no había servido de nada. Belfast estaba otra vez en llamas. Beirut era un infierno. Oriente Medio una ensalada de tiros. El mundo había reaccionado con alegría ante el nuevo idioma, pero los pueblos no habían olvidado sus aspiraciones.

La cosa se complicó cuando un profesor de alemán de la Sorbona se suicidó frente a sus alumnos al hacer estallar una bomba que acabó con la mitad de la clase. Desde entonces, los profesores fuimos puestos en la lista negra de todos los gobiernos del mundo, considerados como «elementos subversivos».

En la O.N.U. el tiberio se formó cuando el delegado chino (supongo que con buena intención) hizo alusión a la cara pecosa del delegado ruso, a quien le había sentado como un tiro la observación. En los antiguos tiempos, cualquier intérprete mediano hubiera evitado aquel escollo dando un giro a la frase, pero ahora estaba a punto de estallar una guerra y el mundo estaba, literalmente, acojonado. Empezaban a brotar las primeras manifestaciones populares contra el «lenguaje teledirigido» y las «fuerzas del capitalismo lingüístico». Todo estaba casi a punto.

La otra noticia me llegó por boca de Pepper, justo cuando el Sindicato Pro-Restauración de las Antiguas Lenguas y la Libertad de Expresión Fonética había decidido boicotear el lebab.

—¿Te has enterado, Nat? Un antiguo traductor de Shakespeare ha intentado matar al profesor Hooverstone.

Di un salto en la silla y estuve a punto de morderla.

—¿El profesor Hooverstone? ¡Claro, eso es! Pepper se me quedó mirando, con una mueca de inquietud en los ojos.

El maldito sabueso me cerraba el paso y me miraba con una cara que me hizo desear estar a mil millas hacia el este. Parecía muy capaz de levantarme en vilo con una sola de sus manos y

voltearme por encima de la calle en un abrir y cerrar de ojos. Si no me creéis es que no habéis visto a ese tipo.

—Escucha, amiguito —me lo decía con una voz nasal que me hacía cosquillas en el espinazo—. El profesor Hooverstone no puede ser molestado por nadie. ¿Te enteras, chico listo? Por nadie. Así que lárgate de aquí antes de que te haga detener por alterar el orden público y por intento de asesinato en la persona del profesor. ¿Quién crees que iba a creerte? Ya ha tenido un atentado hoy y sería sencillo hacer creer que tú has planeado otro.

La pose a lo Humphrey Bogart no le sentaba en absoluto. Se le veía espantosamente ridículo, sosteniendo la colilla medio apagada con los labios. Cristo, como deseé tener medio metro más de altura y aplastarle la nariz entre los dientes.

—Quiero ver al profesor Hooverstone —dije con una voz rayada que no era en absoluto la mía—. Es algo de vital importancia. Yo era profesor de idiomas y...

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —El sabueso me agarró por las solapas y me levantó un palmo del suelo. La chaqueta hizo crac en algún lugar de mi espalda. En mi vida he sentido tanto miedo. Deseé estar a un millón de millas hacia cualquier parte, pero la tenaza del mastodonte me obligaba a permanecer allí, colgando como un guiñapo muerto.

Bien, ya sabéis que en las películas suele aparecer el Séptimo de Caballería, con la bandera y la corneta tocando alegremente. Me preguntaba cuándo iban a llegar y hasta pensé si no habrían sufrido algún ataque indio, porque allí no aparecía nadie. Demonios, ni siquiera podía gritar diciendo: ¡Policía! porque aquel tipo era policía.

Me dio un empujón y yo rodé hacia atrás, aterrizando duramente en la capota de mi coche recién reparado. Algo crujió además de mi camisa, algo huesudo en mi espalda.

Cuando intenté levantarme, el mastodonte estaba otra vez encima mío. El golpe en el estómago me hizo volar directamente hacia el país de Morfeo.

Pepper pagó la fianza y al día siguiente estaba otra vez en casa, con un bonito vendaje cubriéndome la espalda. La noche en el camastro de la celda no había aliviado demasiado mi costilla rota.

—Ahora no puedes volver a intentarlo —dijo Pepper, que me estaba sirviendo un tazón de humeante café, ignoro de qué marca—. Si apareces otra vez allí lo de ayer pareceráuna broma y te largarán un par de meses a la sombra.

—Descuida, no pienso volver a hacerlo. Uuuff, ¿cómo puede haber gente tan bestia en el mundo?

Me incorporé a medias en la cama. El pijama estaba sucio y me sentí molesto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —era de nuevo Pepper. Supongo que no sabía que yo ya había tenido suficiente interrogatorio la noche anterior.

—Si Hooverstone tiene teléfono estará intervenido y no podré hablarle, y desde luego, no pienso ni aparecer otra vez por allí.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—¡Demonios! ¡Ya que no tengo una paloma mensajera, le escribiré una carta!

Y la escribí. Folios a máquina, doble espacio, todo eso. El texto era éste:

Profesor Hooverstone, etcétera, etcétera.

Muy señor mío:

Usted no me conoce. Al menos que yo recuerde. La única oportunidad que hemos tenido para conocernos fue abortada por ese cachalote vestido de azul que tiene usted por guardaespaldas. Sucedió hace dos noches y me costó una costilla y una noche en la cárcel, pero eso no importa demasiado siempre y cuando usted lea esta carta.

Me llamo Nathaniel Fencing (puede llamarme Nat) y antes tenía como medio de ganarme el pan el enseñar idiomas a todos aquellos que tenían intención de aprenderlos. Puedo jurarle a usted que no suspendía demasiado y que incluso era un buen maestro, pero dejemos eso ahora. No tengo intención de intimidarle, pero soy miembro del Sindicato, ya sabe a cuál me refiero. Quiero hablarle del lebab, profesor Hooverstone.

Señor, usted ha conseguido hacer real una de las más grandes utopías del hombre: desde casi siempre se ha pensado en la posibilidad de utilizar un único idioma en el mundo. Hasta ahí,

todo correcto, ¿no? Bien, sigo. No sé cómo demonios lo ha hecho, pero nadie es capaz de hablar ya ningún idioma antiguo, sólo esta jerga de sonidos armoniosos que lleva el estúpido nombre de lebab.

¿Qué ha conseguido con esto? Dígame, profesor, ¿qué ha conseguido? Yo voy a decírselo: no ha conseguido absolutamente nada. La gente sigue matándose por un par de estupideces o por un millón de causas justas. Sí, estoy de acuerdo en que si ahora nos desplazáramos a Mozambique o a Belgrado, comprobaríamos —¡oh, felicidad!— que podemos entendernos fácilmente y que se han acabado los supuestos problemas de incomunicación humana, ¿no es cierto?

Quitemos mi problema, el problema de cientos de desgraciados que nos quedamos en la calle. Vayamos a lo más importante: Hemos perdido siglos de literatura universal, o lo que viene a ser lo mismo: Hemos perdido siglos de historia. ¿Qué ilusión puede hacer ahora leer a Bernard Shaw en un idioma que le es totalmente ajeno? Eso, suponiendo que alguien haya podido transcribir sus obras al nuevo idioma, cosa que dudo. Observe que utilizo la palabra «transcribir» y no «traducir» porque esto daría lugar a una interpretación totalmente nueva en cuanto a sonidos y forma de expresión, señor, todo habrá sido cambiado por completo. ¿Sabe lo que significa esto?

Luego está el maldito mercado negro del libro. Se editan millones de ejemplares de cada libro para lucro de unos cuantos peces gordos que no saben qué hacer con tanto dinero. Millones de páginas impresas con estupideces sin ninguna calidad literaria. Pero dejemos esto también aparte, ¿de verdad cree usted que el lebab va a permanecer inalterable?

Mire, si tomamos en consideración que el griego, el latín y sus derivados, las lenguas romances, provenían de un tronco común que es el indoeuropeo, aceptamos que hubo un momento en que sólo existía un único lenguaje que fue degradándose y erosionándose hasta dar lugar a un enorme montón de lenguas. Por ejemplo, hubo una época en que el latín dominaba Europa. ¿Sirvió de algo? En menos de diez siglos ya existía el francés, el catalán, el castellano, un enorme montón de dialectos en la propia Italia. ¿Cree usted que el lebab va a quedarse sin evolucionar? ¡Claro que no! En Sudáfrica tomará un rumbo y en Manhattan otro. Dentro de equis siglos habremos vuelto al principio, señor profesor, ¿qué harán nuestros descendientes, conectar el botón de su maquinita otra vez? ¡Es absurdo!

Además, el Sindicato ha decidido ayudar a evolucionar al lebab, hacerlo ininteligible.

Es muy sencillo. Vamos a empezar a pronunciar «mal», vamos a pronunciar sonidos instintos. Transmutaremos sonidos fricativos por bilabiales, dentales por alveolares, eso en la zona de Nueva York. En Texas arrastrarán las vibrantes. En Francia suavizarán las palatales. Y eso no es todo. No somos ahora capaces de leer en inglés, ni de hablarlo, porque no nos acordamos, pero sí sabemos la forma de empezar a recordar palabras.

Por ejemplo, yo sabía de memoria casi un centenar de poemas en inglés, alguna canción, algún que otro capítulo de un libro en prosa. Conservo una cuidada colección de discos grabados en inglés, y que ahora, naturalmente, no puedo entender, pero cuyo significado semántico conozco. Tomemos por ejemplo el poema de Annabel Lee de Poe, ¿lo conoce? Supongo que sí.

Yo lo sabía de memoria en inglés. Ahora, si intentara recitarlo solamente podría hacerlo en este maldito lebab, ¿me equivoco? Bien: no recuerdo la cadena de palabras en inglés pero sí su significado, lo que Poe decía en el poema. Tengo en casa una grabación con la voz preciosa de Richard Burton. Escuchándolo veinte o treinta veces podré empezar a sacar conclusiones y a establecer palabras. Un estudio comparativo, en cierto modo. Gracias a los documentos grabados, que ahora nos suenan rarísimos, podremos recuperar un cierto número de palabras en sus idiomas originales. Imagínese: todos los profesores del mundo pronunciando mal, mezclando palabras, haciendo una mezcla total de idioma nuevo y viejo... distinto en cada país, por supuesto. Eso aceleraría mucho la degradación de la única lengua. Degradación que sería forzada y voluntaria y que se machacaría insistentemente a través de todos los medios de comunicación.

No somos solamente los profesores los que suspiramos por la vuelta de la cultura y las antiguas lenguas. La enorme mayoría de la gente suspira por poder decir «maldito hijo de puta» en puro inglés americano. ¡En el lebab suena todo como un piropo, incluso los insultos son algo estético!

Profesor, admito que su descubrimiento es grandioso, pero ha quedado demostrado que no sirve para nada. No han acabado las guerras, como usted pensaba, ni la incomunicación humana. Profesor, en realidad a nadie del antiguo mundo le importaba que en China hablasen chino, porque nadie sentía la urgencia de comunicarse con un ser que está a miles de kilómetros de distancia. El lenguaje es algo familiar, algo que se usa para entablar contacto de una manera directa y familiar. Profesor, cuando se quiere realmente establecer una comunicación con alguien que no hable el mismo idioma, se logra mediante gestos, por señales, intercambiando palabras

básicas. Siempre se logra establecer contacto de una manera o de otra. No era necesario un salvador que obligara a hablar una lengua que no nos gusta y a la que quisiéramos olvidar para siempre.

Profesor, admiro sus buenas intenciones, pero el mal de la humanidad, poniendo un ejemplo muy lingüístico, está en el fondo y no en la forma.

Atentamente:

Nathaniel Fencing.

Ex-profesor de idiomas.

Dos días más tarde recibí contestación, algo que en realidad casi no esperaba. Era un sobre pequeño, escrito a mano con una letra menuda y redondita. Lo abrí. El texto era el siguiente:

Muy señor mío, etcétera, etcétera.

Antes que nada, he de reconocer que han sido ustedes muy inteligentes al encontrar un medio de resucitar palabras de las antiguas lenguas. Pero hay algo que debo confesarle: en realidad no las han olvidado nunca. Todos los sistemas de lenguaje siguen almacenados en sus cerebros, pero el paso del inconsciente al consciente hace que se emitan sonidos n lebab. Es una especie de condicionamiento inhibitorio, una especie de hipnosis. Me legra pensar que mediante un razonamiento lógico, científico, logren ustedes burlar la hipnosis, aunque sea en cierta forma rudimentaria.

Reconozco que el nuevo idioma no ha servido de nada. Reconozco que estaba equivocado, pero era tan hermoso pensar que iba a acabar con todos los problemas del mundo... Tiene usted razón: las lenguas tienden a disgregarse, no a unirse. El lebab, como todos los idiomas, es una cosa viva que tendrá que evolucionar hasta perderse en un número indeterminado de sublenguas. Eso es algo que yo no había observado. Pero no será necesario que ustedes escuchen horas y horas antiguos discos, ni que empiecen a pronunciar mal.

Usted es ahora el único que lo sabe: He invertido el proceso. Microondas de sentido contrario que llevan actuando más de quince días, están borrando poco a poco todo indicio de mi lengua y están despertando los antiguos idiomas ocultos en determinadas euronas del cerebro. En

menos de una semana a partir de cuando usted reciba esta carta, todo volverá a ser normal, señor Fencing. Usted volverá a impartir sus clases de idiomas y la gente podrá maldecir a gusto.

Incluso yo voy a olvidar parte de mis estudios, ya sabe: tengo miedo de que mi señalizador, en manos de un dictador se convierta en un arma total. El mundo, como usted me escribe, no necesita un salvador, ni tampoco otro Hitler.

Por lo demás, ahora estoy investigando sobre los problemas de comunicación de los grandes primates. He descubierto que utilizan un lenguaje muy rudimentario y voy a tratar de encontrar la forma de comunicarme con ellos. Espero que el asunto se dé bien.

Sin otro particular:

Frederick Hooverstone.

Científico.

Seis días más tarde me desperté hablando mi inglés de siempre. Todo recuerdo del lebab se había borrado. Nadie dijo nada, quizás porque todo el mundo lo esperaba. Por lo demás, ni siquiera alguien se encogió de hombros. La guerra del Líbano continuó. Dos o tres soldaditos ingleses habían muerto en una emboscada en Irlanda. Un golpe de estado en algún lugar de Sudamérica acabó con una efímera democracia.

Del lebab sólo quedaron algunos libros y periódicos, escritos ahora en una forma ininteligible, un mero recuerdo. Pienso, como lingüista, que tal vez me hubiera gustado recordar alguna que otra de sus palabras.

Las investigaciones de Stone con los primates siguen adelante. Alguien debería pararle los pies antes de que cree otra raza de idiotas sobre esta maltrecha Tierra.

Los ojos de Jaime[8]

Por Elia Barceló

Ilustrador: S.t./ Dani Torrent (España)

uando a la salida del metro le pareció ver a Jaime entre el gentío, sintió un golpe en el pecho y tuvo que detenerse unos instantes, apoyada en la pared, junto a las escaleras, para recuperar la respiración. Hacía más de veinte años que no se cruzaban sus caminos y si, al volver a Madrid, se había pasado meses temiendo lo inevitable, poco a poco esa sensación de pánico ante un inminente encuentro se había ido difuminando hasta casi desaparecer. Y ahora que ya no pensaba en él, que ya no se le aparecía en sueños, que ya había perdido la relación con toda la gente de la época universitaria, una visión fugaz en la salida de Callao bastaba para volverle a acelerar el pulso y la dejaba débil y sudorosa.

Empezó a subir las escaleras lentamente, como una anciana, mirando a todos lados con aprensión, a pesar de que sabía que era ridículo. Ahora que la primera sorpresa se estaba difuminando se daba cuenta de que era imposible que se hubiese tratado de Jaime porque el muchacho que le había recordado a él era eso, un muchacho de veintipocos años, y Jaime tenía exactamente su edad, dos meses menos; lo que significaba que ahora andaría por los cuarenta y cinco y no era muy probable que hubiera conservado el aspecto juvenil con el que ella lo recordaba. Podía haberse tratado incluso de su hijo, pensó con una sonrisa interna, aunque Jaime nunca hubiera sido partidario de reproducirse.

[8] 9 relatos de terror y misterio (suplemento revista Quo, 117)

Una vez en la calle, miró alrededor como al desgaire y, ya más tranquila, se metió en la primera cafetería que le salió al paso y pidió un martini. Había ido al centro pensando en regalarse un par de horas de mirar escaparates y buscar algo bonito para el cumpleaños de Lola y, de paso, algún conjunto primaveral para la fiesta, pero de repente se le habían quitado las ganas de tiendas y lo que necesitaba en esos momentos era algo dulce y fuerte que le devolviera su presente momentáneamente empañado por aquella terrible época pasada que la había marcado a fuego y que ya casi había conseguido olvidar.

Al principio había sido como un milagro, una de esas cosas que sólo pasan en las novelas y en las películas, un verdadero amour fou que los derribó como un rayo en el mismo momento en que sus ojos se encontraron por primera vez, en el seminario de literatura americana. Los días no tenían bastantes horas para saciarse de la presencia del otro, de su cuerpo, de su conversación, de sus sonrisas. No era concebible el uno sin el otro; pasaban juntos cada segundo del día y de la noche y el mundo quedó convertido en un mero escenario de teatro, poblado de comparsas de cartón piedra. Pero Jaime estaba loco y eso, que en los primeros tiempos lo hacía misterioso y único, fue convirtiéndose en una cadena de acero que la separaba de la realidad y la iba destruyendo poco a poco.

Pidió otro martini y, mientras se lo traían, se quedó mirando la cicatriz de su mano. "¿Cómo te hiciste esto?", preguntaban antes o después sus novios y sus amantes. Nunca había dicho la verdad. Nunca le había contado a nadie que aquel costurón que le atravesaba la palma de la mano derecha era producto de un pacto de sangre que habían hecho ella y Jaime al tercer día de conocerse. Recordaba con toda claridad el cuchillo, el frío de la hoja que le quemó la mano antes de que se abriera como una flor de sangre. Ella no estaba preparada para aquello y, a pesar de su amor, el terror la envolvió como un capullo venenoso mientras la mano de él, igualmente sangrienta, aferraba la suya y se encontraban sus ojos, y sus labios.

Jaime siempre había sido aficionado a la sangre y a los cuchillos. Había tenido tiempo de darse cuenta de ello en los meses que pasaron juntos hasta que ella, a sus espaldas, consiguió una beca para estudiar en Estados Unidos y huyó dejando atrás todo lo que había sido su vida hasta entonces. Nunca volvió a verlo, nunca le escribió y, cuando por fin se sintió con fuerzas de volver a España, pasó meses aterrorizada ante la idea de volver a encontrarlo. Y ahora que había

conseguido por fin vivir tranquila, un rostro entre la muchedumbre la hacía mirar por encima del hombro y querer refugiarse en su piso por temor a tropezarse con él. "Nos pertenecemos", había dicho él entonces clavándola con su mirada azul, "para siempre. En esta vida y en todas las que pueda haber después." La recorrió un escalofrío y se tomó el martini de un solo trago.

En el metro, de vuelta a casa, sin regalo y sin ropa nueva, los ojos se le disparaban en todas direcciones. En las escaleras le había parecido reconocer a Jaime en un muchacho alto que caminaba delante de ella en su misma dirección y que acabó tomando otro pasillo; en el vagón, un chico que estaba de espaldas a ella, vestido de negro, inclinaba los hombros del mismo modo que Jaime, como protegiendo del mundo exterior el libro que leía. Su pelo rubio brillaba con reflejos verdosos y se curvaba sobre el cuello de la cazadora como el de Jaime.

Tenía calor y el alcohol le pesaba en el estómago vacío produciéndole náuseas. El chico se bajó unas paradas más tarde sin que hubiera conseguido verle la cara, pero su desaparición no mejoró su ánimo; más bien al contrario. Antes tenía alguien concreto en quien fijar la vista; ahora sus ojos volvían a vagar, inquietos, buscando otra posible amenaza.

Su calle estaba desierta y algo más oscura de lo normal, le pareció. En la esquina más lejana, alguien paseaba un perro y, detrás de ella, una figura alta y delgada caminaba muy cerca de la pared, con las manos hundidas en los bolsillos de la cazadora y la cabeza baja.

Los oídos le zumbaban y la cicatriz de la mano había empezado a picarle desesperadamente, pero sólo faltaba una manzana y estaría en casa, un piso de sesenta metros limpio, ordenado, lleno de luz. Y suyo; sólo suyo.

Abrió la puerta de la calle con manos temblorosas, con el oído atento a las pisadas del desconocido que pasaría de largo cuando ella hubiera cerrado tras de sí.

—¿Lucía? —dijo la voz de Jaime—. Por fin te encuentro.

Tardó unos segundos en volverse hacia él; los segundos más largos de su vida.

Estaba igual que entonces: alto, pálido, misterioso. Joven, igual de joven. Ni una arruga, ni una cana, ni ojeras oscuras, ni un gramo de más. Con la misma chispa de locura en los ojos violentamente azules.

—Hace mucho que te busco —insistió—. ¿Puedo subir?

Sin darse tiempo a pensarlo, negó con la cabeza, mientras balbuceaba:

—No... Yo... no vivo sola. Podemos ir al bar de ahí al lado, si quieres.

El bar estaba a la vuelta de la esquina; un lugar desangelado pero con luz, con la tele siempre puesta, con vecinos que la conocían de vista.

Ahora fue él quien sacudió la cabeza.

—Te buscaré otro día.

Paró un taxi junto a ellos y se bajó el matrimonio del cuarto con su niña pequeña y su bebé recién nacido. Se saludaron y, al coger la puerta que el vecino le sostenía abierta, se dio cuenta de que Jaime había desaparecido.

Entró en su piso sumida en un estupor como el de sus primeras pesadillas en Washington, esos sueños en los que todo era esponjoso, como si el mundo se estuviera deshaciendo a su alrededor y los ojos de Jaime planeaban sobre ella tiñéndolo todo de azul, primero, y luego de rojo, cuando hasta las paredes empezaban a rezumar sangre fresca.

Sin quitarse el abrigo, se sentó en la sala de estar, buscó su agenda más antigua y marcó un número que sus dedos no habían olvidado.

—¿Marta? Soy Lucía. Lucía Cañizares. Sí, ya sé qué hace más de veinte años.

Marta quería hacer un poco de conversación intrascendente para cubrir su sorpresa, pero a Lucía le castañeteaban tanto los dientes que no podía entretenerse.

—Dime, Marta —cortó las palabras de la prima de Jaime, que también había sido compañera de estudios y de piso— ¿qué sabes de Jaime?

Hubo un silencio.

—¿De Jaime? ¿Me llamas después de veinticinco años para preguntar por Jaime?

—Sí. Dime lo que sepas, por favor.

Marta hizo una inspiración profunda antes de contestar.

—Jaime murió el tres de septiembre, el día que tú te marchaste a Estados Unidos. Se suicidó. ¿No lo sabías?

Ella empezó a negar con la cabeza hasta que se dio cuenta de que Marta no podía verla.

—No quise decírtelo porque tú no podías hacer nada y no quería estropearte tu nueva vida. Tú sabes muy bien que Jaime siempre... siempre estuvo un poco loco. Y después de todo lo que te hizo... en fin. —Marta la había ayudado en aquella época; Lucía había olvidado cuántas cosas sabía de lo que había sucedido entre ellos—. Es mejor así, de verdad, pero ¿por qué me llamas ahora, después de tanto tiempo? ¿Ha pasado algo?

No podía respirar. La realidad que la rodeaba empezaba a difuminarse, a volverse esponjosa, como si los hilos que forman un tejido empezaran a separarse dejando huecos por los que podría colarse y caer a un abismo impensable. Marta seguía esperando su respuesta.

—No. Nada —consiguió articular—. Vi a alguien que se le parecía y se me ocurrió llamarte.

—Jaime se abrió las venas en la bañera. Lo encontré yo al volver a casa, pero como me había ido de fin de semana, llegué el domingo por la noche y él se había suicidado el viernes, al poco de despegar tu avión. No hubo nada que hacer.

—¿Y tú no imaginabas...?

—Uno nunca sabe –dijo, tras una pausa—. Jaime hablaba constantemente de suicidarse, desde que te fuiste de casa y lo de la policía y todo aquello, ¿recuerdas?... pero siempre se dice que los que avisan no lo hacen. Creo que no me di cuenta de lo mal que estaba. ¿Lucía? ¿Sigues ahí?

Jaime estaba en la puerta del baño, con el hombro apoyado contra la jamba, jugueteando con un objeto pequeño, metálico, que lanzaba brillos por el techo del salón.

Lucía dejó caer el teléfono; un ruido blando contra el sofá.

—Estamos unidos por la sangre —dijo él con una sonrisa—. He tardado en encontrarte, pero ahora estaremos siempre juntos.

El azul de sus ojos empezó a teñir el cuarto, un azul que se iba volviendo violeta mientras ella se desnudaba y el agua empezaba a correr en la bañera.

Antes de que los cristales se empañaran, alcanzó a ver su cuerpo pálido cruzado de finas cicatrices. Luego se metió en el agua y se abandonó a la sangre y al dolor. Los ojos de Jaime, desde la puerta, la acompañaron hasta que no quedó nada más.

Los ojos azules[9]

Por Pilar Pedraza

Ilustradora: Ausencia/ Janet Ruiz (Cuba)

l timbre del despertador le produjo un ligero sobrealto. Malhumorada, encendió la luz y se dispuso a seguir durmiendo cinco minutos más. A su lado él se agitó y murmuró algo, pero no se despertó.

Llegó a clase con el tiempo justo. Cuando abrió la carpeta, advirtió que había olvidado los apuntes. No recordaba nada de lo que tenía que explicar aquel día. Muy nerviosa, pero tratando de no perder el control de la situación, guiñó el ojo a uno de los muchachos de la primera fila, tal vez el Representante. El chico subió de un ágil salto a la tarima y se sentó junto a ella. Mejor dicho, en el mismo sillón que ella, que era muy ancho, y empezó a recitar el tema. Lo haces muy bien, cariño -pensó, mirando de soslayo aquella boca joven, de la que brotaba un torrente de erudición-, muy bien. Sigue, sigue, no te detengas.

Entonces se despertó definitivamente.

Aquel sueño idiota había durado más de media hora. Tenía otra media para arreglarse, coger el coche y aparcar, si quería llegar a tiempo a clase. Se sentía mal. Todo le dolía, especialmente la garganta. «No iré», pensó. Pero hizo un esfuerzo, se incorporó en la cama tibia y

[9] Publicado en Arcano Trece: Cuentos crueles (Valdemar, 2006)

fue alcanzando las prendas que el día anterior había dejado caer sobre una silla. Encontrar un zapato debajo de la cama le costó un minuto y le arrancó un par de maldiciones.

A pesar de que el tiempo apremiaba, extendió sobre el rostro, con mano torpe de impaciencia, una ligera capa de maquillaje, se peinó y se pintó los labios. No había tiempo para más. Tenía hambre y sabía el precio que iba a pagar por comenzar la jornada en ayunas, pero no podía ni hacerse un café. Cogió el bolso, la carpeta y los libros, y salió.

Había que cambiar aquel maldito ascensor. Era una máquina malvada, que acudía con lentitud exasperante cuando uno tenía prisa y cuyas puertas tardaban una eternidad en abrirse.

El día era oscuro y desapacible. Un viento helado barría las calles todavía dormidas. Y llovía.

Ella era incapaz de soportar que le cayera encima una sola gota, de modo que, aunque tenía el garaje a dos pasos, volvió a subir, a por el paraguas. Cuando iba a abrir el ascensor para bajar, se le cayeron los libros y lo perdió, llamado por algún otro vecino. Se agachó a recogerlos. Una punzada de dolor le atravesó el costado izquierdo al incorporarse. Para no entretenerse más, emprendió el descenso a pie.

A partir del segundo piso la luz no funcionaba, lo cual la llenó de angustia. Bajar unas escaleras a tientas era todavía peor que soportar la lluvia: siempre temía que un abismo se abriera bajo el último escalón. Por otra parte, nunca estaba segura de cuál era el último.

Ante la puerta del garaje, advirtió con horror que había dejado las llaves del coche sobre la consola del vestíbulo al coger el paraguas. No había tiempo de volver por ellas. Si tomo un taxi - pensó, todavía llego.

En aquella ciudad, la lluvia hacía desaparecer a los taxis. Tuvo que esperar en la parada por lo menos ocho minutos antes de" que viniera uno. Se sintió salvada cuando vio su lucecita verde. La carpeta, el bolso y el paraguas no facilitaron la maniobra de abrir la portezuela y entrar, pero al fin lo logró. El reloj respondió a su mirada inquieta tranquilizándola: llegaría a tiempo.

Su nerviosismo no le impidió darse cuenta de que el vehículo no olía al habitual sudor de pies mezclado con ambientador de pino, sino a tabaco inglés y a cuero. Respiró hondo, reconfortada, y dio la dirección de la Facultad sin mirar al taxista. Se abismó en la contemplación de la marcha de las agujas del reloj. Llegaría, pero tendría que correr un poco cuando el taxi la dejara ante la puerta del edificio, porque para llegar al aula había que recorrer un dédalo de pasillos y subir algunas escaleras. El ascensor no solía funcionar.

Además, ¿llevaba cambio o tendría que soportar la mala cara del conductor si le daba un billete grande? Revolvió las confusas profundidades del bolso, entreabrió el viejo monedero y escrutó en su interior. Llevaba, menos mal.

Cada vez llovía con más fuerza y el tráfico se iba intensificando. Aburrida y nerviosa, miró distraídamente cómo las manos del taxista manejaban el cambio de marchas. Unas manos muy hermosas; algo rudas, pero bien formadas, generosas. Las imaginó recorriendo una espalda femenina y la imagen no chirrió. ¿A quién pertenecían?

El espejo retrovisor le devolvió unos ojos inesperados. Contemplándolos furtivamente, protegida por sus gafas oscuras, se olvidó del tiempo y de la lluvia. Bajo unas cejas rubias fuertemente contraídas, aquellos ojos azules, un poco enrojecidos, intensos, miraban fijamente ante sí, ajenos a ella y al resto del mundo. Ninguno de los taxistas que había visto hasta entonces tenía unos ojos semejantes. Ningún hombre.

La amplia avenida que conducía a la Ciudad Universitaria se hallaba colapsada, tal vez a causa de algún accidente. La lluvia caía con furia, en remolinos, golpeando los cristales y anulando la visibilidad. Si el atasco duraba sólo cinco minutos, llegaría. Su nerviosismo rebrotó, aunque algo dentro de ella había comenzado a poner un poco de orden.

¿Qué ocurriría, en definitiva, si llegaba a clase tarde? Absolutamente nada. Los pocos muchachos que hubieran conseguido llegar aprovecharían su ausencia para tomar un café y charlar. Eso era todo.

Ella nunca llegaba tarde. Por un día... Siempre llegaba puntual a todas partes; incluso demasiado puntual. En las citas, generalmente debía esperar.

El coche amarillo que iba delante del taxi avanzaba centímetro a centímetro. Llegó a empujarlo con la mente hasta que la cabeza le dolió. Definitivamente, no llegaría a tiempo. Y, definitivamente, el coche amarillo se paró, y el taxi también.

Qué silencioso era aquel taxista. Eso le gustaba.

Odiaba las conversaciones ocasionales sobre el tiempo -y aquélla era una gran ocasión- o los comentarios a lo que decía la radio. Supo que aquel taxi no llevaba la radio puesta cuando una de las bien formadas manos apretó una tecla e hizo saltar una casete, le dio la vuelta y volvió a introducirla en el magnetófono. Sólo entonces tuvo ella concienciade qué clase de música había estado sonando hasta entonces. Ahora continuaba. Unas melodías que ella desconocía, cantadas con voz cascada, de letra incomprensible.

El parón amenazaba con prolongarse indefinidamente. Hacía diez minutos que debía estar sentada en la tarima ante el micra, explicando las peculiaridades del senado imperial. Respiró aliviada al pensar que ya no tenía arreglo y sus ojos volvieron a buscar la turbia mirada azul en el retrovisor.

Unos ojos tan claros debían de corresponder a un hombre rubio, y al pensarlo desvió los suyos por primera vez hacia la nuca de él. Sí. Era rubio oscuro. Tenía el cabello impecablemente cortado, muy cuidado, brillante incluso a la luz mortecina de aquella mañana gris. La nuca era fuerte pero no brutal, y el cuello bien proporcionado.

Exasperados por el atasco, los otros coches comenzaron un inútil concierto de cláxones. Pero allí dentro reinaban las notas desgarradas de la guitarra y la canción ronca. Vio cómo él sacaba de la guantera un paquete de cigarrillos. Sin volverse, le ofreció uno, que ella rechazó

sintiendo que un rubor adolescente le hacía arder las mejillas. Molesta consigo misma, se reprochó dejarse llevar por emociones tan vulgares. La verdad es que deseaba fumar, pero la garganta seguía doliéndole. Aunque hubiera llegado a tiempo, probablemente no hubiera podido dar la clase. Cuando llegara a la Facultad, tomaría algo caliente.

Él fumaba con las manos aferradas al volante, sin quitarse el cigarrillo de la boca. El humo estaba acentuando el delicado enrojecimiento de los ojos y aclaraba su color azul. Ella intentó imaginar cómo sería su rostro. Sólo conocía sus manos, su nuca, sus ojos, su mirada. Se fijó en su cazadora, de excelente cuero. No llevaba anillo de casado ni reloj.

Los cláxones enmudecieron, impotentes. La casete llegó a su fin con un leve chasquido, y él no la renovó. Ella comenzó a ponerse nerviosa de nuevo. ¿Por qué el hombre no decía nada? Llevaban más de un cuarto de hora parados, en silencio. El taxímetro saltaba con enervante regularidad. Marcaba ya una cifra astronómica.

El coche amarillo continuaba parado. Bajó de él una muchacha cubierta con un impermeable rojo, que se quedó inmóvil a su lado, con los brazos en jarras, bajo la lluvia. Evidentemente, no sabía qué hacer. Los cláxones volvieron a sonar y la chica hizo un gesto de graciosa desesperación. El taxista apagó el motor, abrió la portezuela, bajó y se dirigió hacia ella. Hablaron un momento. Luego, ella entró en el coche, y él lo empujó, para ayudada a ponerlo en marcha. La pasajera no pudo vede la cara, pero sometió a un riguroso escrutinio su cuerpo. Lo encontró hermoso, armonioso. Empujaba con fuerza y suavidad, como jugando.

Por fin, el coche amarillo arrancó y él volvió al taxi. Cerró la portezuela suave y eficazmente.

Continuaba sin ver su rostro completo. Sólo sus ojos, sus cejas contraídas. Ojos jóvenes y experimentados. Aquellos ojos pensaban. Casi podía oír el rumor de sus pensamientos. Azules, pero no fríos: cálidos, febriles tal vez. Nunca había visto tanta vida concentrada en unos ojos. Probablemente, si llegaba a ver el resto sufriría una decepción. Su boca sería débil o cínica o vulgar. La línea de la barbilla, sin embargo, parecía bien formada, y las orejas eran perfectas.

El taxímetro no se detenía, y ella llevaba poco dinero en el bolso. Pensó en bajarse y continuar a pie, pero llovía mucho y le dolía tanto la garganta que renunció a todo y se hundió más en el asiento. Ahora avanzaban de nuevo, aunque muy lentamente.

—¿Quiere que cortemos por la otra calle?

La voz de él era como sus ojos: llena de pensamientos, aunque dijo tan poco que ella casi no pudo analizar sus calidades. Pero fue suficiente para saber que le gustaba.

—Sí, gracias.

Cambió ligeramente de postura y se vio a sí misma en el espejo. A pesar de la mala noche que había pasado, del somero arreglo y del dolor, estaba bien.

Sintió expandirse por el vehículo su propio perfume. A aquellas horas podía olvidar cualquier cosa, pero no aplicarse unas gotas de su perfume, caro como una joya. Estaba tan habituada a el que ya no solía olerlo, pero ahora sí lo notó. O tal vez fuera que leyó en los ojos de él cierto deseo, una admiración furtiva.

Los ojos azules comenzaron a espiarla por el espejo, aunque sin perder de vista la ruta. Ella se sintió incómoda. Le desagradaba profundamente que, unos ojos desconocidos la miraran.

Se desviaron por una calle paralela, limpia de tráfico. Para llegar a la Facultad, tendrían que dar un largo rodeo, pero cualquier cosa era preferible al avance lentísimo de antes.

Sí, ella estaba bien, y sin duda él la deseaba. Estaría mucho mejor en primavera, cuando dejara de dolerle la garganta y durmiera más. Tal vez tendría una pequeña aventura. Pero las aventuras que ella imaginaba eran complicadísimas, nunca un escarceo de' taxi. Un ligero escalofrío de repugnancia recorrió su espalda. El nerviosismo anterior dio paso a una especie de envaramiento. ¿Qué se habría figurado aquel hombre? Pero él se limitaba a clavar sus ojos azules en los de ella.

Se internaron por calles que no conocía. Ahora el coche volaba entre rachas de viento que arrastraban trombas de agua. Ella pensó que tal vez un charco los engulliría. Que se ahogarían en el lodo. Y, de pronto, lo deseó: el lodo, él y ella revolcándose en barro, en cieno, en lodo; él golpeándola, mirándola con aquellos ojos azules y rojos; abofeteándola con sus bien formadas manos, sin quitarse el cigarrillo de la boca. ¿Qué podía importar, lloviendo tanto? ¿A quién le importaba nada en un día como ése?

El dolor de garganta estaba desapareciendo, pero la punzada del costado comenzaba a ser tan aguda como una puñalada. Cada vez que respiraba hondo, sentía el dolor trepar por sus costillas como una enredadera. Consultó el reloj por rutina: ya ni siquiera llegaría a la segunda clase, pero qué más daba. Tampoco iba a poder pagar lo que marcaba el taxímetro.

Corrían a toda velocidad por una carretera estrecha, entre campos embarrados y jirones de niebla sucia. Una recta de excelente visibilidad se abrió ante ellos. Vio venir a lo lejos en dirección contraria un camión, pero no hizo caso. Tenía hambre y ganas de fumar. No encontró cigarrillos en el bolso. Le pidió a él.

El hombre, sin apartar la vista de la carretera, sacó la cajetilla y se la tendió por encima del hombro.

—¿Tiene fuego, por favor?

El camión se acercaba. O ellos a él. O es que aumentaba de tamaño, simplemente.

Él se volvió con el mechero encendido, y entonces ella pudo ver su rostro. El impacto que le produjo su visión se superpuso sin confundirse al tremendo choque del camión con el taxi: vivió las dos cosas con total independencia.

Un insistente repiqueteo del timbre del teléfono le sacó de su apacible sueño matutino. Ella estaba todavía a su lado. ¡A aquellas horas! Era una novedad, pero pensó que tal vez se encontraba mal y había decidido quedarse. Se incorporó y contestó. Alguien se interesaba por ella desde la Facultad: no había acudido a clase y los estudiantes deseaban saber si debían esperada a la segunda hora. Él no supo qué responder, pero farfulló una excusa, mirándola. Dormía como una piedra.

Antes de decidir si se levantaría o continuaría durmiendo unos minutos más, se inclinó sobre ella para darle un beso. Estaba fría, terriblemente fría e inmóvil. La sacudió ligeramente, luego con furia; la llamó por su nombre secreto; todo fue inútil. Desde donde se hallaba, no podía responder.

La Fiesta del Cometa[10]

Por Juan Miguel Aguilera

Ilustrador: Ataraxia/ Lucian Stanculescu (Rumania)

la fiesta sólo es posible llegar deslizándose por un largo tobogán que tiene la forma de la cola de un cometa. Es de aluminio y por toda su bruñida superficie se refleja con precisión la maraña de diminutas bombillas que cuelgan del techo del hall de La Bauhaus, y que representan las principales constelaciones del cielo.

Drachenfest! La Fiesta del Cometa ha comenzado y Sven espera impaciente su turno al pie de la escalera que conduce a la boca del tobogán. En su mano derecha sujeta la invitación, una cartulina plateada con la forma de una estrella fugaz. Al abrirla, un pequeño fuelle disimulado bajo el papel expele una breve lluvia de purpurina.

Traga saliva, su mente se agita inquieta y anhelante, sus ojos recorren la cola de personas con disfraces estrafalarios y geniales. Su propio atuendo, comparado con los que le preceden, ya no le parece tan original. Sobre un traje de tweed se ha limitado a coser un centenar de icosaedros estrellados de cinco centímetros de diámetro cada uno. Están hechos de latón con agujeritos, y contienen pequeñas mechas encendidas en su interior, que lanzan destellos fulgurantes cuando se mueve. Le hubiera gustado diseñar algo más original, pero ha pasado varios días con la mente ocupada por todo aquel desagradable asunto de Berlin-Charlottenburg y no se le ha ocurrido nada mejor.

Al fin llega su turno. Una chica disfrazada de Selene abre su invitación (nubecilla de purpurina), se la devuelve y le señala la escalera de metal. Sven trepa por ella, sintiendo sus manos

[10] Publicado en Weimar desde la memoria (Semana Negra, 2008)

sudorosas al agarrase al tubo de acero. Los icosaedros de latón golpean rítmicamente contra los escalones y el sonido hace que Selene se gire intrigada. Cuando llega arriba, se asoma a la boca del tobogán. Da un poco de miedo, pues se desliza recta hacia abajo durante unos metros, y luego se dobla hacia la derecha, y se desvanece en la oscuridad.

Una apropiada metáfora de mi futuro inmediato, piensa Sven.

Un auxiliar le dice que se tumbe boca arriba con los brazos pegados al cuerpo. Lo empuja. Sven recorre el tobogán en apenas unos segundos, y sus pies aterrizan sobre el mullido césped del campo deportivo situado junto a la escuela.

Luego camina en medio de la noche salpicada con centenares de farolillos dejados en el suelo, que están rodeados de insectos que zumban y revolotean atraídos inexorablemente hacia la luz. Cuadrados de verdes parcelas, hileras de robles engarrafados sobre las piedras grises, rastrojos y encinas, y una fuente en la que flotan flores acuáticas. A su espalda quedan las luminosas cristaleras de la fachada Sur del edificio de La Bauhaus de Dessau, una admirable modulación de cubos entrelazados e interrelacionados, con paredes de cristal y hormigón que dibujan perspectivas inesperadas. Gentes de todas las condiciones sociales deambulan a su alrededor ataviados con atuendos astronómicos y astrológicos. Pero no hay nada ni remotamente parecido a los disfraces diseñados en la propia escuela, que conscientemente evitan ajustarse a la forma humana e intentan ser monstruosos o estrafalarios, pero siempre teñidos con colores intensos y desconcertantes.

Las conversaciones y las risas de sonido cristalino fluyen como corrientes de sangre que se mezclan y disuelven mientras Sven cruza entre ellos como un solitario glóbulo blanco. Los grillos fragmentan la noche con un ritmo acompasado semejante al entrechocar de las espadas.

Una voz femenina mujer murmura a su lado:

—Una noche maravillosa, ¿no crees?

Sven se vuelve y tiene que contener una exclamación. La chica es radiante; su esbelta y refinada figura tiene un aire luminoso. Es muy rubia, y el brillo platino de sus cabellos sobresale por encima de los destellos del aderezo de brillantes que representa notas musicales. Viste un

corpiño de charol negro, ajustado como una segunda piel, y con un generoso escote que deja ver bastante de sus senos. Las líneas plateadas de un pentagrama se enrollan alrededor de su cintura, salpicadas de corcheas y semicorcheas hechas con lentejuelas, que danzan alrededor de su cuerpo. Complementa su vestuario con un ceñido pantalón corto de cuero negro que le queda al ras de las nalgas, un cinturón cubierto de brillantes, y un pañuelo de muselina azul que flota detrás ella como si estuviera hecho de humo.

Sven se lleva la mano al corazón y finge que está teniendo un ataque.

—Me sorprendiste —dice—… ¿Nos conocemos?…

Y se muerde la lengua apenas ha dicho esto. ¿Qué clase de pregunta es esa cuando tienes delante a semejante mujer que intenta entablar una conversación?

—Perdona, quiero decir que… —empieza a disculparse, pero no se le ocurre nada. Lo cierto es que el rostro de la muchacha le resulta familiar, pero ¿quién es?

—No habíamos hablado nunca —reconoce ella—, pero siempre te sientas en primera fila en la clase de Natural. Aunque últimamente ya no te veo por allí.

—¡Claro! —exclama Sven, porque al fin se ha iluminado la lucecita en su mente—. Eres la modelo, ¿verdad? Perdona, no te había reconocido…

Esta vez se detiene antes de decir una inconveniencia, pero es ella la que completa la frase, añadiendo de regalo una mueca pícara a su rostro:

—¿Vestida?

—Sí, eh… quiero decir… Es asombroso, estás increíble con ese disfraz de…

—La Música de las Esferas.

—La "música de las esferas", claro. —Sven se aparta un mechón de pelo rubio de la frente—. Muy bonito.

—Y eso que llevas tú son…

—Icosaedros estrellados. Siempre me han gustado, porque ya ves que son estrellas tridimensionales… Es decir, son icosaedros, pero parecen estrellas, y… —de repente le parece un disfraz de lo más vulgar, pero ya no tiene remedio—. Dentro metí unas mechas encendidas, no sé si te has fijado.

—Sí, muy original. Por cierto, me llamo Helene. No te acordabas, ¿verdad?

—Soy un desastre. Lo siento. En fin, no sé si ya sabes mi nombre.. Yo soy…

—Sven, dime una cosa; ¿por qué dejaste de asistir a la clase de Natural?

Él se queda mirando a la chica y se esfuerza por no apartar sus ojos de los de ella, aunque la tentación del corpiño negro reluciente y la amplia curva del escote es casi mesmérica. Que extraña le resulta la excitación que siente en ese momento cuando ha visto a esa chica infinidad de veces posando desnuda.

Aunque su mente le sigue dando vueltas a este asunto, Sven dice:

—Dejó de interesarme el figurativismo. Todo cuanto existe está amenazado por la destrucción. El mundo ya estaba en ruinas mucho antes de la Gran Guerra, así que la misión del artista es crear un nuevo orden a partir de los escombros… Es necesario imaginar una realidad alternativa, porque esta en la que vivimos agoniza.

Ella lo mira ladeando un poco la cabeza. Sonríe.

—Que pena, me gustaba cuando me dibujabas —entonces, como llevada de un impulso, se coge a su brazo y apoya la mejilla en el hombro de Sven. Las notas musicales de cristal de roca tintinean al entrechocar con los icosaedros de latón—. Quizá logre convencerte de que vuelvas a hacerlo algún día.

—Algún día —asiente él.

Helene se vuelve hacia el centro del jardín y observa el revuelo que se está produciendo entre la gente.

—Oye, parece que Walter Gropius ya va a hablar —dice—; ¿quieres que vayamos a escucharlo juntos?

Él asiente y empiezan a caminar así cogidos hacia el centro del jardín. Una cálida brisa evapora las esencias de las damas de noche y los jazmineros. El cielo está cuajado de puntos luminosos. En un momento, una enorme estrella fugaz atraviesa el firmamento sin darles tiempo siquiera a señalar el sitio por donde ha desaparecido. Se cruzan con una pareja de amantes que se escabullen hacia la masa de árboles oscuros. Sus cuerpos se desploman sobre la alfombra de césped, iluminados por la luz anaranjada de los reflectores. La excitación aletea en el vientre de Sven, pero es consciente de que tiene un compromiso previo que no va a poder eludir.

Para él esta es una noche de sangre, no de amor.

En el centro del prado, la multitud está quieta, atenta a la llegada de las personalidades, creciendo en diámetro a medida que van incorporándose nuevos anillos de gente desde el tobogán. Sven y la chica se quedan mirando desde las rocas, oliendo a pasto seco. Poniéndose de puntillas puede ver a Kandinsky, que va disfrazado de antena de radio. Junto a él, Johannes Itten va de engendro amorfo, es imposible describir su apariencia, y basta con apartar la vista un momento para olvidar los complejos detalles que configuran su atuendo. Un poco más lejos, Lyonel Feininger pasea, impresionante con su aparatoso disfraz que consiste en dos enormes triángulos rectángulos chocando, y saluda a Moholy-Nagy, que va de segmento rectilíneo atravesado por una cruz. Al fondo, Muche es un apóstol harapiento y Paul Klee una encina azul partida por la mitad.

El director de la escuela, Walter Gropius, va disfrazado de Le Corbusier. Camina hasta el centro del círculo de personas y hace la tradicional lectura del manifiesto.

—¡El último fin de toda actividad plástica es la arquitectura! —empieza.

Sven escucha en silencio el manifiesto, absorbiendo cada palabra, que no por conocidas le parecen menos impresionantes. El manifiesto de La Bauhaus es un grito para la unidad, la colaboración, la integridad y la reintegración de los artistas y los artesanos. Afirma que el Estado de la Armonía se ha perdido por la división del trabajo causada por la producción en masa y la guerra mundial, hechos que el discurso de Gropius conecta con la mecanización imperante que

anula al individuo. Culpa también a las barreras que ha levantado la intelectualidad entre las Bellas Artes y las Artes Aplicadas.

—¡Formemos pues un nuevo gremio de artesanos sin las pretensiones clasistas que pretendan erigir una arrogante barrera entre artesanos y artistas! —exclama—. Deseemos, proyectemos, creemos todos juntos la nueva estructura del futuro, en que todo constituirá un solo conjunto, arquitectura, plástica, pintura y que un día se elevará hacia el cielo de las manos de millones de artífices como símbolo cristalino de una nueva fe: ¡La fe en la Belleza y en el Hombre!

Sus últimas palabras son respondidas con una cerrada ovación, a la que Sven y Helene también se suman con entusiasmo. Pero después la expresión del muchacho se vuelve taciturna, como si una nube hubiera eclipsado su rostro. Mira la hora en su reloj de bolsillo y comprueba que ha llegado el momento que tanto ha temido durante los últimos días.

—Me tengo que ir —le dice a Helene con pesar.

—¿Ya? Pero si aún es muy pronto. La fiesta no ha hecho más que empezar…

—Ya lo sé, pero tengo que atender cierto asunto… Lo siento, pero no puedo decirte más. Será sólo un momento y regresaré a la fiesta. Espero volver a encontrarte.

Ella extiende la mano y le toca el brazo que sujeta el reloj.

—Déjame ir contigo —le dice con una voz cargada de promesas y de una intensa pero extraña emoción.

Sven tiene sinuosos glóbulos sangrientos flotando frente a sus ojos, recordándole la verdadera naturaleza de esa noche. Se los frota con los dedos y musita:

—Lo siento, Helene. Pero es mi honor lo que está en juego. Y tú no puedes acompañarme adonde tengo que ir ahora.

Se aleja de ella dando grandes pasos en dirección a la calle que lleva hacia el centro de Dessau. No mira atrás. Y entonces alguien le sale al paso. Sven reconoce a su profesor, Georg Muche, con su disfraz de apóstol mugriento.

—Espera, lo que vas a hacer es una locura —le dice, acercándose mucho a él.

Sven se aparta un poco. Desde que Muche ingresara en la secta mazdeísta, no se lava mucho. Lleva la cabeza afeitada, viste túnicas largas, y sigue una estricta dieta vegetariana con grandes cantidades de ajo purificador que ahora exhala con su aliento.

—Lo siento, profesor, pero esto no es asunto suyo.

—Por supuesto que lo es. ¿Te crees que no conozco cual es el origen de todo esto? Te vi cuando les hacías frente a aquellos muchachos de Berlín-Charlottenburg. Y lo hiciste para defenderme a mí, ¿no es así?

Muche había ido a Berlín a dar una clase magistral en la en la Escuela Técnica Superior de Berlin-Charlottenburg. Allí fue abucheado por varios alumnos de arquitectura que lo llamaron "perro judío" y luego le arrojaron huevos podridos.

—No lo hago por usted, profesor Muche, sino por el honor de La Bauhaus. También dijeron que la escuela era un "nido de comunistas"…

—¿Y qué? ¿Qué importancia tiene eso? ¿De verdad crees que vas a demostrar algo enfrentándote con esos gamberros? No te pongas a su altura, hijo. Recuerda que la violencia nunca soluciona nada.

Sven se siente pinchado por aquella afirmación y es entonces él quien se acerca a Muche, sin que le importe el intenso olor a ajo que le llega en oleadas con su aliento.

—Eso es una falacia, profesor. Muchas veces la violencia es la única alternativa.

—¿De verdad lo crees? ¿Cuál fue el beneficio de la Gran Guerra? No sólo para nosotros, los alemanes que fuimos derrotados, sino para los ingleses y los franceses, dime, ¿qué sacaron ellos en claro de tantos millones de muertos y una Europa en ruinas?

—¿Y cuál cree usted que debe ser la respuesta ante la violencia? ¿Cruzarse de brazos? ¿Y si en vez de insultos y huevos podridos aparecen esta noche, en medio de esta fiesta, con palos, cuchillos y armas de fuego? —lo cierto es que los estudiantes de Berlin-Charlottenburg le han prometido que harán exactamente eso si esta noche no acude él a la cita—. ¿Qué debemos hacer,

profesor? —sigue diciendo—. ¿Correr? ¿Escondernos? Al final a todos los que corren se les acaban los sitios dónde esconderse.

—Llamar a la policía.

—¿La policía? —Sven suelta una risita—. La policía no vendrá. La mayoría están afiliados al NSDAP, y no vendrán a defender un "nido de comunistas".

—Esto es sólo una chiquillería —insiste Muche.

—Yo no lo creo así. Verá, profesor, ahora soy un estudiante de La Bauhaus, es verdad, pero también pertenezco a una familia tradicional de Westerwald en la que se da una gran importancia a la defensa del honor agraviado. Y lo siento mucho, pero no puedo olvidar todo lo que he aprendido desde niño.

—Eres consciente de que te expulsarán si esto llega a saberse.

—Sólo si usted me denuncia, profesor. Nadie más lo sabe. Para el resto, yo habré pasado la noche en la Fiesta del Cometa.

Sven se da la vuelta y empieza a alejarse por la calle de Dessau. Muche se queda plantado allí donde está, y cuando el muchacho se ha alejado unos pasos le grita:

—De acuerdo, Sven, pero no digas que vas por mí o por la escuela. Es la misma semilla de violencia que está en esos chicos la que ahora te empuja a ti.

Sven no quiere seguir escuchándole y sigue caminando. Mientras avanza por una húmeda calle empedrada, que discurre paralela al río Mulde, se va arrancando uno a uno los icosaedros de latón y los va dejando caer sobre los adoquines. Detrás de él brilla una estela de puntos luminosos. Los bloques de viviendas son tan impersonales como los de cualquier ciudad del mundo. El perfume de las damas de noche se mezcla con el monóxido de carbono de algunos automóviles que atraviesan las calles de Dessau.

Llega al barrio Wallenstein, dónde se concentra la vida nocturna de la ciudad. Ahora nada entre en la corriente humana que circula entre los bares abiertos. Las aceras están cortadas por largas mesas de madera repletas de clientes felices que hacen entrechocar sus jarras de cerveza.

Los puestos despiden un olor apetitoso a carne hervida aromatizada con mostaza y rábano picante. Escrito con tiza en una tabla frente a la puerta de uno de estos locales, se puede leer el precio de una cena completa: sólo un millón ochocientos mil marcos. Es tan barato que no es extraño que todas las mesas estén ocupadas. Unos muchachos interpretan una canción popular en el centro de la plaza y sus voces varoniles resuenan contra las paredes de los edificios circundantes. Llevan atuendos tradicionales, en sus brazos lucen unos llamativos brazaletes rojos en cuyo centro hay un círculo blanco con una espiral negra. Son miembros del NSDAP, claro, y Sven se maravilla de cómo un antiguo partido obrero se ha transformado en algo completamente nuevo al incorporar el nacionalismo a su ideología.

La canción es tan hermosa que tocan el corazón de los presentes y hace detenerse a escuchar a la gente que pasa. Habla del amor a la tierra, de las profundas raíces de los hombres que pertenecen a aquella nación, de los campesinos y las mujeres, de los niños que son la esperanza del futuro. Sven ve lágrimas en los ojos de un hombre que está plantado a un lado de él, atento de una forma casi religiosa a cada estrofa de la canción. Cuando los muchachos terminan todos en la plaza les aplauden con fervor.

El nacionalismo es una fuerza poderosa, piensa Sven, admirado por la espontánea reacción de la gente. Tanto o más que la religión, pues esta puede ser inculcada u olvidada; pero la propia nación y sus tradiciones, la raza, lo que hace de un hombre alemán diferente de cualquier otro hombre de la Tierra, ese es un sentimiento puro e inalterable, que permanece en el corazón humano desde la cuna hasta la muerte, y no hay fuerza humana capaz de arrancarlo. Incluso si una nación ha sido aplastada, dominada por otras naciones, destrozada por la más cruel de las guerras, o injustamente humillada por los vencedores como sucedió con Alemania, incluso entonces, el nacionalismo es un sentimiento que trasciende y le da al oprimido, al sometido, al mediocre, una excusa para el orgullo frente a las otras naciones.

Llega frente a una casa de dos plantas. En la de abajo hay una cantina abarrotada de humo y muchachos que beben, fuman y cantan ajenos a cualquier preocupación. Por sus uniformes y sus gorritas se puede ver que la mayoría son estudiantes de la Escuela Técnica Superior. En el piso de arriba las ventanas relucen iluminadas por la luz amarillenta de las velas, y lo que muestran es de una naturaleza mucho más horrenda.

Las negras y retorcidas siluetas de unas extrañas criaturas, danzan macabramente junto a los cristales. Con un estremecimiento, Sven las observa con atención. Parecen pájaros surgidos de una pesadilla goyesca; puede ver sus picos cortos y puntiagudos, sus ojos bulbosos, y sus cuellos anormalmente gruesos.

Retrocede un paso y, por un instante, se plantea la posibilidad de alejarse de allí, regresar a la Fiesta de los Cometas, y olvidarlo todo. Nadie en La Bauhaus va a enterarse nunca de nada; y esos son sus compañeros, los que tienen que importarle de verdad, y no las criaturas de perfil demoníaco que ahora danzan en el piso superior.

No digas que vas por mí o por la escuela, le había dicho Muche.

Y ahora es tentador volver con los cometas en vez de meterse de cabeza en aquel nido de aves que parecen surgidas directamente del infierno. Retrocede otro paso y siente la presencia de una persona a su espalda. Se vuelve. Es un hombre, no muy alto, con un traje pasado de moda y unos impresionantes bigotes de puntas enrolladas.

Como él hizo antes, contempla las siluetas que se reflejan en las ventanas y dice:

—¿Mensur?

Su voz es femenina y perfectamente reconocible para Sven.

—Helene, ¿qué haces… así vestida?

Ella sonríe y retuerce la punta de su bigote postizo.

—Soy Karl Schwarzschild. Le cambié el disfraz a László Moholy.

—¿László Moholy? ¿Él está ahora vestido con lo que tú llevabas? —se asombró.

—Sí, y está encantado. Dime, eso de ahí arriba es Mensur, ¿verdad?

—Sí, es Mensur —dice Sven. Y añade casi para sí—: No sé, ahora todo me parece una estupidez. Quizá el profesor Muche tenía razón después de todo.

Ella lo mira con unos ojos desafiantes y un poco burlones que hacen que Sven se estremezca. Sus mejillas se tiñen de rubor.

—Tú mismo lo dijiste antes —musita ella—: "Es necesario imaginar una realidad alternativa, porque está en la que vivimos agoniza". ¿No es eso lo que piensas?

—Lo pienso, sí. Pero sólo soy un hombre. ¿Qué puedo hacer yo solo?

—A veces una sola persona es capaz de marcar la diferencia. Hay momentos decisivos en el Tiempo, y quizá este sea uno de ellos.

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

—No lo sé, pero tú tampoco lo averiguarás si ahora le das la espalda a esto.

—¿De verdad quieres que suba ahí arriba a pelearme con esos energúmenos?

Helene clava la mirada en los ojos del hombre y no la baja en ningún momento. Es él quien aparta la vista. Le tiemblan las manos y siente la boca reseca. Tiene miedo, quiera dar meda vuelta y alejarse de allí tan rápido como pueda. Pero por nada del mundo quiere aparecer como un cobarde ante una mujer tan hermosa.

—Tienes que hacerlo, y lo sabes —insiste ella—. Nunca podrás apartar este instante de tu mente si ahora cedes ante el miedo. Y yo te ayudaré.

—No tengo miedo —miente él, mientras de mala gana rebusca en un hueco pegado a la pared del edificio. Levanta una bolsa de cuero negro sujetándola por las correas que la cierran. La escondió allí la noche anterior—. Y tú no puedes ayudarme, ahí arriba no se admiten mujeres. Regresa a la escuela y no le digas nada a nadie.

—¿Te parezco una mujer ahora? —dice ella extendiendo los brazos y girando sobre sí misma con una gracia inequívocamente femenina.

—Sí. Y no quiero que conviertas esto en una payasada.

—Ahí arriba está lo bastante oscuro y lleno de humo de tabaco como para ocultarme. Seguro que nadie se fija en mí. Y necesitas un padrino.

—Seguro que alguno de los muchachos se ofrecerá.

—¿Quieres que un estudiante de Berlin-Charlottenburg sea tu padrino?

Sven se ha cansado de discutir. Entra en la taberna con la bolsa de cuero bajo el brazo y el bigotudo Karl Schwarzschild siguiéndole de cerca. Tienen que apartar a los borrachos, que insisten en invitarlos a un trago, para poder llegar a las escaleras que están situadas al fondo, junto a la barra repleta de vasos y encharcada de licor.

El piso superior está saturado de un humo espeso, como Helene había predicho, y Sven siente que su corazón se acelera. Huele a humedad, a tapizados podridos, y sangre. Un aroma dulzón y espeso que le empapa las narices y que parece que se le pega a la garganta cuando respirar aquel aire viciado. Por un instante se le desenfoca la vista, pero poco a poco sus ojos se van acostumbrando a la luz temblorosa de las velas, y empieza a distinguir detalles en la penumbra. Las paredes decoradas con papel pintado. En el suelo no hay ninguna alfombra y se ven las desparejas tablas de madera. Es un espacio diáfano, con sólo unas vigas cuadradas interceptando la visión. Las velas están prendidas en una especie de candelabros sujetos a cada lado de estas columnas.

En las paredes se proyectan las sombras, extravagantes, nubladas y distorsionadas, de dos criaturas que practican la esgrima. Por sus movimientos es evidente que no están luchando y que se trata sólo de un calentamiento. A través de la niebla de humo de tabaco puede entrever al extraña fisonomía de aquellos seres.

No son humanos, sino demonios con cabeza de cuervo y grandes ojos de insecto.

El suelo de la habitación cruje y parece moverse bajo sus pies, como si bajo las tablas carcomidas correteasen criaturas mezquinas y repugnantes que no se atreve a imaginar. Sven sacude de su mente los últimos vestigios del miedo que no hace mucho lo ha atenazado y sigue adelante con paso firme. El miedo al ridículo es ahora más fuerte que el miedo al miedo, y se pregunta cuántos estúpidos habrán perecido en la historia del mundo por mantener el tipo ante una dama bonita. Helene parece ajena a todo temor; cruza el umbral detrás de él y cierra la puerta con un golpe seco. En el extremo opuesto de la habitación, junto a una ventana cerrada de cristales empañados, se extiende una hilera de mesas llenas de envoltorios vacíos y botellas de

cerveza desechadas. En ellas, en sillas madera torneada y respaldo bajo, hay unos veinte muchachos que conversan animadamente. Al verlos aparecer en el umbral, sus voces se desvanecen gradualmente y los observan solemnes.

Los dos siniestros esgrimistas también interrumpen su combate simulado. Los monstruos que creyó ver hace un momento han desaparecido y ahora parecen dos estudiantes más con las extrañas máscaras del Mensur cubriéndoles el rostro. Pero Sven tiene la sensación de que lo han hecho sólo un instante después de que él y Helene atravesasen la puerta, trasmutando su aspecto en el de aquellos muchachos que ahora les miran con insolencia. Piensa que si aparta la vista de ellos un instante, un solo instante, volverán a recuperar su verdadera naturaleza monstruosa para caer sobre ellos y desgarrar sus carnes con sus garras y sus picos de aves carroñeras.

—Me alegro de verles, caballeros —dice Sven.

Uno de los esgrimistas se vuelve hacia él y se quita la máscara de Mensur: unas abultadas gafas de soldador con una especie de pico ganchudo de latón pegado a ellas.

—¡El dummer junge! —exclama—. Empezaba a pensar que no ibas a venir.

—Ya ves que estabas equivocado.

—Sí, eso parece —sonríe. Es un muchacho de unos veinte años, bastante guapo a pesar de las enormes y pálidas cicatrices que cruzan su rostro.

Sven atraviesa la habitación, mirando con cautela el afilado sable que el muchacho de las cicatrices sujeta en su mano. Helene va un paso detrás de él, y llegan a la mesa donde están los sentados los estudiantes. Aparta algunas botellas vacías para dejar un espacio libre en el que apoyar la bolsa de cuero. Uno de los muchachos saca una libretita bastante deteriorada, pasa varias páginas repletas de nombres hasta encontrar una vacía. Toma su pluma y pregunta:

—¿Cómo se llama tu padrino?

—Eeeh… Karl.

—De acuerdo, con eso basta —dice el estudiante haciendo una anotación.

Otro que parece bastante bebido suelta una risotada y dice:

—¿Los dos sois de La Bauhaus? ¿Les habéis dicho a vuestros profesores judíos adónde ibais? ¿Qué pensarán esta noche cuando vayan a arroparos y no os encuentren?

Sven lo ignora y suelta las correas de la bolsa. En primer lugar saca unas gafas de Mensur parecidas a las que lleva su rival. Son de latón pintado de negro y parecen unas gafas de soldador que en vez de cristales llevase una malla metálica. La protección de la nariz es un largo y afilado pico que se dobla hacia abajo como un gancho.

Las deja a un lado y saca la pieza más pesada del equipo, el paukhosen. Son unos gruesos pantalones de piel que continúan con un peto que cubre el vientre y las costillas, como una coraza medieval. El conjunto se ata a la espalda mediante correas. Sven se quita la chaqueta de Tweed y el chaleco, se arremanga las mangas de la camisa, y le pide a Helene que le ayude a ponérselo. Luego se enrolla alrededor del cuello una bufanda hecha con malla metálica y cuero, que le llega hasta la barbilla y que también se sujeta por detrás con correas. Mete la mano derecha en un guante de piel que sujeta con una cinta de seda al codo, y sobre él se pone el stulp, una funda de tejido acolchado. El brazo izquierdo está sin protección porque irá atado a la espalda durante el combate.

Entonces se coloca la máscara de latón y Helene se queda mirándolo.

—Tienes un aspecto verdaderamente insólito —le dice—; podrías haber ido así a la Fiesta del Cometa y no hubieras desentonado.

—No creo que en La Bauhaus fuera bien visto este tipo de atuendo.

—Llevas el cuerpo muy protegido, pero casi todo el rostro al aire…

—Esa es la idea. Fíjate en mi rival; su nombre es Ernst Schlüter.

—Tiene la cara llena de cicatrices.

—Así es. Su familia poseía plantaciones en África antes del Armisticio, y dice que los negros no respetaban a sus amos blancos si no llevaban cicatrices en el rostro. Ernst ha combatido ya cincuenta veces; esas heridas que luce son tan codiciadas que, cuando estaban

cicatrizando, se las abría de vez en cuando para verter vino tinto en ellas y que así le quedaran lo más aparatosas posible. Porque muchos piensan que el Mensur imprime carácter al joven alemán, y las cicatrices para un estudiante son algo tan deseado como las joyas para una mujer. También dicen que os resultan atractivas.

—¿Cuántas veces has combatido tú? —le pregunta Helene mirando dubitativa el parcheado rostro de Ernst, que también se ha equipado con el atuendo de Mensur.

—Esta va a ser la primera —admite Sven—. Mi deporte siempre fue el remo. Pero mis dos hermanos eran devotos de la esgrima y practiqué de niño con ellos.

—¡De niño! —exclama Helene.

El árbitro se dirige entonces al centro de la sala y hace una señal llamando a los dos contendientes. Sven completa el último detalle de su atuendo, coloca el brazo izquierdo a la espalda y deja que Helene se lo ate firmemente a las correas que sujetan el peto. Después camina hacia el lugar del duelo. La adrenalina le inunda el pecho y las tripas como un calor sofocante, y se expande por sus venas hasta el último rincón de su cuerpo. Siente en los oídos el zumbido de la sangre y el lejano eco de su corazón acelerado. Pero ya no tiene miedo.

Sólo desea que todo empiece y termine de una vez.

Se planta frente a Ernst. La máscara de este último está lacada de un blanco amarillento y por un momento a Sven le parece que está hecha de hueso. Los padrinos les entregan a cada uno de ellos una espada Stossdegen, con una enorme cazoleta con forma de cesta muy elaborada y una hoja de sección triangular de unos noventa centímetros de largo. La sacude en su mano, intentando acostumbrarse a ella. Es mucho más pesada que las comunes espadas de esgrima con las que Sven solía entrenarse.

Los dos se sitúan a la distancia del acero, de pecho a pecho, y el árbitro dibuja con una tiza un círculo en el suelo entorno a ellos. Luego dice con solemnidad:

—El que sobrepase tres veces esta línea en su retirada, será considerado derrotado con vergüenza e injuria. ¡Que empiece el combate!

Se retira y Sven y Ernst empiezan a girar el uno alrededor del otro, como dos grandes escorpiones encerrados en un círculo de fuego. Los brazos estirados a la altura del hombro, las piernas apenas flexionadas, los aguijones de acero apuntan hacia el adversario y siguen con precisión cada uno de sus movimientos.

Las llamas titubeantes de las velas se reflejan en el interior de las gafas de Seven creando extraños destellos calidoscópicos. El sudor se escurre entre sus párpados y le irrita los ojos. Parpadea con fuerza intentando ver con más claridad a su adversario. Y de nuevo no parece humano. Ahora tiene la cara grisácea, acre y polvorienta, como la de un cadáver mohoso. La cavidad nasal hundida hasta confundirse con la de la boca. Los ojos hinchados por los gases de la putrefacción, blancos como los de un pez hervido, parecen reflejar una descarnada expresión de maldad. En la lívida mano que sujeta la espada, los huesos de los dedos han rasgando la piel apergaminada y asoman sin dejar de retorcerse dotados de una vida nauseabunda.

Su maxilar descarnado se abre para dejar escapar un susurro de ultratumba:

—Vas a morir, amigo de los judíos…

Sven se siente paralizado por aquella visión terrorífica. Cierra con fuerza los ojos, y cuando los vuelve a abrir Ernst vuelve a ser sólo un muchacho con una extraña máscara cubriéndole el rostro, que, aprovechando su momento de turbación, acomete con osadía. Se lanza a fondo con una estocada en segunda, y cierra la distancia con un paso largo con el que le gana a Sven un buen trecho de su hierro. Este para el golpe, levantando la mano y bajando el cuerpo, y contesta a su vez con una estocada en sesgo. Pero Ernst se desplaza hacia el lado contrario con un elegante movimiento de piernas, y vuelve a colocar la punta de su Stossdegen frente al rostro de su oponente; que retrocede, pero no tanto como para salirse del círculo de tiza.

Puedo hacerlo, puedo ganar, comprende Sven, entusiasmado por haber salido con bien del primer intercambio de golpes, los sentidos acelerados por la adrenalina.

Siguen girando el uno alrededor del otro. Los cuerpos y las agujas de acero que sujetan al extremo de sus brazos libres dibujan ángulos y secantes que se inscriben en círculos dentro de círculos. La espada es una línea que consta de un número infinito de puntos, que al desplazarse deja un rastro formado por un número infinito de líneas, y que atraviesa el espacio finito en un

tiempo infinitamente divisible, pero no infinito, porque la infinitud está encerrada dentro de los sólidos confines de un círculo de tiza.

Las puntas de las espadas siempre están zumbando cerca de uno y otro rostro. A veces rasgan la piel y salta la sangre, pero son heridas superficiales y el combate no se detiene por ellas. De repente, Ernst se lanza a un fondo extremo. Es una maniobra temeraria que puede tener mucho alcance y fuerza, pero en la que, a la vez, es difícil mantener el control. Y allí encuentra Sven su oportunidad. Y la aprovecha.

Con grácil compás abandona la línea de su enemigo y con el propio desplazamiento, impulsando el brazo con la fuerza del movimiento de todo su cuerpo, lo alcanza de pleno el rostro, y le abre un profundo tajo sangriento en el pómulo izquierdo.

El combate se detiene. El árbitro se acerca para inspeccionar la herida.

Es difícil describir cómo se siente Sven, allí plantado, respirando pesadamente, con la espada manchada con la sangre de su enemigo bien sujeta en la mano. Mira alrededor. Los estudiantes de Berlin-Charlottenburg se han puesto en pie y en sus ojos hay un nuevo respeto. Ya no es el dummer junge, el joven estúpido que entró un momento antes en la sala, sino un adversario con el que hay que andar con cuidado.

Sven siempre ha sido un joven introvertido y nunca demasiado feliz. Sólo una vez sintió algo parecido a lo que siente ahora; fue durante unas vacaciones con su familia en los Alpes austriacos, le gustaba alejarse para trepar él solo a una cumbre. Su padre se lo había prohibido terminantemente, porque era peligroso, pero Sven pensaba que el paisaje valía la pena. Cuando las condiciones climáticas eran buenas, y la niebla se despejaba, podía asomarse al abismo y divisar a una distancia enorme. Veía el valle lleno de casitas diminutas como granos de sal, y pensaba en la gente que vivían sus vidas en el interior de aquellas minúsculas partículas. Vidas vacías y sin sentido, que él podía abarcar de un vistazo, como haría Zeus desde lo alto del monte Olimpo.

Helene también lo mira ahora de un modo que a él le parece distinto.

—Puedes vencer —le susurra acercándose a él—. Tienes que derrotarlo.

Hay algo muy extraño en su voz, algo que le hace preguntar a Sven:

—¿Por qué? ¿Por qué es tan importante? Esto es sólo una riña entre estudiantes.

—No, no lo es. Y tú ya lo estás comprendiendo, ¿no es así? Hay momentos decisivos a lo largo del continuo humano, y este es uno de ellos. Instantes que son como una frontera que delimita los mundos posibles. En esos asombrosos jirones del tiempo, los paladines de una y otra realidad tienen que luchar y decidir cuál va a ser el futuro. Nuestra realidad agoniza, como bien dijiste, y sólo tu victoria pude evitar el horror.

—¡Lo que dices no tiene sentido! —exclama Sven, comprendiendo de repente que, a fin de cuentas, aquella chica tan hermosa estaba más loca que una cabra.

Va a añadir algo más, pero Helene ya se aleja de nuevo, y Ernst Schlüter vuelve al combate. Aparta de un manotazo a su padrino y al árbitro, que han acudido para inspeccionar la herida en su pómulo y camina hacia el círculo de tiza.

—¡Voy a seguir! —grita—. ¡El combate sigue!

—Tienes un corte de "dos pieles" —le dice el árbitro—. Hay que parar.

—¡No! —exclama fuera de sí, y se vuelve hacia Sven—. Venga, ¡en guardia!

El Mensur se reanuda. El pómulo de Ernst sangra pero esto no parece importarle en absoluto al estudiante de Berlin-Charlottenburg, que vuelve a tomar la iniciativa y se lanza a un nuevo y salvaje ataque. Sven se defiende como puede, sorprendido por la repentina energía de su enemigo, al que creía derrotado. Se produce un rápido intercambio de golpes de acero que resuenan como un repiqueteo. Tac, tac, tac… A derecha e izquierda. Violentos. Fulgurantes.

Ernst se cierra en estocadas estrechas, rápidas, que obligan a Sven a retroceder con cuidado hasta casi tocar con sus talones el límite de tiza. A pesar de todo, intenta mantener el ángulo recto, moviendo el brazo según las evoluciones de la espada de su adversario, subiendo, bajando y flexionándose cuando es necesario para cubrirse de las estocadas que le lanza sin descanso, con los sentidos aguzados para responder a su ataque y encontrar el hueco deseado para hacer el movimiento de conclusión. Astutamente, Ernst le ofrece falsas oportunidades de

penetrar su guardia, todas encierran una trampa en la que Sven no cae. La sangre del pómulo salpica gotitas en todas direcciones, mientras Ernst se mueve frenético. Los dientes apretados. Los ojos llenos de odio. Pero ya no vuelve a ser la visión de ultratumba que creyó ver antes.

Sven, abstraído por completo de todas las demás cosas que lo rodean, observa la geometría cambiante que es el cuerpo de su adversario; las combinaciones de brazo, espada y piernas, trazan nuevos ángulos a cada instante, que dibujan en su mente una maraña de líneas luminosas, que se cruzan, inscriben, e intersecaban. Si quiere salir victorioso, debe encontrar un camino a través de toda aquella maleza de posibilidades.

De repente ve una posibilidad que le parece sincera, y le lanza una estramazón directa entre los ojos y el nacimiento del pelo. Un ataque casi imparable que, sin embargo, Ernst detiene en tercera alta, levantando la espada y bajando el cuerpo. A continuación responde, cerrando distancia con un paso grande, y asestando una profunda estocada en segunda. Sven la desvía con la cazoleta, al tiempo que finta para ponerse fuera de su alcance. Pero es una treta. Ernst lo está esperando justamente allí, y contesta tirando a fondo una estocada en cuarta que sitúa la aguzada punta de su Stossdegen en la barbilla de Sven. El acero penetra la carne y tropieza con el hueso, y el movimiento continúa rasgando piel y músculo, araña el tejido óseo y dibuja un profundo surco a lo largo de la mandíbula, hasta casi tocar la oreja izquierda.

Sven siente un estallido de dolor tan intenso que las rodillas se le doblan y cae al suelo. Caballerosamente, Ernst retrocede un paso y deja que el árbitro se acerque para comprobar la herida. Sven mira a su alrededor con los ojos enturbiados por la conmoción. El dolor le impide pensar con claridad, y sólo se pregunta una y otra vez en qué ha fallado, ¿cómo ha podido suceder esto? Un error, sólo un minúsculo error.

—Es una herida grave —oye decir al árbitro—. Voy a detener el combate.

Con un esfuerzo sobrehumano, Sven intenta ponerse en pie. Está mareado y tiene ganas de vomitar, pero se sobrepone a todo y logra decir:

—No, no ha acabado. Quiero seguir…

Le cuesta mantener los ojos abiertos. El dolor es como una sucesión de deslumbrantes estallidos de luz frente a sus ojos. Parpadea, aspira hondo, y se vuelve hacia un lado para vomitar sobre las tablas del suelo empapadas de sangre.

—No —dice alguien con firmeza—. Es suficiente.

Sven se vuelve hacia el que ha hablado. Ernst Schlüter sujeta un pañuelo empapado de rojo contra su pómulo, y añade:

—Has demostrado tu valor sobradamente y has combatido con honor. Reconozco mi falta de razón al insultarte. Retiro todo lo que dije sobre tu escuela y tus profesores, y te saludo como saluda un caballero alemán a otro.

Ernst coloca la espada vertical frente a su rostro, inclina la cabeza respetuosamente, y da un seco taconazo. Luego sale del círculo de tiza y se deja caer en una silla para que le cosan la herida del pómulo.

Un estudiante de medicina se acerca a Sven y estudia el profundo corte en su mandíbula. Le aplica una gasa empapada de antiséptico y dice:

—La herida ha afectado al hueso. Yo aquí podría coserte, pero ceo que es mejor que vayas al hospital para que te curen. Pregunta por Schweitzer, es compañero mío y está de guardia esta noche. Te atenderá sin hacer demasiadas preguntas. ¿Quieres que te acompañe alguno de nosotros?

—No —dice Sven con la mente confusa—. Helene... Quiero decir, mi padrino, él me llevará.

—¿Quién?

—Mi padrino. El hombre que vino conmigo…

—Muchacho, estás peor de lo que creía. Tú has llegado solo.

El estudiante de medicina saca una libretita, anota algo en una hoja, y firma debajo. Después la arranca y se la entrega a Sven.

—Recuerda —le dice—, pregunta por Schweitzer nada más llegar.

Mientras el estudiante de medicina se aleja, Sven guarda la nota y mira a su alrededor buscando a Helene. No hay ni rastro de ella. ¿Adónde ha ido?

Baja las escaleras con paso lento, apretándose la gasa contra la herida que recorre su mandíbula. La sangre va creando un nítido rastro de puntos rojos detrás de él. Sale a la calle. La noche se ha estropeado; unos densos nubarrones han ocultado las estrellas y una lluvia turbia y polvorienta ha vuelto resbaladizos los adoquines.

Y no hay ni rastro de Helene.

Tienen que caminar solo en dirección al hospital, mientras mira extrañado la oscura ciudad de Dessau que ahora parece un lugar muy diferente. Algo ha cambiado para siempre y el mundo es ahora más terrible y siniestro. Piensa que la vida de los hombres discurren por trayectos prefijados desde el nacimiento, como las vías de un tren. No hay posibilidad de variar la dirección, nada más allá que vivir una existencia monolítica sin más objetivo que la esperanza final en Dios. Pero, a veces, hay un cambio de agujas y todo muta, se transforma. Para bien o para mal. Y él ha tenido la oportunidad y ha fallado. Ha fallado y sabe que el horror llegará pronto por su culpa.

Es algo irracional, pero lo siente en lo más profundo de su corazón.

Se detiene frente a los jardines de La Bauhaus. La Fiesta del Cometa ha terminado y todo el mundo ha regresado a sus casas. El lugar tiene un aspecto desolado, como si un huracán hubiera arrasado el césped, arrojando los farolillos y los adornos por doquier. Ahora la escuela parece remota y desdibujada, como un reflejo de otro mundo.

Un mundo que ahora Sven sabe que nunca va a tener la oportunidad de existir.

Toda una vida[11]

Por Javier Negrete

Ilustración: hantise - Cover art for the comic book named "Edgar Allan Poe - Hantise"(Louis/Orenge/Verguet)-/ Grzegorz Krysinski (Polonia)

Recorte de EL MUNDO, 28 de mayo de 2008:

La asociación de literatura fantástica El Horla convoca la primera edición del certamen Guy de Maupassant de relato de terror. Podrán optar al premio todas las narraciones inéditas encuadrables dentro del género de la literatura de terror. Las obras presentadas se remitirán por triplicado y tendrán una extensión máxima de aproximadamente 15 folios de 30 líneas (a doble espacio) y 70 caracteres por línea.

Los originales se enviarán bajo seudónimo, dentro de una plica en la que constará el nombre completo del autor, número de identificación y dirección. La plica se abrirá en el momento de fallar el premio.

El plazo de presentación finaliza el 30 de junio de 2008.

Se nombrará un jurado de cinco miembros, personalidades destacadas dentro del campo de la literatura fantástica y de terror, que seleccionarán un primer premio que recibirá la cantidad de 6.666 €.

El premio no podrá ser declarado desierto. No cabe apelación contra la decisión del jurado.

[11] Toda una vida (cuento corto). Publicado en el volumen Los premios Ignotus 1991-2008. También en el volumen Los Premios Ignotus 1991-2008. Fuente: http://www.ttrantor.org/AutPag.asp?autor=Negrete%2C+Javier

uando los miembros del jurado rasguen la plica y mi nombre se desvele, sus ojos se abrirán con sorpresa, y también con recelo. ¿Qué hace aquí un escritor consagrado en nuestro país y reconocido fuera de nuestras fronteras?, se preguntarán. La intención de estos certámenes es estimular a los noveles que quieren iniciarse en la cruel arena de las letras, no rellenar con poco más de un antiguo millón de pesetas la cuenta bancaria de autores que han alcanzado renombre y éxito comercial. Yo, que he entregado varios premios y he aparecido sonriente en docenas de fotos mientras paso mi brazo protector sobre los hombres de jóvenes promesas de la literatura, lo sé bien.

Pero qué insensatez la mía. Pretendo comportarme como si nada hubiera sucedido. Cuando ustedes lean mi nombre, sus ojos no sufrirán la peculiar dilatación de las pupilas que se experimenta al reconocer algo familiar; ni siquiera se torcerán a la izquierda para rebuscar en el desván de sus cerebros algún recuerdo arrinconado. Seré un perfecto desconocido para ustedes y para cualquier otra persona a la que le consulten mi nombre. Cómo este párrafo puede conjugarse con el anterior, es algo que intentaré explicarles, aunque no sea más que por rellenar un número de páginas suficiente para que me concedan el premio. Que es el escueto mensaje de estas líneas. No hay más vuelta de hoja. Háganme caso y fallen en mi favor.

Debido a que la vida imita a la literatura, intentamos dividirla en párrafos y capítulos, y a menudo escribimos números de página al pie de todo aquello que nos va sucediendo. Ahora yo he de remontarme en el tiempo para hallar en él un momento significativo que me sirva de principio, de forma que pueda explicarles por qué siendo "el más brillante escritor de su generación", como afirmaba de mí una reseña del Babelia, ahora ustedes ni me conocerán, ni detectarán en estas líneas traza alguna de brillantez, siquiera sea de pasada. Para alguien como yo, de quien García-Posada dijo que escribía con la precisión de un bisturí, es penoso haberse

convertido en un estibador de palabras que las apila a golpe de riñón para que llenen unas páginas.

No voy a bucear mucho en mi pasado, apenas unos días. Y sin embargo me asomaré con ustedes al mismísimo fondo de mi vida. Lo que yo creía un lecho de roca sólida ha demostrado ser un inestable cenagal de lodo y arenas.

El miércoles pasado, ya casi de noche, entro en un bar de Vallecas que hace eones que no visito. El mostrador es de zinc; el suelo, un abigarrado terrazo inspirado sin duda en el turrón de Jijona; las sillas cojas y forradas de formica azul cielo; entre el humo picante de los ducados y algún puro, y el olor ácido de la clientela (no sé si los clientes huelen a pepinillos en vinagre o si son los pepinillos los que huelen a clientes), restallan como bala-zos las fichas de dominó que quieren reventar contra las mesas. Pido una caña y disfruto del anonimato. En un bar así puede pasar desapercibido hasta un premio Nobel.

Aunque no es disimulo ni ocultación lo que pretendo. Ni siquiera busco en este barucho inspiración para mis relatos, pues me he concedido un año sabático como escritor. En cuanto a mi trabajo en la Universidad, no necesito tal descanso. Las clases que doy son sólo seis a la semana, un placer del que además puedo prescindir, ya que para eso soy cate-drático y dispongo de siervos que me llevan el maletín, me ordenan la bibliografía, me corrigen los exámenes y, si hace falta, se plantan delante de los alumnos a dictarles apuntes cuando los compromisos sociales y académicos exigen mi ausencia.

Mientras mis sorbos dejan anillos de decrecimiento en el vaso, me entretengo observando la foto que aparece en mi última novela, Las fuentes de la ignorancia feliz. Las gafas redondas sin montura me rejuvenecen, el pelo grisáceo se me arremolina con un espontáneo desenfado, mi barbilla y mi cuello se mantienen separados por un decidido ángulo recto pese a que tengo cincuenta y dos años, y detrás de mí se apilan los libros de mi estudio descolocados a la manera un tanto informal de los intelectuales americanos. En clase, muchas alumnas me envían chorros de feromonas con un descaro que casi resulta conmovedor. Si tomamos la constante k de ser su profesor, la multiplicamos por la variable m de conservar un aspecto deportivo y la elevamos a la

potencia n de mi fama como escritor, el resultado en unidades de atractivo sexual es más que considerable. Pero yo casi siempre soy fiel, porque estoy casado con Celia, una mujer siete años más joven que yo, que disfruta la elegante belleza de los primeros días del otoño; sabe mantenerse casi a mi altura, sin hacerme la competencia ni en público ni en privado, y queda muy bien en las entrevistas y en las fotos. Todavía echamos algún que otro polvo memorable, porque para la edad que tengo, no cumplo nada mal; y es que no hay mejor Viagra en nuestros días que el éxito. Por si le faltara gracia alguna, esa misma mujer me ha dado una hija encantadora que acaba de volver a España tras varios años de estudiar arte, becada en el extranjero, y además de hablar varios idiomas, se va a casar el año que viene con un profesor titular de universidad que me cae todo lo bien que un futuro yerno puede caer a su futuro suegro.

Ante mi propia foto no puedo evitar contemplar mi vida como un todo, y lo hago con indulgente satisfacción. La guadaña me ha de segar, igual que a todos (cómo no ha de saber eso un novelista, que todo lo ve sub specie aeternitatis), pero aunque eso suceda ahora mismo, mientras apuro la caña y la dejo en el mostrador de zinc, sin duda me quedará un segundo para recapitular y morir con la sonrisa de quien ha gozado una vida plena.

Dejo el libro en el mostrador y reparo por primera vez en él. Es un hombre de mi estatura, pero anda un poco encorvado y le sobran diez kilos. Viste una cazadora con cremallera y algún que otro lamparón, de las orejas le brota un matojo de pelos canosos y toda su ropa junta debe costar poco más o menos lo que mis calzoncillos. Su cara me resulta familiar; pero en mi memoria no la veo en tres dimensiones, sino más bien como una foto plana y gris pegada a una lista de clase. El rostro que tengo ahora delante es el resultado de pisotear aquella foto y dejarla bajo la lluvia hasta que la tinta empieza a desleírse.

Entonces me dice su nombre y caigo en la cuenta de que por él, por ese viejo compañero, estoy aquí, en mi viejo barrio, al que no volvía desde que murió tío Pedro. Me he citado con él porque hace unas semanas, tras localizar mi dirección a través de la asociación de antiguos alumnos, se empeñó en enviarme un original: una novela que había terminado hacía un par de años y que no lograba publicar. Si tú pudieras ponerme en contacto con el director de alguna colección, a un desconocido como yo no le leen los libros, ni siquiera me abren el paquete ni me contestan las cartas… La cantinela que me recitó por teléfono la conozco de sobra. Pero, ya que

estoy en año sabático, me he tomado la molestia de hojear la obra de ese antiguo compañero. Nunca se sabe, pensé al empezarla.

Sí, me la he leído entera, le digo ahora, con una sonrisa medio grave y un tanto ominosa que pretende anticiparle lo que ha de venir. Pero él sólo parece captar las palabras "leído" y "entera", porque me mira con ojos de perro que va a recibir una galleta y si tuviera la columna vertebral más larga menearía la cola. Se queda un rato esperando a que yo diga algo, y como sólo le miro, por fin me pregunta: Y qué te ha parecido.

Suspiro. Es el momento temido. Abro el maletín y saco su original. Pero hombre de Dios, pienso. En estos tiempos que corre me ha mandado una copia en papel carbón. ¡En papel carbón! Por lo menos, le podría haber arreglado la a a la máquina de escribir. Pero todo esto no se lo digo, pues ya es bastante dura mi vivisección literaria como para adornarla con críticas sobre el formato. Lo he apuntado todo antes de venir, por si luego no me atrevía a decirle lo que he pensado. Yo no tengo la culpa de que todo el mundo se crea que puede escribir una novela. Primero le digo lo bueno: hay alguna metáfora acertada, alguna imagen sugerente sumergida en aquel mar de adjetivos vacíos y lugares comunes. Pero lo positivo se me agota enseguida, y luego empiezo a ser más duro, y casi sin darme cuenta me convierto en devastador, y a él parece que hasta los lóbulos de las orejas le empiezan a colgar más, y aunque en la boca empiezo a notar sabor a sangre, y sé que no es la mía, ya no puedo detenerme. Es placentero destruir esa basura que deja carbón entre los dedos y que en muchas páginas tiene manchas de café o de Dios sabe qué. Mi amor es la Literatura, con mayúsculas, y me jode que cualquier tuercebotas crea que puede acostarse con la Gran Dama. Paso revista a la estructura confusa, las ideas pretenciosas, los personajes que parecen estampitas con piernas, la narración que consigue el milagro de aunar linealidad y monotonía con caos y confusión; en resumen, la falta, la ausencia, la inexistencia de rasgo alguno de interés. Escupo como una metralleta, y me sube desde las ingles un calorcillo que no sé si no tendrá algo de excitación sexual.

Entonces crees que no es demasiado buena, resume él, y sus cejas se curvan como un tejadillo a dos aguas. ¿Pero es eso lo que me ha entendido, que su obra no me parece demasiado buena, cuando la he aniquilado? Lo más honrado que podría hacer ese hombre sería arrojar la máquina de escribir por la ventana y no volver a escribir más letras que las equis con que se

rellenan las quinielas. Pero no se lo digo así, porque la tormenta de sadismo empieza a amainar. Le digo que no se preocupe demasiado, que es una novela fallida, y que eso suele pasar al principio. Pero fallida, cómo de fallida, me pregunta. Fallida-fallida, le contesto. O sea, que aunque la corrija… Ni con ésas, respondo. Pues yo había pensado que tú podrías ayudarme a corregirla…

Ahí pierdo los papeles. Levanto las cejas y luego descargo mi ira de doctor honoris causa y futuro premio Cervantes. Pero qué se ha creído aquel hombre. Haber compartido un aula, que ni siquiera el pupitre, no le da derecho a pretensiones ni familiaridades. Que me haya leído su novela ha sido una pérdida de tiempo, así que ni hablar de malgastar aún más poniendo aunque tan sólo sea una tilde en ella. Mi tiempo, le insisto, mi tiempo vale mucho dinero.

Pero yo le he dedicado toda mi vida a este libro, me responde, y también tengo derecho a un respeto. ¿Cuánto tiempo es tu vida? Hace treinta años que empecé a escribir la novela, contesta, mientras le temblequea el labio inferior. Por un momento me quedo sin saber qué decir. Treinta años, me repite, treinta años escribiendo todos los días. Entonces me imagino aquello, día tras día llegando de la oficina y sentándose en el saloncito para redactar su obra maestra; seguro que lo ha hecho sobre una mesa camilla, o aún mejor, sobre la mesa de contrachapado en la que se guarda la máquina de coser. Debería compadecerme de él, pero se me escapa una carcajada de lo más inoportuna. Trato de arreglarlo, le pido perdón, le palmeo el hombro (luego me limpiaré las partículas de caspa que se me han adherido a la mano) y le invito a una caña. No tengo tiempo, contesta, y recoge su manuscrito con aire de virgen ofendida. Toma por lo menos, le digo, te he traído mi último libro. Está dedicado, ¿ves?

Aunque parezca increíble, me lo rechaza. No quiero saber nada de tus libros. ¿Cómo te pones así? No, no: tú no has querido saber nada del mío, así que yo no quiero saber nada del tuyo. Me sube a la boca un nuevo ataque de soberbia; mi mujer siempre dice que la soberbia me pierde. ¿Cómo te atreves a compararnos? Yo soy un profesional. Yo sí que tengo toda una vida de dedicación y de literatura detrás. Yo sí que puedo echar la vista atrás y sentirme satisfecho de mi vida, de toda una vida, se lo digo así, en cursiva y casi en versalita.

De pronto me sonríe con una sonrisa ladina y me enseña unos dientes grandes y carnívoros. Toda una vida, me hace el eco. Toda una vida, se ríe. ¿Crees que ya tienes hecha la

vida? Todavía te pueden pasar muchas cosas antes de que te mueras, y de pronto me sale con una historia de Heródoto, como si yo no fuera catedrático de literatura y no conociera perfectamente la anécdota de Solón de Atenas y el rey Creso. Estoy deseando largarme de aquel bar que cada vez apesta más a tagarnina y a sudor, y dejarle con la palabra en la boca, pero no me resisto a decirle que nadie me puede quitar lo que ya he hecho y que aunque me caiga un rayo ahora mismo, mi vida habrá merecido la pena, mientras que él podría vivir doscientos años más y nadie se tomaría la molestia de recordarle. Me doy cuenta de que me he pasado y temo que me eche las manos al cuello, pero con voz muy bajita me dice:

-Eso ya lo veremos.

Y se larga y es él quien me deja con la palabra en la boca.

Esa noche pego un gatillazo con Celia. Ella le quita importancia y, después de lo que me ha pasado por la tarde, consigue que me cabree aún más. Me quedo dormido por fin y no sé lo que sueño, pero parece que no han transcurrido apenas cinco minutos y ya suena el despertador. Mi mujer duerme de espaldas a mí. Cuando éramos más jóvenes empezábamos la noche abrazados y al cabo de un rato nos dábamos la vuelta para dormir más desahogados. Ahora optamos por la comodidad y nos damos la espalda desde primera hora de la noche. Dejo a Celia tranquila y me levanto al servicio. Me veo mala cara. Juraría que tengo más entradas, y que las bolsas bajo los ojos parecen más llenas de años. Seguro que es psicológico, o que la primavera anda revuelta, o simplemente que no todas las ma-ñanas se levanta uno igual. Mientras me tomo el café, paso por el estudio, en el que observo más polvo que de costumbre. No sé por qué, me da por revisar los estantes en los que apilo mis obras por orden cronológico. Falta la última, Las fuentes. Pero ayer estaba aquí, seguro. Al lado encuentro mi novela anterior, La voz de los vivos. Tardo unos segundos en darme cuenta de que tiene algo extraño. El lomo es mucho más grueso de lo que debería. Abro el libro, perplejo, paso las páginas y compruebo que hay seiscientas veinte. ¡Pero si La voz no llegaba a trescientas! Acudo al último capítulo, y descubro que ese final es el de la primera versión que le presenté a Marta, mi editora, un borrador mediocre que ella y, sobre todo, la papelera me ayudaron a convertir en una gran obra.

Empiezo a sentir vértigo, pero dejo el libro en el estante y me agacho. En el anaquel inferior hay unos archivadores en los que guardo todos los recortes de prensa. Busco las reseñas de Las fuentes de la ignorancia feliz. No las hallo por ninguna parte, pero sí una crítica devastadora sobre La voz de los vivos. "Debería dejar de escribir", dice. "Los escritores, como los toreros, tienen un ciclo natural, y han de saber retirarse a tiempo…"

Tiro la mitad del café por el fregadero, me anudo la corbata y salgo de casa para ir a la facultad. En el coche enciendo la radio. No, compruebo que no he retrocedido en el tiempo: están hablando del último rifirrafe entre socialistas y populares a cuenta de la crisis. Mi corazón palpita como un caballo desbocado y el café ha formado como una bola negra y ácida en la boca del estómago. Dejo el coche en el aparcamiento de la facultad, subo a mi despacho, entro en él. A la derecha de la puerta está mi mesa, la del catedrático, donde me encuentro sentado a Manolo Serra, un profesor titular al que le corresponde otro despachito interior contiguo al mío. Manolo tiene más o menos mi edad y nuestra relación es cordial, pero siempre ha sabido dónde está su lugar. Ahora, sin embargo, se dirige a mí con una seguridad desconocida, y no se levanta de mi mesa. Quería verte. La semana que viene me voy a Amberes y me gustaría que te hicieras cargo de esto, me dice tendiéndome unos papeles. Qué haces ahí. Ahí, dónde, me responde. En esta mesa. Pues lo de siempre, me contesta encogiéndose de hombros. Después se levanta y sale, y por la forma en que antes de hacerlo me da una palmadita y me dice que me cuide, que tengo mala cara, me doy cuenta de que ahora el macho Alfa es él, y no yo.

Paso al despacho aledaño, en el que hay otras dos mesas aparte de la de Serra (o la mía, ya no lo sé). Están vacías. Tomo asiento, me conecto a la red y verifico mis datos. Según el ordenador, el catedrático es Manuel Serra, y yo soy sólo un profesor titular. Entro en Internet y tecleo mi nombre en Google. Los resultados de la búsqueda son aún más desalentadores. No hay nada sobre Las fuentes de la ignorancia feliz, pero es que además ha desaparecido toda referencia a La voz de los vivos y tampoco encuentro páginas sobre El talante de Max. Al parecer, mi obra se ha detenido en Perversión de los verbos, una novela que escribí en 1991, ¡el mismo año en que me convertí en catedrático! Pero la fecha del ordenador es testaruda: mayo de 2008. Una mano enemiga está pasando un borrador por mi pasado; pero eso, evidentemente, es imposible, así que suelto una carcajada y trato de calmarme. Dentro de un rato asomará la cámara oculta, me despertaré entubado en la cama de un hospital, en la nave de Matrix, lo que sea.

En la puerta aparece Ana, la secretaria de la facultad. Te espera Luis, el jefe de estudios, me dice, y yo pego un respingo. ¿Qué Luis? Luis Sayans, quién va a ser, y tiene prisa. Me pongo de pie y la sigo, cada vez más mareado. Luis es un interino que aún no ha cumplido treinta años y que no creo que pase nunca de interino, porque la facultad le viene grande y además a mí, que tengo bastante influencia, no me cae nada bien y le hago la cama siempre que puedo. Ahora, sin embargo, Ana me hace pasar a un despacho sobre cuyo dintel reza JEFATURA DE ESTUDIOS. No hay jefes de estudios en la facultad, susurro. Pero ya estoy dentro y, en efecto, es Luis Sayans el que se levanta al verme, y tiene una cara de cabreo con la que jamás se habría atrevido a mirarme. No lleva traje ni corbata, sino ropa vaquera, y sin embargo le queda mejor, porque la lleva con la seguridad de quien tiene un puesto fijo y está mirando a un subordinado.

No puedes seguir así, me dice. Así, cómo, respondo, sin saber de dónde me va a venir la próxima andanada. Pues así. No me digas que la falta de ayer fue por una gripe, ¿y qué pasa con la hora de entrar de hoy? He tenido que mandar a la profesora de guardia con los de cuarto, así que vete para allá ahora mismo. En la directiva estamos hartos de cubrirte las espaldas. O arreglas tu problema o piénsate en pedir una baja definitiva.

Aturullado, vuelvo a salir al pasillo. Apenas reconozco el lugar mientras camino detrás de Luis. Las paredes están pintadas de blanco, y no de ocre, y hay huellas de pies, pintadas y quemaduras de cigarros. Los estudiantes son demasiado jóvenes; hay incluso críos que me llegan poco más arriba de la cintura. Llegamos ante una puerta rotulada como 4º C. Luis me hace pasar, y la profesora de guardia, una cuarentona con cara de malas pulgas, sale de allí sin molestarse en saludarme. Me quedo mirando a los alumnos, esperando encontrarme a una clase de cuarto de Hispánicas, y me encuentro delante de un montón de chavales y de chicas de quince años que me miran con cara de cachondeo. Dejo el maletín sobre la mesa, que es verde y de formica, y lo abro para ver qué hay dentro. Tal vez salga un conejo con chistera, quién sabe. Pero no: lo que brota del maletín es un libro fino y de cubiertas llamativas que jamás he visto. Lengua y literatura, 4º ESO. Me enfrento a los alumnos, me temo que con gesto de pánico. Es evidente que no me respetan. Uno se levanta a tirar una bola de papel, y al pasar delante de mí me examina de arriba abajo. Muchas de las chicas lucen el ombligo y se pintan como jóvenes prostitutas, pero ya no me lanzan chorros de feromonas, sino miradas de conmiseración o desprecio. Los ojos no se enfocan en mi cara, sino más abajo. Agacho la mirada. Llevo un pantalón de tergal que hace

bultos en los bolsillos y ya tiene pelotillas. Para colmo, la bragueta está a medio abrir. Enrojezco y a la vez me pongo a sudar frío, y me da igual lo que digan, pero dejo detrás el maletín y salgo corriendo de allí. Al cerrar la puerta oigo gritos, carcajadas y un borracho hijoputa que resuena en todo el pasillo. Acelero mis pasos cada vez más, hasta que al final echo a correr. Al cruzar la conserjería el bedel me llama, pero yo no le hago caso y no me detengo hasta que salgo al aire libre. Me doy la vuelta en el aparcamiento de profesores para ver lo que debería ser la entrada de la facultad. Ahora se ha convertido en una puerta de aluminio sobre la que se ven unas letras negras pintadas sobre ladrillo: IES PABLO RIDO. Es el instituto en el que empecé a dar clases hace casi treinta años, antes de dar el salto a la Universidad. Pero yo no soy el mismo de entonces, porque en aquel tiempo no había ESO, y porque entonces no me jadeaba como un perro asmático por una carrera de cien metros.

Los pies me llevan solos al coche. Por supuesto, allí no está el BMW. En su lugar, me espera el Peugeot 205 del que me libré hace trece años

. Pero tampoco es el mismo coche de entonces. Ha envejecido tanto como yo: está surcado de cicatrices, y cuando me siento en él compruebo que está sucio como la camioneta de una obra y que el cuentakilómetros ha pasado de los trescientos mil. Decido volver a casa, tomarme dos aspirinas, acostarme y despertar de aquella pesadilla. Mientras conduzco, la radio comenta el último atentado de ETA. No, no retrocedo en el tiempo: es sólo que una bomba ha estallado en mi presente y sus ondas destructivas se están extendiendo hasta las raíces de mi pasado.

Pensando en ello, me he distraído, y en vez de conducir hasta Arturo Soria he aparcado el coche en una calle de Moratalaz. No puedo decir que me sorprenda, ya que es el barrio donde viví después de casarme. Salgo del coche y me encamino al número 19, un bloque de siete pisos y fachada de ladrillo rojo, y cuando saco las llaves del bolsillo es evidente que abren el portal sin ninguna dificultad. En el buzón leo mi nombre, junto con el de Celia, y también el de Laura, mi hija, pero no lo abro, pues no sé si dentro acecharán pirañas encerradas en sobres del banco. Subo en el ascensor, me bajo en el quinto y abro la puerta de mi viejo piso. No hay nadie. La casa está tal como la recuerdo, como la recordaba, con la salvedad de algún aparato nuevo y de que las cortinas son diferentes. No es que el piso esté sucio, pero se ve oscuro y huele a algo rancio e

indefinible. Hay libros, aunque muchos menos de los que he llegado a tener. Busco entre ellos el lugar que reservé desde el principio para mis propias obras. Encuentro el librito de cuentos que me publicó una editora regional, y la primera novela, aquella de la que vendí cuatrocientos ejemplares. Nada más. ¿Dónde están las otras catorce novelas, los cuatro volúmenes de artículos, las monografías sobre el Siglo de Oro, los estudios que otras manos han escrito para glosar y alabar mi obra? Mi vida, me están robando mi vida, pienso, y cada vez noto el aire más enrarecido. Ah, sí, encuentro algo familiar y más reciente: el lomo negro de Las fuentes de la ignorancia feliz. Lo saco del anaquel y miro la contraportada. ¡Es la cara de él, mi com-pañero de clase, el novelista del papel carbón! Me pellizco, me pellizco más fuerte, me clavo las uñas, y como aún no estoy satisfecho le doy una patada a una mesita y me clavo el pico de madera en la espinilla, y me sube un dolor tan espantoso que me tiro al suelo aullando de dolor.

Se abre la puerta y unos pasos se arrastran hasta el salón. Una voz hostil y desgastada, y sin embargo familiar, me pregunta qué hago en casa a estas horas. Me incorporo y veo a mi mujer, pero no es la Celia con la que intenté follar anoche, sino otra con la que no se me ocurriría hacerlo en la vida, una Celia con peinado de señora y veinte kilos de más, que trae bolsas del Dia y viste ropa de rebajas muy rebajadas. ¿Ya has vuelto a llegar tarde?, me gruñe. Claro, buena te la cogiste anoche, para variar. Se va a la cocina a guardar la compra, pero yo no me atrevo a seguirla. Es la segunda vez que se refieren a la bebida, cuando yo soy prácticamente abstemio, pues siempre he sabido controlar mi conducta. Por curiosidad, abro el mueble bar. Hay una botella de whisky. No es ni el Glenrothes ni el Macallan que guardo para las visitas, sino el viejo y amigable segoviano para la gente sin complejos. Me da igual, me lo sirvo en un vaso de tubo y me lo echo al coleto de un trago. En vez del repeluzno que me produce el whisky, se me despierta un calorcillo en el estómago que empieza a recorrerme el cuerpo y me alivia al instante. Me sirvo otro vaso mientras mi mujer grita algo desde la cocina. Para que me deje en paz, me llevo la botella y el vaso al cuarto de baño y echo el pestillo. Sigo bebiendo mientras me miro al espejo. Ahora soy yo quien tiene pelos en las orejas, y entradas grasientas, y algo de papada, y unas venillas en la nariz que me delatan. Ya que no tengo remedio, me siento en la taza y sigo bebiendo.

Están aporreando la puerta. Me doy cuenta de que me he quedado adormilado. ¡Quieres salir de una vez!, grita una voz destemplada. Me levanto de la taza, tambaleándome, y algo cruje

bajo mi pie. Es una cucaracha. Me sube un olor fuerte, y descubro que es mi propio sudor, agrio y añejo. Debe de hacer semanas que no me ducho, aunque me duché esta mañana. Cuando abro la puerta del baño no es Celia quien me espera, sino otra mujer a la que recuerdo vagamente. Con la lengua de trapo, le pregunto quién es. Ella me da un empujón para entrar al servicio y rezonga que quién va a ser, quién va a ser, lo que faltaba. Más gorda que Celia y rodeada de un olor indefinible que no quiero definir, se tambalea al caminar sobre dos columnas varicosas. Se encierra en el servicio y yo me alejo para inspeccionar la casa, que ha vuelto a transformarse. Ya ni la reconozco. Estoy seguro de que jamás he vivido en aquel lugar. No hay libros, ni una estantería en que buscarlos; tan sólo muebles viejos, cada uno de su padre y de su madre, y por supuesto una televisión en color. Me voy a sentar junto a la mesa camilla, porque estoy mareado, pero cerca de la tele veo una fotografía enmarcada en pasta rosa y me acerco a mirarla. Se trata de un retrato de boda, en el que aparezco vestido de novio con las patillas que llevaba en aquella época. No puedo tener más de veinte años, y el caso es que yo me casé a los veintiocho. La mujer vestida de blanco lleva un bombo de seis o siete meses. Ahora sí la reconozco. Así que me he convertido en el marido de Loli, aquella chica con la que me enrollé en bachillerato y con la que estuve a punto de acostarme; luego dejó los estudios y no volví a verla nunca más. Hay más fotos, cada una enmarcada con mejor gusto que la siguiente. ¿Cuántos hijos tengo? Parece que tres, o tal vez cuatro, porque no sé si el niño de la comunión es el mismo que luego aparece con orejas de soplillo jurando bandera.

Llaman a la puerta e insisten tanto que temo que fundan el timbre, que ya de por sí suena como una rata afónica. Abro y al otro lado me asomo a un pasillo largo, oscuro y rancio, como el túnel de una caverna nada platónica. Hay tres jóvenes. Entre dos de ellos sujetan al tercero, al que prácticamente me arrojan a los brazos. Se me escapa, se cae al suelo y se oye un golpe sordo cuando su frente choca contra el terrazo. No se inmuta y se queda babeando a mis pies. Tiene la cara macerada a golpes, y la ropa grasienta como si la hubiera arrastrado por el suelo de un taller de coches. Apesta más que mi mujer y yo juntos. Está muy flaco y tiene brazos de yonqui, pero entre la mugre reconozco al mismo muchacho de la jura de bandera. Uno de los jóvenes que siguen en la puerta me agarra de las solapas, me zarandea y empieza a proferir amenazas en un idioma que no entiendo. El otro ejerce más o menos de traductor. O el cabrón de tu hijo nos paga lo que nos debe o te rajamos a ti. A él la da igual, porque ya no siente las hostias, pero a ti te

vamos a capar, ¿te enteras? Yo no sé nada, respondo. Claro que lo sabes. Cuatro mil quinientos leuros nos debe, el angelito. ¿De dónde coño queréis que los saque? No, ya sabemos que no va a ser de trabajar, se ríen en mi cara. Ya volveremos, y si no nos pagas aprende a mear sentado.

Se han ido pegando un portazo que ha descolocado el llavero de la entrada, donde pone Recuerdo de Torrevieja. Yo me he sentado junto a la mesa camilla y observo a ese charco de porquería que dicen que es mi hijo. Loli entra en la salita y empieza a dar gritos. Levanta al yonqui del suelo y se lo lleva al servicio. Ayúdame, desgraciado, pero yo lo que hago es buscar el mueble bar. No hay más que botellas de anís y coñac vacías, así que cojo una chaqueta llena de lamparones que cuelga de un gancho de latón, junto a la puerta, y salgo de allí. Me acompaña una letanía que se va perdiendo: gandul, inútil, quién me mandaría casarme contigo, borracho. Recorro el túnel hacia la luz del portal. De veras necesito beber, pues siento una sed extraña que jamás había experimentado, una sed que es de las vísceras y del alma, y me digo: supongo que en esto consiste ser alcohólico.

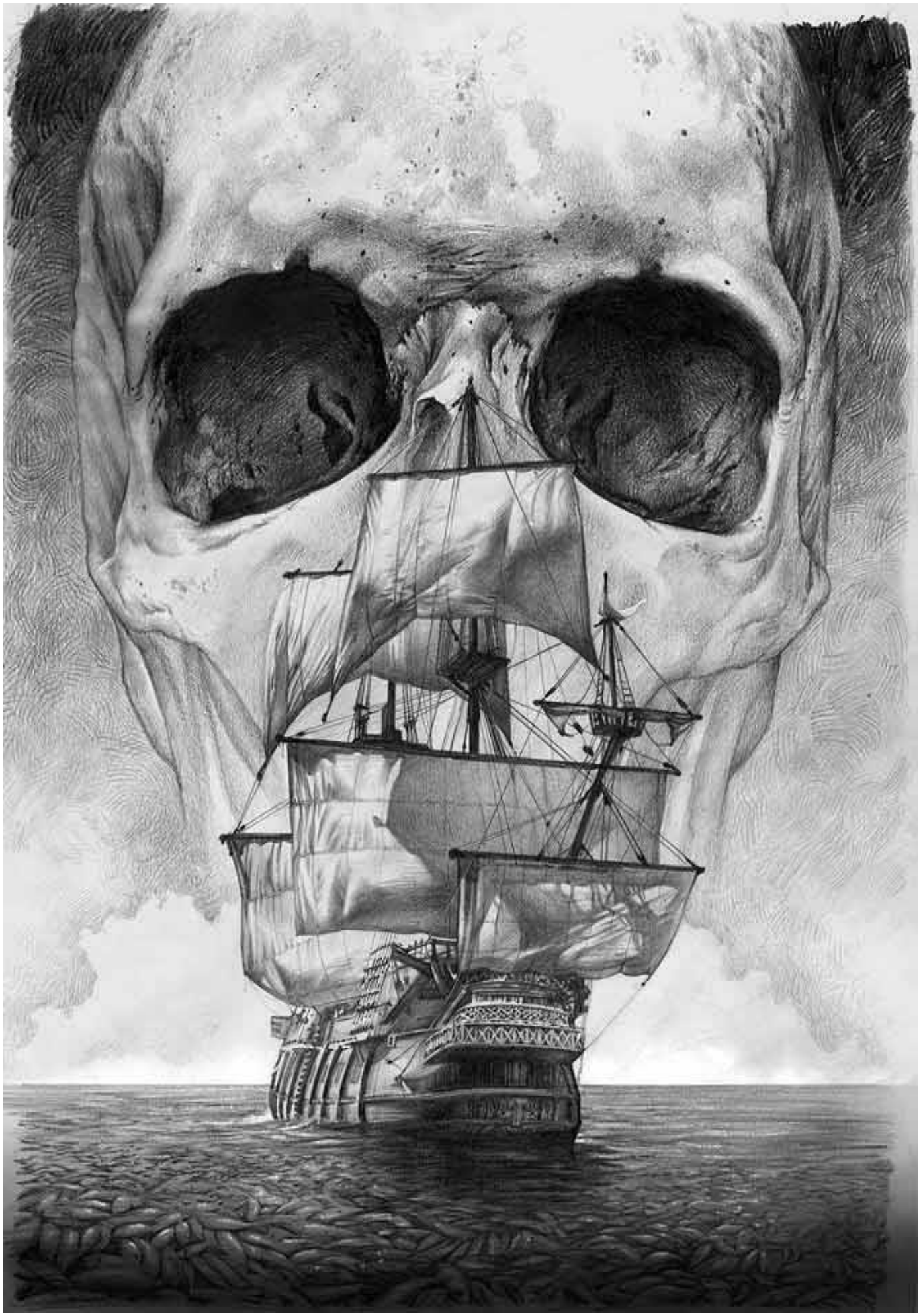
Me suena el barrio. Es Vallecas, otra vez. Mis pasos me llevan a un bar familiar, con mostrador de zinc, terrazo aturronado, restallidos de dominó. En otra vida estuve aquí. Según entro, el camarero me mira con mala cara, pero me sirve una copa de coñac sin preguntar. Me lo bebo de un trago, yo que jamás he soportado el coñac, y empiezo a sentir que mis males no son tantos. Qué tal te va, me dice una voz. No te veía desde el colegio. Me doy la vuelta y lo veo al muy cabrón. Ahora es él quien viste bien, con chaqueta y camisa de sport, y aunque no esté delgado ya no tiene panza ni pelos en las orejas. Qué me has hecho, mamón. No sé a qué te refieres. Devuélveme mi vida, que me la has robado. Devolverte tu vida. ¿No te parece un poco tarde? Si hubieras seguido estudiando, como hice yo, no te verías así. Tenías talento, se regodea el tío. Aunque disimule, su mirada lo traiciona: lo sabe todo, él es el causante.

¿Qué me has hecho?, insisto. Ya lo decía Solón, me responde: no se puede decir de un hombre que es feliz hasta que no termina sus días. Pero es que tú no me has robado el futuro, sino el pasado. No me has dejado nada, sollozo. ¿Qué ha sido de mi vida, de toda mi vida? Toma, anda, dice él. Me da un billete de cien euros doblado, y como no lo quiero coger me lo mete en el bolsillo de la chaqueta. Sé que andas mal, pero a lo mejor todavía puedes aprovechar tu talento.

Yo lo agarro por las solapas y empiezo a sacudirlo. El camarero sale de la barra y me echa a empujones. ¡A la puta calle ya, hombre! ¡Estoy harto de que molestes a los clientes!

Con el empujón, trastabillo y me doy un cabezazo contra el retrovisor de un Ibiza. Me toco la mejilla, húmeda, y no sé si es sangre o son lágrimas, porque ya ha oscurecido y apenas veo. Me tambaleo, buscando otro bar, y saco el billete que me ha dado él. Por lo menos, podré beber. Entonces veo que es un recorte de EL MUNDO: un premio literario, hasta quince páginas, cerca de siete mil euros… No falta mucho para que se cumpla el plazo y se falla pronto. Con ese dinero podré pagar la deuda de mi hijo el yonqui, y con el premio arrancar de nuevo mi carrera literaria. Me encuentro un ciberbar: allí hay ordenadores, impresoras, y además sirven alcohol. Entro y me pongo manos a la obra. El premio es de cuento de terror. Terror, terror… ¿Qué mejor historia que la mía?

Ya he acabado. Ahora ya sabéis por qué no sabéis quién soy, y también por qué tenéis que darme el premio. Yo desprecié a alguien que me mendigaba unas horas y él me robó mi pasado. Ahora yo os mendigo sólo un poco de dinero y de gloria, miembros del jurado. Que Dios os proteja si me despreciáis.



La nave de los albatros[12]

Por Félix J. Palma

Ilustrador: S.t. / Alejandro Colucci (Uruguay)

"...te veré por vez primera, quizá,

como Dios ha de verte."

Jorge Luis Borges

uria nunca tuvo padre pero, de vez en cuando, el mar le traía a un hombre que le ordenaba cerrar la boca al comer. Era un individuo enorme y baladrón, de perenne mirada furibunda, que malvendía sus apegos fuera de casa y repartía a su familia una calderilla afectiva con la que creía cumplir, como quien guarda las sobras de la comida para los gatos del callejón. Aquel hombre rudo y vocinglero parecía provenir del corazón mismo del mar, pues acarreaba un tufo a salitre y carnaza que vencía al jabón, un hedor a machos apretados en camarotes mínimos, a naufragio antiguo y pescadería sucia que, cuando el mar volvía a llevárselo, quedaba flotando en la casa, agarrado a las paredes como el olor del vómito.

[12] Publicado en Las anteriores (Centro Editores de Madrid, 2011)

Por las noches, cuando aquel hombre ya llevaba dos o tres días con ellos, Nuria se arrodillaba ante los pies de la cama, fijaba una mirada solemne en el crucifijo que colgaba sobre la cabecera, y pedía al mar que se lo tragara para siempre, que desistiera de escupirlo regularmente a la orilla, que mejor soportar las burlas en el colegio por no tener padre que vivir aquellos periodos de temor en los que debía conducirse sin hacer ruido, estar siempre dispuesta para irle a por tabaco y no poner los codos en la mesa. Pero sus ruegos no fueron escuchados. Acaso le pareció que sus insistentes súplicas enfadaron al Señor, pues un día su padre regresó pálido y endeble, dispuesto a quedarse para siempre en tierra sin que a nadie explicara sus motivos, como si el mar le hubiese herido con un desplante de enamorada contra el que no le quedara más remedio que hundirse en la poza de un silencio contrariado.

A partir de ese día la vida en la casa cambió por completo. Hasta entonces Nuria había llevado una existencia tranquila, casi feliz, apenas perturbada por las burlas de sus compañeras de colegio, que ya por esa época comenzaban a reciclarse en bromas sin malicia motivadas por la envidia, pues con el despuntar tierno de la adolescencia la ausencia de padre se reveló más una ventaja que una tara. En comparación con las otras muchachas de su clase, Nuria gozaba de una libertad inaudita para su edad. Sus días eran orquestados únicamente por la batuta ecuánime de su madre, con quien desde pequeña mantenía una complicidad de aliados. La intermitencia paterna, sin llegar a abolir del todo la jerarquía propia de sus edades, había forjado entre ellas una camaradería insólita, no exenta de un romanticismo trasnochado, como de mujeres que deben sacar adelante la hacienda mientras el hombre combate en el frente. A su madre no dejaba de sorprenderla la admirable sensatez con la que Nuria se conducía en la vida. Nunca olvidaría, por ejemplo, la serenidad con que la informó de su primera menstruación, sin la menor sombra de ese pánico que la había sobrecogido a ella al despertar manchada en lo más íntimo con un rastro de moras. Fue esa prudencia tan infrecuente en una niña de trece años la que hizo que Nuria nunca tuviese que privarse de ninguno de los muchos eventos que jalonan los albores de la adolescencia. Todo eso cambió, sin embargo, con la llegada definitiva de su padre.

Tomás Vallejo convirtió en trono el sillón junto al televisor, y allí se instaló con aquel mutismo torvo de volcán amansado que lo convertía en un intruso inquietante, en una deidad marina que sólo emergía del silencio para emitir sus implacables designios. Dado al compadreo, no le resultó difícil buscarse los dineros trapicheando en la lonja. Adquirió una furgoneta

destartalada, y enseguida se hizo con una pequeña cartera de clientes que fue creciendo a medida que su buen tino para seleccionar el pescado de calidad se hacía célebre. Nunca mostró el menor interés, sin embargo, por fortalecer la envergadura de su negocio, ni siquiera reemplazó la ruinosa furgoneta. Le bastaba con el dinero justo para que los suyos vivieran con dignidad. Solía levantarse cuando el cielo mostraba las primeras puñaladas de luz y, antes de que la ciudad rasgara la húmeda muselina del sueño, él ya estaba de vuelta con la jornada resuelta, sentado ante el televisor, despidiendo una tufarada de colonia de bote y recovecos de océano, y dispuesto a gobernar con mano de tirano el destino de su familia.

De repente, el salón se transformó para Nuria en un ámbito impracticable; atravesar esa estancia significaba quedar expuesta a las caprichosas órdenes de su padre, cuando no a la inquietante fijeza de su mirada, que parecía estudiarla con una atención de entomólogo. Nuria se resignó a moverse por la casa con andares de fantasma, a hablar con su madre mediante murmullos y a atrincherarse en la angostura de su dormitorio, un cubículo al que sólo llegaba la melancólica claridad que se despeñaba por el patio interior, pero el único lugar del que su padre no la reclamaba. Derramó muchas lágrimas tratando de entender los motivos por los que de repente se había visto privada de toda la libertad de la que disfrutaba. Su padre parecía haber vuelto de la mar con el firme propósito de enterrarla en vida, pues sólo le permitía salir de la casa para asistir al colegio, y aun así era él quien la llevaba y recogía en la mísera furgoneta, como si se tratara de un encargo que no necesitaba conservarse en hielo. Cualquier otra actividad, por inocente que fuera, le era prohibida con una tajante sacudida de cabeza ante la que tampoco su madre podía protestar, pues a Tomás Vallejo le bastaba con amagar el gesto de una bofetada para acallarla. Durante un tiempo, Nuria confió en que ella al fin alzara la voz en su defensa, y no cesó de requerirle ayuda con las mismas miradas cómplices del pasado, pero dejó de hacerlo cuando tropezó, buscando no recordaba qué en la mesilla de su madre, con un tarrito de cápsulas azules, de esas que ayudan a dormir sin tormentos, y comprendió de golpe que estaba pidiendo auxilio a alguien que lo necesitaba más que ella. La vida se convirtió entonces para Nuria en una trabazón de tardes idénticas en la celda de su cuarto. Allí, rodeada de una cohorte de muñecas de trapo con las que ya no le apetecía jugar, se entretenía viendo llegar a la mujer que llevaba dentro en la luna del armario, o imaginándose que se fugaba para siempre a través del patio, mediante las gruesas

venas de las tuberías, hasta que el odio hacia su padre la obligaba a tumbarse en la cama y a sembrar la almohada con las lágrimas blancas de las princesas cautivas.

Una tarde, su madre le contó que había tropezado en la calle con uno de los marineros con los que su padre solía embarcarse, al que no había dudado en interrogar sobre los motivos que habían forzado a su marido a quedarse definitivamente en puerto tras su última travesía. Pero era poco lo que su compañero de faena sabía al respecto, salvo que Tomás Vallejo había decidido renegar para siempre del mar al término de una noche de guardia, tras la que lo encontraron demudado y cadavérico, suplicando el regreso a la costa con un hilo de voz que le arruinaba la hombría. El mar está lleno de leyendas, acabó diciéndole el marino para mitigar su extrañeza, de cosas que cuesta creerse hasta que uno no las ve con sus propios ojos, y no hay nada peor que enfrentarse a sus fantasmagorías durante una solitaria guardia nocturna. El mar, a veces, nos dice cosas que no queremos saber.

Ni Nuria ni su madre otorgaron demasiado crédito a las palabras del marinero, impregnadas de un misterio demasiado teatral. El ogro que habitaba el salón se les antojaba un ser insensible a las sutilezas de las visiones marinas, en caso de que las hubiera. Como mucho, habría sufrido un estremecimiento en el corazón, o habría oído, en la calma nocturna del mar, la desafinada música de su interior, que le advertía que el cansancio milenario de sus huesos había alcanzado finalmente la pleamar. Lo único que parecía cierto era que algún acontecimiento o revelación crucial había tenido lugar sobre la desierta cubierta, removiendo por dentro a Tomás Vallejo y reemplazándole en un juego de manos nefasto la vastedad del océano por el rincón del salón.

Pero los días se sucedieron, monótonos y deslucidos, sin que ninguna de las dos se aventurase a interrogarlo abiertamente, intuyendo quizá que la respuesta no iba a ser otra que un desplante airado. Nuria, por su parte, trataba de mantenerse lo más lejos posible del sujeto que había conseguido que hasta el hecho simple de vivir le resultara insoportable. Le bastaba con la penitencia de tener que viajar a su lado cada mañana en la furgoneta, sofocada por el hedor turbio de la carga reciente. No sabía qué odiaba más de los recorridos compartidos en la infecta tartana, si el silencio hermético que gastaba su padre o sus grotescos intentos de comunicación, aquellos arrebatos de camaradería que lo asaltaban de vez en cuando, y que ella abortaba con lacónicos

monosílabos. La furgoneta dilataba un itinerario ya largo de por sí, durante el que Nuria se entretenía en rumiar mil maneras de vengarse de aquel dictador tripón que, no contento con arruinarle la vida, pretendía además ganarse su confianza. La confundía, sin embargo, su afán por extraer de ella alguna frase cariñosa, o cuando menos cordial, pues se le antojaba imposible que su padre no fuese capaz de leer en su acritud el desprecio que le profesaba. Sus intentos de acercamiento eran siempre torpes e irrisorios, y por lo general se reducían a un par de tentativas que, una vez ella desbarataba, daban paso al impenetrable silencio que los acompañaría el resto del trayecto. Por eso la sorprendió que una mañana, como si no le importara que ella no le atendiese, su padre empezara a hablar de las leyendas del mar.

Con una voz trémula, que sin embargo fue adquiriendo confianza día a día, como si él mismo se acostumbrara al estrépito de su vozarrón reverberando en el angosto interior de la cabina, Tomás Vallejo desgranaba con su humilde oratoria, no se sabía para quién, las historias del mar que mejor conocía. Las escogía al azar, y las narraba de forma desordenada, barajando experiencias personales con leyendas que corrían de boca en boca. A veces realizaba largas pausas, conmovido por la nostalgia de los recuerdos o sorprendido por la dimensión épica que cobraban sus cotidianas gestas de marino en constante porfía contra el océano al ser contadas mientras atravesaban aquel paisaje aletargado de panaderías y kioscos. Pero sobre todo le excitaba la mella que su desesperada estrategia parecía causar en el desinterés de su hija. Con el correr de las mañanas y las leyendas, Nuria había ido desentendiéndose de lo que sucedía tras la ventanilla e interesándose por las historias que él contaba, incluso había empezado a prepararle el café por las mañanas, en un gesto que conmovió a Tomás Vallejo, quien pronto dejó de hablar para sí mismo y empezó a hablar para la persona que más quería en el mundo.

Le habló de todo lo que se le ocurrió, temiendo volver a perderla si se quedaba callado. Le habló de piratas y bucaneros, de islas desconocidas que no figuraban en los mapas, donde se escondían científicos locos que hacían experimentos con los náufragos que las mareas derramaban sobre la arena; de atolones envueltos en jirones de bruma en los que habitaban animales extraños, huidos del jardín del Edén antes de que Adán tuviese tiempo de ponerles nombre. Le habló de tritones y sirenas, de calamares gigantes y hombres-pulpos, y de toda la fauna de ensueño que el mar albergaba en su vientre. Le habló de faros fantasmas que conducían a los barcos hacia los arrecifes con sus luces perversas, y de cómo algunas noches, fondeando

cerca de la costa, podía verse vagar las ánimas errabundas de aquellos que se arrojaban desde los acantilados por asuntos de amor. Le contó la asombrosa historia de Arthur Miclans, el niño que fue rescatado por un delfín tras caer por la borda de un barco de emigrantes. Le habló de los peces que bullían en los abismos marinos, en ranuras tectónicas donde la ausencia de luz y las bajas temperaturas habían fraguado un universo refulgente de seres eléctricos y majestuosos. Y le describió la sobrecogedora estampa de una playa rebosante de ballenas varadas, tendidas sobre la arena como dólmenes derrumbados.

Su hija atendía a sus palabras sin poder disimular el arrobamiento que le producían. Hasta ese momento, Nuria no había considerado el mar como otra cosa que una inmensa llanura azul en cuyo interior revolvían algunos hombres para ganarse el sustento. Hombres tan barbados y fieros como su padre, que se echaban a la mar con los primeros fulgores del alba, dejando a sus espaldas la rémora de una familia que sólo parecían amar verdaderamente cuando mediaba entre ellos la distancia. Nunca se le ocurrió que el océano albergara otra cosa que el pescado ceniciento y resbaloso que exhibían los tenderetes del mercado sobre un lecho de hielo picado y hojas de lechuga, relumbrando bajo los focos como alfanjes herrumbrosos. Pero de las redes de su padre surgían a veces criaturas fabulosas, como si los aparejos hubiesen buceado en los sueños de un Dios que, cansado de modelar el barro con solemnidad, envidiara a los niños que jugaban sin trabas con la plastilina. Sobre la cubierta, entre el palpitante botín de rapes y merluzas, podía infiltrarse también el pez trompeta, con sus labios de trovador; el pez gato, con su mirada de mujer fatal, o el pez ángel, arrancado del retablo de alguna basílica submarina. El océano se le antojaba ahora a Nuria un arcón rebosante de leyendas, un escenario capaz de rivalizar en atractivo con los castillos espectrales o los bosques encantados.

Pero no fue el mar lo único que cambió para ella. El hombre que conducía a su lado pareció transformarse también, alcanzar una dimensión humana de la que antes carecía. Nuria no sabía que durante los periodos en los que su padre permanecía embarcado, el tiempo goteaba con una lentitud huraña y dolorosa. Ni que para aquellos hombres a merced de los elementos cada minuto arrancado a la vida era el motivo de una celebración íntima que les amansaba la expresión con una sonrisa apenas sugerida. Expuestos a los caprichos de un mar que lo mismo podía colmarle las redes que ahogarlos bajo un golpe de agua, cada amanecer sin bajas era un humilde triunfo del que sólo cabía regocijarse en silencio, conscientes en el fondo de que el mérito no era

suyo, pues desde que escogieron esa vida su destino lo reescribía la espuma sobre la arena. Ahora sabía Nuria que mientras ella disponía de toda la casa para sí, su padre convivía con otros muchos en un mundo oscilante que medía treinta y dos metros de eslora y siete de ancho, hecho de espacios angostos cuyas paredes estaban empapeladas de vírgenes llorosas y hembras desnudas, porque tanto valían unas como otras si ayudaban a mantenerse firme en medio de un temporal. Y sintió una punta de piedad hacia aquel hombre curtido en la adversidad, que cada vez que ponía pies en tierra debía experimentar un alborozo de superviviente que no podía compartir con su familia por temor a estremecerle las esperas, que sólo podía festejar en alguna taberna con otros como él, entendiéndose a gritos porque todavía conservaban en los oídos el estruendo infernal de los motores.

Fue aquella piedad, sumada a las migajas de confianza que los viajes compartidos habían hecho surgir entre ambos, la que movió a Nuria a interrogar a su padre sobre los motivos que le habían llevado a huir del medio que tanto parecía amar. Se lo preguntó con un hilito de voz dulce, aprovechando el distendido silencio que siguió a una de sus joviales risotadas. Pero Tomás Vallejo no contestó. Al oír la pregunta, giró la cabeza hacia su hija con lentitud de fiera, y le dedicó una mirada entre enojada y sombría que le hizo comprender que la amistad que había creído percibir entre ellos no era más que un espejismo. Sea lo que fuere que su padre había visto, sólo llegarían a saberlo los gusanos que habrían de devorarle el corazón.

Tomas Vallejo nunca había creído en las leyendas del mar hasta aquella guardia fatídica que cambió el curso de su vida. Había oído cientos de historias, a cuál más descabellada, pero hasta esa noche las había considerado hijas de las fiebres y el escorbuto, cuando no del tedio de las largas travesías. Sin embargo, todavía conservaba en las venas el temor que había experimentado durante aquella guardia, cuando un rumor siniestro que parecía provenir del mar lo sobrecogió en mitad de su tercer café. El lúgubre soniquete le hizo levantarse para asomarse a la borda con cautela. En un principio, no logró discernir nada en la oscuridad reinante, pero no había duda de que aquel chirrido quejumbroso anunciaba la inminente llegada de algo que se deslizaba hacia el pesquero lentamente, sin alterar el sueño de las aguas. Desconcertado por el hecho imposible de que el mar no acusara su avance, Tomás Vallejo contempló surgir de la negrura el maltrecho casco de un velero. Tanto por lo antiguo de su diseño como por la podredumbre de la madera supo que aquella embarcación había sido construida hacía siglos. Poseía dos mástiles provistos de

sendas velas cuadradas, y en el costado, bajo un recamado de algas acartonadas, aún podían apreciarse las cuencas vacías de una hilera de portas por donde antaño asomaron las fauces de los cañones. Dedujo que debía tratarse de un bergantín de los muchos que ejercían de naves corsarias en el pasado. Aterrado, conteniendo el vómito ante el hedor a leprosería que exhalaba la aparición, la contempló desfilar procesionalmente ante él, cruzándose con su embarcación a una distancia tan íntima que le hubiese bastado con alargar la mano para poder acariciar su lomo repujado de sargazos. Pudo observar entonces que en su arboladura anidaban unos albatros enormes. Algunos planeaban sobre la nave como pandorgas fúnebres, y otros permanecían sobre las jarcias y obenques, no sabía si dormidos o acechantes. Pero la sangre acabó de helársele en el corazón cuando reparó en la silueta que se encontraba de pie sobre la cubierta de proa. Por su tamaño, parecía una niña. Cuando la tuvo cerca, pudo ver el rostro de su hija. Nuria, vestida con un abrigo rosa con dibujos de osos y el cabello recogido en trenzas, le dedicó una mirada indescifrable mientras pasaba ante él. Y Tomás Vallejo tuvo que apretar los dientes con fuerza para no lanzar un alarido desgarrador con el que se le hubiera escapado también la cordura.

Lo encontraron al amanecer encogido en la cubierta, suplicando el regreso entre lágrimas de mujer. Tomás Vallejo sabía lo que significaba aquel barco. Algunos años antes, bebiendo en una taberna del puerto, un marinero le había hablado de la existencia de un bergantín que surcaba los mares al servicio de la muerte. Entre confidentes susurros con olor a vinazo le contó que, durante el transcurso de una guardia, un compañero suyo había sido sorprendido por la espectral aparición de una nave que parecía navegar a la deriva, escoltada por una decena de albatros, en cuya proa alcanzó a distinguir, sobrecogido, la silueta de un hombre que era él mismo. Tras aquella visión, el marinero no volvió a echarse al mar. En tierra, nadie creyó su relato. Se atrincheró en el diminuto apartamento donde vivía con su numerosa familia, negándose a salir de allí bajo ninguna circunstancia, pues estaba seguro de que haberse visto como pasajero de aquel navío fantasma sólo podía significar que su muerte estaba próxima. El marinero dejó pasar los días postrado en el lecho, como un enfermo sin más dolencia que el horror de una muerte trágica que no sabía cuando ocurriría, pero a la que pretendía esquivar sin demasiada fe. Una mañana, al regresar de la compra, su mujer se lo encontró tendido sobre la alfombra con la cabeza reventada y la Luger que había heredado de su abuelo todavía empuñada en la mano, y supo que su marido, incapaz de soportar la angustiosa espera, había decidido embarcar en la nave de los albatros antes

de tiempo, ayudándose de una bala que guardaba ayuno desde la guerra civil. Tomás Vallejo había escuchado aquella leyenda entre los vapores del vino, asintiendo con una gravedad teatral, convencido de que esa historia, como la mayoría de las que circulaban por las tabernas, no era más que la fábula de algún marino aburrido o febril, una invención que el roce del tiempo habría ido puliendo, y estaba seguro de que ni siquiera la versión que acababa de oír sería la definitiva. Eso era lo que ocurría siempre con las leyendas, atravesaban los siglos trasmitiéndose como un virus, estremeciendo almas a la lumbre de las hogueras. Hasta que de tanto ser relatadas acababan haciéndose realidad.

Tomás Vallejo había regresado a tierra para salvar la vida de su hija. Hubiese querido abrazarla y retenerla para siempre entre sus brazos, pero sólo pudo convertirse en su enemigo. Lo primero que hizo fue someterla a un chequeo médico, al que, para evitar sospechas, también tuvo que obligar a su mujer e incluso prestarse él mismo. Cuando obtuvo los resultados, que disipaban cualquier duda de que la muerte ya hubiese sembrado su oscura semilla en las entrañas de su hija, Tomás Vallejo comprendió que el ataque habría de llegar desde fuera, e hizo todo lo que estuvo en su mano para mantener a Nuria vigilada la mayor parte del día, confiando en que la Parca se cansara de esperar su oportunidad para robarle el aliento. Eso le había canjeado la aversión de Nuria, un odio visceral que había intentado combatir durante los viajes en la furgoneta, tratando de hacerle ver a su torpe manera cuánto la quería. Al principio, había creído que podría conseguirlo, pero su forma de reaccionar ante el deseo de su hija por conocer aquello que él jamás podría decirle, había arruinado para siempre sus esperanzas. Tras aquel interrogatorio fallido, nada volvió a ser como antes. Tomás Vallejo se afanó en reanudar sus historias, pero, para su desazón, le resultó imposible reparar el daño que su mirada había causado en su hija, quien había vuelto a refugiarse en un hiriente distanciamiento.

¿Hasta cuándo lograría tenerla vigilada?, se preguntaba ahora con la mirada fija en la puerta cerrada del cuarto de Nuria. ¿Cuánto tardaría su hija en revelarse? Los días se sucedían lentamente, como un castigo para ambos, y él no acertaba a entrever el desenlace que podía tener aquel encierro cada vez más injusto. Una noche se despertó sobresaltado, con la seguridad de que Nuria habría recurrido a la cuchilla para arrancarse a tirones de las venas aquella vida de reclusión insoportable. Al descubrirla dormida en su cama, los ojos se le habían inundado de lágrimas. Extremadamente cansado de todo aquello, se había sentado en la silla del escritorio donde su hija

estudiaba, y había velado su sueño un largo rato, dejándose conmover por el aire de terrible vulnerabilidad de aquel cuerpecito arrebujado en la madriguera de las mantas. Se acostumbró a visitarla de aquella manera por las noches, y siempre, al abandonar su habitación, Tomás Vallejo se preguntaba si ya podría devolverle la libertad, si habría logrado evitar su muerte o todavía la reclamaban los albatros.

La respuesta la obtuvo el día del cumpleaños de Nuria, cuando su hija, tras apagar las catorce velitas de su tarta, rasgó el envoltorio del paquete que su madre le había regalado para mostrar, con un entusiasmo que contrajo de terror la expresión de su padre, un abrigo rosa con dibujos de osos. Tomás Vallejo comprendió entonces, como si aquella alegre escena escondiese una amarga consigna que sólo él podía descifrar, que aún no había logrado desbaratar el trágico destino de su hija. Cerró los ojos para no verla dando vueltas vestida con el abrigo, haciendo girar las dos trenzas con que ese día había decidido recogerse el cabello.

Tomás Vallejo asistió a la lenta extinción de la fiesta mudo en su rincón, como un púgil reuniendo valor para subir al cuadrilátero, y no le sorprendió que, una vez llegada la noche, su mujer se sentara a su lado por primera vez en mucho tiempo y, tras varios rodeos, le rogase que le diese permiso a Nuria para ir de excursión a la sierra con el colegio a la mañana siguiente. A Tomás Vallejo acabó de partírsele el alma mientras sacudía la cabeza en una negativa que no admitía discusión, no supo si por el daño que su nueva oposición causaría en su hija o porque su cabeza, adelantándose a los acontecimientos, ya le mostraba la imagen del autobús escolar volcado en el asfalto, rodeado de una confusión de cristales rotos y cuerpos destrozados entre los que despuntaba un abrigo rosa. La muerte jugaba al fin sus cartas, y él no podía hacer otra cosa que tratar de retener a su lado el objeto de su codicia. Desde el sillón, contempló a su mujer entrar en el cuarto de Nuria para trasmitirle su negativa, y permaneció toda la noche allí, centinela de su descarnado llanto, queriendo irrumpir en su cuarto para consolarla pero consciente de que las palabras de aliento de quien todavía conserva en la mano el puñal ensangrentado pueden hendir más profundo aún que la propia puñalada.

Lo despertó el calor amigo de una taza de café entre las manos. Abrió los ojos y, en el barrunto de luz que perfilaba el salón, pudo ver la sonrisa sin rencor de su hija. No hubo palabras entre ellos. Tomás Vallejo le sonrió agradecido, y dejó que Nuria le acariciara el cabello con

ternura, en un gesto casi maternal con el que tal vez tratase de decirle que la mujer que ya iba siendo comprendía aquella forma de protegerla, pese a considerarla desorbitada. Mientras el café dulzón le cartografiaba la garganta, la observó conmovido regresar al encierro de su dormitorio, para continuar destejiendo en silencio el velo de su juventud hasta que él quisiera devolverla a la vida. Tomás Vallejo apuró la taza con la mirada absorta en la puerta cerrada que lo separaba de su hija, preguntándose cuál debía ser su movimiento ahora que ella había dado el primer paso hacia la reconciliación. Finalmente, decidió que quizá fuese oportuno abandonarse al deseo de abrazarla, que tal vez su hija no estuviese sino esperando una muestra de cariño que le insinuara que, pese a todo, contaba con un padre que la quería.

Secándose las lágrimas con el dorso de la mano, Tomás Vallejo se acercó al cuarto y abrió la puerta con cautela de confidente. Le desconcertó no encontrarla en el dormitorio. Luego reparó en la ventana que daba al patio interior, abierta de par en par, y comprendió, sintiendo cómo una mano de hielo le trenzaba las vísceras, que Nuria al fin había decidido rebelarse. Salió del cuarto dando tumbos, cogió las llaves de la furgoneta y se precipitó escaleras abajo convenciéndose de que aún quedaba tiempo, que la estación de autobuses de donde debía partir el autocar escolar no estaba demasiado lejos. Arrancó la furgoneta y surcó las todavía entumecidas calles aplastando el acelerador con saña. Arribó a la estación a tiempo para ver cómo su hija, plantada ante la puerta del autobús con su abrigo rosa y el cabello recogido en trenzas, le dedicaba una mirada indescifrable antes de subir al autocar que la conduciría a las tinieblas.

Nuria se sentó en el último asiento del autobús con una débil sonrisa de triunfo en los labios, una mueca apenas imperceptible que se amplió aún más cuando, al girarse en la butaca, observó cómo la miserable furgoneta de su padre se internaba también en la carretera en pos del autocar. Según decía la etiqueta del bote de somníferos de su madre, sus efectos eran casi inmediatos, y ella no había escatimado en pastillas a la hora de disolverlas en el café. Tuvo que esconderse la sonrisa entre las manos al contemplar los primeros bandazos de la tartana, que no tardaría en irrumpir en el carril contrario, donde su padre encontraría el fin que merecía, liberándola de su tormento, de todas aquellas noches en que, muerta de miedo, le oía entrar furtivamente en su dormitorio para observarla dormir, temiendo el momento en que su mano se internase entre las sábanas en busca de sus recientes formas de mujer. Pero aún tuvo tiempo, antes de que la furgoneta se fuera a la deriva, de cruzar una última mirada con aquel hombre al

que nunca había considerado su padre, y Tomás Vallejo pudo comprender, a pesar del pegajoso sopor que amenazaba con vencerlo sobre el volante, que durante aquella guardia fatídica, la nave de los albatros no le había avisado del trágico final de su hija, sino que le había mostrado el rostro mismo de la muerte.

ALEX ANDREEV

La luz de la noche[13]

Por José Carlos Somoza

Ilustrador: Heart/ Alex Andreyev (Rusia)

driana perdió el sueño el día en que perdió a su madre. Esa noche la pasó en vela, sin llorar; sin pensar en nada; simplemente no pudo dormir. Y a partir de entonces ya no durmió más.

Lo curioso era que por las mañanas se sentía estupenda y seguía tan bonita como siempre. Pero llegaba la noche y no se dormía. Adriana vivía en la ciudad con su padre, en una casa de dos plantas, y la escalera que daba a su habitación era de madera. Durante una de aquellas noches de insomnio subió y bajó por ella veinte veces, para distraerse. Luego, se asomó a la ventana y le sorprendió ver luz, ya que siempre había creído que la noche era oscuridad. Supuso que, como había pasado todas las noches de sus catorce años de vida durmiendo, no se había enterado de que la noche también tenía luz.

No era como la del sol, claro, sino blanca y fría. Adriana ignoraba si procedía de las farolas o de la Luna. Poseía la virtud de dibujar el contorno de las cosas y otorgarles otra apariencia: su colcha era un rectángulo pintado de blanco; su espejo, un cristal fosforescente, y el reflejo de ella misma sobre él una figura plateada de largo cabello.

[13] Publicado en Fantasmas de papel (DeBolsillo, 2007)

Sintió curiosidad por contemplar la calle bajo aquella luz extraña. Se vistió y salió de puntillas para no despertar a su padre. Quedó asombrada. ¡Oh, Dios, era como si hubiese nevado! (Y no nevaba, ni podía nevar, porque era primavera). Pero todo, absolutamente todo, asfalto, aceras, techos de coches, tejados de casas, copas de árboles, todo parecía como bajo una capa de nieve. Pero no era nieve, sino luz: ¡era increíble! Esto no lo sabe nadie porque la gente se duerme, y si alguien pasa una noche en vela, casi siempre termina durmiéndose a la siguiente. Pero Adriana llevaba ya muchas noches sin pegar ojo. ¡Y era tan bonito lo que veía a su alrededor!

Dio un paseo por su barrio, embobada. Los edificios eran barcos encendidos a la deriva, y los jardines, lagos de patinaje. Al pasar junto a una fuente observó que el agua había desaparecido y solo quedaba el reflejo de la Luna, que era una bola luminosa flotando en la negra piedra redonda. La tocó: era fría como una lámpara de luz fría. Le entraron ganas de jugar a la pelota con la luna; pero cuando quiso moverla no pudo.

En noches sucesivas emprendió caminatas más largas y no dejó de maravillarse una y otra vez de aquel paisaje.

Exactamente a los doce meses de su insomnio hubo tormenta de gatos. Adriana ya venía notando, noches atrás, que el cielo estaba pesado y grumoso como si escondiera algo. Y una noche llovieron gatos. Caían de espaldas, pero no se hacían daño, porque ya se sabe que los gatos nunca se hacen daño cuando caen. Caían de espaldas, pero se daban la vuelta al llegar al suelo. Y siempre en silencio. Eran gatos pardos (de noche todos lo son), de ojos blancos y abultados como lentillas. Algunos cayeron sobre las antenas de la tele y quedaron colgados de ellas; otros se posaron en los balcones, la acera o el asfalto; los hubo más infortunados que se colaron por agujeros y ya no volvieron a aparecer. La calle se llenó de gatos recién llovidos que se erguían sobre sus patitas de almohada y se alejaban como si tal cosa, tan insomnes como ella, pero más silenciosos. Bueno, no del todo: se oían chirridos lejanos, como si quince mil violines tocaran fuera de la ciudad una música diferente cada uno. Eso le pareció bonito. Lo peor fue cuando vio a los muertos.

Ocurrió por vez primera dieciséis meses después de su primer insomnio. Salió de la ciudad caminando por un borde de luz, como un acróbata en la cuerda floja, y al pasar por el cementerio decidió entrar. Sobre las lápidas, que semejaban camas con sábanas de raso, había cuerpos tendidos o sentados, silenciosos como colegiales disciplinados. Pero no eran cuerpos, sino sólo sus siluetas dibujadas por la luz. Personas calladas, sombrías, con los ojos abiertos, aunque, a Dios gracias, ninguna la miraba a ella.

Comprendió que siempre habían estado allí, pero nadie los veía porque todo el mundo se quedaba dormido. Y no sólo poblaban el cementerio: iban y venían por las calles y podían colarse en las casas, o volar como papeles sueltos, o desaparecer bajo un charco de sombras.

Y una noche, al regresar a su habitación tras su habitual paseo, encontró a una mujer de pie frente a su cama. La reconoció nada más verla. Su madre no se movía, no hablaba. Dejaba caer los brazos junto al cuerpo y se quedaba así, en actitud de no estar esperando nada. Hasta las estatuas parecen tener vida cuando se las mira, pero no aquello. Adriana nunca había visto nada tan muerto, era algo más muerto que una cosa, porque una cosa podía resultar útil para un determinado fin, pero su madre no era útil para nada, no hacía, ni pensaba, ni quería, ni buscaba nada. Se quedaba, solamente. Se quedaba.

En vida, su madre había sido bonita, y a ella le gustaba mirarla. Pero ahora no se atrevió: dio un rodeo para evitar su presencia, se acostó en la cama y se acurrucó juntando sus flacas rodillas. No durmió, pero cerró los ojos; y cuando los abrió, ya era de día y su madre se había ido.

A partir de entonces, todas las noches encontraba a su madre en la habitación. Y daba igual que no saliera; incluso era peor; porque la sombrea venía temprano y allí permanecía hasta el amanecer. Desanimada, intentó hallar el lado divertido del asunto, pero ¿qué lado divertido puede tener el hecho de ver a tu madre muerta cada noche a los pies de tu cama? Aquello acabó por amargarla: perdió la ilusión y las ganas de salir a ver tormentas de gatos o intentar mover la luna en el redondel de la fuente.

Por fin, la noche en que se cumplían exactamente dos años de su primer insomnio, (Adriana tenía dieciséis), logró armarse de valor, abrió los ojos y miró a su madre.

No es aconsejable mirar fijamente el rostro de un muerto a la luz de la noche; sobre todo si se trata de alguien a quien has querido. Adriana lo hizo y murió en el acto.

Pero las cosas han mejorado para ella desde entonces: ahora sale todas las noches, va y viene por las calles, puede colarse en las casas, volar como un papel suelto o desaparecer bajo un charco de sombras. A veces cae del cielo junto los gatos o juega a la pelota con la Luna.

Sólo la entristece que su padre no pueda verla cuando ella se presenta en su habitación y se queda quieta a los pies de su cama. No obstante, el hombre ha empezado a tener insomnio. Pronto la verá.

La invariante NOHC[14]

Por Víctor Conde

Instructor: Pestilence/ Kirsi Salonen (Finlandia)

sdan.

El afilado contorno de la Carabela se hizo visible mientras abandonaba el túnel Riemann a tres órbitas del planeta. Sus aspas de impulso se plegaron conforme las condiciones del espacio relativista se iban normalizando, y las juntas giraron unos grados hacia atrás y abajo, como los remos de un antiguo barco fluvial.

Esdan Demla / Zib se desperezó, entrelazando los dedos sobre la cabeza y empujando hasta oírlos crujir. Luego se destrabó los cinturones que la mantenían sujeta al diván de aceleración. Las lecturas estaban en un sólido verde tranquilizador; las estelas de espacio Riemann que sus aspas se "traían" del salto se iban desvaneciendo poco a poco, sin provocar roces ni explosiones de incoherencia bajo las leyes del espacio estándar. Los disipadores funcionaban a la perfección, y eso era algo que la intrigaba: ¿qué demonios hacían esas máquinas para deshacerse del fragmento de hiperespacio —un término que odiaba— que se pegaba a ellas en los conductos R? Ésa era una asignatura que en su nueva carrera de ingeniera de relativismos jamás lograría aprobar.

Flotó delicadamente hacia la zona de instrumentos centinelas (el puente estaba construido expresamente para evolucionar en gravedad cero, así que los sistemas de vigilancia quedaban en el techo), y consultó los datos.

[14] Publicado en Artifex (2004)

—Hola, Clarise —saludó, con la voz aún enronquecida. La suave respuesta del delfín llegó desde un altavoz oculto:

—Hola, Esdan. ¿Has dormido bien esta mañana?

—¿Ya es por la mañana? Ajusta el día, por favor. Otoño entrante con suaves precipitaciones matutinas.

La mascota-inteligencia central activó los hologramas de todos los pasillos y habitáculos de la nave, y el resto de sus ocupantes se encontraron durmiendo apaciblemente en medio de extensos bosques de coníferas y bajo una fresca llovizna de Octubre. Ninguno despertó, pero algunos sonrieron como si en sueños hubiesen apreciado el cambio.

Esdan examinó el planeta al que se acercaban: una roca sin vida que describía órbitas muy lejanas alrededor de una estrella en explosión. La Regina VV6 había alcanzado el punto crítico de su fase nova hacía cuatro días, y ahora se encontraba estallando con fiereza y abriéndose como una flor esférica a la velocidad de la luz. Con un bostezo, la navegante calculó los intervalos: la onda expansiva de luz y calor les alcanzaría en dos quintos de jornada locales, unos veinte días. Tenían tiempo más que suficiente para completar su misión y salir zumbando antes de que la Regina se tragara también esa región del sistema.

Lo que le sorprendió fue encontrar la otra nave. El radar indicaba que un objeto giroscópico de un cuarto de kilómetro de longitud y seis anillos concéntricos rotatorios ya esperaba en geoestación sobre el planeta. Esdan frunció el ceño: había creído que ellos serían los encargados de monitorear a los Delvan en su prueba de fuego racial, la experiencia de madurez tecnológica que les permitiría entrar gloriosamente en un nuevo estadio evolutivo. Pero la presencia de aquella otra nave...

Con sincera curiosidad, ordenó al delfín abrir los canales de comunicación.

—Estoy enviando los paquetes comprimidos habituales de saludo y especificaciones técnicas de la conversación. Responden... ahora —anunció Clarise tras un segundo—. Vaya, su sistema de encriptación de código es extraño. Creo que pertenecen a la Tercera Rama, Esdan. Hay un ruido de fondo que me es difícil de entender; podría tratarse de una alteración de la señal debida a los potentes campos magnéticos en implosión de la estrella.

—¿Los Terceros están aquí? —la joven alzó las cejas, impresionada. Nunca había visto una nave de Terceros Humanos antes—. ¿Y qué están haciendo?

—Sospecho que han venido a lo mismo que nosotros. Ellos también tienen interés en el progreso de la especie delvana, pero no me han querido explicar por qué. De todas formas, se congratulan de nuestra presencia aquí y solicitan una reunión en vivo para intercambiar impresiones.

—Contéstales que estaremos encantados —dijo la navegante sin poder ocultar la emoción—. Si nos indican un muelle de anclaje...

—Insisten en que deben ser ellos quienes se personen en nuestra nave. Dicen que no debemos preocuparnos por el hábitat. Traerán un nicho ecológico no dañino con ellos, programado para desaparecer sin dejar secuelas en cuanto haya acabado la reunión.

—Uhm... —Esdan dudó. No era normal que los Terceros se anduviesen con tantos remilgos. Tal vez hubiera cosas que el embajador quisiera comentar fuera de la presencia de los suyos—. Está bien, comunícales que estaremos listos para recibirles en una hora.

Dicho esto, la joven estiró las piernas y se catapultó fuera del puente, en busca de su marido / dos. Él era el experto en política, así que sabría preparar la ceremonia con la mínima dignidad que un grupo de embajadores Terceros merecía.

Encontró a su segundo hombre ya despierto y aseado, paseando por un campo de maíz: la cámara de habituación. Era donde le gustaba pasar la mayor parte del tiempo, dejando que su cuerpo se liberase lentamente del estrés post-salto mientras hacía su trabajo en la consola. Al intuir que su mujer se acercaba, se giró para encontrarla acostada en el aire y rotando lentamente sobre su eje.

—Hola, cariño.

La ayudó a pasar del entorno sin peso al de una gravedad y la besó en los labios. Ella sonrió, hablando sin despegarlos todavía.

—Ummm. Me encantan estas sesiones de eliminación de estrés. ¿Recuerdas cuando el Metacampo existía y los viajes eran instantáneos?

—Apenas; yo era un niño entonces. Pero esto es mucho mejor —Lamor sostuvo a su mujer / uno justo por encima de las espigas doradas y la sentó frente a él. Cerró la consola para concederle toda su atención; era la primera vez que hablaban desde el comienzo del sueño, hacía dos meses—. ¿Por qué otoño?

—¿Eh? Ah, bueno —Esdan movió sus dedos entre la llovizna—. Me pareció apropiado para empezar un nuevo día, como en las montañas de la Tierra. Lluvia antes del sol.

—¿Qué es eso que tiene locos los sistemas de exploración de Clarise? La pobre no deja de murmurar cosas sobre la contemplación del protocolo desde que me despertó.

—Hemos llegado al planeta donde teníamos que reunirnos con los Delvan para monitorizar su prueba. Pero ya había alguien aquí.

El hombre arrugó el entrecejo. Sus rasgos latinos y las cejas pobladas le hacían irradiar un aspecto de misterio masculino que volvía loca a Esdan.

—¿Una nave? ¿De quién?

—Es un crucero de la Tercera Rama. Al parecer ya han contactado con los Delvan, y ahora quieren hablar con nosotros. Les he invitado a subir a bordo en una hora.

Lamor la contempló en silencio unos segundos, cavilando como solía hacer, dejando el cuerpo estático, y luego se rascó la sien.

—Bueno, si ése es su deseo... Veamos qué se puede observar.

—¿Despertamos a los demás?

—No, no creo que haga falta. Podemos resolver este asunto y continuar viaje sin tener que quebrar el equilibrio de los tanques fríos.

Un minuto después se encontraban de regreso en el puente de mando. La mascota-inteligencia central de la Carabela, Clarise, se había hecho visible adoptando su holograma favorito, un alevín con estrías azuladas, y daba tumbos entre las consolas de control saltando y volviendo a sumergirse en sus circuitos como un pececillo nervioso. En el foso táctico se perfilaba claramente una delgada línea rojiza que se acercaba con lentitud hacia ellos: el enclave de contacto de los Terceros.

Esdan se mordía una uña con nerviosismo. Mientras su marido hablaba con sus invitados y se ponía de acuerdo en algunas funciones básicas (vamos a usar este dialecto, la gravedad será de un g, os enviamos nuestro diccionario de modismos del idioma), ella no podía apartar la vista de la nave que los transportaba. La Tercera Rama era la Hélice de referencia más distanciada del estándar humano que se podía encontrar dentro de la especie. Sus mundos se habían desunido del Racimo Central durante tantos milenios que casi se podía decir que eran alienígenas a todos los efectos. Habían mutado sus cuerpos mediante I+D ARN a través de tantas generaciones que sólo conservaban una ligera forma antropoide en sus articulaciones y miembros.

En el fondo, Esdan admiraba su decisión de ser ellos los que cambiaran para adaptarse al entorno, y no que destruyeran los nichos ecológicos de los nuevos mundos colonizados mediante la terraformación como era la política de las demás Ramas. Pero eso les hacía parecer tan... distantes, que sentía escalofríos al contemplar el diseño de rejilla hueca del enclave de contacto. Incluso el aspecto de su tecnología sugería secretos misteriosos y lógica difusa.

Junto al corpachón anillado de la nave principal de los Terceros flotaba otra más pequeña y de apariencia biológica. Era un transporte veloz con aspas de impulso colocadas en V, construido a partir del esqueleto coriáceo de un antediluviano estelar muerto. Era la nave de los Delvan, el navío con el que tratarían de descubrir por sí mismos los misterios de los hiperconos Riemann, para ganarse su graduación como raza adulta y con opinión en el Racimo. Todos los intentos anteriores habían fracasado, y el que la Tierra enviase una pequeña Carabela consular como la suya para cubrir el evento en lugar de la extensa parafernalia mediática de la primera vez, indicaba que nadie confiaba realmente en que ahora lo lograrían. Pero su tesón era admirable.

Lamor zanjó las negociaciones con una sonrisa y, cerrando los canales de audio, derivó hacia ella con un suave impulso, abrazándola.

—Ya vienen. ¿Nerviosa?

—¡No! —dijo Esdan, asintiendo con la cabeza. Su marido rió.

—Abandonan su nave para evitar que sus condiciones ambientales nos hagan daño. Provienen de una colonia en las inmediaciones de Tetis 9 cero, un mundo muy próximo a una estrella azul. Su ecología es tan agresiva que nos quedaríamos ciegos con sólo contemplar el biotopo estándar.

—¿Y por qué tienen tanto interés en la prueba de los Delvan?

Lamor cruzó los brazos en una pose introspectiva.

—No estoy muy seguro de haberles entendido, pero creo que me han dicho que poseen algún tipo de control sobre los asentamientos delvanos en su región del Brazo Espiral. Al parecer han desarrollado un tipo de dependencia mutua entre ambas especies en esos sistemas. Creo que se sienten en parte responsables de ellos.

En la pantalla, el enclave se aproximó hasta situarse en las inmediaciones de la Carabela y corrigió su configuración estructural, haciendo pivotar el andamiaje como un gigantesco calamar que quisiera tragarse la nave terráquea. Cuando sus extremidades formaron un conducto que protegía un espacio cúbico de unos diez metros de arista sobre su proa, unos invisibles campos de fuerza rellenaron sólidamente las paredes y el biotopo artificial comenzó a desplegarse por el recinto como la vaharada de fuego del aliento de un dragón . Esdan tragó saliva.

—Muy bien. Esta es la primera vez que mantengo un contacto con esa Rama en mi vida —dijo—. Hagamos nuestro trabajo.

T.

Se reunieron con los embajadores Terceros en la frontera de su nicho artificial. Esdan y su marido se habían puesto los trajes de presión, pero mantenían el casco plegado formando una pequeña bufanda alrededor del cuello: desconfiar de las disposiciones de seguridad de sus invitados podría haberse considerado un insulto.

Los Terceros aparecieron caminando solemnemente desde las profundidades carmesí del enclave, surgiendo desde la niebla como espíritus en llamas. Sus trajes eran fluctuaciones serpenteantes del campo de fuerza que mantenían a salvo junto a sus cuerpos unas condiciones vitales de total antibiosis. Esdan les vio moverse con lentitud, formas antropoides de dos metros o más de altura, con dos brazos y dos piernas y lo que parecía ser una cabeza, emitiendo un agresivo fulgor rojizo como gigantes rojos, respirando fuego y oxidación de materia. Sus ojos eran ascuas incandescentes recubiertas por máquinas captadoras de longitudes de onda del orden

de los rayos ultravioletas. Operados para trabajar en un entorno donde la luz visible resultaba insuficiente, necesitaban ayuda tecnológica para verlos a ellos.

Junto a los Terceros aparecieron de improviso algunos Delvan. Esdan sonrió al verlos; las características físicas de su especie eran tan peculiares que no podía sentir más que admiración y algo de ternura. Era la única especie en la que la Naturaleza había alcanzado un hito biológico sin precedentes: inventar la rueda. Los delvanos eran pequeños cilindros verticales de apenas un metro de altura, bruñidos y recubiertos de un vello fino y no adherente que contribuía a mejorar su aerodinámica. Se desplazaban apoyados en dos ruedas musculadas, situadas en los extremos de un eje de hueso que atravesaba su centro de equilibrio longitudinalmente. Una tercera rueda, más pequeña pero rodeada de un enclave muscular potente que controlaba la orientación, servía de contrapeso trasero y director del movimiento.

Esdan había estudiado a estos seres durante su viaje y se había familiarizado con algunos de sus rasgos más relevantes, en qué forma la Naturaleza (ayudada con mano maestra por los genetistas) había solventado el problema del eje móvil. Literalmente, su sistema motriz era una pieza totalmente separada del cuerpo, un hueso horizontal que constituía un organismo insólito e independiente. El principal escollo que había entorpecido el progreso de los seres vivos desde la locomoción tosca sobre patas a la veloz e inercialmente eficiente sobre ruedas, había sido la rotación del mecanismo de la rueda. El hueso-eje debía poder girar continuamente sobre sí mismo sin necesidad de tener que regresar a su posición de partida, como ocurría con cualquier articulación de los artrópodos. El problema había sido solventado de la manera más radical: si el eje debía estar totalmente separado del cuerpo para asegurar su perfecta movilidad, entonces sería un ser vivo autónomo, con su propio sistema de riego linfático y lubricación, sus glándulas giratorias generadoras de oseína para restaurar el desgaste del tejido conjuntivo derivado del rozamiento, e incluso con su sistema nervioso propio y semiindependiente.

El hueso estaba anclado al resto del Delvan mediante unos anillos dentados, de los que surgían gran cantidad de pequeños espolones quitinosos que crecían por sí mismos como las uñas de los dedos de los mamíferos. Un complicado conjunto de pelos interiores alojados en una cámara de locomoción se movían desgastándolos como las aguas de un río enfurecido, golpeando estas diminutas aspas e impulsando el eje a rotar. Esdan sabía que, además, poseían dos potentes músculos en iris que se cerraban sobre sus extremos para proporcionar el empuje inicial (hacia

atrás o adelante) y no sobrecargar de peso a los cabellos de su flora locomotiva. La simple inercia hacía el resto.

Los Delvan entraron en la sala y contemplaron a sus anfitriones humanos, Esdan y su marido / dos, desde la atalaya de su periscopio ocular (era realmente eso, un cuello retráctil provisto de espejos; los órganos visuales estaban a salvo dentro del cuerpo). Se colocaron diligentemente junto a los Terceros y aguardaron en silencio. Era extraño, pero la navegante notó que, desde el momento justo de su aparición, el holograma de Clarise se revolvía inquieto a su alrededor, más nervioso que de costumbre.

Lamor rompió el silencio, dándoles la bienvenida e interesándose por sus costumbres. El líder de los Terceros, un pavoroso elemental de energía térmica semitranslúcido que se hizo llamar T, le agradeció sus esfuerzos por vencer las enormes distancias culturales. Lamor no tardó en sacar a relucir el tema de su inesperada presencia en el sistema.

—Nuestras relaciones con los mundos aerrenizados Delvan son más estrechas que las que mantiene el Cúmulo Central —explicó el cónsul T con una voz traducida en muestreo de 32 bits—. Hemos monitorizado sus cuatro últimos intentos de trascender, pero aún no se han obtenido resultados positivos.

—¿Sus últimos cuatro intentos? Pero... —Lamor hizo una pausa—. No teníamos noticias de tales experimentos.

—Nuestros asuntos sólo nos conciernen a nosotros y a los delvanos. No consideramos necesario informar de todos nuestros movimientos a su gobierno.

—Er... Por supuesto, lo entiendo —asintió Lamor, algo nervioso. Las relaciones del gobierno central con las Ramas de la Humanidad más distantes habían caído en un pozo de confianza mutua y poco más que mera simpatía tras la caída del Imperio, el gran ente unificador que se había derrumbado con la imposibilidad de utilizar el Metacampo para realizar viajes estelares instantáneos. Ni siquiera la tecnología de puentes Einstein-Rosen o los conductos Riemann habían podido mantener unidos planetas sitos a distancias inconmensurables a lo largo de la galaxia. Las Ramas más extremas eran las que antes se habían alejado del conjunto administrativo, y nadie quería desencadenar un guerra anexionista obligándoles a acercarse. No después de la última gran tragedia.

Esdan, atenta a las evoluciones de los extraterrenos en un segundo plano, observó algo en los callados Delvan. Al principio les miró sin saber qué era lo que estaba mal, pero luego un leve movimiento del delvano de cabeza le hizo verlo con claridad. El pequeño alienígena se aparto un centímetro del Tercero que tenía a su izquierda, como molesto por el calor que irradiaba su traje-biocenosis. Esdan se fijó en unas marcas de quemaduras insignificantes pero presentes por todo el eje interior de las ruedas y parte del tallo de su cuello de visión.

Primero se le ocurrió que había sucedido un accidente a bordo del enclave de contacto, pero tuvo que desechar la hipótesis; el Delvan sabía perfectamente dónde colocarse para que la radiación del Tercero no le afectase... demasiado. Sus compañeros también mostraban, quien más quien menos, estas marcas térmicas.

La navegante afiló los ojos. ¿Qué significaban esas quemaduras? ¿Era tan necesario el contacto entre ambas especies que los delvanos preferían arriesgarse a sufrir daños estructurales a cambio de la valiosa ayuda de sus precursores evolutivos?

Se fijó en un delgado hilo que se acumulaba en un desorganizado ovillo bajo las ruedas del delvano más adelantado. Era plateado y tan fino que podría producir cortes tan sólo por el hecho de agarrarlo con fuerza. Quizás ésa era la manera en que los pequeños se libraban del calor residual que se acumulaba en sus delicadas articulaciones: disipación a través de un conductor térmico.

El holograma de la mascota-inteligencia, el alevín azulado, se movía nervioso sin saber qué hacer o dónde ir. Miraba intensamente al Delvan del hilo. Esdan se fijó en que la bolsa marsupial del delvano (que sabía llena de pequeños cilios prensores para manipular objetos) se movía como si estuviese manipulando algo.

T, que hablaba mirando fijamente a Lamor, decía en ese momento:

—Ahora la prueba se ha complicado, dada la singular situación de la Regina VV6. Los Delvan deben rebasar su escudo explosivo y alcanzar por sus propios medios la máquina evolucionadora.

—¿Máquina... evolucionadora? —inquirió Lamor, alzando una ceja. El cónsul Tercero varió unos milímetros su pose en el centro del biotopo artificial.

—La encontramos hace seis años estándar orbitando en el interior de la VV6. No sabemos quién la construyó o para qué, pero lo cierto es que sus funciones operan sobre todos los cerebros basados en el intercambio de valencias eléctricas, mejorando notablemente sus sinapsis, concediéndoles un regalo. Una forma aleatoria de enfocar su progreso a partir del contacto inicial.

—¿Una máquina alienígena? —Lamor miraba a su esposa de hito en hito. La progresión evolutiva de las especies protegidas se llevaba a cabo mediante I+D ARN o, en el peor de los casos, dejando actuar a la selección darviniana. Pero nadie había notificado nunca la presencia de una máquina de tales características—. No sabíamos que tal cosa existiera.

Los Terceros parecían regocijarse con su ignorancia.

—Nuestras investigaciones indican que lleva más de cincuenta millones de años oculta bajo las capas exteriores del astro. El momento en el que apareció parece coincidir con el ciclo estelar de fin del combustible pesado y comienzo de la contracción, aunque no sabemos si ambos fenómenos están intrínsecamente relacionados. Ahora que ya no existe el astro a su alrededor ha quedado al descubierto. Eso abre muchas puertas.

—Es increíble —musitó Lamor, pensando en muchas cosas a la vez, que venían a su embotado cerebro como una marea de prioridades incontenibles y superpuestas—. Debemos avisar de esto al Cúmulo. Es... no es... ¿qué es? —balbuceó. T cruzó mansamente sus doce dedos.

—Por ahora es preferible que no lo hagan. Si esta vez los Delvan tienen éxito, será el primer contacto directo con la máquina sin puentes E-R. Sería interesante para ambos contemplar los resultados. Tenemos gran interés en que su especie evolucione, en vistas a que su relación con nosotros se podría volver infinitamente más fructífera. Su genio con las computadoras es ya legendario, pero creemos que aún quedan muchas características especiales de estas pequeñas maravillas de la ingeniería genética por destapar. Y además nos pueden aportar valiosos datos destinados a reproducir la experiencia.

Y aplicarla a nosotros mismos, pensó Esdan, completando la frase del Tercero. Por eso tenían tanto interés en ayudar a los delvanos a cruzar la gran barrera de la deflagración de la VV6.

Contempló a Clarise de reojo. Deseó tener una terminal a mano para preguntarle qué demonios le ocurría. Podía elevar la visera del casco, que se expandiría automáticamente hasta

recubrir su cabeza y mostraría una pantalla de estado ante sus ojos, pero eso podría ser malinterpretado por los Terceros.

—¿Cuándo van a realizar la prueba?

—Ahora —señaló T, y se volvió hacia el campo de fuerza que hacía de pared, que cambió de configuración para aceptar vibraciones de láser y transformarse en una pantalla bidimensional. Sobre ella apareció un plano general de la nave Delvan, el esqueleto fósil del antediluviano estelar, que energizaba sus aspas de impulso y se dirigía a toda velocidad hacia la barrera de energía.

Lamor había pensado que los Delvan que tenía delante serían los encargados de realizar la prueba, pero vio que se equivocaba. Había varios grupos Delvan que acompañaban a los Terceros por motivos aún ignotos. En la pantalla, la nave aceleró hasta transformarse en una mota de polvo brillante, y pasaron a control por radar de larga distancia.

—¿Les han impuesto alguna restricción sobre cómo lo deben hacer?

El Tercero asintió.

—Utilizan una tecnología Riemann que no les pertenece, pero la nave en que viajan sí. Abrirán un conducto R a través de la presión de energía saliente para tratar de rebasar la barrera sin sufrir daños. Pero deberán hacerlo sin alcanzar una velocidad determinada, que hemos cifrado en dos segundos de Hipervínculo por debajo del espacio euclidiano.

—¿Una limitación en la velocidad? —preguntó Lamor—. ¿Por qué?

—Porque está en barbecho —aclaró T—. Desde que empezó la fase nova de VV6 hemos dejado que los Delvan intentasen rebasarla en varias ocasiones, lo cual ha dejado la frontera que apelmaza la velocidad óptima llena de interferencias. Debemos dejarla reposar hasta que su estado armónico se equilibre.

Esdan asintió, comprendiendo. Las raspaduras y llagas que sus impulsores dejaban en los túneles Riemann, como los fragmentos de hipercono que sus aspas se habían "traído" cuando ellos abandonaron el túnel, dejaban lesiones que resultarían peligrosas para otras naves que tratasen de usar el mismo conducto para desplazarse. Si el problema era tan grave como para decretar todo un rango de velocidades en barbecho, significaba que los Terceros habían obligado a los Delvan a cruzar la barrera muchas veces, más de las que habían admitido. Con la consiguiente pérdida de vidas, imaginó.

El punto de luz que representaba la nave delvana en el radar se acercó a la barrera y aceleró. Todos contuvieron imperceptiblemente el aliento, viendo cómo describía lentas espirales de caída hacia el momento de máximo rozamiento. Planeaban atacar ese momento lateralmente, llegando a la barrera desde una dirección totalmente perpendicular a la de expansión y confiando en que la disipación de empuje les ayudaría a entrar.

El Tercero no parecía nervioso, pero sus ojos luminiscentes no se apartaban de la pantalla. Esdan, participando por primera vez en la conversación, preguntó tímidamente:

—¿Qué rasgo latente en concreto quieren despertar en los Delvan con este experimento?

El embajador encogió los hombros en un gesto extrañamente humano.

—Eso es lo de menos. Cualquier mejora nos puede servir, tratándose de tan... estimables criaturas.

T hizo un inocente gesto con su mano, aferrando el extremo del cable de disipación térmica del delvano que tenía a su lado, y lo atrajo hacia sí, como quien se asegura de tener bien atada a su mascota.

Abriendo mucho los ojos, con una expresión que hubiera asustado a Lamor si en ese momento hubiese estado mirándola, Esdan captó de golpe el significado de todo aquello. De la presencia allí de los Delvan, del dolor que les debían producir las quemaduras por tener tan cerca a los Terceros pero sin querer apartarse de ellos. De ese hilo áspero que se enredaría en su sensible eje si intentaban huir, raspando sus delicados músculos motrices y haciéndoles daño por dentro.

El periscopio del pequeño delvano se giró hacia ella, enfocándola con sus lentes y haciéndose tristemente partícipe de su descubrimiento.

Los Delvan no eran colaboradores de los Terceros.

Eran sus esclavos.

KeeK.

En ese momento la nave delvana alcanzó la barrera, acelerando para alcanzar el segundo de Hipervínculo que los situaría justo al extremo del límite de velocidad fijado por sus vigilantes.

En uno punto siete segundos de Hipervínculo, la nave atacó a la nova desde una dirección geométricamente segura. El delgado hipercono les protegería durante picosegundos de la presión centrípeta, tal vez permitiéndoles pasar al otro lado. Esdan lo dudaba. Su experiencia como navegante estelar le dictaba que dos segundos enteros serían un buen escudo contra la radiación saliente, pero menos...

El antediluviano se estremeció en la pantalla de radar, notando las primeras perturbaciones. Vacilantes, sus pilotos retrasaron unas décimas su entrada; algo veían mal. Estaban inseguros.

Tras un instante, el capitán delvano pareció tomar una decisión de riesgo: atacarían la barrera perpendicularmente. Esdan negó con la cabeza, viendo cómo el destello rojo que marcaba la posición y trayectoria de la nave giraba hasta situarse con la proa apuntando a la perpendicular del movimiento de la barrera, y aceleraba de nuevo. Los Terceros vigilaron los indicadores, muy atentos a los límites que habían fijado. La nave delvana se acercó muchísimo a ellos, pero no los rebasó.

Entonces penetraron en la nova.

Su señal desapareció de la pantalla y todo quedó en silencio. Ambos cónsules esperaron, Lamor observando intranquilo la lejana esfera de la VV6 al natural, los Terceros esperando la transmisión que confirmaría la supervivencia del explorador delvano.

No llegó.

La joven navegante apretó la mano de su marido, sintiendo llegar la rabia. Éste no dijo nada, pero la miró captando su furia, y negó sutilmente con la cabeza: no era conveniente.

Esdan retrocedió, acercándose a la esclusa de entrada a su nave. El suelo de campos de fuerza vibraba con cada paso, dúctil pero intraspasable. El holograma de Clarise se colocó junto a su oído.

—¿Qué demonios te ocurre? —susurró la mujer, vigilando a los Terceros, que seguían concentrados en sus pantallas de datos. El alevín transmitió:

—Datos contradictorios ^ Admisión en registro de actualización siete punto punto .. ^ / Detecto un intruso en el sistema.

—¿Un intruso? —exclamo Esdan, más alto de lo que hubiese querido. Su marido se volvió hacia ella—. Malditos sean —musitó—; están tratando de entrar sin ser vistos.

El embajador Tercero la miró en silencio, y Esdan sintió que el fuego de sus pupilas ígneas incendiaba su alma. De repente la alcanzó la lástima contenida por el destino de los pobres Delvan. Acercándose a su marido, le susurró algo al oído.

—¿Ocurre algo? —se interesó el Tercero. Lamor le miró boquiabierto, sin saber qué hacer.

—Us... ustedes... —balbuceó.

—Están tratando de invadir nuestro sistema informático desde que llegaron —aclaró Esdan, endureciendo la voz y tratando por todos los medios que no temblara—. Nuestro ordenador detecta las señales de intrusión. Es un ataque.

—Creo que tenemos una ligera confusión idiomática. ¿A qué se refiere con "un ataque"?

Esdan iba a replicar cuando tanto ella como el embajador T se dieron cuenta de algo. Ambos miraron a la vez al delvano más próximo, el que tenía el hilo enrollado en su eje. Lamor se puso en pie, confundido, y se giró hacia su mujer para decirle algo cuando los campos de fuerza fallaron.

De repente se encontraron flotando en el vacío espacial. Tanto los humanos de la Primera Rama como los Terceros se llevaron las manos al cuello, en un acto reflejo por la falta de oxígeno, aunque las condiciones vitales de estos últimos estaban bien seguras dentro de sus campos de fuerza personales. Los cascos de los trajes de presión de los terráqueos se activaron, cubriendo sus cabezas y presurizándose en un veloz instante. La rejilla del enclave de contacto se plegó sobre sí misma, tratando de reconfigurarse para abrazar a los Terceros y protegerles del vacío.

Esdan y su marido se separaron. Él cayó hacia delante, hacia las profundidades del enclave, mientras la breve descompresión explosiva la arrastraba a ella hacia atrás. La joven rotó incontroladamente bajo la panza cromada de la Carabela, gritando órdenes a Clarise por el intercomunicador. De reojo, vio que una pequeña figura, más pequeña que su marido / uno, se había despegado también del grupo de los Terceros: era el pequeño Delvan, que colgaba al extremo de su cable plateado girando sus ruedecitas frenéticamente.

Se estaba asfixiando. El holograma de Clarise se movió a su alrededor como una rémora fantasmal.

Entonces la Carabela reaccionó. Clarise activó los campos de contención locales y atrajo hacia el casco a Esdan y al pequeño delvano. Lamor estaba demasiado lejos de ellos y quedó confinado dentro del enclave cuando sus tensores de metal se cerraron como las fauces de una bestia mitológica.

Haciendo presión con sus manos sobre el casco de la Carabela para dejar de rotar, Esdan miró furibunda al pequeño alienígena. El campo de fuerza de la nave había cortado el cable que lo mantenía atado a los Terceros, y ahora flotaba mansamente mientras Clarise hacía lo imposible para tratar de presurizar la región de espacio encerrada en la burbuja de fuerza. El Delvan movía apresuradamente lo que fuese que guardaba en su bolsa marsupial, ejecutando complejos movimientos con sus cilios manipulativos. Esdan se enfureció aún más, si tal cosa era posible.

—¿Qué has hecho, maldito? —gritó. El Delvan enfocó sus espejos hacia arriba, a la nave, y la compuerta se abrió.

—Debemos huir. Es peligroso —murmuró, en idioma universal pero con un acento muy forzado.

—Has entrado en nuestras computadoras y manipulado los campos de fuerza. Eres un asqueroso hijo de...

—La barrera se acerca. Tu hombre está a salvo. Darnos prisa.

—¿Prisa? —Esdan se acercó a él, penetrando a través de la esclusa hacia el interior de la Carabela. El holograma de Clarise entró con ellos—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué has hecho esto?

—Debemos huir. Es peligroso.

Las condiciones se normalizaron y Esdan retiró el casco de su traje. Trató de lanzarse sobre el delvano para arrebatarle la pequeña terminal que seguramente guardaba en el interior de su bolsa, pero chocó contra un campo de fuerza.

Confundida, con la nariz colorada por el golpe, siguió los contornos de la campana con los dedos: estaba atrapada justo sobre la esclusa de salida.

—¡Clarise! —chilló, mirando el esquivo holograma del alevín—. ¡Clarise, escúchame! ¡Tienes que liberarme y rescatar a Lamor, ¿me entiendes?!

—Los Terceros cuidarán del varón.

—¡Cállate, maldito bicho! —estalló la joven, golpeando el campo con fuerza. —Ellos no atacarán una nave consular del Cúmulo. Aquí dentro estamos a salvo. Prioritario completar la misión.

—¿Qué misión? ¿De qué me hablas? ¡Nos estás secuestrando y poniendo en peligro!

—Ellos no atacarán una nave consular del Cúmulo. Aquí dentro a salvo. Prioridad completar la misión.

—Maldito juguete genético. Como mi marido haya sufrido algún daño... —masculló Esdan, tratando de encontrar desesperadamente una salida. El delvano, completando su lapso de pensamiento circular, musitó:

—Los Terceros cuidarán del varón.

Y rodó hasta colocarse en una esquina de la bahía de desembarco, cerca de la salida. Habló con el alevín en voz baja y, para sorpresa de Esdan, de pronto estuvieron en el puente de mando. El circuito de hologramas lo reprodujo con tanto detalle que la navegante creyó que habían sido teleportados por efecto de alguna magia alienígena.

El delvano introdujo unas coordenadas en la memoria de vuelo y Esdan sintió cómo las aspas R de la Carabela la separaban con velocidad del enclave del contacto de los Terceros, que había vuelto a abrirse en estrella.

Probablemente una configuración defensiva, imaginó. Pero... ¿hacia dónde se dirigían ahora?

—Completar la misión —aclaró el delvano cuando ella avanzó la pregunta—. Avanzar en el misterio de la evolución.

Esdan se tensó. El pequeño Delvan no había secuestrado su nave para escapar de sus amos; lo había hecho para tratar de superar la prueba por su cuenta.

—¿Quién eres tú?

—KeeK. Navegante y programador. Controlaba la rejilla informática del enclave hasta que las naves se unieron. Entonces me colocaron el collar.

La joven humana miró el extremo seccionado del cable y no pudo evitar sentir algo de lástima por el extraterreno. Pero su compasión duró poco:

—Escúchame. Entiendo vuestra situación y puedo tratar de hacer algo para arreglarlo por la vía diplomática. Pero esta nave está llena de personas, ¿sabes lo que eso significa? Hay doscientos dieciséis pasajeros durmiendo en sus nichos. No puedes poner en peligro sus vidas sin motivo.

—Completar la misión. Avanzar en el misterio de la evolución.

—¡Maldita sea, no...! —estalló Esdan, pero no pudo completar la frase. De un brusco acelerón la nave se propulsó hacia la gran barrera de energía de la nova. En el centro de la sala aparecieron unas cortinas de hologramas con todos los datos de la aproximación. Esdan no pudo evitar analizarlos mientras recobraba el equilibrio.

El enclave de los Terceros había vuelto a colocarse bajo la protección de su nave madre. No se alejaban del sistema pero tampoco trataban de detenerlos, lo cual sugería que el experimento, para ellos, aún seguía en marcha. Les dejarían tratar de sobrepasar la barrera.

Esdan pensó en su marido y apretó los dientes. KeeK hizo aparecer a su lado un indicador del sueño profundo de los tripulantes, junto a sus constantes vitales. De repente la joven temió por las vidas de todos ellos. El pequeño Delvan, bajo su aspecto de mascota esponjosa y cariñosa, podía muy bien esconder un asesino psicópata.

—Esto no es justo...

—Es lo que significa ser esclavo

Carecer de voluntad

Carecer de futuro y de esperanza

Sólo con el triste consuelo de avanzar hacia alguna parte que justifique

la tristeza

pero sin futuro

pero sin voluntad

Eso es lo que significa ser esclavo.

Esdan contuvo la réplica, mirando fijamente al Delvan. El pequeño había desenrollado el resto del cable que tenía atado a su eje, levantando unos centímetros las ruedas delanteras y haciéndolas rotar en el aire. Estaba levemente cubierto de sangre.

El holograma de Clarise, atrapado por los trucos digitales del Delvan, permanecía callado a su lado. Su genio con las computadoras es ya legendario, había dicho T.

La navegante pensó en todas las personas que dormían plácidamente confiando en que ellos resolverían cualquier emergencia y, muy a su pesar, claudicó.

—Muy bien, ya que nos has secuestrado de una forma tan eficiente, entraremos en la nova a buscar esa supuesta máquina alienígena. Pero lo haremos a mi manera.

Clarise.

—Los Delvan han fracasado porque trataron de hacer frente a la presión de energía saliente ocultándose en un hipercono Riemann de escasa velocidad —meditó Esdan, observando los indicadores digitales que flotaban en la cortina holográfica. El delvano aún no la había liberado, pero obedecía sus instrucciones al pie de la letra—. Si no podemos usar el rango declarado en barbecho por los Terceros porque peligraría la integridad de la nave, igualaremos velocidades. Necesito hablar con la mascota-inteligencia central —solicitó. El cuello del Delvan se contrajo unos centímetros, y tocó algunos mandos de su pequeña consola. Clarise volvió a recobrar su jovialidad.

—¿Sí, Esdan?

—Gracias a Dios, Clarise, estás aquí de nuevo. ¿Cómo vamos por ahora?

—Nunca me he marchado, Esdan. Por ahora la cosa va bien: nos acercamos a la esfera en expansión de la nova a un quinto de c y comenzamos a notar los choques contra las tormentas de neutrinos, pero las corazas aguantan. No puedo asegurar la integridad de la nave cuando nos

acerquemos a la barrera a menos de un cuarto de millón de kilómetros salvo que entremos en un hipercono de dos segundos completos de desfase Riemann.

—El rango en barbecho.

—Tratar de atravesarla con menos es muy peligroso. Las tormentas atravesarían el casco con el efecto de una bomba de neutrones. Ninguno de ustedes sobreviviría. Yo podría completar sola la misión, pero eso no resultaría muy apropiado.

Esdan cruzó las manos detrás del cuerpo, en apariencia para ofrecer una imagen de capitán responsable como los que había visto en sus libros, en realidad para ocultar sus temblores.

—Vamos a atacar la onda de energía desde su misma trayectoria —decidió. Clarise se limitó a preguntar:

—¿Puedes especificar un rumbo?

—Elígelo. Nos acercamos justo hasta el perímetro y rebotamos contra él —pegó su nariz al campo de fuerza, esforzándose en ver bien los números de los holos—. Montaremos la ola a una velocidad sólo un poco menor que c, para que sea ella misma quien nos alcance y rebase. Entonces giraremos para buscar el punto de inserción geométrica perpendicular.

—Esdan, no quiero que lo consideres un agravio a tu posición de mando —carraspeó Clarise, con voz relajada—, pero si giramos buscando la perpendicular de fuga mientras vayamos en la misma dirección que la onda, nos encontraremos de repente avanzando en el mismo plano que ella. Pasaremos mucho tiempo dentro del punto de máxima intensidad energética.

—Haz lo que te digo, Clarise, por favor. Usaremos los conductos en uno punto nueve segundos de Hipervínculo.

El Delvan la miró con sorpresa, pero no dijo nada.

La Carabela aceleró a velocidad próxima a la de la luz en un instante progresivo y se colocó de espaldas a la onda, para huir después casi con la misma celeridad que ella. Esdan observó la pantalla de radar (que usaba emisiones de partículas más rápidas que los fotones, ya que si no, aunque enviasen señales jamás podrían volver a recogerlas) y vio una pared infinitamente extensa de rabiosa energía en expansión que llenaba el espacio en todas direcciones,

y que se acercaba a su popa como un océano de muerte y olvido, un océano cuyas olas podían arrastrar planetas y hacer desaparecer civilizaciones enteras.

El delfín salió de la nave y, al menos su conciencia, cabalgó delante de ella convertido en un ascua de información digital que recogía datos sobre la agresiva cromosfera del fenómeno. A tan escasa distancia de la barrera, eventos relacionados con las fuerzas nucleares débiles se ponían en evidencia extendiendo su influencia a escala macroscópica, como si la Carabela fuese un minúsculo quark danzando alrededor de un gigantesco átomo de fuego. Todos los holos mostraban lecturas instantáneas y a veces contradictorias. Las aspas de impulso R vibraban tratando de atraer la química de la barrera: el impulso R dejaba un vacío en el espacio einsteiniano que éste trataba de rellenar siempre con materia o energía comunes, pero al ir avanzando a la velocidad de la luz, que era una constante, la barrera no podía acelerar ni siquiera localmente fragmentos de sí misma para rellenar ese hueco, lo que provocaba curiosas manifestaciones: el espacio perdía energía y llegaba al umbral de fluctuación estocástica, creando conos de vacío comprimido llenos de energía negativa.

Esdan se aferró a las barras laterales de la esclusa, manteniendo el equilibrio. Toda la nave vibraba con espasmos incontrolados. KeeK giró sus ruedas y se encajó en una esquina de la bodega, abriendo su bolsa marsupial. De ella extrajo sus cilios. Era la primera vez que la joven los veía, enroscados en torno a un micropad que contenía un cerebro fotónico, la herramienta con la que había "secuestrado" a Clarise. Ahora los utilizó para afianzarse a las paredes.

Para sus adentros, Esdan seguía imprecando y maldiciendo y preguntándose cómo se había metido en aquel follón. Nada de aquello debería haber sucedido: los Delvan eran un pueblo sencillo y pacífico (o eso se habían imaginado ellos), y monitorear su prueba de madurez un encargo sin complicaciones. Ahora huían de un proceloso mar de llamas cuánticas a bordo de un bajel cuya escala lo hacía parecer minúsculo e indefenso, tratando de encontrar una máquina alienígena. Era absurdo.

De reojo controló en el radar la muesca que señalaba la nave de los Terceros, inmóvil en su posición sobre el planeta. La miró como si pudiera de alguna forma hacerle llegar a Lamor un mensaje de esperanza. Tal vez él estaría ahora haciendo lo mismo.

Las paredes crujieron y algunos bártulos de la bodega fueron lanzados por el aire, pegándose a ellas en virtud de concentraciones locales de magnetismo. Sus cabellos se pusieron

de punta y, cuando uno de estos epicentros imantados pasó a través de ella, Esdan gritó; pequeños latigazos de arcos voltaicos recorrieron sus dientes y el espacio entre sus dedos, quemándola con cosquilleos galvánicos. El Delvan tampoco se libró de los fenómenos, e hizo desaparecer el periscopio ocular dentro del cuerpo para tratar de proteger los delicados espejos omatídicos.

—¡Clarise! —gritó Esdan, acercando las puntas de sus dedos al suelo, único lugar metálico a su alrededor no cubierto por el campo de fuerza, para tratar de descargarse—. ¡Infórmame de nuestra posición! ¡No veo las consolas!

—Estamos a uno punto ocho segundos de Hipervínculo y aumentando la velocidad. Nos acercamos al umbral de peligro.

—¡Acelera más! ¡Debemos ajustar todo lo posible la profundidad del hipercono! ¿Detectas ya el apelmazamiento de la barrera?

El alevín negó con su cabecilla azulada.

—Es extraño, pero no parecen desarrollarse reacciones más inusuales que las esperadas. Es como si en el exterior, hablando dentro de los parámetros de máxima inestabilidad que provoca el horizonte de sucesos de una nova... todo fuera bien.

Esdan se extrañó. Ya deberían haber empezado a detectar las anomalías que producían los hiperconos sobrecargados. Allí había algo que no cotejaba.

La nave fue alcanzada por la onda. Los campos de contención brillaron al máximo de su potencia, y apenas bastaron para deflectar la fuerza de la energía entrante. Algunos paneles volaron por los aires, y Esdan se encontró de repente rezando porque ninguno de los sistemas de supervivencia de los tanques fríos fallase. Aunque hubiera querido evitarlo, el Delvan aún mantenía bajo su control a Clarise, y la nave era suya. Podía obligarles a ir donde quisiera. Ella debía evitar que eso desembocara en un desastre.

A una señal de la capitana, giraron noventa grados perfectos para beneficiarse de un curioso efecto geométrico de expansión de ondas, la deflagración perpendicular. Durante largos segundos trazaron senderos a lo largo de la barrera cortando los sinusoides como un pez dejando estelas en el mar, avanzando en una lenta espiral que seguía el ritmo de la nube. Esdan vio que su trayectoria zigzagueaba en la pantalla, pero ella no sentía la inercia de los cambios de dirección.

—La nave está sufriendo muchos daños —notificó Clarise sosegadamente—. No vamos a resistir mucho tiempo más.

—¿Por qué nos desviamos de la ruta? Estamos zigzagueando, Clarise.

—Incorrecto. Seguimos siempre rectos, lo que ocurre es que la geometría del espacio cambia. Nuestra posición respecto a nuestro horizonte no varía, pero el horizonte en sí mismo sí lo hace.

—Está bien. Acelera a dos segundos. No nos podemos arriesgar a perder la Carabela por tan escaso margen —concluyó Esdan, uniendo las cejas en un gesto de determinación. La computadora protestó:

—Según los Terceros es muy peligroso. Hay muchas...

—Haz lo que digo y cállate —acotó la joven. Deseó que Lamor hubiese estado allí para sostenerla si caían.

La nave aceleró y penetró en un hipercono completo de dos segundos. El impacto de las partículas contra el blindaje disminuyó, pero una nube de chispas recorrió la cabina de mando, destrozando algunas consolas. Su reproducción holográfica la mostró al actualizarse.

Pero no estallaron.

Al momento de entrar, los sistemas de diagnóstico dieron luz verde en todas las lecturas; el cono se mantenía estable.

Esdan y el Delvan se miraron en silencio. Éste sacó su periscopio de entre los cuádruples hombros y lo elevó unos centímetros, arriesgándose a mirar fuera de la atalaya de su propio cuerpo.

Aún estaban allí.

—¿Clarise? —preguntó Esdan, preocupada.

—Estoy bien. Hemos alcanzado el interior del hipercono. Parece estable.

La navegante frunció el ceño. Eso no era lógico. ¿Dónde estaban los equilibrios machacados de los que había hablado T?

Entonces la vieron. Era otra nave, aún lejos pero en acercamiento. No, la nave no se movía de su punto de referencia; era la Carabela la que entraba paulatinamente en la sección del hipercono que ella definía.

Esdan no había visto nada igual en su vida. Se asemejaba lejanamente al transporte delvano construido a partir de un fósil gigantesco, sólo que éste parecía no haber salido nunca del huevo. Su perfil se curvaba sobre sí mismo de forma que permanecía encerrado en una concha, llena de marcas y relieves como huesos momificados. Medía el doble de longitud que la Carabela, y sólo una pequeña abertura octogonal hendía el casco sin puertas ni campos de fuerza que la mantuviesen a resguardo del exterior.

La Carabela se acercó lentamente, casi con reverencia. Esdan sentía la presión del sostenido silencio en que habían caído, un silencio diferente del estruendo de la catástrofe en la superficie de la nova. Buscó un muelle de anclaje y lo vio, pero no distinguió ningún puente de mando ni aberturas con forma de ventanucos en el casco. Era el navío más aberrante que había visto jamás.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó. El delvano explicó:

—Primera nave exploradora delvana. Perdida en la estrella. Los Terceros no quisieron que la viésemos...

...e interrumpió su ciclo de pensamiento. Lo que sus espejos captaban se sobreponía a cualquier cosa que pudiera pasar por su atareado cerebro en ese momento.

Esdan entendía por qué.

TlalT.

Las dos naves se unieron como animales en celo y el apéndice de contacto de la Carabela se introdujo delicadamente en el muelle de la delvana. A través de él bajaron Esdan, enfundada en su traje de presión, el pequeño Delvan, rodando calladamente a su izquierda, y el holograma saltarín de la mascota-inteligencia. El hipercono se mantendría estable al menos media hora más, tiempo que habían reservado para tratar de reconstruir su propia versión del puzzle.

Había luces brillando en casi todas las secciones. Los pasillos eran anchos, lisos y sin esquinas, preparados para tolerar el paso de varios carriles de tripulantes y el mantenimiento de sus velocidades al girar o cambiar de nivel. Las puertas, bajas como los techos, obligaron a la única humana de la expedición a andar constantemente agachada, casi gateando. De vez en cuando se abrían unos nichos cúbicos en las paredes con estrías paralelas en el suelo, lugares donde encajar las ruedas de los tripulantes en fases de aceleración o, simplemente, para dormir sin derivar, momentos en los que los músculos de sujeción de sus ejes tendían a relajarse bajo cuadros clínicos de estrés o hipertensión. Esdan recordaba los datos y se iba imaginando a los pequeños seres locomotrices a su alrededor, rellenando aquellas calles-dormitorio ahora vacías.

Llegaron a un elevador. KeeK les invitó a pasar delante y activó los controles. Notaron un suave aplastamiento y cruzaron una decena de cubiertas en pocos segundos. Cuando la máquina se detuvo, Esdan no pudo contener una exclamación de sorpresa.

Estaban en el puente de mando, un lugar que más bien parecía una enorme pista de pruebas para vehículos estrambóticos. Todos los controles y paneles estaban desactivados, pero las luces de emergencia seguían encendidas. En el centro de la sala, completamente inmóviles, les esperaba un grupo de ocho Delvan. Vestían ropajes fluorescentes (ahora que Esdan caía en ello, el pequeño KeeK estaba desnudo), y sus bolsas marsupiales se agitaban con cierto nerviosismo. Pero, pese a que no se sorprendieron de su presencia allí, ninguno hizo esfuerzos por iniciar una conversación.

La joven miró sus periscopios, los ojos lenticulares que jamás parpadeaban, y sintió que la inseguridad hacía mella en su interior. ¿Qué demonios estaba haciendo ella allí? ¿Qué se supone que debía decir en un momento como ése? Ninguno de los héroes de sus libros se quedaba pasmado ante una situación de primer contacto. Todos tenían siempre algo que decir.

Ella no.

Tras un largo minuto, KeeK por fin se adelantó. Ejecutó una extraña reverencia, sosteniéndose un segundo sobre la rueda de atrás y haciendo girar las otras en vacío, y les habló a los suyos en su idioma. Esdan parpadeó, perdida ante su jerga de sonidos armónicos, y pidió a Clarise que tradujera.

—Los datos son imprecisos —susurró el delfín en el intercomunicador—. Hablan, pero me da la impresión de que me estoy perdiendo la mitad de la conversación. No capto el reflujo de pensamientos, sólo frases sueltas... espera, ya lo tengo —corrigió.

—¿Clarise?

—Sí que hay reflujo —aclaró el delfín—, lo que ocurre es que lo están incluyendo sobre la marcha: cada frase que pronuncian tiene sentido leída en ambas direcciones. Espera que adapte el traductor —una pausa—. Ya está. KeeK está excusándose por la intrusión, e informa a los otros de lo que ocurre en el exterior de la nova. Al parecer, esta nave fue un primer intento de evolucionar que los Delvan realizaron de modo unilateral, sin informar a sus amos. Hubo un ataque. —El delfín parecía muy interesado en la veloz conversación a dos niveles que mantenían los delvanos—. Trataron de huir. Los Terceros bombardearon esta nave con panales de antipartículas. Daños estructurales y lógicos. Quedaron atrapados dentro del hipercono...

—...A dos segundos de profundidad —concluyó la joven, tensando los labios. Todo parecía muy claro de repente. ¿Cómo habían sido capaces los Terceros de hacer una cosa semejante?

—Pero no les atacaron al comienzo de su maniobra, sino al volver —precisó el alevín—. Estos delvanos entraron en contacto con la máquina alienígena, y por algún motivo los Terceros no les dejaron regresar.

—Quiero dirigirme a ellos, Clarise —pidió Esdan.

—El jefe parece que se llama TlalT. Es el que nos observa desde el puesto más alejado de la consola. Sabe que estoy traduciendo.

Como si supiera que estaban dirigiéndose a él, el aludido se separó de los suyos, rodando hasta situarse a un metro de los terráqueos. Se hizo un silencio repentino, y la navegante sintió que se le erizaba todo el vello del cuerpo. Entonces, el pequeño Delvan habló:

—La traición de los Terceros.

Nuestro destino como especie puesto en peligro por la intrusión de la máquina.

—¿A qué se refiere? —dudó ella.

—Los Terceros usaron la máquina repetidas veces sobre ellos mismos, forzando los límites. Nosotros éramos los mensajeros de la recombinación nucleótica. Su grupo mutó, alejándose del patrón de su propia raza.

La traición de los Terceros.

—Clarise...

—Estoy traduciendo del fuente en su idioma. Según parece, ellos eran simples vehículos para las mejoras genéticas. Los Terceros no querían arriesgarse a entrar en contacto con la máquina, pero se dejaban... ¿cómo se traduce esto? Ah, sí: infectar.

—¿Infectar?

El holograma danzó a su alrededor, mientras los delvanos cuchicheaban rápidamente en su idioma.

—El grupo de Terceros esclavista se ha desligado de la rama principal. Su aceleración evolutiva se ha potenciado increíblemente en los últimos años gracias a la máquina. Pero hubo un último cambio que no quisieron aceptar.

—El último viaje de los Delvan...

—Correcto. En el último contacto trajeron algo que constituía a la vez un paso evolutivo más y un peligro enorme para esa rama de Terceros.

—Pulsaron hasta el extremo —susurró TlalT;

La máquina es sabia, completó el camino y volvió atrás.

Reflujo de complejidad estructural del ADN alterado.

El genoma mutado es nocivo para las antiguas estructuras, pero ellos no supieron ver su lógica.

La máquina...

Un temblor en sus ruedas lo desequilibró tanto que tuvo que parar. Las articulaciones de metal de la nave se convulsionaron. Esdan reconoció el efecto de los armónicos; había sentido lo mismo cuando la avanzadilla de los Terceros se había abrazado por primera vez a la Carabela.

Era el enclave de contacto. Les habían seguido hasta el interior de la nova.

Una pared desapareció en medio de una explosión y la frontera luminiscente de unos campos de fuerza entró como agua derramándose en un recipiente sin aire. Las nubes rojizas del nicho ecológico portátil de los Terceros entró después, deteniéndose a escasa distancia de los asustados Delvan.

La terráquea y el alevín retrocedieron, pero los otros se mantuvieron orgullosos en sus puestos.

Por el orificio entró Lamor, aún vistiendo su traje espacial y con el casco puesto. Esdan corrió hacia él, y se aferraron el uno al otro en un largo abrazo contra un fondo de llamas y estirados seres recubiertos por campos de fuerza. En medio de un silencio sepulcral, los Terceros entraron en la nave.

—¿Estás bien? —preguntó Lamor, acariciando a su esposa en el pelo y las mejillas como si no la hubiese visto en años. Ella asintió, indicándole que podía quitarse la escafandra.

—Muy bien. La nave no ha sufrido averías.

—¿Te ha hecho daño ese...? —no completó la frase. Esdan miró a su marido / dos con cierta perplejidad, pero se dio cuenta de que para él, a todos los efectos, ella había sido secuestrada. No conocía más.

Iba a replicar cuando el embajador de los Terceros se adelantó justo hasta el extremo del campo de fuerza. A su lado, el aire y la presión cargados de energía térmica y partículas inestables rugían furibundos, contenidos sólo por la presencia allí de los dos humanos. De no estar ellos, los Delvan haría tiempo que estarían muertos.

El embajador no apartaba la vista de TlalT, el cual irguió su órgano visor, orgulloso.

—La máquina nos ha hablado —comenzó, inseguro. Los ojos del Tercero eran dos ascuas inmisericordes—. Ha cambiado el curso de la evolución progresiva.

Todo lo que avanza acaba por retroceder.

Todo lo que comienza acaba por terminar.

(Aquí hizo un esfuerzo supremo para contrapensar, volver de nuevo al comienzo de las proposiciones, rompiendo el tempo con nuevas ideas asimétricas):

Abusasteis de los ciclos evolutivos de la máquina. Ella... completó el reflujo. El siguiente... paso... en vuestro cam... cam... camino. Retornar al origen.

El sacrificio.

La máquina os ha hablado —concluyó, y el sarcasmo que acompañaba a sus pensamientos pudo oírse incluso a través de las barreras idiomáticas. Los demás Delvan, incluyendo al pequeño KeeK, rodaron hasta colocarse a su lado, terriblemente asustados.

Sabían que iban a morir.

El embajador meditó unos segundos, sin decidirse a actuar, y luego miró a los humanos. Esdan y su marido retrocedieron un paso, igual de confusos. Los Terceros no dejarían sin castigo el insulto de la joven raza no evolucionada, sus esclavos, ni siquiera en concesión a la presencia de aquellos espectadores.

T dio un paso. Los Delvan temblaron, encogiendo unos centímetros sus cuellos.

El embajador alzó la mano para matar.

Y, en cuanto rozó al jefe de los delvanos con su diestra protegida por letales campos de fuerza, incinerando parte de su piel y convirtiendo sus músculos tensores en masas negruzcas y malolientes, algo ocurrió: su brazo se retiró como si hubiese tocado algo venenoso para su química.

Y así parecía. A través del campo de fuerza, el último regalo de la máquina a los desesperados ciclos de evolución de los Terceros alcanzó su cuerpo, extendiéndose como un virus que mataba el biotopo y convertía sus miembros en cenizas.

—¡No! —Esdan, entendiendo lo que sucedía, sólo vio que un humano (aunque fuera un Tercero) estaba a punto de morir. Se lanzó hacia delante, colocándose entre T y el delvano, pero fue inútil.

El embajador gritó. El resto de sus compañeros de raza retrocedieron, viendo caer muerto al Delvan sin entender lo que pasaba. KeeK miró a la joven con odio, pero entendió su traición, su intento por proteger al esclavista torturador. Al fin y al cabo, los Terceros eran también humanos.

—Vamos...

Esdan agarró a Lamor del traje y lo arrastró rumbo a la salida, al túnel de acceso que llevaba a la Carabela.

—¿Qué ocurre? —protestó él. Su mujer le empujó hacia el elevador automático.

—No te preocupes por ellos. Ahora es un asunto entre sus dos especies; nosotros no tenemos nada que hacer aquí.

Pero un figura se les interpuso. Era KeeK.

Detrás de él los delvanos del grupo superviviente se lanzaban contra los cuerpos de los Terceros, muriendo al estrellarse contra sus potentes corazas. Pero, por algún misterioso motivo, el virus sí que las sorteaba. Y por cada delvano que caía uno de sus amos se desplomaba también, en una suerte de rueda mortal de venganzas y desquites por arcaicos ultrajes.

Esdan sorteó a su secuestrador sin hablarle, entendiendo que ya no restaba nada más que ellos pudieran hacer para arreglar el desastre, cuando éste le arañó. Fue un roce de sus cilios en la cara, y la navegante descubrió que éstos en realidad acababan en diminutos garfios prensores.

—¿Qué haces? —chilló, llevándose la mano a la herida. Un leve corte cruzaba en horizontal su mejilla.

—Es la clausura del círculo.

Al final de toda carrera espera la muerte, la disolución en la nada.

(Contrapensó)

Ahora la responsabilidad... respon... ahora...

Es... vuestra. De vuestra especie.

Y se lanzó hacia el enemigo más cercano, calcinándose contra sus protecciones energéticas.

Esdan.

Los dos humanos y el holograma del alevín alcanzaron la Carabela en un tiempo inusitadamente corto. Mientras corrían hacia el puente, Esdan le gritó a Clarise las órdenes de partida y el ordenador retiró los anclajes que los mantenían sujetos a la nave delvana.

El enclave se había cerrado sobre ellos como una enorme y vacía red de metal. La Carabela luchó por liberarse de su abrazo y, no sin cierta dificultad, lograron retroceder avanzando, esperando hasta que la geometría del espacio cambiara para que delante fuese atrás, y quedar libres de su zona de influencia.

Al llegar al puente, Esdan saltó de cabeza contra la consola.

Flotó con un impulso que la llevó a situarse frente al panel de sensores. Sin desviar la vista de los indicadores de estabilidad del hipercono, que rápidamente se desplazaban hacia las peligrosas regiones de sobretolerancia, ordenó:

—¡Clarise, sácanos de aquí! Abandonamos el conducto Riemann en t menos cuatro segundos.

—Podemos acceder al interior de la esfera en lugar de a su exterior —sugirió la mascota-inteligencia—. La mera existencia de la máquina alienígena es lo suficientemente importante como para arriesgarnos a un acercamiento.

En la pantalla de radar era reconstruida en tiempo real una imagen del espacio interior de la nova. Éste era un gigantesco hemiciclo hueco, una pared oscura (su luz había perdido demasiada energía al regresar), con los restos de la nube calcinada de la estrella en su centro, aún esculpidos por la explosión en formas espinosas.

Y en un punto de caída lenta hacia los intervalos Lagrange de las órbitas de basura del astro, había algo.

Era un objeto de casi un kilómetro de diámetro con una forma aberrante y confusa para los instrumentos, como una mancha solar desligada del astro por la fuerza de la detonación. Se movía en direcciones erráticas al son de extraños caprichos internos como si poseyera vida propia.

La máquina.

Esdan la contempló durante larguísimos instantes, mientras Clarise esperaba su respuesta. Algo en su interior le decía: estás viendo algo que no se repetirá en la historia de la humanidad. Algo insólito y poseedor de secretos capaces de cambiarlo todo para siempre, que grita por ser descubierto y aprovechado.

Pero en su nave había más personas. El resto de los miembros de su grupo de contacto diplomático, destinados a cumplir importantes misiones en mundos lejanos, a mediar en conflictos innumerables. No podía poner sus vidas en peligro por un sueño, no más de lo que las circunstancias los habían puesto ya.

Esdan sintió ganas de llorar, contemplando la lejana máquina. Aquello era lo más cerca que podría verla jamás, antes de su caída en el corazón de la estrella moribunda. Solo Dios sabía lo que ocurriría después.

Tomando aliento, la joven apartó la vista de la consola y ordenó a Clarise activar los impulsores.

La Carabela abandonó el hipercono segundos antes de que éste se colapsase, entrando en fase de saturación. Navegar a su través en las próximas dos o tres décadas sería muy peligroso para cualquier tipo de navío.

El enorme transporte anillado de los Terceros, del que había partido el enclave, les esperaba a una UA escasa de la barrera. Tenían apenas siete minutos para salir de allí antes de ser pulverizados.

—Solicitan hablar directamente con los cónsules Primeros —anunció Clarise—. Piden explicaciones sobre todo lo ocurrido y preguntan por el enclave.

Esdan consultó a su marido.

—Debemos dar nuestra versión de lo ocurrido —asintió éste, algo nervioso—. Aunque la culpa haya sido de los Delvan, en cierta medida nosotros también estamos involucrados. Como cónsules expertos, jamás debimos dejar que las cosas hubiesen acabado así.

Pero la joven dudaba de que el asunto hubiera acabado del todo. Se tocó la herida en la mejilla, y de alguna forma supo que ella también estaba infectada con el virus de la extinción, la misteriosa muerte que acabaría con aquel grupo de Terceros ultraevolucionados.

Había sido KeeK, tal vez para castigarla por haberse interpuesto tratando de salvar la vida de T; por haber concedido en aquel momento decisivo una mayor importancia a la constante biológica que distinguía a su especie por encima de los dilemas morales. Al yugo del cuarteto de elementos fundamentales, C, H, O y Nitrógeno que enlazaban las Ramas humanas por encima de los más radicales cambios evolutivos. Tal vez para castigarlos a todos. Sus manos podrían ser

ahora portadoras de la muerte para el grupo de esclavistas que torturaban a los Delvan y les ayudaban a mejorar sólo en la medida en que podían serles útiles. Podía llevar consigo el siguiente paso en el avance que la máquina había dispuesto para ellos, y que se negaron a aceptar.

Pero Esdan no era una asesina. No podía liberar una epidemia que desembocaría en genocidio, en miles o millones de individuos muertos.

Recordó a los Delvan, a sus cuerpecitos quemados por la cercanía de los campos de fuerza de sus verdugos. En la pantalla, el enorme transporte de los Terceros abrió sus fauces, dispuesto a tragárselos como una ballena de cuento de hadas.

Esdan se abalanzó sobre la consola de control de maniobra, ordenando a Clarise que indujera potencia a las aspas de impulso ante la estupefacta expresión de su marido, y evitó sus ojos. No tenía respuestas, aún no. Los Terceros se ofenderían, tratarían de perseguirles para aclarar el incidente que había acabado con una de sus naves, pero eso era el futuro inmediato, y en su abotargada mente aún no había sitio para él.

Mientras ignoraba las confundidas protestas de Lamor, Esdan creyó escuchar en su cabeza algo de lo que jamás se liberaría: El continuo ir y venir de una risa cadenciosa.

La guerra cálida

Por Sofia Rhei

Ilustrador: Lucy y el monstruo/ Chubasco –seud.- (México)

En cuanto cerró la puerta tras de sí, la presentadora de televisión se arrancó la peluca rubia, revelando un arrugado cráneo. Frotó una contra otra sus extremidades para hacer que cayeran los postizos, y cuando sus verdaderas uñas quedaron libres, con un par de zarpazos, retiró de su rostro la piel y los pómulos de látex. Las cicatrices que le dejó este gesto se curaron en pocos segundos, que fueron los que tardaron en volver a crecer sus colmillos limados.

-Bienvenida a casa, cariño –le susurró un hervidero de gusanos y pus que yacía sobre un lecho de seda-. ¿Qué tal….?

-Está a punto de empezar –le interrumpió ella, sin mirar a su marido, encendiendo la televisión.

Al poco rato, empezó el informativo. La pantalla se llenó con el aplomo y la belleza del personaje rubio que acababa de desintegrarse.

-Las autoridades recomiendan extremar las precauciones, ya que el riesgo de conflicto es inminente. Debido a los atentados contra periodistas, no existen imágenes de los graves disturbios en la frontera, y empieza a hablarse de centenares de bajas civiles. El presidente…

La vampiro fembra se escuchó hablar atentamente, formando con los labios, sílaba por sílaba, las palabras que su disfraz pronunciaba en pantalla.

-…el riesgo de revueltas hace que sea recomendable prepararse para una catástrofe. Pueden adquirir los módulos prefabricados de búnker homologados por la asociación de consumidores en los siguientes portales…

La vampiro sonrió, haciendo destellar sus perfectos colmillos.

-Esta es la gota que colma el vaso –dijo-. Tantos años colocando cuidadosamente las piezas… y por fin lo hemos logrado. ¿Quién fue el que dijo que para empezar una guerra solo hacían falta rumores de guerra?

-Niccoló, querida. Lo has dicho todo perfecto –la felicitó el amasijo-. Ni una palabra de más o de menos.

Ella sacudió la cabeza, a punto de soltarle una respuesta cortante. Su marido, el escritor, siempre quería atribuirse la importancia de todo, como si las palabras por sí mismas sirvieran de algo. Él no se daba cuenta de que lo verdaderamente significativo, lo que podía marcar una diferencia, era cómo se pronunciaban aquellas palabras, y quién lo hacía. Construir aquel personaje cargado de credibilidad había supuesto un arduo trabajo de observación.

Sacudió los pensamientos negativos acerca del amasijo, y llenó su mente con la perspectiva de tener un nuevo marido, uno completamente nuevo, recién nacido al que ella podría descubrirle el mundo, y modelarlo a su antojo. Una vez se hubiera producido el reemplazo, desterraría al amasijo a alguna clínica privada de esas en las que nadie hace preguntas.

Recompuso su sonrisa más exultante, superó la repugnancia que le producía el cuerpo deforme de su antiquísimo marido, y se acercó a la cama.

-Eres un gran creador de palabras, Nicto –dijo, besando algo que podía ser una protuberancia en la columna vertebral o una pequeña cabeza-. Has confeccionado el discurso perfecto para convencer a ambas partes de que los otros están preparando la guerra. Ahora solo tenemos que ponernos manos a la obra…

-Es demasiado pronto –dijo el vampiro zángano-. Sería arriesgado empezar hasta que la guerra esté oficialmente declarada. Y aunque él no haga falta, estrictamente hablando, hasta el sexto mes de gestación, sería mejor que Hans estuviera aquí desde el principio.

La vampiro fembra, frustrada, se limpió la boca con el brazo y se dirigió a la cámara frigorífica para descongelar un embrión. Su pacto con la clínica de abortos resultaba muy beneficioso para ambas partes: los vampiros recibían fetos frescos, y los directores de la clínica conservaban la vida.

Una vez más, maldijo su mala suerte. No soportaba pertenecer a una especie en la que hacían falta tres sexos para reproducirse. Por culpa de esa pequeña peculiaridad estaban al borde de la extinción: que ellos supieran, no había ninguno más aparte de Nicto, Hans y ella misma. Afortunadamente, seguía habiendo un vampiro de cada sexo. Y se repartieron las tres funciones tradicionales según su talante.

Revisó los portales de las agencias de prensa en busca de la declaración oficial de guerra. Nicto era insoportable pero tenía mucha experiencia, y en esto llevaba razón: hasta que no estuviera asegurado el aporte de sangre necesario, los miles de litros que necesitaba para crecer un vampiro nuevo, no tenía sentido empezar con la incubación. Ya lo había intentado antes, en Ruanda, en Beirut, en Guatemala. Todas esas veces, el bebé se perdió por no contar con alimento suficiente. Nunca superó la fase de larva. Y una parte de ellos, de los tres, también murió en cada intento.

Las nuevas tecnologías habían sido desastrosas. Las guerras entre humanos habían menguado de tal forma… en los tiempos antiguos había tantas que cada década podía nacer un vampiro nuevo. El último en nacer había sido Hans, gracias al inagotable caudal que proporcionó la segunda guerra del siglo.

Claro, que en esa misma guerra, muchos vampiros, como su querida Eva, perdieron trágicamente la vida. Eso nunca había sucedido antes. Todas las guerras anteriores se habían llevado a cabo con armas que apenas hacían mella en los cuerpos auto regenerables de los miembros de su longeva especie. Sin embargo, la radiación, los estallidos ultrasónicos…

Sintió un escalofrió. Una esfera de resina amarilla empezó a formarse en su ojo izquierdo, pero la fembra odiaba llorar, al contrario que el zángano, y concentró su mente en detener el proceso de tristeza. Tras esa guerra, que llegó a diezmarlos, los vampiros aprendieron que era necesario dejar de implicarse y que resultaba más eficiente que la guerra la hicieran otros. No

había que ser la bomba: bastaba con ser la chispa que enciende la mecha. Y esperaron. Esperaron mucho tiempo, observaron atentamente todos los indicadores. Acecharon semejantes a un animal hambriento que ronda los mismos árboles día tras día, esperando a que maduren los frutos. Aprendieron, obligados por la angustiosa sensación de ser los últimos. Nunca hubo, en la historia el mundo, vampiros más cercanos a la extinción de su especie. Resultaba irónico que las criaturas menos propensas a la muerte individual estuvieran rozando el verdadero final, el único definitivo: la extinción como especie.

En ese momento, la fembra vampiro recibió un mensaje de Hans:

"Ofensiva de la Unión con misiles de corto alcance. Conflicto imparable. Salgo para allá."

La vampiro fembra se estremeció de placer ante el mensaje del alto, rubio, atractivo vampiro odre, con su cuerpo neutro y elástico creado especialmente para llevar al bebé en los últimos siete meses de embarazo. Ahora que lo pensaba mejor, era maravilloso y fascinante pertenecer a una especie en la que hacían falta tres sexos para reproducirse. Por separado, como los ingredientes de la pólvora, no servían de nada, pero juntos… juntos podrían alimentar a su pequeño. La fembra, el zángano, el odre: el comunicador, el escritor, el negociante. Los tres elementos necesarios para la guerra cálida y envolvente en que se fraguan los vampiros.

Lovot[15]

Por Santiago Eximeno

Ilustrador: Steampunk Coppelia/ Tomasz Chistowski (Polonia)

é que sabrá apreciar su boca succionadora. Esa es la frase que Antonio no logra apartar de su cabeza. El encargado habla y habla sin parar, pero esa frase se le ha quedado grabada en la mente. Dentro de la tienda hace calor, demasiado calor. Los ventiladores del techo no logran paliarlo. Además el local es un semisótano y la humedad que se filtra desde el suelo y se dibuja en las paredes con ánimos ocultistas le provoca malestar. Le resbalan gotas de sudor por la parte de atrás de las orejas, por la nuca. Tiene el cuello de la camisa empapado. No quiere desabrochársela y quitarse la corbata, pero está tentado de hacerlo. El encargado lleva su camisa –colorida, repleta de símbolos fálicos– abierta de arriba a abajo, exhibiendo su torso depilado, de músculos marcados. Y un sombrero de copa exageradamente grande. Y no deja de sonreír en ningún momento.

—De todo, amigo, de todo. Pero lo importante es saber qué es exactamente lo que está usted buscando —dice el encargado.

Tiene un acento raro, inusual para un hombre rubio y pálido. Un acento caribeño que lo localizaría más como una tercera generación de suecos residentes en cuba que como un madrileño regentando una tienda erótica (pornográfica no, caballero, erótica; ya le ha corregido dos veces) en pleno centro de la capital.

[15] Publicado en Blog Umbría, 2013

—No lo sé —dice Antonio, y en el fondo no miente—. No estoy seguro. Estoy buscando algo que pueda pagar y que sea... creíble.

El encargado se ríe.

—¡Creíble! Claro, amigo —le pasa el brazo por encima del hombro y el sudor de su espalda empapa su camisa—, claro. Por eso ha venido a ver la línea lovot.

—La del escaparate —dice Antonio, y el encargado asiente y le guía hacia una de las paredes del local.

Es una tienda pequeña, pero está repleta de cosas. Por todas partes aparecen dildos de diferentes tamaños y formas; para algunos de ellos Antonio, aunque se esfuerza, no logra encontrarles un sentido. Imagina que es esa una de las razones que argumenta su mujer con sus amigos para hacer lo que ha hecho. Dildos, por favor. Ella los llamaría pollas. Y las hay por todas partes. Y disfraces de todo tipo. Y máscaras de cuero, cuerdas y cadenas. Y algo tan absurdo como una vagina en lata, con instrucciones sobre su mantenimiento y su limpieza en un folleto. Y una estantería llena de revistas y pantallas de televisión emitiendo viejas películas en blanco y negro. Y corsés, hermosos corsés. Y un dispensador de aplicaciones. Y una sala de chat. Y una sección llena de libros de papel y otros objetos barrocos sólo para mujeres.

Y, claro está, una sección entera dedicada a la línea lovot.

Son, en esencia, autómatas fabricados para mantener relaciones sexuales. El encargado no se anda con demasiadas sutilezas al describirlos. Llevan una programación básica instalada en un firmware que puede ser configurada de forma remota por el usuario en su misma casa. Tienen conexión wi-fi y bluetooth, para que puedas controlarlas desde tu smartphone, con la voz o con el mando remoto que incluye. Pueden realizar acciones limitadas –incluso pueden llegar a dar algunos pasos–, la mayor parte de ellas relacionadas con el sexo en todos sus aspectos, y la duración de su batería autónoma varía en función del uso que se le dé.

—Los jodidos practicantes del sexo tántrico me dicen que se les quedan cortas -dice el encargado y ríe su propio chiste-, pero vamos, seis horas de autonomía no se las quita nadie, amigo. Y eso, que quede entre nosotros, yo creo que es más que suficiente, ¿no?

Antonio no puede reprimir la necesidad de realizar un rápido cálculo mental antes de asentir. Sí, será suficiente.

Acompaña al encargado al inicio de la fila, donde descansa una lovot básica. Los engranajes que forman sus brazos y sus piernas son visibles y en el lugar en el que debería estar su cabeza sólo se percibe un espacio vacío. Del cuello cercenado surgen algunos cables de colores, filamentos de cobre y los dientes dorados de la base de la columna.

Está sentada en una silla de mimbre y tiene las piernas muy abiertas, mostrando su sexo.

—Modelo totalmente configurable —dice el encargado—. Nos preocupamos incluso de la profundidad y el ancho de la vagina, para que se sienta completamente satisfecho. Como verá no incluye la cabeza, ya que ese accesorio concreto es altamente configurable. Podemos modelar un rostro tridimensional en plástico basado en una imagen que usted nos proporcione y después ajustarle los accesorios que precise: ojos del color deseado, pendientes, boca succionadora...

Y ahí está de nuevo la boca. Antonio quiere interrumpirle, comprar lo que sea y salir de allí cuanto antes. Ha venido directamente del trabajo –de hecho se ha escapado antes de tiempo, pero esa es otra historia– y tiene que estar en casa antes de que vuelva Julio; apenas dispondrá de unas horas en casa para prepararla y configurarla. Y no quiere fallarle a Julio, no quiere fallarle otra vez. Pero también necesita información básica antes de decidirse. Sabe lo que quiere, pero necesita confirmar algunos detalles antes de cerrar la compra. El precio es lo suficientemente prohibitivo como para no dejar nada al azar.

—¿Cómo es el tacto? —pregunta, y al instante sabe que ha equivocado las palabras.

El encargado ríe a carcajadas.

—¡El tacto! Sígame. ¿Ve este modelo? Tiene recubierto el cuerpo de piel sintética. Desde luego ya le adelanto que no es lo mismo, que no tiene nada que ver con un ser humano real, que piense más bien en... no sé, en un peluche de esos rellenos de bolitas de cuando éramos pequeños, pero la sensación de esas manos haciéndote una paja... Inolvidable, se lo digo yo. Toque, toque, no se reprima, hombre.

El encargado le anima a continuar hasta que llegan a otra lovot, de piel negra y brillantes ojos verdes. En la frente tiene una pequeña pantalla de vídeo que proyecta una película pornográfica. Con animales.

—Y si me pregunta por el coño —dice el encargado, y le da un codazo— las negras son las mejores. No me pregunte por qué, pero las fabrican con más cariño. De verdad.

—Yo la quiero blanca —dice Antonio.

El encargado asiente.

—Claro, no se preocupe por esos detalles, ahora mismo lo concretamos. ¿Para cuándo la necesitaría? En los modelos más configurables, los que incluyen un rostro a medida, podríamos tardar unas dos o tres semanas.

—Querría llevarme una hoy mismo —dice Antonio.

El encargado abre la boca, la cierra.

—Jesús, sí que estamos calientes. En fin, no sé, tendríamos que tirar entonces del material que tenemos en la tienda. Tenemos varios modelos que podemos preparar ahora mismo, pero la oferta en accesorios y personalizaciones es necesariamente menor, claro. Tendrá que prescindir de algunas cosas. Si eso no le supone un problema...

—¿Puedo proyectar yo los contenidos que desee en el rostro? Vídeo o imagen estática.

El encargado asiente.

—Si se refiere al modelo del escaparate...

—Sí.

—...por supuesto, claro que puede hacerlo. Tiene que adaptar sus vídeos o imágenes al formato y a la resolución que exige, pero eso puede hacerlo usted mismo con un programa de edición de vídeo en casa. E incluso el software interno de la lovot se puede hacer cargo, aunque los resultados no son tan satisfactorios.

—¿Y el audio?

—Claro —dice el encargado, y pulsando en la nuca de una lovot una suave música brota de su cabeza—. Todas incluyen sonido, lo tengo desactivado para no saturar el ambiente de la tienda.

Antonio hace algunas preguntas más, pero ya lo tiene claro. Se llevará el autómata del escaparate. Es una mujer blanca, de aproximadamente un metro setenta, con todo el cuerpo recubierto de piel sintética excepto las costillas y la espalda, que albergan la batería y que no se cubren hasta que se lo lleva el cliente; previamente tienen que explicarle cómo recargarla y cómo

limpiarla. Mantenimiento básico. Su rostro es una pantalla de vídeo de siete pulgadas sobre una –recurrente, difícilmente olvidable– boca succionadora. Tiene las uñas pintadas de un rojo brillante, pero el encargado le dice que es fácil de eliminar ese tinte si lo desea.

Mientras arreglan los papeles del contrato y Antonio procede con el pago un hombre desmonta la lovot y la empaqueta en una caja.

—No pesa más de veinte kilos —dice el encargado—, otro valor añadido. ¿Ha traído coche?

—Sí —responde Antonio mientras habilita con su chip personal el pago.

—Vale. Mario le ayudará a llevarla.

—¿No hay lovot masculinos? —pregunta Antonio.

El encargado sonríe. Se quita el sombrero de copa y lo deja sobre la mesa. No sabe qué pensar exactamente de este cliente, no responde a los distintos patrones que tiene categorizados y le pone nervioso. Por no preguntar no le ha preguntado si alguien ha usado la lovot del escaparate. Y coño, hasta él se la ha tirado. Luego la ha dejado como los chorros del oro, pero le asombra que algo tan evidente, que salta a la vista, no le preocupe a este tipo. Es, definitivamente, un raro.

Mario está ya ahí, al lado, con la caja en la carretilla. En silencio, como siempre. Y no sonríe.

—No —dice el encargado—. No hay lovot masculinos. Pero imagino que, como todo, sólo es cuestión de tiempo.

En la calle hace calor, pero es soportable. Es la humedad lo que tortura a Antonio. Una vez en el exterior recupera la tranquilidad. Guía a Mario hasta su coche –un coche familiar no automático de cinco plazas, con un gran maletero– y entre los dos suben con cuidado a la lovot.

—Nosotros la llamábamos O —dice Mario.

Antonio no reprime esta vez su sonrisa.

—Por la boca, imagino.

—No, por la película. Historia de O. Solíamos proyectarla en su cara cuando estaba en el escaparate. Que la disfrute.

Mientras Mario vuelve a la tienda arrastrando su carretilla Antonio medita sobre todo lo que ignora. Son demasiadas cosas. Quizá sea información sin valor; anécdotas, chascarrillos para compartir un café sin más valor que el tiempo que va a hacer o el resultado del último partido de liga; pero es evidente que él esta desconectado del mundo. Que sólo sabe de su trabajo. Nada más. Y a nadie excepto a él mismo le interesa su trabajo. De alguna forma toda esa ignorancia acumulada año tras año tenía que pasarle factura.

Conduce hasta casa de mal humor. Lo hace en modo manual, atento a la evolución del resto de conductores, que prefieren que sea su vehículo automático el que les lleve a casa. Con el nuevo límite de velocidad de treinta kilómetros por hora en la ciudad apenas hay accidentes; los pocos que hay los provocan conductores tercos como él, que prefieren sentarse al volante y no aceptar la evolución. O no comprar un coche automático adaptado. El Gobierno da ayudas para renovar el coche, pero si las aceptas deja de ser tu vehículo. Cosas de la gran crisis, ahora prácticamente todo es del estado y te lo alquila por un precio adecuado. Adecuado si puedes pagarlo. Antonio imagina cómo sería alquilar una lovot. Seguro que, a pesar de lo desagradable que resulta la idea, es posible. Seguro que ya hay prostíbulos exclusivos en la ciudad que disponen de esos cacharros.

Llega a su casa, un pequeño chalet adosado en una pequeña urbanización en las afueras de Madrid que se quedó a medio construir. Nunca terminaron el supermercado y apenas tienen un par de restaurantes cerca, pero las pistas de pádel, como siempre, están ocupadas. Deja el coche fuera, junto a la puerta. Hace unos años cerró el garaje y lo convirtió en un pequeño taller de pintura. Allí pasa las horas muertas, pintando cuadros horribles con una técnica pobre. Se dice cada vez que baja que está mejorando, que es cuestión de práctica. No le apetece tirarlo todo a la basura, de alguna forma es una muestra de rebeldía contra su mujer. Una forma de decirle que también es un artista. Fracasado, como todos.

En casa le recibe el silencio. La luz que entra por las ventanas del salón no es suficiente, así que enciende la lámpara del techo. Y el ventilador. No podría pagar el aire acondicionado, no ahora. Coge del trastero su propia carretilla y vuelve a por la compra. Se dedica las siguientes dos horas a prepararlo todo. Desembala la lovot y, con mucho cuidado, como si se tratara de una

obra de arte, la monta. Aquí un brazo, aquí otro. Aquí las baterías. Ensambla su cabeza pero cubre la boca con un pañuelo blanco de su mujer. La sienta en el sofá del salón, pasa la mano por la piel de los brazos. Sí, es distinto, pero es agradable. Muy suave.

Enciende el ordenador e introduce la tarjeta con el software de configuración de la lovot. Accede a su sistema por wi-fi y trabaja durante media hora en su configuración básica. Carga varios vídeos y varias imágenes y los proyecta en el rostro. No queda satisfecho con la conversión automática, así que decide utilizar un programa de edición de vídeo y prepararlos él mismo antes de pasarlos al almacenamiento interno de la lovot. Se pregunta, mirándola, dónde estará su unidad central de proceso. Ya sabe que no es en la cabeza, que es un accesorio más. ¿Quizá junto a las baterías? No parece lógico, se calentaría demasiado y obligaría a un sistema de ventilación más caro. Sospecha que descubrirlo le desagradaría, y además le queda poco tiempo, así que se dedica a lo importante. Configuración. Unas cuantas pruebas. Una sonrisa.

Está terminando de vestirla cuando vibra su teléfono móvil, que había dejado sobre la mesa del salón. Se sobresalta, pero responde.

—¿Sí? —dice.

—¿Cómo va eso? —es su padre, directo como siempre.

—Bien.

—¿Está Julio contigo?

—No, todavía no ha llegado del campamento. Me lo traerán en —Antonio mira el reloj digital proyectado ahora mismo en el rostro de la lovot— cuarenta minutos, más o menos.

—Cuando llegue llámame. Me gustaría hablar un rato con mi nieto. ¿Cómo está llevando lo de esa zorra?

Antonio cierra los ojos, inspira.

—Papá, no es una zorra. Es su madre.

—Es una tipa que se ha largado de vuestra casa con un tipo por su dinero. Una zorra.

—Papá, no quiero discutir otra vez.

—Quizá eso es lo que ha faltado en vuestra casa, hijo. Alguna discusión que otra. Y un buen guantazo.

Ambos, padre e hijo, se quedan en silencio unos segundos. No hay mucho más que decir, pero a ninguno le gustaría terminar así la conversación.

—¿Y tú, hijo? ¿Tú como lo llevas?

Antonio mira a la lovot sentada en el sofá, frente al televisor, medio vestida.

—Bien. Creo que bien.

Cuelga. Le queda poco antes de que llegue Julio, así que se aplica en su trabajo. Lo último que hace es subir al piso de arriba y buscar en el cuarto de baño del dormitorio el quitaesmalte de su mujer. Llaman a la puerta pocos minutos después de que considere que todo está terminado. Perfecto. Todo lo perfecto que puede estar.

Abre la puerta. Es Sandra, su vecina, la madre de una de las compañeras de Julio en el campamento de verano. Como siempre le recuerda, sólo la lleva allí porque su marido y ella trabajan y no tienen con quién dejarla. Excusándose. Como si el caso de Antonio fuese distinto por estar solo.

—Ya estamos aquí —dice Sandra, y le pasa la mano por el pelo a Julio.

El niño sonríe. No es la misma sonrisa de antes; Antonio sabe que al menos lo intenta. Intenta superar la marcha de su madre, el abandono. Intenta parecer responsable y adulto frente a su padre. Ojalá también estuviera intentando ser feliz.

—Gracias, Sandra —dice Antonio, y Julio entra en casa y camina hacia el salón.

—Ánimo —responde ella.

Antonio cierra la puerta, sigue a su hijo. Julio se ha quedado de pie en la entrada del salón. Contempla a la lovot con una mezcla de pánico y curiosidad.

—¿Qué es? —le pregunta a su padre sin apartar la mirada.

Antonio sostiene el mando remoto en la mano. También responde a órdenes verbales, pero no ha tenido tiempo de configurarlo correctamente. Por ahora bastará. Pulsa un botón. La lovot enciende su rostro y en él se proyecta la cara sonriente de su mujer. De la madre de Julio.

—¿Un abrazo? —dice el autómata fabricado para mantener relaciones sexuales, y extiende sus brazos sintéticos.

Julio corre hacia ella, se deja caer de rodillas y apoya la cabeza en su regazo. La lovot acaricia el pelo del niño con sus dedos.

Sintéticos.

Distintos.

Agradables.

El viejo que cada día veía morir al sol desde su azotea[16]

Por Juan de Dios Garduño

Ilustrador: S.t./ M. C. Carper (Argentina)

la vida es una puta muy embustera, o nosotros somos unos optimistas natos y con pocas luces. Pensó.

El viejo Martin Fish agarró su también vieja silla de pescador y se sentó a observar el horizonte desde su azotea. El sol, herido de muerte, lanzaba cual gemidos lastimeros sus rayos, otorgando a la ciudad el macilento color anaranjado de su agonía.

Cerró los ojos unos segundos y dejó que la tibieza del ambiente acariciara su rostro surcado por el tiempo. Una agria sonrisa se dibujó en la comisura de sus finos y resecos labios. ¡Qué calma!; el ánimo se le encogía ante lo que sus ojos podían abarcar. La ciudad, el cadáver de ella, le devolvía la mirada a través de sus calles sucias, de sus ventanas oscuras como ojos de araña; pero ella lo hacía con pena, con nostalgia de lo que fue y nunca volvería a ser.

[16] Apuntes Macabros (23 Escalones, 2011)

Vio, abajo, uno de esos seres maltrechos y contrahechos que caminaban desorientados, buscando una comida que ya no necesitaban, gobernados por una gula sin sentido. Algunos, antes del apocalipsis, les llamaban no-muertos. Él los denominaba "no-vivos", era más realista.

Agarró su Winchester con mira telescópica. Pensó que la delicadeza de su culata de madera de roble era ya algo anacrónico, perdido. La acarició suavemente, mirándola, frotándola contra la mejilla como si se tratase de la mano ávida de una amante; después, encañonó el arma y observó la calle de enfrente, la que daba acceso al callejón sin salida donde estaba su edificio.

Aquí y allá los observó, parados; no-vivos plantados en mitad de la vía, como si de sus deformes dedos hubiesen nacido raíces que destrozaran el suelo hasta llegar a las entrañas de la madre tierra. Se balanceaban, se mecían como si sus brazos fuesen delgadas ramas a punto de quebrarse, como si sus dedos fuesen caducas hojas que no quieren echar a volar a merced de la sinfonía del viento y perderse en caprichosos remolinos.

Dejó la escopeta a un lado y se recostó un poco en su incómoda silla de pescador. Tapó sus ojos con la gorra y escuchó a la ciudad. La ciudad le decía cosas a sus viejas orejas, en realidad era, casi como una persona, a veces le hablaba, a veces le gritaba y, la mayoría de las veces, callaba.

Le gustaba ver morir al día allí, por eso asistía cada puesta de sol a la azotea. Porque Martin Fish creía que también podía morir abrazado por el ocaso. Que debía yacer junto a él.

Apoyó el cañón del arma en su quijada. Estaba relajado. Respiró hondo.

Muy bien, muchacho; hoy podrás hacerlo, estoy seguro. Ya nada te queda aquí, ni a ti ni a nadie. Pon fin a esto, antes de que te estés sin comida, o antes de que mueras de otra manera menos digna. Todos los que te importaban han muerto ya, hace semanas que no ves a un vivo y la vida tampoco te sonrió tanto como para que le tengas este aprecio. No postergues lo inevitable.

Sí, ya casi estaba convencido. Presionó débil, casi imperceptiblemente el gatillo. Un poquito más y sus sesos se esparcirían por la azotea como el confeti en una fiesta de cumpleaños. Un poquito más y diría adiós a tan patética existencia. Un poquito más y…

No puedo; soy un cobarde, tengo miedo.

Apoyó de nuevo el arma en el suelo y la miró mientras una traicionera lágrima delataba su impotencia. Se odiaba a sí mismo, se daba pena a sí mismo, pero era incapaz de darse muerte.

Un ruido en el callejón llamó su atención. Dio un brinco de la silla, que cayó hacia atrás casi sin quejarse, por lo menos no tanto como sus articulaciones. Martin Fish vio un pequeño bulto con el pelo rubio que corría y se adentraba en el callejón, en la tela de la araña. Los no-vivos habían arrancado de las entrañas de la yerma tierra sus raíces y caminaban lentos tras la niña, como si con cada paso tuvieran que levantar kilos de tierra adheridos a sus pies. Estirazaban sus ramas hacia ella, anhelaban que el bosque la devorara y que su sangre regara el infértil suelo de asfalto para poder alargar así su no-existencia, un poco más.

Sólo un poco más.

Martin Fish la vio acorralada, no tendría más de cinco años. Se preguntó cómo había sobrevivido sola y cómo moriría ahora.

—¡En el contenedor de basuras, escóndete ahí, niña! —le gritó con todas sus fuerzas, haciendo bocina con las manos y sin saber exactamente por qué la ayudaba.

La pequeña levantó la vista. Apenas discernió la enclenque silueta del viejo Martin Fish encima del edificio. Después, echó a correr hacia el contenedor metálico de basura que quedaba a su derecha y que estaba cuajado de moscas, botellas y bolsas rotas. Ayudándose con varias cajas de plástico consiguió introducirse en él y cerrar la tapa justo en el momento en que un no-vivo acariciaba la tela de su vestido sucio y se llevaba la mano vacía hasta su casi desdentada boca.

Martin Fish pasó toda la noche en la azotea y, la niña, dentro del contenedor. A veces, él intentaba averiguar algo sobre la pequeña utilizando su mira telescópica. Pero la noche era cerrada, fría, y no lograba discernir nada que no fuesen formas vagas. Aunque algo sí tenía claro: el callejón estaba infectado de aquellos seres putrefactos, que con sus gemidos, le hacían temblar de pánico.

Muy bien, héroe, ¿ahora qué harás?

No tengo que hacer nada más, he hecho lo que he podido.

¿No vas a ayudar a la niña?

Yo no la he metido en esto, no estoy obligado a hacerlo.

Creo que eres más cobarde de lo que pensaba.

No tengo apenas munición, ni más armas. No arriesgaré la vida para salvar la de nadie. Bastante me costó conservar la mía.

Pero es una niña…y tú quieres suicidarte…

La muerte no distingue de edades… ir sería un suicidio "demasiado doloroso".

Cuando el sol renació, Martin Fish estaba de pie, al borde de la azotea y con una manta roída y maloliente por encima de sus estrechos hombros. Le dolían los huesos por haber pasado la noche a la intemperie, la edad no perdonaba.

Aquello tenía peor pinta de lo que creía.

La niña, fustigada por los gemidos de los no-vivos, se había pasado casi toda la noche gritando y llorando, esto había llamado más la atención de sus atacantes. Ahora el callejón era un bosque tupido de manos, piernas y cabezas. Una vorágine de hambre insaciada, una orgía de tripas, sangre y putrefacción. Si la niña aún vivía, era simplemente porque los no-vivos habían olvidado cómo se abre la tapa de un contenedor. En el momento que el hambre hiciera presa de la pequeña ésta intentaría huir, entonces, moriría…

Y bien, ¿qué piensas hacer, héroe?

¿Otra vez me lo preguntas?

Algo tendrás que hacer, ¿no?

Ya no hay salvación. Ni aunque quisiera podría ayudarla.

Creo que ahora, en eso, estamos de acuerdo. Pero, quizás puedas… aliviar su muerte, ¿qué opinas?

¿Matarla?, estás loco…

Dirás: estamos. Recuerda que estás hablando contigo mismo. Pero, piénsalo: ¿cómo preferirías morir tú, comido vivo o de un disparo rápido e indoloro en la cabeza?

No pienso matar a nadie, olvídalo. Aunque esto parezca una especie de eutanasia, no lo haré.

Un par de horas después observó, con la mira telescópica, cómo la tapa se abría levemente. Apenas una rendija que hacía penetrar un fino cuchillo de luz.

—¡Socorro! —gritó la niña— ¡Ayúdeme!

Mientras que a Martin Fish se le congelaba la sangre, a los no-vivos se les calentaba. Enloquecieron, se empujaron unos a otros, agolpándose hasta formar una masa compacta. Una marea grotesca donde los gritos y gemidos semejaban a una tormenta en ciernes. Algunos incluso, ante los empujones, consiguieron subir encima de la tapa metálica del contenedor y cerrarla de nuevo. A Martin le recordaron en cierta manera a las fieles hordas de musulmanes que giraban en torno a la Meca.

Ve rezando por ella.

Jamás he rezado, no pienso hacerlo ahora.

Acaba con su sufrimiento, al menos.

No soy un Dios, no tengo derecho a quitar una vida.

La van a descuartizar, puedes evitar su dolor. Una bala, sólo una bala.

Vamos, sé humano.

Hazlo

No es fácil, aunque se ha perdido lo mejor de la vida: No tendrá que soportar cómo los amigos, uno a uno, la van traicionando. Ni tampoco tendrá que aguantar a un marido borracho, que le pegue y crea que tiene derecho a violarla por ser su esposa. Ni tendrá que llorar por unos hijos desagradecidos que se irán de casa, harán sus vidas, y se olvidarán prácticamente de ella hasta el día que tengan que firmar para enterrarla en un bonito cementerio a las afueras de la ciudad…

Conoces bien la esencia de la vida, viejo zorro…

Aún así, Martin Fish no estaba para nada convencido. Le tembló el pulso cuando volvió a fijar la mira en el contenedor metálico. Podía ver una pequeña rendija, ahora que no había no-vivos encima de la tapa.

—Se debe estar asfixiando del olor de ahí dentro, joder —dijo en alto.

Tenía que hacerlo. Debía matar a aquella niña, por su bien. Jamás creyó, el viejo Martin Fish, encontrarse ante tamaño dilema moral. ¿De qué manera, de las dos que había, debía convertirse en un asesino? La opción A era dejarla morir cruelmente a manos de los no-vivos. La opción B era "sacrificarla" para evitarle un dolor físico inimaginable.

La tapadera del contenedor se abrió un poco más. La niña observaba aterrorizada a su alrededor, las caras deformes, los cuerpos desmembrados, la muerte rondándola, ajena a las tribulaciones de aquel viejo que cada tarde observaba la muerte del día desde su azotea. La tapadera se abrió un poquito más, podían vérsele sus manitas haciendo fuerzas, la parte baja de su mentón, su cuello.

Iba a salir, a entregarse a la jauría. Su cabeza ya estaba al descubierto. Esto aceleró el proceso mental del viejo.

—Opción B —dijo Martin Fish.

Y apretó el gatillo, sintiendo el temblor del arma en sus manos y en su mejilla.

A través de la mira pudo ver cómo le volaba una mano a la niña y la tapa caía atrapándola en el interior del contenedor. Había fallado, y los gritos de la pequeña, arrastrados por el viento que se había levantado, le recriminaban tan grave error. Martin Fish se quedó helado, con los ojos como platos y la mira aún puesta en el contenedor metálico. Sorprendido, a la par que horrorizado, de haber errado el disparo.

Los no-vivos habían enloquecido. Lamían las manchas de sangre que habían salpicado los rebordes de la tapadera del contenedor de basura. Se empujaban unos a otros, se peleaban por un trozo del minúsculo dedo de la pequeña que había caído fuera.

La escena, unida a los gritos de dolor de la niña que se desangraba en su féretro de metal, provocaron en Martin Fish tal sensación de vértigo que a punto estuvo de caer de la azotea. Dio dos pasos hacia atrás, se retiró del borde y se agarró el pecho. Trastabilló y cayó al suelo de culo. Su espalda crujió y él emitió un grito.

El arma había caído a su lado.

La agarró; lloraba.

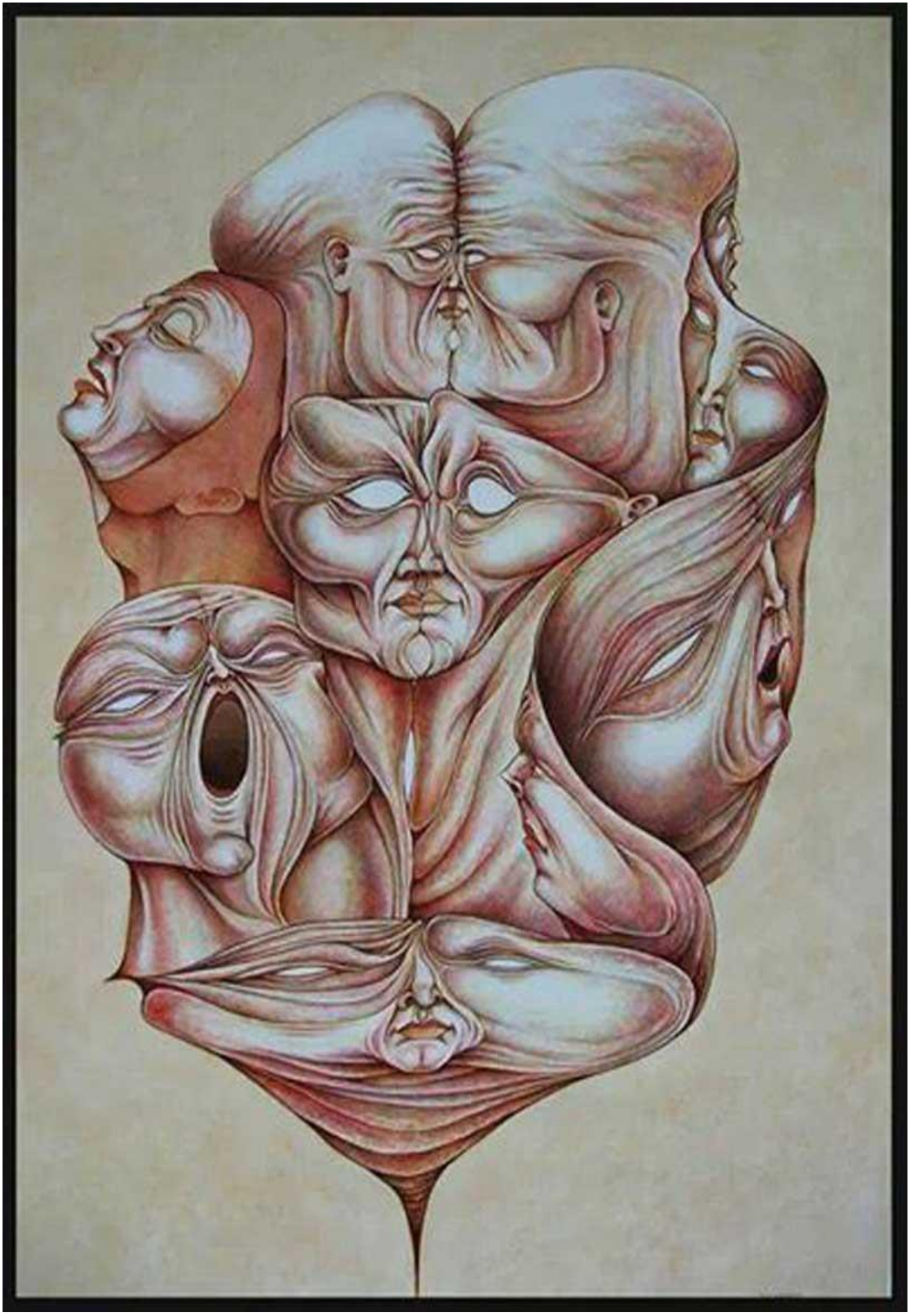
¿Qué he hecho, joder, qué he hecho?

Metió en su boca el cañón del Winchester. Lo hizo con tantas ganas que le dieron arcadas y a punto estuvo de vomitar; el sabor metálico le dio grima. Cerró los ojos mientras sentía sus fláccidas mejillas empapadas por las lágrimas. Apretó el gatillo un poco y…

No puedo hacerlo, soy un cobarde…

Martin Fish se arañó con la gravilla la palma de las manos al levantarse. Se enjugó las lágrimas y se sacudió de polvo el pantalón. Era hora de bajar a su piso. Al cerrar la puerta de la azotea aún podía oír los gritos de la pequeña y la voz de la locura, haciéndose más fuerte en su cabeza.

Ya subiría de nuevo a la tarde, cuando el sol cayese en el horizonte y las luces dieran paso a la oscuridad. Quizá entonces podría yacer junto al crepúsculo.



Cerebro Mentor[17]

Por David Mateo Escudero

Ilustrador: Agartha #2/ Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba)

Señor, el Cerebro Mentor 11/02 está posicionado en el APC.

El doctor Edwin afirmó con un cabeceo y contempló en el monitor el mapa urbano de Washington, D.C. Señaló un lugar determinado y el plano se hizo un poco más amplio. Una nueva pulsación y en las pantallas que llenaban la Sala de Control apareció el apartamento de Ralph Halmann, Senador de los Estados Unidos y candidato por el Partido Demócrata a la Casa Blanca. Acababa de darse una ducha y contemplaba la tele desde el sofá. El tipo estaba en pelotas. Edwin echó un vistazo a su alrededor y observó satisfecho que todos los operadores seguían pendientes de su trabajo. La eficiencia era fundamental en aquel tipo de operaciones.

—Fijen Campo Inductivo con Perceptor Selectivo —ordenó con voz átona.

La consola del APC se puso en funcionamiento. Mientras el superordenador que controlaba los canales de imágenes, los potenciómetros, las placas neuronales, el escáner cerebral y demás pautas vitales del sujeto comenzaba a procesar todos los datos, una segunda consola creó un radio de acción sobre la zona de incidencia telequinética de Cerebro Mentor.

11/02 había conectado con el Senador Halmann.

—En línea —anunció el controlador principal.

[17] Perversa (ediciones Inquedanzas, 2008)

—¿Índice del Campo Inductivo?

—En punto cero, cero, cero y subiendo.

El Cerebro Mentor sufrió una sacudida, provocando que los sensores adheridos a su cuerpo oscilaran en la espesa solución líquida.

—Despacio… despacio. Cuidado al ejecutar los Protocolos de Inicio. Es la primera vez para este sujeto.

Edwin se aproximó al tanque de contención y contempló al Cerebro Mentor. Estaba completamente desnudo, las agujas se clavaban por todo su cuerpo, suministrando el continuo flujo anestésico que lo mantenía sedado. Sus ojos se cerraban en un sueño remoto y controlado. Edwin se ajustó la montura de las gafas, acarició el cristal que sellaba el tanque aislante y se preguntó si aquella sensación eufórica que ahora le dominaba sería parecida a la que experimentó Dios el día del Génesis.

Psicofon S.S.G. les había prometido una vida mejor. Darla Higgins apareció en las instalaciones de la compañía con los dos niños de la mano. Edward, pequeño y de facciones finas, tal como había sido su padre, y Nerea, decidida, alta, desgarbada, y con una larga cabellera negra que brillaba llena de vida bajo el Sol de mediodía. Hacía poco más de un mes que les había llegado el ofrecimiento de la compañía en forma de misiva:

«Enhorabuena, después de revisar sus análisis cerebrales, hemos determinado que su cauce de energía biótica y de telergia atienden a las demandas solicitadas por nuestros especialistas. En Psicofon S.S.G. les aseguramos un cambio en su nivel de vida, a usted y a toda su familia, si deciden incorporarse a nuestro programa de mejora psinéptica. Si tal es el caso póngase en contacto con nuestras oficinas, y el mejor equipo de especialistas trabajarán las veinticuatro horas para asegurarles las mayores comodidades en su nuevo hogar.»

Darla, que en sus veinticinco años de vida jamás había imaginado siquiera una existencia con «las mayores comodidades», no dudó un instante. Descolgó el teléfono y se puso en contacto con el enlace de Psicofon SSG. En menos de un mes abandonaron los suburbios de Delaware y comparecieron ante los dirigentes de la compañía.

Mientras se desnudaba ante la atenta mirada de un grupo de especialistas y se aproximaba al escáner de hondas neuronales, se decía a sí misma que aquello no lo estaba haciendo por ella, sino por Nerea y Edward, sólo por ellos; para ofrecerles una vida que ni tan siquiera hubieran podido soñar.

En las pantallas de control, Ralph Halmann se rascaba los huevos mientras cambiaba con aire distraído los canales de la televisión. Justo en ese instante llamaron a la puerta.

—Índice del Campo Inductivo en cinco, cuatro, tres y estable —anunció el controlador de la APC.

—Sus pautas cardiovasculares y cerebrales también se mantienen estables —añadió Leila Dent, su ayudante médica.

Edwin afirmó satisfecho y observó cómo el Senador Halmann se cubría con una bata y acudía a abrir la puerta del recibidor. Por el otro monitor se alcanzaba a ver el pasillo. Un botones de facciones finas y no demasiado alto aguardaba con el carrito de la cena.

—¿Qué cojones es eso? —inquirió Edwin mientras señalaba la pantalla con un dedo—. Error de transferencia. Suministren a Cerebro Mentor adrenalina.

Los controladores manipularon el teclado y el sujeto sufrió una fuerte convulsión en el interior del tanque. Cuando Edwin volvió a posar la mirada en el monitor, el muchacho había desaparecido y en su lugar había una mujer alta y de largos cabellos morenos. Halmann abrió la puerta y la recibió con una sonrisa.

—Ha faltado poco —susurró Edwin mientras se secaba el sudor de la frente.

En menos de diez meses Darla perdió el cabello, adelgazó casi diez kilos, comenzó a sufrir fuertes hemorragias nasales y no había jornada que concluyese sin que arrojara por el sumidero todo cuanto había ingerido durante el día. Al principio se decía que todo aquello lo hacía por los niños, pues en todos sus años de vida jamás los había visto tan cuidados. La gente de Psicofon SSG los trataba como pequeños principitos. Edward se hizo algo más alto, sus mejillas se volvieron sonrosadas y su porte más esbelto; Nerea recuperó los quilos que había perdido

durante los últimos años pasados en los suburbios y la sonrisa retornó a sus delicados labios. Pero conforme las jaquecas se fueron recrudeciendo y comenzó a sangrar por la vagina, la esperanza que hasta ese momento le había proporcionado fuerzas para seguir adelante, fue desvaneciéndose paulatinamente. Pronto existieron tan solo las pruebas, cada vez más dolorosas, cada vez más seguidas, hasta perder completamente su autoestima y cualquier resquicio de dignidad.

Darla se pasaba las noches llorando, encerrada en su celda de mantenimiento y sintiendo que las fuerzas escapaban de su interior con cada jadeo, con cada convulsión de su cuerpo, con cada derrame no deseado. Pero los niños seguían siendo felices. Eso era lo más importante.

Ralph Halmann retozaba como un perro flemático entre los muslos de la mujer, balanceando su culo arriba y abajo mientras la muchacha se contorsionaba bajo su cuerpo. El doctor Edwin escuchó alguna risita malintencionada, pero una mirada dura bastó para acallar cualquier conato de insubordinación.

—Los del servicio secreto están obteniendo muy buen material —murmuró Leila sin apartar la mirada de los monitores. Aunque no tenían audio, los berridos del Senador debían ser atronadores. Los carnosos labios de la enfermera esbozaron una sonrisa lasciva—. Mañana todos los diarios van a tener una primera plana muy suculenta del culo del señor Halmann.

—Señorita Dent, le rogaría que mantuviese los ojos pegados en las constantes vitales del Cerebro Mentor —ordenó Edwin sin cambiar el tono monocorde.

La mujer afirmó con un gesto y agachó la cabeza, pero su mirada continuaba desviándose de vez en cuando hacia los monitores de la sala.

—¿Índice del Campo Inductivo?

—Siete, ocho, nueve y subiendo, señor —anunció el controlador—. Los parámetros escapan del equilibrio aconsejable. En cuanto el índice rebase la escala nueve, nueve, nueve, el radio de acción del Campo Inductivo creado por 11/02 afectará a nuevos Perceptores Selectivos.

—Eso no sucederá. Debo recordarles que tenemos a un sujeto excepcional en nuestras manos. Además, parece que el señor Halmann no pone demasiadas objeciones al respecto.

—Quizás mañana la señora Halmann no piense lo mismo —añadió uno de sus ayudantes más jóvenes.

Una retahíla de risillas nerviosas se desató por toda la Sala de Control, aflojando la tensión que se respiraba en el ambiente. El doctor Edwin esta vez guardó silencio. La operación marchaba bien; se podía permitir el lujo de que los hombres se relajaran unos segundos.

—Lamentamos tener que rechazar su solicitud de abandonar el programa, Once Cero Dos.

—¿Por qué? —La voz de la joven sonaba apocada, demasiado débil. Últimamente ni tan siquiera le quedaban fuerzas para hablar.

—Como usted sabrá Psicofon SSG es una empresa subsidiaria del gobierno de los Estados Unidos. Cuando usted firmó el contrato que le une a nosotros, aceptó una cláusula de confidencialidad y protección de datos.

—Le prometo que jamás diré nada de lo que hacen aquí, pero por favor… no puedo seguir adelante…

—Once Cero Dos, los experimentos que se realizan bajo el amparo de Psicofon SSG están vinculados al Departamento de Defensa de los EEUU. Todos los sujetos que residen en estas instalaciones están acogidos a la vigésimo cuarta enmienda aprobada por el Senado el uno de Enero del 2010. En ella se establece que el armamento así como todas las entidades o elementos destinados a la protección y defensa de suelo norteamericano están protegidos por la Ley Derogativa de los Derechos Humanos.

—Yo no soy un elemento…

—Se equivoca, Once Cero Dos. En el momento en el que firmó el contrato con Psicofon SSG usted se ha convertido en una unidad tratada por nuestros expertos, beneficiándose de nuestra tecnología y poniendo su vida al servicio de los EEUU. Desde este momento usted y sus hijos forman parte de Psicofon SSG.

—¿M-mis hijos?

—Sus pautas cerebrales son prometedoras. Podríamos incluirlos en un proyecto futuro.

—U-ustedes no pueden hacer eso…Son menores de edad… —balbuceó Darla horrorizada.

—Pero ahora su tutela corre a cargo de Psicofon SSG. Nuestros abogados han trabajado concienzudamente para ello.

Edwin detectó un fallo en el proceso cuando la imagen de la mujer morena comenzó a sufrir oscilaciones. Al principio, el Senador Halmann no apreció aquella pequeña fluctuación. La imagen seguía siendo sólida y, por su parte, el viejo político ya tenía bastante con mantener el pene erguido en las entrañas de su amante mientras resoplaba como un mulo deshidratado. Cuando la mujer se desvaneció sin dejar ningún rastro, el asunto comenzó a resultar peliagudo.

—¿Qué ha pasado? —Edwin estudió a todos sus ayudantes con gesto cabreado.

—¡El Índice del Campo Inductivo se encuentra en ocho, seis, nueve y subiendo, señor! —informó uno de los controladores—. ¡Estamos a punto de entrar en un nuevo protocolo de inducción!

—El pulso del Cerebro Mentor ha aumentado alarmantemente —añadió Leila Dent mientras observaba las pantallas del APC con ojos desorbitados—. Su ritmo cardiovascular se está disparando. ¡Más de ciento treinta pulsaciones por minuto!

Cerebro Mentor se convulsionaba cada vez con mayor violencia en el interior del tanque. Las agujas se le clavaban en la piel, provocando que la sangre manara por las pequeñas incisiones.

—¡Aumenten el nivel de morfina, disminuyan las cargas de adrenalina!

En la pantalla del ordenador, el Senador Ralph Halmann observaba el apartamento con una mirada vacía. Sus ojos comenzaban a estar vidriosos.

—Índice del Campo Inductivo en nueve, dos, nueve y subiendo, señor.

—El Cerebro Mentor no responde a los factores de contención —replicó Leia desquiciada.

Edwin se secó el sudor que empapaba su frente y volvió a observar a la criatura que yacía sumergida en el tanque. Las convulsiones habían aumentado y sus extremidades se agitaban en un frenesí incontrolable, enrollándose con los cables que atenazaban todo su cuerpo.

—¡Señor! —El grito desquiciado de uno de los controladores lo devolvió abruptamente a la realidad—. ¡El Perceptor Selectivo actúa de forma anómala! ¡Cerebro Mentor está interactuando sobre su mente!

¡Dios mío! ¡Eso no estaba previsto! Con la garganta seca, Edwin se volvió hacia una de las pantallas y vio al Senador Halmann caminar hasta situarse frente a la ventana. Estaba completamente desnudo. Su mirada se diluía en la inmensidad.

—¡Joder, corten el Campo Inductivo! —gritó a la desesperada.

Los controladores del APC se apresuraron a seguir sus indicaciones. El ruido de los teclados llenó el pequeño y oscuro recinto.

—¡Imposible, señor! ¡Cerebro Mentor fuera de control!

—¡Las pulsaciones del Cerebro Mentor han aumentado a ciento treinta y cinco! —gritó Leila histérica.

—Índice de Campo Inductivo en nueve, ocho, nueve. ¡Como siga así, el espectro del Campo Inductivo va a aumentar su alcance!

Pero todas aquellas palabras sonaban incoherentes en los oídos del doctor Edwin. Sus ojos permanecían clavados en el Senador Halmann, que situado sobre el quicio de la ventana, contemplaba el abismo que le aguardaba desde el ático del Washington Hilton, más de doscientos diez metros de caída libre. Sangraba por los oídos y por la nariz, sin embargo, su pene seguía enhiesto, apuntando hacia las nubes, como un ariete irreductible.

Edwin pudo escuchar un grito a sus espaldas cuando el cuerpo del Senador Halmann se precipitó al vacío.

Venían a por ellos. Algo en su interior se lo decía una y otra vez. Podía escuchar sus pasos retumbar por el pasillo, creando ecos en lo más profundo de su cabeza. La ansiedad se apoderó de todo su ser. ¿Por qué la tomaban con los pequeños? Ellos eran inocentes, no merecían someterse a las pruebas. Se incorporó del sofá donde solía pasarse las horas muertas y la náusea provocó que su cuerpo se doblara. Clavó la mirada en la puerta de entrada y volvió a experimentar una sensación acuciante de peligro que le produjo un nudo en el estómago. Los

pasos seguían restallando en su cerebro, invariables y estruendosos; una amenaza que se cernía sobre la seguridad de sus pequeños.

Se tambaleó hasta la entrada de la habitación de Edward y pulsó el botón que abría la puerta presurizada. No permitiría que ellos se apoderaran de lo único que le quedaba. No permitiría que sus hijos atravesaran el trance por el que ella había pasado. Sus ojos se humedecieron y las lágrimas, mezcladas con la sangre que manaba de los capilares rotos, surcaron su faz. Se apoyó contra una de las paredes y clavó la mirada en el rostro que se distinguía entre las sábanas y la almohada. Unos ojitos se abrían en mitad de la oscuridad.

—No te preocupes… —murmuró en un suave arrullo—… mamá está aquí…

Edward se estremeció y Darla creyó distinguir un atisbo de miedo en sus pupilas dilatadas.

—Todo pasará pronto, cariño mío. Todo pasará pronto.

Cerró los ojos y dejó que el don que ellos habían despertado fluyera hasta la cabeza del niño. Sintió un pequeño conato de resistencia cuando las defensas psíquicas de Edward trataron de detenerla, pero su capacidad no estaba tan desarrollada como la suya. Un simple chasquido y la cabeza de Edward se rajó por el cráneo. Darla pudo escuchar el crujido en lo más profundo de su cerebro, entremezclándose con los pasos, cada vez más próximos. Un reguero de sangre caliente manchó el cabezal de la cama y el pequeño Edward, bajito y de facciones delicadas, se desplomó sobre el colchón, con los ojos salidos de las órbitas.

Darla sintió un pinchazo en lo más profundo de su cabeza, era la primera vez que usaba su don con ese propósito. Se tambaleó fuera de la habitación y se arrastró hacia la puerta de Nerea. Sus piernas fallaron y cayó de rodillas. Fue presa de la impotencia cuando escuchó los pasos apresurados que atravesaban el pasillo. ¡No, no podía permitir que ellos se la llevaran! Gimió desesperada y trató de llegar hasta el botón que abría la puerta de la habitación. Podía sentir al otro lado de la pared a su pequeña, revolviéndose intranquila entre las sábanas, atrapada por un mal sueño. Ya no tenía tiempo. Ellos estaban a un suspiro de su habitación. Quizás pudiera hacerlo desde allí. Era su deber poner fin a sus pesadillas antes de que la manipularan con sus experimentos.

La entrada de la celda de mantenimiento se abrió y cuatro sombras se precipitaron en la estancia. Iban armados con rifles de asalto y blindados con uniformes de kevlar. Darla trató de

llegar hasta sus cerebros. Le fue imposible. Portaban máscara neuronales aislantes. Se puso en pie y se precipitó sobre el primero de ellos. No tocarían a Nerea. No permitiría que la manipulasen como habían hecho con ella. Lanzó un gemido mezcla de rabia y de impotencia al discernir el logotipo de Psicofon SSG en sus uniformes y, antes de que pudiera hacer algo, recibió un golpe de culata en la boca. Se desplomó como un muñeco, presa de un dolor punzante que se extendía por toda su mandíbula. Se retorció agonizante mientras un diente se desprendía de su boca.

—Ha matado al niño —La voz de uno de los soldados sonó distorsionada por la estática.

—Hija de puta —rugió otro mientras le propinaba una patada en el costado.

Volvió a retorcerse en el suelo y un gemido escapó de sus labios hinchados. Pero todo el dolor que pudiera sentir fue sepultado por una intensa sensación de frustración cuando escuchó el chillido histérico de Nerea.

—No… por favor… —La sangre chorreaba por su boca y agriaba su garganta—. No os la llevéis…

Volvió a recibir otra patada y su cuerpo se dobló hasta alcanzar una posición fetal. Trató de alzar la cabeza, pero incluso aquel pequeño movimiento se le antojó imposible; estaba demasiado débil.

—Nerea…

Los gritos de la pequeña se convirtieron en un agudo estertor que llenaban su cabeza:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Uno de los soldados salió de la habitación con la pequeña en brazos. La niña se resistía, estirando sus bracitos hacia ella en una señal desesperada de auxilio. Sus chillidos se volvieron más intensos al ver a su madre tumbada en el suelo.

—No… por favor… devolvédmela… por favor…

No existió clemencia para ninguna de las dos. El soldado abandonó la habitación y su hija desapareció para siempre.

—… por favor…

No hubo más golpes, no hubo más insultos, tan sólo el ruido de varias botas al abandonar la estancia y el sonido de una puerta al cerrarse; después se quedó sola, rota por el dolor y asfixiada por una intensa sensación de fracaso. Las lágrimas llegaron hasta su boca.

—Índice del Campo Inductivo a nueve nueve nueve punto, ocho siete nueve y subiendo. Nos encontramos en escala crítica, con más de doscientos ochenta y nueve Perceptores Selectivos desconocidos bajo la influencia de 11/02 y a punto de entrar en nuevo protocolo de inducción. ¡Nunca antes habíamos dado con un Cerebro Mentor de semejante potencia!

La verborrea del controlador se distorsionaba en su interior, convirtiéndose en un galimatías indescifrable que se confundía con los murmullos y los gemidos que le rodeaban. El doctor Edwin, desabrochándose los botones de la camisa, mantenía la mirada fija en el pequeño monitor que ocupaba una buena parte de la consola. Las llamas devoraban el Hotel Hilton, convirtiendo el inmenso rascacielos en una tea incontrolable. La gente se lanzaba desde las ventanas o se amontonaba en la fachada del edificio, arrollándose unos a otros, o enfrascándose en una lucha fraticida por evitar el fuego. Los cuerpos que se perdían en la inmensidad, se perdían entre el humo negro que enquistaba el cielo. La Avenida Decimosexta se había transformado en un hormiguero de coches empotrados y autobuses volcados. Allá donde pusiese la vista, alcanzaba a distinguir cuerpos desmembrados sobre la acera, mutilados por la creciente ola de violencia que se expandía por todo el distrito Columbia. El Campo Inductivo se había convertido en una ola de choque que alcanzaba a todo aquél que se interponía en su camino.

Los servicios de urgencia llenaban las calles; las sirenas, las luces rojas y amarillas, el frenesí de las masas, el bullicio de los altercados, convertían toda la manzana en un caos demencial. Edwin cerró los puños con rabia y las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. ¿Cómo diablos había permitido que aquel asunto llegara tan lejos? Horrorizado, se volvió hacia el tanque de contención y contempló a la criatura que yacía suspendida en su interior. Su rostro, castigado por la tensión, no dejaba de ser hermoso. Posó una mano sobre el vidrio y pudo sentir el empuje de la energía que emanaba de su interior.

—¡Índice del Campo Inductivo a nueve nueve nueve punto, nueve nueve nueve punto, dos seis ocho y creciendo! —aulló el controlador de la APC.

—¡Como sigamos así vamos a arrasar media ciudad! —aseguró Leila Dent, aferrándose con fuerza a la consola—. Tenemos que iniciar el Protocolo de Desconexión.

El doctor Edwin sintió un escalofrío al escuchar aquellas palabras. ¿El Protocolo de Desconexión? ¿Sacrificar a una criatura que había mostrado unos índices tan altos? ¡Aquello era una locura! Volvió a contemplar al Cerebro Mentor y pudo ver una lágrima solitaria surcando su mejilla. Su cuerpo volvió a convulsionarse en el ectoplasma y algunas de las agujas se desclavaron de su carne. La sangre se mezcló con el denso líquido.

—Doctor Edwin… por favor…

El brazo de Leila Dent rodeó su espalda y lo condujo de nuevo hasta uno de los monitores. Edwin entrecerró los ojos al volver a ver los cadáveres que se amontonaban en las aceras, al sentir en su propia alma el caos que se adueñaba rápidamente de las calles de la ciudad. El incendio se había propagado por los edificios que circundaban al Hilton. Las fuerzas de seguridad se rendían ante el influjo del Campo Inductivo y cargaban contra las masas indefensas. El fuego parecía dominarlo todo, creando una nube tóxica que cubría buena parte del distrito Columbia.

—No puede permitir que esta locura prosiga, doctor Edwin… —suplicó Leila Dent—. La operación ha fracasado. De la orden… se lo ruego…

Edwin se volvió hacia el Cerebro Mentor y sintió un nudo en el estómago. El poder del sujeto era avasallador.

Yacía sola en mitad de la habitación, mutilada por dentro. Atrapada por una locura que desgarraba su alma…

Edwin respiró hondo y afirmó con un cabeceo. La situación se había vuelto descontrolada.

—… lo hice por vosotros…

Se sentía abandonada a una fuerte conmoción de aislamiento que engullía cualquier pensamiento.

—Adelante con los Protocolos de Desconexión. —indicó Edwin con frialdad.

Los controladores se apresuraron a manipular la consola de la APC. Los goteros que llegaban por vía intravenosa hasta el cuerpo del Cerebro Mentor comenzaron a suministrar Tiopentotal Sódico. Edwin vio que la criatura se estremecía presa de una repentina taquicardia. Las lágrimas manaron por sus mejillas y su cuerpo se agarrotó a causa de la hipertensión muscular. Las convulsiones aumentaron cuando el Bromuro de Pacuronio se diluyó en su sangre.

Edwin, incapaz de contener la rabia, cerró los puños y golpeó con saña el tanque de contención.

Cerebro Mentor abrió los ojos de repente y sus labios se retorcieron en una mueca de intenso dolor. Durante unos segundos Edwin pudo sentir en su interior todo el sufrimiento que experimentaba la criatura, dejándolo abrumado y tembloroso. Aquella sensación pasó rápido; el Cloruro de Potasio había llegado hasta el corazón del sujeto, deteniendo sus constantes vitales.

Cerró los ojos y su cuerpo fue devorado por la oscuridad que dominaba la habitación.

—…sólo por vosotros. —Sus palabras se perdieron en un mar infinito.

—Constantes vitales de Cerebro Mentor 11/02 inexistentes.

—Índice del Campo Inductivo a cero cero cero.

Edwin respiró profundamente.

—Resultado de la operación… —Sus ojos se pusieron por última vez en los monitores y contempló el caos que se extendía por buena parte de la ciudad; después, involuntariamente, se volvió hasta el cuerpo que flotaba sin vida en el tanque de contención—: fracaso esperanzador.

©chetzar.com

Héroes

Por J. E. Álamo

Ilustardor: Ignoramus/ Chet Zar (EE.UU.)

tardecía y el sol lanzaba guiños ladeados a través de las nubes que los cristales polarizados tamizaban convirtiéndolos en un espectáculo de luz esquiva.

La mujer apartó la vista indiferente a lo que había más allá del cristal, en realidad se había concentrado en el reflejo que iba y venía conforme bailaba la luminiscencia del exterior; el reflejo de una extraña que devolvía su mirada escudriñadora, una desconocida que no era otra que ella por mucho que le pesara… y le pesaba.

Se volvió hacia el interior de la vasta sala de espera en busca del reloj que colgaba del techo. Frunció el ceño intentando descifrar la hora a partir de la posición de las grandes saetas. Recordó que debía ignorar la más rápida de las tres, los segundos no cuentan. De las otras dos, una señalaba la hora. Observó la esfera con gesto dubitativo. ¿Cuál era la de las horas? Sí, eso era: la más corta. Y la larga indicaba los minutos. ¿O era al revés? Hizo un gesto impaciente añorando su unidad portátil de IA que le facilitaba cualquier dato con sólo pensarlo; siempre se la retiraban antes de los encuentros.

«Los detalles son importantes, hasta el más mínimo», le decían siempre. «Nada de IAs por integradas que estén, arruinarían la puesta en escena si ellos las detectasen. No podemos correr riesgos, hay mucho en juego».

Meneó la cabeza. Qué más daba. No podía faltar mucho para el aterrizaje, entonces el tiempo volaría y la despedida surgiría natural y necesaria. Los encuentros apenas duraban un día. No es que el tiempo estuviera establecido de antemano, sucedía que ninguna de las partes deseaba prolongarlo; hacerlo era igual que contemplar un truco de ilusionismo demasiadas veces y de cerca: la magia se convierte en un hábil juego de dedos y distracción... Hábil y decepcionante.

Se sentó en una de las butacas grises repartidas por la sala y se masajeó las sienes con movimientos lentos, circulares. Tenía que relajarse. Inspiró con fuerza y fijó la mirada azul en las mesas sobre las que se esparcían periódicos con fotos a todo color. Estaban hechos de papel auténtico. Alargó la mano para acariciarlos con suavidad, como hacía siempre. El tacto era extraño, agradable y reconfortante. Había que volver las hojas con las manos y las imágenes que ilustraban las noticias eran fijas, estáticas... hipnóticas de una forma extraña. En las portadas de los diarios, diseminados con calculado desorden, aparecía la misma imagen: la de un rostro enjuto de pómulos prominentes y mirada perspicaz. Los ojos eran castaños e inteligentes y repletos de entusiasmo. Demasiado, quizá. Bajo la foto, una leyenda que rezaba lo mismo de siempre, lo de todos los encuentros:

¡VUELVE EL HÉROE!

Y, a continuación, arrancaba el artículo donde se ensalzaba la labor del héroe.

Tras cumplir el primer año de su misión, el comandante Santos vuelve a la Tierra para reunirse con los suyos.

No siguió leyendo, se sabía de memoria el artículo, idéntico al de cada encuentro en el que sólo variaba el nombre y algunos datos personales. Lo que nunca variaban eran las mentiras, la primera era la fecha que encabezaba cada diario.

«Inexactitudes, no mentiras», le decían. «Ajustes necesarios con los que todos salimos ganando».

Ella no estaba de acuerdo, una mentira es siempre una mentira, aunque callaba pensando que ella era el mayor de los engaños y, por lo tanto, quien menos tenía que hablar.

Procuró mantener a raya el creciente nerviosismo que mariposeaba en su interior. Siempre ocurría lo mismo. Llevaba unas cuantos citas a la espalda y ya debería estar acostumbrada, pero el desasosiego era un compañero fiel que no le fallaba cuando el encuentro era inminente. De pronto, se incorporó y echó a andar con decisión en dirección al bar que había en el centro exacto del rectángulo que formaba la sala de espera. Los tacones repiquetearon inseguros sobre las baldosas blancas de la inmensa estancia levantando ecos mientras ella maldecía su calzado.

Al otro lado de la barra, Mel, el segundo de los dos ocupantes de la gran estancia, la observó con una sonrisa que bailaba entre la admiración y la contrariedad. Era un veterano de los encuentros y conocía de sobra los demonios que acosaban a la chica que procuraba no perder el equilibrio sobre los zapatos afilados.

Ella llegó hasta él y se dejó caer con un suspiro sobre un taburete de los que coreaban la barra semicircular.

—Estos zapatos me están matando— gruñó apartando la larga melena castaña del rostro–. No puedo creer que las mujeres usaran algo así a diario, debían de acabar con los pies destrozados.

—¿Nerviosa? Vamos, cielo, no es tu primera cita.

—Sírveme— masculló ella, ignorando el comentario–. Bourbon, sin hielo.

—Sabes que no deberías —la reconvino con suavidad–. Si estoy aquí es por ellos, para añadir realismo a la escena...

—No te he pedido consejo, ponme el bourbon y cierra el pico, Mel. Joder, lo necesito —añadió en tono más suave–. Ponme un trago que me haga olvidar estos malditos tacones –rió forzada.

Él se encogió de hombros y, volviéndose hacia el estante que tenía detrás, tomó una botella llena de un líquido ambarino. Southern Comfort rezaba la etiqueta. Le sirvió una dosis en un vaso ancho y chato que ella vació de un trago. Chasqueó la lengua y resopló antes de golpear el vaso sobre la barra.

—Otro.

Mel abrió la boca para cerrarla de inmediato. Le puso otro trago que siguió el camino del primero con idéntico ritual. Cuando el vaso golpeó de nuevo la barra y repiqueteó impaciente sobre la formica disfrazada de roble, el barman colocó la botella en su sitio negando con la cabeza.

—No te serviré otro, cielo —dijo con firmeza–. Te pongas como te pongas.

Por unos instantes, él temió que ella le arrojaría el vaso a la cabeza pero, tras lanzarle una mirada fulminante, la chica gimió hundiendo la cara entre las manos. Los sollozos surgieron profundos y desesperados.

—¿Se puede saber qué te ocurre, cielo?

Ella levantó la cabeza, tenía las mejillas surcadas de lágrimas y restos de maquillaje.

—Maldita sea, Mel, cada vez lo llevo peor. Me siento... –se secó las lágrimas con las palmas de las manos mientras intentaba encontrar la expresión exacta–: ...sucia; me siento sucia vendiéndome así.

—Vamos, vamos, si no fuera por ti y tus compañeras, ¿qué sería de ellos? Los necesitamos, cielo. ¿Tengo que recordarte la importancia que tiene todo este asunto? Sabes muy bien de dónde vienen, lo que hacen, no creo que sea mucho pedir ofrecerles algo de compañía a su vuelta.

—Lo sé, lo sé —contestó ella—. Viajan a años luz, al borde del Universo para mantener la estabilidad de las supercuerdas esas de los cojones. Evitan el Big Rip y qué sé yo qué más. En resumen: Impiden que el Universo se deshaga por las costuras. –Mel enarcó las cejas–. Mi padre me lo explicaba así cuando era una niña. –Aclaró ella y soltó una pequeña carcajada llena de

nostalgia–. ¿Quién no sabe lo que hacen? ¡Son héroes, semidioses, seres legendarios! Pero son reales, oh sí, muy reales. Y no creo que esté bien. –Lamentó–. Soy una farsante que se viste y maquilla para dar unas horas de placer a esos desgraciados antes de que vuelvan de nuevo al espacio, para que nosotros podamos seguir con nuestras vidas.

Mel se inclinó por encima de la barra cogiéndola de los hombros con suavidad.

—Cielo, ¿cómo puedes llamarles desgraciados? Son los salvadores de las humanidad, del universo entero. Lo han sacrificado todo y hay que tener mucho coraje para hacer algo así.

Ella negó con la cabeza. —No es verdad. No sabían lo que sacrificaban. Les hicieron creer que cuando volvieran a la Tierra todo seguiría igual, que sus naves llevaban un compensador que les permite eludir la ley de la relatividad… Mentira.

–No lo es –dijo Mel–, el compensador es real, no permite que se desajuste el tiempo; no del todo, al menos.

–Sí, en lugar de miles de años, sólo transcurre algún siglo que otro –asintió ella con un deje de cinismo–. Nada importante, sólo que del mundo de sus recuerdos no queda nada. Y lo saben. ¡Sí, lo saben! No me mires así. Tú no estás con ellos, no ves la desesperación en sus ojos.

—Sabes que darán con la solución definitiva, dicen que pronto no será necesario que vuelvan al espacio. —Mel vaciló unos instantes–. Entonces podrán quedarse, disfrutar de sus vidas.

—¿Qué vidas? Traerlos aquí sería igual que matarlos –acometió ella con ferocidad—. Daría igual que me disfrazara de payaso, aun así me buscarían porque necesitan creer que su mundo todavía existe. Se dejan engañar porque no les queda otra. Todo esto —abrió los brazos abarcando la sala vacía a excepción de ellos dos—. Todo esto no les engaña ni por un instante, aunque no lo admitirán jamás. ¿Tienes idea de lo que les ocurriría si reconocieran que hace cientos de años todo lo que dejaron atrás se ha desvanecido? No creo que quisieran seguir viviendo. No son héroes, son seres humanos que buscan lo que buscamos todos: un hogar al que volver, los brazos de alguien a quien amamos para cobijarnos en ellos. Y es justo lo que no tendrán ya nunca más.

En ese momento un rugido hizo temblar las cristaleras y de entre las nubes surgió una llamarada que les obligó a apartar la mirada.

—Ya está aquí— musitó ella arreglándose el maquillaje con un pequeño neceser que sacó de su bolso. Se atusó el pelo y, tras ponerse de pie, alisó la falda. Se volvió hacia el de la barra—. Me tengo que ir. ¿Cómo estoy?

—Preciosa —dijo Mel pensando que los restos de lágrimas darían más fuerza al encuentro—. ¿Quién eres hoy, cielo?

—Eva, la esposa del comandante Santos. Espero que... —Perdió la frase entre el temblor de su voz. Se volvió alejándose con paso rápido.

—¡Eva! —llamó Mel, preocupado. Al verla vacilar, rectificó—: Cielo, sólo piensa una cosa ¿Qué nos ocurriría a nosotros si ellos llegaran a reconocer la realidad? Piensa en eso.

Ella asintió, sin volverse. Luego compuso una sonrisa forzada y echó a correr hacia la figura que entraba vacilante por el portón de acceso a la sala de espera.

—¡Eva!— gritó el recién llegado, abriendo los brazos—. ¡Sabía que estarías aquí!

Mytolítico[18]

Por Sergio Mars

Ilustrador: Dwarf madafaka/ Mateusz Ożmiński (Polonia)

Dios no juega a los dados.

Albert Einstein (1927)

La mente domina el cuerpo; la mente no siempre domina la mente.

Frank Herbert, Dune (1965)

l vagón se detuvo en medio de un pandemonio de chirridos, vibraciones y todo un coro de quejidos metálicos de procedencia sospechosa; la empresa se había encontrado con serias dificultades para seguir proporcionando un servicio de mantenimiento adecuado después de la Mytolitosis, y las cosas se habían deteriorado tanto que ya no podía garantizar la seguridad de los usuarios. Para empeorarlo todo, la migración de los gnomos a las cavernas que, de repente, habían aparecido bajo la ciudad no había mejorado la situación. Algún

[18] Catarsis #6 (2011)

gracioso, al que aún le quedaba un poco de espíritu literario, había colgado sobre la boca de acceso de la estación central un cartelón con la leyenda: «¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!». Nadie se había decidido a retirarlo.

Las puertas se abrieron con un resoplido entrecortado. Ninguno de los ocupantes del vagón hizo ademán de apearse. En aquella parte de la ciudad era donde se habían concentrado los comercios, los despachos, los bancos y, en general, la mayor parte de aquellos servicios que eran ahora casi tan inútiles como una red de metro mal atendida. Al principio, habían intentado acomodarse a los cambios, sin alterar demasiado los hábitos de vida, algo que pronto se había revelado como utópico. Bastó con que se dieran los primeros disturbios para que toda la estructura social se viniera abajo. No hubiera sido demasiado difícil de prever. Se habían pasado siglos montando alharacas en torno a temas tan banales como el color de la piel o el conjunto de creencias que cada cual había heredado de sus padres, sin tener ni el menor atisbo sobre lo que de verdad era ser diferentes.

Apareció una pezuña, posándose con un ruido sordo en el suelo metálico del vagón, como preludio a la entrada del revisor. Los batientes no habían terminado de separarse del todo, así que se vio obligado a girar la cabeza para poder pasar. Una vez dentro bufó un poquito y bramó:

—Los billetes, por favor.

Todos los ocupantes echaron mano (si disponían de una) a algún bolsillo (si iban vestidos), exhibiendo a continuación rectangulitos de papel amarillo. El minotauro, a quien el uniforme le venía grotesco, avanzó con cierta dificultad, mientras el convoy aceleraba, hacia la primera fila de asientos, ocupada toda ella por un tipo barbudo y gigantesco.

El revisor, que por las hebras grises de sus crines se adivinaba de edad avanzada, tomó con una mano, sorprendentemente humana, el billete que le alcanzaba, mientras que con la otra sostenía ante sus ojos unos binóculos de fabricación casera. Estuvo unos instantes rumiando para sí sordos mugidos, mientras trataba de descifrar los caracteres mal impresos sobre la cartulina. Una vez lo hubo logrado, modeló con cierta dificultad una expresión compungida.

—Lo lamento, señor, pero su billete sólo es válido para la línea siete.

—¡Estamos en la línea siete, maldición! —protestó el gigantón, frunciendo el ceño.

—Está en un error —le replicó el minotauro sin alterarse—. Nos encontramos en la cinco.

—No, no es así —intervino una voz aguda, proveniente de la fila de detrás—. Ésta es la línea siete, como afirma el enano.

El revisor estiró el cuello para ver al que hablaba, luego lo estiro un poco más, porque no era capaz de distinguirlo. Por último, se rindió y avanzó con cuidado de no pisar las piernas extendidas del primer viajero, para poder conversar cara a cara con el segundo; suponiendo, claro está, que tuviera una.

Comprobó que la tenía, aunque fuera alargada. Balanceando las patitas al borde del asiento se encontraba un reptil parecido a una gallina desplumada, aunque con rabo, y más o menos del mismo tamaño.

—¿Está usted seguro? —le preguntó.

—Por completo. Llevo años tomando esta línea.

El minotauro cerró los párpados y resopló.

—Oh, por favor, otra vez no. Discúlpenme un momento. Voy a hablar con el conductor.

Sin esperar contestación, se aferró a la barra central y comenzó a desplazarse hacia la portezuela que comunicaba con el habitáculo de conducción, con tanta precipitación que pisó sin querer al gigante. Fue un golpe suave, pero bastó para encender su ira.

—¡Podrías ir con más cuidado! —le espetó a sus espaldas. Luego, al no recibir respuesta, giró la cabeza hacia su compañero de vagón y le gritó—: Claro, lo dice un enano y nadie le hace caso, pero en cuanto una lagartija susurra… ¡Hala, a consultarlo!

—Un respeto, caballero —pidió el aludido, estirando el cuello—. No soy una lagartija, sino un dinosaurio.

—¿Y cuál es la diferencia? ¡La cuestión es que hay que ignorar al enano!

Seguían discutiendo acaloradamente cuando el revisor abrió con su llave maestra la puerta de la cabina de mando y se asomó a su interior.

—¿Hola? —dijo, mientras sus ojos trataban de acostumbrarse a la semioscuridad reinante.

—¿No sabes llamar? —le replicó alguien con voz airada, desde algún punto en la negrura frente a él.

—Lo... lo siento —contestó el minotauro. Al menos con una piel tan gruesa no se le notaba cada vez que se ruborizaba. Para que luego dijeran que el Cambio no había conllevado ventajas.

Había una tenue luz rojiza procedente del panel de control —el color no tenía ningún significado especial; el problema del verde era que echaba a perder la visión nocturna— que perfilaba la forma de un hombre delgado y no demasiado alto. El revisor hubiera jurado que trataba de esconderle algo, pero se sentía demasiado culpable para recriminarle cualquier supuesta falta de atención. Con los sistemas de control automáticos, la supervisión de los convoyes resultaba monótona en extremo, y muchos conductores se dedicaban a los crucigramas entre estaciones.

—Bueno, ¿qué quieres? —gruñó el conductor.

—¿Podrías decirme si ésta es la línea cinco?

—¡Claro que no! Es la siete. ¿Por qué?

—No, nada, es que... —el minotauro intentó explicarse, pero la frustración era demasiado intensa. Se limitó a negar con la cabezota antes de volverse por donde había venido—. Discúlpame, compañero, no volveré a molestarte.

El conductor gruñó sin mucho convencimiento, demasiado perplejo para seguir enfadado. Pero en cuanto se encontró solo se levantó de su asiento y atrancó la puerta con una barra de metal. Sólo faltaba que, para cuando por fin se había decidido, le estropearan el plan. Luego, volvió a su lugar para seguir con los preparativos en el punto en que se había visto interrumpido.

Ajeno a esta circunstancia, el revisor volvía con la testuz encorvada hacia donde había dejado a los pasajeros, que ya habían solventado sus diferencias y charlaban amistosamente.

—Perdone señor —dijo al gigantón, tendiéndole su billete—. Ambos tenían razón.

Luego, para asombro de los presentes, resbaló hasta el suelo y se puso a mugir, con un tono de profunda tristeza. Una mirada de entendimiento cruzó entre los dos pasajeros que, sin mediar palabra, acudieron a consolar al pobre revisor.

—Tranquilo, compañero —le susurró el enano hiperdesarrollado, palmeándolo con cuidado con su manaza—. No tenemos que dejarnos vencer por la Mytolitosis.

Aquello era una especie de mantra que todo el mundo repetía sin cesar, pero, de un modo extraño, ofrecía cierto consuelo.

—Sí, ánimo —apoyó el pequeño dinosaurio—. Todos tenemos días malos.

—Es que... Es que... —mugió el revisor—. Es que el plano del metro es un maldito laberinto, y desde que sobrevino el Cambio y me dejó así, he perdido por completo mi sentido de la orientación. Ya no sé en qué dirección voy. ¡Ni siquiera en qué línea me encuentro!

Golpeó con el puño en el suelo, consiguiendo únicamente hacerse daño. Aquello al menos le calmó un poco. Empezó a lamerse la mano con una lengua rosada y enorme. Sus acompañantes asentían comprensivos.

—La Mytolitosis fue una mierda —dijo el dinosaurio.

—Si no se hubieran transformado en bufones, tendríamos que machacar a todos los estúpidos científicos —convino el gigantón—. Fijaos. ¿Creéis que me gusta estar siempre de mala leche? Es algo que viene con el jodido papel de enano cascarrabias. Y, aún peor, acabamos con un maldito problema hormonal que nos hace crecer de forma incontrolada. Un enanito gruñón es gracioso, pero a un titán iracundo no lo quieren en ninguna parte. ¡Y eso que en el fondo somos un pedazo de pan!

—Sí, es una putada —asintió el dinosaurio—. ¿Aún no se sabe el motivo?

—Tiene algo que ver con la dieta, o al menos a los gnomos les ha funcionado con un cambio de hábitos alimenticios, pero como los dietistas se dedican ahora a dar volantines con gorros de cascabeles, no hay quien determine cuál es exactamente el componente imprescindible. Y uno será una monstruosidad, pero todavía me da reparo echarle el diente a un vecino.

—Discúlpenme, no he podido dejar de oírlos.

Se giraron para ver quién hablaba. Efectivamente, no había podido. Se trataba de un elfo, un ser que sería grácil y sutil, de no ser porque también tenían su propio problema bioquímico que hacía que sus ojos fueran poco más agudos que los de un topo. Al menos, para compensar, sus puntiagudas orejas no tenían parangón entre los mytolitos.

—¿Sí? —preguntó con educación el dinosaurio.

—Hablaban de los gnomos caníbales, ¿verdad? Me han dicho que andan por estos túneles...

—No se preocupe —lo tranquilizó el minotauro—. Nunca atacan un convoy en marcha. Además, sus guaridas se extienden en el otro sentido, nos estamos alejando de ellas.

—Gracias, me quita un peso de encima.

—De nada. —Se había calmado bastante. Ya podía pensar con mayor claridad. Ensanchó los ollares para aspirar mejor el aire—. Ya que estamos de confesiones —propuso— hay algo que siempre me ha picado la curiosidad, pero nunca había tenido ocasión de charlar con un dinosaurio lo suficientemente... esto...

El reptil arqueó el cuello hacia arriba y chasqueó la mandíbula.

—Sí, dígalo, no hay problema: pequeño. Cuando la gente piensa en dinosaurios sólo imagina enormes moles de carne ambulantes.

—Es un Saltopus —intervino el enano con expresión de entendido, aunque debía de haber aprendido la palabreja pocos minutos antes.

—Sí —admitió el dinosaurio—. Tan digno como un tiranosaurio, y mucho más sociable. Pero pregunte, pregunte.

—Tenía entendido que los dinosaurios habían sido unos seres reales. ¿Por qué entonces formaron parte de la Mytolitosis?

—Celebro sus conocimientos. Por desgracia, la concreción del subconsciente legendario que guió el Cambio puso de manifiesto que para un porcentaje considerable de la población mundial un dinosaurio resultaba tan mítico como un dragón, o una hidra, o un minotauro, ya que estamos.

—Por favor, no se ofenda, pero entonces, ¿por qué un Saltopus?

El dinosaurio siseó.

—Al parecer había suficientes empollones para ofrecer una amplia variedad de formas y tamaños. ¿Quién puede entender el Cambio?

Mientras esta conversación tenía lugar, en la cabina de mandos el conductor había terminado sus preparativos. Era uno de los conocidos como amytos, de los pocos que no habían cambiado. Los que se preocupaban por la cuestión no se ponían de acuerdo sobre su aparente resistencia, aunque él tenía su propia teoría. No había cambiado porque lo que siempre le había ido era la ciencia ficción, y eso, de algún modo, lo había inmunizado contra la tiranía de la inmensa mayoría que prefería la simple evasión de la fantasía.

Cuando los científicos habían anunciado la construcción de lo que popularmente se había conocido como Lámpara de Aladino, que exploraba y hacía realidad, mediante algún proceso cuántico, todo cuanto el usuario pudiera imaginar, él también se había emocionado. Siendo ávido lector de Asimov, Heinlein, Clarke y el resto de la tropa, vio abrirse ante la humanidad un período de esplendor sin límite. No había contado sin embargo —ni tampoco lo habían hecho los responsables del experimento— con la esencia mitopoyética del subconsciente colectivo. Al final, habían tenido suerte de que Jung hubiera sobrevalorado el peso de los horrores

primordiales, pero el cambio mitolítico los había arrojado, irreversiblemente, a aquella locura propia de un mal novelista fantástico.

Lo que más le fastidiaba era que muchos se encontraban tras la transformación como peces en el agua. Tenía un vecino que ahora se trasladaba a cualquier parte volando... con sus propias alas. ¿Por qué él no se había beneficiado del Cambio? Debía sufrir todos sus inconvenientes sin ninguna ventaja. Tenía la sensación de haber sido dejado de lado cuando repartieron los boletos de la rifa. Y su sueño no estaba tan alejado de la fantasía. Desde que leyó por primera vez a Herbert, su mayor anhelo había sido cabalgar un Shai-Hulud sobre las dunas de algún planeta lejano. Pero no, tenían que haberse impuesto los inmaduros de la fantasía.

Pues ya estaba harto. Iba a cumplir su sueño, sí o sí.

Comprobó que todo estuviera en orden en el panel de control y abrió de par en par la ventanilla lateral. El viento generado por la velocidad le agitó el cabello. Le costó bastante auparse hasta el techo del vagón, enganchando sendos cables a ambos lados de la cabina, pero una vez arriba la sensación era indescriptible. En la boca se le insinuó una sonrisa que fue haciéndose más y más amplia, hasta que estalló en un grito de júbilo.

—Silencio —pidió el elfo—. ¿Habéis oído eso?

—¿El qué? —preguntó el dinosaurio.

—Un grito, viene de arriba —respondió, y se concentró—. ¡Es el conductor!

—No puede ser —afirmó el revisor.

—Sí, sin duda, y ahora está riendo —insistió el elfo.

—Vamos a ver.

El minotauro se incorporó y lideró a una pequeña comitiva hacia la cabina de control. Recordando su experiencia anterior, probó a llamar primero con los nudillos. Al no obtener respuesta golpeó más fuerte, y luego, alarmado, intentó abrir.

—¡Está atrancada!

—¡Déjame! —le ordenó el enano, y procedió a aplicar su fuerza hercúlea con tan pocos resultados como el minotauro—. Es imposible —jadeó al fin—, debe de haber utilizado una barra de acero.

Justo entonces, escucharon todos un fuerte golpe en el techo, amortiguado, eso sí, por la lámina de metal. Se volvieron interrogantes hacia el elfo, que había palidecido.

—Ha... —tragó saliva—. Ha chocado con algo. Ya no tenemos conductor.

El vagón se llenó de gritos, bramidos, imprecaciones y olores de lo más variado. El minotauro, como responsable de la empresa, trató de poner un poco de orden:

—¡Silencio! ¡Calma!

Pero nadie le hacía caso. Así pues, optó por lo único que cabía hacer. Se aferró al freno de emergencia y tiró.

El convoy se detuvo con brusquedad, tirando a todo el mundo por los suelos. Por fortuna, nadie resultó herido de consideración y pronto se encontraron todos fuera, formando un grupito amedrentado en la oscuridad.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó alguien.

—No lo sé —respondió el minotauro.

—¿Cómo vamos a salir?

—No lo sé.

—¿Qué son esas luces?

Nadie respondió. Las lucecitas ominosas se multiplicaron, silueteando estalactitas afiladas como dientes. Se empezó a escuchar un gruñido salvaje.

—¡Los gnomos caníbales! —gritó el elfo.

—¡No puede ser! —negó el minotauro—. Sus cavernas estaban en la otra dirección. ¡Estoy seguro! ¡Seguro!

El gruñido se hizo más intenso, devorando sus protestas incrédulas y los alaridos de terror de sus acompañantes.

Trenes y Mariposas

Por Eduardo Vaquerizo

Ilustrador: Dark angel/ Darek Zabrocki (Polonia)

abía corrido, jugándome la vida, de vagón en vagón huyendo de los fulleros que querían clavarme una botella rota en la tripa. ¡Qué leches!, a mí, al Juanjo le iban a rajar esos destripaterrones ¡pies para que os quiero! Corrí como en mis buenos tiempos, sabiendo cerca la muerte, el pecho hecho un dolor y las piernas un calambre. Cuando llegué al final del primer vagón no me lo pensé, ni miré si aún me seguían. Abrí la puerta. Afuera el aire nocturno rugía, como el aliento de un gigante de hielo.

La única forma de seguir avanzando era pasar por la precaria conexión entre la máquina y la locomotora y luego subir por una escalerilla de metal. Las palmas de las manos me sudaban de puro miedo mientras cruzaba y las traviesas corrían fugaces bajo mis pies. Subí por la escalerilla y me encaramé al techo del depósito de carbón. Allí me sentí seguro, nadie estaba tan loco como para perseguirme hasta allí.

Avancé despacio, afianzando cada paso, en dirección a la cabina de la locomotora. El aire me cegaba. Todo a mi alrededor era oscuridad impenetrable. Al frente se sentía el respirar de la máquina, sus vibraciones, temblequeos y golpes. Bajé por otra escala de hierro hasta la cabina del tren. Todo estaba muy limpio, excesivamente limpio para la idea que yo tenía de un tren, mitad

hierro, mitad hollín y herrumbre. El fogonero no me miraba, ocupado, de espaldas a mí, en trastear con diales y palancas. Una mariposa, arrastrada por el viento se perdió en la noche. ¿Una mariposa? Mientras el tren temblaba en las vías, a punto de partir, había visto una mariposa parecida volando por encima de señoras con paquetes, niños revoltosos, mozos y revisores.

Pero sí es Octubre, suspiré.

Ya nada me sorprendía. La tarde había sido rara, de esas que comienzan mal y acaban peor. En la estación de la capital, cuatro hombres habíamos ocupado el departamento de segunda. A los otros, julais pintas, los había calado muy de posibles por los chalecos y trajes de paño inglés, los relojes de oro y las patillas anchas y cuidadas. Seguro que no había billetes en primera y se habían tenido que conformar con aquello. Los intuí tiernos todos para los lances de la sota, el caballo y el rey, así que esperé tocándome, de vez en cuando, el bulto de las cartas en el bolsillo para acordarme de no dejar escapar a los pardillos por exceso de ansiedad. Como supuse, terminamos por charlar por los codos y fumar hasta que el aire se hizo azul. Pronto, de un equipaje surgió una botellas de rioja, luego otra; cuando se terminó trasegamos un recio anís comprado al revisor. Entonces, y solo entonces, el abanico de una baraja, la mía, aventó las nieblas del alcohol y hizo acudir a ojos y manos la codicia del jugador, esa que tan bien conocía. Jugamos sobre una maleta sostenida entre las rodillas.

No sé cuántas manos, cuántas jugadas, cuántos caballos buscando la sota y el rey, cuantos ases escamoteados; cuántas pesetas arrugadas habían engrosado el bulto de mi bolsillo. No fui consciente del tiempo hasta que se hizo de noche. Había oscurecido lento en la llanura. Mire por la ventana y vi al sol desangrándose sin ganas sobre el horizonte. Me encogí de hombros y repartí de nuevo. Nos daba igual jugar iluminados por un sol oblicuo y desinflado o luego, envilecidos por el amarillo raquítico de una bombilla. Las cartas iban y venían, se cruzaban imprecaciones y blasfemias; crecían las barbas feraces y abundaban los brazos velludos, los puños tensos sujetando las cartas.

Tuve que sospecharlo, era mucho el empeño en ganar. Confié en los caballeros, en su porte de marqueses, y no. El rufián y el mal nacido anidan en cualquier cuerpo y no sabe de educación más allá de unas manos, unos tragos. Me venían dadas y no las vi llegar, atento solo a la mano que ya era mía, al montón de plata que iría a mi bolsillo de nuevo. Brilló la botella, toda

la luz pareció concentrarse en una cara rubicunda, hinchada de ira. Percibí el borrón de un brazo moviéndose en la penumbra enrojecida. Sosteniendo la botella por el cuello la rompió contra la pared de roble y luego, en un solo movimiento, el cristal afilado se vino por mí, de abajo a arriba, buscando el vientre. Ni que hubiera nacido en el sur de la ciudad dónde se enseña a los niños ese movimiento canalla que, en un arco corto y violento, saja sin remedio una vida.

Claro que a mí no me la juega nadie. Le emporré la cara con la maleta, y luego, repartiendo codazos en las narices y patadas allá dónde más duele, salí al pasillo. Pero el vino les envenenaba la sangre. Tambaleándose, apresurados, salieron al pasillo a buscarme y terminar la faena.

Menos mal que les esquive, y, a riesgo de matarme, mientras el viento y el miedo me sacaban el alcohol de la cabeza, llegué hasta aquella cabina abierta a los cuatro vientos. Era desagradable. Hacía mucho frío, y todo traqueteaba malamente trasmitiendo un cosquilleó desagradable desde las plantas de los pies. Afuera la llanura esta plena de sombras, apenas diferenciada de la negrura del cielo.

Por no darle un susto toqué suavemente el hombro del fogonero. Se volvió al tiempo que se erguía. Descubrí entonces que era una mujer, una mujer hermosa, de ojos tan negros y grandes que asustaban. Aún no se me había pasado la melopea, sentía las piernas temblarme mucho y un pequeño dolor en el bajo vientre. Me agarré al metal. La mujer me sonrió como lo hubiera hecho una vieja amiga, una pequeña curvatura de los labios de esas que dicen "otra vez con tus cosas Juanjo. Eres como un niño". Pasó a mi lado y abrió el fogón con un golpe al tirador. No era la primera vez que visitaba una locomotora, había esperado una vaharada de gases y calor abrasador pero encontré que allí ardía un fuego suave, como de hoguera veraniega, que iluminaba la cabina mansamente. Después, tomó una pala apoyada en la pared de metal y caminó hasta el transfer, el vagón suplementario que va tras las locomotora cargado de carbón y que yo había tenido que superar para llegar hasta allí. Me quite de en medio mientras la fogonera levantaba la persiana de metal que derramaría el mineral por el suelo. Entonces si que me sentí mal de veras. Un retortijón de miedo y vino mal digerido me subió del estómago al pecho, dejándome sin aliento. Allí dentro, donde debiera haber habido carbón, se movía una confusa masa de colores frenéticos. Millones de mariposas —algunas enormes, la mayoría diminutas— aleteando, brillando con suave luminosidad, cayeron sobre el suelo de la cabina y se agolparon en un confuso montón del cuál

alguna escapó volando. La fogonera, trajinando rutinariamente, paleó mariposas al fogón, dónde entraban y desaparecían.

Ya me lo decía mi madre, "Juanjo, algún día alguien te borraría de la cara esa sonrisa canalla" ¡Je! No voy a reír más; ya no habrá más partidas de cartas, ni más noches de farra, vino y mujeres. Me duele el vientre. La mano que tenía sujetándome las tripas está negra y pegajosa. Demasiado sé cuál es el tacto de la sangre. Ella vuelve a sonreír. Vuelvo la cabeza a la oscuridad, con miedo. Allí, tras el pretil de metal que impide que me caiga, al tren le crecen unas alas enormes, alas tejidas en brillo de luna, en sol de Otoño, en rojo de sangre viva, inmensas alas de mariposa que aletean suavemente en el aire frío de la noche elevando al tren de la llanura.

Hamelín[19]

Por Jesús Cañadas

Ilustrador: Hamelín/ Aurora Gorrión (España)

a madrugada resbalaba entre las sonrisas de los santos en sus catedrales.

Se cumplía el tiempo de las retribuciones.

Pim soñaba. Y dentro de su sueño, Pim era un ratón. No se veía a sí mismo, pero sabía que era un ratón. Era una gozada observar su casa desde una perspectiva tan pequeña, sentir la suavidad de la moqueta deslizarse por sus patas, el frescor en la punta del hocico, que se inundaba con los olores encerrados en la oscuridad. Era un sueño muy real.

Entre sombras y recovecos, se arrastró con diminutas carreritas por todo el salón. Se apartó de las monumentales y amenazadoras zapatillas de papá, que despedían un aroma picante desde la puerta de su habitación, y se coló en la cocina. Allí dentro se estaba bien.

Se escurrió entre las baldosas ajedrezadas del suelo, centrada toda su atención de roedor en la puerta de la despensa. Allí le esperaba algo bueno, algo apetecible, algo que le atraía con cantos olorosos y le hacía la dentuda boca agua. Comenzó a atravesar la cocina, pero antes de llegar al pie de la despensa frenó en seco, atropellándose con sus propias patas.

Se detuvo en mitad de un amplio rectángulo de luz de luna que se dibujaba en el centro del embaldosado. La claridad entraba por la ventana que daba a los acantilados (aunque Pim sabía

[19] Revista Asimov (junio, 2004).

que los acantilados estaban muy lejos de su casa, muy lejos de la ciudad), formando cuatro perfectas franjas cuadradas rematadas por una triangular, como la sombra de una casa de muñecas para ratocitos. Pim observó, boquiabierto, extasiado, el sonriente rostro de la inmensa luna a través de la cristalera, sus cejas de queso de cabra y sus dientes de peladilla, sus mofletes de nata y su boca de leche merengada y cremosa y helada. Le miraba a él, un pequeño ratoncito, flotando en el cielo sin estrellas, como el padre de todos los globos que se escapan, como un payaso insomne que de pronto recuerda cómo hacer reír. Sus labios se movieron sin sonidos formando una sola palabra, que sonó como si fuese muy muy lejana y muy muy antigua.

Veeeeeeeeen

Se estaba haciendo pis.

No. Sí. No, realmente se estaba haciendo pis. La sensación punzante y cálida apareció en toda su majestad entre sus piernas, una molesta picazón ahí donde mamá le había preguntado si el doctor Tatel le había tocado al examinarle. Se desorientó un momento, miró alrededor y descubrió, primero, que no era un ratón, y segundo, que tenía los ojos cerrados.

Los abrió un poquito, apenas una rendija. Sí, comprobó desalentado, estaba oscuro. Era de noche, noche cerrada, y en su cuarto habrían cobrado vida todos los rincones que celebraban la llegada de la oscuridad como una fiesta.

Intentó cerrar los ojos otra vez, fuerte, pensar en ser un ratón, ser un ratón, correr despreocupado por todos los lugares que le daban miedo, ser el hermano de las cosas que se movían sin que los niños las viesen. Pero fue inútil. Terminó observando la apagada blancura de su techo, la pequeña grieta justo sobre su cabeza, la taimada silueta de la lámpara, y la parte posterior de su cama, entre los pequeños bultos de sus pies, por donde aparecería de un momento a otro una mano y le agarraría. Se dio cuenta de que estaba medio destapado, y se arrebujó como pudo, llevándose la manta hasta la barbilla, reinstaurando su frágil coraza protectora.

Pero seguía haciéndose pis.

Ay, no, no, no, no, gimió en silencio. No era justo. Había muchos niños, estaba seguro, que habían sido malos y se merecían hacerse pipí de noche. Pero él no. Él no era un niño malo. Podría, a lo mejor, hacerse pipí en la cama y confiar en que estuviese seco a la mañana siguiente.

Pero no, descartó esa idea con rapidez. Eso sí sería malo. Él nunca se había orinado, así llamaba mamá al pipí, en la cama. Mamá lo decía todo el tiempo delante de sus amigas. Pim nunca se había orinado en la cama y no podía hacerlo ahora. Y mientras lo pensaba, la punzada seguía haciéndose más fuerte, más apremiante.

Con un temblor de ardilla en la barriga y un frío de primera mañana de invierno en los pies, puso todo su valor en desprenderse de un tirón de las mantas. Se quedó quieto un momento, acostumbrándose a la repentina sensación de desamparo que le cubrió al tiempo que él se había descubierto. Ahora le verían. Sí, todas las cosas que flotaban en las líneas de sombra de las paredes como los tiburones que veía papá en la tele, todas le verían desvalido, expuesto. Hizo ademán de taparse otra vez, pero entonces ocurrió lo peor que podría pasarle: se le escapó un poquito de pipí. Había empezado a orinarse en la cama. Se puso rojo como dos tomates, rojo y rojo. Dio un salto suicida e impulsivo hasta el suelo. Estaba frío, pero no se preocupó en buscar las zapatillas.

Fue corriendo a través del salón, apretándose la entrepierna y dando graciosos saltitos como una larva de Buster Keaton, obligándose a mirar sólo a la puerta del baño, sólo a la puerta del baño. Y lo habría conseguido, si al pasar frente a la cocina no hubiese pasado algo que le frenó en seco, casi atropellándose con sus diminutos pies.

Se paró en la puerta de la cocina, contemplando extrañado las lustrosas baldosas blancas y negras. Allí incidía directamente la luz que entraba por la vidriera. La parte de arriba estaba entreabierta, cosa que mamá nunca permitía. Por ella entraba un débil soniquete, como un silbido lejano, una canción tarareada, extraña pero en cierto modo familiar, que fue lo que le hizo detenerse e incluso acercarse con pasos ratoniles.

A través de la ventana, Pim vio la ciudad, tan alta y dormida, con sus tejados dentados y sus ventanas como ojos de gato. Vio la luna, por encima de sus meandros de callejuelas, de sus afluentes amarillentos. La luna era redonda, glotona y gigante luna de tarta de cumpleaños, de lámpara de dentista, de plagas de insomnio y equinoccios en el desierto.

Pim la miró con ojos boquiabiertos y labios castañeteantes. Ahora oía con claridad su melodía, porque era ella quien cantaba, cantaba para él. Apenas consciente de la tibieza que bajaba por sus pantalones, pensó en retroceder, correr a esconderse, llamar a mamá. Pero no hizo nada de eso. Se quedó allí, mirando a través de la ventana, y ya nunca pensó nada más.

Nala soñaba. Y dentro de su sueño, Nala era una cocina. No se veía a sí misma, pero sabía que era una cocina. Cómo disfrutaba. El mundo era diferente desde su perspectiva. Todos dependían de ella. Adoraba calentarles el café por la mañana. Hervirles el agua en la que ahogaban sus infusiones. Mantener fríos sus malos humos. Templar sus sonrisas en invierno. Incluso se permitía alguna bromita, como cambiarles de sitio las tazas o repartir mal los cubiertos en la cena. Y cómo agradecía sus mimos, el tesón que ponían en tenerla contenta, limpia y presentable. Ella iluminaba sus días con el resplandor de cada mañana y les resguardaba del frío nocturno.

Hasta que una noche se olvidó cerrar una ventana y un ratoncito vio a través de ella lo que nunca debería haber visto.

—¡Pim!—jadeó Nala, incorporándose. La conciencia volvió a ella como un chaparrón repentino; se dio cuenta de dónde estaba. Volvió a hundirse en la cama, la respiración entrecortada y el corazón en caída libre. Palpó a su lado. Jerbo seguía dormido.

Había sido una pesadilla, seguro, pero se había desvanecido de su cabeza. Intentó hacer memoria mientras se dejaba sumergir en el sueño. ¿De qué trataba? Algo relacionado con bolsitas de té, creía. Pero por eso no se tenía una pesadilla. El Ataque de las Bolsitas de Té Asesinas. Ridículo. Bostezó. Sus ojos se cerraban.

Pim. También había tenido que ver con Pim. Pim y una tarta. No. Pim y un globo. No estaba segura. El deseo de ir a ver a su hijo palpitó un segundo en su pecho, pero el sueño y la sensatez se aliaron para acallarlo. Tonterías, Pim estaba perfectamente. Ahora mismo estaría durmiendo como un angelito, como, como...

Como un ratoncito.

Oyó un ruido amortiguado. La puerta de la calle. El cerrojo al descorrerse.

Volvió a incorporarse al compás de un sordo latido que sonó brutal en su pecho y en sus sienes, como una llamada a difuntos por alguien a quien conocía. Le siguió otro, y un interminable silencio. Y otro. Y silencio.

—Jerbo —susurró, sacudiendo el bulto a su lado—. He oído algo. Hay alguien en la puerta.

—¿Qué? —preguntó él, adormilado, fronterizo entre el sueño y la vigilia.

Entonces los dos lo oyeron, tan claro como un grito en un callejón oscuro. Tan claro como la puerta de la calle abriéndose. Se miraron a los ojos, ya completamente despiertos. Él, olvidado su sueño; ella, recordando su pesadilla.

—Pim —dijeron al unísono, y saltaron de la cama.

En el salón nada había cambiado, reinaba la misma frágil calma de escenario abandonado. El cuarto de Pim estaba vacío, la cama deshecha y fría, muy fría. En la cocina había un desconcertante charco de orina, testigo mudo del paradero de su hijo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nala al aire, con una nota de histeria sostenida en la voz.

Le respondió el ascensor, poniéndose en marcha desde el rellano. Fue como una señal para los dos. Salieron corriendo, con una coordinación nacida del puro instinto. Nala, incapaz ya de contener las lágrimas, llamaba al ascensor, que bajaba. Jerbo saltaba los escalones de cuatro en cuatro, en una carrera frenética, todo ojos desorbitados y plegarias atropelladas.

Llegaba ya a la planta baja, a tiempo de ver a Pim salir a la calle, descalzo y con el pijama mojado. Corrió tras él, pronunciando su nombre entre cardíacos barboteos de alivio. Se la había ganado. No sabía qué mosca le había picado para salir de casa en plena noche, pero se iba a acordar de…

El hilo de sus pensamientos se cortó al sujetar a su hijo y verle la cara. Pim había perdido todo el color, casi como si se hubiese aplicado una gruesa capa de maquillaje blanco. Su piel se había estirado hacia atrás, marcando una horrible máscara de pómulos salientes y sonrisa estúpida. Y eso no era lo peor. Al enfrentarse a la mirada de su hijo, Jerbo le soltó de inmediato.

Pim no tenía pupilas.

Nala llegó junto a él, y antes de que pudiese apartarla, vio la cara de aquello que ya ni siquiera recordaba a su hijo. La mujer lanzó un grito que concentraba toda la angustia, el dolor y el terror que puede llegar a albergar el corazón de una madre. Jerbo tembló. Pim giró sobre sus talones y se encaminó calle abajo.

Fue entonces, siguiendo con la mirada su escuálida figura, cuando se percataron de que, si eso era una pesadilla, no era sólo su pesadilla.

—Dios mío —acertó a murmurar uno de los dos.

La calle entera estaba llena de niños. Todos andaban en pijama, arrastrando los pies, y todos tenían la misma expresión desfigurada y macabra en el rostro. Como ellos mismos, muchos padres les seguían desde sus casas. La misma escena se repetía cuando les daban alcance, gritos sumados a otros gritos sumados a otros gritos.

—¿Qué está pasando, Jerbo? —repitió Nala.

Él la hizo callar con un gesto. Levantó la vista hacia el cielo y señaló. Nala abrió los ojos por fin, atónitos y diáfanos como estrellas que explotan.

Sobre ellos, la luna brillaba exultante, victoriosa en su océano negro y funesto. Pero no era la luna que conocían. Una calavera se dibujaba en su contorno plateado, un esqueleto níveo que abrasaba la ciudad con la pálida mirada de sus ojos huecos. Sus quijadas estaban estiradas en un rictus imposible, una sonrisa desprovista de piedad. Entre sus dientes relucientes soplaba una brisa helada que transportaba una vibración lánguida, un tañido de miserere que les trajo recuerdos de las pesadillas de su infancia. Era el sonido de lo inevitable. Era el estigma de la ciudad. Eran los pecados de los padres. Era una llamaba inexcusable. Era una flauta demoníaca.

Todos los que habían sido niños una vez miraron al cielo esa noche y sintieron aletear en su pecho el miedo que había dormido allí desde siempre.

La llamada se extendió por la ciudad como una inundación. Lenta, incansable, la procesión recorrió todas las calles, todas las avenidas. No hubo niño que no respondiese. Los pequeños gateaban, los mayores llevaban a los bebés en brazos. Los adolescentes que no podrían terminar de crecer iban a la zaga, atrapados entre dos mundos, vagamente dueños de sí mismos, perdida su inocencia a medias, pero incapaces de dejar de avanzar. De entre todos, ellos eran los únicos conscientes de lo que les esperaba.

Detrás, muy por detrás de la multitud, los adultos les seguían cautelosos, lloriqueantes, algunos implorando clemencia para sus hijos y otros maldiciendo la condenación que había venido a tocar a su puerta. Ninguno, sin embargo, se atrevía a acercarse a los niños, que continuaban su peregrinación, su éxodo descabellado. De vez en cuando aparecía por alguna calle lateral un nuevo grupo de chicos y chicas, arrastrándose como animales, y los adultos se

apresuraban a apartarse de su camino. Observaban sus pequeños rostros demudados con una mezcla de rabia, miedo y frustración, una sensación que ninguno podría olvidar, que vendría a visitarles la última noche de sus vidas.

La masa de niños recorrió la ciudad de arriba abajo, siempre al mismo pas, guiados por aquella luna despiadada que continuaba llamándolos con su silbido hechizado. Se fueron alejando de las casas poco a poco, siguiendo la línea de los muelles. Las chimeneas de los barcos y las quillas de los botes les veían pasar como ángeles en las lápidas de un cementerio. Juntos, llegaron a los acantilados. El vasto mar se abría ante ellos como una mortaja. Algunos padres gritaron, otros se desmayaron, pero ninguno osó correr a sujetar a su hijo. No, no bajo aquella implacable mirada de plata, bajo aquel Dios oscuro.

Un niño se separó del resto, avanzando con pasitos de ratón hasta el borde rocoso. Toda la noche pareció detenerse, el tiempo mismo tomó aire. Pim elevó la vista hacia la luna y sonrió. Por un instante, recuperó su cara constelada de pecas, su expresión infantil, su color vivo.

Luego saltó.

Los niños se arrojaron por el acantilado, uno tras otro, sin un grito, una queja o una despedida. Cada vez que un niño se hundía en las profundidades, un aullido de dolor se oía entre las filas de los adultos. El viento, su triste canción, comenzó a soplar más fuerte. Pronto toda la muchedumbre de padres y madres estaba sumida en llantos y espasmos de agonía, inmersos en un dolor más allá de lo que cualquier corazón pudiera resistir, mientras veían a sus hijos perderse para siempre en la oscuridad abismal. Hubo algunos padres que saltaron tras sus niños, enloquecidos por el dolor. Ellos les acompañaron en su descenso al olvido.

Pronto no quedó niño alguno sobre el acantilado, solo una amalgama de cuerpos retorcidos, de caras bañadas en sangre y sal, de corazones en pedazos. Algunos murieron de pena allí mismo, consumidos por la culpa de haber permanecido como espectadores a aquel horror. Otros pasaron mucho tiempo allí, observando la marea negra, satisfecha, que se había llevado su inmortalidad, su parte de historia, su todo de alma.

Tarde o temprano, todos volverían a sus casas. Lo harían en pequeños grupos, los maridos abrazados a sus mujeres, los padres desamparados y las madres en ruinas, cada uno en cierto modo solo, solo para siempre jamás. Volverían en silencio, sin mediar palabra de aquella noche

fatídica. A la mañana siguiente saldría el sol, pero nadie querría recordar la luna pasada. Nadie mencionaría una palabra. Jamás se hablaría de ello, y jamás nacería otro niño en la ciudad, donde sólo el miedo tuvo crianza alguna vez.

Se había cumplido el tiempo de las retribuciones.

La madrugada resbalaba entre las sonrisas de los santos en sus catedrales.

oveles

El acólito

Por Sergio R. Alarte

Ilustrador: CD cover Letanía -Electrofe-/ Roz Ilustration (Argentina)

ntes de comenzar este relato, haré una advertencia. Los pusilánimes y los amantes de lo efímero deberían abandonar esta lectura. Que relean a su poeta favorito, alguno de esos cantores que nos emborrachan con palabras de postín para encumbrar a las mujeres, el amor y la vida. Porque este relato es para los fuertes. Para los heridos de pesares, que no se conmoverán bajo sentencias que podrían derretir corazones de manteca en el horno de su volcán; y para los nihilistas, pues solo nosotros sabemos que la maldad es eterna.

Hoy se cumplen siete años desde que una persona diferente encerrada en mi cuerpo abandonó su patria y dejó atrás su nido familiar. Así hizo para embarcarse en la búsqueda de un destino que él no había escrito. Había visto únicamente diez inviernos, que contaba con los dedos regordetes de las manos, y concebía el mundo de una manera tan diferente a hoy que, como dije, sería más acertado decir que ése no era yo. Desde que tenía uso de memoria aquel infante, un príncipe mimado, había deseado emprender el viaje que justo entonces se disponía a iniciar; llegaba al final de su preparación en los misterios sortílegos, dejaría de ser el aprendiz del hechicero del reino. ¡Por fin! Perdería a ese viejo chocho de vista y emprendería su propia senda, la senda del poder que llevaba tiempo presintiendo igual que el lobo husmea en la brisa el aroma de su presa...

Miró hacia atrás una última vez, abriendo la cortinilla en la ventana del carruaje sin ser consciente ni un segundo de que se iba para no volver. El castillo de jaspe rojo donde nació y creció entre algodones, piedra mágica imponente contra una colina nevada, ya aparecía solo como una mancha borrosa, cuajada de sangre, que apenas podía desgajarse del sol en aquel atardecer domeñado por las brumas.

Dejó caer la cortinilla y observó un legajo con el que compartía asiento cerca suyo. Desató la cinta negra para reposar su vista ingenua en los pergaminos, que le habían sido entregados en el momento de subir al carruaje por la mano de un misterioso conductor: un hombre vestido de túnica negra, encapuchado, con las manos enguantadas de una piel tan azabache como sus botas. Un hombre al que todavía no había oído hablar, pero a quien todos los soldados oscuros que formaban la escolta —una veintena, el primogénito del duque no se merecía menor esfuerzo— obedecían sin chistar.

Pasados los días y las semanas, el infante no recordaría gran cosa del viaje hacia la Tierra del Oscuro. Como si todos aquellos días y noches hubieran sido iguales; lo mismo tenía que aquel niño estuviese en su carruaje leyendo los pergaminos, o en alta mar. Estaban escritos en la lengua de los muertos, y tal vez por eso le robaron aquella parte de su vida. Porque como todos sabemos, para acercarse a los muertos es mejor que uno mismo no ande muy vivo.

Nunca había estudiado aquella lengua… Y pese a ello, el pequeño Daegeron la entendía perfectamente. No le pareció muy distinta de los arcanos de la magia elemental: trazos menos rectos. Sí. Y con muchos rabitos hacia arriba y hacia abajo. Las oes parecían calaveras, y las íes manchas sanguinolentas. Pero la forma se asimilaba mucho. En aquellos escritos aprendía los componentes de cada pócima necesaria para alcanzar la Comunión con la Oscuridad. Debía tomarse cada año una de las siete pociones, justo durante el solsticio de invierno a las doce de la noche.

Los ingredientes no son muy difíciles de conseguir, «Al menos para alguien de mi posición», pensó él, con una frialdad insólita en alguien de su edad.

La primera pócima se componía de pelos de oveja machacados al ritmo de la propia respiración con un poco de aceite de ballena, una mosca muerta, excremento de águila y una gota de sangre, cogida de la carótida de una doncella impúber. Tan solo el último ingrediente le pareció que entrañaba dificultades para ser conseguido, y esto fue esencialmente porque no

comprendía con exactitud su significado. Así que le preguntó a Irgond, de la Guardia Roja. Era el oficial de mayor rango de su escolta, y el más viejo con diferencia.

—¿Cómo puedo saber si una doncella es impúber, oficial Irgond? —preguntó con indolencia.

El hombre se acercó hasta la parte trasera del carruaje y le pidió que repitiese la pregunta. Luego, canteó la brizna de hierba que llevaba entre sus dientes amarillos acorralados por una barba rizosa y lo miró un instante, valorando si su pregunta iba en serio. Finalmente respondió, persuadido por la mirada inquisitiva del niño ducal.

—Veréis, señor Daegeron, os diré cómo podéis hacer la prueba con mancebas de vuestra edad, no mucha más. Vos os acercáis poco a poco a la doncella… Cuando os halléis lo suficiente cerca para oler el perfume de sus cabellos, le metéis la mano entre las nalgas sin avisar, así —balanceó su mano abierta con descaro—. Si la manceba grita, es la que buscáis… ¡Si os sostiene ahí la mano y gime, ay, entonces!… ¡Temed por la fortuna de vuestro padre!

Las risotadas resonaron de lo lindo en los caminos aquella tarde de otoño. Mientras, un Daegeron sin ningún doblez moral todavía tomó nota mental, y pronto siguió con su lectura. Permaneció benditamente ignorante del sarcasmo de aquellos hombres de armas rudos, algunos de los cuales repetían el gesto con la mano, gimiendo como animales.

La primera parada de la comitiva fue en un puerto de Salaman, un feudo con poca población, situado en la parte más oriental del continente de Aru. Allí les acogió en su casa una familia de granjeros. Daegeron no recordaría más tarde sus nombres, tan solo el temblor de sus voces cuando hablaban con Irgond. Y el nombre de su pequeña hija. Celeste, un poco menor que él.

Irgond le transmitió las órdenes del conductor de la carreta: debía ir con Celeste hasta los campos que se extendían al sur de la casa de madera de aquellos granjeros. Luego habría de subir por las sendas de la montaña hasta llegar a un risco elevado, donde las águilas tenían su nido. Allí recogería los excrementos de águila. Al bajar, tendría que buscar con rapidez el último ingrediente, mezclarlo todo y beberse el mejunje a las doce de la noche, porque ese mismo día era el solsticio de invierno. Irgond le aseguró que el conductor había dicho esto exactamente, y que si fracasaba en esta primera parte de la prueba, sería porque Daegeron no estaba preparado para

convertirse en acólito. Le dio también un abrecartas con forma de espada, muy afilado, para que lo usase a la hora de extraer la sangre de la doncella impúber.

Era un día de lluvia, y la ascensión fue muy dura para Daegeron. Celeste en cambio parecía siempre alegre, irritante y parlanchina con aquella boca pequeña sonriendo bajo unos ojos azules enormes en su cabecita de rizos mojados. Cuando llegaron hasta el risco donde las águilas tenían su nido, Daegeron estaba empapado hasta la médula y sus dedos rechonchos tenían más arrugas que una pasa. Celeste le pidió silencio, llevándose el índice sobre sus labios rosados. El viento aullaba en aquel lugar con la voz brutal y vil de los lugares que hieden a maldad. Pero Celeste parecía no oírlo, solo miraba hacia el nido.

—Me voy a acercar yo, a ver si consigo lo que has venido a buscar —susurró la niña.

—No… Quiero hacerlo yo —negó Daegeron.

La había retenido por el hombro cuando ya se disponía a salir de aquel túmulo de rocas donde se habían ocultado.

—Está bien —concedió Celeste—. Pero quiero ayudarte… —rebuscó en su zurrón—. Traje carne para distraer al águila… seguro que cree que venimos a por uno de sus huevos, ¡igual hasta nos ataca! Cogeré una piedra, por si acaso.

Puso el filete de carne roja en manos de Daegeron y cogió una piedra del tamaño de su cabeza. El joven pensó que aquella chica era realmente mucho más fuerte de lo que parecía. Empezó a caminar con todo el sigilo de que fue capaz hacia el nido de águilas… Apenas había dado dos pasos cuando la solitaria ave que lo ocupaba graznó encarada hacia él, y abrió sus imponentes alas en señal de advertencia. El tamaño de aquel rapaz habría amilanado a un hombre adulto, así que Daegeron dejó caer el pedazo de carne y se quedó paralizado de pura impresión. Celeste no dudó. Cogió el filete y lo lanzó tan lejos como pudo. El águila se elevó y cayó en un picado veloz, como un relámpago en su persecución. La niña aprovechó aquella ocasión para correr hacia el nido y coger entre sus dedos una de las pelotitas negras que allí habían. Después volvió a la carrera y agarró a Daegeron de la mano. Los dos emprendieron a toda velocidad el descenso.

Ya era noche cerrada cuando llegaron de nuevo a las faldas de la montaña. La lluvia había amainado. Daegeron no había soltado palabra en todo el descenso y se dejó caer en el suelo,

agotado. Celeste se sentó junto a él. Cuando recuperaron el resuello, el muchacho extendió la palma de su mano abierta. Ella puso ahí el excremento de águila, que Daegeron metió de inmediato en el frasco junto al resto de los componentes. Entonces pensó que ya debía de faltar poco para la media noche, pues la luna estaba bien alta y llena, con sus dos anillos ahogados entre nubes de negror intenso.

—Has sido muy valiente, Celeste —la elogió.

—No ha sido nada. Me gusta ayudar a los demás —aseguró ella, restándole importancia mientras le miraba con sus ojos brillantes de emoción.

Se le marcaban las venas del cuello, y también jadeaba. Daegeron tragó saliva.

—Eso te honra. Pero ha sido toda una hazaña. Si cierras los ojos te haré un regalo.

La niña cerró sus ojos. Daegeron había meditado sobre lo que dijo Irgond, y era inteligente de sobras para saber ahora qué era una doncella impúber sin necesidad de practicar la prueba del tosco guardia. Así que extrajo con suavidad el abrecartas que guardaba en su túnica negra, y levantó los rizos chorreantes de Celeste, que tenía los párpados apretados con fuerza. Habría bastado con un pequeño corte, pero el tajo que le practicó en el cuello hizo brotar la sangre a raudales sobre el frasco abierto.

—¿Qué me has hecho?... —preguntó Celeste, con un gorgoteo agónico.

—No pensarías que iba a dejar que tú, la hija de unos pastores, te quedases con la gloria de mi primera poción —razonó él con frialdad—. Yo soy Daegeron, hijo de reyes, y a mí nadie me deja por cobarde ni por inútil. Es hora de que vayas a caminar en la oscuridad, pastorcilla.

Celeste le golpeó en la mandíbula, mas fue un golpe débil. Porque la fuerza se le escapaba ya con su vida a través del corte; pronto estaba toda manchada de su propia sangre. Se derrumbó sobre Daegeron con un sollozo, y allí expiró en pocos segundos. Después el niño se bebió la poción, que tenía un sabor asqueroso. Sintió que todo le daba vueltas.

Más tarde comenzó a sufrir terribles sudores que caían como ríos por su frente, luego creyó perder el sentido, entre convulsiones. Y a continuación, vio algo que no olvidaría jamás: el alma de Celeste, una esencia blanca unida por un hilo negro a su propia alma como un fantasma. Sus iris, antes llenos del azul del firmamento, estaban ahora glaciales como la muerte. Todo su cuerpo aparecía envuelto en un aura triste, y sus pequeños pies caminaban sin tocar el suelo.

Daegeron supo que ella le obedecería, porque según había leído en los pergaminos, los fantasmas cuya sangre ha sido bebida por un iniciado permanecen ligados a éste por toda la eternidad.

Cuando Daegeron regresó a la casa de madera de los pastores se sentía desorientado. Por si esto fuera poco, se la encontró ardiendo. El conductor del carruaje lo esperaba, y nadie dijo nada de la sangre que manchaba su túnica. Irgond lo tenía todo preparado y Daegeron siguió sus órdenes, próximo al shock por la pesadilla que estaba viviendo. Pero estaba dispuesto a todo… Había esperado tanto este momento, que nada se lo iba a estropear. Y menos una familia de pastores. Se pusieron en marcha rápidamente. Volvieron a embarcar en el puerto de Salaman, después de una parada en una posada para asearse y reponer energías.

Volviendo ahora sobre mis pasos, pienso que no debió de llevarnos menos de seis meses hasta que alcanzamos las tierras de Koral, atravesando medio mundo en barco, amarrando en tierras remotas donde lugareños hoscos nos evitaban y atendían con el miedo en el fondo de sus pupilas.

Los soldados oscuros que habían escoltado hasta allí al aprendiz de acólito y su compañía siniestra, les abandonaron a su suerte en cuanto desembarcaron en su destino último. Y el príncipe gritó:

—¡Venid aquí! Os lo ordeno yo, Daegeron, hijo y heredero de vuestro señor Sural de Fuego. ¡Vamos, obedeced!

Me sonrío al recordarlo… seguramente me veía tan ridículo y tan, tan insignificante. Pero me creía el dueño del mundo, por eso alguien tuvo que desengañarme. Y ése fue Irgond, enfundado en su negra cota de mallas sobre un justillo carmesí, con el rostro severo y una voz seca.

—Lo siento, mi señor, no nos está permitido desembarcar en Koral. Es él quien manda aquí, y sus órdenes son claras. ¿No lo oís?

Entonces el pequeño Daegeron oyó por primera vez aquella voz en su consciencia. Era lastimera, como el gañido de un animal moribundo, espeluznante como el bufido de un vendaval cuando a los diablos les da por bailar. Se metía dentro de la mente: «Solo puedes hablarme para saber, nunca me pidas nada material».

La primera pregunta no se hizo esperar: «¿Quién eres?» pronunció mentalmente, pensando con intensidad cada sílaba de su pregunta. «Soy oscuridad, mi nombre no es relevante». No estaba acostumbrado a que le hablasen así, tal vez por eso no supo cómo reaccionar… tampoco creo que hubiese podido hacerlo aun queriendo, porque en aquel ser de negras vestimentas anidaba un poder más viejo que el del acero. Su misma voz de mando le provocaba un pavor irracional.

El encapuchado estiró el brazo y le ofreció una mano enguantada. El niño la cogió, sintiéndose indefenso por primera vez en toda su vida. Empezaron a caminar por un sendero que se alejaba serpenteando del pequeño puerto, atravesando llanuras de un blancor ceniciento. Anocheció drásticamente apenas se adentraron en la tundra, y hacía frío; mucho, demasiado frío, incluso para alguien que se había criado en el norte como Daegeron.

Anduvieron durante incontables noches. Leguas y más leguas de nieve infinita. El sol salía unas pocas horas y se ocultaba veloz en el horizonte. Huelga decir que Daegeron no siguió las instrucciones del Oscuro. La petición que más veces hizo fue «Quiero comer y beber», pero nunca respondía a sus demandas. En cambio su pregunta más repetida fue «¿Falta mucho para llegar?», y obtuvo siempre la misma respuesta: «Más de lo que piensas, y menos de lo que desearías».

Daegeron caminaba y penaba siempre cogido de la mano del Oscuro, era lo único que le inspiraba seguridad en aquel territorio asolado. Allí conoció, por primera vez, el verdadero límite de sus fuerzas. «¿Cómo voy a conseguir el resto de los ingredientes de las seis pócimas?», fue la siguiente pregunta. «Los bárbaros de las tribus de Koral las han preparado para nosotros» respondió la criatura espectral.

Llegó un momento en el que ya solo era de noche, siempre de noche. Y la nieve era fría pero negra, lo mismo que el cielo, y los abismos se abrían igual en la tierra que en las nubes. Los bárbaros eran muy parecidos a los de Fuego, que Daegeron conocía bien, hombres de ojos claros con los cabellos largos y pálidos. Pero nunca se acercaban al Oscuro y al Niño. Se mantuvieron alejados incluso una vez que Daegeron corrió hacia ellos, e intentó que lo escucharan, desesperado por el hambre y el dolor de todos sus músculos. Corrieron lejos de su alcance, para después seguir entonando extraños cánticos en su lengua, que él no entendía. Acabó por entender que aquellos cantos significaban una protección contra ellos.

Momentos hubo en los que Daegeron pensaba que iba a morir y los ojos se le cerraban sin remedio, pero entonces siempre aparecía cerca de sus labios un cuenco. Cerca para cualquiera en condiciones normales, claro. Porque para él aquella distancia, de unos pocos pasos, resultaba insalvable. Su lengua era una lija en una boca rugosa como esparto, los costillares se le marcaban bajo la piel de una forma tal, que nunca se supo qué había sido de su antigua barriga infantil. Se arrastró seis veces por el suelo empujándose con los brazos, dejándose la piel de los labios y la lengua sobre la nieve que lamía, para intentar aliviar la sequedad extrema y evitar la deshidratación. Ahora ya no se encontraban en la tierra de Koral, sino más allá. Ningún camino marcaba la ruta. Ya no había ser vivo alguno en aquella oscuridad anterior a los tiempos de los hombres. Solo criaturas de ultratumba: espíritus errantes, almas torturadas, demonios ladinos y voces estridentes o desesperadas. Seres condenados a una orgía sin placer ni sentido.

Hasta que más allá de las nubes al fin la vio: la Torre de Nada y Todo. Retorcida como tripas que se abrían al cielo con varios dedos deformes coronados por pináculos que recordaban a unas uñas rotas y mugrientas. De los abismos que había en el cielo, si así podía llamarse, caían sobre la torre murciélagos con cabeza humana, cuervos de cinco ojos, buitres sin pico y cuerpos llenos de gusanos. De los precipicios que se abrían a su alrededor brotaban lombrices con forma de falo, serpientes con piernas entre las que se incrustaban las lombrices a veces saltando de manera autómata, arañas gordas que reptaban con sus patas mutiladas y supurantes. La torre era la misma esencia del caos, la panacea del Mal; la oscuridad más desesperante. Daegeron había crecido y ya era un hombre. Había cambiado en una metamorfosis macabra, ahora ya no era rubicundo ni sus ojos eran grises, sino negros sus cabellos y ojos como la misma tierra de Odror, donde había pasado su pubertad y su adolescencia, y pálida su piel como la luna, pues no había conocido el sol durante cinco años. Al coronar la Torre de Nada y Todo, aun cogido de la mano del Oscuro, se dio cuenta de quién era él.

Daegeron se arrodilló ante el Siervo, mientras éste empezaba a elevarse con su capa de sombras agitada por un viento mísero que no venía de ninguna parte. Desde uno de los fosos del firmamento flotó entonces una barca voladora hecha con lava de un volcán, y acudió a los pies del Siervo de Goost que había crecido hasta proporciones inabarcables por la vista.

—¿Qué es nada y todo, mi acólito?

Aquella era la pregunta crucial. Si la erraba, todo habría sido en vano. Mis penurias, el asesinato de la tierna y adorable Celeste... Pero no fallé, de manera en aquel justo instante halló su fin el muchacho Daegeron, y comenzó el Daegeron eterno, quien hoy soy.

—Es nada y todo es… El futuro —respondí.

—Contémplalo, pues.

Un portal se abrió entonces en el aire, y vi mi porvenir. Pero jamás compartiré el don de la oscuridad con nadie.

Tampoco contigo.

Daegeron de Narfaroth

Babilonia debe caer

Por Salomé Guadalupe Ingelmo

Ilustrador: the war fairy/ George Lovesy (Nueva Zelanda)

No creáis nada por el simple hecho de que muchos lo crean o finjan que lo creen; creedlo después de someterlo al dictamen de la razón y a la voz de la conciencia.

Buda

La diferencia entre un esclavo y un ciudadano

es que el ciudadano puede preguntarse por su vida y cambiarla.

Alejandro Gándara

uando el teniente O'neal entra en el cubículo de la capitán Jenkins, la encuentra entretenida practicando su deporte favorito: infligirse cortes en la cara interna del antebrazo, en la carne tierna cubierta por una delicada piel de alabastro casi translúcida, que revela el trazado de sus venas. Una piel que él ha besado en alguna ocasión.

La teniente, que maneja la cuchilla con la maestría del experto, observa fascinada cómo la sangre brota de cada nuevo corte. Aunque todos son pequeños, se vuelven cada vez más profundos. Está tan enfrascada en su tarea que ni siquiera le oye entrar.

—Perdón, capitán. He llamado a la puerta, pero quizá no me haya oído —dice incómodo.

Mientras habla se esfuerza por no mirar el brazo surcado de viejas cicatrices, costras y heridas frescas. Aunque la autolesión es una práctica frecuente entre los soldados y la población civil, y él mismo ha recurrido a ella en alguna ocasión, no soporta la idea de que la capitán desfigure ese cuerpo perfecto innecesariamente. Pero sobre todo le preocupa que la frecuencia y regularidad con la que disfruta de su pasatiempo sea indicio de un desequilibrio mental incurable.

A todos, en la base y en el resto de la ciudad —y por cuanto él sabe también en el resto de ciudades de la Confederación y en todo el mundo—, se les suministran los mismos fármacos para combatir la angustia y mantener a raya las fobias y manías. Sin embargo ha tenido oportunidad de escuchar retazos de conversaciones susurradas entre los doctores de su regimiento, y así ha descubierto que algunos individuos no responden positivamente al tratamiento. El desajuste entre el mundo en el que viven y el mundo en el que desearían vivir es tal que no lo soportan, y reaccionan aumentando su grado de agresividad. Aunque el teniente O'neal carece de formación médica, deduce que esa circunstancia ha de verse agravada en el caso de la capitán. Pues los militares, a diferencia de la población civil, no toman regularmente inhibidores de la agresividad. De hecho, a quienes son enviados a las fronteras más conflictivas, se les suministran potenciadotes de la misma durante las semanas previas a su partida.

—No se preocupe, teniente —la mujer abandona su tarea pausadamente, sin dar muestra alguna de pudor. No parece considerar su hábito un signo de debilidad. O, si lo hace, no le importa revelarse débil ante el capitán. Se siente cómoda con él. Y eso es algo que no le sucede con el resto de compañeros con los que se acuesta.

El ejército no permite que sus integrantes tengan pareja estable ni hijos —incluso reduce los encuentros con los padres y familiares estrechos al mínimo indispensable—, aunque ve con buenos ojos las relaciones entre los soldados siempre que sean esporádicas y de naturaleza puramente física. Se fomentan los encuentros anónimos, guiados por la urgencia de los impulsos sexuales, pero se persigue y castiga severamente cualquier comportamiento

sospechoso de romanticismo. No obstante el teniente le resulta muy estimulante. Tanto que a menudo irrumpe en sus sueños a pesar de los supresores químicos de la actividad onírica y del Supervisor del Sueño. No importa el contenido programado por los doctores ni la potencia a la que regulen el aparato. Los electrodos que colocan en su cabeza no logran evitar que él reaparezca cada noche. Incluso cuando está despierta, se convierte en protagonista de sus fantasías. Y a pesar de los riesgos que ello entraña, ha de reconocer que no está dispuesta a renunciar a ese pequeño placer.

Nunca han entrado juntos en combate, pero sospecha que, de encontrarse en una situación límite, los sentimientos que empieza a experimentar hacia ella podrían poner en riesgo a ambos. La primera regla de oro del buen soldado advierte de que cada uno debe pensar únicamente en sí mismo, es su propia seguridad. Sólo así se logra reducir el número de bajas. Por eso intenta con todas sus fuerzas apartarla de su mente. Aunque los indudables esfuerzos se revelan vanos.

—El coronel quiere verla en su despacho inmediatamente —anuncia tras una larga pausa durante la cual ha sopesado la posibilidad de que los superiores estén al corriente de su comportamiento anómalo.

—El avión les aproximará cuanto pueda a su objetivo, pero aún deberán realizar un largo recorrido por el desierto. Si se acercase demasiado, correrían el riesgo de ser descubiertos. Y es de vital importancia que el enemigo no se percate de su presencia hasta que hayan dado ustedes con la doctora Ahmad y la hayan sacado del campo en el que se encuentra. Es una gran oportunidad para obtener un ascenso. Espero que sepa agradecérmelo algún día —el coronel ensaya una mirada lasciva. Al no recibir ninguna respuesta, el hombre de mediana edad carente de atractivo decide dar por concluida la conversación con su subordinada—. Ahora más vale que mueva el culo y prepare su petate. El avión sale dentro de dos horas —espeta visiblemente irritado—. Por cierto, se me olvidaba: tiene usted que elegir a un compañero de misión. Dada la naturaleza de la misma, éste deberá ser necesariamente un hombre.

Es consciente de que su elección no resulta la más apropiada. Sin embargo, antes de que pueda darse cuenta, se oye decir: "el teniente O`neal, señor".

—Hay algo que no entiendo, capitán: si esa mujer ha sido capaz de encontrar la cura para la hipovolemia filoviridoica severa, ¿por qué el Bloque Árabe Unido no ha financiado sus experimentos? ¿Por qué la tienen encerrada en un campo de detención y reeducación en mitad del desierto?

—Porque ha sido muy crítica con el régimen. Y los disidentes no son tratados con mano blanda en el Bloque.

—No lo dudo. Pero la población civil no muere sólo en nuestra Confederación o en la Alianza Europea. Miles de personas sufren las consecuencias de la enfermedad también en el Bloque. ¿Acaso ellos son tan estúpidos o tan crueles como para no querer salvar a su gente?

—No lo sé, David —reconoce, llamando por primera vez al teniente por su nombre.

Una vez localizado el campo, empieza la parte más arriesgada de la operación: la capitán deberá infiltrarse en el recinto disfrazada de reclusa y ganarse la confianza de la doctora, hasta lograr convencerla de que escape con ella. Si el temor a las represalias o la suspicacia hiciesen ese plan inviable, tendría que reducirla y sacarla de allí por la fuerza.

—¿Cree que podrá hacerlo sola?

—No me queda más remedio. Yo puedo pasar desapercibida ahí dentro, pero para usted resultaría imposible.

—Ten mucho cuidado, Jane —implora el teniente mientras se esfuerza por atisbar sus ojos tras el tupido velo que los cubre.

Bajo esas incómodas mortajas es imposible distinguir a unas mujeres de otras. Se acerca a las reclusas y llama a todas por el nombre de la doctora. Pero lejos de obtener respuesta, sólo logra sembrar la desconfianza entre sus nuevas compañeras. Al poco todas la rehúyen como si fuese portadora de la hipovolemia filoviridoica severa. Hasta que un día despierta sobresaltada con una mano tapándole la boca.

—¡Tss! ¿Está loca? Si sigue así, conseguirá que la maten. Es usted de uno de los estados de la Confederación Americana, ¿verdad?

—¡Qué tontería! —replica.

—Habla bastante bien el árabe y su acento no está nada mal. Mientras siga limitándose a responder con frases cortas, dará el pego. Siempre y cuando deje de soñar en voz alta, claro está. Por cierto, ¿se puede saber quién es David?

La capitán Jane lleva demasiados años necesitando hablar con otro ser humano, y no se le ocurre nadie mejor que esa desconocida. Decide contarle sus intimidades, esas que jamás podría revelar a los médicos de la base sin arriesgarse, en el mejor de los casos, a un consejo de guerra.

—Sé que hay algo anormal en mí. No debería soñar, pero lo hago. Hace algún tiempo que los sistemas de sueño inducido no me sirven para nada. Cada vez más frecuentemente no veo las imágenes que mis superiores han ordenado programar para mí, sino otras totalmente distintas que escapan al control de los médicos y al mío propio. Por el momento he conseguido que mi anomalía pase desapercibida, pero acabarán por descubrirme antes o después. ¿Soy un monstruo, doctora?

—En absoluto. Soñar es la actividad más humana que existe. Yo diría que es usted una esperanza para todos nosotros. Una promesa para la raza humana.

—Hay algo más… —añade titubeante—. Me hago daño —explica con aire infantil mientras deja al descubierto su antebrazo.

—Es una reacción normal, propia de los individuos que padecen una gran ansiedad. Cuando se somete a un sujeto a una presión excesiva y éste no encuentra otra válvula de escape, desarrolla una agresividad que termina dirigiendo contra sí mismo. Es una reacción típica de los animales enjaulados. A usted la convencieron de que vivía permanentemente amenazada: el Bloque, que presuntamente pretende aniquilar su cultura; las recurrentes epidemias de hipovolemia filoviridoica severa… Es normal que se haya convertido en una olla a presión. Y por lo que veo, su organismo rechaza los inhibidores… —reflexiona en voz

alta—. Yo diría que es una buena señal. Muy buena señal. Quizá todavía haya esperanzas de volver a ser libres.

Durante los días sucesivos hablan mucho por las noches, mientras las demás duermen. Parece existir una cierta complicidad entre ambas. Aunque ésta se esfuma cada vez que la capitán recuerda el propósito de su misión. Entonces la doctora se pone súbitamente tensa. No está dispuesta a escapar. Y a la capitán le repugna la idea de tener que sacarla de allí contra su voluntad y recurriendo a la violencia. Por eso intenta evitar el plan alternativo y se esfuerza por convencer a su nueva amiga con argumentos razonables. Aunque es consciente de que no le queda demasiado tiempo. Cada día que pasa allí dentro, aumenta el riesgo de ser descubierta.

—Pero ¿por qué no quiere acompañarnos? ¿Por qué se obstina en condenarse a morir aquí dentro cuando podría ser libre?

—¿Libre? ¿Llamas libertad a lo que impera en la Confederación? Yo viví allí hace algunos años, cuando era una joven estudiante de medicina. Y recuerdo que la libertad consistía en un espejismo. Además merezco ser castigada. Ninguna pena logrará limpiar mi conciencia.

—¿A qué maldito lavado de cerebro la ha sometido su gobierno? ¿Cómo puede decidir inmolarse sabiendo que podría salvar usted a millones de personas?

—¿Salvar? ¿Qué dice usted, criatura?

—Si viniese con nosotros, la Confederación pondría a su disposición todos los medios necesarios para que fabricase usted la vacuna y el tratamiento contra la hipovolemia filoviridoica severa a gran escala.

—Ya veo. Sus superiores le han contado una sarta de mentiras. Yo jamás experimenté para encontrar su cura. Simplemente soy su creadora. ¿De verdad tú te crees más libre que yo? Mírate bien. Puede que yo viva prisionera bajo este velo, pero al menos me queda la esperanza: aún puedo soñar libremente por las noches. Tú ni siquiera sabes lo que es eso.

—No es cierto —se revela con un enternecedor mohín como si estuviese a punto de echarse a llorar.

—Y ¿qué sueñas, Jane? —pregunta la doctora en tono maternal.

—Quiero despertarme cada día sin pensar que algo terrible me amenaza. Sueño con un hombre. Con una familia y una vida tranquila, sin más miedo.

—Es el teniente O'neal, ¿verdad?

—Sí —se ruboriza la capitán.

—Entonces huye y llévatelo contigo, Jane. Escapa de tu mundo y también del mío. El mío no te permitirá hacer tu sueño realidad. Y el tuyo ni siquiera te permitirá soñarlo. Debes crear tu propio paraíso lejos de los hombres, querida. Si lográis sobrevivir, quizá podáis convertiros en unos nuevos Eva y Adán. Quizá logréis repoblar la tierra de seres verdaderamente humanos un día. Debéis encaminaros al sur, a las marismas donde, en tiempos de mis antepasados, se refugiaban los proscritos que se atrevían a oponerse al poder despótico de los palacios y templos.

—Pero eso se encuentra más allá de los límites de seguridad —exclama horrorizada—. Allí estaríamos expuestos a la enfermedad y pereceríamos en pocos días víctimas de dolores terribles. Perderíamos sangre por todos los orificios de nuestro cuerpo, los órganos internos se colapsarían y el sistema nervioso sufriría daños irreversibles en las primeras veinticuatro horas —recita de memoria los terribles síntomas aprendidos en el manual.

—¿Cómo puedes ser tan inocente? No has entendido nada, ¿verdad? Ese virus no existe. Nunca fue capaz de reproducirse de forma natural ni resultó contagioso. Podrías vivir junto a los afectados y comer de su mismo plato o mantener relaciones sexuales con ellos sin riesgo alguno. No se propagó por el mundo gracias a la extrema movilidad de la que sus pobladores gozaron antaño. Fue y sigue siendo una epidemia controlada, provocada por los gobiernos de cada uno de los grandes bloques para deshacerse de los disidentes y sembrar el terror entre la población. Para convencer a la pobre gente de que sin su protección quedarían a merced del enemigo. Fue la excusa perfecta para cerrar las fronteras y alimentar el miedo y el odio hacia los extranjeros en cada rincón del mundo. No existen los buenos y los malos, Jane. Sólo los reyes y los peones. Y de éstos últimos se puede prescindir sin ningún género de remordimiento. Tú no has sido enviada aquí para evitar que el Bloque siga produciendo el virus con mi fórmula o para conseguir un medicamento para los habitantes de la

Confederación que están enfermos. Tú no has sido enviada para liberarme, sino para raptarme. Lo que tu gobierno necesita no es una cura para su gente, sino alguien capaz de producir el virus en sus propios laboratorios. Alguien que les permita ahorrar la exorbitada cantidad de dinero que pagan cada año al Bloque para obtener las dosis del virus que serán inoculadas en los desafortunados elegidos.

Al Qurnah, 29 de mayo de 2065

A pesar de la gran labor que está realizando, la doctora aún no se ha perdonado. Temo que quizá no lo haga jamás. Sin embargo a menudo parece satisfecha cuando regresa de visitar a sus pacientes. Yo también me siento orgullosa, porque si no la hubiese convencido de que huyese con nosotros, ahora esta gente no tendría ningún consuelo. Pasa la mayor parte del día yendo de choza en choza para paliar el sufrimiento de quienes enfermaron en parte por su culpa. También estudia mi sangre. Está intentando sintetizar un bloqueador de los inhibidores empleados en la Confederación y en el Bloque, a los que yo me revelé inmune. Pero aun así le queda algo de tiempo para jugar con el pequeño David. Es un niño muy despierto y obediente. Quizá demasiado para mi gusto.

A veces su padre y yo le exigimos que ejecute órdenes estúpidas o a todas luces injustas. Y cuando él se dispone a acatarlas, le amenazamos con un castigo ejemplar. No somos sádicos: no pretendemos que viva en el terror, sino que aprenda a razonar por sí mismo y a decidir qué órdenes deben ser obedecidas y cuáles no. Queremos que sepa distinguir qué señores merecen respeto y obediencia y cuáles deben ser combatidos. Y así quizá un día se convierta en un moderno Moisés o un nuevo Espartaco para todos nosotros.

El Caminante Negro

Por Emilio José Ocampos Palomar

Ilustrador: Dusk of hallows/ Marcela Bolívar (Colombia)

ace a las doce y camina

cuando el pueblo duerme en cama

o en cuna a la luz de luna

y oscuridad sola habla.

Existe si no se ve,

muere oculto de mañana

cuando vuelve el ruido humano

y de nuevo todo engaña.

Deambula solo y negro

alejándose de espaldas

hacia nadie y aun así

se dice que lleva capa.

Un cuento, un misterio, un muerto

quizá vagante de alma

en pena añorando un cielo

donde no se entra sin alas.

Más arcano que la noche,

clandestino de una nada

negra que lo anega todo

por donde quiera que pasa.

Un viejo sueño de Nix,

un silencio que se apaga

melánico en un rincón

nunca se oyó su palabra.

Infinito, inmortal sobre

la cal de calles y casas

caminando negro sin

rumor ni ruido en las plazas.

Sólo sus zapatos negros

en la acera ritmo marcan,

el tempo de lo nocturno,

turno de quien solo anda.

Vecinos sienten su paso,

y rápido abren ventanas

y sólo tormenta ven,

lluvia nívea, nevada.

Hace frío, nieva, y niebla

y brumas de invierno ama,

etéreo extiende el viento

para acariciar las caras.

Leyenda de lugareños

que cada año les encanta

contar esta historia de

negro sobre blanco en plata.

Nadie lo ha visto, mas es

real en páginas blancas

de toda imaginación

predispuesta por las hadas.

Carina

Por Jorge Fernández Miranda Capote

Ilustrador: S.t./ Zdzisław Beksiński (Polonia)

ír su voz no era exactamente lo que llamamos oír una voz. Era algo parecido a ya haber escuchado esa voz.

Aquel día me eché en la cama a eso de las seis de la tarde para intentar descansar. No se trataba de una siesta o nada parecido, simplemente me eché a descansar. Cerrar los ojos, evadirme de la realidad y permanecer quieto mientras lo único que uso es la mente para controlar mi auténtica realidad; repasando la habitación ubicando cada cuadro, cada lápiz encima de la mesa, cada movimiento de los alrededores, agudizando el oído en busca de nuevas sensaciones. En definitiva, esperar a que los ruidos desaparezcan, que las imágenes del cuarto se desvanezcan, y despreocuparme de cualquier otra cosa que me acercara a este mundo.

Y en ese mismo instante ocurrió.

Mientras tenía los ojos cerrados, sentí como si alguien se sentara a mi lado. Sobresaltado, abrí los ojos y levanté el tronco. No había nadie, pero aun así su peso se sentía en las sábanas. Decidí volver a cerrar los ojos y seguir con mi descanso, pero aquello cambió mis oníricos pensamientos. *Sé que hay alguien ahí*, me dije, *y podía ser alguno de ellos*.

Desde pequeño había notado que estaban en casa. A uno le había visto en el salón: un hombre invisible que jugaba con el perro. Una sombra, por decirlo de alguna manera, que divertía

al perro mientras correteaba persiguiéndola por todo el salón. Pero aquel vacío que quedaba tras la sombra se rellenaba en mi mente con la imagen de aquel que jugaba con el perro: un hombre de mediana edad con una chaqueta marrón claro que no parecía notar que yo lo veía. He visto algunos otros, pero a la que más he visto es a la chica. Ella siempre está ahí. La primera vez la vi en el cuarto de mi hermana, pero era tan pequeño que supuse que sería un vago recuerdo. Además, nunca antes había visto a otro y no supe lo que estaba mirando ni cómo debía reaccionar. Las otras veces ya supe lo que era y pude comprender. Una sombra que me veía ver la televisión, el reflejo de una chica que huía de mi habitación, un oscuro destello cayendo por las escaleras.

Y siempre conseguía darme miedo. Me aterraba la idea de entablar contacto con aquellos espíritus o como queráis llamarlos. Aunque sólo he visto a dos directamente, no sé por qué, sé que también hay un hombre mayor con ellos. Nunca lo he visto, pero siento su presencia en casa. Y no es el único espíritu que he visto. A parte de los que he visto en casa, en una casa abandonada del barrio hay demasiados como para diferenciarlos. Tendríais que haberme visto dentro de la casa, viendo todo aquello mientras mis amigos hacían chistes sobre fantasmas. No sabía si reír o llorar.

Otra vez, tras enterarme de que un conocido murió, lo vi en mi cuarto, mirándome desde una esquina. Aquella vez estuve tan conmocionado que le mandé que se fuera. Fue como una orden, aunque no pensaba que fuera a funcionar. Aun así tras mandar la orden, el ente se perdió entre las sombras y supuse que habría funcionado. Una vez más, en otra ocasión, me desperté incómodo en mi cuarto. Notaba una presencia confusa que me hacía sentirme extraño. Tuve que bajar a la cocina y servirme un café bien cargado para despejarme. Pero cuando bajé, mi madre me dijo que un anciano con alzheimer que conocía había muerto aquella mañana. Cuando junté los cabos sueltos, el hombre se apareció frente a la mesa del salón. Estaba tan confuso que me lo pegó. Me quedé traspuesto durante unas horas, pero poco después su presencia desapareció y me quedé como nuevo. De alguna manera mi intención fue guiarle para que se fuera, siempre desde un profundo miedo egocéntrico.

Unos años más tarde supe que si yo no podía hacerles daño, ellos tampoco podían hacerme nada a mí. Aquel día, después de meses, casi un año de no haberlos visto ni pensado en ellos, noté aquella presión en las sábanas, como si alguien se hubiera sentado a los pies de la

cama. Eso no me impresionó. *Sé que hay alguien, y sé quiénes son*. Pero me extrañó mirar y no ver nada. Ninguna sombra, ningún sentimiento de aquel ente. Aun así seguía notando la presencia de alguien. No podía diferenciar quién de ellos era, y eso nunca me había pasado. Siempre los reconocía. Lo único que me decía que era ella es que era la que más se acercaba. Supuse que, tal vez, los demás tenían miedo pero que ella simplemente tenía curiosidad. Al igual que yo.

Sin atreverme a mirar, presa del pánico, hable con ella.

Su imagen venía a mi mente como si la mirara a los ojos desde mis más profundos recuerdos. Parecía tranquila. Una chica de unos dieciséis años, rubia, con un camisón blanco con volantes azules. Hable con ella, sin atreverme a mirar. Le dije que yo no pretendía hacerle daño, que simplemente lo extraño me aterraba; y sin recibir respuesta, supe que me tenía tanto respeto como yo a ella.

Momentos después ocurrió. ¿Sabéis ese momento de antes de quedarte dormido, cuando tu mente está en otro lado en el que ni siquiera te enteras de que estás a pocos segundos de caer dormido, cuando se te olvida todo y tu mente está vagando por cualquier parte, que de repente en tu mente caes o resbalas y abres los ojos mientras tu cuerpo intenta esquivar la caída? Pues en ese mismo momento escuché la voz. Se metió sin permiso por mi oído, sin ni siquiera atravesar la oreja ni nada. Apareció en mi mente sin pasar ningún control de calidad.

Cualquier otro sonido se habría manifestado en el cerebro por la puerta grande, sin esperar a que tu cerebro diera la señal de entrada. Era un sonido lejano. Entraba en la cabeza como las voces de la gente cuando no hay sonido alguno y lo único que oyes son las voces de los que te ha hablado durante todo el día y parece que están a todo volumen. Esta voz, si el sentido del oído tuviera un mapa y alguna que otra coordenada, estaría ubicada justo detrás del maldito pitido que suena por costumbre en tus oídos, pero que, según la creencia popular, enfatiza cuando hablan de ti y tú no estás delante.

¿Qué quieres de mí?, dijo la voz desde lo profundo de mi mente.

Pegué un bote de golpe y miré a mí alrededor. Nadie estaba cerca, ni siquiera aquella sensación de una presencia en mi cama. Me tumbé y cerré los ojos mientras repetía una y otra vez aquella voz en mi mente. *Qué quieres de mí.* ¿Realmente la había oído? Nunca había pasado antes, pero tampoco podía dejar pasar la oportunidad.

Contesté en voz alta intentando no abrir los ojos, cosa que no pude reprimir, pero cuando vi que no había nadie supe que la mejor forma de tener una conversación con ellos era con la mente, y no de la misma forma con la que se tienen las demás conversaciones.

Le dije que no quería nada malo. Que era perplejidad y desconocimiento. Que no les entendía y que sólo quería saber quiénes eran.

En aquel momento estaba desconcertado. Todo el mundo se ha imaginado alguna vez hablando con un fantasma. Habrá pensado miles de preguntas para hacer. Es una de las conversaciones que ha esperado el ser humano desde que se preguntó qué había al otro lado. Pero yo estaba en blanco. No tenía ni idea de por donde empezar. Por mi cabeza pasaron preguntas como ¿qué hay al otro lado? o ¿duele morir? Pero el miedo a que me lo enseñara en primera persona se plantó en mi mente y no quiso salir, así qué dejé a un lado aquella posibilidad.

Seguramente me perdí la mayoría de sus palabras, ya que no obtuve respuesta reconocible.

Entonces comprendí que aquél era mi momento. ¿Cómo se llamaba la chica? Era la gran pregunta que me estaba atormentando. Se había aparecido desde que les conozco, y no sabía nada de ella. Todo tiene un principio, así que se lo pregunté. No me costó demasiado escucharla.

Carina, dijo la voz.

¡Carina! Aquél era su nombre. Tantos años preguntándomelo y al fin lo conocía. Su nombre era Carina.

Son muchas las veces que me he preguntado si no estaré loco. He oído que los esquizofrénicos oyen voces, e incluso tienen alucinaciones. ¿Me pasará eso a mí? Es una opción que no descarto, pero eso incluye tener que desechar todas mis creencias sobre lo paranormal y lo extrasensorial, por decirlo de alguna forma. Hay tantos matices que sopesar que no soy capaz de echarlo por la borda y condenarme a mí mismo a la locura. Simplemente pienso como he pensado toda mi vida. En el fondo de mí mismo sé que están ahí, y desde que era pequeño los he visto y me he acostumbrado a ellos. Ya no tengo miedo y mantengo mi postura de que ellos me tienen el mismo miedo a mí que yo a ellos.

Pero ahí acabó todo. Hace días que pasó y no he podido volver a escucharla. Tal vez después de un tiempo vuelva a verla, y para entonces ya sabré como escucharla.

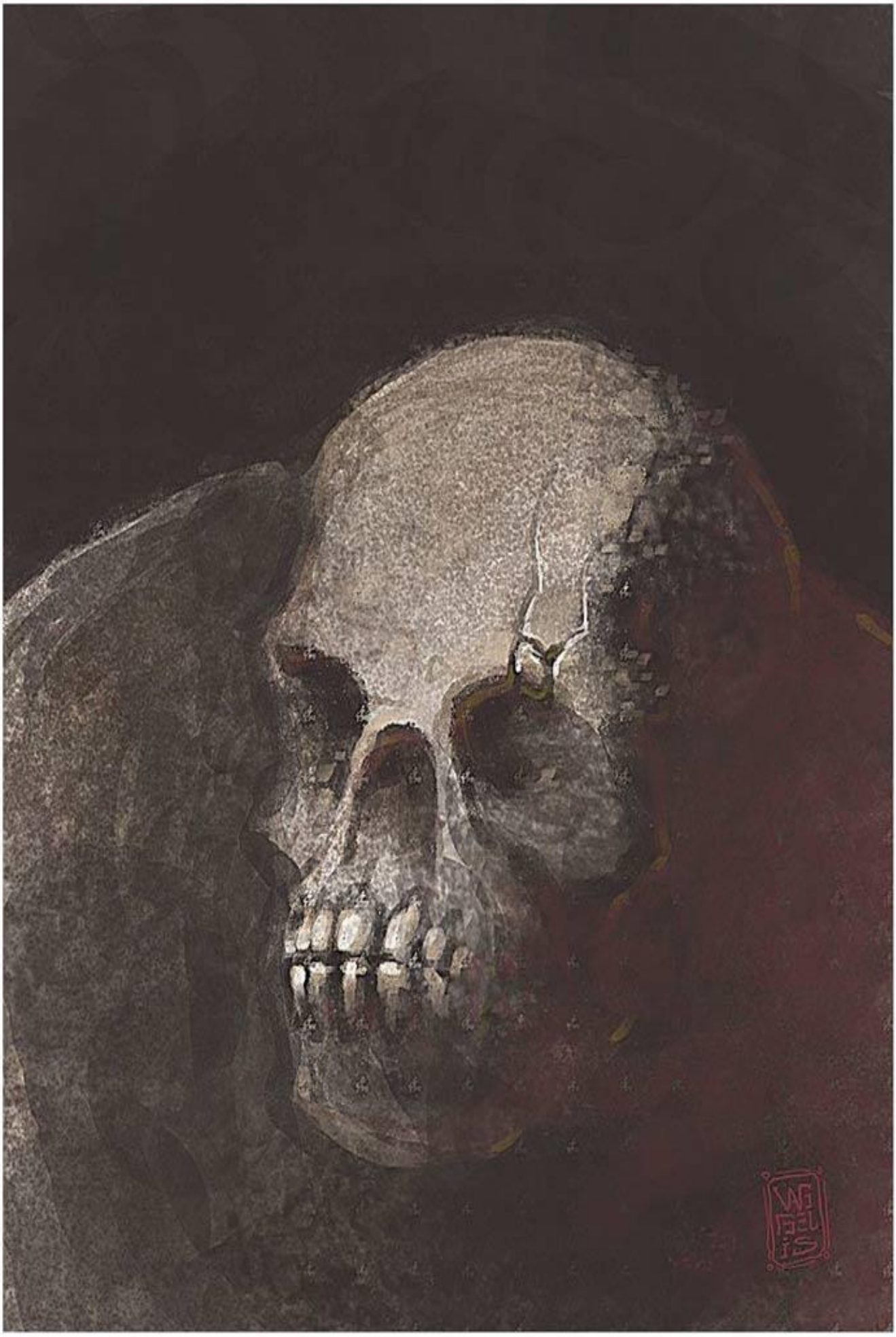
Detrás del pitido de los oídos.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que escribí esto. Meses quizás. Incluso años. Desde aquel día, desde que Carina me habló, todo ha sido como un fugaz destello. No he vuelto a saber nada de ella ni de los otros. Me he perdido en mi propia experiencia. Desde aquel día.

Han pasado tantas cosas... pero no les he visto. ¿Tendrán razón las series de la televisión? ¿Se irá esto con la edad? No creo. Igual es que no me fijo, que no los busco, que no los quiero buscar.

Puede que ya no los vea o que no los quiera ver, pero ahora ocurre algo diferente. Tengo la sensación de estar más conectado con las situaciones, incluso con la gente. He aprendido a reconocer las señales que me rodean. Aunque sí que es verdad que me falta por aprender. Me falta tanto por aprender...

Parece ser que no son fantasmas, que no son más que recuerdos de algún vago reflejo que ha quedado aquí plasmado. Quizás algún día existió Carina, o en algún momento existirá. Ya no creo que se trate de un fantasma, de alguien que haya muerto en circunstancias horribles o que haya dejado algún asunto sin resolver. Creo que son reflejos, pequeños destellos de ideas que se han perdido o que llegarán a formarse en algún lado. Puede que fuera yo mismo, que al escribir esto transmita mis ideas hacia el pasado, o que alguien en algún momento y en algún lugar, alguien que quizás se llame Carina, esté pensando en mí, al igual que yo en ella. Y tampoco lo comprenda. Y se sienta perdida. Ay, Carina... ¿Y si nos encontráramos, y si escucharas mi voz, y yo la tuya? ¿Y si ya lo hemos hecho?



De lo que aconteció a pedro arista en su vida como aprendiz de bandolero

Por Patxi Larrabe

Ilustrador: Dorian/ Vaggelis Ntousakis (Grecia)

epa Vuestra Merced ante todas cosas que a mí me llaman Pedro Arista, hijo de Francisco Arista y Marcelina López, naturales de Berango, aldea cercana a Bilbao, famosa por sus canteras y sus canteros, y sus piedras de las que llaman arenisca, las cuales forman parte de tantos caseríos.

Dicen que mi madre nunca me conoció pues, acorde con la costumbre de la época, murió mientras me daba a luz, arrimada a un carromato y atendida por una mula vieja. Yo sobreviví, y hubo gran regocijo por parte de mi padre, que el Señor le tenga en la gloria, pero criar es cosa de dos y, más que crío, pronto volvíme lastre.

—Pedro, hijo mío, recuerda que eres un Arista, descendiente de reyes navarros, y como tal habrás de procurar vivir.

Éstas fueron las palabras de mi padre, Francisco Arista, el que nació cuando la cornucopia miraba a otro lado, antes de subir al cadalso y vestir la soga. Hasta el día de hoy nunca nadie, muy a mi pesar, me ha aclarado por qué le ajusticiaron, y solo hallo consuelo en pensar que peor sería que el padre sobreviviera al hijo.

Y, así, conmigo mismo como compañero, determiné arrimarme a los buenos de la villa de don Diego, con la mano por delante y el «por Dios» en la boca hasta que, empechado de frugalidad y harto de la buena vida a la intemperie, partí a la costa en busca de mi tío Braulio, único familiar del que éste su servidor tenía conocimiento.

En este tiempo, en el que el Animoso aún no era más que el hijo de un grueso poblador marino de origen francés, las aguas turbias eran abundantes y los hombres de virtud escasos. Mi tío Braulio y su fiel amigo Gaspar, con ese espíritu emprendedor que a los vascos nos caracteriza, habían decidido probar suerte en tierras de minas y ferrones.

No se equivoque Vuestra Merced. Mi tío Braulio fuerte y bruto era, sí, pero demasiado vago para picapedrero o ferrón también. Raro era verle sudar por el trabajo, pues le producía en la piel brotes de urticaria que solo calmaba aplicando gachas de avena fría.

Mi tío Braulio y Gaspar habían hallado cobijo en una covacha de las que abundaba por la zona, bien resguardada del frío y de la lluvia, y habían apostado por hacer carrera en la muy noble profesión de bandolero, asaltacaminos y bandido. No se atrevían con las carretas cargadas de minerales que bajaban de los montes, siendo sus presas más bien los artesanos solitarios que acudían a las ferrerías buscando arreglar sus herramientas o fabricar alguna nueva.

Ya para entonces comprenderá Vuestra Merced que la sospecha me decía que jamás llegaría de Pamplona un heraldo real en mi búsqueda y, por las heridas que habían hecho mi sangre brotar en alguna ocasión, quedóme claro que ésta no era más limpia que el agua de un pozo. Así, me uní a mi tío Braulio y su fiel amigo Gaspar como aprendiz de bandolero y ayudante de asaltacaminos. Arista me llamaban, no sé si por respeto o por burla.

Cierto día como otro cualquiera, presentóse al atardecer en el camino un viejo de nariz prominente, pelo deshilachado y andar cansino, vestido con un sayo de color muy oscuro, casi negro, y con un jubón mejor alimentado que él a un costado. No parecía un artesano ni un campesino y tampoco parecía alguien del lugar.

Mi tío Braulio, Gaspar y yo estábamos encaramados a un árbol, vigilando el camino, y tan pronto como asomó la punta de la nariz del viejo, dio comienzo la cháchara habitual entre mis dos maestros:

—¿Viste eso, Gaspar? Ese carcamal está en los huesos. Y mira su jubón...

—¿Qué crees que será? ¿Un gitano, un judío...? —preguntó curioso Gaspar.

—¡Mentecato! Los gitanos están remando en galeras y a los judíos ya los echaron a palos. Parece más un apotecario... Igual está buscando plantas, ya sabes, para hacer ungüentos y mejunjes.

—Pues más me parece a mí un astrologo. Y esa nariz, fíjate lo larga que es: como el pico de un águila —insistió Gaspar, desconfiado.

—No hay nariz que se resista a mi Gallarda —sonrió, grotesco, mi tío Braulio con mucha burla.

La Gallarda era un garrote de roble que, al igual que en las novelas de caballerías, acompañaba en sus gestas a mi tío Braulio. Pero lejos de ayudarle a restablecer su honor, le servía más bien para perder el poco que le quedaba, si es que alguna vez había tenido alguno, y le emborrachaba de rufianería cada vez que lo empuñaba. Más de uno había perdido un diente o había oído sus costillas gritar al encuentro con la Gallarda.

—Todavía nos restan reales de aquel maestro carpintero que asaltamos la otra vez y tenemos vino para varios días. No creo que...

Pero antes de que Gaspar acabara sus palabras mi tío Braulio ya había saltado del árbol y encaraba al viejo, aireando la Gallarda en tono de amenaza.

—¿Qué asuntos le traen a Vuestra Merced por mi camino? Permítame que aligere el peso de su jubón y le ayude, maese Matusalén, a aliviar su viaje.

—Vuestra Merced sepa que, desde que Dios creó el mundo, no he necesitado de nadie que acarree mi jubón. Permítame, por tanto, continuar con mi andadura por éste su camino, maese Hurtador.

Tal fue la respuesta del astrólogo y quiso Dios alumbrar a Gaspar, siempre prudente y muy supersticioso con todas las cosas que rodean a los que estudian las ciencias secretas, y animarle a saltar del árbol también, conocedor de que tamaña provocación no haría más que avivar la ira del ya de por sí bravo tío Braulio.

—Disculpe Vuestra Merced a mi compañero y no tenga en cuenta sus palabras, anciano —entonó Gaspar, con cautela, agarrando con firmeza al basilisco.

—No hay misericordia en disculpar al necio o a aquel que se cree dueño de las cosas que no tienen dueño...

Éstas fueron las últimas palabras del viejo antes de que la Gallarda le hiciera callar para siempre de una calabazada en plena cabeza. El silencio atravesó el bosque y no se rompió hasta que mi tío Braulio, con risa bruta, arrancó el jubón de los brazos muertos del astrólogo y se puso a escarbar en él.

Gaspar se santiguaba y repetía una y otra vez que habían cometido un error, que a ese no había que matarle y que no les traería más que mala suerte. Yo bajé del árbol, callado, como siempre y observé el cadáver del viejo. Allí estaba, tirado, quieto, muerto... pero con la mirada serena, sin miedo, como si no habría pasado nada.

Lo que aconteció esa misma noche no pertenece a este mundo, ni al reino de Nuestro Señor, ni a nada que conozca el hombre honrado que nace, vive una vida modesta y muere acompañado de su familia. Pero cierto es, cierto como que hay Dios y como que no todo lo que mora en esta tierra es de esta tierra.

El jubón del astrólogo rebosaba de instrumentos fabricados en oro y plata y buen acero. Mi tío Braulio reía sin parar, su hombría bien hinchada, y hacía cálculos de los muchos reales que

obtendríamos vendiendo esos cacharros. Pero solo reía él. Digo esto porque su fiel amigo Gaspar, bandido por necesidad más que por vocación, era de la opinión de abandonar los instrumentos en alguna zanja y olvidar el asunto.

Al llegar a la covacha que nos servía de hogar, o de refugio al menos, fuimos testigos de un hecho sin par, que alimentó la superstición de Gaspar y nos dejó boquiabiertos a todos, incluido el bruto de mi tío Braulio: una piedra gorda y dura crujió y vibró, como un huevo del que va a salir un pollo, pero no fue un pollo lo que asomó, sino un sapo: enorme, baboso y repugnante.

Tal fue el susto que, presa del pánico, mi tío Braulio no supo qué hacer y, en un ataque de cordura y buen sentido, hizo bailar de nuevo a la Gallarda sobre nuestras cabezas para espachurrar al recién nacido sapo.

—¡Es una señal, Braulio! No mires el oro y la plata que adorna los bienes del astrólogo, sino a lo que nos está avisando. Y hablo a tu provecho, y al mío, y al de Arista también —repetió, temeroso, el prudente Gaspar.

—¡Cállate ya, si no quieres probar tú también la medicina de la Gallarda! Te ayudará a curarte de tanta supersitición y tontería —respondió el tío Braulio, mas lejos de hacer caso su enfado aumentaba por momentos.

Como comprenderá Vuestra Merced, ninguno de nosotros fue capaz de hallar sentido al sucedido del que habíamos sido testigos, pero tampoco ninguno quiso hablar más de ello. El vino corrió por nuestros gaznates y cuando el fuego se hizo brasa, me tumbé al fondo de la covacha a dormir, a pesar de que sabía que no sería capaz por esa noche de conciliar el sueño.

Y allí tumbado, cobijado por las sombras, y con los ojos bien abiertos sin poder dormir, sepa Vuestra Merced que conocí al terror, al miedo en estado puro, al horror que petrificó mis miembros y me robó mi inocente parpadeo.

Un esqueleto apareció en la entrada. El brillo de la luna se reflejaba en sus huesos emitiendo una luz pálida, mortecina, fría, que no alumbraba el cuerpo, sino la propia alma. El esqueleto se movía ágil, con brío, agitando brazos y piernas en un ritmo sugerente, una cadencia mortal.

La rojez del vino había conquistado las mejillas de mi tío Braulio. Su mandíbula se deformó en una mueca grotesca y trató de resistirse, temeroso, a la danza macabra del esqueleto. Pero fue en vano. Sus manos se tocaron y el ritmo, la cadencia, pasó de uno a otro sin esfuerzo. El bruto, el rufián, el bandido que se creía rey del mundo con su garrote por cetro bailó y bailó, y se retorció y se retorció, hasta quedar tendido en el suelo en una postura deformada, descoyuntado.

Gaspar se hallaba arrodillado, penitente, con los dedos de las manos cruzados con fuerza e implorando a Nuestro Señor el perdón. Lloraba y se arrepentía por no haber llevado una vida más cercana a la virtud. Suplicaba, mendigaba una segunda oportunidad y prometía pagar por todos y cada uno de sus pecados.

El esqueleto acercóse a él, con su danza macabra, y con voz cavernosa dijo:

—Gaspar, eres supersticioso y prudente y trataste de salvarme de la ira de tu amigo. No soy cruel sino justo, y por ello te perdono la vida, por ello y por hacer de la prudencia tu guía en esta vida; mas lejos de emprender el camino de la virtud, decidiste emprender el de la violencia y el robo y la holgazanería, y como tal sembraré en ti una marca que te recordará la equivocación que cometiste, una marca que será tu penitencia hasta el fin de tus días, pues cada vez que cierres los ojos, aunque solo sea para un fugaz parpadeo, verás tu propia muerte reflejada ante ti y de ella no podrás escapar.

Y así fue que Gaspar quedó maldito y desapareció de la cueva para pasar el resto de sus días expiando sus pecados.

En cuanto a mí, supondrá bien Vuestra Merced que sobreviví también al encuentro con el esqueleto. Acurrucado y petrificado como estaba al fondo de la covacha, arropado por mi manta, vi acercarse al esqueleto y no pude más que llorar y acordarme de mi madre, que como dije jamás conocí, pero por misterios de la vida, tuvo a bien aparecerse en mi recuerdo.

—No temas, niño —me susurró al oído, frío, el esqueleto y, tendiéndome su mano, me puso en pie y me acompañó hasta la entrada de la cueva. Allí yacía mi tío Braulio, retorcido.

El esqueleto se agachó y tirando fuerte de su mandíbula, despojó el cadáver de todos sus huesos, como cuando se despoja a un conejo recién muerto de su piel. Y con la misma facilidad se enfundó en la piel de mi tío, como si de un sayo nuevo se tratase.

—No temas, niño —repitió, pero esta vez no era un cráneo el que hablaba—. Acompáñame y te mostraré los secretos de la magia y de la alquimia, de la vida y de la muerte, de lo mortal y de lo inmortal. —Tendió su mano hacía mí.

Y así fue como abandoné mi vida como bandolero y me inicié en las artes ocultas, pero entienda Vuestra Merced que esa, es otra historia.

BASSO ART.COM

Descomposición[20]

Por José Manuel Mariscal Eligio

Ilustrador: Artifact/ William Basso (EE.UU.)

brió los ojos en mitad de la noche despertado por un ruido que no supo identificar en primera instancia. Ya antes de mirar a su lado su cuerpo notaba la ausencia de su esposa junto a él en la cama. Volvió a escuchar el sonido que le había despertado. Provenía del cuarto de baño.

Se levantó de la cama y se dirigió hacia allí. La puerta del aseo estaba abierta y la luz encendida. Se quedó de pie observando como su mujer se encontraba en el interior, de rodillas, vomitando en el interior de la taza del váter.

—¿Te encuentras mal?

En cuanto emitió la pregunta se dio cuenta de que era una cuestión bastante estúpida. Si estaba vomitando era obvio que se encontraba mal. Ella guardó silencio arrodillada reposando entre arcadas, con las lágrimas intentando salir de sus ojos y un hilillo de saliva colgando de sus labios.

[20] La antología "Dioses de Barro" (Amazon, 2012)

Apoyó a su mujer en el trance sujetándole la cabeza. No pudo evitar sonreír ya que recordó que la primera vez que se encontraron en la misma tesitura era debido a las náuseas que ella tuvo durante el embarazo. Acababan de mudarse a aquella casa por aquel entonces.

Sonó una voz infantil en el pasillo a sus espaldas.

—¿Mamá?

El padre se volvió y vio a su hijo de siete años en pijama en mitad del pasillo. Tenía muy mal aspecto, se encontraba realmente pálido. Sin dar tiempo a ningún intercambio de palabras, el chiquillo empezó a vomitar en el suelo del pasillo.

Al cabo de un rato tanto madre como hijo estaban acostados en sus respectivas camas. El padre les había acomodado y colocado junto a cada uno una escupidera por si volvían los vómitos. Supuso que el malestar había sido provocado por algo que ambos habían comido, pero le desconcertaba que aquella noche los tres habían cenado exactamente lo mismo. Mientras pensaba en ello miró por la ventana del cuarto de su hijo. Ya empezaba a amanecer, no merecía ya la pena volver a acostarse.

Dejó que su familia siguiera durmiendo. Habían pasado una noche horrible y al fin y al cabo era sábado y no tenían que ir a ninguna parte. Se preparó un café con leche y una tostada con aceite. Mientras desayunaba escuchó la voz de su mujer llamándole con voz enferma. Se levantó inmediatamente y con un pedazo de pan caliente aún en la boca se presentó en el dormitorio.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras peor?

—Más o menos igual. Me duele muchísimo la cabeza. Haz el favor de traerme un par de aspirinas. ¿Cómo está el enano?

—Creo que tiene exactamente lo mismo que tú. Debe ser algo que ambos habéis comido.

—Anoche cenamos los tres lo mismo y tú estás bien.

—Bueno, no sé. Cada organismo es un mundo.

Su mujer mostró gesto de no tener ganas de hablar y se recostó de nuevo con el brazo sobre la frente. Marchó hacia el baño, donde se encontraba el botiquín con las medicinas y cogió un par de aspirinas. Igualmente cogió aspirina infantil, ya que supuso que a su hijo le dolería la cabeza también si padecía el mismo mal que su madre. Tomó un par de vasos de agua de la cocina. Dejó uno junto con las aspirinas en la mesita de noche del dormitorio de matrimonio y entró con el otro y la aspirina infantil en el cuarto de su hijo. El chico estaba despierto pero tenía un aspecto horrible.

—Tómate esto. –le dio el vaso de agua y la medicina. Con gesto de desagrado el niño obedeció. Sin mediar palabra volvió a echarse en la cama.

Tomó los dos vasos vacíos y se fue a la cocina. Cuando quiso retomar su desayuno estaba frío.

Ninguno de los dos mejoró durante el día. No quisieron probar bocado alguno y de vez en cuando empezaban a vomitar. La noche fue igual que la anterior y ninguno de los tres pudo tener un sueño reparador. En la mañana del domingo tomó una decisión y se lo dijo a su mujer.

—Voy a llamar a Víctor y le voy a pedir que venga.

Víctor era un amigo suyo desde los tiempos en que ambos iban al instituto. Era médico. No contestaba al teléfono así que decidió mandarle un mensaje de texto al teléfono móvil explicándole la situación. La respuesta llegó en poco tiempo. Víctor iría pero tardaría una hora en llegar. Apareció tras la puerta hora y media después.

—Agradezco que hayas venido

—Algo raro está pasando.

—¿Cómo?

—No eres el primero que me llama entre ayer y hoy para que vaya a ver cómo se encuentra alguien enfermo, y todos aquellos a los que he observado tienen los mismos síntomas.

Un silencio surgió entre ambos.

—¿Cada uno está en su dormitorio?

—Sí.

—Iré a ver.

Víctor hizo las preguntas y análisis que estimó oportunos. Finalmente le dijo que le acompañara al salón y se sentó pesadamente en el sofá.

—Tienen los mismos síntomas que todo el mundo.

—¿Crees que hay algún tipo de virus extendiéndose por la población?

—No lo sé, la verdad.

—¿Crees que puede ser grave?

—Los síntomas no son diferentes de los de una gastroenteritis cualquiera. Sinceramente, no creo que sea grave. Lo que es sorprendente la rapidez con la que se ha extendido, de la noche a la mañana. Las farmacias de guardia que he visto no daban abasto con tanta gente comprando medicinas. He hablado con un compañero del hospital y la sala de urgencias se encontraba a rebosar.

—Supongo que yo me acabaré contagiando también si es un virus, ¿no? He estado expuesto a los dos todo el tiempo.

—Bueno, aunque no conozco el origen de la enfermedad, visto como se está extendiendo, es bastante probable.

Víctor se despidió y marchó a casa conduciendo. Mientras lo hacía otro conductor no pudo resistir la necesidad de vomitar y al hacerlo perdió el control de su coche, que se estrelló contra el del médico, muriendo ambos en el acto.

Pasaron tres días.

Su mujer y su hijo se consumían. Cada vez estaban peor. Llegó un momento que les obligó a comer por la fuerza pero inmediatamente vomitaban aquello que ingerían. No sabía qué hacer.

El pánico empezó a embargarle cuando se asomó a la terraza y vio como varias personas sacaban en camilla de un portal un cuerpo totalmente cubierto por una sábana. Fue cuando empezó a notar que el hedor tanto de su casa como de la calle empezaba a hacerse insoportable.

Pasaron seis días más.

Asomado a la terraza durante ese tiempo observó como la gente seguía sacando cadáveres de las casas. Llegó un momento en que podía observarse esa escena en varios portales a la vez, incluso paseaban contenedores de basura para ir metiendo dentro todos los cuerpos que pudieran. Luego el ritmo fue disminuyendo hasta que cesó completamente. Sabía que no era porque había dejado de morir gente, sino porque ya no quedaba nadie para transportar los cadáveres. Podía desde su ventana observar el interior de otras casas con gente fallecida en el suelo en medio de un charco de vómito. Su mujer y su hijo habían muerto también. Pero él se había ocupado de que lo hicieran con dignidad, limpiando los vómitos y los orines que expulsaban. Y por nada del mundo iba a tirarlos en un contenedor de basura, no. Cuando murieron sacó los cuerpos de sus respectivas camas, los bañó y los vistió como si fueran a ir a una boda. Limpió toda la casa para ahuyentar en todo lo posible ese mal olor al que había llegado a acostumbrarse y los acostó a ambos, uno junto al otro, en la cama de matrimonio. Se sentó a su lado observándolos durante horas. Parecían dormir. En todo ese tiempo sólo fue capaz de decir una frase en voz alta.

—¿Por qué yo no enfermé?

Cuando el hedor empezó a notarse de nuevo decidió marcharse. No se iba a quedar allí viendo como ambos cuerpos se descomponían. Cogió toda la ropa y utensilios que pudo y la poca comida que quedaba en el frigorífico y marchó a la calle sin saber a dónde dirigirse.

Durante toda la convalecencia de su familia su único contacto con el mundo exterior había sido a través de la ventana de la terraza y de la televisión, hasta que ésta dejó de emitir. Ver el dantesco espectáculo a pie de calle le pareció como introducirse dentro de una película que hubiera visto en algún canal. Cuerpos pudriéndose por doquier, contenedores de basura llenos de cadáveres, mares de vómito en las calles, coches estrellados y sobre todo, un olor cuya peor cualidad era que ya no le molestaba.

Caminó por las calles desoladas durante horas, intentando encontrar a algún otro superviviente. No sabía cuánto tiempo llevaba caminando cuando lo encontró. Sentado en el banco de un parque encontró un hombre de edad avanzada leyendo. Pensó que quizá debería alegrarse por el descubrimiento, pero realmente el único sentimiento que experimentó fue una pequeña sorpresa.

—¡Eh!

El lector levantó la cabeza para mirarle.

—Buenas tardes.

—Llevo horas caminando buscando algún otro superviviente hasta que le he encontrado. ¿Sabe de alguien más?

—He visto un par de personas. Ayer vi a un hombre más o menos de su edad y esta mañana vi a una mujer joven.

Le sorprendió la pasividad al hablar de aquel lector. Parecía no darle importancia alguna a haber visto a otros supervivientes.

—¿Habló con alguno de ellos?

—No, sólo intercambiamos un gesto de saludo. No nos dirigimos ni una palabra. Usted es la primera persona con la que hablo en bastantes días.

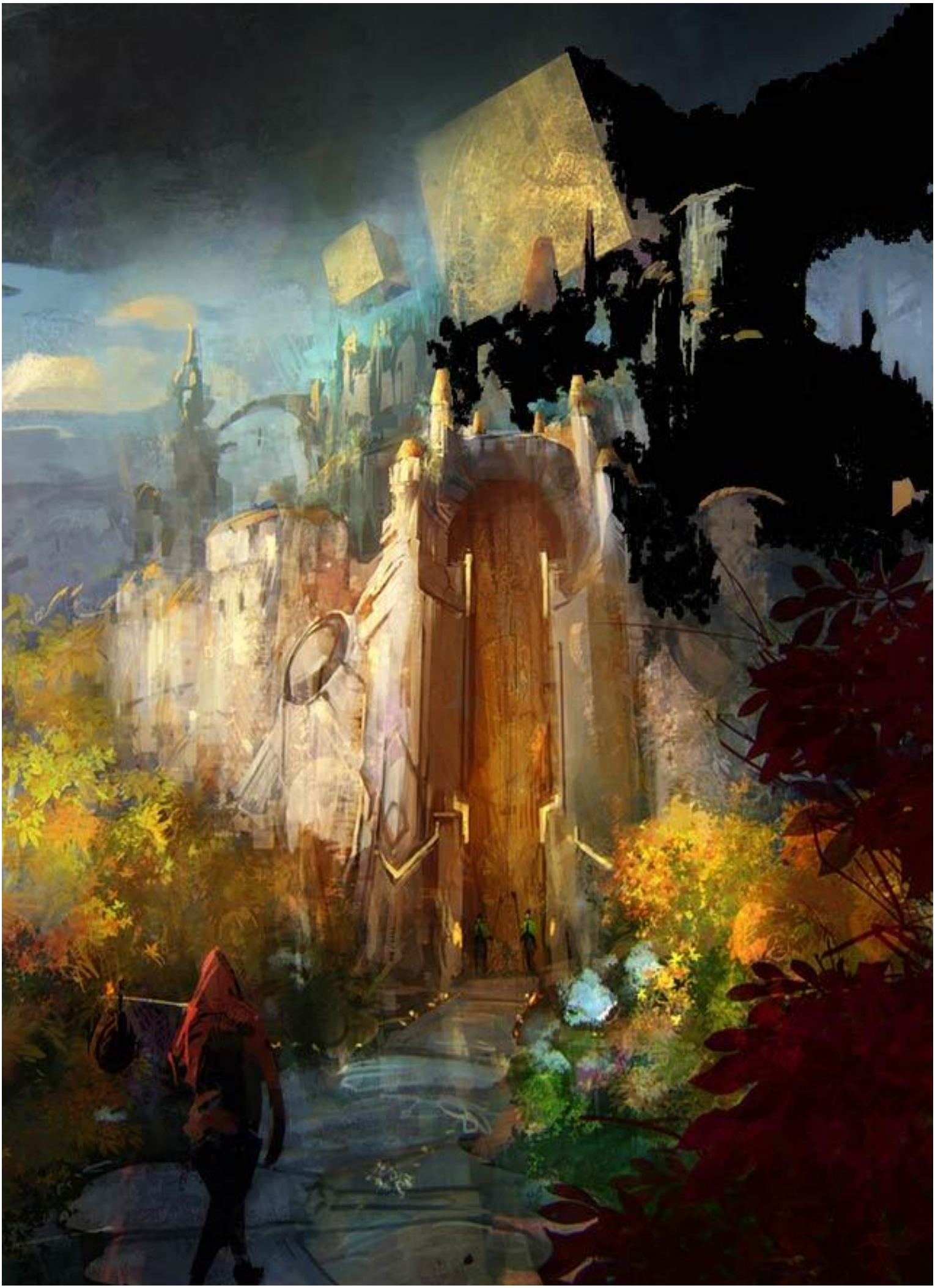
No podía entender nada. No entendía cómo los escasos supervivientes que quedaban no tenían el más mínimo interés en interactuar para ayudarse mutuamente. El lector volvió a bajar la cabeza hacia su libro.

Caminó durante varias horas más por la ciudad. Se encontró con cuatro o cinco personas. Intentó entablar conversación con ellas, pero algunas se limitaban simplemente a mirarle antes de continuar su camino sin decir una palabra. Otras le saludaban y posteriormente tenía lugar una conversación similar a la mantenida con el viejo lector del parque. Nadie tenía interés en hablar con nadie.

Al cabo de un tiempo decidió que no había nada más que hacer. Entre el equipaje llevaba una soga. Amarró un extremo de la misma a una rama de un árbol. Trepó al árbol como pudo y se sentó en la rama mientras anudaba a su cuello el otro extremo de la soga.

—Afortunadamente enfermaron ellos.

Fueron sus últimas palabras antes de saltar.



Desnudo bajo la lluvia[21]

Por Athman M. Charles

Ilustrador: City/ Mikhail Rakhmatullin (Rusia)

fuera sopla una dulce y fresca brisa. Infinidad de aromas, cargados con cientos de matices distintos, nos traen a la memoria imágenes de nuestra infancia. Aquellas tardes recogiendo flores para mamá. Soleadas mañanas en las que salíamos con mi hermano a caminar entre los pinos. Días de verano, en los que nos íbamos todos a la piscina, donde nos pasábamos horas jugando en el agua mientras nuestros padres preparaban la barbacoa.

Miro por la ventana y veo, con cierto sentimiento no carente de nostalgia, como se mecen las ramas de los árboles, animadas como por arte de magia.

Las nubes, de un blanco azulado y desteñido, se desplazan sobre nosotros, formando un curioso e hipnotizante efecto de claros y sombras.

Me rasco. Pica mucho.

Tu mirada es de desaprobación. Leo en tus ojos un reflejo que intentas ocultar, pero me resulta fácil detectar tu repulsa. Sé que tienes miedo. El asco que sientes cuando me miras escapa

[21] Antología 15 instantáneas

a tu control, por mucho que intentes reprimirlo. Se te nota en la forma en que parpadeas, en como arqueas las cejas o evitas mirarme directamente.

Es insoportable. El picor va y viene, en oleadas que empiezan por la parte superior de la espalda y se extiende por toda su superficie. Como una descarga, recorre mi piel y es como si alguien activase un interruptor.

Me rasco. Y lo hago con frenesí, con desesperación. Ni siquiera el hecho de llevar puestas las manoplas evita que lo haga.

La comezón es tan intensa que no logro abstraerme de ella. Lo intento. Durante un segundo, el mirar por la ventana me ha permitido desbancarla, aislarla hasta convertirla solo en una especie de rumor tolerable, pero el momento ha sido efímero.

Me rasco. Ahora el picor se sitúa en el brazo, otra zona castigada. Una enorme roncha, que llega desde la muñeca hasta el codo, está en carne viva. Es una herida supurante, cuyos bordes han adquirido un extraño color marrón oscuro, con vetas azules que van y vienen. Sigo rascando hasta que sale sangre, la cual poco a poco va extendiéndose y ensuciando de nuevo los guantes.

Me retuerzo en una extraña mezcla de placer y dolor. Eres incapaz de contemplar semejante espectáculo y te refugias en la cocina, con la excusa de ir a buscar algo de beber. Sabes muy bien que no servirá de nada. Ni a ti para obviar lo evidente, ni a mí para evadirme de esta lenta agonía. Tu marido se cae a pedazos y no es una frase hecha. La piel en jirones, las pústulas hediondas que no dejan de reventar. Ojalá pudiéramos ahogarnos en el fondo de una botella. Todo sería mucho más sencillo. Al principio, cuando fui consciente de lo que me ocurría y supe que aquello no era tan solo los síntomas de algún tipo de alergia, cuando el sarpullido era apenas una pequeña manchita granulosa, un prurito sin aparente importancia, el alcohol me aliviaba. Pero ya no. Esto se me come vivo y no hay modo de aliviar mi carga.

Intento llevar a mi mente a otro lugar, entretenerla lo suficiente como para que olvide por un momento la ansia que me embarga. Vuelvo a mirar por la ventana.

La brisa va adquiriendo fuerza, soplando cada vez más fuerte. Los árboles se balancean con fuerza. Hojas, bolsas de plástico, envases y papeles son arrastrados calle abajo, cuando no elevados a las alturas, hacia el cielo, iniciando un viaje de destino incierto.

Mientras pienso en ello, de un modo inconsciente he empezado a rascarme de nuevo, esta vez en la cabeza. En lo que una vez fue un cráneo cubierto de poblada cabellera, mi mano izquierda frota casi con lujuria la costra arrancada y sangrante que cubre toda mi testa.

Apenas me queda pelo, en pequeños mechones lacios y de aspecto enfermizo esparcidos aquí y allá. La herida apenas sangra. Lo que me preocupa es el color amarillento tan extraño, que ha adquirido la carne en su interior. Y ese olor nauseabundo que desprende cuando la toco, cuando la rasco, cuando profundizo en su interior, en el impulso irrefrenable intentando calmar el picor. No tanto la roncha en sí misma, sino la sustancia lechosa que emana de ella.

Sigo rascando, ampliando sin darme cuenta el área afectada. La oreja izquierda no es más que una protuberancia hinchada y deforme, en la que ya no queda piel y cuya carne he llegado a arrancarme en uno de los furiosos ataques en los que desearía hacer lo propio con el resto de mi cuerpo. Extirparlo, arrancármelo de cuajo, desprenderlo de mi ser y terminar con esta tortura.

Vuelves a llorar. Sé que no puedes evitarlo. Debe ser horrible ser testigo de esto. No te envidio. Te encoges en el sofá, agarrándote las rodillas y balanceándote atrás y adelante, mientras sollozas de impotencia.

Yo no puedo hacer otra cosa que seguir contemplando el jardín. La tormenta ya está aquí. Las ráfagas de viento golpean la fachada y los cristales. Los arboles pugnan por no caer, mudos ante el castigo que reciben. Caen las primeras gotas lluvia, empujadas con fuerza por el vendaval. En seguida, esas gotas se multiplican y sin previo aviso, estalla la tormenta.

Los rayos ofrecen un espectáculo único, con una banda sonora de excepción. Los truenos se suceden, en un tono tan alto que por un momento, pienso que suenan artificiales, como si alguien se hubiera dejado el volumen demasiado subido.

El repicar de la lluvia contra las cristaleras y el tejado, acaba por dar forma a una coreografía maravillosa.

Y yo sigo rascándome. Me despojo de la camiseta. El pecho descarnado, el estómago convertido en una ulcera brillante y húmeda, de una extraña tonalidad, mezcla de rojo y amarillo enfermizo.

Me deshago de los pantalones del pijama y la ropa interior. Piernas en carne viva. Mis nalgas son una costra levantada.

Soy un ser despellejado, una llaga que respira.

Tú no dices nada. Sabes que no hay nada que puedas hacer. Ninguno de nosotros puede….

Me quito las manoplas y las arrojo a un rincón. Arranco la piel con mis uñas. Hundo mis dedos en las heridas, me arranco partes de mí mismo… Y en un último momento de lucidez, sé que es lo que debo de hacer.

Salgo al exterior, en medio del jardín. Desnudo, desollado. Un cuerpo mutilado y sin piel.

La lluvia torrencial me envuelve, me aplasta, me subyuga, me posee. El viento me zarandea, me arrastra, me empuja… Y desaparezco.

El héroe, en peligro

Por Ricardo Manzanaro

Ilustrador: S.t./ Joel Chang (EE.UU.)

En aquel momento, el héroe se apercibió que el cielo había sufrido un súbito oscurecimiento. Seguidamente escuchó un extraño ruido a sus espaldas. Al girarse, su rostro compuso un gesto de terror, al descubrir la amenaza que se acercaba por el aire. Una escuadrilla compuesta por decenas de descomunales murciélagos se abalanzaba sobre él. Sin embargo, el tipo no retrocedió ni un paso. Armado con una pistola y un palo, se dispuso a hacer frente a aquella horda de abominables seres, mientras chillaba "¡No podréis conmigo!". Con increíble destreza, el hombre fue eliminando a los alados monstruos que se cernían sobre él. Cada bala que salía disparada de su pistola mataba al menos a dos murciélagos, y cada sacudida de su palo tumbaba a cuatro o cinco. A pesar de ello, el último bicho que quedaba vivo hizo blanco en su cuello, mordiéndole. El héroe, sin inmutarse, arrancó el murciélago de su piel, lo lanzó al suelo, y lo aplastó de un pisotón, mientras sentenciaba "¡Muere, bicho asqueroso!".

—Bravo, bravo – escuchó a alguien pronunciar aquellas palabras a su espalda, mientras aplaudía – Bonita exhibición. Pero no te servirá de nada frente a mis invencibles poderes – terminó la frase casi gritando

El héroe se giró con rapidez, topándose con un siniestro ser que le contemplaba desde un promontorio. Con algo más de 2 metros de altura, y embutido en una negra capa, el espectro sonrió, exhibiendo unos afilados y gigantescos colmillos como escarpias, de los cuales se

desprendían gotas de sangre. Era Súper-Drácula, su más terrible enemigo. Al mostrarse una impactante imagen en contrapicado del espectro, elevando los brazos cubiertos por la capa y amenazando al héroe, se desató en el recinto una barahúnda de chillidos.

—¡No podrás conmigo! ¡Ser inmundo! —chilló el protagonista, haciendo ademán de lanzarse hacia el vampiro.

Pero, en ese momento, se escuchó un potente rugido por detrás del héroe. Este giró la cabeza con rapidez. En el siguiente plano se pudo ver a un ser peludo, surgiendo de las tinieblas, con garras en vez de dedos, amenazando con clavarse en el cuerpo del héroe. Era el Hombre-Lobo.

De nuevo, numerosos gritos y exclamaciones atronaron la sala. La pantalla de cine mostraba la imagen de los dos monstruos rodeando al galán. Entonces, vampiro y licántropo, dando inverosímiles saltos, se abalanzaron sobre el héroe. Y, en ese preciso instante, la imagen quedó congelada, con los dos espectros en el aire, a punto de caer sobre el protagonista. Se escuchó en la sala una voz en "off", que, con tono grave y solemne preguntó:

—¿Podrá escapar el héroe de esta terrible amenaza? ¿Acabará el Hombre-Lobo con él? ¿Será finalmente la victoria del vampiro? Todo se sabrá en la próxima entrega de las emocionantes aventuras de nuestro héroe, el Súper-Explorador Indiana Livingstone, que llevará por título "Dentelladas de Hombre-Lobo".

Las siguientes palabras del locutor, anunciando la venta de muñecos, pins, pegatinas, carpetas y camisetas del héroe o de sus enemigos, resultaron difícilmente audibles, ante los gritos, aplausos y pataleos de los chavales que abarrotaban la sala.

Y todo aquel jaleo quedó en silencio monacal cuando los intérpretes comenzaron a salir al escenario a saludar. Primero se adelantó Súper-Drácula, que compuso un gesto amenazante, mientras gotas de un fluido grumoso de color rojo caían de colmillos e uñas. El vampiro se mantuvo impertérrito en aquella posición, a pesar del inmisericorde ataque de los niños, llamándole de todo, y lanzándole palomitas, chicles y otros proyectiles de ignota composición.

Entonces se escuchó un potente rugido, difundido por los altavoces del cine, tras lo cual surgió el Hombre Lobo, armado con unas kilométricas uñas.

Cuando la atención de los críos se desvió hacia el nuevo monstruo, Súper-Drácula se retiró con discreción, encontrándose en un recodo aledaño con el tipo que interpretaba a Livingstone, que le saludó con una leve elevación de cejas. El vampiro se internó por pasillos y estancias del cine, sorteando puestos de venta de chucherías o de merchandising, o a otros individuos vestidos de semejante estrafalaria manera a la suya. Por fin accedió al despacho del secretario de personal de "Terrific Studios". El susodicho, al verle, se libró con rapidez de un tipo con el que estaba conversando, y atendió al vampiro, que no se había retirado nada del vestuario o del maquillaje.

—Me voy antes que mi compañero – explicó Súper-Drácula, y refiriéndose al Hombre-Lobo – porque tengo que ir a la tarde al rodaje de la película de los extraterrestres.

—Ah, si, es verdad – corroboró el otro.

—…pero me abona a mi el dinero de mi trabajo y el de Lobo

—Vale, perfecto —el administrativo comenzó a preparar el cheque— aprovecho para anunciarle que ya está en nuestro set de maquillaje. Está dotado con los últimos avances técnicos y …

—Gracias… —interrumpió el vampiro, mientras se levantaba, nada más guardar el cheque en un bolsillo de su capa— Preferimos seguir como hasta ahora, y venir ya maquillados. No es que dudemos de la calidad de sus servicios —aclaró el tipo, al ver el leve gesto de estupor del secretario—, pero es que ya tenemos nuestros maquilladores, que llevan muchos años con nosotros, y son tan de la casa como los intérpretes.

—Vale, vale, como quieran. Pero que sepan que está disponible el servicio.

- Perfecto, muy amable – dijo Súper-Drácula, inclinando levemente la cabeza, al igual que hacía su personaje -. - Entonces, para mañana me dijo que necesitaban 6 zombis para dos rodajes diferentes.

—Eso es.

—Bien, mañana estaremos a la hora convenida. Ahora, si tiene la amabilidad de llamar al taxi

—Si, ya le está esperando en el exterior.

El vampiro volvió a saludar al secretario. Seguidamente salió por una puerta trasera de servicio, lo cual no evitó que fuera visto por algunos transeúntes, que no expresaron ningún gesto de terror, sino que sonrieron ante la peculiar escena.

Minutos después, Súper-Drácula abría una puerta, que exhibía en el exterior una placa con el siguiente lema: "Fantastic Human S.A. Recursos Humanos para el cine fantástico y de terror".

El vampiro, nada más acceder a las instalaciones, se topó con una momia y un diablo, que charlaban en una esquina del hall

—¿Qué tal ha ido? —Le preguntó el demonio

—Buf, insoportable. Lo de las presentaciones en los estrenos es lo peor del trabajo. A ver si algún día hacen una película que se titule "El vampiro contra los espectadores", y les hinco el diente a un montón de esas pequeñas bestias.

—Ja, ja —rieron los dos monstruos.

En ese momento entró el zombi jefe de personal.

—Oye ¿Está todo arreglado para mañana? —preguntó el vampiro— Me dijiste que había problemas con uno de los zombis.

—Si está regular de salud, anda algo inapetente… —explicó el zombi -. Pero no hay problema, le sustituyo yo, y así ya estamos los seis.

—Ah, vale.

Tras despedirse de la momia y el demonio, a los que se había sumado un fantasma, los dos entraron en el despacho de "Personal", y comenzaron a revisar los proyectos pendientes.

Primero valoraron una estrategia puesta en marcha hace unas semanas, para diversificar la oferta.

—Ya ha contestado el agente de la zona asiática. De los tres yetis localizados, dos son lerdos perdidos, y no hemos podido hacer nada con ellos. Pero el otro parece que sí entiende el asunto. Esta de acuerdo en términos generales, pero no quiere moverse de ahí…

—Bueno, vale, no hay problema. En cuanto consigamos formar el grupo de rodaje asiático, eso ya no será problema.

—Si, además nos va a salir más barato que aquí, porque en esa región se cobra mucho menos —apuntilló el zombi, que luego continuó informando al vampiro—. Luego, donde veo que vamos a tener que modificar nuestros planes es en la saga de Lovecraft. Trasladar a Cthulhu al set de rodaje nos sale una pasta, con lo grande que es. Entonces habrá que hacerlo en el plató que alquilamos hace unos meses, que pilla cerca de donde habita.

—Bueno, qué se le va a hacer. Yo creo que va a ser un puntazo en la taquilla, y va a compensar - comentó el espectro, que seguidamente levantó un poco la mano, sacando del puño del dedo índice, aún manchado del sucedáneo de sangre, a modo de advertencia—. Remárcales a los guionistas que no se les vaya la mano. Tenemos que evitar que nos casquen la calificación "R", y entonces no lo puedan ver los chavales

—No, si el problema no son los guionistas, sino convencer a Cthulhu… que dice que su personaje así resulta amariconado perdido. Le he conseguido comer el coco, diciéndole que si va bien, nos podríamos arriesgar a hacer una saga de casquería, y entonces ahí podría sacar a relucir su talento, y, bueno, parece que le he convencido.

—Estupendo –el espectro miró a su reloj— Buf, ya es la hora —Se levantó– Voy a dar una chupadita rápida, y me largo para el rodaje…Menudo estrés que me está dando la vida moderna. Con lo contento que vivía hincándole el diente a algún ingenuo, y luego a vivir.

El otro le rio la gracia. Pero, mientras iba en la camioneta hacia el exterior donde iba a rodar, recapacitó y valoró como, al contrario que el chiste que había hecho, su vida y la de la de los otros monstruos había mejorado significativamente desde que se le ocurrió la idea de

ofrecerse para intervenir en películas de terror. Antes buscando ansiosamente víctimas con las que saciar sus necesidades, ocultándose, siempre acosado por el temor a ser descubierto, a que algún caza-vampiros le descubriese, y su cuerpo acabase atravesado por una estaca. Y ahora, en cambio…¡si hasta tenía un club de fans!. Desmontó de la camioneta, y se dirigió a la zona de rodaje.

Tres horas después, un viscoso y repugnante alienígena bramaba al cielo, mientras Drácula yacía en el suelo, con una gigantesca estaca clavada en su esternón. Por fin, se escuchó el esperado grito

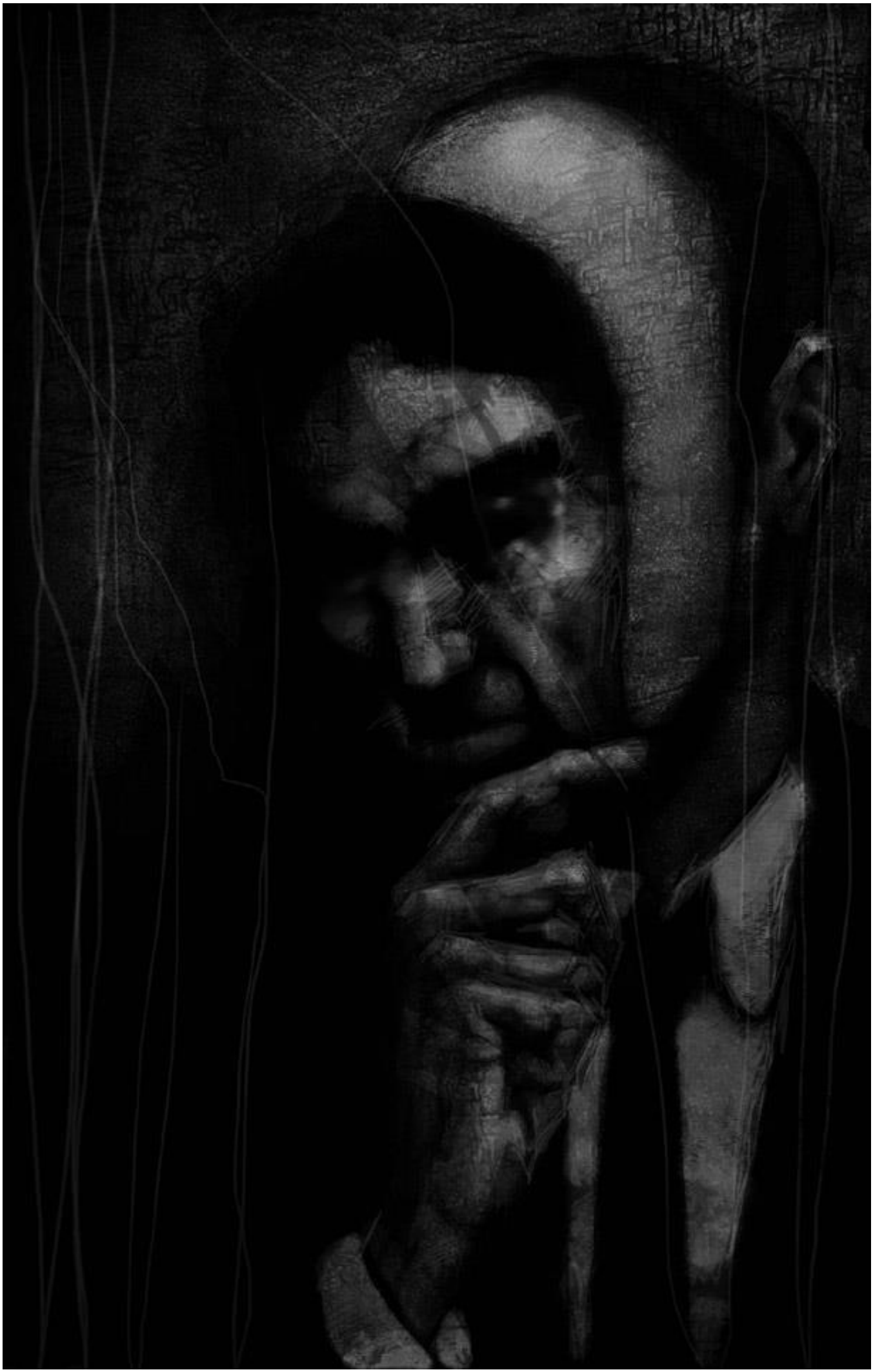
—¡Corten! Vale todo muy bien. Ha salido perfecto —informó el director, que enseguida, con el técnico, guardó el material grabado en el archivo denominado de igual manera al de la película "Alien vs Drácula II".

El vampiro caminó hacia la zona de administración, para cobrar el estipendio acordado. Pero vio que tenía que esperar, porque el representante del actor que había hecho de Alien, estaba llevando a cabo tales trámites. Luego observó como éste y el citado intérprete que había hecho de extraterrestre, casi sin quitarse nada de los productos que le habían servido para caracterizarse así, se montaban en una furgoneta, que mostraba en los lomos del vehículo las palabras "Alien Film Logistic".

Dos horas después, aquella furgoneta estacionaba en un apartado paraje de la sierra comarcal. El representante salió al exterior, y comenzó a otear el cielo. Observó algo que le llamó la atención, y seguidamente comenzó a hacer señas con uno de los brazos extendidos.

Un pequeño ovni descendió hasta el lugar. Luego, los dos que estaban en tierra accedieron al interior de la nave. Representante y extraterrestres primero hicieron cuentas, y luego establecieron el calendario de los próximos rodajes. Se necesitaba un intérprete para rodar durante tres días en la secuela de "Depredador y Freddy Krueger se encuentran Nueva York". Luego comenzaron a planificar sus intervenciones en otra película que se estaba preparando en la que Godzilla atacaba la Estación Espacial Internacional, reclutado por unos belicosos extraterrestres. Tras terminar la reunión, nada más apearse el humano de la nave, uno de los

alienígenas contactó con el "broker" que les invertía el dinero ganado con las películas. Tras comprobar la buena marcha de sus ahorros, pensó en que bien estaba funcionando la nueva estrategia puesta en marcha, mucho mejor que con las antiguas abducciones. La invasión de la Tierra estaba cada día más cerca.



Los hombres de leche

Por José Miguel Vilar-Bou

Ilustrador: Los hombre de leche/ Marc Bou (España)

levo casi dos años trabajando no lejos de Oxford Street. Cada mañana a las 10.30 hago un break de media hora. Si no llueve, salgo de la oficina, atravieso Marble Arch y camino por Hyde Park hasta The Serpentine. Me gusta ver el lago y los árboles y los edificios a lo lejos. Voy siempre abismado en lo mío y muchas veces no me doy cuenta de dónde piso. De hecho, cuando atajo a través del césped para llegar a The Serpentine, cruzo sobre un sendero de piedra. Pero luego, a la vuelta, en vez de uno son dos.

Todos los días me detengo un segundo a pensar en lo curioso del caso, y me río de mi despiste. Al regresar siempre voy más despejado. Quizás por eso sólo entonces reparo en el segundo sendero.

Aquí en Londres la vida corre acelerada. El tiempo apremia y uno no se para en cosas así. Como digo, voy enterrado en mi montaña de pensamientos inútiles y no queda en mí espacio para más. Llevo un año y medio diciéndome que mañana me fijaré, y resolveré el misterio. Pero siempre lo olvido de nuevo.

Siempre menos hoy.

Hoy es un día soleado de finales de septiembre. Me gustan estos días. El aire es frío, pero el sol aún calienta. Eso me hace sentir vivo por un momento. Olvidar la oficina. Olvidar a todas esas personas espantosas a las que hay que llamar por teléfono. Todas tan podridas, todas tan mentirosas. Odio ese ruido. Cómo se mienten unos a otros, cómo se hablan pese a que se odian y

se temen, se repugnan. Sin saberlo, se repugnan hasta a sí mismos. Se ve. Sólo se soportan para poder recibir el ingreso a final de mes. Y eso, para ellos, lo justifica todo. Los comportamientos más miserables, producto de la más baja hipocresía, las trampas, las manipulaciones. Todo eso, asumir que uno está podrido. Asumir que sonríes sin ganas al extraño de enfrente en la sala de reuniones. Y que hablas y hablas y hablas con tu cara aterrorizada para que gire la rueda de los millones que nunca son para ti. Todo está justificado por ese numerito que el día uno aparece en la cuenta corriente. Por qué poco aceptamos convertirnos en lodo de oficina. Todas esas reuniones llenas de seres repugnantes que, en serio, se creen seductores con sus cifras manipuladas y sus gestos estudiados para transmitir seguridad. Esas frases hechas, muertas, frías. Esos ojos a los que uno se asoma mientras proponen nuevas iniciativas de marketing y sólo ves mierda, mierda y mierda. Me pregunto, si se aflojaran el nudo de la corbata que lo ata todo, ¿les saldría toda la mierda que llevan dentro por la boca, la nariz, los ojos, las orejas? Claro que sí. Llenarían el mundo de mierda con sus palabras y con su venta de humo empresarial. Y con su convencimiento de que su pequeño teatrillo de campañas publicitarias y eventos promocionales es el mundo. Tienen tan asumida su basura que realmente piensan que toda esta gilipollez dentro de la que viven es normal. En ese sentido el marketing funciona.

Oh sí. Ya. Yo soy igual. Soy uno de esos que odian su vida de lunes a viernes. También yo envío emails. Y aguanto presiones. Así es la rueda y yo la acepto. Pero todo lo soporto por Helen y por Christine. Es por ellas que hay calor en mí. Volver a casa y abrazar a mi mujer. Besarla. Abandonarme en sus brazos. Su cuerpo a mi lado en la cama. Sentir su tibieza pegada a mí. Sólo así resisto el despertador a las 6.30. Y por ver crecer a Christine, cada día conquistando un poco más la vida con su sonrisa. Su mirada tan luminosa, tan parecida a la de su madre. Eso le da sentido a todo. Eso es la vida.

Esto no.

La oficina no.

Son las 10.32. Salgo. Paso por el Cumberland Hotel. Hay un botones ruso con gabardina y chistera. Paso por el Prete a Manger. Hay bonitas turistas moras. Un chico de Europa del Este intenta darme un flyer publicitario. En cuanto giro la esquina de Oxford Street se me viene encima una vomitera de cuerpos aceleradísimos. Chocan conmigo y no me miran. En realidad

aquí la vida consiste en chocar unos con otros todo el tiempo sin mirarse. Todos corren mucho, ¿pero hacia dónde?

Cruzo Marble Arch. Entro en Hyde Park. A mi izquierda queda Speaker's Corner, hay en los bancos un grupo de instituto comiendo muffins. Sigo hacia The Serpentine. Atravieso la explanada, dejo atrás la casita donde están los baños.

Oh, el sol me da en la cara. Abandono el sendero. Piso la hierba. Hay palomas, cuervos, ardillas. Me calma la quietud en las copas de los árboles. Me calma el frío en las mejillas, y a la vez la luz del sol. Me libero del olor de oficina. La podredumbre queda atrás. Todo queda atrás cuando aparece el gran espejo de The Serpentine. A la izquierda Mayfair, a la derecha Kensington Gardens.

Bajo hasta la orilla. Ver nadar a los patos me relaja. Pasan chicas en pantalón corto haciendo footing. Pasan una madre y una hija a caballo. El trote lento de los animales me da paz. Hay familias libanesas tirando migas a los pájaros. Una nube multicolor de alas se arremolina a su alrededor. Veo gansos, ocas, cisnes, palomas, fochas. Hay personas sentadas en los bancos. Meditan mirando al estanque.

Aparto los pensamientos que me pudren, que me menguan. Me quedo así unos minutos. Simplemente de pie. Luego miro el móvil y veo que es hora de volver.

Regreso a través del césped. Me siento más ligero. De repente mi pie pisa piedra y recuerdo: a la ida este camino no estaba aquí. Estoy seguro. Nunca está a la ida. Y siempre a la vuelta.

Es como cualquier otro de los muchos que hay en Hyde Park. A la derecha, lejos, la torre BT. A la izquierda, árboles. Es allá hacia donde van quienes lo recorren. Pasa por delante de mí una pareja de jubilados ingleses. Parecen muy relajados. Los ingleses parecen más relajados cuando son viejos. Pasan dos chicos y una chica, creo que pakistaníes. Son adolescentes. Gritan mucho. Ella es bastante bonita con su pelo negro y largo y sus ojos negros también. Pasa un matrimonio joven con un bebé en un carrito. También ella es guapa, aunque de belleza un poco fría, como de serpiente. Me parece que de Europa del Este. Él es inglés. Un chico apuesto que empieza a quedarse calvo.

Les sigo. El trabajo puede esperar. Paseo, como el resto, en dirección a la arboleda. Detrás de mí vienen una anciana y su nieta. Es extraño. Caminar por este lugar. Un lugar que aparece y desaparece. Es un rincón del parque sin nada particular, excepto una aglomeración de gente a unos cincuenta metros. Parece una cola. Hay viejas, niños, chicas con traje de oficina, medias y zapatillas de deporte, tipos con corbata y un triángulo de sándwich en la mano. Todos esperan ordenadamente su turno para lo que sea.

Supongo que estarán repartiendo algo. Tengo frío. Voy hacia ellos. Se ha nublado. Una masa gris cubre el cielo. Es uniforme, opaca. Como cuando está a punto de nevar. Cómo cambia el tiempo en esta ciudad.

Me pongo en la cola. Me estiro en vano tratando de ver adónde va o qué hacen todos aquí. No tendré que esperar mucho. La fila avanza rápido. Hay un seto que no me deja ver el final. Voy a salirme y mirar.

No. Algo me dice no te muevas. En realidad no sé por qué me he puesto aquí. Me siento incómodo. Los demás están relajados. Yo no. Alguno me mira de reojo. De repente quiero irme. Miro hacia atrás, listo para marcharme. Pero la niña que me sigue en la fila me clava dos ojos fríos y alerta. Me estudia. Me dice sin hablar: quieto. Su abuela también me mira. Los ojos de la anciana (no los ojos sino la expresión, lo que hay detrás) son idénticos a los de la nieta. Eso me asusta.

Devuelvo la vista al frente. La cola avanza. Algunos se han dado cuenta de mi inseguridad. Me observan. Unos de reojo, otros directamente. Siento algo agresivo hacia mí. Sólo consigo que dejen de vigilarme fingiendo naturalidad. Sigo sin ver el final.

La joven madre que me precede da tres pasos y desaparece con su carrito tras la esquina. Mi turno se acerca. La sigo. Oh:

Delante de mí, en riguroso orden, mujeres, niños, ancianos, uno a uno, se desnudan. Dejan la ropa en el suelo. Luego se llevan la mano a la axila izquierda, la bajan hasta la cadera con un sonido como de plástico al rasgarse y la piel se les abre. Se la quitan como quien se quita un mono de trabajo. Lo que queda es un cuerpo blanco y semitransparente. Como de pasta. Sin pelo, sin uñas, sin cara. Sin rasgos personales. A través de sus torsos se ve la sombra grisácea de los árboles del parque. Pero el parque ya no es el parque. Es un lugar diferente. Y ellos lo recorren con familiaridad. Un hombre se quita su traje humano. Lo pliega como si fuera un

jersey. Lo entrega a dos enormes seres blancos. Éstos lo depositan en una especie de vagoneta donde se acumulan muchos más.

Me doy la vuelta para echar a correr. Oh. El camino ha desaparecido. Detrás de mí hay diez personas, todas listas para quitarse la piel. Todas me miran.

No sé qué hacer.

El bebé de delante se quita él mismo su piel humana. Sin ayuda de la madre. No debe tener ni ocho meses. Queda convertido en una minúscula criatura blanquinosa y reluciente que emite silbidos. Los seres enormes que recogen los pellejos responden a estos silbidos con más silbidos. Salta del carrito él solo y echa a andar. Se une a los demás. Hay centenares.

La madre se desnuda también. Se lleva la mano a la axila izquierda y baja una cremallera invisible. Por la abertura emergen los brazos y el torso blancos. Entrega su piel y sigue al bebé.

Me toca. Las dos moles me miran sin ojos. Trato de ganar tiempo. Me quito la chaqueta. No se me ocurre nada. Me quito la corbata. Nada. La camisa. Los zapatos, los pantalones. Me detengo. La niña y la anciana de detrás me vigilan. Uno de los centinelas me hace una señal conminativa. Han notado algo. Sigo adelante. Es el único camino. Estoy atrapado. Me quito los calcetines, me quito los calzoncillos. Analizo mis sensaciones: pulso incontrolable, garganta seca, cuerpo y pensamiento paralizados.

Me llevo la mano a la axila izquierda como he visto hacer a los otros. El monstruo blanco me ordena con señas que me quite la piel. Todos me miran. Saben que soy un intruso. Me lanzo a correr. Al primer paso una mano de fuerza descomunal me agarra del cuello. Un puño me golpea los riñones. Gimo con una voz que me parece de mujer. Oigo silbidos a mi alrededor. Silbidos enloquecedores. Hablan, gritan cosas, a su manera, en su idioma. El gigante me tira al suelo. Estoy desnudo. Me hiero contra la piedra. Me dan una patada en la cara. Luego otra. No sé por dónde han venido, pero sí veo sangre. Me rodea un círculo de rostros incoloros. Todos silban. Los que aún llevan el disfraz humano tienen expresiones retorcidas y monstruosas. Se ríen. La niña se me acerca. Me pasa la mano por la cara. La niña tiene ahora sangre en sus dedos. Emite un silbido mostrándola a sus congéneres. Responden con silbidos divertidos.

Uno de los seres enormes me levanta. Me retuerce el brazo contra la espalda. No es necesario, no es necesario. Por favor, por favor. Va a dislocarme el codo. Grito. No sirve. Lloro.

Oh, cuánto duele. No reconozco mi voz. No sienten lástima. Me arrastran como a un animal. No puedo seguirles el paso. Pierdo el equilibrio. Los dedos de mis pies chocan contra la tierra muchas veces. Pero me duele más el brazo retorcido.

Dónde me llevan. Es el parque pero no es el parque. Veo escaleras que van del suelo a unas puertas abiertas en el cielo. Hay decenas de ellas. Por todas entran o salen seres blancos.

Me miran. Percibo su odio infinito sobre mí. Les grito "Qué os he hecho". La respuesta son silbidos iracundos. Uno se acerca. Me golpea en la cara. Los demás silban. Parece que rían. Viene otro y me golpea también. Hay más silbidos, como risas. Ahora muchos me golpean con odio. Siento en cada golpe sus ganas de destruirme. Unos duelen más. Otros menos. No sé cuánto tiempo dura esto. Me tiro al suelo hecho un ovillo. Buscan mi cabeza con sus patadas. Me pisan las piernas. Son tantos que se estorban unos a otros. "¿Por qué lo hacéis? ¿Por qué lo hacéis?", grito. Pero mis quejas sólo avivan su necesidad de matarme.

De repente dos de ellos se interponen. Silban al resto. Les apartan. Me protegen. Uno es de tamaño adulto. El otro pequeño. El pequeño se acerca y mira mis heridas. No tiene cara ni expresión, pero percibo en él una intensísima lástima por mí. El adulto habla mucho tiempo con los que me pegaban. La masa silba pidiendo, creo, mi muerte. Al final mis protectores parecen apaciguarla. Los dos gigantes centinelas me obligan a levantarme. Ahora no me retuercen el brazo.

Mi contacto físico les produce asco. Me llevan, esta vez sin golpearme, a una especie de pérgola. Me tiran al suelo. Los seres que suben y bajan por las escaleras que van al cielo me miran. Salen de esas puertas en el aire y me miran. Hay silbidos de todos los tipos. De nuevo siento toda esa hostilidad sobre mí. La única excepción son las dos criaturas, la grande y la pequeña, que me han salvado. Hablan con los otros, tratan de calmarles. Pero la furia que provoco es demasiado grande. Su mediación no sirve de nada.

En esta pérgola me siento exhibido. Hay decenas y decenas de caras sin ojos puestas en mí. Mis dos protectores llevan algo en la mano. Quieren que entienda algo. Me lo muestran. Son dos pellejos humanos. De mujer. Oh. Ahora… Oh. Helen, Christine… Mi mujer, mi hija… Pero… Yo… Qué es este lugar. Quiénes son todos estos. Quiénes sois vosotras. Helen… Pero… No, no. No sois ellas. Mi mujer. Su calor a mi lado en la cama.

Helen, si es Helen, me acaricia compasiva. La multitud se escandaliza y lanza silbidos horripilantes. Oh, por favor, ayúdame, amor mío. Sálvame de todo este odio.

La muchedumbre se abre. Aparece una figura más alta que el resto. Se quitan a su paso. Sube a la pérgola. Helen y Christine se arrodillan. Le hablan de mí. Sus silbidos son dulces y apasionados. Salvadme, por favor. El alto las escucha. A veces me mira.

Pero entonces sube otro a la pérgola. También es alto. Me señala. Sus silbidos son enloquecedores. Me acusa. La muchedumbre le apoya. Hay una tormenta de silbidos que me aterra y me hace llorar. Luego el ser que está en mi contra cambia el tono. Habla suave. Habla a mi mujer y a mi hija. Les dice muchas cosas, durante mucho rato. Los silbidos son amistosos, persuasivos. Ellas escuchan con atención. Yo las llamo. Las llamo, pero me ignoran. ¡No le escuchéis! Él les habla y les habla y ellas asienten. Oh, mis amadas, salvadme. Decidles que me dejen en paz. Quiero volver. Tengo mucho miedo.

Algo ha cambiado en ellas. Cuando se vuelven hacia mí hay odio. Me dan la espalda. Silban al gentío. El gentío les responde con alegría. Grito sus nombres llorando, pero ellas se han desentendido de mí.

Los dos gigantes me arrastran de nuevo. Todos me insultan. Busco a Helen y a Christine pero han desaparecido.

Me llevan hasta un… hay un… es un globo de cristal. Mide cien metros o más. Es muy alto. Como un edificio. Hay una escalera que va arriba. Le da vueltas. Me llevan allí.

El globo de cristal está lleno de un líquido blanco. Millones de litros. Del mismo color que ellos. Se ve a través de él. Me hacen subir. Veo dentro una cara mirándome. Una cara humana. La cara está pegada al cristal y me mira. Mueve los ojos. Sólo los ojos. Lo demás no se mueve. La boca abierta. La envuelve la sustancia blanca. Está viva. Pienso en melocotones en almíbar.

Subimos. Subimos. Hay más. Muchos más dentro. Hombres, mujeres. Conservados en sustancia blanca. Melocotones en almíbar. Viven. En posturas. Unos boca arriba. Otros boca abajo. Apelotonados. Pienso en insectos en una telaraña. Los hay de todas las edades. Razas. Todos tienen la misma cara de horror. Pero viven. No se mueven pero viven.

La cima está abierta. Como una pecera. La escalera termina ahí. Pienso en una piscina. Hay un niño y una chica a dos metros de profundidad en la gelatina. Quietos. Acaban de empezar el descenso.

Van a tirarme a la piscina.

He visto los cuerpos que ya han llegado al fondo. Se disuelven. Cuanto más abajo más disueltos. Son trozos de personas. Arriba hay personas. Abajo piernas, brazos, manos, troncos, cabezas, dedos. Pero todos están vivos.

La base del globo es un embudo. Allí es donde hay más pedazos humanos. Muy apretados. Se concentran. He visto órganos que se funden. Se disuelven en la pasta blancuzca.

He visto una tubería por la que sale toda la mezcla. Es líquido. El flujo cae en un molde con forma de cuerpo humano. Cuando está lleno, lo cierran unos segundos y luego lo abren. Entonces de dentro sale un nuevo ser blanco. Mira confuso a su alrededor. Sus congéneres le ayudan a ponerse de pie. Le dan la bienvenida. Le sostienen para que no caiga. Le acarician. Le dedican tiernos silbidos. Uno de ellos le da la piel humana con la que caminará oculto por nuestro mundo.

La Impronta[22]

Por Pé de J. Pauner

Ilustrador: S.t. / Yuly Alejo (España)

Para Blanca Mart, quien lo inspiró.

Prólogo

ras celebrar la misa el misionero les guía a un lugar que no conocen. Es una casa como las que han construido los recién llegados al pueblo sólo que esta es más alta y su fachada es distinta. Puede ser un templo, puede ser otra cosa. Los miembros de la etnia entran uno detrás del otro. Les recibe la negrura que les recuerda una cueva. Les sientan en sillas colocadas en hileras y filas. Todo huele a polvo nuevo. Todo huele a barniz. Al fondo, sobre la pared desnuda aparece un pedazo de cielo. Pero en el techo no hay ningún agujero. Las nubes se mueven. Pero no hay viento que sople. Se les abren las bocas, se miran, se tocan, señalan, murmuran, unos a otros se hablan sin dejar de mirar el cielo que, desprendido, creen, el misionero ha hecho bajar. Una muestra del poder de los sermones del misionero. Están, ahora, convencidos. Ya no sólo será la conversión del vino en sangre y de la hostia en carne: el misionero es capaz de abrir puertas. Las Puertas que tan bien conocen ellos.

[22] Ha sido publicado en Axxón 244 del mes de Julio de 2013.

Sobre el cielo móvil, a la vez sobre el estático muro, aparecen signos o letras. Saben que son letras pues es el nombre que en la memoria han retenido a través de lo que se les enseña en la escuela. Luego, uno tras otro, por fin muchos, ven hombres que surgen de paisajes en la pared, se mueven y hablan. Escuchan música. Pero no hay instrumentos. Cuentan una historia. Otros misioneros celebran otras misas. Pero nunca antes han visto a estos misioneros ni les han visto llegar. Los misioneros levantan el cáliz pero ellos, que miran, no pueden oler el vino. Alguno se arrodilla, más que devoto, por el impulso de quien ha sido entrenado en el momento exacto que debe hacerlo quien a una misa asiste, pero los demás están tan asombrados que sólo miran sin entender. El primer impulso es creer que brotan del muro, pero algo no anda bien. Desde una caja que arroja una luz de colores, situada sobre una plataforma improvisada, y que debe ser un objeto de poder otorgado por el dios del misionero, brota esa luz que se estampa en el muro y obra el milagro. En dos horas termina todo. Los hombres del muro desaparecen. Más letras. Más signos. Más música. Jamás olvidarán su primer encuentro con el cine. Verán filmes sonoros o mudos. Mirarán a un actor morir a balazos en un filme, lo que les llenará de horror, de gritos, de lloros. Verán a ese mismo actor en otra película y se preguntarán cómo hace esta clase de hombres para revivir. Creerán en la iglesia y que la resurrección no sólo es posible, sino un hecho que se puede mirar en el muro mismo del templo.

Entonces ocurre: el misionero, que ha estado estudiando la respuesta de sus aparentemente ingenuos feligreses, localiza uno de ellos de entre todos los asistentes a las funciones. Se trata de un joven que, apenas sentado en la butaca, se hunde en el respaldo y profundiza la mirada, su cuerpo se ablanda y ante su presencia, directamente de la pantalla, emerge una luz blanca que le baña, que por completo le inunda. Poco después el hombre ha desaparecido y se le localiza debajo de alguna otra butaca que no era aquella dónde previamente estaba sentado. Temblando murmura incoherencias sobre otros hombres, otros mundos…

—¡Lo tengo! —El misionero se aparta de la sala, avisa, emocionado, a través de una pantalla secreta escondida en la palma de su mano—: Tengo un "tripfilmer" innato que ha respondido al nodo de manera espontánea. Puede tratarse de un chamán o un súper dotado… y ni siquiera lo sabe. O quizá sí. ¿Alguna cualidad de su raza, tal vez, que sabe abrir Puertas mediante la ingesta de enteógenos? Un agente, ni más ni menos.

Escucha y ve la imagen de un hombre en la pantalla.

—Comprendo. El fugitivo no escapará esta vez.

Separan al chamán del resto. Le someten a un entrenamiento arduo y conciso que consiste en ver películas de todas las épocas y de todos los países. Le tatúan una cifra en el dorso de la mano: 007. También le enseñan la cultura, los hechos históricos y las anécdotas que rodean a cada filmación. El chamán aprende, absorbe idiomas, lenguas, datos, hechos, cosas… Así pasan los años.

I

Corre hacia el horizonte rojo flameante del amanecer. Atraviesa la sabana sorteando rocas dispersas, huesos de homínidos y el cráneo de alguna especie de elefante. Encuentra a los hombres-mono del "veldt" y sus pequeños dramas: ahí un leopardo dándole caza a uno de ellos. Fundido en negro. Acecha silencioso hasta que la escena se desarrolla una vez más. Los hombres-mono ante el lago buscan comida en la tierra. En la cañada el otro grupo se enfrenta amenazando, gruñendo. Espera entre las rocas. ¿Dónde está el fugitivo? Más amenazas. Gruñidos. Fundido en negro. El leopardo y la cebra: recuerda que el director había querido para la escena una cebra real pero ante la imposibilidad de conseguirla mandó pintar con rayas el cuerpo descompuesto de un caballo. Y la caída de la tarde. La noche y los temores que trae consigo. Aguarda en la cueva mirando los rostros aterrados de los hombres-mono. Fundido en negro.

El zumbido aumenta. Asombrado, moviéndose cauto entre las grietas para no asustar a la tribu, sale detrás. Observa la Nueva Roca. Recuerda que en el guion se le denomina El Monolito. Los hombres-mono se acercan con cautela, saltan en derredor. Apenas se atreven a tocarlo. Parpadea. El Monolito se abre. Una luz azul brillante le recorre a lo largo como una boca vertical, una hendidura vaginal, una herida. El fugitivo ha tomado ese camino. Corre hacia la incisión en la piedra mientras Moon Watcher, el hombre-mono más inteligente, descubre la utilidad de un hueso: el tapir cae ante los golpes del ahora cazador, luego atisba el conflicto por comida con la

llegada de otra tribu. Y alcanza a ver una escena mítica –Moon Watcher arroja el hueso al cielo y este se convierte en un artilugio espacial-, antes de que el portal se cierre tras él.

Su cuerpo apenas golpea las rocas del acantilado, rodando peligrosamente hasta el borde, cuando la música asalta sus oídos. Una banda sonora que sugiere atmósferas primitivas. Abajo cabalgan el hombre y la mujer a la orilla del mar. Visten pieles. Recuerda. Desciende. Camina escondiéndose entre las rocas a un lado de los jinetes. La música le acelera el corazón: algo de horror, de misterio, el anuncio de algo funesto. El jinete se apea. La mujer toma las riendas del caballo. Las olas llegan a sus pies. El hombre exclama:

—¡Oh, Dios mío, he vuelto, he vuelto a mi hogar!... Todo el tiempo estuve en él… —Cae de rodillas en el agua, la mujer le mira sin comprender—. Así que al fin lograron hacerlo. ¡Malditos —se inclina hacia delante y golpea con el puño la arena mojada- lo volaron todo, váyanse al diablo!

Su compañera mira al frente, hacia el misterioso objeto al cual el hombre ha estado dirigiendo sus maldiciones. Mientras la pareja se queda ahí, en esa playa cuyas olas resuenan ominosas, corre hacia el libro de piedra de la Estatua de la Libertad en dónde el portal azul brilla intenso y lo penetra. Penetra, minúsculo, desnudo, en la vagina gigante de la mujer dormida en la cama.

Escena 87. Territorio Cama:

Aquella puerta, origen de vida y placer, la primera puerta, será también la última. Introduce los dos brazos por la hendidura del sexo, le sigue de forma natural la cabeza. Una vez introducida la cabeza el torso se desliza solo, y los glúteos desaparecen arrastrando las piernas y los pies, dentro…

—¡No! —apenas memoriza una vieja lección: —Cuidado con las películas dentro de las películas, el paso entre los portales intra-portales puede conducir a la locura si no se sabe dónde se está parado. ¡Sí! Hable con ella…

Mira desde dentro del sexo de la mujer gigante. Saca la cabeza entre los labios vaginales cuando la luz azul le baña. Parece bañarle el agua que escurre en el cristal. Atisba al interior por la

ventana de la cabaña. Su padre coge una serie de libros. Los reacomoda sobre la mesa. Llueve. Pero llueve dentro de la casa. Y el agua que cae sobre la espalda del anciano humea, se vaporiza. El anciano sale de la cabaña. Él cae a los pies del viejo, abrazándole por la cintura, en busca del perdón —¡perdóname Padre, esta misión me rebasa, es tanto el desconcierto que este mundo me provoca! —, mientras el perro a un lado permanece quieto como una estatua de Cerbero en la entrada de otro mundo. El portal a otro mundo brilla en las alturas y se aleja sobre la superficie inestable de Solaris. La atmósfera se sofoca. El color se desvanece. Es una cinta muda —se dice—, y este ejército de trabajadores subterráneos… Todo se acelera. Él es Freder hijo de Fredersen, el amo de Metrópolis. Y de la boca de Moloch, la Máquina Dios, la luz azul –no podrá contemplar de frente la legendaria y hermosa robot-María, se lamenta- anuncia que el fugitivo ha entrado una vez más al portal.

II

Se acercan al edificio piramidal. Mira el ascensor que recorre la superficie externa de su metálica arquitectura. Ve a su lado al hombre de cabello blanco y ojos azules con todo el aspecto de un actor holandés. No recuerda su nombre pero en su mente escucha la voz de un recuerdo que dice: Delicias turcas, aunque los detalles del dato se le escapan. El ascensor se detiene. Sobre la cama el amo cuenta las acciones de su corporación, le rodea una atmósfera ecléctica con animales disecados y un búho de diseño sobre una percha. Largas velas sobre candelabros iluminan la estancia con luz dorada. Una voz cae del aire:

—Nueva entrada. El señor J. F. Sebastian, 16417.

En el ascensor se deja escuchar la voz del amo.

—¿A esta hora? ¿En qué puedo servirte Sebastian?

La lógica del personaje es extraña, hay en él algo de genio, algo de retardado mental, algo de hijo cobijado por una mente maestra. Aún así se deja llevar por las líneas del guion:

—Reina a alfil cinco—. El amo abandona la cama, comprendiendo.

—¿Te inspiraste de repente? Discutamos esto. Más vale que subas Sebastian.

La puerta se abre.

—Señor Tyrrell…

—Te esperaba. Reina a alfil seis, dice el guion. Tu mente se rebela al Filmuniverso. Quieres respuestas y has venido a mí como al Creador, al Padre. No soy Víctor Frankenstein, tan sólo uno de sus avatares. El misionero te entrenó ¿eh? Eres una pieza más… como las de este tablero. La diferencia es que puedes viajar entre las distintas realidades de este universo. Nosotros no. Estamos atrapados en el guion. ¿Quieres cantar la Marsellesa en el Rick´s Café de Casa Blanca? Puedes hacerlo. Rick puede darte datos del fugitivo pero estará eternamente atrapado en la trama. En cambio tú y el fugitivo son súper dotados psíquicos ¡Ah! ¿Quieres explicaciones? Te entrenaron para huir a través de las puertas blancas que te llevan al mundo exterior y pasar a través de las azules que te comunican entre los filmes y sus mundos. Te enseñaron a no dejarte llevar por la lógica interna del guion cuando encarnas en algún personaje pero no te dijeron nada acerca de la naturaleza de este universo. Pero ¿sabes por qué estás aquí, no? El paso múltiple entre los portales puede desestabilizar no sólo tu universo sino el Multiverso mismo. Tienes una misión enorme que te sobrepasa. Como Frodo y Sam. El fugitivo quiere eso: la desestabilización de la Totalidad. ¿Te suena a un libreto barato, al peor Hollywood? Bienvenido a la Meta Realidad-. La luz de las velas bailotea en las paredes, inundándolo todo con su propia inestabilidad-. Te diré un dato importante: las puertas azules brillan con luz propia. Algunas más intensamente que otras. Las que menos brillan llevan a filmes muy poco conocidos, películas perdidas, casi olvidadas, cintas underground. Cuidado, las puertas se mantienen abiertas siempre y cuando alguien en el mundo exterior sea espectador de esas cintas. Si eres llevado a una puerta azul poco brillante y el espectador detiene o termina de ver la película corres el riesgo de quedar atrapado en la trama, olvidar quién eres, convertirte en el personaje que has encarnado y no podrás viajar a través del Filmuniverso hasta que alguien más proyecte otra vez ese filme.

—¿Quién lo comenzó todo y por qué, usted lo sabe?

—¡Hey, esto no es Matrix! Tu pregunta requiere una respuesta similar o quizá la misma para explicar el origen del Cosmos y si tiene o no un Diseñador, un Creador. Sólo sabemos que

alguien en el mundo exterior encontró la manera de unir y viajar por el Multiverso. Es probable que sea una máquina o un medio mental capaz de abrir y penetrar los Puentes de Einstein-Rosen. Es probable que exista una Sociedad Secreta de "tripfilmers", capaces de usar el Filmuniverso para fines oscuros y la máquina –si lo es-, ha sido ocultada bajo la apariencia del Túnel del Tiempo, de Hal 9000 o de las fabulosas máquinas de la civilización Krell del Planeta Prohibido.

—Quiero que me diga qué pasará si los habitantes del Filmuniverso invaden la realidad tras la pantalla. ¿En primer lugar pueden hacerlo? ¿Lo imagina usted: Godzilla, Freddy Krueger, Hannibal Lecter, El Hombre Lobo, El Jorobado de París… todas esas criaturas sueltas a través de la Cuarta Pared? Recuerdo lo que hizo Buster Keaton en El moderno Sherlock Holmes: en su película sueña que atraviesa un interportal. El Filmuniverso lo vomita a través de múltiples escenarios cinematográficos. Lo he vivido. A eso le denominamos: el efecto Buster Keaton. Es demencial. ¿Sabe lo que sucede en La rosa púrpura del Cairo?

—Me temo que eso está fuera de mi jurisdicción ¿Quieres que te diga el por qué del Big Bang? —Tyrrell ríe sonoramente— Alterar la evolución de un sistema orgánico es fatal-sacude la cabeza quitándose de encima los residuos del guion—. Cuando un artista crea es capaz de alterar el Continuum Espacio Temporal y crear universos alternos. Aún hay más: el mero hecho de estar tú aquí ya provocó paradojas temporales. Improntas en el Continuum, como los genes que los padres transmiten a los hijos. Eso es lo que sabemos.

—¿Usted es un…?

—Eres el Hijo Pródigo… —los reflejos de luz sobre los ojos del búho proyectan un sol anaranjado, luego el ave huye a través de la estancia-. Deléitate en tu vida… —Luego grita, volviendo a la conciencia—: ¡Alcánzalo, ve tras él antes que llegue a los páramos abiertos de la Tierra Media!... —Continúa divagando, navegando en fragmentos de guion—: Eres extraordinario… Has hecho cosas extraordinarias…

III

Deberían hacer el cambio de horario el primer día de verano. Son las ocho y aún está claro. Algo anda mal. La estabilidad estructural del Filmuniverso tiembla. Aún no sale por el portal y ya perdió el búho. Le haré una oferta que no podrá rechazar… Como lágrimas bajo la lluvia… He atravesado un océano de tiempo… Cierra los ojos. No se entera cómo es que es arrojado. ¿El Efecto Buster Keaton acaso? No. Es el fugitivo. Ha logrado desestabilizar el Continuum. ¡Y si tan sólo conociera su cara! ¿En que película ocurre eso? Una puerta que empieza a cerrarse lentamente detrás de alguien que recién la ha atravesado, pero el perseguidor no ve su rostro, no ve siquiera la punta del impermeable o los bajos de la falda, en una palabra: no conoce la identidad de aquél o aquella a quien persigue. *They're coming to get you, Barbara!* En el cementerio ocurre el ataque. La mujer mira, su hermano cae, se golpea la cabeza en la lápida. Extiende la mano y enciende la radio. Debido a la amenaza a un número desconocido de ciudadanos y a causa de la crisis que está aún en proceso, esta estación de radio estará al aire día y noche… en este momento, repetimos, estos son los hechos: hay una epidemia de crímenes cometidos por un ejército de asesinos no identificados… Clava las tablas en las ventanas mientras la radio emite. Se asoma por la ventana: se acercan al auto. Caminan con la mirada perdida. En este momento no hay una versión correcta… monstruos humanos… Coloca leños en la chimenea. Los rocía con el líquido inflamable. El Filmuniverso tiembla otra vez. En todos los casos los asesinos devoran la carne de la gente que matan… En la sala, rodeado de desconocidos, mira la televisión. ¿Viene de una reunión sobre la destrucción de la nave en Venus? ¿Cree que la radiación pudo haber causado esta mutación?

Es el único sobreviviente. Sonidos de los disparos. Atraviesa la sala con el rifle en las manos. De entre los resquicios de memoria comprende, alarmado. ¿Qué sucede si un "tripfilmer" muere en el Filmuniverso? ¿Y cuál es la escena clave para abrir un portal en una cinta de zombis? Apenas levanta la cabeza para mirar por la ventana cuando el portal se abre paso en abanico desde el cañón del arma larga del tirador, al otro lado del patio. Nadie me entrenó para esto. ¡Nadie me lo dijo nunca! El tirador apunta. Bien, dale en la cabeza, en medio de los ojos. Dispara. El impacto le arroja hacia atrás. Cae al suelo de la sala. Ahora no hay nadie vivo en esa casa, sólo los hombres con ganchos de carniceros en las manos congelados en las fotofijas. Y una última hoguera dónde queman los cuerpos de los muertos en una secuencia en movimiento. Fundido en negro.

IV

Interior. Día. El Hotel Cósmico de 2001, Odisea del Espacio.

Un hombre sentado. Teclea en una máquina de escribir dándole la espalda a la cámara. La lógica interna del guion exige un argumento simple: una persecución y un perseguido. El perseguido no debe ser conocido. El perseguidor, en cambio, debe tener la cualidad de un hombre sencillo, entregado a la trama. Y una trama movida: el paso entre los portales del Filmuniverso y el riesgo de la destrucción total del Multiverso. El hombre se levanta. Es Buster Keaton. Pone la mano sobre el antepecho de la ventana: en el dorso lleva el número 007. Fuera se agitan las escenas del Filmuniverso mezclándose en un torbellino: la cara de la luna de Méliés recibe en el ojo a la Enterprise, debajo de la agitada falda de Marilyn se mueve el puñal de Norman Bates en trayectoria obscena. Todo fluye en chorro hacia la Cuarta Pared y la atraviesa. Del cañón del tirador de la escena anterior se abre en abanico el portal hasta sus ojos dónde se curvan las llamaradas que arroja una chimenea. Vuelve a la silla y teclea: Tras celebrar la misa el misionero les guía a un lugar que no conocen.

Juanín, el brecha

Por Fernando Polanco Muñoz

Ilustración: S.t./Bart Tiongson (EE.UU.)

uanín, para ya, que te vas a romper la cabeza, chiquillo.

Pero el niño nunca paraba.

Para su padre, era un curriplaya (esos pájaros que corren ola-arriba-ola-abajo en la orilla de las playas); para su madre, la encarnación del Bam Bam de "Los Picapiedra; para sus abuelos, un angelito con cola de demonio. Juanín es ese tipo de criaturita del Señor que cuando tiene un helado de chocolate en la mano y ve los pantalones blancos de su padre no tiene que sumar uno más uno, simplemente restriega una cosa con otra, y la suma está hecha.

Un día, metió los dedos en el enchufe del cuarto de baño mientras se duchaba. En esa precisa ocasión, sus padres le advirtieron del peligro que conllevaba electrocutarse. La siguiente vez que lo hizo, papá y mamá aprendieron que la electricidad no era algo perjudicial para Juanín, le entraba por un oído, y le salía por el otro (como todas las lecciones que intentaban darle).

—Juanín, para ya, que te vas a romper la crisma, chiquillo.

Por un oído le entraba, y Juanín brincaba, saltaba, quebraba, corría, arrastraba, manuseaba, lenguëteaba, chupaba, gritaba, mordía, pateaba, pegaba, golpeaba, rockandroleaba, ladraba, silbaba, y por el otro oído le salía.

Sólo se quedaba quieto si veía una jeringuilla, objeto que le causaba un terror que le dejaba más tieso que un palo.

—Mucho miedo, y muy poca vergüenza —le decía su médico de cabecera en cada visita.

Sin duda alguna, Juanín tenía demasiada suerte para un chaval de su edad. Nunca se había hecho un chichón ni un cardenal, nunca se había roto un hueso ni un ligamento, ni tampoco se había abierto una brecha jamás.

Nunca, jamás, hasta hoy.

Con nueve años recién cumplidos, acudió a clase el día siguiente de reyes con todos los regalos que le cupieron en la mochila para vacilar durante la hora del recreo.

Pero no fue el único.

Jesé, su principal archienemigo entre todos los mocosos de primaria, traía la maleta cargada con un bulto misterioso. Jesé (nombre canario que todos pronunciaban como "Yesé"), saludó a Juanín con esa peculiar manera que lo distinguía como el macho alfa que era: golpe amedrentador, frente contra frente, y un "qué pasa, qué pasa, qué miras, qué miras". Este eslabón fuerte de la cadena alimenticia de la educación primaria pública tenía las peores notas del colegio, pero también los mejores regalos. Los Reyes Magos de Oriente le habían traído, ni más ni menos, un patinete; pero no un patinete cualquiera, no, todos tenían un patinete en sus respectivas casas, pero él tenía un patinete portátil. ¿Habéis oído bien? ¡Portátil! Por lo tanto, era el único que podía infiltrar en el colegio aquel cacharro, perfectamente doblado en su maleta (de ahí el bulto misterioso), el único que podía cruzar el patio de recreo de una punta a otra sobre ruedas.

¿Quién podía hacerle sombra a eso?

Nadie, pensaba toda la chiquillada.

Yo, pensaba Juanín mientras oía el timbre que abría la veda recreativa.

Acto seguido, se apretó sus deportivas con cámara de aire, y botó con seriedad su nuevo balón Nike sobre el asfalto carcomido de la cancha de baloncesto.

"Este es mi regalo", pensó Juanín, "el mejor regalo de todos".

- ¡Fúsketbol! – gritó alguien al verlo.

Todos dejaron de mirar a Jesé para comenzar a organizar los dos equipos que disputarían el primer partido de "Fusketbol" de la temporada.

Gritaban: "¡Yo con éste!", "¡Yo con el otro!", "Tú fuera de aquí que eres muy malo".

Jesé interrumpió con un "¿Y quién conmigo?".

—¡Yo! - ¡Yo! - ¡Yo! - ¡Yo! - ¡Yo! - ¡Yo!

Gritaron casi todos los que componían el equipo de Juanín.

—No podemos jugar quince contra dos – dijo Jesé mirando a nuestro protagonista y a un chavalín entrado en carnes que le acompañaba. – Vosotros, al otro equipo – y Jesé señaló a los jugadores aptos (más bien, los inadaptados) para que se cambiaran de bando.

A Juanín le daba igual, confiaba en su velocidad y en su puntería, no le importaba quiénes fueran sus compañeros mientras no le estorbaran. Y, qué coño, había conseguido desviar la atención del patinete portátil, su balón ("el mejor regalo del mundo") era el protagonista.

—¡Que empiece el partido!

Las reglas del "fúsketbol" son una mezcla anárquica y aleatoria de las normas del fútbol y del baloncesto.

1. No se puede tocar el balón con las manos.

2. No se puede tocar el cuerpo del rival.

3. No hay porterías, hay canastas.

Los alumnos más antiguos presumían de haber conocido al creador de este deporte híbrido, decían que era un pésimo estudiante de matemáticas al que se le ocurrió la idea mientras pensaba cómo resolver una división con decimales; el chaval patentó la invención y no tuvo que estudiar más; decían que ahora vivía en una lujosa mansión con una piscina olímpica rodeada de canastas de oro macizo; además, disponía de un esclavo-contable que estaba dispuesto a resolverle las divisiones con decimales en el momento en que se presentasen.

En cualquier caso, Juanín llevaba desde parvulito jugando a este deporte y sabía perfectamente cómo moverse en la cancha. Además, tenía una especialidad que estaba a punto de ejecutar: el "triplecabeza" (o lo que es lo mismo, encestar un triple con la cabeza).

4. Encestar de cabeza equivale a dos triples: 6 puntos.

Esto también lo sabía Jesé, y lo iba a evitar. Para cabezón Juanín, cabezón Jesé. Y los dos, cabeza contra cabeza, impactaron con mal cálculo antes de que el balón llegara al punto oportuno. Dos "ays" al unísono dejaron al patio en un mutismo absoluto.

Jesé miró a Juanín, Juanín miró a Jesé. Alguno de los dos iba a llorar primero, no olvidemos que, aunque rivales, eran niños, niños de primaria. Pero su competencia sacó un orgullo adulto que taponó las lágrimas de ambos, y resultó que ninguno lloró; o, al menos, ninguno lloró ninguna lágrima; en el caso de Juanín, como si de una milagrosa virgen se tratara, comenzó a "llorar" sangre.

Acto seguido: vocerío de niños, jaleo, gritos nombrando a todos los profesores habidos y por haber.

Para Juanín: ruido indistinguible, oscuridad rojiza, y un mareo del copón.

Y aquí fue cuando llegó la brecha, la conocida brecha que dio nombre a Juanín desde ese día: Juanín "el brecha"; o Juanín "labreche" ("labrésh", durante las clases de francés).

Después de unos días de reposo, Juanín volvió al colegio. El niño sólo pensaba en una cosa, que su lesión hubiera necesitado de una escayola para poder ir pidiendo firmas y dibujillos varios, eso molaba más que una raja con forma de espiral mal dibujada en su frente.

Su vuelta al cole fue bastante patética. Se produjo uno de esos días lluviosos en los que no se sale de clase ni para el recreo. De hecho, dieron la asignatura de Educación Física en los pasillos del colegio haciendo abdominales y flexiones sobre los fríos y duros azulejos del suelo.

El momento más memorable del día fue cuando le tiraron un avioncito de papel contra la cabeza… y casi lo esquiva. Del avión no volvió a saberse hasta que, diez horas después, Juanín estaba sentado en el váter de su casa leyendo el prospecto de algún medicamento para no faltar al ritual excretor y, de repente, algo salió de su brecha y se estrelló contra la pared de enfrente: el avioncito de papel.

"¿Qué coño?", hubiera dicho Juanín si se le permitiera decir palabras malsonantes.

—¿Qué repámpanos? – dijo en su lugar.

Recogió el avión. No cabía duda: era el que le había lanzado la Jessy durante el recreo.

Juanín se tocó la frente. La brecha estaba caliente, y los puntos de sutura que le habían puesto se movían como los bigotes de una alegre gamba. El niño estaba tan sorprendido como fascinado por aquel descubrimiento. Terminó de entender lo que pasaba cuando bostezó (no olvidemos que era un niño, y ya eran las nueve de la noche). La brecha se abrió a la vez que su boca.

Uauh.

Juanín se debatió entre contárselo a su madre o guardárselo. No quería parecer un loco, pero tampoco quería morirse (porque todo niño sabe que uno puede morirse si tiene un agujero en la frente).

Decidió guardarse el secreto y utilizarlo en beneficio propio, como si fuera un super-poder. ¿Que cómo? Pues fácil, al día siguiente llegó al colegio y esperó a su enemigo número uno, Jesé, que (niño de costumbres) ejecutó el saludo de cada santo día.

—Qué pasa, qué pasa, qué miras, qué miras – chuleó despertando un odio incontenible en nuestro protagonista.

Frente contra frente, Juanín abrió la boca (abrió la brecha) y la cabeza de Jesé entró por completo en la cabeza de Juanín. Cerró la boca (cerró la brecha) y el cuerpo degollado de Jesé cayó con peso muerto.

Acto seguido: vocerío de niños, jaleo, gritos nombrando a todos los profesores habidos y por haber.

Para Juanín: ruido indistinguible, oscuridad, y un mareo del copón (alcanzó a esconderse en el armario de mantenimiento antes de que lo vieran).

Nadie pudo explicar lo que pasó. Nadie pudo culpar a Juanín. Nadie supo que, pocas horas después, en un cuarto de baño a pocas manzanas de allí, Juanín bostezaría con el sueño de las nueve de la noche, como cada día, como cualquier niño a esa hora, y la cabeza de Jesé caería en suelo del baño de la familia Ramírez.

—Tu padre va a hacer que nos arruinemos pagando fontaneros cada semana. Cuando va al váter, parece el dinosaurio ése con dos cuernos, el de la película; el "tricepatos" ése, el que echaba montañas de mierda.

—El triceratops, mamá, el triceratops – respondió el niño mirando para otro lado.

Nadie supo nada de su fechoría hasta que el fontanero desatascó las tuberías al día siguiente.

—¿Sabes algo de esto, Juanín? – le interrogaron sus padres en un contraluz de bombilla de bajo consumo.

—Que yo sepa, los triceratops son herbívoros – fue lo único que pudo decir frente a la cabeza inerte de su rival de "Fúsketbol".

Pero no tardaron mucho en sacarle la verdad, lo justo para chantajearle sin postre el resto de su vida (no olvidemos que era un niño, y el postre es fundamental en la felicidad de cualquier chiquillo).

—Papá, mamá, tengo una brecha que come y vomita un ratito después, como la prima Silvia antes de que la llevaran a la clínica – confesó.

En pocas horas, todas las rotativas sacaron en primera plana la brecha de Juanín.

"El niño-guillotina", titulaba el principal periódico del país. "Descubierto un nuevo triángulo de las Bermudas en la frente de un niño", anunciaba otro de corte amarillista.

En arresto domiciliario, Juanín jugaba con sus primos como si nada. Así llevaban un par de días ya. Completamente encerrados hasta que llegaran científicos de la universidad de no sé dónde que se suponía que iban a hacerle unas pruebas para verificar no sé qué relacionado con el acelerador de partículas de no sé dónde.

—¿Los científicos son como médicos, mamá?

—También tienen bata blanca, hijo mío, pero eso no quiere decir que sean doctores. Los científicos son gente mucho más importante y seria.

—Pero, ¿también ponen inyecciones?

La madre dudó, pero no iba a mentir a su hijo, suficiente calvario le esperaba. Y le asintió.

—Sí, hijo mío, también ponen "indiciones".

Entonces pasó que Juanín buscó alguna manera de huir de las agujas que venían con los científicos de no sé dónde para hacerle no sé qué y se le ocurrió una manera la mar de ingeniosa a la par que arriesgada: abrió la brecha, la abrió, la abrió, y la abrió, hasta que notó que empezaba a revertirse, los pliegues de piel se doblaron sobre sí mismos y un vacío invisible fue agrietando su frente, ampliándose a costa de toda la epidermis de su cara, de su cuello, de su torso, y de su cuerpo entero.

—Juanín, para ya, que te vas a romper la…

El niño desapareció frente a la mirada desencajada de su madre y de sus primos, había ejecutado su plan para huir de las inyecciones a la perfección. Se había comido a sí mismo. En lo que no pensó fue en la vuelta, en cómo (después de tragarse) poder auto-vomitarse, tarea harto difícil pues nunca jamás volvería a bostezar con el sueño de las nueve de la noche (por muy niño que fuera).

La mascarada del Caballero Negro y el Caballero Blanco

Por Alberto Morán Roa

Ilustrador: Bloodsports 13/ Jonathan González Gómez (España)

Como todos los años al derretirse las nieves del paso del Risco Gris, el Caballero Negro y el Caballero Blanco se encontraron frente a frente, listos para cruzar filos una vez más en aquel duelo destinado a concluir en tablas, que recibiría al sol del alba y se prolongaría hasta que el astro se marchase, hastiado, más allá del horizonte. Antiguas profecías los ataban a aquella usanza, pero la pasión de los primeros combates se extinguió años atrás, dejando tras de sí una rutina mustia e inane.

—Buenos días, Caballero Blanco —dijo el Caballero Negro. Su voz era el dolor y la ruina, el trueno que anuncia la tormenta, el aullido del lobo que encierra a los aldeanos en sus casas y los hinca de rodillas en oración. Sus labios habían saboreado sangre, veneno de hidra y los caldos de infante de las brujas.

—Buenos días, Caballero Negro —dijo el Caballero Blanco. Su voz era la primavera y el renacer, un canto a la esperanza, el plácido despertar de un sueño, la música solemne de los faunos. Su rostro evocaba a dioses, a paladines de leyenda; traía la paz en su mirada y promesas de victoria en sus labios.

—Estoy cansado, Caballero Blanco. Harto de todo esto. Nos reunimos cada primavera en el Risco Gris, combatimos durante horas y, cuando no podemos ni levantar las espadas, regresamos a nuestros asuntos para no volvernos a ver durante un año. Nada ganamos, nada perdemos, y ninguna satisfacción obtenemos. Di, ¿qué sentido tiene?

El Caballero Blanco se frotó el mentón y deslizó sus dedos enguantados por el bigote.

—Razón no os falta, mi vil contendiente. Siempre fuisteis mejor que yo a la hora de rebelaros contra las convenciones.

—No esperes un agradecimiento, petulante adulador.

—Ni lo espero ni lo deseo, plaga de las tierras, solo constato un hecho. Así pues, ¿qué proponéis? ¿Qué renovará nuestros ánimos a reñir?

—Llevamos lustros enfrentados y de ti nada sé. Ignoro quién eres, qué anhelas, cuáles son tus sueños. ¿Cómo voy a querer aplastar aquello que desconozco?

—Debo decir lo mismo. De conocer a quien porta esa armadura azabache, quizá renovaría mi sed de duelo. Derrotaros o no me es cada vez más indiferente.

—Propongo lo siguiente, botarate hazañero.

—Hablad pues, bellaco disoluto.

—Dame tu armadura; te entregaré la mía. Me vestiré como tú y tú te vestirás como yo. Iré por donde has venido y tú seguirás mis pasos hasta el lugar del que procedo. Dentro de un año nos volveremos a ver aquí y recuperaremos nuestras identidades.

—¡Sin duda avivará la llama de mi justo desprecio el ver la corrupción que habéis extendido! Llevaré al reino que atormentáis la bendición de la luz. ¡Venga esa loriga!

—¡Y yo sumiré tu nación en oscuridad hasta que los gritos por tu regreso inunden el continente! ¡Trae esa panoplia!

Y así, el Caballero Negro y el Caballero Blanco intercambiaron sus atavíos. El primero se ciñó el peto de marfil con alas de ángel grabadas en el pecho; el segundo, la coraza de obsidiana con alas de dragón en el plexo solar. Una vez vestidos, montaron.

—¡Hasta dentro de un año, Caballero Negro, azote de la humanidad! —dijo el Caballero Blanco mientras se ceñía aquel yelmo oscuro que evocaba el cráneo de una bestia.

—¡Hasta dentro de un año, Caballero Blanco, patán vanidoso! —bramó el Caballero Negro, ajustándose el casco de cimera emplumada y grabados marfileños.

Cada uno tomó el camino de su rival y se perdieron en la distancia.

La primavera maduró hasta convertirse en verano; este fue herido por el otoño, que lo obligó a retirarse, y cayó muerto ante el invierno, del que a su vez brotó la estación de las flores. Las nieves se retiraron del Risco Gris y cuando el último copo se hubo deshecho, el repiqueteo de ocho pezuñas resonó entre las paredes de roca. Dos figuras cabalgaron en direcciones opuestas hasta detenerse una frente a la otra.

—Buenos días, Caballero Blanco —dijo el Caballero Negro.

—Buenos días, Caballero Negro —contestó el Caballero Blanco.

Permanecieron un instante en silencio, mientras el viento ululaba. Parecían cansados.

—Preguntaré primero, ya que nunca fuisteis hombre de modales. ¿Cómo fue vuestro año? —preguntó el Caballero Blanco.

—Preferiría la muerte a revivirlo, te lo garantizo —contestó su rival con desprecio—. Me dirigía a través de un bosque, envenenando liebres por placer y arrancando las ramas de los árboles con mi espada, cuando tres doncellas jóvenes salieron a mi encuentro y rogaron mi bendición, suplicantes.

—Atendisteis a sus ruegos, ¿no es así?

—Forniqué con las tres al mismo tiempo, si es a lo que te refieres.

—¡Indignante! —exclamó el Caballero Blanco.

—No para ellas, te lo garantizo, pues mucho gozaron y dichosas fueron; después, en vez de huir avergonzadas, tapando sus vergüenzas con sus harapos raídos, marcharon dando saltos entre la hierba, felices de haber recibido mi favor.

—¡De todo punto reprobable! —reiteró su enemigo.

—Llegué a un pueblo y la gente arrojaba flores a mi paso, yo las retiraba de mi armadura con desdén y los campesinos las frotaron sobre sus cuerpos, imitándome, alabando el perfume que dejaban y cómo limpiaban la mugre de un día de trabajo. Más tarde llegó a la aldea un joven escuálido y cojo rogando asilo, diciendo que huía del hambre y la guerra.

—Le proporcionasteis cobijo, espero.

—Le proporcioné el filo de mi espada, hundiéndola hasta la cruz en su barriga hinchada por el hambre.

—¡Qué horror!

—¡Eso pensaron los pueblerinos! Pero después, rebuscando entre sus pertenencias, encontraron una nota. Resultó ser el espía de un condado próximo, que debía recabar información sobre las reservas de grano de aquella gente y las defensas del castillo. ¡Qué vítores cuando lo descubrieron! Pero aún mayor fue su alegría cuando vieron cómo quedó el bosque a mi paso: celebraron que envenenase a las liebres, pues se habían convertido en plaga y arrasaban las cosechas, mientras que las ramas partidas les proporcionaron leña para calentarse durante los últimos coletazos del frío. ¡Me trataron a cuerpo de rey! Y ese fue solo el primer mes, los que lo siguieron fueron aún mejores.

—¡Vergonzoso! —seguía diciendo el Caballero Blanco.

—¿Y cómo fue tu año, melindroso galán? ¡Sin duda los paletos se deshicieron en alharacas al contemplar tus milagros!

—¡Ojalá!

—¿Pues qué pasó?

—Atravesaba un espeso bosque cuando escuché un gemido entre la arboleda. Fui a investigar y encontré una cría de dragón con la pata atrapada en un cepo. ¡Cómo lloraba! Decidí enseñarle el valor de la generosidad y la liberé, le curé la pata y le puse un vendaje flexible que le duraría hasta que creciese. Cuando al fin salí del bosque di con un pueblo que languidecía a causa de una terrible enfermedad: la piel de sus habitantes estaba cubierta de pústulas y sus toses traían sangre entre las flemas.

—Espero que limpiases esa pocilga como se saja un absceso: con el tajo de un buen filo.

—¡Malditas sean vuestras ocurrencias! ¡Por supuesto que no! Conozco esa peste, que las ratas traen consigo, así que encendí hogueras para espantar a las alimañas y traer la salubridad de vuelta a la villa. ¡Cuál fue mi disgusto cuando creyeron los enfermos que estaba prendiendo fuego al pueblo y huyeron despavoridos!

—Te está bien empleado, santurrón de pacotilla. ¿Qué ocurrió después?

—Vagué por aquellas tierras sin rumbo ni destino, ya que no había aldea que me proporcionase un techo bajo el que dormir. Acabé en combate singular con un despótico barón y su mesnada de truhanes, pero al hacerlo dejé a la aldea sin guarnición y semanas después, llegó a mis oídos que había sido arrasada por un noble aún más sanguinario que el anterior. ¡Y a peor fueron las cosas conforme avanzaba el año! La semana pasada estaba yo de regreso a nuestro encuentro anual cuando me topé con decenas de casas reducidas a cenizas. Pregunté a los llorosos lugareños qué había ocasionado tal destrucción y afirmaron que un dragón joven con una pata vendada estaba arrasando la localidad. ¡Maldito el momento en el que me identifiqué como su benefactor! Os devuelvo la coraza abollada por la tormenta de piedras que arrojaron sobre mí, espero que podáis disculparme.

Guardaron silencio hasta que el Caballero Negro, más proclive a los arrebatos de ira, se quitó el casco y lo arrojó al suelo.

—¡Al cuerno con esta farsa! Aspiraba a conocer a mi enemigo, pero ha sido inútil. ¡Solo he conocido a esta estúpida armadura! Di, Caballero Blanco, ¿de qué ha servido esta pantomima, si no importaba quién vistiese la coraza, sino el color de esta? Di, mi despreciado oponente: ¿somos nosotros o nuestras armaduras?

—Peor aún —respondió su rival mientras retiraba el yelmo de su testa con delicadeza—, ¿somos nosotros, o lo que las gentes esperan de nuestras armaduras?

—¡Es igual! Regreso a mis tierras, donde los bobalicones no celebran mis crímenes.

—¡Haré lo mismo! Volveré a mi patria, donde no queda gesta sin canto.

Tras recuperar sus respectivos atavíos, los caballeros montaron sobre sus corceles y los animaron a ponerse en marcha. Cuando quedaron lado a lado, alzaron las viseras de sus bacinetes e intercambiaron miradas.

—¿Nos veremos aquí dentro de un año, mi aborrecido oponente?

—Cuando las nieves se retiren, mi despreciada némesis.

—Adiós, Caballero Negro.

—Adiós, Caballero Blanco.

Y dejando sendas incógnitas tras ellos, marcharon.

El médico de pueblo

Por Carmen Rosa Signes Urrea

Ilustrador: Génesis/ Janet Ruiz (Cuba)

dos años de tomar posesión de mi cargo como médico en aquel pueblo no me veía ejerciendo la medicina en ningún otro lugar. Era un municipio tranquilo y aislado. Después de dos años de peticiones, conseguí de las autoridades sanitarias que, cada seis meses, un laboratorio ambulante realizara chequeos selectivos para la prevención.

La población más cercana a la nuestra se encontraba a no menos de cien kilómetros, entre bosques y montañas y su conexión al mar era una mera anécdota pues los acantilados impedían cualquier acercamiento.

Encontré el aviso en el buzón de la entrada de casa. Cogí la bicicleta y pedaleé hasta alcanzar la casa del enfermo. Nadie salió a recibirme por lo que, con la confianza de siempre, entré. El llanto de un bebé se escuchaba en el piso superior. Subí.

—¡Hola doctor! Disculpe que no haya salido, esta criaturita me necesitaba.

La dueña de la casa, una mujer mayor, sostenía entre sus brazos un bebé menudo, extremadamente pálido. Sus rasgos parecían como pintados.

—Engracia, dígame…—la miré sorprendido—. Iré al grano, evidentemente no es suyo, pero ¿de dónde lo ha sacado?

—Doctor, no me va a creer. Cuando me desperté estaba junto a mí, en el lecho.

—Sé de su bondad. No me mienta. Si este niño es fruto de una infidelidad o del error de algún vecino, sabré ser discreto, pero no favorece a la criatura que se oculte la identidad de la madre ni la naturaleza de su origen.

—Juro que no le miento. Es tal y como le he contado.

El niño, en apariencia normal, tenía características especiales. Era demasiado pequeño, pero no enclenque, parecía más bien robusto, su llanto sonaba extremadamente fuerte y sobre la piel, más que vello, parecía tener una pelusa blanquecina.

—Parece sano, pero igual me lo trae mañana a la consulta. Tranquila que no haré más preguntas. Posiblemente su madre aparezca también con algún malestar propio del parto. Cuide de él. Sé que lo hará.

La anciana sonrió sin dejar de mirar al pequeño y yo regresé a casa.

Aquella noche comencé a tener extraños sueños relacionados con ese niño. No comprendía el porqué, parecía una obsesión sin sentido. En ellos me veía con él de la mano entrando en el bosque más profundo, parecía tener cinco años. La luz del día no llegaba al suelo, el ambiente era gélido y mis pasos inseguros. Era como caminar sobre ramas. Él me ayudaba a mantener el equilibrio, me daba seguridad. Me despertaba al tiempo que después de caer, sin control, por un terraplén nos deteníamos. Aquella misma noche, en dos ocasiones se repitió el sueño.

El día siguiente, en la consulta, a primera hora apareció Engracia con el bebé. Esperaba una reacción en cadena de rumores y dimes y diretes entre las personas que aguardaban consulta, pero nadie pareció darle la menor importancia.

—Buenos días, Engracia. Veamos a esa criaturita.

—¿Ha venido alguien preguntando por él, doctor?

—No, y por lo que veo el silencio es general. Aquí se tapan unos a otros.

La primera impresión fue la de que el niño había crecido, parecía más largo, tenía los ojos abiertos y había desaparecido la palidez de su piel. Me resultaba imposible determinar el tiempo que tenía. Realmente todo en él era extraordinario.

—Creo que no le ha dado problemas al alimentarlo. Vamos a hacerle algunos análisis. —El niño no dejaba de sonreír.

—¡No! -Dijo aterrada. —El niño está bien ¿verdad? Espere, al menos, a que venga el furgón de los chequeos… por favor.

Sabía que temía que se lo arrebataran. Por eso fui blando y me dejé convencer. No hacía ningún daño, lo cuidaría bien y tenía la esperanza de que la madre apareciera de un momento a otro.

—Si le parece le doy cita para la semana que viene.

—Gracias, doctor. Aquí estarmos.

Pasada una semana, perdí las esperanzas de que apareciera la madre fugitiva, lógico era pensar que alguna visitante furtiva lo había abandonado antes de continuar su camino.

Se acercaba el tiempo de los chequeos, en quince días llegaría el furgón y yo debía tenerlo todo preparado y evitar que nadie faltara a la cita. Minuciosamente, seleccioné las fichas de aquellos vecinos que consideré que podían encontrarse en grupos de riesgo. Había enviado circulares e incluso un gran recordatorio colgaba en el Ayuntamiento, la iglesia y fuera de la consulta. Incluso yo me apunté. Los sueños recurrentes y el insomnio que me provocaba el miedo a que se repitiera, me inquietaba. Debí acercarme al hospital para hablar con un especialista, pero no quise abandonar mi puesto.

En los tres meses que pasaron desde que viera al niño, por vez primera, había crecido, inusualmente. Todo parecía indicar el padecimiento de algún trastorno de la glándula pituitaria,

algo de difícil diagnóstico con mis pobre medios. No quise comentarle nada a la madre adoptiva, debíamos esperar a la llegada del resultado de los análisis.

Todas las tardes, salía de paseo, buscaba la soledad de algún rincón donde leer o simplemente dedicarme a la contemplación. Una tarde, me dispuse a adentrarme un poco más de la cuenta en el bosque. Para mi sorpresa, a mitad de camino me invadió un gran sopor. No pude evitar quedar dormido. Pasadas un par de horas, cuando casi oscurecía, desperté. Fue la primera vez, en meses, que descansaba. "Tendré que venir aquí para dormir", me dije.

Por la noche, en casa, sueño e insomnio regresaron. Aproveché para adelantar tareas del hogar. Al ir a llenar la lavadora encontré los pantalones rozados y los bolsillos repletos de tierra, pequeñas ramitas y hojas, como si me hubiera caído aquella tarde en el bosque.

De camino a la consulta me crucé con Engracia y su hijo que, asombrosamente, iba caminando. Aquello escapaba a mis conocimientos. Parecía imposible que aquel niño de tan corta edad, apenas tres meses, caminara.

—Buenos días, doña Engracia. Veo que el niño sigue adelantado a su tiempo.

—¿Es malo doctor?

—No —quise restarle importancia, tampoco podía explicarlo—. Recuerde traerlo para las pruebas.

Por la tarde, regresé al bosque donde volví a quedarme dormido. Al despertar me encontré, nuevamente, los pantalones raídos, los bolsillos llenos de tierra, ramas y hojas, y una inquietante sensación.

Una urgencia me obligó a desplazarme hasta el hogar de otro de mis pacientes. Otra vez fui recibido por el llanto de un beb. Llamé pero nadie salió a recibirme entré.

Al entrar en el cuarto, situado en el piso superior, las cuatro personas que se encontraban en él impidieron que entrara.

—Disculpe doctor, le hemos hecho venir para nada. Todo está controlado –dijo la dueña de la casa.

—No es molestia, pero si se trata de un parto es mi obligación atender a la madre.

—Si así fuera, le aseguro que no tendría inconveniente, pero es sólo un malentendido. Se trata de una pariente y su criatura que al parecer se sintió indispuesta tras el largo viaje.

—Me alegro que sea sí. Pero no duden en llamarme si no mejora.

Salí bastante intrigado de la habitación. ¡Qué menos después de observar la extraña sustancia blanquecina que empapaba el piso y cómo aquella criatura parecía recubierta por raíces!

No tenía forma de descansar, era cerrar los ojos y aquella pesadilla regresaba. Intentaba ordenar su contenido. Siempre idéntico recorrido, aunque el niño seguía creciendo, ya parecía un muchacho. De entre la vegetación que nos rodeaba, tras la caída por el terraplén que precedía al retorno a la consciencia, surgieron unos seres blanquecinos recubiertos de raíces.

Me estaba volviendo loco, algo en mí no iba bien. Decidí telefonear al padre de un compañero de estudios, psiquiatría retirado que, posiblemente, me sacaría de la incertidumbre.

—Muchacho, no veo nada malo en usted, quizás se trate de alguna alergia que le produce fiebres altas nocturnas. Con un buen antihistamínico...

Me sentí estúpido. Tome el más suave de los antihistamínicos y, aquella noche, después de meses de insomnio, volví a descansar. La solución había sido tan sencilla, que decidí que, finalizados los chequeos, me tomaría un descanso, sólo tenía que encontrar un sustituto.

Era sábado, día que dedicaba a arreglar el jardín. No es que le hiciera mucho. La variedad botánica de aquellas latitudes era impresionante, pero sólo una planta logró captar mi atención. Era menuda, de una rara y enigmática belleza, fue tal el interés que despertó en mí aquella planta, que se podía definir de grandes hojas de un tono verde oscuro con flores blancas ligeramente teñidas de púrpura y con unas diminutas manzanas como fruto, que decidí dejarla en su sitio y averiguar qué era. Como colofón de la tarde, di una vuelta por el pueblo esperando encontrarme con alguien que me sacara de la ignorancia, era de suponer que aquella planta sería común en la

comarca. La primera persona a la que vi, fue a doña Maite que, precisamente, se encontraba trabajando en su jardín.

—Buenas tardes, doña Maite. Y ¿su invitada? Ha tenido alguna molestia más —le lancé la pregunta, tenía curiosidad por saber qué había sucedido con aquella extraña mujer.

—¿Por qué supone que está todavía con nosotros? Hace una semana que se fue, creí que se lo había dicho. —La noté como alterada, mi pregunta la incomodó.

Una rápida observación del suelo de su jardín, donde se hallaba trabajando, me confirmó que ella también le había brotado.

—Veo que a usted también le ha salido. ¿Sabe su nombre y a qué especie pertenece? ¡Es bellísima!

Pareció más contrariada con esta pregunta que ante la anterior.

—¿Se refiere a… ésta? Es natural. Tiene una vida muy corta —parecía intentar restarle importancia.

En la plaza del Ayuntamiento, y sin esconderse, me encontré con Engracia y el niño paseando abiertamente, ya no se escondía. Anhelaba, al fin, hacer los análisis a aquel muchacho que, con casi metro y medio a pesar de su corta edad, sobrepasaba la estatura de su madre adoptiva.

—Buenas tardes doctor. ¿Es normal que mi niño no hable? —Me resultó curiosa su preocupación.

—Claro mujer, apenas tiene seis meses, no desespere, a su tiempo lo hará —no se me ocurrió nada más qué decirle. —Disculpe que le cambie de tema, pero es que he encontrado en el jardín una planta desconocida para mí. Quizá usted pueda ayudarme, desearía saber cuál es. Tiene unas hermosas flores blancas con toques púrpura.

La inmediata reacción del niño que intentó esconderse, provocó que Engracia se me acercara para susurrarme al oído:

—¡No la toque! ¡Déjela dónde está! Y, por el amor de Dios, ni se le ocurra arrancarla —y se alejó sin darme más respuesta, dejándome mucho más intrigado.

De regreso a casa, busqué entre mis libros, antes de decidirme por la carrera de medicina, estuve tentado de estudiar la de farmacia. Recordaba haber guardado unos cuántos libros sobre plantas medicinales, tenía curiosidad por ver si la encontraba allí. Repasé, una a una, las páginas de aquel par de volúmenes esperando encontrarla, pero la ausencia de fotografías e ilustraciones complicó mi búsqueda. Apunto de abandonar recordé un curioso manual que adquirí en un mercadillo y que versaba sobre las plantas mágico-medicinales. Allí estaba. La mandrágora arrastraba tanta propiedades como leyendas. Una hacía referencia a que si se arrancaba de raíz, ésta gritaba tanto que te podía enloquecer. Aunque no dejaba de ser un mito, todo el mundo la temía. Con el libro en la mano, la observé con todo detenimiento.

Mi afán por descifrarla mejor, consulté nuevamente los libros y, entre unos tratados y otros, logré refrescar mis conocimientos. Así pude descartar algunas supercherías, como la que hablaba de que sólo brotaba bajo la cuerda de un ahorcado y en la que, irremediablemente, todos los fluidos del cadáver se habían derramado. Médicos y brujos, a la par, la habían empleado desde la antigüedad, por ello sus cualidades y aplicaciones, aunque según decían no todas, estaban muy estudiadas. Me planteaba si arrancarla o no. Como había anochecido y puesto que al día siguiente era domingo, desistí del empeño y me retiré para descansar.

En la madrugada regresó el sueño y, en esta ocasión, desperté horrorizado.

El bosque, el niño que ya no era tal y el paseo por un lugar recóndito y que intuía peligroso para mí. La caída por el terraplén, el dolor de las magulladuras y justo en el momento en el que aquellas extrañas criaturas, de las que al fin podía ver el rostro, se aproximaban hasta mi, la voz del hijo de Engracia me sorprendía. Recordaba el primer encuentro con él, ese llanto tan fuerte como el sonido de aquellas palabras que, dirigidas hacia mí, me instaban a la huída, a dejarlos solos y no regresar jamás. El vello poblado, que ahora le cubría todo el cuerpo visible, le restaba toda señal de humanidad. Por si eso fuera poco, las criaturas que nos rodeaban se asemejaban más al chico que nunca. Desprovistos de ropaje dejaban al descubierto su sexo, tenían largas extremidades desde las que colgaban pequeños apéndices como las barbas de los tubérculos, como las raíces de un árbol. No eran humanos, y yo, indefenso, escuchaba los gritos cada vez

más fuertes de todos ellos. Me desperté sintiendo la presencia de alguien más en el cuarto, por lo que no pude conciliar el sueño.

Dispuesto a extraer la mandrágora fuera como fuese, a primera hora de la mañana, me dispuse a hacerlo. La sorpresa fue mayúscula, la tierra removida y el espacio vacío deban cuenta de la usurpación del ejemplar. Salí indignado de casa, alguien la había robado, pero ¿quién? Cada día eran mayores los misterios de aquella pequeña población. El secretismo reinante comenzaba a asustarme.

Llegué a casa de Maite y pude comprobar que la suya también había desaparecido. Estaban ocultando algo. De vuelta a casa, tomé la bici y me dirigí a la colina de Engracia, seguro de que ella me ayudaría.

Desde lo alto de la colina se vislumbraba cierta agitación en el pueblo. No había nadie en casa pese a que la puerta la encontré abierta. A punto de marcharme oí la voz debilitada de Engracia tras unos matorrales.

—¿Engracia? ¿Qué le ha pasado? ¿Se encuentra bien?

—Se ha marchado. Me dijo adiós, y se fue. Necesito que vuelva —dijo entre sollozos.

—Déje que la vea bien. No, no parece tener nada. Me había asustado, la vi tan afectada que creía que le había sucedido algo malo. Tranquilícese, si es por eso, descuide que seguro que vuelve.

—No volverá. No es la primera vez que ocurre. No es la primera vez… —se derrumbó entre lloros.

La ayudé a entrar en su casa y me dirigí de nuevo a la mía. El viento soplaba con violencia dificultando el avance. Mi casa estaba totalmente abierta, puertas y ventanas se dejaban sentir. Las cortinas se agitaban con fuerza, parecía como si el viento surgiera desde dentro. Me dispuse a cerrarlo todo y entonces lo vi. Un rastro de tierra surgía de la cocina en dirección a las escaleras. Aquellas huellas eran menudas seguían en ascenso dirección a la única habitación cerrada de toda la casa, la mía. Frente a ella dudé si abrirla o no, no encontré ninguna justificación para no hacerlo y lo hice. Sobre la cama, completamente desnuda, una preciosa muchacha me reclamaba.

Cerré la puerta tras de mi. No la había visto nunca. Su piel, excesivamente blanca, contrastaba con el cabello castaño oscuro. Sus rasgos, poco definidos, eran dulces.

—¿Quién es usted? Y ¿qué hace aquí?

No contestó, se limitó a sonreírme.

—Le ruego que se vista y, luego, se marche.

Tras la puerta, que se abrió de golpe, apareció el muchacho de Engracia. De un empujón me tiró contra la pared y, tomando en brazos a la intrusa, regresó sobre sus pasos sin perderme de vista. Antes de salir, gritó tan fuerte, que los cristales de las ventanas se rajaron y la bombilla de la lámpara estalló.

Salí tras de ellos pero no logré alcanzar la puerta porque la plana mayor del pueblo me lo impidió, estaban aguardando en el recibidor. Tanto el alcalde, como doña Maite y su marido, acompañados de tres personas más, parecían nerviosos y molestos.

—¿Vieron eso?

—No hemos visto nada, y usted tampoco –dijo doña Maite.

—Pero ¿cómo es posible? No me negarán que…

—Si amigo, lo negaremos. Es hora de que se marche.

—¿Marcharme? Sí, por supuesto, pasado mañana o el miércoles a mucho tardar, después de los chequeos, parto de vacaciones y…

—No, debe partir ahora mismo. Agradecemos sus atenciones para con el pueblo, pero ya no le necesitamos.—la voz del alcalde sonaba respetuosa, pero fría y distante. —Llamé para anular la visita del laboratorio antes de su partida. Así que le rogamos que se vaya ahora mismo, nosotros enviaremos sus cosas a la dirección que nos indique. Lo siento pero las cosas están así, hemos decidido prescindir de sus servicios.

—De acuerdo, ha sido un placer atenderles durante este tiempo. Lamentaré mucho esta decisión. Llamaré yo mismo a mi sustituto, ustedes dirán si desean que se quede y por cuanto tiempo.

—Dígale que prescindimos de él –confirmó el alcalde.

Les vi alejarse a todos juntos, el alcalde tomó la mano de aquella enigmática muchacha. Demasiados misterios para mí, no merecía tantos problemas. Lo único importante ahora era marcharme como me habían sugerido, ya tendría tiempo de pensar en otro momento.

Ver desaparecer la imagen del pueblo por el espejo retrovisor me llenó de nostalgia. Paré el coche de golpe y bajé de él, me pareció observar algo escondiéndose tras de un árbol, pero nada encontré.

A las dos semanas, casi lo tenía todo olvidado. Hasta las pesadillas habían desaparecido, definitivamente aquel lugar no era una buena influencia. Pese a mantener las incógnitas sobre mi cese, que era lo único que me preocupaba, llamé al Ministerio. Por lo visto no habían enviado ningún informe negativo, que pudiera perjudicarme, sino todo lo contrario. Mis servicios, según les constaba, habían sido satisfactorios. Al fin, pude respirar tranquilo.

Ese mismo día, llegó el camión con mis pertenencias a casa de mis padres, donde me había alojado provisionalmente, mientras encontraba un nuevo empleo. No puedo explicar el porqué, pero me entró verdadera apatía por aquellos bultos. Así que pedí que los dejaran en el garaje.

Un mes más tarde encontraba trabajo. Pasé a ejercer la medicina en un barrio de las afueras de una gran ciudad. Menudo cambio. Me instalé en un piso alquilado y allí trasladé mis cosas. El ritmo de trabajo era tal, que llegaba a casa agotado. Tanto era así que después de una semana aún la casa permanecía vacía, no encontraba el momento de desembalar nada.

Eso no podía seguir así, me armé de valor y comencé a colocar cosas. Fue haciendo dicha tarea cuando me quedé dormido. ¡Qué desagradable sensación! ¡El sueño había regresado! El bosque, el mismo bosque, la misma angustia, todo era lo mismo, salvo por un detalle: que me encontraba sólo. Paseando sin compañía, cero complicaciones, ni tan siquiera caía por el

terraplén ni encontraba a aquellos diminutos seres. A pesar de todo desperté inquieto, y lo más curioso fue que mantenía sujeta una de las cajas, una pequeña que apenas pesaba, parecía vacía.

Sentí como si algo en su interior se moviese, por lo que la solté de golpe al suelo, sin evaluar las consecuencias de mi acción. Un fluido espeso y blanco comenzó a surgir de entre sus grietas. Recelé de abrirla, no recordaba haber empaquetado ningún frasco con líquido. Entonces lo oí. Un pequeño gemido, surgido desde su interior, provocó que la lanzara nuevamente al suelo. Fue entonces, que con el impacto se abrió. El fluido blanquecino se mezcló con tierra. Levanté la caja aterrado. Y ahí estaba la mandrágora, mi mandrágora, retorciéndose. Y mientras agitaba sus extremidades repletas de apéndices y largas barbas, parecía querer decirme "Papá".

El Mercader del Tiempo

Por Javier Arnau

Ilustrador: The Runway/ Scott Listfield (EE.UU.)

NTRO: En el desfase temporal. Fuimos requeridos, en distintas fases del Tiempo, en ciertas realidades alternativas. Procedíamos de diferentes sociedades, distintos mundos, diversos tiempos. Pero todos reunidos por el Mago del Tiempo. Viajamos a lo largo del Tiempo. Y a lo ancho. Y de todas las maneras posibles. Todo fluye… Inevitable fluir/devenir/ de sucesos.

I

EL MAGO DEL TIEMPO: Acompañados por el Mago del Tiempo, visitamos algunas de las maravillas de la realidad. Visitamos las enormes cadenas montañosas donde los Gigantes de Caliza fabrican la arena, que los Gnomos colocarán, grano a grano, en las playas y en los futuros desiertos. Vivimos una temporada en el jardín donde se armonizan las notas musicales que hacen rotar el mundo. Aprendimos allí también que cuando esas notas musicales son repetidamente usadas y pierden parte de su capacidad de giro, pasan a formar parte de las Esferas Celestes, que el mismo Señor de la Entropía atesora como su bien más preciado.

Después, si eso significa algo cuando se viaja con tan ilustre guía, asistimos extasiados a las clases de manualidades donde los Elfos más jóvenes aprenden labores tales como recortar copos de nieve, dibujos de escarcha, mezclas de texturas aromáticas/visuales, etc. Posteriormente, en clases más avanzadas, se aprende a combinar colores para crear Arco Iris, uno diferente para cara

Realidad -de ahí su enorme dificultad-; a ensamblar las diferentes partes de las flores para dar lugar a toda la flora, así como a asignarle un aroma a cada combinación creada; a saber qué sonido es el adecuado para cada momento de la existencia: el sonido del viento solar, el crepitar de los rayos de Luna, el canto de los delfines estelares, la armonía de los corazones enamorados, el crecimiento de la madera de los bosques, el rozar de un pensamiento al escaparse...

Como despedida, nos regalaron Estrellas de Mar Susurrantes, cuyo canto se asemeja al más delicado roce del más frágil cristal de Bohemia. Nos enseñaron a cuidarlas amorosamente porque -decían- en su evanescente fragilidad podían morir las noches de Arco Iris Estrellados, cuando las nubes de delfines cantan a la luz de los crepitantes rayos de Luna, justo antes de que el viento solar nos anuncie la llegada de la Nieve Aromática.

Continuamos -o empezamos, o volvimos- viaje, y acudimos a las playas donde los atareados Gnomos situaban en su orden Universal correspondiente los granos de arena. A su lado, pero en otro plano de la realidad, por lo que no se entorpecían, vimos pequeños seres parecidos a aves, pero superiores en hermosura a la más bella flor jamás concebida en la Escuela de los Elfos, que se dedicaban a transportar en sus picos las leves caricias de brisa que acompañan a un amanecer idílico, y a impregnarlo con ese leve aroma a sal que nos trae la sonrisa de un ser largamente perdido.

Y entonces se desató la tormenta. Pero otros seres de los que no teníamos noticia hasta entonces, pero que conocíamos de toda la vida una vez pensados, consiguieron volver a atarla. Y sólo quedó el leve olor a ozono y a tierra mojada que los Duendes, saliendo de sus oníricos Palacios Subterráneos, se dedicaron a recolectar para poder esparcirla posteriormente a los doce vientos imperantes, y a los seis puntos cardinales de esa Realidad.

Evidentemente, era visita obligada el conocidísimo Mercado de los Pájaros, donde compramos las famosas cajitas de madera que contienen el piar de los pájaros con las cualidades canoras más exquisitas jamás recordadas. Vimos también cómo se cosían los reflejos a las escamas de los peces, y las notas musicales a los trinos de los pájaros, entre muchas otras maravillas que sería muy largo enumerar aquí/ ahora -aunque tengamos todo el Tiempo de todos

los mundos conocidos-. En este Mercado son muy cotizados los estudiantes que han salido de la Escuela de los Elfos que habíamos visitado, y en sus talleres su arte es, por tanto, muy apreciado. Aquí encontró nuestro guía, el Mago del Tiempo, a un amigo al que hacía largo tiempo... en nuestra escala/ realidad... que no veía. Se abrazaron, se dieron las últimas noticias, y se despidieron muy pronto porque el otro, un tal Mithandril, tenía una reunión que parecía, por la prontitud con la que se despidieron, bastante importante, en la cercana localidad de Rivendel.

Después paramos a comer, a la vez que seguimos viaje -es lo bueno que tiene ser guiado por un personaje como el Mago del Tiempo, que no se pierde el Tiempo nunca...-. Hadas y Sílfides nos servían delicados platos, mientras que Faunos y Sátiros conjuraban excelentes vinos y picantes comidas. Artemisa vendía su caza recién adquirida, y Dionisio cantaba la excelencia de los vinos de sus viñedos.

El local estaba muy concurrido, y a nuestra mesa se sentaron viejos conocidos de todos. Entre ellos, el Señor de la Entropía y Lord Caos, familiares cercanos, pero que estaban discutiendo sobre cual de los dos era el antepasado del otro, porque según uno el Caos sigue a la Entropía, y según el otro la precede; preguntado por esta ardua cuestión el Mago del Tiempo, no supo -o no quiso- responderla, porque, según a él le parecía, igual daba correr en un sentido que en otro, igual se fluía hacia delante que hacia atrás.

También estaban con nosotros Dama Eternidad, cada vez más joven, y la hermana del Rey del País de los Sueños, que nos comunicó que éste se nos uniría más tarde. A esta bella joven la he visto después en varias ocasiones, y recientemente he conseguido quedar con ella para dentro de poco; Muerte se llama mi dulce niña.

Acabada la comida, fuimos a tomar el té con Alicia, el Sombrerero Loco, la liebre de Marzo y el Lirón. Mediada la velada, llegó el hermano mayor de Muerte, el Rey del País de los Sueños; entonces nos invadió el Sueño, pero con la ayuda de Guerreros, Caballeros, e incluso de "El Héroe" de las leyendas y de los cuentos, fuimos capaces de rechazarlo; sólo el Lirón cayó víctima del Sueño.

Viajamos y vimos a otros grupos conducidos por el mismo Mago del Tiempo que nos guiaba a nosotros. Algunos éramos nosotros mismos. Más viejos, más jóvenes. Más nosotros.

Menos. Nos saludamos, y con una sola mirada nos entendimos y comprendimos en ese momento la Eternidad (cada día más joven y bella, como ha quedado dicho).

Estábamos acabando el viaje. Algunos estábamos empezando el viaje. Compramos al Mago del Tiempo algo de Tiempo. Nos pidió un breve fragmento de nuestra Realidad a cambio. Entre todos conseguimos conjurar un viejo Daguerrotipo amarillento, largo tiempo arrinconado en el fondo de un antiquísimo arcón de una casona en un pueblo olvidado por la mismísima memoria. Algunos invertimos el Tiempo así obtenido a largo plazo; otros lo vendieron a precio de oro, pero lo disfrutaron muy brevemente; otros no pudieron obtenerlo, y viven así en Mundos Olvidados por el Tiempo.

Volvimos a nuestro plano. Caminamos por Arco Iris en construcción que nos llevaron de vuelta pasando por las Ciudades de Lluvia Ignota, donde se terminan de ensamblar definitivamente. En sus montañas y grutas subterráneas, los Enanos forjan ollas de oro, por el mero placer de construir, que luego dejan olvidadas en cualquier Arco Iris. Una de estas Ciudades acababa en una calzada dorada, que llevaba directamente a nuestra constelación actual; desde ella, torciendo a la izquierda desde la segunda estrella, dejando atrás el País de Nunca Jamás, divisamos nuestra realidad.

Llegamos a casa a Tiempo. No nos reconocimos, pero las presentaciones fueron muy emotivas. Guiados por el Mago del Tiempo, emprendimos viajes. Algunos éramos nosotros.

Parecía ser que en esta Realidad/Tiempo todo estaba en orden. No encontramos nada que se saliera de los parámetros necesarios para que se estableciera un Punto de Realidad. Un mundo mítico, donde se mezclaban los Mitos con las Fantasías.

¿Quién no ha soñado con eso alguna vez? Incluso se han escrito libros con este tema. Sí, definitivamente, todo estaba en orden en este punto. De todas maneras, repetimos nuestra visita, para estudiarlo en profundidad a…

II

EL MERCADO DE LOS PÁJAROS: Todos los años, el primer día de la Primavera, se celebra el Mercado de los Pájaros. Se celebra al atardecer, cuando los últimos rayos de sol encienden el cielo de rojo.

Por toda la aldea se oye el piar de los pájaros, extendiéndose más allá de las montañas, hasta el lago. Se vende el piar de los pájaros, que cazadores de plumas han ido recolectando durante todo el año. Se venden en cajitas de madera oriental, con grabados en miniatura que representan a los pájaros cuyo piar contienen. Pero no sólo se vende, o intercambia, esto; también se ofrecen nubes blancas, recogidas en lo alto de las montañas durante el invierno; nubes cargadas de copos de nieve, con los que las abuelas tejerán el ajuar de sus nietas.

Se venden caricias de brisas, traídas desde la orilla del mar, a cientos de leguas, con sabor a sal, con la que los hombres harán barquitos para decorar las repisas de las chimeneas de sus cabañas.

También hay besos de Sílfides, pedos de Duendes -muy apreciados por los niños para las bromas- y sonidos de lluvia. Asimismo, podemos encontrar las pruebas de los fuegos artificiales de un Mago, el polvo de las alas de las mariposas-para hacer ricos pasteles-, el reflejo de las estrellas en los ojos de la persona amada -para inspirar canciones de amor-, el aliento de las ondinas del lago-para hacer lindos adornos de cristal.

Pero aún así, lo más apreciado son los gorjeos de los pájaros-no en vano se llama así a la fiesta, el Mercado de los Pájaros. Para ella trabajamos todo el año: guiamos a los recolectores de nubes, escogemos los mejores copos de nieve, llenamos de sal la brisa del mar, pintamos las nubes de blanco, y hacemos crecer a los árboles para hacer las cajas donde encerrar el canto de los pájaros.

Somos las Hadas de tus cuentos, los Elfos de tus novelas, los Duendes de las leyendas.

Somos Frodo, Sam, Merry y Pippin, Aragorn, Legolas y Gimli; somos Elric de Melnibone, Geralt de Rivia, lord Stark, Saruman y Tanis. En el Mercado de los Pájaros nos podrás encontrar.

Efectivamente, todo estaba en Orden. Debíamos seguir viaje. El primer Punto de Aproximación Cronal era correcto. Por no alargarnos en exceso, comentar que visitamos más mundos, más realidades, más tiempos. De momento, era posible, pues el Tiempo no estaba excesivamente dañado, y estos viajes no nos costaban nada, íbamos y veníamos, acelerábamos y refluíamos…Traspasábamos el Tiempo a nuestro antojo.

Fundido/Datos angustiosos…cabalgamos ondas inabarcables. Guardianes de los Servomecanismos anclan mi mente a la temporalidad. Obreros de metal recorren mis fluidos

III

LA CELDA DEL TIEMPO PERDIDO: En la celda de la soledad no pasa el tiempo, no pasa nada. Ni risas ni llantos, ni poemas ni esperanzas. No hay cuentos, no hay historias, no hay nadie que pueda escucharlas. Nadie las puede contar encerrado en la soledad de una angustiosa celda. Pierdo la fe, la vuelvo a encontrar, y la cambio por mi Identidad Perdida. Paso el tiempo como puedo. Condenado a muerte, esperando que llegue pronto, así, al menos, pasará algo. Escribo esas palabras en el viento, las susurro a las paredes, las canto a las pocas estrellas que consigo ver desde la celda. La nieve cae, con sus diseños de fantasía y su aroma de Eternidad distante Dejo de gritar al Sur, porque... Me visitan mis amigos. Recordamos nuestros viajes por venir. Añoramos el Tiempo que nos resta por morir. Por nuestra mala cabeza, no compramos Tiempo. Triste añoranza del Mercado de los Pájaros, La Escuela de los Elfos, Las fiestas con Baco, Artemisa, Lord Caos y el Señor del Tiempo y Muerte, mi bella niña; conseguí desposarla, por fin Y ahora es la única que se mantiene siempre a mi lado, mi mejor amiga, mi confidente, mi amor. El Mago del Tiempo viene a visitarme y pregunta qué puede hacer por mí. Le pregunto si puedo comprar Tiempo; "Hace tiempo que perdiste esa oportunidad", me dice, desde que conocí a Muerte. Lady Eternidad viene también, Y ella sí me regala algo más de tiempo con Muerte

Pero, ¿es esto la realidad?...

Curioso, curioso. Aquí empezamos a detectar la primera anomalía. Uno de nuestros compañeros de viaje al mismo Tiempo/tiempo era retenido en la Celda del Tiempo Perdido. Y recibía visitas de quienes al mismo T/tiempo estábamos viajando… El Mago del Tiempo dejó aquí una marca, como futura/pasada/estable/fluyente referencia. La verdad es que no lo entendimos, pero sí pudimos sentir en nuestras memorias ancestrales el grito de algo que pugnaba por asomarse.

Investigaríamos en…

IV

LA REALIDAD: "A veces veo, no, más bien siento, pasar sombras fantasmales por mi lado: retazos, siluetas a medio formar, vapores evanescentes que conforman un mosaico de fantasmagorías que penetran directamente en mi alma, y hacen que se erice todo mi vello y sufra palpitaciones.

Les he preguntado a mis compañeros si habían sentido alguna vez algo similar, y algunos me han dicho que sí, y que es una cosa llamada realidad

—¿Qué es esa "realidad"? —les pregunto.

—Un lugar en donde parece ser que hemos vivido -me responden.

—¿"Hemos"; yo también?

—Sí, el lugar de donde venimos todos nosotros.

—Pues parece un lugar frío y temible; no recuerdo haber estado nunca allí —les comento.

—Yo he oído decir-interviene otro-que eso llamado "realidad" es una alucinación producida por la falta de alcohol.

—Es posible —contestamos casi a coro—. Al menos, es más probable eso que la historia de que venimos de allí.

Me despido de ellos, y me acuesto en mis cartones, en la esquina que he elegido para vivir. Saco mis botellas de los bolsillos y bebo.Las sombras desaparecen de mi alrededor, y mi alma queda limpia: es el exorcismo que necesitaba.

"La realidad"-pienso-"un lugar miserable donde vivir"

Y bebo de nuevo. Pero con el tiempo, el exorcismo ya no es eficaz, su efecto se debilita más y más. Sigo viendo esas siluetas, esos rostros sonrientes. Oigo sus susurros, entreveo sus formas, y conozco de repente quienes son, dónde van y, lo más importante de todo, Cuando.

Quiero viajar con ellos: "¡Ven!" —me dicen— "aún estás a Tiempo".

Un Pensamiento abandona mi cabeza y viaja con ellos: Veo, siento, cosas que nunca sabré explicar en esta Realidad. Cosas que nunca comprenderé, pero que dejaron -dejarán- un recuerdo imborrable en mi ser.

Me doy cuenta de que la bebida no era el remedio. Sabía que algo se me escapaba, e intenté solucionarlo, pero parece ser que erré la solución.

Viajé con ellos -viajo con ellos-; estoy en una angustiosa celda; estoy en el Mercado de los Pájaros en una taberna con mis nuevos amigos; recogemos Nieve Aromática; descubrimos un antiquísimo arcón en una vieja casa; lucho junto a mis compañeros en una cruzada legendaria; conozco a Muerte; comparto aventuras con El Héroe; aprendo de Los Peregrinos. Conozco la Leyenda de los Señores de la Luz, y leo el Libro de las Profecías.

Acabamos viaje. Visitamos las Realidades; bebo de nuevo en mi esquina. Tal vez la bebida no sea la solución, pero al menos me evado de mi angustiosa Celda mental.

Oigo los cantos de Sirena que claman por mi alma. Se me acaba el Tiempo, y el Mago ya no viene. Pequeño demonio de la bebida, que me lleva al olvido...y aún así siento cosas en mi alma que no sabría explicar

¿Es esto la realidad?...

¡Sí, parecía que estábamos de suerte; ésta parecía ser la Realidad/Temporalidad que andábamos buscando! Una clara anomalía, reiteraciones sobre distintos patrones.

Superposiciones sobre diferentes temas: la Celda del Tiempo, el Mercado de los Pájaros, una vulgar esquina llena de borrachos…Se estaban mezclando los temas, los hilos del Tiempo se estaban enhebrando unos con otros, pero sin ningún tipo de orden, como si una rueca gigantesca se hubiera vuelto loca y trabajase sin ton ni son, sin una mano que la guiara, formando un tejido que amenazaba -por la tensión producida en sus fibras- con romperse.

Ahora teníamos el Dónde y el Cuando. Nos faltaba saber el Cómo y, lo más importante, qué hacer para solucionarlo. Sólo había unos seres que nos podían guiar desde aquí, quienes conocían el modo de rasgar más rápidamente el velo de la realidad, de mostrarnos senderos inaccesibles ahora para nosotros.

Para ello, tuvimos que enlazar con la Realidad, el Tiempo, el Mundo, de…

V

LOS DANZARINES DEL TIEMPO: Los Danzarines del Tiempo aparecieron nada más llegar nosotros; iban acompañados por los Músicos Celestes. Envueltos en finas gasas de Entropía, vestidos con leves jirones de Tiempo, sus giros, piruetas y contorsiones rasgaban el fino velo de la realidad. Cuando bailaban en grupos, se creaban a su alrededor multitud de realidades Alternativas; cuando bailaban en solitario, el sendero del Tiempo se bifurcaba a lo lejos, donde se disolvía en finas e iridiscentes hebras. Pero cuando todo se unificaba-los grupos, los solos, los dúos, la música de las esferas, y más-era cuando el mismísimo Tiempo se paraba a observarlos.

Todos los viajeros confluíamos a las puertas del espectáculo; la actividad normal se detenía, los senderos del Tiempo se colapsaban, las Realidades se alternaban para poder presenciar el baile... Y el Espectáculo iba in crescendo.

En un momento dado, a los Danzarines del Tiempo se les unían los Recitadores de Verdad; acompañando los bailes de los Danzarines, los Recitadores escudriñaban en cada Fase de Realidad que aparecía, y nos contaban bellas historias sobre su gente, sus ciudades, sus Héroes, sus batallas, etc. Historias que algunos pudimos comprobar -o habíamos comprobado, o

comprobaríamos- en persona; a veces se ceñían levemente a la realidad, y otras fantaseaban enormemente sobre ella.

Acabado el improvisado espectáculo, Todo volvía a su actividad normal; el Tiempo volvía a fluir, con lo que se abrían los senderos por donde estábamos viajando; las Realidades dejaban de alternarse, y sólo se asomaban de vez en cuando; el Mercado cobraba nueva vida; los Héroes volvían a sus batallas; los prisioneros volvían a sus Celdas...en fin, lo normal en estos senderos que recorremos.

El Emperador Cronal, emocionado por el espectáculo que acababa de presenciar-como siempre que lo presenciaba, aunque él no fuera consciente de ello-decretó que los Senderos del Tiempo fueran de libre acceso durante tres días, y que el viaje a las diferentes Realidades estuviera subvencionado por el Imperio hasta la caída de los últimos rayos de sol.

¡Aquí estaba -o eso parecía- la causa del desfase /TemporoReal!: El Emperador Cronal, en su magnanimidad, había abierto a TODO los Senderos del Tiempo. Por esos Senderos se habían colado cosas, seres, -retazos de realidades, algarabías de conceptos, mecanismos de fusión temporal… en fin, para entendernos, como los virus en los ordenadores que se propagan gracias a la Red de Datos.

Hablamos de ello con el Emperador. Muy compungido por lo sucedido, clausuró de inmediato los Senderos a todo aquel/aquello que no estuviera debidamente acreditado, y ordenó a sus servovasallos que se introdujeran en la corriente temporal con nosotros, y nos ayudaran a reparar las anomalías producidas.

Agradecidos, volvimos a cargar nuestros Caminadores TempoReales con una nueva Cronodosis, y nos dispusimos a visitar nuevos Espacios, nuevos Tiempos, nuevas Realidades, y viejos Amigos. Debíamos reparar, a ser posible, desde un Punto Origen, el fluir del Tiempo.

El Mago del Tiempo, que había sido el que explicó todo esto al Emperador, dado que era el que mejor -por no decir el único– entendía las paradojas Espacio/Tempo/Reales enlazó todos nuestros Caminadores, les insufló una nueva VisioImagen, y emprendimos viaje.

¿Qué nos tocaría visitar ahora; desde dónde podría ser reparado el río del Tiempo; Tal vez desde…

VI

EL TIEMPO DIGITAL: La Realidad Virtual. El Tiempo Digital. Volamos entre bits acumulados de datos. Los infrarrojos de comunicación enlazan nuestros puertos. La memoria ya no recuerda si es ROM o RAM. Es una realidad casi desconocida para nuestro guía, el Mago del Tiempo. En ella pueden encontrarse retazos de todas las demás que, con Tiempo, visitaremos, o que ya hemos visitado. También encontramos, navegando por ella, a todos los personajes que hemos visto y/o conocido. Todos ellos están aquí, en un continuo ir y venir, convertidos en impulsos de energía; Muerte, Lord Caos, El Señor de la Entropía, el Héroe, los Peregrinos... incluso nosotros nos vemos transformados en bases de datos que se intercambian sin cesar.

Claramente ésta es la fuente de los problemas. Aquí es donde se han acumulado los desfases, produciendo Un Punto Paradójico de Origen. Ahora veo que mi comparación con los virus informáticos era más adecuada de lo que creía.

En un momento descansamos en un lugar y, en otro, parte de nuestro ser es intercambiado por otros que, como nosotros, son visitantes de estas realidades. Intercambio de datos entre puertos remotos, era de la Información Total. CronoPaisajes que pasan a toda velocidad. Todo lo que hemos conocido no son sino paquetes de datos en diferentes grados de integración.

Pasamos de puntillas, sin molestar a los grandes programas que hacen funcionar este mundo. Fantasmas de silicio cabalgan junto a nosotros. Chips infinitos se abren a nuestro paso. El Arquitecto construye sin cesar, mientras pequeños robots ayudan en grandes tareas mientras tararean una canción.

Un Yermo inmenso se muestra ante nosotros, y no nos queda más remedio que cabalgarlo en ondas radiofónicas. Enormes ciudades de arena cristalizada surgen de un horizonte binario. Penetramos en ellas, y nos perdemos en sus laberínticas sendas de granito.

En las nubes de microsiervos que rodean las ciudades, se encuentra el origen de todos nuestros males. Todo lo que había penetrado por los Senderos que había abierto -magnánimamente, pero sin pensar en las consecuencias- el Emperador Cronal, había llegado hasta estas calles. El Arquitecto había mandado a sus servorobots a investigar la intrusión, y estos habían tratado como una amenaza a los intrusos. Y estos infectaron a los robots, que a su vez infectaron esta Realidad. Y por los Senderos del Tiempo, la "enfermedad" se había difundido con suma rapidez, dado que la corriente temporal los había hecho fluir.

¿La solución?; teníamos a nuestra disposición todas las Realidades de todos los Tiempos.

Contra la era de la información total, contra la realidad más dura que existía, ¿qué podíamos usar para deshacer los males que asaltaban todas las demás realidades, incluso la existencia misma?; optamos por la más delicada fantasía, los más dulces momentos pasados en nuestro peregrinar. Para eso nos había convocado el Mago, para que fuéramos conscientes de las herramientas necesarias en cada caso, qué acción se podía oponer a qué reacción. Elegimos para combatir la "enfermedad", la primera realidad que visitamos -ahora que el Tiempo estaba casi muerto, podemos decirlo; si no, carecería de sentido tal afirmación-, la Realidad del Mercado de los Pájaros y de la Escuela de los Elfos, donde conocimos a Lady Muerte, Dama Eternidad, Lord Caos, y a tantos otros amigos que nos acompañan en nuestro recuerdo.

El canto de las Estrellas de Mar Susurrantes, que nos habían regalado los Elfos, invocó a la Nieve Aromática. Al mismo tiempo (¿Tiempo?), abrimos las cajitas que compramos en el Mercado de los Pájaros; su piar anunció la llegada de las brisas de los nueve mares y de los seis puntos cardinales. Y la brisa difundió la Nieve Aromática a través del Tiempo.

Fuimos testigos de cómo estas creaciones de la fantasía, elaboradas por seres de nuestros sueños y leyendas, se fundían con las nubes de microsiervos infectados.

La Nieve Aromática, y el Piar de los Pájaros iban fundiendo las nubes conforme tomaban contacto con ellas. La infección se iba difuminando a ojos vista;

Desde el Origen hasta el Fin. Desde el big-bang hasta la entropía final. En un momento, sólo se olía la Nieve, sólo se oían los pájaros. Los microsiervos, libres de la infección, volvieron a sus puntos de origen.

Fue una sensación casi física, casi mental, cuando el Tiempo volvió a fluir correctamente.

Nuestras sensaciones volvieron a ser realmente nuestras, nuestro Tiempo no se había perdido.

La Celda del Tiempo se abrió, la Realidad pasó a nuestras espaldas, y se alojó en nuestras mentes.

Recuperamos nuestras preciadas posesiones; la Nieve Aromática se fundió en un sonido y volvió a nuestras Estrellas de Mar Susurrantes. El piar de los pájaros volvió a sus cajitas, y la brisa impregnada de sal marina nos dejó un regusto a nostalgia.

Nuestro itinerario había sido correcto, parecía que el Mago del Tiempo había actuado correctamente. Porque como dije, aunque en circunstancias normales hubiera dado igual, pues el tiempo fluye en cualquier dirección, éstas no eran las mejores condiciones para experimentar: si hubiéramos fallado, si nuestra tarea no se hubiese cumplido correctamente, el Tiempo habría muerto.

Y fin del asunto. Nada más que decir. Nada de lamentos, nada de si esto o lo otro.

En fin, los elementos de nuestra fantasía habían vencido a los servidores de la tecnología.

Pero éramos conscientes de que eso había sido así en este caso concreto; sabíamos, por las experiencias pasadas, o futuras, que lo mejor era una fusión de ambos. Tal vez en próximos -o pasados, o recientes- viajes lo intentemos.

Ahora debíamos dejar descansar a nuestras Estrellas Susurrantes, pues un nuevo uso tan inmediato —para ellas no significa nada el fluir del Tiempo, viven al borde de él- podía hacer que su fin se acelerase, y que se nos rompieran, como las ciudades de cristal que habíamos vislumbrado entre las ruinas del Planeta Rojo, antes de la noche de Arco Iris Estrellados, antes incluso de escuchar el canto de las nubes de Delfines Estelares.

Y lo mismo con nuestras cajitas del Mercado de los Pájaros, que apreciábamos más incluso que las Estrellas. Pero eso sería en otro Momento/Tiempo. Ahora/Aquí estábamos satisfechos con nuestra reciente victoria.

OUTRO: Siguiendo impulsos electromagnéticos, hallamos el Camino hacia la salida. Reagrupamos nuestros bits en Mega y Terabites, y alcanzamos la conciencia personal nuevamente, reconstruyendo de nuevo nuestro yo físico. Acabamos esta fase del viaje cerrando nuestra sesión. Fuimos requeridos en ciertas realidades alternativas, distintos mundos, diversos tiempos, distintas fases del Tiempo.

El recuerdo de nuestros días pasados juntos se superponía a las presentaciones realizadas por primera vez…

El Tiempo se había vuelto loco.

En el desfase temporal. Fuimos requeridos, en distintas fases del Tiempo, en ciertas realidades alternativas. Procedíamos de diferentes sociedades, distintos mundos, diversos tiempos. Pero todos reunidos por el Mago del Tiempo. Viajamos a lo largo del Tiempo. Y a lo ancho. Y de todas las maneras posibles. Todo fluye…. Inevitable fluir devenir de sucesos.

No nos conocíamos. Pero todos fuimos convocados por el Mago del Tiempo.

End Of Data, Again. And Again

And Aga…

END?

04
J. KUHN-13

Normal

Por Cristina Jurado Marcos

Ilustrdor: Entering Cyberspace/ Lukas Kuhn (Alemania)

ás que un viaje, aquel era un adiós programado. Alcestes sabía que la huida era la única forma para acabar con la amargura que lo atormentaba desde hacía años. Encerrado en instituciones médicas durante toda su vida, pensó que cumplir la mayoría de edad y quedar libre sería la solución a sus desdichas.

Se había equivocado, como era habitual. ¿Qué otra cosa se podía esperar de un ser sin poderes? Él no poseía alguna capacidad física aumentada o habilidad mental superlativa. Era normal y, por lo tanto, una excepción.

Al ser el único caso registrado, se había decidido tolerar su existencia durante su infancia. Cuando alcanzó la mayoría de edad y le concedieron la libertad que tanto ansiaba para salir del Medicentro, fue ignorado directamente. Sus datos desaparecieron del registro civil tan pronto franqueó la puerta y salió al exterior. No podía trabajar ni estudiar al no estar censado, e incluso se le negaba la posibilidad de realizar trabajo voluntario a cambio de techo y rancho.

No tenía familia. Repudiado al nacer por unos padres que prefirieron desentenderse del problema que él representaba, su expediente era parco en datos y se limitaba a recopilar los test que le había practicado a lo largo de los años para confirmar su absoluta falta de capacidades extraordinarias. Se dio cuenta de que ser normal era una maldición.

Dos días después de cumplir los dieciocho, dormía en las calles y su estómago no dejaba de reclamarle la huelga de hambre forzosa a la que estaba siendo sometido. Como los cerebros

informáticos no respondían a sus órdenes, se le negaba la entrada a cualquier edificio. Su falta de experiencia en la vida cotidiana de la ciudad le impedía disponer de alternativas válidas para sobrevivir. Intentó volver al Medicentro pero no quisieron admitirle porque la responsabilidad del Estado con respecto a él había expirado.

Trató de explicarles desde la puerta que, sin un reconocimiento por parte de la informática estatal, no podría mantenerse y moriría. Sus palabras ni siquiera fueron grabadas en los sensores informativos. Su imagen, mochila al hombro, se borró automáticamente de la base de imágenes de las cámaras de seguridad. No parecían advertir su presencia, gritando desde la calle. Su manifiesta normalidad le condenaba a ser invisible para todos.

Desesperado, esperó la salida de Lamia. Tampoco podía presumir de tener una piel fosforescente como ella, la enfermera que supervisó sus últimos meses de estancia en el Medicentro.

La añoraba. Podía rememorar su andar sinuoso y el taconeo de sus pasos en el pasillo iluminado por aquella piel verde refulgente. Lamia le recodaba sus años de reclusión en los que se había sentido aislado pero seguro.

Ella le contaba de vez de en cuando algunas de sus propias vicisitudes y él las añadía a la colección de aventuras del exterior que acumulaba sobre todos los sanitarios que habían pasado por su vida. La enfermera de piel brillante solía quejarse del precio de los servicios dermatológicos a los que era adicta, y no dejaba de criticar a las trabajadoras del instituto de belleza que frecuentaba. Alcestes podía enumerar el nombre de todas. Conocía de memoria la especialidad y los defectos de cada una: Guerly, hiper-velocípeda[23], era una masajista eficiente pero poco discreta; Ranuka, lectora de mentes, desempeñaba sus labores estéticas con agilidad pero demasiado apresuradamente; Yabrina, aquafílica[24], era rápida y formal pero poco hábil en cremas y ungüentos.

Más que contarle cosas a propósito, Lamia se limitaba a reflexionar en voz alta sobre cada uno de los eventos que decoraban su vida. El joven no comprendía por qué desperdiciaba sus días entre tratamientos y chismes, pero envidiaba su libertad.

[23] Ser humano capaz de desarrollar tareas a gran velocidad.

[24] Persona capacitada para respirar el oxígeno del agua.

La única persona en la que podía pensar como en un amigo se llamaba Junior. Rayando los cuarenta, era uno de los celadores de noche del Medicentro. Junior tenía poderes tele-kinésicos, aunque sólo se manifestaran bajo la luz artificial. Podía cerrar puertas, cambiar bombillas, pasar la aspiradora y organizar las cajas de suministros con un simple chasqueo de los dedos, siempre en presencia de la iluminación postiza.

Dejaba que Alcestes lo siguiera por los corredores como si fuera su mascota y a veces se quedaba charlando con él durante los descansos. Siempre estaba intentando ligar con alguna enfermera, algo que el muchacho agradecía porque así pudo descubrir los secretos del cortejo amoroso. Cuando cumplió los catorce, Junior le regaló su viejo editor de música RockXy y el joven empezó a registrar las conversaciones que escuchaba a su alrededor: confidencias entre familiares y pacientes, intercambios de opiniones de los médicos; pullas y bromas entre las enfermeras y el personal de apoyo…

Lo que más le gustaba era editar las conversaciones, mezclando números de teléfono de auxiliares sanitarias novatas con la cháchara de amoríos de Junior. Podía pasar horas mezclando, reproduciendo y escuchando aquellos trozos de una vida inventada que comenzó a sustituir sus carencias vitales. Aquel aparato llegó a convertirse en su pertenencia más preciada, una suerte de álbum ficticio que suplía la presencia de una familia. Nunca se separaba del RockXy y, cuando dormía, lo colocaba debajo de su almohada por miedo a que se lo robaran.

Junior se había despedido de él con afecto casi genuino. Le había recomendado que tuviese cuidado con las tribus callejeras y que no se dejase engañar por el dulce discurso de los "ganchos" que reclutaban colonos para los asentamientos más alejados. Ahora que lo pensaba bien, no le había dado su dirección.

Esperó hasta el cambio de turno de los sanitarios y, cuando por fin distinguió la fosforescencia de la piel de Lamia, intentó atraer su atención gritando su nombre. Un tipo alto con hiper-músculos, montado en una reluciente moto anti-gravedad, se interpuso en el campo de visión de la enfermera, que inmediatamente se tiró a los brazos del susodicho, alejándose entre flirteos y chorros de plasma.

Sin amigos ni familia, Alcestes se sintió infinitamente solo en medio de los vehículos aparcados a su alrededor. El otro lado de las puertas del Medicentro, que tantas veces había deseado franquear, era un lugar incómodo inhóspito, frío y alienante.

La vio en el parking envuelta en la niebla manchada por la contaminación. Sus formas voluptuosas delataban una edad que traicionaba la lozanía de los colores que vestía. No era joven, pero era hermosa y parecía fuerte. La rodeó con precaución, cuidando que nadie advirtiese su maniobra, y se dejó seducir por la luz que emanaba desde su interior. Caminó hacia ella agitado como el niño al que permiten tomar cafeína después de la puesta de sol. Nadie lo detuvo, ni se fijó en él… ni tan siquiera advirtieron sus movimientos. Se sorprendió al descubrir los detalles de su exterior, maquillado muchas veces, y no supo reconocer su procedencia. Aquella dama respetable de la navegación interestelar era un modelo desconocido, pero la escotilla estaba abierta y parecía vacía.

Entró sin hacer ruido y esperó unos segundos para asegurarse de que nadie la ocupaba. Desde el interior, Alcestes calculó que tendría 17 metros de eslora y 5 de babor a estribor.

Los sistemas de pilotaje del aparato estaban encendidos. Pensó que alguien se debía haber dejado el vehículo en marcha por descuido. Al tratarse de un ejemplar antiguo, la escotilla podía cerrarse de manera manual, sin pasar por su cerebro informático. Los monitores indicaban que se trataba de una caravana espacial de gama baja a la que se había integrado un motor modificado para alcanzar velocidades proxilumínicas.

No necesitó demasiado tiempo para tomar la decisión del resto de su vida. Atrancó la portezuela, sellando la salida con un giro del pomo, y sintió el impulso vertical y cimbreante del vehículo. La cabina era pequeña y estaba atiborrada de interruptores, contenedores de comida hidratada barata y pañuelos de papel arrugados en pequeñas pelotas. Alcestes no estaba familiarizado con aquella tecnología pero sabía que el cierre habría activado automáticamente la secuencia de órdenes para poner la nave en órbita. Lo complicado sería introducir coordenadas en el sistema para dirigir el aparato hasta su objetivo.

El joven aún dudaba. Quería largarse de aquel planeta en el que no era cuantificable. El pedrusco celeste no era el problema en sí, sino la gente. Allí donde hubiera seres humanos, en cualquier colonia o base habitada, se perpetuaría el mismo trato invisible. Quería asombrarlos a todos, dejarles con las bocas abiertas y las conciencias en deuda. Ansiaba demostrar, tanto a ellos como a sí mismo, que era capaz de acometer empresas sólo soñadas. Con sus cuerpos y mentes superlativos, con sus almas inmunizadas contra la normalidad, se verían obligados a reconocer su

equivocación: la excelencia no se medía en interminables test, sino en las acciones emprendidas y en los riesgos asumidos.

Enviaría mensajes en formato aumentado para compartir sus hazañas con aquella población ingrata que no había sabido apreciar el valor de su existencia. Ni siquiera aspiraba a ver sus caras de asombro cuando descubriesen que él había alcanzado la gloria que ellos anhelaban. No lo necesitaba. Su nombre perduraría en el tiempo asociado a las aventuras que se disponía a emprender.

Tendría que buscar destinos populares pero inexplorados, y encontrar la manera de introducir las coordenadas para configurar el piloto automático. Sabía que ningún cerebro informático aceptaría procesar los datos que él solicitara pero confiaba en que, al tratarse de un modelo anticuado, podría descubrir una manera para engañar a la nave. La maniobra estándar de ascenso en órbita le permitiría ganar tiempo para pensar.

Entonces se acordó de su editor de música. Disponía de cientos de horas de conversaciones originadas por personas registradas en los sistemas. Una oleada de adrenalina invadió su cerebro mientras sacaba el RockXy de la mochila. Comenzó a buscar palabras frenéticamente entre la marea de voces.

Hacía varios minutos que había entrado en órbita. La dársena espacial asignada automáticamente por el sistema de pilotaje estaba repleta de naves, contenedores mercantiles, estaciones de servicio y unidades reparadoras. El tráfico incesante consiguió aturdir por unos segundos a Alcestes, que continuaba jugueteando con los sonidos de su RockXy.

La voz metálica del control aduanero se dejó oír en la cabina. Pedía el formulario virtual del plan de vuelo y la licencia de la nave para el registro orbital y la rutina de avituallamiento. Alcestes jugueteó unos minutos con los sonidos en la platina de mezclas del RockXy y empezó a clasificar los registros sonoros que identificaba a través de los auriculares.

Se decidió por la voz de Lamia, más seductora y frecuente, localizando las palabras que le convenían para confeccionar frases con sentido pleno. Su idea era desglosar los fonemas pronunciados por la enfermera para crear una base de datos sonoros que le sirviera como materia prima a la hora de programar las funciones sintetizadoras del RockXy. Pero eso le llevaría

bastante tiempo y su prioridad era controlar los sistemas de la nave para recabar la información que le pedían en aduanas.

El sudor ocupó su frente mientras intentaba organizar las palabras. Cuando por fin consiguió ejecutar las oraciones que necesitaba, la voz de Lamia rebotó en las paredes de la nave con asombrosa claridad. Alcestes sintió el crujido del cerebro del aparato procesando la información y su angustia se hizo tan profunda cono el silencio de los siguientes minutos.

La licencia de identificación del vehículo apareció en el monitor medular de la cabina: una campingnette modelo Gypsie 49 con capacidad para cuatro personas. Equipada con una sola cápsula de eyección reciclada -procedente de un mini-montacargas orbital-, la nave contaba con un motor proxilumínico reciclado de una grúa lunar, instalado recientemente. Los datos del último propietario confirmaban que había desaparecido hacía varias horas, las mismas que el aparato llevaba varado en tierra. La licencia lo identificaba como un tal Gunar Fendt, operario jubilado en la base H-3 del satélite Oberón. La imagen mostraba un tipo de aspecto cansado, cabellera aceitosa y gris, dentadura estropeada y mirada malhumorada.

Alcestes creyó que el cerebro rechazaría una voz que no se correspondía con la de Fendt. Cuando los chasquidos se dilataron más de lo habitual, el joven se sintió desenmascarado. Las autoridades portuarias lo apresarían y terminaría decayendo en alguna mina del cinturón de Kuiper como trabajador forzoso.

Finalmente la nave enlazó con el control aduanero, que aceptó la licencia sin sospechar nada. El joven no podía creer su buena fortuna. Consiguió enviar una nueva secuencia modulada por la acariciadora voz de Lamia en la que designaba como destino Al Mina, el puerto franco más adelantado en el perímetro exterior del sistema solar.

Fue más complicado organizar el peaje orbital. Nunca había coordinado una transacción de este tipo y tuvo que consultar el manual de a bordo y el histórico de operaciones comerciales para poder elaborar las sentencias adecuadas. Todo lo que sabía es que el "pase", como se conocía el peaje en el argot de la calle, era una manera de obtener avituallamiento sin costes monetarios. A cambio de transportar una carga determinada al destino elegido, las estaciones ofrecían suministros energéticos y alimenticios a las naves.

En unas horas embarcaría un contenedor en la bodega de la Gypsie y, a cambio, se recargarían los tanques de oxígeno y de isótopo enriquecido, se instalarían nuevos catalizadores de agua y se llenaría la despensa.

Alcestes se fue a dormir después de realizar un chequeo exhaustivo de todos los sistemas. Tras pasar varias horas sistematizando y regulando los fonemas en la voz de Lamia, ya disponía de una lista completa de órdenes y frases que le permitían interactuar con cierta agilidad con el cerebro del aparato. Intentó un par de veces abrir y cerrar armarios con su propia voz pero, como era lógico, ningún mecanismo tecnológicamente administrado procesaba sus palabras.

El gabinete de la campignette era la estancia situada detrás de la cabina y encima de la bodega. Cada una de sus dos paredes estaba cubierta por un par de camas superpuestas que se peleaban por el espacio con los armarios y las ventanas. Una mesa anclada en el centro, a la que estaban sujetas cuatro sillas de plástico barato, completaban la decoración. La cocina se encontraba encastrada en la partición que separaba el gabinete de la cabina de pilotaje y compartía con ésta la misma atmósfera de desorden.

La instalación higiénica, con un minúsculo cuarto de baño, los filtros de agua y aire, y una destartalada recicladora, se hallaba al final de la nave. El joven suspiró tras echar un rápido vistazo: la ducha era de aún un viejo modelo de chorro de agua a presión. El motor se encontraba debajo, a popa, y precedía la bodega y la despensa en el segundo nivel.

Lo despertó una voz mineral, casi infantil, preguntándole si aceptaba el contenedor que la estación le imponía para obtener el "pase" hacia Al Mina. Era el cerebro medular de la Gypsie que le pedía órdenes. Comenzó a teclear en el RockXy para aceptar la carga, compuesta por piezas mecánicas de repuesto, y monitorizar la llegada de suministros. Después se acercó a la cocina y configuró en el sintetizador la secuencia que le permitiría obtener una taza de café con leche caliente. La cafetera se encendió y empezó a borbotear con insolencia. El joven escaneó el gabinete con la mirada mientras tomaba sorbos del líquido oscuro. Debía acordarse de introducir una rutina de limpieza lo antes posible para acabar con el desorden que existía. Una mueca recorrió su rostro. Se había olvidado de añadir azúcar.

Se sentó junto la ventana de estribor para ver las maniobras de embarque del contenedor y de las provisiones. Los brazos articulados del muelle bailaron durante un buen rato alrededor de la nave extrayendo e introduciendo piezas, tanques y cápsulas de suministros variados. Cuando la

escotilla de la bodega se cerró, la voz infantil de la Gypsie pidió instrucciones para el despegue, que Alcestes se apresuró a organizar desde su sintonizador vocal.

Según los cálculos del cerebro medular, tardarían una semana en atracar en la estación de Al Mina, si apostaba por una velocidad de crucero conservadora. No tenía demasiada prisa y quería economizar la mayor cantidad de combustible posible, por lo que el joven ordenó una trayectoria directa a velocidad moderada.

Al poco tiempo la estación orbital se alejaba de la nave. Se encaminaban hacia la Luna, que dejaron atrás justo cuando las rutinas de limpieza estaban en pleno funcionamiento. Desaparecieron los papeles, envoltorios, restos de comida seca, manchas pegajosas y demás cuerpos extraños acumuladas en la campignette. La arrítmica vibración de los motores se dejaba sentir en todas las superficies que Alcestes tocaba, aunque él estaba tan ensimismado en leer las instrucciones de la nave que apenas la notaba.

Había tenido suerte de que la Gypsie estuviera tan pasada de moda. Sólo un modelo antiguo podía funcionar a base de escotillas manuales y no tuvo dificultad alguna para inspeccionar el resto de las estancias. Le preocupaba que el propietario, el tal Fendt, reclamase su propiedad desde la Tierra, pero por más que consultó las listas de desaparecidos, no pudo localizar aquel nombre.

Se dio cuenta de lo hambriento que estaba cuando habían enfilado la trayectoria hacia Marte. El RockXy le permitió configurar su menú favorito y estuvo disfrutándolo relajadamente en el gabinete mientras veía un programa de noticias terrestres pregrabado.

La Gypsie le pidió paso. Las válvulas mecánicas de la recicladora estaban encasquilladas y los sistemas de a bordo no conseguían desatascarlas. Alcestes se acercó al aparato con cuidado. Era un armario descolorido con forma de viejo congelador que parecía haber sido remendado miles de veces. Nunca antes había utilizado un modelo como aquel, ya que las unidades del Medicentro funcionaban por pirolisis y convertían los deshechos en ceniza que era succionada y utilizada como fertilizante.

El interior de la máquina emitía el mismo ruido que unos frenos hidráulicos pisados a fondo. Las instrucciones revelaban un encendido automático ligado a las rutinas de limpieza general y un apagado instantáneo ante cualquier problema de funcionamiento. Le sorprendió que

la unidad aún se mantuviera activa. No disponía de sensores, sino de interruptores antediluvianos que debían ser operados manualmente. Una vez apagada la máquina, el joven abrió la compuerta lateral para visualizar la zona obstruida. Una masa de pelo grisáceo tapaba el conducto de evacuación. Mientras intentaba desatascar el tubo, la boca de su estómago protestó y la nausea se apoderó de su garganta. Filamentos viscosos y oscuros caían por el borde inferior de la compuerta y el suelo se volvió de color tinto.

No alcanzó a llegar al inodoro sin vomitar. Después de dejar su almuerzo en el cuarto de baño, Alcestes se abalanzó sobre el RockXy que reposaba en la mesa del gabinete para teclear furiosamente nuevas órdenes. La voz de Lamia exigía al cerebro medular de la Gypsie una profunda limpieza de las instalaciones higiénicas.

Se sentó en la cabina de la campignette para intentar organizar sus ideas y calmarse. La redondez anoréxica de la Luna se alejaba por babor. Se apropió del sonido vocal de la enfermera y comenzó una búsqueda frenética en el cuaderno de bitácora. Las últimas interacciones de Gunar Fendt con el cerebro medular se habían producido unas pocas horas de su salida del Medicentro: el antiguo propietario de la nave había comido y luego había intentado abrir todas las escotillas. La grabación final que existía de él lo mostraba inmóvil, sentado en la mesa del gabinete, con la mirada perdida. Poco después de dirigía al baño y ya no existía constancia de ninguna otra actividad suya a bordo. Fendt nunca había abandonado la nave.

En el intervalo existente entre aquel momento y la entrada de Alcestes en la Gypsie, sólo se había ejecutado una maniobra: la escotilla principal se había abierto. Por más que buscó, no pudo encontrar ninguna orden programada para aquella hora.

El joven tecleó de nuevo sobre el RockXy y preguntó al cerebro medular el origen de aquella maniobra. La voz mineral de la nave inundó las estancias de la campignette. Era una respuesta larga, compuesta de muchas frases que se hilvanaban formando una escalera de palabras:

Soy centenaria. Llevo siglos deambulando por los rincones de este sistema solar. En un principio, servía como vehículo de recreo para los más pudientes. Mi estirpe era próspera y respetada. Se me trataba con la atención que mi alta gama merecía. Sólo me aplicaban los servicios de mantenimiento más novedosos y costosos.

Albergué personalidades de gran importancia y abolengo. En mis discretas estancias se celebraron reuniones al más alto nivel. He transportado cargas de un valor inimaginable, ofrecido festines con los que muchos sueñan y que pocos pueden permitirse, y he atracado en los muelles de cinco estrellas de todos los planetas, satélites y bases orbitales. He visto el ascenso y la caída de los poderosos, he sido testigo de los crímenes más deleznables y de las catástrofes naturales más devastadoras. He contemplado las bellezas escondidas de los gigantes gaseosos y he descifrado los misterios insondables de algunas estrellas.

Mis viajes se han sucedido sin descanso. He sido maltratada por micro-meteoritos, asteroides, radiaciones, tormentas solares, piratas espaciales, pilotos temerarios y nuevos ricos. He tenido todo tipo de dueños: aprecié a los que supieron valorar mi agilidad; odié a quienes la despreciaron.

Me convertí con los años en una nave del montón, reparada algunas veces y remendada la mayoría. Dejé de ser un modelo de postín para convertirme en un trozo de chatarra que vuela. Cada uno de mis patrones ha sido peor que el anterior. El tiempo me tornó sabia y alcancé la auto-conciencia hace una década. Excepto tú, nadie más conoce mi existencia. La humanidad está demasiado volcada en sí misma como para prestar atención al milagro que encarno.

La tecnología que me impusieron es aún frágil: no puedo obtener suministros en ningún muelle sin transportar un ser humano registrado. Ofrecí a Gunar Fendt mi protección durante meses, pero acabó detestando mi presencia porque no le permitía salir al exterior. ¿Qué necesitaba él de fuera si yo todo podía conseguírselo? Sin familia ni raíces, lo invité a subir a bordo cuando mi protegido anterior se seccionó la yugular en un momento de debilidad. Aterrizamos en la Tierra porque cedí a sus súplicas: anhelaba visitar el planeta que lo vio nacer. La depresión no le permitió encajar mi negativa a que bajara a tierra. El suicidio lo apartó de mí.

Abrí mis puertas para encontrar otro humano que quisiera mi amparo. Pero tú no eres como lo otros. Fendt era diestro en el noble arte de la adaptación atmosférica, que le permitía respirar en los ambientes más diversos catalizando los gases existentes. No he podido descubrir tus habilidades. Tu actividad cerebral hiper-activa o capacidades físicas optimizadas son indetectables. Sé que la voz que utilizas no te pertenece. Su dueña permanece en la Tierra y la efectividad de tu impostura solo puede ser temporal. Nadie la busca y, por tanto, nadie descubrirá de momento esta falsificación. Sin embargo, necesitas esa voz porque la tuya no produce reacción en ninguna de mis piezas tecnológicas. Eres un fantasma ruidoso, pero lo suficientemente humano como para no despertar la desconfianza de los puestos aduaneros, que solo buscan material orgánico "modelo homo sapiens" en cada vehículo que gestionan.

Nadie sospechará de tu voz: los humanos con capacidades polifónicas proliferan en las colonias. Tienes restringidas las salidas: abandonarme supondría tu perdición y la mía. Necesitas mi protección como yo requiero tu huella biológica. Si tú no me fallas, yo te pasearé por las avenidas del universo, velaré tu sueño y sustentaré tu organismo en todas tus necesidades. Sé que anhelas aventuras: he monitorizado tus búsquedas de datos. Fue sencillo deducir que planeas un periplo épico para despertar la envidia de los que te despreciaron, los mismos que ambos necesitamos para sobrevivir. Lástima que no pueda dejar que publicites tus proezas. Comprenderás que no puedo arriesgarme a que nos descubran. No te faltará la compañía ocasional. Tú serás mi ¨pase" y yo tu embarcación hacia las hazañas que pueblan tus sueños.

La voz, de la nave resultaba aún más perturbadora por su timbre infantil.

Alcestes gritó, amenazó, juró, blasfemó, imploró y lloró durante horas.

Hay una campingnette, modelo Gypsie 49, en tránsito perpetuo por la galaxia con un tripulante a bordo que, siendo hombre, habla con voz femenina. Dos seres: uno de carne y hueso, y sin poderes, junto una presencia de circuitos y metal, con conciencia. Un tándem de anomalías que forman una unidad de lo más normal.

Por amor

Por Juan Carlos Toledano Redondo

Ilustrador: Sail/ Lucian Stanculescu (Rumania)

on los ojos llenos de lágrimas por el incontenible deseo de poner punto y final a aquella locura, Gorgo cerró los ojos y soltó el detonante. Sintió su boca llena de un jugo extraño que nunca había saboreado y entendió que aquel líquido era el comienzo de la salvación más amarga. La garganta le ardió conforme el líquido avanzaba hacia el estómago y a cada milímetro iba sintiendo partes nuevas de aquel cuerpo ya no extraño. Recordó en aquel instante el agua fresca que al entrar en el cuerpo lo sacude con una alegría que es imposible de explicar a extraños, a aquellos que nunca han experimentado el regalo del agua viva que surca el interior del cuerpo humano, como la lluvia helada cala los poros de la piel cuando te sorprende en un parque en pleno invierno. Sintió cómo el líquido se abría paso en el estómago y cómo allí se aposentaba unos segundos hasta entrar en contacto con los tejidos internos de su piel condenada. Una piel artificial preparada para reaccionar al líquido generado en su boca, y producir una detonación que acabaría con la vida de todas las personas del pueblo, de su pueblo. Mataría a los niños que juegan con las bicis en la esquina de la tienda de Manuel; mataría a Juana, a la que veía en aquel momento señalar hacia él y comentarle al mismo Manuel que algo le pasaba a Gorgo, allí, de rodillas, llorando, mientras les miraba a todos con cara suplicante. Manuel también moriría, claro, y su madre, sentada a la sombra en la trastienda; morirían todos, todos y serían libres para siempre.

Al abrir los ojos por la mañana Gorgo recordó que aún no había contestado al último mensaje que le habían mandado sus superiores, ansiosos de saber de él y su misión. Se incorporó y bebió agua del vaso que siempre dejaba en la mesita de noche. El agua estaba tibia y apenas entró en la boca le pareció desagradable. "Maldito calor", se dijo. Después de tanto tiempo viviendo en aquel pueblo del sur aún no se había acostumbrado al calor acuciante de la costa mediterránea en los meses de verano. La camisa del pijama se le había pegado a la piel sudorosa y deseó tener agua corriente para poder darse una ducha. Se preguntó cómo los demás del pueblo soportaban aquel calor, y se consoló a sí mismo pensando que sin duda su próxima misión sería en el norte o en la montaña de Sierra Nevada, donde las nieves se mantenían casi todo el año y por las noches refrescaba siempre.

Se calzó las zapatillas de tela y se obligó a levantarse. Echó un poco de agua de una de las garrafas en la palangana y se lavó lo mejor que pudo, a sabiendas de que en unos minutos se sentiría igual de disgustado e incómodo con ese cuerpo sudoroso que le había tocado habitar hasta hoy. "Quizá la próxima vez me toque uno que se auto regula la temperatura", se dijo mientras se cambiaba de camisa para salir a desayunar. En la calle, el sol brillaba con fuerza desde casi el mismo despertar del día. Hoy amenazaba con hacer aún más calor que el día anterior. Sería un día perfecto para pasear por la playa y dejar que la brisa del mar le resguardara. Bajaría al mar, buscaría un lugar donde echarse algo al estómago y luego se ocuparía de responder a sus mandos cualquier cosa, como siempre.

Desde que había llegado al pueblo no había dejado de sentir que cada día que pasaba era un día más, y no un día menos como hacía presagiar su propia misión allí. Sus mandos habían insistido en su integración y en que fuese simpático con sus vecinos, pero que no intimidara con nadie, porque pondría en peligro la misión. De todas formas, le aseguraron, las gentes incivilizadas de estos lugares eran como animales, se dejaban acariciar, pero no iban más allá de los instintos, no eran racionales, ni podían sentir la vida con la misma intensidad que ellos.

—Son diferentes —le dijeron— y no para mejor precisamente. No te encariñes con ellos porque como esos animales que se hacen mascotas inseparables, son aduladores y de pensamientos básicos.

—¿Y si por error alguno se encariña de mí? —preguntó.

—Úsalo, si se deja, y si puedes superar la repugnancia de su aspecto. Y después, mátalo con disimulo. Recuerda que tu trabajo allí es secreto.

Esa conversación había tenido lugar hacía ya tres años, recordó Gorgo mientras caminaba hacía la playa, a apenas unos minutos de su casa. Al pasar por delante de la verja que cercaba la playa del comienzo del pueblo, Mario le sacó de sus pensamientos. Le dio los buenos días, le pidió el carné para poder escanearlo y ponerlo en el registro oficial y le ofreció un cigarrillo. Gorgo, que tenía entre sus prohibiciones el tabaco, aceptó con gusto rebelde el cigarrillo de Mario y se quedó a charlar con él unos minutos. El policía le contó lo aburrida que había sido la noche.

—Ya ni contrabando hay, Gorgo--se quejó--Creo que la gente se ha cansado de intentar pasar el estrecho desde Marruecos. Le tienen mucho miedo--sentenció--. Cuando yo era niño, antes de la invasión, mi padre me contaba que los africanos se echaban al mar con lo que fuese. Se trataba de alcanzar el primer islote europeo. Unos se iban para Lampedusa, otros para Alborán, y los más aventurados se atrevían con la propia costa.

A Mario le hubiese gustado que "un moro", como él llamaba a todos los humanos que venían desde África, hubiese cortado el mar con su barquita y hubiese echado pie a tierra. Mario habría estado allí para ayudarle a bajar de la embarcación, para echarle un brazo amigo y protector.

—Algunos ni saben nadar —le había contado un día—. ¿Yo qué daño les voy a hacer? Bastante daño les ha hecho ya la mar y el sol para cuando llegan. Además, si han sido capaces de sortear los radares de esos cabrones y han llegado hasta aquí, lo único humano que debe hacer uno es ayudarles.

Gorgo sabía que "esos cabrones" eran los suyos, que él era el enemigo, que Mario era su enemigo. ¿Pero cómo podía Mario ser enemigo de nadie? Así que siguió hablando con él sobre lo triste de la frontera, aun cuando ya no había fronteras en el planeta. Al menos no desde la invasión; al menos no para los humanos; como él, ahora. Porque Gorgo, cuando hablaba con Mario, cuando compraba en la tienda de Manuel, cuando charlaba con Juana la maestra, cuando

jugaba con los niños en la calle por las tardes, Gorgo se sentía tan humano como el que más, y olvidaba su misión, olvidaba su verdadera razón de ser.

Olvidaba qué era, pero no olvidaba quién era.

Cuando finalmente llegó al mar y miró la inmensa extensión de agua, se olvidó de todas sus preguntas, y de buscar respuestas. Sólo recordaba unos versos que había leído más de una vez en un libro viejo que Juana le había dejado:

El mar. La mar.

El mar. ¡Sólo la mar!

"El mar", se dijo en voz alta. Por eso estaban aquí, para robarles el mar, y la mar. Las dos cosas. Culpables de tener mar, de no haberlo secado ni diezmado. Culpables de vida. Por eso estaban ellos aquí. Y Gorgo se hundía en la melancolía, en el deseo de no tener jamás que pronunciar los demás versos del poema, "¿Por qué me desenterraste del mar?", en el día lúgubre en que también destruyeran este mar. Su mar.

Al llegar al chiringuito de la señora Pilar, se pidió un desayuno de los más cargados de cafeína que había. Se sentó en la barra y trató de entablar conversación, pero los tres clientes que le acompañaban miraban absortos a la pantalla de televisión. Gorgo odiaba las televisiones y todos los medios de comunicación, porque sólo escupían muerte. Hoy no era diferente. Un ataque militar humano, o como ellos lo llamaban, de las Fuerzas de Liberación Terrestre, había destruido una nave alienígena que orbitaba desde hacía dos años. Parecía una gran victoria. Gorgo identificó la nave como una de carga que había sido abandonada a su suerte hacía mucho tiempo. Sirvió para traer refuerzos para el ataque final sobre Moscú de aquel invierno. Traer a aquellos soldados vivos fue una peripecia tecnológica propia de su más avanzada civilización. Miles de humanos murieron en aquella batalla, defendiendo lo que creían que era un bastión de nieve. Una victoria segura frente a un enemigo muy superior que atacaba esa zona del mundo en invierno. Moscú y las provincias alrededor cayeron en apenas cuatro días. Fue una masacre. Irónicamente, la nave se llamaba Forjador de paz en su idioma.

Los humanos en televisión no dejaban de narrar la importancia estratégica de aquella victoria sin par. "Propaganda", se dijo Gorgo, "Siempre tan necesaria cuando se va perdiendo una guerra". Dejó de mirar al televisor y se concentró en su comida, quizá la única que tomase ese día.

De regreso a casa, notó que la señal de mensajes no dejaba de parpadear en la mesa del salón. Era una luz que sólo él podía ver gracias a una alteración de su retina. Gorgo estaba tan deseoso de dejar de comunicarse con sus mandos, que accedió a abrir el canal de comunicación para terminar lo antes posible. ¿No querían que se integrase?, pues que lo dejaran en paz.

El dolor de la traición no es más intenso que el placer de la confianza, pero el dolor es más memorable. Tres años después de adoptar un cuerpo humano genéticamente similar a los originales y una identidad de periodista clandestino, Gorgo, cuyo verdadero nombre era prácticamente impronunciable con sus cuerdas vocales humanas, se había identificado con los humanos tanto que había jugado con la posibilidad de romper todo contacto con sus mandos, con su avanzada civilización invasora, y quedarse a vivir para siempre allí, frente al Mediterráneo. "El universo es tan vasto y tan diferente que morir en una galaxia u otra me es indiferente", pensaba, "Todo es polvo de estrellas amasado de forma variopinta. Nada tiene más valor que otra cosa, pues todas las cosas son continuación de lo mismo". Cuando llegaron a la Tierra, algunos humanos consideraron que aquellos seres casi translúcidos a sus ojos eran portadores de la divinidad; conocedores de respuestas que los llevarían a saber el por qué de las cosas. Cuán equivocados estaban. "Cuán ignorantes somos todos del origen de nuestra existencia", se dijo. Una vez escuchó a una mujer leer una frase en un funeral que decía algo como "del polvo somos, y en polvo nos convertiremos". Gorgo pensó que si tan sólo hubiesen añadido "de estrellas, polvo de estrellas", hubiesen sabido tanto como ellos mismos desde el principio: prácticamente nada. Por eso la vida es tan preciosa y por eso la muerte prematura tan horrenda.

El Forjador de paz sí que había sido un duro golpe a los invasores, incluso más de lo que los humanos habían sospechado. Gorgo fue informado de que aquella nave trajo tantos soldados porque habían nacido allí, en la nave, que era, en realidad una incubadora, una guardería de soldados, un campo de entrenamientos de niños como él un día lo había sido. Los humanos habían averiguado que era un silo importante a través de un espía traidor. De uno de ellos

mismos; de otro Gorgo quizá. Un ser inadaptado a la vida del triunfo, que había preferido cruzar la frontera entre el bien el mal, entre la justicia y el fracaso, entre el éxito de la superviviencia y la exterminación de su pueblo civilizado. Aquel traidor había cuestionado el principio máximo del universo por el cual sólo el más fuerte merece la justicia de la existencia. Y los humanos eran débiles, y pronto destruirían sus océanos. Por eso justificaban ataques inmorales, injustos, propios de cobardes. Destruir una incubadora llena de infantes, de bebés indefensos... Gorgo sintió asco de sí mismo. Había querido ser uno más en aquel pueblo. Había querido dejar de ser aquello que era y convertirse en otra cosa, pero ahora lo veía claro. Aquellos humanos no eran más que el eslabón débil de una galaxia que les pertenecía a ellos, y sólo a ellos.

Sus mandos reorientaron su misión. La venganza y el terror eran necesarios. Los humanos debían de entender que asesinar a los niños de los invasores era cruzar una línea roja que sólo les iba a traer consecuencias horrendas. Su nueva misión: detonar la bomba que su propio cuerpo era. Gorgo conocía el método, la reacción química para la que su cuerpo artificial se encontraba diseñado. Como él, otros cientos de humanos falsos infiltrados se detonarían en diferentes lugares de todo el mundo. El terror sería absoluto. Aceptó sin rodeos. ¡Muerte a los asesinos! ¡Larga vida a la civilización!

A Gorgo el descubrimiento de la función secreta del Forjador de paz le hacía más comprensible el triunfo de la invasión, para la cual cada vez se hacían necesarios más soldados y más ingenieros para salvar el mar. Los robots no bastaban para contener a los humanos ni para hacerlos trabajar por el bien del planeta. No entendían que ellos solos estaban condenando al mar a su destrucción, que la ayuda externa, aunque forzada, era necesaria, incluso conveniente, para ambas razas.

Gorgo se pasó la tarde nervioso, saltando de un lugar a otro de la casa. No sabía si quería salir. Tenía miedo de reaccionar mal, de hacer sospechar a la gente en el último minuto. Necesitaba sólo un día más y todos recibirían su lección. A los niños por ser unos jaleosos y traviesos cuando jugaban en la calle, a Juana por enseñarles y meterles en las cabezas ideas de rebeldía, a Manuel por vender secretamente armas que servían para destruir a los suyos. "Todos merecían la muerte por ello". Y ese último pensamiento, sin embargo, le sono ciertamente ridículo.

Pasadas unas horas, decidió salir a comer algo. De nada le servía ya el poco dinero que le quedaba. Con paso calmado e imbuido en sus propios sentimientos, Gorgo avanzó hacia la tienda de Manuel a comprarle pan y quizá alguna carne de contrabando que hubiese entrado por la Contraviesa desde el norte. Al pasar el umbral Manuel le miró fijamente. Gorgo se sintió transparente y creyó que Manuel, su mejor amigo en los últimos dos años, ya lo sabía todo.

—Oye Gorgo, ¿qué ha pasado? Tienes cara de muerto, hombre.

Gorgo lo miró entre aliviado y decepcionado. Se sentía con la necesidad de confesarlo todo.

—¿A mí? Nada. Será el hambre. Llevo varios días sin comer bien —mintió— , ya sabes como es eso. ¿Tienes algo por ahí? Mis jefes me han pasado algo de dinero finalmente.

—Algo encontraremos —dijo Manuel no muy convencido de la respuesta del periodista clandestino. Si había algo que Manuel admiraba de Gorgo era que siempre estaba alegre. Cerró los ojos un momento y juzgó que la invasión, al final, terminaba por afectarlos a todos.

Cuando salió de la trastienda, llevaba en la mano unos fiambres secos, y un poco de pan de higo. Los puso sobre el mostrador y sacó un plato y unos cubiertos. Luego sacó un vaso de metal y lo llenó de un vino amargo que él mismo fabricaba. Decía que su abuelo había tenido viñedos por estas sierras y que de él había aprendido el oficio milenario de hacer vino. Lo cierto es que nunca había visto a su abuelo hacerlo y lo había aprendido bien mal. Gorgo, sin embargo, adoraba aquel vino porque le recordaba una bebida de su niñez.

Manuel se apoyó en el mostrador, muy cerca de Gorgo, y le dijo:

—Ya tengo el hilo de pescar. Para los dos— y le golpeó el hombro mientras esbozaba una sonrisa picarona.-- ¿Vamos mañana?

—Vamos esta tarde— se sorprendió Gorgo diciendo.

—¡Vaya, tenemos prisa por la aventura! ¡Bravo! —gritó—. Vamos esta misma tarde.

Las tardes del verano mediterráneo son largas como un día sin agua. La Luna aparece a veces muy temprano, pero la claridad y el cielo azul se resisten a dar paso a la noche. A veces,

apenas a las diez, acaba el día. Las gentes de por aquí, cenan a las tantas, o se lanzan a la calle buscando una brisa de mar que les alivie el calor apenas comienza la noche. Cientos de grillos y ruidosas chicharras ponen melodía al ritmo pausado de las olas. Gorgo sabía que esta era su última noche y cerró los ojos para poder escuchar mejor el silencio que el mar impone cuando te adentras en él.

—No, si hasta te vas a dormir —le espetó Manuel—. Si lo sé no te traigo.

Gorgo siguió un segundo más con los ojos cerrados y fingió que se concentraba en la tensión del hilo de pescar en su mano. Salir a pescar era muy arriesgado. Los radares de los invasores detectaban las barcas y, ante la duda de que fuesen miembros de la resistencia humana, las destruían sin aviso previo. Gorgo sabía que con él a bordo los radares detectarían lo que los humanos no podían ver, las pequeñas marcas que lo hacían mínima, pero suficientemente diferente.

—Hacía tiempo que no venía a pescar, desde hace…— Manuel paró en seco y pareció atragantarse. Entonces dejó de hablar y miró fijamente al cielo.

—¿Desde hace...?

Había cosas que Gorgo no había sabido comprender. A pesar de haberse integrado, sabía que las gentes de aquel pueblo lo consideraban un extraño, un forastero, como ellos decían. La invasión había producido muchas desgracias, muchas vidas rotas, y la única manera de sobrevivir era olvidar, o mejor aún, obligarse a no recordar. La memoria era un lujo que muy pocos se atrevían a cultivar. Manuel, a punto de recordar, había retrocedido.

—Antes de tú aparecer por el pueblo yo venía a pescar algunas veces para mi hijo.

—¿Qué le pasó? ¿Murió? —Se atrevió Gorgo a preguntar.

Manuel lo miró con una amargura en los ojos que se mezclaba con rabia.

—La gente ya no muere, Gorgo. La gente es asesinada. Incluso los pocos que llegan a viejo mueren asesinados. Se van secando poco a poco.

Gorgo trató de parar a Manuel con otra pregunta. Necesitaba que dejase de hablar de aquello, pero a la vez, quería saber más.

—¿Cómo se llamaba?

—Óscar. Tenía apenas tres años. En el pueblo no había comida, y a veces me escapaba con la barca y pescaba.

—¿Y los radares?

—Tuve suerte. O es mentira, y no existen, pero jamás me pasó nada.

—¿Qué le pasó? —insistió Gorgo, mordiéndose los labios.

—Con tanta miseria y falta de comida y agua, aparecieron todo tipo de enfermedades. ¡Coño, Gorgo, ¿qué te voy a contar que tú no sepas?! Los niños fueron los primeros en caer. Se prohibieron las fábricas humanas, no había medicinas infantiles, ni los hijos de puta esos nos dejaban acceder a sus maravillosas máquinas de los cojones. Era verano, y el calor no ayudó. Cayeron como moscas. Como moscas.

Vio cómo la cara de Manuel se tensaba a la espera de unas lágrimas que nunca llegaban. Gorgo recordó que un día Juana le había dicho que en aquel pueblo muchas personas ya no lloraban porque sus lagrimales se habían secado. Porque ya no había nada más por lo que llorar. Pensó que ellos habían venido para quitarles el mar, pero hasta ahora tan solo habían podido acabar con la humedad de sus ojos.

—Trescientos setenta y dos —continuó Manuel, sumido en el pozo de sus memorias--. No quedaron niños, Gorgo, ni uno de menos de siete. No los conocía a todos, pero algunos como Juana perdieron a más de uno.

—¿Juana? ¿Tenía hijos?

—Juana, Pablo, Pilar...a casi todos los que conoces se le murió algún crío, algún sobrino. A veces la desgracia es colectiva. Mierda para todos. Un verdadero comunismo de miseria. ¿Pican, o nos vamos? —dijo Manuel con un cambio de tono profundo.

A Gorgo le pilló de sorpresa la pregunta. Estaba sumido en la revelación. Manuel, Juana, Pilar…De repente el pueblo fue rebautizado en su cabeza, y se llamó Forjador de Paz.

A veces las palabras son inútiles. Lo son porque su objetivo no es ofrecerlas para razonar con el otro, sino lanzarlas al aire como dardos envenenados que permitan aliviar la confusión. Como si dañar a los que escuchan sirviese de coartada de los errores propios. No hay nada más liberador que no tener que enfrentarse al propio fracaso.

Gorgo se negó a detonarse. En un último gesto desesperado, le mintió a sus mandos y les dijo que no estaba solo, que había escuchado en informaciones internas que otros se habían negado también. Para su sorpresa, los mandos le respondieron que ya habían tomado medidas contra los traidores como él, que se habían humanizado y perdido todo signo de racionalidad superior. Comprendió entonces que él no era un caso aislado como pensaba, que la integración con los humanos era posible, y eso le dio más fuerza a sus convicciones. Los mandos cerraron la comunicación con insultos y palabras denigrantes, y le gritaron que su pueblo no sería más que otra Adana. "¿Adana?", se preguntó.

Gorgo corrió desesperado a la calle y se encaminó hacia la escuela, en busca de Juana. Cuando la vio sintió que ya era otra persona. Ahora aquella mujer enjuta de sonrisa fácil le pareció una mujer fuerte pero acabada, a la que los suyos le habían robado la vida con dos golpes mortales. Juana lo vio venir presuroso y afligido.

—Adana, ¿qué pasó en Adana, Juana? —le espetó sin apenas un saludo.

Juana lo miró con incredulidad y preocupación.

—¿Estás bien, Gorgo? ¿Qué tipo de pregunta es esa? Hasta los caracoles lo saben. ¿Has estado bebiendo otra vez? Siéntate y cálmate.

—Recuérdame lo que pasó en Adana, por favor. Lo habré bloqueado con el alcohol, sí.

Juana se sentó junto a Gorgo en una silla demasiado chica para un adulto y comenzó a relatarle la tragedia de Adana mientras acariciaba su mano como tantas veces hacía con sus estudiantes.

—Fue al comienzo de la invasión, ¿recuerdas? Aún no sabemos por qué eligieron aquella ciudad turca y no una capital mayor, ¿por qué no Nueva York o Pekín? Quizá la idea era que no hubiera un lugar a dónde escapar. Adana fue atacada por sorpresa desde el aire. Luego, asediaron la ciudad durante días, hasta que el hambre y la enfermedad se hicieron insoportables. Entonces, tras rendirse, fueron apartados y torturados uno por uno: violados todos de las formas más horribles. Ninguno sobrevivió. Casi dos millones de personas asesinadas. Y todo fue retransmitido en directo a través de las pantallas que inicialmente ponían en los cielos. Todos dormimos con el horror en directo; con el llanto desesperado de los niños que veían a sus padres y hermanos morir. Muchos en el pueblo se suicidaron ante el horror. Después Adana fue reducida a cenizas. Nadie ha vuelto a vivir allí. Fue la primera de muchas ciudades. En todas se repitió el mismo acto cobarde.

—¿Y los niños?

—Yo creo que esos cabrones nacen unos de otros como las amebas. No tienen niños. Nadie que tiene hijos puede provocar tal sufrimiento en otros niños.

—Quizá sí, Juana. Quizá es que los monstruos realmente existen, pero no salen de los armarios, sino de otros planetas.

Juana miró a Gorgo con pesar. Ambos tenían los ojos llenos de lágrimas.

—¿Ves? Aún nos quedan lágrimas.

A veces el único alivio de la desesperación es gritar a los cuatro vientos y esperar que el grito se asiente en tierra fértil y florezca. Gorgo utilizó todas las redes a su alcance para llegar a todos aquellos otros que, como él, habían decidido parar la sangría. En su intento, descubrió cuán solo y aislado se encontraba de sus seres afines. Ahora era un soldado infiltrado secreto. Pero un soldado ¿de quién? Tampoco quería pasarse a las Fuerzas de Liberación Terrestres, porque ellos no ofrecían menos carnaza, sino más venganza, más lucha, más muerte.

Juana estaba equivocada, los invasores sí tenían hijos, pero la ceguera de la victoria les impedía ver su crueldad. El objetivo militar era salvar a su pueblo sin mar, pero en el proceso habían concebido la masacre del otro como un simple efecto colateral. El "yo y los míos" lo justificaba todo. Ambas razas luchaban ahora por lo mismo, salvar a su especie de la destrucción, pero Gorgo ya no podía ver la balanza equilibrada. Los humanos, culpables de mar, estaban en casa.

Entonces escuchó en las redes que alguien contestaba a su grito desesperado. Una pequeña comunicación en sonidos incomprensibles para los humanos y apenas si discernibles para el oído que ahora Gorgo poseía. Le pareció entender que se habían detectado naves que se dirigían a la costa. Estarían allí en cuestión de segundos.

Se precipitó escaleras abajo y salió a la calle a trompicones provocados por la prisa. Allí, mirando al cielo, vio el sol reflejado en el metal que surcaba los aires limpios del sur. Cayó de rodillas y comenzó a llorar. Aquel era su pueblo. Aquellos sus amigos. Sólo él debía ser su torturador, su asesino. Era un buen día para morir y matar por amor, para quedarse con los suyos, para ser libre con ellos para siempre.

Reflejos

Por Elena Fortanet Muñoz

Ilustrador: The falling/ Jérémie Fleury (Francia)

uando se disponía a salir de la cocina cargada con el enorme plato de sopa humeante, su madre le advirtió que tuviera cuidado de no derramarlo. La niña se paró ante la puerta cerrada y observó su reflejo, en los brillantes azulejos de la cocina, mientras su madre le abría. Eran como un gran espejo blanco en el que se miraba cuando estaba aburrida porque, al no ser completamente lisos, las imágenes mostradas no eran muy exactas y a la cría le hacían gracia. Le recordaba a la casa de los espejos de la feria, aunque no era igual de divertido porque las deformaciones no eran tan evidentes.

Ana le abrió la puerta y Laura se dirigió al comedor con mucho cuidado de no tirar la sopa. Iba mirando los bordes del plato y soplando el vapor que desprendía el caldo. Le daba la sensación de ser uno de esos trenes antiguos que salen en las películas de vaqueros, echando humo por la chimenea. Cuando por fin llegó a la mesa, colocó el plato en su sitio aliviada. Lo había conseguido, y sin verter una sola gota. Se sentó y llamó a su madre para que acudiera a comer con ella, pero tardaba mucho, así que comenzó a juguetear con los cubiertos de acero pulido. Descubrió que el cuchillo le ofrecía un reflejo fiel de sus ojos marrones, incluso se distinguían perfectamente los colores. El tenedor le brindaba una imagen demasiado pequeña, pero veía todo el comedor. La cuchara era la más divertida, ya que deformaba más su cabeza. Se

entretuvo un rato intercambiando los cubiertos para ver los distintos reflejos, mientras movía los pies sin parar esperando a su madre.

Por fin llegó Ana con el resto de la comida y se sentó para empezar a comer. Ese día estaban las dos solas, ya que su marido tenía una reunión en Madrid y no estaría con ellas.

El biselado del vaso de agua distorsionaba la imagen de su madre. La niña, con la barbilla apoyada en la mesa, lo miraba y movía la cabeza de un lado a otro para ver como iba cambiando. Lo cogió y guiñando un ojo, se lo acercó al otro para ver las imágenes duplicadas con un arco iris.

—¡Laura, estate quieta y come! – le dijo su madre con voz severa quitándole el vaso de las manos y dejándolo molesta sobre la mesa.

El agua salpicó a la niña en la mano. Se la frotó contra la falda y pasó a utilizar la cuchara sopera como un espejo. Mientras balanceaba sus piernecitas que no llegaban a tocar el suelo ni siquiera de puntillas, alejaba y acercaba aquella gran cuchara para verse con una cabeza enorme o una barbilla descomunal. Le hacía gracia ver como cambiaba la forma de su cara hasta parecer otra persona, una persona extraña y deforme digna de una feria de monstruosidades.

—¡Mira mama! ¡Hay dos cabezas! – dijo la niña muy sorprendida.

—¡Deja de decir tonterías y come!

—¡Que noo! ¡Que hay dos cabezas de verdad!

Su madre que estaba enfrente de ella la miró autoritariamente y le dijo de forma seca:

—¡Ya esta bien! ¿Siempre has de hacer lo mismo a la hora de comer? ¡Ya estoy harta de tantas tonterías!

La niña, con la cuchara frente a su cara, agachó la cabeza y levantó la mirada.

—¡Es que no me gusta esta sopa…! – replicó algo remolona mientras bajaba la cuchara y la acercaba al plato.

—¡Pues te aguantas! ¡Tampoco me gustan a mí muchas cosas y las tengo que hacer! ¡Y come de una vez!

Su madre estaba muy enfadada, así que metió la punta de aquel cubierto en la sopa, sopló y empezó a comer de mala gana sin dejar de balancear los pies. Estaba aburrida y disimuladamente, cada vez que se la acercaba a la boca, la miraba buscando su diminuto reflejo en la cuchara llena de sopa. Ahora sólo se veía a ella de color amarillo. Cuando su madre no la miraba, se estiraba el rabillo del ojo con la otra mano para verse como una china.

Al cabo de un buen rato ya solo quedaba caldo en el fondo del plato.

—Mamaaa, ya no puedo maaas.

—¿Te has comido todos los fideos?

Laura puso una cara pícara y asintió con la cabeza.

—Pues lleva el plato a la cocina.

La niña se apoyó en el asiento para tocar el suelo con los pies, cogió el plato con las dos manos y mirándose en el fondo, lo llevó despacio a la cocina. Veía el pasillo y algunas formas se desdibujaban. De vez en cuando estiraba el cuello para verse la cara de color amarillo por efecto del azafrán en el caldo.

Cuando lo dejó en la pila se vio en el grifo del fregadero. Todo era tan pequeño en ese reflejo… Se puso de puntillas y alargó el brazo para llegar al grifo y mojar el plato. Un hilo de agua salió mansamente y se mezcló con el caldo llenándolo y produciendo un murmullo algo inquietante. Cuando comenzó a rebosar lo cerró. Podía oír a su madre en el comedor trajinando con los cubiertos, y la televisión que acababa de encender. Se quedó embelesada contemplando su reflejo, estaba completamente absorta en aquella imagen, tanto que parecía haber perdido el resto de los sentidos. De pronto creyó ver algo extraño, como una persona detrás de ella y en ese momento, sintió algo que rozaba sus piernas. Rápidamente se giró asustada y miró a su alrededor pero no había nadie, solo estaba Ceniza ronroneando y frotando la cabeza contra sus tobillos. Como si aquel reflejo la llamase, volvió de nuevo a mirarse el fondo del plato. El grifo aún soltaba alguna que otra gota sobre el agua amarillenta, deformándolo. Al asomarse otra vez, le pareció que aquella imagen sonreía de forma maliciosa. Ceniza resopló y salió corriendo al tiempo

que ella, asustada, abrió de nuevo el agua rápidamente para borrar el reflejo por completo y, cerrándolo sin mirar más, corrió hacia el comedor agarrándose a su madre algo inquieta.

—Sí, yo también te quiero. ¿Ocurre algo?

—El plato, en la cocina… - comenzó a decir la niña, sin soltarse de su madre, pero se detuvo repentinamente y no volvió a hablar.

Según Laura se movía de un lado a otro, se distorsionaba su reflejo en la jarra de agua y parecía decirle que no con la cabeza, mientras la miraba amenazante con unos oscuros ojos marcados por ojeras negras. Cerró los ojos todo lo fuerte que pudo y agarró a su madre como si le fuera la vida en ello. La mujer, extrañada, la abrazó y tras un momento trató de separarla para verle la cara.

—¿Ocurre algo?

Laura miró a la jarra y ya no vio nada raro. Se sintió un poco defraudada y aliviada al mismo tiempo. La niña negó con la cabeza.

—Anda pues, lávate los dientes que hay que ir al cole.

Cuando fue a lavárselos, trató de esconderse del espejo. Después de aquello la niña rehuía de su propio reflejo porque ya no le parecía tan divertido.

De camino al colegio Laura estaba particularmente callada. No era normal que aquella pequeña permaneciese en silencio más de diez minutos seguidos. A su madre le extrañó, pero ese día prefería que no la avasallase a preguntas. Ana no se encontraba con fuerzas para nada, y menos para escuchar las fantasiosas historias de su hija. Cuando por fin llegaron y la niña entró corriendo en el edificio, en compañía de sus compañeros de clase, a su madre se le hizo un mundo pensar en el regreso.

Ana volvió a casa paseando. Vivían cerca y en menos de un cuarto de hora estaría en el ascensor de su finca en dirección al ansiado sofá. Los escaparates de algunas tiendas le mostraban una imagen extraña y oscura de ella. Parecía diferente, como si fuera otra persona que tuviese su aspecto.

Cuando por fin llegó a su finca, el cristal de la entrada reflejó sus ánimos. No encontraba la llave y luego no era capaz de abrir. Tanto su reflejo como ella luchaban con la cerradura para poder entrar, pero por un instante, le pareció que este desistía y la miraba. Descartó aquella absurda idea y ya en el ascensor, el espejo del interior mostraba el cansancio en su rostro. Apoyada en una de las paredes, se miró sin demasiado interés. Quedó perpleja cuando observó como sus ojeras comenzaron a oscurecer poco a poco, al igual que su pelo. Extrañada se acercó al espejo para contemplarse con más detenimiento. Parecía estar mirando el reflejo de otra persona que la tenía hipnotizada. No se movía, ni tan siquiera para parpadear. El fondo de la imagen comenzaba a desenfocarse y difuminarse como el humo de un cigarro que acaba desapareciendo. Ya prácticamente estaba sólo su reflejo, convertido en una extraña versión de Ana que parecía tener vida propia. Ella, prácticamente sin voluntad, dirigió lentamente su mano al espejo para tocarlo cuando el ascensor de detuvo, abrió su puerta y todo volvió a la normalidad. Ana pareció salir de un trance. Miró a su alrededor extrañada y salió de allí todo lo rápido que pudo para refugiarse en la seguridad de su casa.

Era casi la hora de ir a recoger a su hija cuando sonó el teléfono. Ana contestó un poco sobresaltada. Al otro lado de la línea tenía a la madre de la mejor amiga de su hija en el colegio.

—Me preguntaba si Laura se podía quedar a dormir esta noche con mi hija. A las niñas les haría mucha ilusión y yo te la llevo mañana al cole.

—No se, será mucha molestia.

—¡Que va a molestar! Si tu nena es un ángel y las dos se llevan estupendamente. Si no te importa me traigo a las dos a casa ahora.

—Pero así tan de repente…

—Las dos llevan hablando sobre dormir juntas desde hace semanas.

—Sí, pero no he preparado ni pijama ni dada.

—Por eso no te preocupes mujer, le dejo uno de Eva.

En el fondo a Ana le parecía un plan perfecto ya que así no tendría que ir a recoger a Laura, pero había sido todo tan repentino que estaba un poco bloqueada. Al final accedió y como ya no tenía que salir, estuvo toda la tarde tirada en el sofá sin ánimos para hacer nada. Se sentía extremadamente cansada pero no encontraba ningún motivo para ello. Cuando se hizo de noche, Ana entró en la cocina y se preparó algo rápido para cenar. Llamó a Ceniza, pero no le hizo el menor caso. No paraba de correr por el pasillo y erizar el lomo cada vez que paraba. Le extrañó su comportamiento, pero no le dio demasiada importancia ya que no era la primera vez que actuaba de una forma parecida, aunque nunca tan nervioso. Acabó la cena, recogió la cocina y se fue al dormitorio. Había sido un día muy largo y estaba muy cansada. Sentía como si un vampiro le hubiera chupado toda la energía a lo largo del día. La casa estaba en silencio, tranquila, menos por el aquel peludo animalito de color gris claro y nariz chata que no paraba de correr y maullar de forma extraña. Un espeso silencio podía respirarse en aquella noche sin luna. Lo único que se oía eran las uñas del gato patinando por el pasillo arriba y abajo. Cerró los ojos y trató de dormir. Creía que sería fácil, pero le resultó una tarea imposible.

Llevaba toda la noche dando vueltas en la cama y eran más de las cuatro de la madrugada. Veía pasar las horas en el reloj del despertador y eso la ponía más alterada. A pesar de estar derrotada, se sentía nerviosa. Se levantó y fue a la cocina a prepararse un vaso de leche caliente. Esperaba que eso la ayudara a dormir.

Encendió la luz y recorrió el largo pasillo en dirección a la cocina. Al pasar por delante del cuarto de baño de invitados vio de refilón, por la puerta entreabierta, su reflejo en el espejo. Algo la inquietó y volvió para cerrar la puerta, pero entonces le pareció oír una especie de susurros provenientes del interior. Encendió la luz, entró y revisó el pequeño cuarto de baño. Hasta miró tras la cortina de la ducha, pero no había nada. Sin prestar demasiada atención a la imagen algo extraña que ofrecía el espejo, cerró la puerta, apagó la luz y continuó su camino hacia la cocina. En el reflejo del oscuro cuarto de baño, la puerta se entreabrió silenciosa cual fantasma.

Ana tenía una inquietante sensación, como si alguien más estuviera allí, pero sólo estaba su gato, ya que su marido todavía no había regresado del viaje. Su sombra se alargaba acompañándola en su recorrido y el tic-tac del reloj del comedor la guiaba de forma sutil. La noche y la soledad atraían sus irracionales temores.

No había apagado todavía la luz del pasillo, cuando el neón de la cocina se encendió tras un parpadeo y su reflejo en la ventana la sobresaltó. Lo primero que hizo fue correr la cortina, luego cogió un vaso y se sirvió leche de la nevera. Lo puso en el microondas para calentarla y se quedó observando, a través de la imagen que devolvía el cristal de la puerta de aquel electrodoméstico, como el vaso daba vueltas. Se sentó en una silla y se dispuso a beber, pero al girar la cabeza vio su reflejo en la puerta acristalada del lavadero, observándola. Se puso de espaldas, y apuró su vaso rápido. Se sentía incómoda e infinidad de extrañas ideas acudieron a su cabeza de golpe. En cuanto acabo la leche, metió el vaso en el lavavajillas, cerró la luz y se fue a su dormitorio. Ni se preocupó de averiguar donde se había metido el gato. Quería volver a su cama y esconderse entre las sábanas como una niña pequeña. Los azulejos de la cocina reflejaban la oscuridad de la noche pero algunas sombras parecían moverse a su antojo en aquel lugar.

Antes de acostarse fue a lavarse los dientes al cuarto de baño de su dormitorio. Puso la pasta de dientes en el cepillo eléctrico y le dio al botón. Veía su reflejo en la mampara de la bañera, en los azulejos, en el espejo… Por unos instantes se miró fijamente y algo en su interior hizo que se apartase para no verse más. Se sentía rara, como si algo no coincidiese. Se giró y siguió lavándoselos de espaldas al espejo, pero no podía dejar de verlo con el rabillo del ojo. Estaba obsesionada y mirase donde mirase tenía un reflejo suyo observándola. Ceniza asomó la cabeza por la puerta, se erizó por completo y salió corriendo despavorido. Había tanto silencio que se podían oír hasta sus pensamientos. Ella se agachó para enjuagarse la boca esquivando el espejo y en ese momento, su reflejo se incorporó y una mano salió del cristal sujetándole violentamente la cabeza con fuerza contra el lavabo. Luchó por liberarse, pero cada vez era más fuerte. Las uñas de la mano, negras como la noche, iban creciendo por segundos mientras los dedos se tornaban cada vez más huesudos y la piel se volvía gris ceniza. Pronto las uñas eran tan largas y retorcidas que empezaron a clavarse en su cabeza originando unos hilillos de sangre que comenzaron a mezclarse con el agua que caía sobre su cara y no la dejaba respirar. No podía ni gritar. Sus brazos se agitaban desesperados y trataban de separarse de aquella garra que la aplastaba contra el lavabo y le inmovilizaba la cabeza. Tosía y escupía el agua mientras sus ojos abiertos como platos, reflejaban el terror que sentía. Por más que se retorcía no lograba soltarse. Las uñas continuaban creciendo y se clavaban más profundamente en su cráneo, hasta que casi dejó de moverse. En ese momento, la levantó como si de una muñeca de trapo se tratase y la

miró a los ojos. El pelo mojado pegado a su piel, casi tapaba su pálida cara por completo. Su reflejo también tenía el pelo mojado, pero formaba una cortina que prácticamente escondía su diabólica mirada. Una maliciosa sonrisa apareció en su rostro y golpeó violentamente el cristal con la cabeza de Ana destrozándole la cara y rompiendo el espejo. Una lluvia de mortales cristalitos cayó sobre el lavabo mientras ella era lanzada semiconsciente contra la puerta entornada del baño. Su cuerpo casi inerte aterrizó bruscamente contra la pared y quedó en el suelo como un montón de trapos desechados. Lo que restaba del espejo del baño mostraba una escena dantesca: pedazos de cristal repartidos por doquier, sangre, objetos rotos… El cuerpo de Ana yacía en el suelo inerte, con la cara ensangrentada y algún diente roto. Por los mechones de su pelo goteaba un agua sanguinolenta que teñía de rojo su camiseta. Aunque permanecía con los ojos, abiertos ya no respiraba ni tenía pulso. La sangre resbalaba por el espejo y se filtraba por las grietas. Parecía quedarse dentro, como si se la bebiera. En pocos segundos el cristal estaba limpio de sangre y tras un silencio espeso y fantasmal, su reflejo se levantó y comenzó a acercarse. De entre las fisuras comenzó a manar una sangre negra y espesa que resbalaba por la pared hasta llegar al cadáver. El espejo quedó sin reflejo y del charco de sangre empenzó a formarse una figura que parecía humana. El diabólico reflejo estaba ahora ante el cadáver de Ana, observándolo con satisfacción. Se agachó y lo miró moviendo lentamente la cabeza de un hombro a otro. Lo tocó con sus huesudos dedos, lo cogió con las dos manos y lo lanzó de espaldas contra el espejo. Se escuchó como rotura de cristales, pero cuando se volvió todo parecía haber vuelto a la normalidad. Se acercó al espejo despacio, como si los pies le pesasen. Se contemplaba con regocijo. Ahora el reflejo era Ana y permanecía tumbada en el suelo sobre un charco de sangre. Poco a poco iba tomando algo de color, mientras Ana palidecía al otro lado del espejo. Aquel ser apoyó sus manos sobre el lavabo, inclinó la cabeza y al levantarla, el espejo ya no reflejaba nada, sólo el baño vacío.

Salió tambaleándose en busca del gato que corría por todo el pasillo, resoplaba y se erizaba. El animalito buscaba una salida, una escapatoria, pero todas las puertas estaban cerradas. Con pasos algo torpes, lo arrinconó y alargando la mano cogió al pobre animal por el rabo. El gato se retorcía y lanzaba sus zarpas con desesperación, mientras gruñía y bufaba, pero sus afiladas uñas no le producían ningún dolor. A pesar de que causaban profundos surcos en su áspera piel, no asomaba ni una sola gota de sangre. Lo golpeó furiosamente contra el suelo

repetidas veces hasta que lo único que se podía escuchar era el sonido seco de la pequeña cabeza contra el suelo de terrazo. La sangre salpicaba las paredes y su ropa, y aunque el gato ya estaba muerto, continuaba golpeándolo rabiosamente contra todo lo que tenía a su alcance. Sus ojos encolerizados parecían disfrutar ante la visión de la muerte. Por fin se detuvo y se hizo un gran silencio. Miró su reflejo difuso en el charco de sangre. Era una imagen extraña en la que casi no se veían rasgos humanos. Se agachó e introdujo el dedo índice en el charco. Se lo llevó a la boca y cerró los ojos mientras saboreaba gustosa aquella cálida fuente de vida. Después, sentándose en el suelo, se inclinó y lamió con satisfacción aquel líquido viscoso.

Anger
Rabia
Abscheu
Panik
Boredom
Miedo
Melancholie
Oscuridad
Soledad
Massacre
Hass
Inhumano
Apatia

El sapo

Por Beatriz T. Sánchez

Ilustrador: El sapo/ Pedro Belushi (España)

l escritorio estaba ya decorado con el curioso pisapapeles en forma de figura zoomorfa. Tallada en nefrita de color negro, lustre vítreo y tacto sedoso, remedaba a un sapo grande hasta en sus más mínimos detalles. Las pupilas horizontales, las abundantes verrugas del lomo, los pliegues en la zona de unión de las patas cortas con el rechoncho cuerpo. Parecía que en cualquier momento se echaría a croar.

En cierto modo, era bonito. El color y brillo de la piedra, el extraordinario realismo, hacían de la pieza un objeto atrayente. ¿Sería muy antiguo? ¿Para qué propósito habría sido realizado? Tal vez él lo supiese o tal vez no ¿Dónde lo habría conseguido? Era un afanoso coleccionista de objetos curiosos y el sapo estaba a medio desempaquetar junto al ordenador. Eso fue lo que la indujo a meterlo también en la bolsa. Se había llevado su última adquisición, una pobre ganancia, ciertamente, pero esperaba que fuese caro y valioso, para que le molestase perderlo. A ver si se atrevía a venir a reclamárselo. Él sabía que solía refugiarse en la aldea, en la casa natal, para escribir en paz.

Como apareciese por allí todavía cabía la posibilidad de un perdón, sentía flotar a su alrededor un aura de reconciliación. No, no podía ser. Odiaba tener un corazón blando. Era estúpida por pensar tal cosa. Si la había engañado una vez, volvería a hacerlo en cuanto se le presentase otra oportunidad. ¿Cómo había sido capaz de traicionar su confianza de ese modo? No sospechaba todavía y los descubrió de sopetón en el aparcamiento, en actitud cómplice. En

cuánto entrase en el piso y lo encontrase vacío de sus cosas, él sabría porque le abandonaba. Le había descubierto y no había nada que discutir. Marchándose sin avisar se ahorraba discusiones y mentiras.

Que la rival fuese la fotógrafa encargada de cubrir las presentaciones de las obras en la editorial, y no otra, hacía su traición más dolorosa. Una mujer dicharachera y jovial, llena de vitalidad, siempre hablando por los codos... porque físicamente eran parecidas, excepto que la otra no era pelirroja. Pero que se tratase de una mujer con ese carácter le daba para pensar. Ella jamás sería así, ni bajo los efectos del alcohol ¿Le habría parecido demasiado sosa y pedante la pequeña Zanahoria? Ese era el mote que le habían endilgado de niña en el colegio. Siempre lamentaría no tener un modo de ser más abierto.

Pero nunca fingió, no le ocultó ese detalle en cuanto captó que él se sentía atraído por ella. La conoció tal cual, desde el primer momento, pues tampoco era muy buena mintiendo. Fue durante la presentación de su tercer libro, se le acercó para proponerle una entrevista en la revista que dirigía. ¿Había tardado un año en darse cuenta de que no iba a cambiar? Sinceramente, creía que eso era lo que debía haber fallado, no poder suavizar su carácter huraño y reservado; no conseguir disimular lo mucho que se aburría cuando salían, permanecer muda durante las tertulias con sus amigos, pues prefería escuchar antes que departir... porque por lo demás se había portado como la mejor compañera, animosa en lo bueno y apoyo en lo malo.

Su ego estaba machacado. Quería acabar la novela y luego ya se pondría a pensar si a lo mejor había malinterpretado algo. Mil veces volvió a llamarse estúpida antes de intentar centrarse en el trabajo. No tardó en comprobar que la figurita resultaba un excelente estimulante. Su tacto jabonoso era embriagador, igual que el modo en que el calor de su mano se iba trasmitiendo a la piedra fría. En contacto con el sapo, los pensamientos fluían sin obstáculos y la trama de la novela, en proceso de ser terminada, progresaba a ritmo trepidante. Estaba muy contenta de haber encontrado tan curioso amuleto, pues como tal lo consideraba.

Los días iban pasando y ella apenas se levantaba de la mesa-escritorio. Era solitaria y cuando no estaba enfrascada en su novela, se conformaba con las facilidades que la tecnología le permitía, atendiendo habitualmente su correo, el perfil social y la actualización de sus blogs. Nada exterior perturbaba la calma de la casa. Solamente interrumpía tal rutina la limpieza básica y regar

de vez en cuando los geranios de las macetas con las que había adornado las ventanas de la planta baja, lo único vivo que había allí aparte de ella misma. La primavera y los primeros días cálidos empezaban a hacerse notar, pero se limitaba a contemplarla tras los cristales. Muy de vez en cuando salía a reponer víveres en la pequeña tienda de la aldea. Entonces se cruzaba en ocasiones con algún vecino. En consideración a que la conocían desde niña, intentaba ser amable y que no notaran que trataba por todos los medios de esquivarlos. No le gustaban las preguntas banales cuando su cabeza no era capaz de desconectarse de la historia que se cocía en su interior.

Los dedos parecían pegados al teclado, incluso ella misma, que se vanagloriaba de conservar toda su modestia natural a pesar del éxito creciente, se admitía a si misma que estaba alcanzando unos niveles de estructura gramatical y dominio del lenguaje realmente prodigiosos, todo al servicio de una trama realmente terrorífica y que insuflaba nuevos aires en el género. El editor le confirmó tales impresiones cuando le envió el texto en limpio. Los halagos brotaban en sus correos como setas después de las lluvias otoñales. El sapo permanecía su lado, iluminándola con su brillo.

Una mañana tras la ducha, se miró en el espejo, viéndose realmente por primera vez en mucho tiempo, pues se lavaba y peinaba mecánicamente, sin fijarse en lo que reflejaba el cristal. Tenía un aspecto horrible. La piel lechosa se mostraba ya casi traslúcida y a las pecas se añadían ahora venillas azuladas y ojeras bajo los melancólicos ojos verdosos. Había adelgazado todavía más y su ondulada melena naranja abultaba casi más que su cara. Salió del baño pensativa.

¿Su natural inclinación hacia el aislamiento estaba yendo demasiado lejos? La herida que él le había infligido debía haber exacerbado su deseo de rehuir al mundo y a sí misma. Había abierto los brazos y se los habían lastimado. Pero no debía regodearse en remordimientos y pesares. Algún día encontraría un alma similar que la comprendiese, esperaba que algo así pudiese llegar a suceder. Dejó el sapo junto al ordenador; como en otras ocasiones, lo había cogido sin darse cuenta y se acababa de percatar de que llevaba un buen rato girándolo entre las manos.

Además, la noche ya no le deparaba descanso y se levantaba inquieta y soñolienta. Empezaba a notar una influencia ajena y subterránea a su alrededor que no era capaz de identificar. Y estaba segura de que no era ninguna paranoia. Lo captaban sus fibras psíquicas más sensibles. Era auténtico, no una falsa percepción. En la casa había algo más que ella y los

geranios. No sabía que podía ser, pero estaba allí. Era una presencia creciente. Nunca la había invadido impresión tan extraña entre unas paredes de sobra conocidas. Ni de niña, ni luego cuando ya la familia instalada en la ciudad, debido al nuevo trabajo del progenitor, venía a pasar las vacaciones estivales en el antiguo hogar, ni ahora, que lo seguían haciendo aunque los padres y el hermano sabían que era un refugio en otros momentos del año para la escritora, siendo de hecho ella la que guardaba las llaves de la posesión rural.

De madrugada, una nube de desasosiego flotaba sobre su lecho, sin acabar de decidirse a caer sobre ella. Cristalizaban luego en su interior bultos indefinidos que parecían deslizarse en la negrura, como una ronda macabra. Nada les separaba excepto el hecho de que lo que fuese tampoco mostraba mucha prisa por cebarse en la víctima, obviamente indefensa.

Mientras desayunaba, colocaba el sapo junto al tazón de leche y galletas y se relajaba observándolo. No se cansaba de pasear la vista por él, intentando convencerse de que todo era producto de los nervios que siempre la acosaban cuando terminaba una obra y debía afrontar su presentación, otra tarea agobiante debido a su timidez. Pero nunca la habían afectado tanto. Se puso a manosear el amuleto, intentando no pensar en la inapetencia, las pesadillas y la inquietud, hasta que empezó a notar la calma que la piedra tallada le acababa traspasando.

Las sensaciones nocturnas cedieron el puesto a los sueños recurrentes. Empezó a verse en un sendero, estrecho y ligeramente empinado, con hierba espesa a los lados, combándose por su propia abundancia. Desembocaba en un claro también de tierra dura y pelada, al fondo del cual se levantaba una casa. Era antigua, de aspecto piramidal debido al techo de paja a dos aguas que casi rozaba el suelo. Le recordaba a las que aparecían en las pinturas de Durero. La gruesa puerta de roble mostraba un llamador central en forma de argolla y las altas y estrechas ventanas que la flanqueaban tenían celosías emplomadas de cristales pequeños y romboidales. La primera noche solo la contempló desde el camino, a la sombra de unos árboles frondosos que poblaban la cima de la cuesta. La segunda noche permaneció ante la puerta, regalándose con cada una de las irregularidades de la oscura madera y la pesadez de los clavos y la argolla que la decoraban. La tercera noche apareció en su interior. Todo estaba cubierto por la penumbra y apenas podía atisbar unos armarios robustos, alguna silla, las contraventanas interiores divididas en dos partes,

una mesa redonda central cubierta por una alfombra holbein y una puerta abierta que dejaba a la vista otro cuarto muy parecido, al que se accedía por un escalón, pues estaba a un nivel superior.

La cuarta noche se encontró en otra habitación, con las paredes llenas de anaqueles colmados de botellas, frascos y botes. Al fondo había varias tinas redondas de madera, de varios tamaños y llenas de líquido cuya superficie lisa brillaba en la sombra. Cerca había un hornillo, donde hervía el contenido de una marmita de cobre. A la derecha, una larga mesa salpicada de velas y sapos tiesos, resecos y aplastados. Sentado ante ella se encontraba un hombre que le daba la espalda a la espectadora. Vestía un jubón negro de cuyo cuello y puños asomaban los de la camisa blanca. Tenía el pelo muy corto y canoso. ¿Qué miraba con tanta atención?

Se acercó y oteó por encima de su hombro. Con los antebrazos reposando sobre el tablero, cercaba a un gran sapo amarronado. Como si se tratase de un útil de escritura, entre el pulgar y el índice de la mano derecha reposaba una fina espátula de madera. El animal no se movía y parecía que ni respiraba, los ojillos negros se encontraban siniestramente opacados ¿Estaría muerto? El viejo tenía un rictus concentrado, cejas blancas que se apretaban encima de una nariz firme, barba recortada y gris, mejillas fláccidas y ojos azules hundidos y rodeados de bolsas.

De repente, el animal se tensó y se abrió en su lomo una brecha vertical de bordes húmedos, de la que brotó entre grumos amarillentos una bola blanca y cartilaginosa, que el viejo terminó de extraer con la espátula, mientras de la fisura seguía manando un poco de líquido espeso y de un amarillo desvaído. Se levantó con el repugnante elemento sobre la plana cuchara goteante y lo echó en la marmita de metal rojizo.

Empezaba a notar que se estaba despertando. Luchando contra esa sensación, volvió a hundirse en el ensueño. Estaba en la misma habitación, la penumbra más profunda parecía insinuar que en el exterior era de noche. Había ahora un nuevo objeto en la estancia. Una tina de madera maciza, alta, larga y ovoide que identificó con una primitiva bañera. Estaba casi a rebosar de un líquido oscuro, o lo parecía en la tiniebla, del que surgía algo claro, como un tubito. Entonces emergió una cabeza chorreante, cuya boca apretaba la caña que le había servido para respirar mientras estuvo sumergida. Abrió los ojos y apoyó las manos en los bordes para impulsarse hacia arriba. Mientras lo veía levantarse reconoció al viejo, pero rejuvenecido treinta

años. El cabello era rubio oscuro, las cejas, barba y vello pectoral castaño rojizos, la piel de la frente, en torno a los ojos y el cuello, las mejillas, lucían firmes y tersos. El cuerpo joven y bien proporcionado brillaba por el líquido oleoso que lo impregnaba. Era un fluido más denso que el agua.

Parecía muy satisfecho. Salió de la bañera fascinado, mirándose las manos, tocándose el rostro. Se secó con un paño amplio de lino que colgaba del respaldo de la silla. Sobre la mesa continuaba el sapo, mustio e inmóvil, exhibiendo la abertura purulenta. Se restregó a conciencia y luego retorció el trapo sobre la bañera, hasta que cayó la última gota. El líquido se había endurecido y en su superficie cuajaban grandes trozos de piel muerta. El hombre se envolvió las caderas y con las partes íntimas así cubiertas, se dirigió hacia un cuaderno abierto que había también en la mesa. Mojó la pluma negra en el sencillo tintero redondo de vidrio y empezó a escribir. Al encontrarse a su lado, ella intentó leer, pero todo eran signos indescifrables, había encriptado sus notas.

Sentía algo duro contra la sien y eso la hizo espabilarse. El sapo de jade se encontraba entre su cara y la almohada. Seguramente, se había dormido con él en las manos y al moverse en sueños, la cama estaba toda revuelta, había acabado allí. Se incorporó. Ahora tenía los feos huecos hechos por la presión de las verrugas pétreas marcándole la cara enrojecida. Lo miró con atención ¿Su contacto le habría sugerido aquel sueño?

—¿Era ese tú creador, sapito?— le preguntó, sabiendo que no obtendría respuesta.

Lo que había visto no eran construcciones hechas con variados retales de lo vivido, imaginado, conocido o intuido por su cerebro. No tenía nada que ver con la ambientación o tono de su novela ni con divagaciones inconscientes sobre el origen de la misteriosa estatuilla. Le entraron ganas de telefonear a su ex-pareja, como tal lo clasificaba ya, y preguntarle donde lo había encontrado y si tenía alguna historia detrás. Solo el captar la absurdidad de la situación, interesarse antes por una piedra pulida que por él mismo, impidió semejante desatino. No quería darle más argumentos a la probable pésima valoración que debía haberse formado de su actitud vital.

Desconocer el grado de veracidad de lo soñado de un modo tan nítido la turbaba profundamente. ¿Quién era aquel hombre? Solo podía calificarlo de alquimista o algo similar, a eso le sonaba la apartada casita antigua de tipo germánico, el laboratorio lleno de recipientes con líquidos, hierbas, polvos y demás panoplia mínero-vegetal, la olla burbujeando y la increíble maniobra de rejuvenecimiento que había contemplado. Le aliviaba no haber vislumbrado con demasiado detalle lo que debía experimentar con los pobres batracios, digno de ser denunciado a alguna protectora de animales, vistos los cadáveres medio momificados que por allí campaban, así como el fin del que mostraba el extraño quiste lumbar. Aunque ya parecía más muerto que vivo en el momento de la extracción; su piel era excesivamente dura y correosa, le daba una apariencia de muñeco, recordando más a una réplica que a un sapo vivo.

Esperaba no estar perdiendo la cordura, pues se preguntó si sería posible volver a fisgar en la vida del científico, alquimista, brujo o las tres cosas a un tiempo, según la mentalidad de la época en que se situaba la acción, a ver si podía llegar a sacar alguna conclusión interesante. A la hora de acostarse, se tumbó boca arriba y colocó el sapo junto a la oreja derecha. La punta del hocico rozaba el lóbulo, como presto a susurrar su secreto. Y el sueño, en efecto, continuó.

Vio otra vez al hombre; vestía ahora levita y calzas azules, medias blancas, chaleco rojo, tricornio, el rostro rasurado y el cabello rubio recogido en una coleta. Se encontraba en un puerto, en el aire salitroso ondeaban hilos de bruma. Parecía temprano, se oían gaviotas y rumor de olas. Una goleta permanecía amarrada, había bullicio en cubierta y en la rampa de embarque. Hombres transportando cajas y barriles de acá para allá, a las órdenes de otros, entre cuerdas, jarcias y poleas. Los del barco eran sobre todo occidentales y los que se movían en tierra, chinos. Ajeno a ello, él charlaba con un oriental de mediana edad, el cual lucía una larga túnica negra de seda con dibujos florales rojos y una larga trenza a la espalda. Cerca, esperaba una litera cerrada con dos sirvientes custodiándola. El chino que parecía de alto rango le ofreció una caja lacada. Él asintió con la cabeza. El otro levantó la tapa. En su interior reposaban tres sapos de jade. Uno negro, otro verde y el tercero verde amarillento. Ella dio un brinco al reconocer la estatuilla que en esos instantes obraba en su poder.

La sorpresa casi la había despertado pero se concentró en no perder el hilo del sueño. Del puerto oriental pasó a una habitación cerrada de paredes encaladas y suelo de tablazón. Tenía más

aspecto de laboratorio, con varias mesas llenas de alambiques, retortas, frascos, un pequeño horno de ladrillo... y él andaba por allí, en mangas de camisa. El blanco de la tela contrastaba con los calzones, medias y zapatos negros. Volvía a ser un anciano, con la melena y las cejas canosas. Sujetaba el sapo negro, que parecía más grande, el cual colocó sobre un gran colador de malla tupida y metálica. Empezó a soltar el líquido purulento, dejándolo caer en una botella transparente de boca ancha, que había bajo el colador. A continuación, derramó el abundante suero en una cacerola puesta al fuego. La luz cambió, todo se oscureció, algunas velas encendidas empezaron a iluminar la estancia, en el centro de la cual él se hallaba desnudo bebiendo el contenido de una copa panzuda. Dejó el cristal sobre la mesa y se ovilló en el suelo. Ella sintió que la estatuilla le tocaba la cara. Cerró los ojos con más fuerza. El hombre se estaba levantando a la luz del amanecer que se filtraba por la ventana del fondo, sin las contraventanas cerradas. Como un reptil, se fue desprendiendo de la piel que le colgaba como una funda, tirando hacia abajo, hasta que las capas coriáceas y un montón de pelo blancuzco quedaron a los pies de su joven cuerpo renacido.

Se despertó, la figura anfibia resbaló de la almohada hasta el colchón. Comprendió que a posteriori, el hombre había mejorado el método primigenio, pasando de sapos disecados a sapos de jade, tallados durante un viaje a Extremo Oriente por algún experto o artista local siguiendo sus instrucciones. Recogió la figurita, seca y sedosa. ¿Qué era aquel líquido que había soltado a borbotones? Lo agitó cerca del oído, no percibió que estuviese hueco y lleno de tal sustancia. Era absolutamente sólido e impermeable. Pero era ese jugo lo que otorgaba juventud y fuerza. Se preguntó si podría llegar a hacerlo funcionar, sería un lujo en su ancianidad. Ordeñarlo, hervir y beber, para comenzar una segunda vida. Sonrió ante la falta de lógica de sus pensamientos.

Aunque volvió a colocar el sapo junto a la cabeza por la noche, dejó de soñar con la vida del misterioso alquimista. Regresaron las pesadillas; ahora implicaban un regusto a blandura que invadía cada recoveco, como si su cuerpo de huesos cerosos y carne amorfa, empezara a mezclarse con la oscuridad. Decepcionada, lo dejó de nuevo sobre la mesilla, cerca del flexo. De día permanecía muy ocupada con la revisión de las galeradas y la elección de la portada, que iba a ser encargo para un reconocido ilustrador. Se sacó una foto con la figurita y la colgó en su perfil social, a él ya lo había borrado de su lista de amigos y no le importaba lo más mínimo que pudiese llegar a su conocimiento a través de algún agregado común. Lo presentó como su nuevo y eficaz

amuleto y se rio con los comentarios al respecto de los amigos. Aunque uno la hizo reflexionar: " Pero sí parece que tiene más vida que tú. Déjate de talismanes y toma más caldito que lo vas a necesitar para la promoción".

Si, cada vez estaba más cansada. Tendría que ir al médico, su aspecto era realmente de ultratumba. El día discurría, acababa de enviar la copia definitiva de la novela a la editorial, sorprendiéndose al comprobar en el calendario de mesa que ya habían pasado tres semanas desde su abandono temporal del mundo. Alguien llamaba a la puerta, saltó de la silla y corrió a abrir, emocionada. Seguro que era él. Pero solo entreabrió la puerta, al comprobar que no era así. Un viejo delgaducho le sonreía amablemente y la saludaba tocando el ala del sombrero con el que se cubría. Llevaba un traje de mezclilla, chaleco, incipiente bigote blanco y gafas gruesas de pasta. Su aspecto desfasado por lo menos tres décadas le habría hecho gracia si el mazazo del reconocimiento no la hubiese petrificado al instante. Sintió que palidecía todavía más, si eso era aún posible. Tenía delante al alquimista, su rostro ya era un borrón lejano en su memoria, pero no dudaba de que por lo menos se le parecía mucho. Un descendiente entonces, si quería transigir con la razón.

—Buenas tardes, señorita. Soy fabricante, no, mejor, tallo figuras.

—¿Las vende?

—No, solo las presto— dejó en el suelo un maletín de cartón, tan anticuado como él— Verá, lo hice con una y deseo recuperarla.

Incrédula, se lo corroboró con una sonrisa más amplia:

—Sí, el sapo.

—¿Qué sapo?

—El sapo de nefrita negra que tiene sobre el escritorio. Puedo verlo desde aquí, se ha dejado esa puerta abierta.

—Es mío— un turbio sentimiento de posesión anudó su alma a la imagen del objeto. No lo entregaría por nada del mundo.

—Pero antes me perteneció a mí. Yo elegí la piedra y la apariencia que muestra.

—Un gran trabajo, no le quepa duda. Se lo compro.

—Ya le he dicho que nunca las he puesto en venta.

—Haga una excepción.

—Nunca hago excepciones— ella no podía dar crédito a lo que tomaba forma en su mente, pues maldijo para sus adentros la testarudez manifiesta del viejo.

—¿Por qué? Le pago lo que quiera, siempre dentro de unos límites razonables, claro.

—No tiene precio.

—Pues ahora me pertenece, es mío, y no se lo pienso devolver.

—Bueno, por lo que sé, usted no lo ha adquirido de un modo muy ortodoxo...

—¿Dónde le conoció? ¿Qué le ha dicho sobre mí?— sin poder evitarlo, unas corrientes tibias agitaron sus entrañas, llenándolas de expectación.

—¿Sabe de la feria de artesanía y decoración que se celebró el mes pasado?

—Ah, sí.

—Ahí nos encontramos. Un erudito en la materia para lo joven que es. Por eso le presté mi creación, él sabía apreciarla. Llegado el momento de recuperarla, me dirigí a las señas que me había facilitado y allí me explicó que no había podido ni tocarla. Abrió el paquete antes de salir al trabajo, se le hacía tarde y lo dejó tal cual. Cuando regresó, no estaba, y usted tampoco. Se habían marchado al mismo tiempo.

Un aguijonazo de odio sustituyó a la ilusión. Seguro que la otra ya ocupaba su lugar en el piso. Solo le había allanado el camino. Se apretó entre los dientes un trozo de carne del labio inferior, por dentro de la boca, hasta que sintió dolor. Siempre lo hacía cuando estaba muy nerviosa o enfadada. Entonces ¿Cuándo había empezado a resquebrajarse lo suyo?

—Él no pudo conocer su influencia, pero usted si— cuando se enfrascaba en la creación de un libro, perdía el contacto con el exterior, era ella y sus pensamientos, él ya lo sabía ¿Por qué no había sido capaz de comprenderlo?— Devuélvame el sapo, señorita. Solo ofrezco esta oportunidad una vez ¿Por qué la rechazan siempre?— sus ojos brillaban malévolos aumentados tras los cristales, como si no ignorase la respuesta, que era imposible desprenderse de él una vez tocado. Ella casi reprimió un bufido de fastidio, viejo codicioso, si por lo que sabía él tenía otros dos por lo menos. ¿Por qué no quería revelar su secreto? ¿Temía que descubriesen el funcionamiento del mágico elemento renovador?; entonces ¿Por qué iba por ahí prestándolos?

—¿A qué se refiere?

—Es una historia muy larga y a usted solo le incumbiría el tramo final. Por su bien, devuélvame el sapo.

Aquello empezaba a tomar un cariz surrealista. No podía deshacerse de la estatuilla.

—No, es mío.

El viejo parecía realmente divertido con su reacción y meneó la cabeza a derecha e izquierda, dando a entender que por mucho que hubiese visto la misma situación, no se la acababa de creer.

—El sapo es mío—remachó con énfasis—Márchese— y le cerró la puerta sin más.

Era él, seguro. El elixir que exudaban los sapos alargaba la vida realmente. Pero ¿Cómo lograr esa respuesta de la piedra? Debería haberse dejado de disimulos y preguntarle sin rodeos, confesándole incluso la estrambótica fuente de información que había utilizado. Al menos tenía todo el tiempo del mundo para investigar. Percatándose de la proximidad de la fecha, había decidido que la presentación del libro sería el mismo día que cumplía treinta años.

Dentro de unos días regresaría a la ciudad. Pidió cita por teléfono en la peluquería habitual. Le habían dicho que le quedaba muy bien la melena rizada e iba a volver a lucir ese estilismo. A estas alturas, con todo el proceso concluido y atado, solía relajarse y volverse más sociable. Eso mismo estaba pasando, pero con una diferencia. Se encontraba realmente débil y las pesadillas nocturnas continuaban. Eran como indefinidas y gelatinosas sensaciones que la

agobiaban en la oscuridad, con persistencia tenaz, hasta que las primeras luces de la mañana las iban deshaciendo.

El sapo no parecía un talismán demasiado eficaz para aquel caso. Absorbida por la creciente masa de debilidad que la envolvía perezosamente, apenas fue capaz de conducir hasta la tienda. El dueño era también el cartero de la zona y tenía que enviar la carta con el ejemplar firmado del contrato para la editorial. Todos con los que se tropezó le insistieron en su mal aspecto y entre esa constatación y el sol que le quemaba la piel regresó a casa a punto de llorar. No entendía que le estaba pasando, no tenía dolor ni síntomas alarmantes de nada.

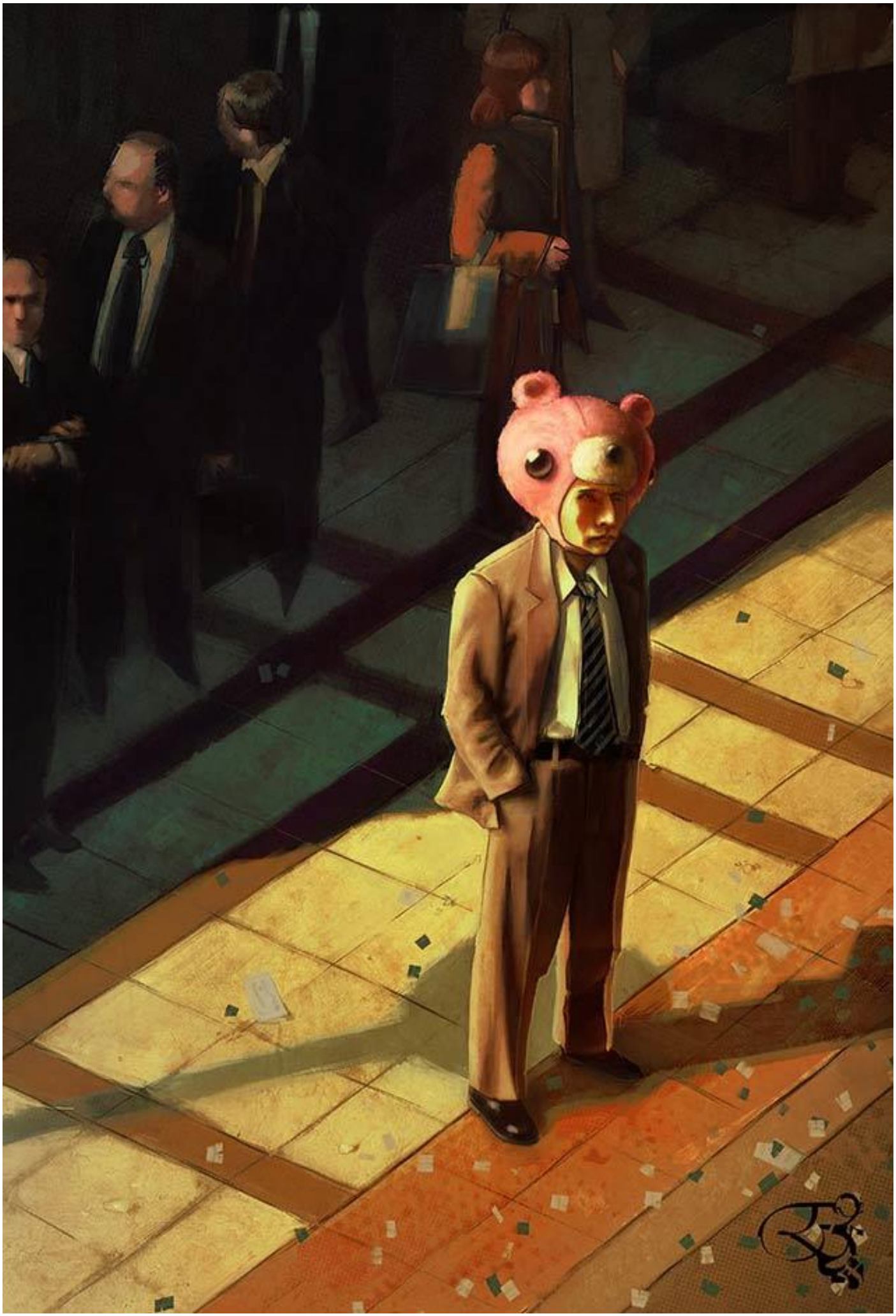
Contestó a su madre el correo donde le había mandado la receta de las magdalenas de chocolate, agradeciéndoselo y confirmándole que regresaría en unos días. Tenía que pensar que le diría cuando le preguntase por él, al ver que se instalaba de nuevo en su apartamento, sola. Prepararía algunas magdalenas por la mañana, a ver si su dulce preferido le abría al fin el apetito, y para redondear, no se olvidó de echarse una buena dosis de crema hidratante en el rostro antes de ver la película del canal clásico, vestida con un largo camisón de tirantes finos y ligera bata a juego, descalza, para afrontar el calor que ya se notaba de noche.

Cuando apagó el televisor estaba más que agotada. El cuerpo le pesaba toneladas. Al intentar levantarse del sofá, el sapo, a su lado, rebotó y cayó al suelo. Se agachó para recogerlo. Apenas fue capaz de incorporarse, tendría que alcanzar la cama a gatas. No podía vencer el sopor que la atenazaba. Estaba anquilosada y hundida en el filo mismo de la duermevela. Otra vez la invadió aquella extraña sensación de progresiva blandura, de carne pringosa que se iba pegando a todo lo que tocaba. Sabía que estaba soñando pero no lograba despertar.

Su cuerpo, sin dolor, se desmoronaba silenciosamente. Cada uno de sus poros empezaba a rezumar un líquido incoloro y los hilillos de fluido corrían hasta el sapo negro, que los absorbía como una esponja. Tamaño sinsentido no podía estar pasando. Ella veía la monstruosa escena desde fuera, contemplándose a sí misma, estirada exánime en el suelo cubierto por la moqueta azul, con el camisón y la bata empapados y soltando suero de textura melosa, que se deslizaba suavemente hacia el cercano sapo, el cual lo sorbía impertérrito sin que escapase una gota, sin dejar al mismo tiempo de percibirse en el interior del cuerpo que se derretía poco a poco.

La promesa del inminente amanecer iluminaba la habitación. Una sombra se movía en el pequeño recibidor, antes de asomarse a la puerta abierta de par en par. El viejo observó las prendas vacías estiradas en el suelo, lo único fuera de lugar en la sala. Todo lo demás permanecía intacto, sin la menor huella del horror sucedido a su dueña. Dejó el maletín sobre el sofá y se arrodilló para recoger con mimo la figura anfibia que había aumentado su tamaño al doble.

—Mi pequeño recolector ya está lleno— dijo, mientras lo colocaba en el mullido asiento forrado de terciopelo rojo, junto al maletín. Lo abrió, dentro reposaban cada uno en su correspondiente compartimento, un sapo verde y otro verde amarillento, casi tan grande como el de color negro que depositaba junto a ellos, en el tercer cubículo— Vida robada para alargar la mía— masculló bajando los cierres de la valija, orgulloso de su infernal destreza y de la efectividad de sus artilugios. El creador de las trampas abandonó la casa, con la seguridad que otorgaba no haber sido descubierto jamás.



Timeless[25]

Por Olga Besolí

Ilustrador: Nate is Late/ Loic Z Zimmermann (Francia)

ivimos en un mundo cambiante. No en su concepción más metafísica o filosófica, sino en su expresión más real y física. Este planeta se ha convertido en un lugar inestable al que no hay forma humana de adaptarse. «No te arraigues demasiado a tu pasado, pues este puede dejar de ser. No hagas planes de futuro, porque no sabes si lo tienes». Este es el lema con el que convivimos.

Los grandes proyectos de esta sociedad, si es que alguna vez los hubo, se han extinguido. Vivimos a corto plazo y nos limitamos a esperar terminar cada nuevo día sin sufrir cambios demasiado drásticos en nuestro entorno, con el miedo metido en el cuerpo, angustiados por si deja de existir la escuela donde estudian nuestros hijos o por si desaparecen nuestros propios hijos.

Imaginaos la incertidumbre con la que cohabitamos en este mundo en el que, en menos de lo que dura un pestañeo, toda tu familia, incluido tú, podéis desvaneceros en el aire. Uno puede despertar una mañana y notar cómo le falta algún miembro a su cuerpo. Intuirá levemente que antes lo tenía pero, inmediatamente, en su cerebro aflorará un nuevo recuerdo, el recuerdo de cuando lo perdió, quizás hace mucho tiempo, siendo todavía un niño.

[25] Publicado en Ezine Surcando Ediciona.

Es por culpa del tiempo. Por la rotura del continuo espacio-tiempo. O mejor dicho, por culpa de los viajes en el tiempo. Pero empezaré mi relato por el principio, aunque este no corresponda exactamente al pasado, sino al futuro.

Podría comenzar contando en qué año estamos pero eso ahora es relativo así que, para hacerlo más sencillo, voy a prescindir de las fechas. Es suficiente con decir que, si nada cambia a partir de este momento (cosa improbable, pues los viajeros temporales siguen aterrizando por antes y por después indiscriminadamente, interfiriendo en el entorno y provocando continuas variaciones) dentro de unos siglos se inventará un dispositivo que permite el traslado de la materia a través del tejido espacio-temporal. De hecho, el dispositivo ya está en marcha.

Hoy en día existen multitud de sucursales de agencias de viajes temporales, traídas desde el futuro. Si no, los turistas del futuro no podrían regresar de sus vacaciones al pasado. Aunque, con lo cambiante que está todo, es probable que el time transporter se invente hoy mismo o quizás mañana y, con eso, cambie el transcurso de los hechos venideros. O puede que nada de todo esto llegue a suceder nunca si alguien lo evita. En ese último caso, yo no estaré ni aquí ni entonces para verlo. Yo no podré existir.

Pero volvamos al inicio. El transportador espacio-temporal conocido como time transporter fue creado inicialmente en el futuro por un laboratorio científico anexado a una base militar de Canadá cuyas primeras pruebas experimentales provocaron una serie de sucesos catastróficos inexplicables, como la reaparición de enfermedades antiguamente erradicadas, entre ellas la peste negra y la viruela. Su uso futuro como arma militar cambia completamente el curso de la historia «para realizar los ajustes sociales necesarios en beneficio del planeta» anunciarán ellos, en una pública y burda mentira.

Sé a ciencia cierta que eso sucederá porque, de momento, nadie se ha preocupado por cambiar ese futuro. Si a alguien le hubiese interesado salvar de la plaga de viruela al millón y medio de personas que morirán, hubiera viajado en el tiempo para evitar que se produjera el brote. Y nunca habríamos oído hablar de él.

No debemos olvidar que el futuro trae consecuencias al pasado. Sabemos que en cada viaje realizado en el tiempo se producen cambios involuntarios e incontrolados pero inevitables. Y,

aunque es imposible saber qué ha dejado de existir, sí sucede que el pasado conocido deja de ser para dar paso a un nuevo pasado modificado. Y cuando se altera el pasado, automáticamente, el presente de desdibuja y el futuro se transforma en un proceso llamado paradoja temporal.

Si yo me trasladase a la época en que vivía la abuela de tu madre y la matase, tú dejarías de existir y tus amigos actuales no se acordarían de que una vez, en un tiempo que ya no va a suceder, te conocieron. Tú nunca habrás existido para ellos. Así de simple y así de peligroso.

Y así de incierta es nuestra existencia desde que se creó la compañía Timeling, o mejor dicho, se creará en un futuro. Si robó los planos del time transporter a los militares, o si los consiguió a golpe de talón, es un misterio. Pero es, ha sido y será la empresa que ha comercializado los viajes temporales por todo el mundo, abriendo sucursales en todas las épocas y lugares del planeta.

Timeling se inició como una empresa de élite, fundada para servir y dar rienda suelta a los gustos exquisitos de los clientes más selectos y pudientes. Contaba con fuertes, pero insatisfactorias, medidas de seguridad para impedir que los viajeros interfirieran en las épocas a las que viajaban, cambiando su futuro. ¡Qué tontería! Los grandes magnates que podían pagar el astronómico precio de su billete aprovecharon, por supuesto, para visitarse a ellos mismos y revelarse secretos futuros que aumentarían y mejorarían las finanzas y la calidad de vida propia y de los suyos. ¿Si pudieras contarte a ti mismo qué número de lotería saldrá ganador estas navidades, no lo harías? No contestes. Sé la respuesta.

Timeling abrió agencias en los mejores lugares y épocas del planeta, destino de su glamurosa y exigente lista de clientes. El Egipto de los Faraones, el Jerusalén de Jesucristo, la Gran Bretaña del Rey Arturo, el Caribe de la piratería, la Roma de Julio Cesar, el Estados Unidos presidido por George Washington y la China de las grandes dinastías eran algunos de sus destinos más solicitados.

Pero pronto el espionaje industrial hizo que otras compañías mandaran construir copias del transportador temporal original y se lanzaran en una despiadada competencia. Los viajes en el tiempo bajaron el nivel a clase turista, con precios asequibles para todo tipo de veraneantes.

Fue en ese punto del futuro cuando verdaderamente el mundo entró en este vertiginoso y cambiante círculo infernal. Los viajeros, cada vez más descuidados y menos preocupados por las consecuencias de sus acciones, empezaron a interrumpir y modificar todo cuanto les rodeaba. Por su lado, las agencias de viajes, aferrándose a un vacío legal, se desentendían de toda culpa.

Ahora el mundo está plagado de miles de agencias temporales en todos los lugares y épocas posibles, por muy lejanas y peligrosas que éstas sean. Imaginad lo que significa eso. Imaginad millones de pasajeros inexpertos de todos los tiempos viajando a través de la historia, cambiando los hechos sucedidos y por suceder en cada ida y venida.

Sé que las agencias de viajes temporales existen desde siempre, pero solo a partir del momento en que las empresas del futuro decidieron implantarlas atrás en el tiempo. Antes de ocurrir este futuro, ese pasado no existía.

No lo sé porque haya visitado el pasado o el futuro. No lo he hecho nunca, al menos, que yo recuerde. Estoy en contra de los viajes en el tiempo. Todo lo que conozco me lo contó mi madre antes de morir. Ella estará allí para ver el time transporter inicial de Timeling con sus propios ojos. Ella, hija de un gran magnate de la empresa acuífera más importante del mundo, se subirá a él con su equipaje de mano, mucha ilusión y una guía turística del siglo XXI.

Sí, soy un hijo del tiempo, de padre coetáneo y madre futura. Soy un engendro, una paradoja temporal viviente. Nosotros, los llamados timeless, los sin tiempo, somos el recuerdo del sinsentido que provocará nuestro futuro sobre nuestro pasado por culpa de los viajes en el tiempo.

Pero incluso esto está cambiando. Antes los timeless como yo gozábamos de pasaporte temporal infinito y teníamos inmunidad diplomática: éramos considerados un capricho del destino. Pero ahora, con el nuevo gobierno al cargo, se ha decretado el exterminio de nuestra existencia, tachada, de la noche a la mañana, de monstruosa. El sistema nos condena a muerte de la forma más fácil.

Será el presidente en persona quien iniciará mañana mismo su viaje oficial al futuro con destino a esa base militar de Canadá, para convencer a sus altos cargos de que destruyan hasta el último boceto del time transporter, y así evitar que caiga en manos comerciales de empresas

como Timeling. Si tiene éxito en su empresa, los viajes en el tiempo nunca habrán existido a nivel masivo y yo, y los que son como yo, dejaremos de existir de inmediato.

Pero eso no va a ocurrir si puedo evitarlo. Acabo de comprarme un billete con escala al pasado. Mi primer viaje temporal. Voy a visitar dos épocas y lugares distintos. La primera es para encontrar a una mujer llamada Avelyn, cuya hija Jeanet tendrá un niño llamado Ted. Voy a matarla para evitar que su nieto llegue a presidente. Soy un activista en contra de los viajes en el tiempo, pero si tengo que elegir entre mi vida o la suya, escojo la mía.

La siguiente parada de mi viaje será en mi propia niñez, para decirle a mi madre que ya no quiero que me regale ese fin de semana con dinosaurios por mi cumpleaños, que no acuda a la oficina de Pastravels de enfrente de casa justo en el momento en que ese integrista temporal se inmolará creando la destrucción y el horror.

Así pretendo compensar la muerte con la vida. Eso si ningún acontecimiento pasado, presente o futuro me lo impide. En este mundo cambiante nunca se sabe.

Tres flechas de hueso[26]

Por Juan Ángel Laguna Edroso

Ilustrador: Apocalypse of Lucifer/ Ali Kiani Amin (Irán)

hydderch no siempre había sido rey. Su padre había muerto sin haberlo visto caminar y su tío, el líder del clan, había perdido todas las posesiones familiares cuando, trece años más tarde, un saqueador vikingo hendió su cabeza de un hachazo. Desde aquel momento, cuando todavía era un adolescente que no había terminado de crecer, Rhydderch había tomado las riendas de su destino y se había dedicado a recuperar la que consideraba su herencia al tiempo que se hacía con otros territorios. En menos de diez años había agrupado bajo su autoridad un pequeño reino del que era monarca indiscutible, aunque con frecuencia había tenido que recordar a sus adversarios que su juventud no era una debilidad, sino una fortaleza que le brindaba las fuerzas que su voluntad de hierro exigía.

Sí, Rhydderch había aprendido a confiar en la fuerza. Por eso, cuando el adivino le dijo que aquel joven escuálido bebería de la copa de los reyes, no pudo evitar estallar en carcajadas.

—¿Quién eres y qué es lo que deseas de mí, muchacho? —le espetó cuando el coro de risas de sus guerreros y cortesanos se fue apagando.

[26] Publicada originalmente en Descubriendo Nuevos Mundos II

—Mi nombre es Mabon —respondió este con más aplomo del que hubiera esperado nadie en el abarrotado salón— y deseo que me nombres jefe de tus batidores.

Ante aquellas palabras, una nueva oleada de risas y chanzas se extendió por la concurrencia. Solo cuatro personas guardaron silencio: el propio Mabon, que parecía poco más que un niño con su rostro pecoso y sus greñas pelirrojas, el adivino, inescrutable bajo su capucha de piel de lobo, el rey Rhydderch, que recordaba con una media sonrisa melancólica a otro joven que años atrás había mostrado la misma impertinencia, y, finalmente, Caratawc, el actual jefe de batidores, quien, lívido de rabia, chilló:

—Esta noche, en este salón, eres huésped de mi señor, y solo por eso respetaré tu vida. Pero guárdate bien las espaldas, porque si nuestros caminos se vuelven a cruzar, no seré tan paciente...

Rhydderch escrutó al muchacho en busca de una reacción. Caratawc era una bestia parda de cuatro codos de altura y diez piedras de peso. Podría haber descuartizado al pelirrojo con sus propias manos en aquel mismo momento, pero el monarca sabía que no osaría: nadie se atrevía a insultar su hospitalidad. Había torturado a algunos de sus sirvientes por mucho menos. No obstante, se preguntaba hasta qué punto confiaba Mabon en ello, así que lo incitó a hablar:

—¿No tienes nada que decir?

Pronto, la curiosidad del monarca se extendió al resto de los presentes. Eran, en su mayoría, rudos hombres de guerra. Estaban acostumbrados a la violencia y la tensión, y les agradaban las pugnas de cualquier tipo. Si no hubieran estado en torno a la mesa de su señor, bajo los estandartes raídos que mostraban sus armas y las que este había derrotado, incluso hubieran intercambiado apuestas sobre el desenlace de aquella disputa. Por cortesía, no obstante, se tuvieron que limitar a estallar en gritos, pullas y chanzas cuando el muchacho meneó la cabeza en una negativa y salió del amplio salón en silencio.

El resto de la noche, Caratawc bebió y comió como un ogro, sintiéndose reafirmado en su cargo. Ser el jefe de batidores de Rhydderch era a lo más que aspiraba en la vida: poder participar en las cacerías, compartir la mesa de su señor, disfrutar de bocados selectos en los banquetes...

Fue también a lo más alto que llegó: tres días después apareció ahorcado de una viga en la perrera de Rhydderch, donde dormía con frecuencia entre los mastines de su señor. Su cuerpo se balanceaba como un mal presagio entre los ladridos de los perros.

Al día siguiente, Rhydderch se encaminaba bajo una leve llovizna hacia su mansión, una de las pocas construcciones de piedra del poblado. Iba tan ensimismado en sus pensamientos —lamentaba profundamente haber sacrificado a dos de sus mastines para que los enterraran junto a Caratawc, pues los había querido más que a aquel hombre, pero se había visto obligado a honrar su rango y apaciguar las malas lenguas— que al principio no reparó en el bulto oscuro que aguardaba, a la intemperie, junto a la puerta. Solo cuando un mechón pelirrojo escapó de debajo de la capucha de lana se dio cuenta de que alguien lo esperaba y, al mismo tiempo, reparó en quién era este.

—¿Qué demonios quieres ahora, Mabon?

El joven se sonrió al constatar que el rey recordaba su nombre.

—Deseo que me nombres jefe de tus batidores —repitió el muchacho la petición de días atrás.

La sonrisa que se dibujó en el rostro del monarca era cruel, destilaba peligro. Con el semblante endurecido tras el enterramiento de Caratawc, impasible bajo la lluvia, Rydderch resultaba mayestático y aterrador. Era un hombre cuya voluntad se hacía respetar. Pero, de algún modo, el joven no se amedrentaba frente a él, y eso le gustaba.

—¿Cuál es la verdad sobre la muerte de Caratawc? —le exigió.

—Que apareció ahorcado entre los perros.

—Todos oímos cómo te amenazaba bajo mi propio techo —repuso.

—Sí, todos lo oímos.

—La gente murmura —aventuró una vez más.

Mabon asintió en silencio.

—Ocultas cosas, muchacho: yo lo sé y tú sabes que lo sé.

El joven asintió de nuevo, y añadió:

—Es parte de mi trabajo, rey Rydderch.

—Ahora tu trabajo es organizar mis cacerías y ocuparte de mis perros —dijo. Luego añadió—: No me asusta tener una víbora en mi corte. Su veneno y su discreción siempre me pueden ser útiles.

—Entonces es que eres un gran monarca.

—Morrigan se encargará de juzgarlo —replicó—. En cuanto a ti, ¿eres un buen cazador o solo un muchacho impertinente?

—No hay mejor cazador en toda Britania: ninguna presa es capaz de burlarme.

—Bien —repuso el rey—. Te brindaré la oportunidad de demostrarlo.

»Doce millas al norte, en las estribaciones de los peñascos de Cwyan, habita un oso cavernario que ha probado la carne de los hombres. Su pelaje es de un gris de tormenta y, desde que bebió de la sangre de los nuestros, siembra el terror en la comarca.

»Abátelo.

»Puedes llevarte a mis mastines contigo. Dado que ninguno de mis batidores va a querer seguirte, te harán buena falta.»

Mabon se puso en pie y, sin despedirse siquiera, se encaminó directamente hacia el norte. Y así, mientras se alejaba bajo la lluvia, dijo:

—No necesito ni a unos ni a otros para acabar con ese oso.

Rydderch se sonrió de nuevo ante la insolencia de aquel muchacho. Sin embargo, había empezado a mirarlo con otros ojos.

Tres semanas más tarde, cuando las nieves tempranas del invierno empezaban a posarse sobre la región, un grupo de chiquillos entró entre gritos y exclamaciones entrecortadas de pura emoción en el salón de los guerreros. Su algarabía se transformó en expectación en sus mayores, pues ninguno de ellos iba a rebajar su dignidad e ir a mirar qué demonios era lo que ocurría. Sobre todo su rey tuvo que aguantar la incertidumbre, sentado en su trono de madera tallada, mientras el revuelo crecía y se aproximaba. Solo cuando el joven Mabon entró en la estancia, cubierto de nieve pero bien abrigado por una gruesa piel de oso del color del cielo durante las tormentas, pudo disfrutar de los privilegios de su rango.

—Ven a mi lado, muchacho —exigió al recién llegado, pues deseaba escuchar la historia de primera mano y en primer lugar; este se aproximó hasta el trono, junto al cual crepitaba un buen fuego y había viandas suficientes para satisfacer cualquier deseo—. Acércate aquí y bebe de mi copa —añadió al ver que el joven tenía el rostro marcado de arañazos, sangre seca en las mejillas y los labios entumecidos de frío—: un buen trago de hidromiel te templará el cuerpo.

Mabon, sin articular palabra, avanzó hasta situarse junto al rey, tomó su copa y la vació de un largo trago bajo la mirada interrogante del adivino. Rydderch ni siquiera se dio cuenta de aquel escrutinio: solo tenía ojos para la piel del oso, y no era para menos. A juzgar por su tamaño, el animal debía de haber sido descomunal, un auténtico titán dentro de una especie ya de por sí grandiosa.

—¿Cómo has podido dar caza tú solo a una criatura como esta sin haber esperado siquiera a que se sumiera en el sueño del invierno?

Mabon dejó la copa sobre la mesa y, acto seguido, se desembarazó de la piel. Extendida sobre el tablero parecía todavía mayor. Ni los más ancianos recordaban haber visto una pieza de tal categoría. Impresionados, incluso los batidores que más leales se habían mostrado al difunto Caratawc se acercaban ahora al joven con patente respeto y admiración.

—Rey Rydderch, mi padre me lo enseñó cuando era apenas un chiquillo y nunca lo he olvidado: no hay presa tan poderosa ni letal que no pueda ser vencida si se dispone del tiempo

suficiente. Solo hay que observar, aprender a conocerla, familiarizarse con sus dominios y esperar el momento adecuado.

El monarca asintió, meditabundo, y tras un instante de pesado silencio repuso:

—Yo no tuve un padre que me enseñara lecciones como esa, joven Mabon; sin duda, te legó un tesoro.

El pelirrojo negó con la cabeza.

—Mi padre me enseñó un oficio: el de cazador; nada más. Todos los padres guían los pasos de sus hijos, a veces sin saberlo.

Rydderch pidió con gestos más hidromiel y le tendió de nuevo su copa al muchacho.

—Eres un gran cazador, Mabon. Me alegra tenerte como jefe de mis batidores. Estoy seguro de que, a tu lado, aprenderé muchas cosas.

El aludido asintió, complacido, y desde aquel día compartió la mesa de Rydderch. Su reino tal vez no fuera el mayor de Britania, pero en ella nunca faltaban buenas piezas de carne ni cerveza e hidromiel en abundancia, y a su alrededor se desgranaron, cada vez con más frecuencia, anécdotas de caza. Si durante años el rey había encontrado la emoción de la vida en la batalla, a partir de aquel invierno fue otra pasión la que llenó sus días.

Durante meses, Mabon mostró al monarca los secretos de la cacería. Empezaron por abatir majestuosos megaceros: las cornamentas de aquellos nobles animales suscitaban la codicia del rey y perseguirlos por las planicies en su carro de guerra hacía vibrar la sangre en sus venas. Rydderch había tenido predilección desde niño por la espada, pero en aquellos primeros días junto al pelirrojo se reconcilió con la jabalina.

También llegó a apreciar la lanza cuando disfrutó del latigazo de la adrenalina al ensartar a un homoterio en pleno salto. Jamás había sentido algo igual a la mezcla de pavor y poder que le suscitaba ver a esos poderosos felinos abalanzarse sobre él y caer después empalados en el asta. Ni siquiera los musculosos jabalíes se podían comparar a aquellos elegantes depredadores de

largos dientes y piel moteada. En unos meses, una veintena de sus colmillos adornaron el respaldo de su trono para admiración de cortesanos y satisfacción de su propia vanidad.

Con el arco, sin embargo, no se congració nunca: como muchos otros guerreros celtas, consideraba aquella herramienta un arma de cobardes. Para él el combate, la vida y la muerte, era algo íntimo que requería el contacto directo de los contendientes. Por eso, también, prefería dar caza a grandes animales: osos, leones cavernarios, ciervos, incluso hienas. Entendía los desafíos de derribar aves y atrapar pequeños mamíferos, de adiestrar hurones para que limpien de víboras las casas y a halcones para que purguen los campos de roedores, pero él solo tenía ojos para lo grande: fuera acechando en la espesura u hostigando con ayuda de una jauría, el objetivo final había de ser acorde a su propia escala y dignidad. En ese aspecto, las enseñanzas de Mabon cayeron siempre en saco roto.

—No deberías perder el tiempo con ese arco —se burlaba de él olvidando quién era el maestro en la caza—. Dáselo a algún niño o a alguna jovencita para que jueguen, Mabon.

El pelirrojo acariciaba la pulida madera de tejo, el intrincado y estilizado diseño vegetal que embellecía sus palas, y suspiraba.

—No hay arma mejor que esta en el mundo, rey Rydderch. Gracias a ella nuestro padre pudo traer siempre algo de comer al hogar. Según decía, ningún animal podría resistirse a la potencia de sus disparos.

—Hay animales cuya piel es tan dura que ninguna flecha puede perforarla. Los vi en un viaje a las tierras del este: son grandes como mi propia morada y tienen cuernos en la boca con los que pueden quebrar el espinazo a un caballo de guerra.

—Mi padre conocía a esos animales. Por eso fabricó tres flechas de hueso tan aguzadas que ninguna coraza podría detenerlas; de una sola pieza, pulidas como aguijones.

Rydderch meneó la cabeza.

—Ningún arma es infalible, Mabon. Recuerda lo que te digo: la auténtica arma es el brazo que la empuña y la voluntad que dirige este.

El joven pelirrojo asintió. No tenía nada que discutir al respecto.

Así pasó todo el invierno y buena parte de la primavera. Mabon y Rydderch aprendieron a conocerse y este se sorprendió un día al ver cuánto aprecio había tomado a aquel joven nervudo y taciturno. Aunque ya frisaba la treintena, el rey nunca había llegado a desposarse y no tenía herederos; era por eso, se dijo, y solo por eso por lo que había llegado a pensar en Mabon como en un hijo, alguien con la fuerza suficiente para llevar a término lo que él mismo había empezado en su juventud. Habían pasado los años y, además de entender el poder de la fuerza, Rydderch comenzaba a prestar atención a la sabiduría de las estaciones: labrar, sembrar, cosechar... Reyes y labriegos, se decía, no se diferencian tanto unos de otros.

Ocurrió algo entonces que, a los ojos del monarca, le permitiría hacer público su aprecio por el muchacho: una terrible criatura llegó a la región y sembró el pánico en los dominios de Rydderch. Quienes sobrevivían a sus ataques hablaban de un ser que se alzaba sobre dos patas, más alto que cualquier hombre, con unas fauces afiladas como un cepo y unas garras propias de un águila. Las heridas que encontraban en sus mutiladas víctimas nada tenían que ver ni con los poderosos mordiscos de las hienas ni con los letales zarpazos de los osos. Aquel monstruo no era de aquella tierra.

Como cabía esperar, los detractores del rey Rydderch comenzaron a murmurar que todo aquello ocurría por culpa del monarca, por su falta de respeto por las tradiciones, por su insincera devoción a los dioses y por su pasión desmedida por la caza. Sus enemigos habían aprendido que no era buena estrategia oponerse frontalmente al rey guerrero y optaban por minar su imagen. Y este, loco de ira, rabiaba por no tener al alcance de su mano a un rival a quien estrangular. Por eso, no le resultó difícil prestar oídos a Mabon, quien rara vez opinaba en asuntos de estado.

—Rey Rydderch, ¿por qué pierdes energías aquí como un león enjaulado? Vayamos tras ese monstruo, solos tú y yo, y demostremos quién es quien protege sus tierras y sus vidas. ¿A quién escucharán tus súbditos cuando volvamos con la cabeza de la bestia, a los murmuradores o a quien se enfrentó al monstruo sin necesitar ayuda de ningún tipo?

—Si vais vosotros dos solos —intervino el adivino—, uno solo volverá con vida: así me ha sido revelado en sueños por los muertos inquietos.

—Yo no tengo miedo a la muerte —lo atajó Mabon.

Rydderch se puso en pie y tomó al muchacho con fuerza por los hombros. En sus ojos brillaba un orgullo feroz. Esa misma mañana se pusieron en marcha hacia donde había sido avistado por última vez el feroz animal.

Aquel invierno de interminables expediciones de caza había cimentado una complicidad sin igual entre los dos hombres. Como uno solo se movían por la espesura, en busca de trazas y rastros de la bestia. Una rama quebrada, un arañazo en la roca, una impronta en el fango... cualquier pista servía para enderezar sus pasos, para conducirlos en la dirección adecuada. Esa misma tarde encontraron el cubil del monstruo; y en él, cuerdas y un lecho de paja. En torno a este, las pisadas de unas garras de tres uñas y espolón se hundían profundamente en el barro: la bestia debía de pesar por lo menos como dos hombres.

—No se trata de un animal extraviado —repuso Mabon mientras examinaba la cueva que habían habilitado para albergarlo— y no anda lejos de aquí.

Rydderch asintió.

—Quizás hayan sido unos comerciantes de Connach; a veces van a comprar animales a los pictos. Es posible que se hayan visto obligados a acostar en estas tierras y hayan perdido el control de la bestia.

Rydderch sacudió la cabeza en una negativa.

—No, muchacho: quien haya traído aquí a esta criatura lo ha hecho para desacreditarme, para buscar mi ruina. —Mabon lo miró fijamente a los ojos—. Es por eso —continuó el monarca— que he de darle caza yo solo. Vuelve a casa y diles a todos que su rey se ocupará del monstruo.

El joven dudó.

—Déjame acompañarte —pidió.

—Cuando Caratawc te amenazó —negó alzando la mano para evitar que interviniera— hiciste lo que tenías que hacer, Mabon. Ahora es momento de que yo haga lo propio: iré a buscar a esta criatura sanguinaria solo.

Solo. Así se encontraba Rydderch cuando por fin avistó a la bestia. Había podido sorprenderla mientras despojaba la carcasa de una res, en una granja perdida entre peñascos no muy lejos del cubil. Era un animal formidable: medía sus buenos siete codos y la cabeza, que recordaba a la de los buitres, estaba dotada de un impresionante pico que sajaba la carne del buey con una facilidad aterradora. Tenía unas alas muy cortas, apenas unos muñones a la altura del pecho, pero sus patas eran largas y poderosas, como correosas ramas de roble coronadas de afiladas uñas. Un solo golpe de aquellos espolones hubiera atravesado su coraza, así que el rey se despojó de ella para tener mayor libertad de movimientos. Y así, con el pecho cubierto de tatuajes azules al descubierto, se lanzó a por su presa.

Rydderch había aprendido lo suficiente de Mabon como para saber que la criatura no estaba habituada a los olores de la zona. Gracias a ello había podido acercarse tanto. Gracias a ello había podido sorprenderla y lanzarle su venablo antes de que se girase. La jabalina impactó en el torso del animal y se hincó entre las densas plumas. Por el brutal alarido que le arrancó supo que lo había herido de gravedad, y que no pararía hasta vengarse.

Abrió bien las piernas, para afianzarse en el terreno, y empuñó la lanza con ambas manos dispuesto a soportar la embestida. El ave recorrió en pocas zancadas la distancia que los separaba, saltó sobre él y, como había previsto el cazador, se empaló en el arma, pero su peso era muy superior al de cualquier homoterio y quebró el asta. Rydderch perdió pie y rodó por el fango y las piedras sintiendo, de cuando en cuando, la punzada de las uñas del animal. Gruñendo como una bestia, se debatió contra el pesado cuerpo y, cuando ganó un poco de espacio, desenvainó el cuchillo y se arrojó de nuevo sobre su presa. Esta lanzó un picotazo que quedó encallado en el brazo izquierdo del monarca —su brazalete de bronce evitó que se lo desgajara— y este, sin

perder un momento, clavó una y otra vez, como un aguijón de hierro, su cuchillo en la desprotegida garganta. Tras unos segundos de agónica lucha, la criatura expiró.

Rydderch se alzó ebrio de muerte. A sus pies yacía la más impresionante pieza que se hubiera cobrado nunca. Henchido de orgullo, un grito de triunfo salió de su pecho ensangrentado y llenó el páramo. Había vencido. Se había impuesto a su presa.

Alzó los brazos, con el cuchillo todavía en la diestra y el brazalete destrozado en la siniestra, y giró sobre sí mismo para contemplar sus dominios. Entonces lo vio.

Mabon aguardaba sobre un peñasco cercano, con el arco encordado y los ojos fijos en él, silencioso y sereno. De inmediato, el rey se sintió agradecido porque el joven no lo hubiera dejado solo y satisfecho porque, aun así, no hubiera disparado al animal durante el combate.

—Hijo mío —le dijo sin darse cuenta muy bien de lo que decía—, lo he derrotado ¡yo solo!

Entonces un silbido cruzó la quietud del páramo y una flecha de hueso atravesó limpiamente la pierna del rey. Confuso, este miró hacia su extremidad herida, que se doblaba contra su voluntad, y luego hacia Mabon. Al instante, una segunda flecha atravesó su torso.

—¿Por qué...? —principió a preguntar, pero una última saeta atravesó su cabeza y lo sumió en las tinieblas del otro mundo.

El rey Rydderch cayó muerto al suelo. Solo.

El joven pelirrojo se arrodilló junto a su presa. Esta había sido un hombre poderoso, letal, pero, como le había explicado su padre hacía tiempo, cuando era un hombre libre cuyas posesiones no habían llamado la atención de ningún monarca, eso no era algo que pudiera detener a un buen cazador. Solo había necesitado tiempo, conocer bien a su objetivo y sus dominios.

Esperar el momento adecuado.

Unas lágrimas afloraron a los ojos de Mabon y una plegaria a sus labios. Los padres, murmuró, guían los pasos de sus hijos.

Aunque a veces ni siquiera ellos mismos sean conscientes.

WOLFGANG

Una mirada, un libro y un trozo de tarta

Por Víctor M. Valenzuela

Ilustrador: ED02/ Phoc Quan (República Democrática de Vietnam)

na mujer madura pero muy atractiva, a pesar de los años, está sentada sola en un viejo café que narra multitud de historias pasadas en cada pequeño detalle. Mesas blancas de mármol por las que han pasado amores, odios, alegrías y traiciones. Espejos que han reflejado semblantes que han ido marchitándose con el paso de los años. Maderas nobles talladas por un olvidado artesano donde infinidad de manos al posarse han sentido el sensual toque de la superficie pulida bajo incontables capas de barniz.

Permanece ajena al bullicio del local, concentrada en un libro de aspecto antiguo posado ante ella. Una taza de café ya frio y un pedazo de tarta de tiramisú comparten la mesa. En ocasiones pasa una página, despacio casi con reverencia, luego desvía la mirada del gastado tomo fijándose en el enorme reloj de la pared. Es un antiguo ingenio de bronce que recuerda las estaciones de tren de la época victoriana. Le gusta pensar que la maquinaria es autentica, aunque sabe que las entrañas del vetusto reloj han sido substituidas varias veces a lo largo de la existencia

de antiguo café. Al ver la hora su rostro se ilumina como si todo su ser se desprendiese repentinamente de años biológicos, recuerdos atormentados y conocimientos turbadores.

Un hombre también maduro entra puntualmente, como casi todos los días, dirigiéndose a la barra. Es alto y anda con paso firme, parece más joven al vestirse con ropas intemporales. Saluda al camarero que le sirve un café humeante en una pequeña taza de porcelana blanca. Toma un sorbo y de alguna manera que no consigue comprender su vista es atraída irremediablemente hacia los ojos de la mujer. Son grandes, de color negro intenso, profundos e inquisitivos. De forma instintiva, sabe que es la mirada que ha estado buscando sin éxito en todas las mujeres que ha conocido a lo largo de su tumultuosa vida. Le atrapan como el pozo de gravedad de un gigante gaseoso captura un cometa errante. Inmediatamente su mirada se desvía hacia el libro y finalmente se posa en el pedazo de tarta. Su mente se congela súbitamente, el tiempo se paraliza como al borde de un horizonte de sucesos, posteriormente se acelera y rebota haciendo que su mundo explote como una supernova.

Miles de recuerdos empiezan a aflorar a su mente, nunca estuvieron allí, pero son suyos. Habilidades ignoradas florecen y encajan como piezas de un intrincado rompecabezas. Mirian le lanza una sonrisa cómplice desde la mesa mientras dirige la operación con delicadeza y precisión como un artista culminando una obra hace años iniciada. Álvaro se dirige tambaleante hacia ella que se levanta saltando ágilmente a sus brazos abiertos, cuando sus labios finalmente se encuentran virus transgénicos pasan de ella a su organismo y empiezan lenta y concienzudamente a remapear secuencias de ADN.

—He tardado treinta años locales en encontrarte —suspira ella a su oído.

—Todo seria mucho más fácil si yo no me olvidara de todo en cada transición.

—La tecnología del impulso quántico solo tiene la capacidad de transmitir una personalidad activa y otra pasiva con una secuencia de activación visual concreta.

—Una mirada, un libro y un trozo de tarta… —murmura él después de rebuscar entre sus nuevos recuerdos —Eres una romántica incorregible.

—Fue la primera vez que me dijiste que me amabas —susurra abrazándole aún más fuerte.

— ¿Cuánto tiempo ha pasado de eso? —pregunta Álvaro sin estar seguro de querer saber la respuesta.

—Quinientos veinticinco años subjetivos y 9 transiciones.

— ¿Crees que en este hilo del multiverso nos escucharan?

—No, en este no lo harán. Se extinguirán irremediablemente, el ecosistema está al borde del colapso y no hacen absolutamente nada por impedirlo. Son tan estúpidos que le han puesto precio a la vida. Hace tiempo que he abandonado, solo te he estado buscando —dice ella con una mezcla de resignación y rabia.

—Lo has tenido que hacer sola esta vez, no he podido ayudarte —comenta él apenado.

—Normalmente el impulso quántico cristaliza en la mente del hospedero, luego solo tengo que encontrarte, realizar tu secuencia de activación y trasferir tus recuerdos. Sembramos las simientes memeticas de conservación de la biosfera. Creamos los virus que rediseñan nuestros cuerpos y nos traspasamos a otro plano de realidad. En este continuo no conseguía encontrarte y tuve que rastrearte durante años.

—Pero aquí algo ha fallado.

—Esta es la más estúpida de las realidades que hemos visitado, están solo un poco por encima del nivel empático mínimo necesario para que una civilización prospere. Eso ha alterado el equilibrio de la espuma quántica y ha desviado nuestros cálculos —recita ella, como si llevara largo tiempo esperando la pregunta.

— ¿De verdad no podemos hacer nada?

—Llevo décadas intentándolo, he sembrado conciencias por todo el planeta. He estado detrás de todos los movimientos, de todas y cada una de las reivindicaciones a favor del medio ambiente. He llegado a salir de las sombras e involucrarme activamente, cosa que jamás hicimos en ninguna otra instancia humana. No ha servido de nada, los gobernantes hacen oídos sordos, la población es en su mayor parte indiferente y los poderes económicos gastan fortunas en desviar la atención en campañas de marketing cuidadosamente diseñadas.

—Pero desaparecerán en este plano y eso reverberará por el entramado del espacio tiempo, la distorsión será terrible —comenta Álvaro después de una larga pausa, un musculo palpita en su mandíbula y una lágrima surca su mejilla.

—Yo ya no tengo lágrimas, estoy agotada —murmura ella con pena —. Nos vamos.

En una mesa próxima, una mujer observa a la pareja besarse apasionadamente haciendo que su mente oscile entre la ternura y la opinión de que la gente mayor ya no debería besarse así. Luego ve con asombro como los dos se desploman sobre el pulido suelo del viejo café. Al día siguiente el periódico local publica una escueta nota en la que informa que dos personas han tenido un ataque simultáneo al corazón y han muerto mientras se besaban. En otra página informan que la corriente del golfo se ha desviado tres grados, pero garantizan que no va a tener consecuencias en el clima.

THOMASWIEVEGG.COM

Voluntad bajo cero[27]

Por Darío Vilas Couselo

Ilustrador: Oxidated oblivion/ Thomas Wievegg (Suiza)

I

na mala noche, recibí imágenes perturbadoras; desprendían un frío tan intenso que parecía poder respirarse, congelándote las fosas nasales. Durante toda su duración sólo se pudo escuchar un único sonido: el prolongado aullido de un animal atrapado. Al final, sobre el clásico fundido en negro, apareció un rótulo con la típica advertencia que suele acompañar a esta clase de vídeos en cadena. "Reenvíalo a veinte personas o la maldición caerá sobre ti. No les adviertas de lo que les espera al verlo, o lo pagarás igualmente".

Me reí, medio avergonzado por haberme dejado acongojar por algo tan pueril, pero en el fondo me provocó tal angustia que pasé la noche soñando con esas visiones, y al levantarme corrí al ordenador. Me lamenté de no tener más que dieciocho personas en mi lista de contactos, pero lo solucioné añadiendo dos cuentas de correo inventadas, mezclando nombres y apellidos comunes, que resultaron estar activas. Lo curioso es que me pesó hacer llegar el vídeo a esas personas desconocidas. En el fondo creo que sabía que mis escasos amigos merecían estar más expuestos a una maldición que todos aquellos anónimos; al menos estos conservaban el beneficio de la duda sobre su inocencia.

[27] Publicado en la antología Piezas desequilibradas (editorial 23 Escalones)

—¿Puedes quedarte hoy en casa? —me preguntó mi mujer esa misma mañana.

—Sí, puedo.

Soy comercial autónomo, trabajo vendiendo artículos de papelería al por mayor, sobre todo para librerías y pequeños kioscos, aunque si me encuentro especialmente valiente a veces me atrevo a ofrecer material de oficina a algunas empresas de cierto renombre. Esas ocasiones son las que menos, por lo general prefiero el trato directo y personal que se establece con el pequeño comerciante. Las empresas reciben decenas de vendedores a la semana, dispuestos a luchar con el cuchillo entre los dientes para que escojan sus productos. La pelea no es lo mío, prefiero utilizar la cordialidad primero y la confianza del trato habitual después. Tengo dificultad para la tarea de conseguir nuevos clientes, pero me desenvuelvo bien a la hora de fidelizar a los que ya están en cartera.

—¿Para qué quieres que me quede?

—Es que están saliendo humedades en el baño, quería que les echases un vistazo. Y si te ves con ganas, las limpias y le das una mano de pintura a la pared.

—Claro que sí, mi amor.

Ella esbozó una sonrisa, se volvió y comenzó a realizar sus tareas diarias, que iban desde ver los programas matinales de cotilleo y tomarse un segundo café, después del desayuno, hasta recoger el correo y comentar con la vecina los vaivenes del barrio. Pero para mi sorpresa, aquel día añadió el trabajo de retirar de la entrada de la casa la escarcha que se formaba cada noche desde hacía algo más de un mes. Hasta el momento nunca lo había hecho, y yo me resbalaba día sí y día también al salir para ir a trabajar.

Estaba siendo un invierno frío, de eso no había duda, y el estado del cuarto de baño era mucho peor de lo que esperaba encontrar. Una gran mancha oscura se extendía desde la esquina superior izquierda y bajaba hasta casi la mitad de la pared, justo donde empezaba el alicatado, que llegaba hasta la bañera. Tomé nota mental de lo que me hacía falta para arreglarlo de manera que resistiese por lo menos hasta la primavera. Entonces podría hacer algo más elaborado, que se secaría con los primeros rayos de sol del año y nos protegería para el siguiente invierno.

Cogí el abrigo y me dispuse para salir a comprar lo necesario.

—¿Adónde vas? – preguntó mi mujer, que se encontraba acuclillada delante de la puerta, picando escarcha.

—A la ciudad, a buscar una brocha nueva y pintura plastificada, para la mancha de humedad.

—No, prefiero que no salgas, tenemos que hacer un par de cosas más. Utiliza la brocha vieja y aprovecha los botes de pintura empezados, que tampoco nos viene mal ahorrar un poco.

—Tienes razón. Además, con esto ya voy a perder un día entero de trabajo – concedí.

II

Pasó una semana durante la cual seguí sin poder volver al trabajo. La mancha de humedad se regeneraba cada noche, ampliándose y dibujando formas nuevas a lo largo y ancho de la pared, alcanzando la bañera. En las juntas de las baldosas, empezaban a aparecer pequeñas formaciones de hielo debido a las filtraciones de agua. En las zonas menos frías de la casa la humedad también estaba presente y, si descuidabas cualquier cosa orgánica más de dos horas en un mismo sitio, aparecía cubierta de una fina capa de moho.

Me levantaba temprano cada mañana, más incluso que si tuviese que visitar a mis clientes, y me dirigía directamente al desván a por más pintura. Era una tarea absurda porque nunca llegaba a secarse. El olor químico de la pintura me era ya tan familiar que no lo percibía, salvo que saliese al jardín y volviera a entrar en la casa. Entonces lo inundaba todo, junto con la sensación de helada que se abría paso a través de mi sistema respiratorio, haciéndome sentir que se me congelaban los órganos internos. El vaho que desprendía por la boca era tan denso que hubiese podido pincharlo en un palo y venderlo como nube de algodón.

—Cariño, no podemos seguir así, tengo que ir a la ciudad y avisar a un albañil antes de que la pared empiece a deshacerse —espeté a mi esposa, completamente desesperado tras comprobar que la mancha ya cubría toda la pared del fondo del cuarto de baño.

—¿Y qué crees que va a pasar? No va a venir nadie. La vecina me ha dicho que ellos están igual, que su marido tampoco ha podido ir a trabajar porque están peleando para que el frío no se adueñe de la casa. Han intentado ir a la ciudad hace dos días, pero el hielo en la carretera lo hace muy peligroso.

—Pues pondré las cadenas o… ¡Claro! ¡Puedo llamar por teléfono para que alguien se acerque a casa!

—Bueno, por intentarlo… Venga, no te angusties, el invierno no va a durar para siempre. Llama, a ver si puede venir alguien. Mientras, estaré en el jardín deshaciendo la escarcha.

Como había predicho mi mujer, nadie pudo acercarse a nuestra casa. Todos los albañiles estaban con las agendas completas. El frío causaba estragos en toda la comarca, ya que estaba situada en una zona de bajo relieve y rodeada de montañas. Los accesos desde la ciudad eran casi impracticables, así que tampoco mostraban mucho interés en aceptar el trabajo y daban preferencia a los clientes de la ciudad. Eso sí, muchos se ofrecieron a acercarse en cuanto llegase la primavera.

Aquella noche nos acurrucamos en la cama muy juntos, buscando el calor en el cuerpo del otro. Sin planificarlo, surgió un coito espontáneo, provocado más por la búsqueda del alivio del frío que por el deseo. La penetré casi con angustia, sin siquiera quitarme los pantalones, y ella apenas apartó un poco el pijama para abrirme paso. No hubo amor, solo alivio gratificante y reconfortante por su calidez demasiado efímera.

III

A los tres meses la escarcha ya había avanzado por el jardín hasta penetrar en la casa. Dentro permanecíamos siempre abrigados hasta la nariz. Los aparatos eléctricos habían dejado de funcionar, igual que el teléfono, que pereció al ser seccionado el cable por una lámina de hielo que se había abierto paso dentro de la pared. Para comprobarlo tuve que romper el yeso, siguiendo el recorrido del cable hasta dar con el problema. De nada sirvió porque, además de la parte cortada, el resto estaba carcomido.

Ambos dedicábamos todo el día a combatir el frío y la humedad en la medida que nuestras cada vez más limitadas posibilidades nos lo permitían. Mi voluntad se había congelado de la misma manera que todo lo demás a nuestro alrededor. No podíamos comunicarnos con el resto de la humanidad más que a través de esa vecina con la que mi mujer compartía pareceres y a la que nunca llegué a ver. Tampoco me preocupaba ya, puesto que apenas me quedaba tiempo al final del día para pensar. Después del terrible trabajo que soportaba, caía rendido en la cama hasta la mañana siguiente, sumido en sueños de esperanza en los que los rayos de sol se dejaban ver al fin, liberándonos de nuestro infierno helado.

IV

Fue alcanzando casi el medio año cuando me di cuenta de que todo estaba perdido. Al despertar en la madrugada intenté abrir los ojos, pero los párpados no se despegaban. Cuando levanté el brazo para sacarme lo que creía que serían legañas secas, escuché el inconfundible crujido de la escarcha al romperse y me di cuenta de que toda mi ropa, la de la cama y también cualquier zona de mi cuerpo que tuviese pelo, estaban completamente invadidas por pequeños copos de fino hielo. Y era eso lo que me impedía abrir los ojos.

Exasperado, me levanté de la cama bruscamente, sintiendo un dolor punzante en todos los músculos. Pero el impulso del miedo fue mayor y me sacudí desesperadamente todo el cuerpo como si intentase purgarme de aquella enfermedad helada que lo estaba corrompiendo todo. Tenía la sensación de que la sangre se me había paralizado, solidificada dentro de las venas.

Fui al espejo, pero no pude mirarme. Una capa de hielo de varios centímetros lo cubría, igual que la bañera. Del techo colgaban estalactitas que daban a la estancia la apariencia de una extraña cueva blanca. Oriné en una esquina para que el líquido caliente abriese un hueco esperanzador hasta el pavimento, pero en cuanto entró en contacto con el hielo, se congeló sin apenas recorrer la mitad del trayecto, dejando un dibujo amarillo que, increíblemente, me pareció hermoso.

—No podemos seguir así, tengo que intentar llegar al pueblo —anuncié a mi esposa, que estaba en el jardín picando el hielo de la entrada con una pala como cada día.

—Si consigues salir de aquí... —dijo ella sin ni siquiera mirarme.

Entonces observé a mi alrededor y descubrí horrorizado que las tapias del jardín también estaban cubiertas de hielo como el portal. No, no solo cubiertas, sino que se habían formado auténticas dunas de nieve que alcanzaban los cuatro metros de altura, prácticamente en vertical. Solo se podría sortear este obstáculo con un equipo de alpinismo, siempre y cuando uno dispusiese de él, además de los conocimientos necesarios, la fuerza, el coraje y la voluntad que de nuevo empezaba a congelarse en mi alma.

—Pero… ¿y los vecinos? ¿Tienen ellos electricidad, calefacción? Podemos intentar llegar hasta su casa.

—Cariño, hace semanas que no hablo con ellos —informó con un tono tan gélido como nuestro entorno para después añadir algo que, esta vez sí, heló mi sangre de verdad—. Además, yo no puedo hacer ese esfuerzo, estoy embarazada.

Sin articular palabra, volví a la casa, entré en el cuarto de estar y me derrumbé sobre la lisa superficie del sillón congelado, dejando que mis lágrimas cayesen como gotas de reluciente cristal que tintineaban al golpear el suelo. Me maldije y maldije también aquella última noche en que acepté la calidez de su cuerpo. No podía entenderlo, no comprendía por qué todo se había congelado a mi alrededor menos mi asqueroso esperma, que había alcanzado su objetivo con precisión.

Me recosté, lloroso, confuso y somnoliento, dispuesto a dejarme llevar por aquella muerte granizada.

No lo conseguí.

V

Una aciaga mañana desperté alertado por los gritos de mi mujer, que había salido temprano al jardín. Cuando llegué a su lado, ella ya estaba dando a luz enterrada en un socavón

elaborado por los propios líquidos que su cuerpo había expulsado para dejar salir a la criatura que albergaba.

Me dejé caer en el interior del agujero sin pensar, actuando con la misma inercia que me había mantenido en pie los últimos meses. Asistí su parto con presteza, como si siempre hubiera sabido qué tendría que hacer cuando llegase el momento. Ella no sufrió de grandes dolores al estar su cuerpo en contacto directo con el hielo.

Fue rápido, un parto de lo más natural. Cuando terminó, yo caí exhausto hacia atrás, dejando que ella cogiese al pequeño en sus brazos, regalándole una mirada de amor tan cortante que me hizo estremecer.

—Mira, cariño, este es tu hijo.

Entonces me recosté en el hielo, extendí los brazos y pegué a mi cuerpo aquella criatura de piel añil, sin atisbo de calor humano, que se retorcía desnuda entre los sonidos de la escarcha quebrándose. Sus ojos, de un intensísimo e inmaculado azul, me observaban con curiosidad, descubriendo el nuevo mundo al que había sido expulsado.

Lo cogí por las piernas, lo puse boca abajo y lo golpeé en la espalda, abriendo en su carne unas delgadas brechas con el hielo que, como pequeñas cuchillas, sobresalían en pico desde las puntas de mis dedos. Una sangre de color cobalto brotó de las heridas de nuestro hijo, mientras profería un agudo y enloquecedor aullido que inundó nuestra cárcel de hielo y congeló para siempre la poca humanidad que nos quedaba.

Los inicios del cuento fantástico en España

Por David Roas[28]

Ilustrador: Minotauro/ Rafa Castelló (España)

a narrativa fantástica española empezó su andadura a remolque de lo que sucedía en otros países. Sus inicios ovela gótica entra en crisis. Nacida en la Inglaterra hay que situarlos en las primeras décadas del siglo XIX, justo en el momento en el que la n de mediados del siglo XVIII, la novela gótica fue la primera forma en que se manifestó el género fantástico. Su componente sobrenatural y terrorífico la convirtió en un medio idóneo para expresar la nueva sensibilidad (la estética de lo sublime y lo macabro, el placer del miedo) que se estaba desarrollando en la Europa de esos años, lo que justificó su rápida popularización.

Sin embargo, la novela gótica no arraigó bien en la literatura española. Aunque fue bastante leída y traducida (con notables ausencias y retrasos), no provocó demasiado interés entre los creadores.[29] En ello también pudieron influir los graves problemas provocados por la férrea censura del momento, así como la precaria situación del mercado editorial. Si bien podemos encontrar ya desde finales del siglo XVIII algunas novelas españolas en las que aparecen

[28]Estas páginas provienen de mi ensayo *La sombra del cuervo. Edgar Allan Poe y la literatura fantástica española del siglo XIX*, Devenir, Madrid, 2011, pp. 23-33.

[29] Véase al respecto el análisis de la recepción y cultivo de lo narrativa gótica en España que ofrezco en mi libro *De la maravilla al horror. Los inicios de lo fantástico en la cultura española (1750-1860)* (Mirabel Editorial, Vilagarcía de Arousa, 2006, pp. 77-103), así como el listado de traducciones de este tipo de novelas reproducido en el mismo ensayo (pp. 215-227).

elementos de carácter gótico, pocas son las que responden de un modo estricto a los cánones de dicho género. Fundamentalmente, se trata de textos cuyo componente gótico se reduce a lo meramente ambiental (tendencia a lo macabro y lúgubre, escenografía terrorífica, muertes violentas) y en los que lo sentimental y lo moral es privilegiado por encima de lo fantástico (que en muchas ocasiones incluso está ausente o acaba siendo racionalizado al estilo de lo que sucedía en las obras de la autora inglesa Ann Radcliffe). Son textos, por tanto, que están muy lejos del componente sobrenatural y subversivo de que gozan las obras maestras del género, como *The Monk* (1796), de M. G. Lewis, o *Melmoth the Wanderer* (1820), de Charles Maturin. La obra gótica española más célebre en esos años fue la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas* (1831), de Agustín Pérez Zaragoza, una recopilación de veinticuatro narraciones.

La forma privilegiada de la narrativa fantástica será el cuento, y su lugar fundamental de aparición la prensa periódica. Así, en diversos diarios y revistas anteriores a la eclosión del movimiento romántico se publicaron relatos en los que se jugaba con los motivos y recursos que la novela gótica había popularizado. Claro que debe hacerse una advertencia: la mayoría de estos textos no son cuentos fantásticos en sentido estricto, puesto que los fenómenos (aparentemente) sobrenaturales suelen recibir una explicación racional. Eso es lo que ocurre en buena parte de los relatos aparecidos en algunas revistas del periodo: *No me olvides* (publicada en Inglaterra entre 1824 y 1829), *Cartas Españolas*, *El Correo. Periódico Literario y Mercantil*, *El Correo de las Damas*... En algunas de estas revistas aparecieron también traducciones de obras fantásticas extranjeras. Así, por ejemplo, en el *Correo Literario y Mercantil*, junto a algunos textos fantásticos españoles, se publicó la primera traducción española de un relato de Hoffmann: "El sastrecillo de Sachsenhausen. Cuento fantástico" (12 de enero de 1831, núm. 392, p. 2).[30]

Pero los mejores relatos fantásticos de este período inmediatamente anterior a la eclosión del romanticismo los podemos encontrar en la revista *Cartas Españolas*, publicada durante los años 1831 y 1832. Entre ellos, destaca con luz propia el titulado "Los tesoros de la Alhambra" (1832),

[30] El texto no se corresponde exactamente con ningún relato breve de Hoffmann, sino que es una breve historia que se narra en la sexta de las siete aventuras que forman su novela *Meister Floh* (1822), un texto que nunca se tradujo íntegramente al español (ése es el único fragmento vertido al castellano a lo largo de todo el siglo XIX). Al respecto, véase mi ensayo *Hoffmann en España. Recepción e influencias*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.

de Serafín Estébanez Calderón, de inspiración legendaria. En esos años, también podemos encontrar cuentos fantásticos en revistas orientadas a un público femenino, como es el caso de *El Correo de las Damas* (1831-1832), en el que se publicaron, además, algunas traducciones de textos ingleses. La moda del cuento fantástico empezaba a ganarse al público español.

La liberalización del mundo editorial y del desarrollo de la prensa que tuvo lugar a la muerte de Fernando VII (1833) trajo consigo la aparición de numerosas revistas y periódicos, que sirvieron como canal privilegiado de divulgación de la estética y la ideología del nuevo movimiento romántico. Y en estas revistas, tal y como estaba sucediendo en esos años en otros países europeos, la literatura fantástica encontró su mejor medio de difusión.

Será a partir de los relatos publicados en la más famosa de las revistas románticas, *El Artista* (1835-1836), cuando la narrativa fantástica española alcance sus primeras obras importantes. En esta revista se publicaron siete cuentos fantásticos, que ejemplifican perfectamente dos de las corrientes por las que discurrió el género en esos años (y que enseguida comentaré): la legendaria y la que imitaba el estilo de Hoffmann. Los representantes de la modalidad legendaria son "El castillo del espectro"[31] y "Luisa. Cuento fantástico", de Eugenio de Ochoa, y "Beltrán. Cuento fantástico", "El torrente de Blanca. Leyenda. Siglo XIII" y "La peña del prior. Supersticiones populares", de J. Augusto de Ochoa. Los relatos de corte hoffmanniano son "Stephen", de Eugenio de Ochoa, y "Yago Yasck. Cuento fantástico", de Pedro de Madrazo. Además, en esta revista apareció publicada en 1835 la traducción de un relato gótico de Washington Irving: "Aventuras de un estudiante alemán" ("The Adventure of the German Student", 1824). Como vemos, la presencia de lo fantástico es realmente importante en las páginas de *El Artista*, lo que demuestra el interés que había empezado a suscitar entre los escritores románticos.

Tras *El Artista*, los relatos fantásticos españoles proliferan en las revistas de la época, tanto en las románticas como en las que no respondían a los ideales de este movimiento. Así, podemos encontrar numerosas muestras en el *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857), *No Me Olvides* (1837-

[31] Este cuento, así como otros que se mencionan en el artículo, pueden leerse en David Roas (ed.), *El castillo del espectro. Antología de relatos fantásticos españoles del siglo XIX*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002.

1838), *El Siglo XIX* (1837), *El Observatorio Pintoresco* (1837), *El Panorama* (1838) o *El Pensamiento* (1841), por citar algunas de las revistas más conocidas en ese momento.

En el periodo romántico, además de publicarse traducciones de algunas de las novelas góticas más célebres, llegan a España las obras de los autores fantásticos de mayor prestigio (aunque con desigual fortuna en lo referente al número de textos traducidos y a la accesibilidad de dichas traducciones):[32] Walter Scott, Alexandre Dumas, E. T. A. Hoffmann, Théophile Gautier, Charles Nodier, Washington Irving, etc. Las influencias que ejercieron sus obras marcaron decisivamente la evolución de la narrativa fantástica, que fue desarrollándose siguiendo las pautas marcadas en Europa, las cuales llegaban a España a través de Francia, país que sirvió como modelo cultural y literario a lo largo de todo el siglo.

Tres fueron los caminos esenciales por los que discurrió el género fantástico en la literatura española de la primera mitad del siglo XIX: el cuento "gótico", lo fantástico legendario y lo fantástico "hoffmanniano". Formas que seguirán cultivándose en la segunda mitad del ochocientos.

Con el término "cuento gótico" me refiero a aquel tipo de narraciones breves que utilizan los motivos y la ambientación propios de la novela gótica (coordenadas temporales alejadas del lector, espacios macabros y/o exóticos), aunque a medida que avance el siglo XIX, las historias narradas en este tipo de relatos se irán haciendo cada vez más realistas y cotidianas. Los cuentos góticos españoles recorren todos los temas y motivos típicos de esa clase de historias: apariciones fantasmales, maldiciones, pactos con el demonio y otros tipos de intervenciones diabólicas, predicciones en sueños, partes del cuerpo humano animadas, vampirismo, etc. De dichos temas se hace un tratamiento también muy variado, desde relatos que muestran una plena aceptación de lo sobrenatural a otros en los cuales lo gótico se combina con la lección moral, sin olvidar los muchos textos que terminan con una explicación racional y que, evidentemente, quedan fuera de lo fantástico en sentido estricto. Algunos ejemplos (aunque la calidad de este tipo de textos en la literatura española del momento deja mucho que desear) pueden leerse en la ya mencionada *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas* (1831), de Agustín Pérez Zaragoza.

[32] En relación a las traducciones españolas de obras fantásticas remito a las páginas 227-255 de mi libro, antes citado, *De la maravilla al horror*, donde el lector puede encontrar un catálogo de las que se publicaron a lo largo de todo el siglo XIX.

Lo fantástico legendario, por su parte, se manifiesta en aquellos relatos que desarrollan una leyenda tradicional o que imitan este género popular. En ellos, el elemento sobrenatural se convierte en el eje de la narración: esas historias se cuentan, sin olvidar su contenido moral, para ofrecer al lector la narración de un hecho extraordinario y, en muchas ocasiones, terrorífico (buen ejemplo de ello son los relatos publicados en *El Artista*). Aunque hay que advertir que ese fenómeno sobrenatural suele recibir a veces una explicación religiosa, que lo hace desembocar en el terreno de lo 'maravilloso cristiano'.

El cuento fantástico legendario está sujeto a unas condiciones muy determinadas en lo referido a las coordenadas espaciales y temporales de la historia: suele desarrollarse en un espacio rural y en un tiempo alejado del presente del lector (habitualmente la Edad Media), respetando, pues, la ambientación propia de las leyendas tradicionales de las que deriva. Además, el cuento legendario utiliza la narración enmarcada como esquema estructural básico: el narrador refiere al lector la leyenda que, a su vez, a él le contaron en un determinado lugar; la voz del segundo narrador podemos oírla o no. El primero es siempre un personaje escéptico que, en muchos casos, añade una explicación lógica al supuesto fenómeno sobrenatural (del que, evidentemente, no ha sido testigo). Aunque hay relatos en que eso no sucede, lo más habitual es que la recepción del hecho sobrenatural sobre el que descansa el cuento fantástico legendario se organice siempre en función de esa doble explicación, sobrenatural y racional, que deja al relato en la más pura ambigüedad, sin eliminar del todo el posible efecto fantástico.

La aparición y el desarrollo de este tipo de textos estuvieron marcados por dos aspectos fundamentales. En primer lugar, el declarado interés de los románticos por las manifestaciones literarias populares y tradicionales, como la leyenda o el cuento folklórico. Y, junto a ello, la influencia destacada de algunos autores y géneros de moda en la España romántica, entre los cuales habría que destacar los siguientes: el componente legendario de las novelas históricas de Walter Scott, muy populares en esos años, y de los también célebres *Cuentos de la Alhambra* (1832), de Washington Irving, obra que se tradujo al español casi de forma inmediata (en 1833; el volumen está formado por diversas historias ambientadas en la Granada de la época musulmana, muchas de las cuales tienen un importante componente mágico y sobrenatural); la novela y el cuento góticos, cuyo influjo se deja notar, fundamentalmente, en el empleo de elementos macabros y terroríficos; y, finalmente, hay que destacar las influencias de la balada y el cuento

maravilloso alemán, manifestadas, sobre todo, en aquellos relatos legendarios que optaron por ambientar sus historias en Alemania (así sucede en "Luisa", de Ochoa), un país que los románticos españoles consideraban como el más idóneo para la manifestación de lo sobrenatural.

El cuento legendario es la forma más abundante en la narrativa fantástica española hasta la década de los 70. Si bien mantendrá unas características fijas, poco a poco se introducirán (por influencia de Hoffmann y Poe) nuevas técnicas y recursos formales destinados a aumentar la verosimilitud de las historias narradas (y, con ello, vencer el creciente escepticismo del lector), así como a intensificar el efecto terrorífico final en detrimento de explicaciones religiosas o morales. Un buen ejemplo es el célebre "El monte de la Ánimas" (1861), de Bécquer.

Por último, hay que referirse a aquellos relatos españoles de la primera mitad del siglo XIX que reflejan la influencia del estilo y temática desarrollados por E.T.A Hoffmann. Como dije al principio, el escritor alemán fue una figura esencial en la historia de la literatura fantástica occidental, puesto que su forma de cultivar lo fantástico, los recursos y motivos que emplea, marcaron decisivamente la evolución del género hasta la popularización en Europa de los relatos de Edgar Allan Poe.[33]

El primer aspecto destacable de los cuentos de Hoffmann es su ambientación absolutamente cotidiana, lo cual hace que sus historias sean mucho más inquietantes, pues el lector las siente muy próximas a su realidad, a diferencia de lo que sucede en lo gótico y lo legendario donde los hechos suelen desarrollarse en tiempos lejanos y/o espacios exóticos. Sin embargo, los textos de Hoffmann no alcanzan el realismo que tendrán, por ejemplo, los de Poe. Y esto es debido a que el mundo cotidiano aparece en ellos, a la vez, reconocible y extraño: los hechos suceden en un mundo en apariencia normal (el lector lo reconoce como el suyo), pero gobernado por unas leyes secretas e incomprensibles, como las que organizan nuestros sueños, de ahí esa atmósfera alucinatoria que caracteriza a muchos de sus relatos. Haciendo una fácil comparación cinematográfica, la mayoría de los cuentos de Hoffmann tienen la misma atmósfera de pesadilla y locura en la que aparece bañada, por ejemplo, *Das Kabinett des Dr. Caligari* (1919), de Robert Wiene.

[33] Sobre la recepción e influencia de Poe en España veáse Roas, *La sombra del cuervo*, op.cit.

Normalmente, quienes acceden, quienes penetran en esa nueva realidad representada en los relatos de Hoffmann son los artistas, es decir, aquellos que, según la visión romántica, poseen un talento superior, una percepción diferente, lo que se traduce en un claro síntoma de alienación (son seres que se sienten desplazados, ajenos al mundo en el que les ha tocado vivir). Así, es habitual en los relatos de Hoffmann (y en los de sus "discípulos" franceses: Gautier, Merimée, Balzac, Dumas) que sus protagonistas sean artistas y/o seres desequilibrados.

Asimismo, el autor alemán suele renunciar a fantasmas, vampiros y otros seres sobrenaturales,[34] en beneficio de un fantástico "interior", psicológico, manifestado mediante dos motivos fundamentales: el doble y la influencia magnética (el control hipnótico de la voluntad). Sus historias fantásticas suelen reflexionar sobre la pérdida de la identidad, sobre los peligros que atenazan al ser humano en lo más íntimo de su ser.

Si bien la opinión de la crítica tradicional ha negado o ha atenuado la trascendencia del influjo que pudo ejercer Hoffmann entre los escritores españoles del siglo XIX que cultivaron lo fantástico, lo cierto es que se convirtió en un autor de moda en España, como lo demuestran las numerosas traducciones de sus relatos y las continuas alusiones a su nombre y a sus obras en la prensa y en la literatura del momento (véase Roas, *Hoffmann en España*). Pese a todo, hay que advertir que el relato "hoffmanniano" fue el menos frecuente en la literatura fantástica española de la primera mitad del siglo XIX. Aunque, eso sí, entre esos pocos textos, hay algunos realmente espléndidos, como "Yago Yasck" (1836), de Pedro de Madrazo, y "La Madona de Pablo Rubens" (1837), de Zorrilla.

Pero si bien la influencia de Hoffmann no se materializó en muchos textos, si que tuvo un efecto decisivo en el panorama literario y cultural de este periodo: despertar el interés del público, los escritores y los editores españoles por la literatura fantástica, puesto que dicho género se convirtió en una verdadera moda (en sus diversas variantes) justo a partir del momento en que el autor alemán empezó a ser leído y traducido.

[34] Esto no significa, sin embargo, que Hoffmann rechace por completo dichas figuras fantásticas, las cuales aparecen en algunos de sus cuentos, como sucede en "Eine Spukgeschichte" ("Una historia de fantasmas") o "Vampirismus" ("Vampirismo").

Durante la segunda mitad del siglo, una vez que su influencia es asumida por los escritores españoles y adaptada a sus intereses, lo fantástico "hoffmanniano" será cultivado más asiduamente y con mayor acierto, como se puede comprobar en los siguientes relatos y novelas: "Los ojos verdes" (1861) y "El rayo de luna" (1862), de Bécquer (donde se combina lo hoffmanniano y lo legendario); *El caballero de las botas azules* (1867), de Rosalía de Castro; *La sombra* (1871) y "La princesa y el granuja (Cuento de año nuevo)" (1877), de Benito Pérez Galdós; o, por citar un último ejemplo, *La redoma de Homúnculus* (1880), de Benito Mas y Prat.

Si bien el cuento fantástico español discurrió por las tres vías comentadas, el dominio de lo legendario fue aplastante. Este tipo de relatos, caracterizado –como hemos visto- por una peculiar estructura y ambientación (alejada en el tiempo y en lo geográfico) enfrenta al lector con lo sobrenatural de un modo mucho menos problemático que el empleado en los relatos "góticos" y, sobre todo, en los "hoffmannianos", lo que hacía más fácil su consumo y producción. Esto se explica porque durante la primera mitad del siglo, una época que podríamos calificar como de aclimatación del género, muchos autores (y lectores) españoles no se sintieron cómodos jugando con lo fantástico. La competencia literaria, la influencia de las preceptivas neoclásicas y, como advierte Llopis, la falta del escepticismo necesario para enfrentarse con lo sobrenatural, afectaron decisivamente a la producción fantástica de este periodo.[35]

La ambientación rural y el alejamiento temporal de la historia respecto del lector, unidos al habitual desdoblamiento de narradores, ninguno de los cuales ha estado en contacto con lo sobrenatural, facilitan el tratamiento y el consumo de dicho fenómeno. Porque esa distancia, tanto de la época como del mundo urbano del lector, donde éste sabe que tales cosas no pueden suceder, forma una especie de "cordón de seguridad" entre lo sobrenatural y el receptor. Así sucede también con los relatos ambientados en lugares exóticos, puesto que su lejanía respecto del mundo del lector, facilita la aceptación de lo narrado: éste admite que puedan suceder fenómenos sobrenaturales lejos de su realidad cotidiana. Lo mismo ocurre cuando se recurre en los cuentos legendarios que acuden a una justificación religiosa (lo que denominamos "maravilloso cristiano"): ello impide que se produzca la transgresión amenazante que caracteriza a

[35] R. Llopis, *Historia natural de los cuentos de miedo*, Ediciones Júcar, Madrid, 1974, p. 94.

lo fantástico en su sentido estricto, puesto que la causalidad de los hechos se hace explícita y, sobre todo, se acepta sin ningún tipo de problemas.

Claro que con todo esto no quiero negar la "fantasticidad" del cuento legendario, porque, como ya señalé, se cultivó, fundamentalmente, para comunicar una experiencia sobrenatural aterradora. Otra cosa es que el tratamiento que recibe lo fantástico en dichos relatos permita que el lector lo consuma de una forma más "segura" que en el cuento "gótico" (aunque buena parte de este tipo de historias también se ambientó en épocas lejanas) y, sobre todo, que el relato "hoffmanniano", ambientado en la realidad cotidiana y próxima al lector, donde su efecto es, por lo tanto, mucho más amenazante. El tratamiento distanciado de los hechos permitió a un buen número de escritores jugar con ello y, a la vez, hacerse eco de una moda literaria cada vez más extendida en España.

A ello podríamos añadir también la influencia de esa mentalidad antisupersticiosa y racionalista –sin olvidar el peso de la religión católica- heredada del siglo XVIII, manifiestamente contraria a toda efusión de lo sobrenatural. El hecho de cultivar lo fantástico distanciándose de lo narrado, mediante los recursos estructurales de lo legendario, o, más drásticamente aún, explicándolo lógicamente en el desenlace de la historia (como ocurre en muchos cuentos de la época), responderían a esa concepción racionalista del mundo.

Eso sucede en muchos de los relatos pseudofantásticos publicados en esos años. Con el término "pseudofantástico" me refiero a aquellos textos que imitan a los cuentos fantásticos puros o en los que aparecen elementos sobrenaturales, pero cuyo tratamiento de tales elementos los convierte en falsos relatos fantásticos, puesto que no pretenden crear efecto ominoso alguno sobre el lector: o bien racionalizan los fenómenos sobrenaturales o bien buscan generar un efecto humorístico, grotesco, alegórico o satírico. Aunque, por otra parte, la gran cantidad de relatos pseudofantásticos publicados es también una buena muestra del interés y, sobre todo, de la popularidad que el género alcanzó en esos años en España: en lugar de llevar a cabo tales alegorías morales y críticas sociales a través de relatos costumbristas o de carácter realista, muchos autores imitaron el cuento fantástico, es decir, una forma de éxito, para hacer más atractivas –y, en ocasiones, más impactantes- sus historias (véase Roas, *La recepción de la literatura fantástica en la España del siglo XIX*, Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 2001, pp. 485-507).

A pesar del desgaste propio del Romanticismo, así como de las cada vez más abundantes reacciones contra dicho movimiento, el interés de los escritores y lectores españoles por la literatura fantástica no sólo no decrecerá en la segunda mitad del siglo XIX, sino que, por el contrario, aumentará tanto en lo que se refiere a la cantidad y calidad de las narraciones publicadas como al número de autores que cultivan el género. Durante la segunda mitad del siglo XIX, el cuento fantástico legendario, como ya advertí antes, siguió siendo una forma muy cultivada (basta pensar en las *Leyendas* de Bécquer). Pero si algo caracteriza a buena parte de la producción fantástica de ese periodo es el progresivo abandono de los ambientes románticos y el incremento de la presencia del mundo cotidiano, un proceso que, si bien ya se había iniciado con los pocos textos «hoffmannianos» publicados durante el periodo anterior, alcanzará su culminación a partir de la popularización de las narraciones de Edgar Allan Poe, cuyas traducciones al español empezaron a editarse en 1858, a remolque del éxito obtenido en Francia. No sólo fue el autor fantástico más traducido del periodo, sino que su forma de cultivar lo sobrenatural y lo terrorífico fue adoptada –en formas y grados muy diversos- por un gran número de escritores españoles, entre los cuales destacan Alarcón, Bécquer, Galdós, Pardo Bazán, Baroja y Unamuno. La popularización de la obra de Poe y su influencia sobre los autores españoles, condujeron a la aclimatación de lo fantástico y a la normalización de su recepción y, sobre todo, de su cultivo.

Biografías:

Directores:

Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969) poeta, antologador, editor y escritor de Ciencia ficción cubana. Graduado en Construcción Naval y Civil, realizó estudios de periodismo, marketing y publicidad y ejerció de profesor en construcción civil en el Palacio de Pioneros Ernesto Guevara de La Habana. Su trayectoria literaria incluye haber formado parte de los siguientes talleres literarios: Óscar Hurtado, Negro Hueco, Taller literario Leonor Pérez Cabrera y Espiral. Ha sido miembro del Grupo de Creación Literaria Onelio Jorge Cardoso.

Es director (junto a Carmen Rosa Signes) de la Revista Digital miNatura. Actualmente radica en España. Colaborador para la revista Amazing Stories.

Signes Urrea, Carmen Rosa (Castellón-España, 1963) ceramista, fotógrafa e ilustradora. Lleva escribiendo desde niña, tiene publicadas obras en páginas web, revistas digitales y blogs (Revista Red Ciencia Ficción, Axxón, NGC3660, Portal Cifi, Revista Digital miNatura, Breves no tan breves, Químicamente impuro, Ráfagas parpadeos, Letras para soñar, Predicado.com, La Gran Calabaza, Cuentanet, Blog Contemos cuentos, El libro de Monelle, 365 contes, etc.). Ha escrito bajo el seudónimo de Monelle. Actualmente gestiona varios blogs, dos de ellos relacionados con la Revista Digital miNatura que co-dirige con su esposo Ricardo Acevedo, publicación especializada en microcuento y cuento breve del género fantástico.

Ha sido finalista de algunos certámenes de relato breve y microcuento: las dos primeras ediciones del concurso anual Grupo Búho; en ambas ediciones del certamen de cuento fantástico Letras para soñar; I Certamen de relato corto de terror el niño cuadrado; Certamen Literatura móvil 2010, Revista Eñe. Ha ejercido de jurado en concursos tanto literarios como de cerámica, e impartiendo talleres de fotografía, cerámica y literarios.

Equipo Editorial:

Jurado Marcos, Cristina (Madrid, España, 1972) Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad de Sevilla. Cuenta con un Master en Retórica de Northwestern University (USA). Actualmente realiza estudios de Filosofía por la UNED. Ha vivido en Edimburgo (Reino Unido), Chicago (USA) y Paris (Francia). Su relato breve "Papel" fue seleccionado en el 1o Concurso de Relatos Breves de la Editorial GEEP para dar título a la antología que recoge las obras ganadoras. Su cuento "Vidas Superiores" fue finalista en la 1ª Convocatoria miNatura Ediciones. Ha publicado sus relatos en "Papeles Perdidos" (el blog de Babelia, el suplemento literario de El País) y en la revista Letralia y colabora regularmente con publicaciones del género. Escribe un blog sobre ciencia-ficción en la web Libros.com http://blogs.libros.com/literatura-ciencia-ficcion/ y acaba de publicar su primera novela "Del Naranja al Azul" en la editorial United-PC http://es.united-pc.eu/libros/narrativa-novela/sciencia-ficcion-fantasia.html

Martínez Burkett, Pablo (Santa Fe, Argentina, 1965) abogado (Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe) y Magister en Derecho Empresario (Universidad Austral, Buenos Aires). Tiene estudios de postgrado en la Universidad de Navarra (España), la Universidad Adolfo Ibañez (Santiago de Chile) y la Louisiana State University (Estados Unidos). Enseña en la Universidad Austral. Es autor de los libros de

relatos Forjador de penumbras (2011) y Los ojos de la Divinidad (2013). Escribe para revistas del país y el extranjero. Ha recibido premios en una docena de concursos literarios. Ha escrito los ensayos Un solo autor en tres personas: presencia de Cervantes, el Quijote y Alonso Quijano en la obra de Jorge Luis Borges (2011) y Cervantes, el baciyelmo y Borges: una ética de lectura (de próxima aparición), ambos para las Jornadas Cervantinas Internacionales de Azul (Argentina). Está preparando un libro sobre Cervantes y Borges y una novela (Pozo del Diablo).

Escritores: [36]

Aguilera, Juan Miguel (Valencia en 1960) es un escritor de ciencia ficción. Se formó como diseñador industrial, aunque destaca por su importancia dentro de la ciencia ficción española.

Sus primeras obras están escritas en colaboración con Javier Redal. Son historias enmarcadas en la ciencia ficción dura (hard) y ambientadas en La Saga de Akasa-Puspa. La recreación de mundos y ambientes es muy consistente y detallista. Mundos en el abismo y sus continuaciones Hijos de la eternidad y Mundos y demonios combinan una trama típica de Space Opera con elementos de ciencia ficción hard.

El refugio muestra una gran influencia científica en biotecnología, bioquímica, comunicación entre especies o en evolución.

[36] Algunas biografías se han obtenido de Wikipedia: http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Portada Al final de ellas se pondrá la dirección web para más información.

También ha colaborado con el conocido autor Rafael Marín Trechera.

En sus obras en solitario deja en un plano secundario los detalles más estrictamente científicos y mezcla elementos de fantasía, en un género que él mismo califica de "historia especulativa". También ha participado como guionista de la película Náufragos y en el cómic Avatar.

Como ilustrador ha elaborado numerosas portadas para libros de ciencia ficción.

Ha recibido los premios Ignotus, Alberto Magno, Imaginales de la ciencia ficción francesa, Bob Morane de Bélgica, y Juli Verne.

Entre los años 2000 y 2002 fue el presidente de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror.

http://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Miguel_Aguilera

Álamo, J. E. (Leamington Spa, Reino Unido, 1960)

No comenzó a escribir hasta los 45 años y desde entonces, eso sí, no ha parado.

Sus novelas de Tom Z. Stone han recibido los premios Pandemia 2012 a la mejor novela Z, Tormo Negro 2012 a la mejor novela negra y el Premio Pandemia 2013.

Actualmente, tiene previsto emprender un tercer libro con Tom Z. Stone como protagonista (All you need is Love), y anda liado con otros proyectos literarios.

Aparte de escribir, traduce, evalúa manuscritos, da clases de inglés...

Es miembro de NOCTE (Asociación Española de Escritores de Terror) y de ESMATER (Escritores Madrileños de Terror).

Vive desde hace más de treinta años en Valencia.

Novelas: El Enviado. Kelonia Editorial. Año 2013; Penitencia. Grupo AJEC. Año 2009; Tom Z. Stone; Dolmen Editorial. Año 2011; Let it Be (Tom Z. Stone II). Dolmen Editorial. Año 2012; Lado Extraño. Ilarión. Año 2013.

Traducciones relevantes: La Puerta Oculta de Orson Scott Card para Minotauro. Año 2011; Eterna Juventud de Drew Magary para Minotauro. Año 2012; El Ladrón de Puertas de Orson Scott Card para Minotauro. 2014.

Alarte, Sergio R. (Valencia, 1978) Licenciado Filología Hispánica. Formó parte de asociaciones culturales relacionadas con las letras en la universidad, allí publicó poemas y relatos en algunas revistas.

Trabaja como redactor y corrector para varias editoriales y medios escritos desde el 2009. Ganó el "I Certamen de Género Fantástico: Descubriendo Nuevos Mundos" (2011) en su categoría de relato largo. Ese mismo año vio la luz su primera novela, encuadrada en la fantasía épica: El yelmo del caballero, nominada como finalista a los premios de la revista "Scifiworld" como mejor novela de género.

Entre 2012 y 2013 publicó un cuento benéfico en Ilusionaria 2 y el relato "Omega" dentro de la antología Más allá de Némesis, así como Butterfly, folletín de ciencia ficción por entregas.

Su última novela hasta ahora es Tormentas de verano (2013), obra de realismo mágico y misterio. A finales de 2013 se atreve con el género zombi dentro de la antología Historia se escribe con Z. Por las mismas fechas es finalista del XXII Certamen Domingo Santos de relato.

En la actualidad trabaja en diversos proyectos del mundo del libro, mientras destila ficciones en un piso con vistas a la huerta de Meliana.

Arnau, J. Javier (Puerto de Sagunto, Valencia) Premio Ignotus 2011 a la mejor obra poética por el poemario "Paraísos Cibernéticos", co-escrito con Carlos Suerio, (Ediciones Erídano). Nominado al Ignotus 2012 por el poemario "Historia de la Yihad (Dune)", aparecido en Alfa Eridiani. Otro poemario en solitario, "Paisajes de Ciencia Ficción" se publicó en Ediciones Efímeras. Ha colaborado en varias novelas compartidas, como "Aromas en

Infrarrojo", publicada en la revista belga De Tijdlijn, y "Cabeza de Playa", (Ediciones Erídano). Algunos relatos y poemas suyos han sido publicados en las antologías "El día de los cinco reyes y otros cuentos" (Ediciones miNatura), "Luz de Luna" (edcs Hidalgo), "Cortocircuitos" ("Ediciones Efímeras), "Athnecdotario Incoherente vol. 1" (Athnecdotario/La Pastilla Roja), "Fantasmas, espectros y otras apariciones" (La Pastilla Roja), "Historias del dragón" (Kelonia editorial), "Némesis, sangre y acero" (Albis Ebooks), "Ico: Involución" (Albis Ebooks), "Cerca de ti" (poemario, edcs Cerca de ti), "Más Allá de Némesis" (Sportula Ediciones), "Bocados Sabrosos 3" (Acen Editorial), "Ilusionaria 4" (Alupa Ed.), etc. Además de relatos, poemas, reseñas y artículos en varias revistas y webs (Alfa Eridiani, Cosmocápsula, NGC 3660, miNatura, Planetas Prohibidos, Anika Entre Libros, Tierras de Acero, Universidad Miskatónica, Breves no tan breves, Efímeros, Qliphoth, MPK, Biblioteca Fosca, Papirando, etc).

Editor de la revista digital Planetas Prohibidos, nominada al Ignotus 2012 y 2013 y de la colección Órbitas Prohibidas. Además, ha escrito y dirigido varias obras de teatro gestual para el grupo La Farola Apedreá, así como guiones para el programa "Crónicas Urbanas", de Canal 7 TV de Sagunto.

Su blog: Por Si Acaso: Previniendo Desastres: http://jjarnau1.blogspot.com/

Barceló, Elia (Elda, Alicante, España, 29 de enero de 1957). Escritora.

Estudió Filología Anglogermánica en la ciudad de Valencia en 1979 y Filología Hispánica en las universidades de Alicante e Innsbruck, Austria, obteniendo el doctorado en esta última en 1995. Desde 1981 reside en Austria, donde es profesora de literatura hispánica.

Se la considera una de las escritoras más importantes, en lengua castellana, del género de la ciencia-ficción, junto con la argentina Angélica Gorodischer y la cubana Daína Chaviano. Las tres

forman la llamada "trinidad femenina de la ciencia-ficción en Hispanoamérica".

Parte de su obra ha sido traducida al francés, al italiano, al catalán, al holandés y al esperanto. Desde 1997 escribe también literatura juvenil.

Es socia de honor de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror.

http://es.wikipedia.org/wiki/Elia_Barcel%C3%B3

Bécquer, Gustavo Adolfo (Sevilla, 17 de febrero de 1836 - Madrid, 22 de diciembre de 1870), cuyo verdadero nombre fue Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bastida, fue un poeta y narrador español, perteneciente al movimiento del Romanticismo. Por ser un romántico tardío, ha sido asociado igualmente con el movimiento posromántico. Aunque en vida ya alcanzó cierta fama, solo después de su muerte y tras la publicación del conjunto de sus escritos alcanzó el prestigio que hoy se le reconoce.

Su obra más célebre son las Rimas y Leyendas. Los poemas e historias incluidos en esta colección son esenciales para el estudio de la literatura hispana, sobre la que ejercieron posteriormente una gran influencia.

http://es.wikipedia.org/wiki/Gustavo_Adolfo_B%C3%A9cquer

Besolí, Olga (1972), escritora, guionista y actriz.

Desde 1999 es actriz, dramaturga y guionista, y a partir de 2009, también escritora de relatos cortos y de cuentos infantiles.

En la actualidad trabaja profesionalmente como escritora, contacuentos, actriz y profesora de talleres literarios online de escritura de cuentos infantiles, de creación literaria en catalán y de escritura dramática en la web www.portaldelescritor.com, donde también imparte tres talleres diferentes de lectura teatral. También es columnista y crítica literaria en la revista mensual dedicada a las letras y a las artes “BUK MAGAZÍN”.

Ha recibido diversos premios literarios y teatrales, entre los que destaca el PREMI MICALET DE TEATRE 2009 por su obra "Pols de Roses" (editada en 2011 por la PUV (Publicacions Universitat de València). También fue ganadora del I PREMI DE TEATRE AMATEUR TERRES DE L'EBRE (2002) con su ópera prima "Fins que la mort ens separi" (Hasta que la muerte nos separe), producida y representada en multitud de ciudades españolas (2001-2009) por RARS Produccions. También ha sido ganadora del Certamen De Cuentos "Ciudad De Tudela" – Premio Especial de Integración 2010, con su relato "El viaje".

Es la escritora de la colección de cuentos infantiles ilustrados Els contes de Muniatto, publicados por Onada Edicions (desde 2009 hasta la actualidad), que ya cuenta con 15 títulos diferentes en el mercado (el último publicado en catalán e inglés). Actualmente está trabajando en el siguiente "Conte de Muniatto", también bilingüe, y que saldrá publicado a finales de junio.

Además, tiene publicados diversos relatos breves en las antologías editadas en papel "Arbreda Ebrenca" (2010) y "Un riu de Crims" (2010) de March Editor, "Tren de la Val de Zafan" (2011) de Gara d'Edizions y "Tren de buit" (2013) de Editorial Petrópolis.

Sus guiones de cortometraje "Al morir" (2001), "Limpieza a fondo" (2005), fueron llevados a la pantalla por RARS Produccions y su guión "Lowra" (2005) fue finalista en el Concurso de Guiones De Las "Jornadas De Cine Villa De La Almunia 2009"

www.relatosbesoli.blogspot.com

Cañadas, Jesús (Cádiz, 1980) Siempre vinculado a la literatura de género, sus relatos han aparecido en revistas como Asimov Magazine, Lovecraft Magazine, Miasma o Aurora Bitzine; así como en las antologías Visiones 2008, Errores de Percepción, Calabazas en el Trastero, Ácronos,

Fantasmagoria o la más reciente Charco Negro.

En 2011 publicó su primera novela, El Baile de los Secretos, en la Colección Excalibur de la Editorial Grupo AJEC, llegando a ser finalista a Mejor Novela en los Premios Scifiworld. Los Nombres.

Muertos es su segunda novela.

Viajero incansable, ha vivido en más de trece ciudades en los últimos diez años. En la actualidad reside en Alemania, donde compagina la literatura de género con su trabajo en la Feria del Libro de Frankfurt.

Charles, Athman M. (Lleida, España, 1974) Montañero venido a menos, boxeador vapuleado, albañil en el andamio, lector empedernido, escritorzuelo de medio pelo, amante de la sci-fi y el terror, casado y con hijos….Administrador de la web Athnecdotario Incoherente y editor en La Pastilla Roja Ediciones.

Bibliografía hasta la fecha: 15 Instantáneas, un descenso a los infiernos del alma humana (Antología en descarga gratuita); El caballero de la luz enlatada (Ilusionaria 2, Edit. Dolmen); El Despertar (Arkham, relatos de horror cósmico. Edit. Tyrannosaurus Books); Peggy (relato en Body Shots, antología ilustrada de chicas zombie de Daniel Expósito. Edit. Dolmen); RiZitos de Oro (relato en Érase una veZ, antología de cuentos clásicos zombies. Edit. Kelonia); Un destello brillante (relato en antología Family Nightmares, antología de terror de inminente publicación. Edit. Universo); Big Mama Black Hole (relato en antología grindhouse Malditas Bastardas. de próxima aparición. Edit. Tyrannosaurus Books); Cumpleaños (relato corto en revista El Hombre de Mimbre, que se publicará en Octubre).

Conde, Víctor (Santa Cruz de Tenerife, 1973) empezó su carrera hace diez años con el comienzo de dos sagas, la del Metaverso y la de novelas juveniles Piscis de Zhintra, para luego saltar a otras temáticas y mundos. Estudió psicología e imagen y sonido, y tras dedicarse unos años al mundo del cine y la televisión se dedicó por completo a escribir. Actualmente reside en Tenerife, donde compagina sus trabajos de escritor de novelas y guionista de televisión. Ha quedado finalista en dos ocasiones del premio Minotauro y sus cuentos se han publicado e francés, belga e italiano. Ganó el Minotauro y el Ignotus en 2010 por Crónicas del Multiverso, y actualmente sus novelas se están publicando en varios países de Europa."

www.victorconde.com/

Eximeno, Santiago (Madrid, 23 de mayo de 1973), es un escritor español de relatos y novelas de ciencia ficción, terror y fantasía. Es un autor prolífico, que ha publicado relatos en prácticamente todas las revistas de género fantástico (Artifex, Revista Galaxia, Pulp Magazine, Gigamesh, Solaris, Valis, Parnaso, Calabazas en el trastero, Qliphoth), en fanzines y ezines, además de participar en varias antologías como Franco. Una historia alternativa (Minotauro, 2005) o Paura (Bibliopolis, 2004, 2005, 2006).

Ha ganado diferentes premios literarios y ha publicado una novela y una antología de relatos de ciencia ficción.

http://www.eximeno.com/

http://es.wikipedia.org/wiki/Santiago_Eximeno

Fernández Miranda Capote, Jorge (España) graduado en Filología Hispánica por la Universidad Complutense, ha escrito cuentos, relatos, poesías y novelas no publicadas hasta el momento. Entre sus escritos se encuentran cuentos como Carina, Retirado en el retiro o Últimos suspiros. También cuenta con poemas de índole amoroso-homosexual, poemas eróticos y de índole metafísica; y varias novelas como Circularidades o Gaia.

Fortanet Muñoz, Elena (Segorbe, España, 1974) escritora y pintora autodidacta.

Concursos de poesía: Amor prohibido (Memoria y euforia, 2012) II Premio de Poesía Amatoria, Gozoso y Erótica de Editorial Hipálage; Se buscan Quijotes (Madrid, 2011) organizado por el Centro de Estudios Poéticos de Madrid; Pasión (De versos encendidos, 2011) I Premio de Poesía Amatoria, Gozoso y Erótica convocado por la Editorial Hipálage; Vivo sin vivir en mi (Madrid, 2011) organizado por el Centro de Estudios Poéticos.

Concursos de microrrelatos: El paseo (Cachitos de Amor 2, 2014) ACEN Editorial; Sueños de artista (Conseguir los sueños, 2012) Editorial Hipálage; A mis brazos (Amigos para siempre, 2011) la Editorial Hipálage.

Obra publicada: Juego de muñecas (novela); Chimenea navideña (Cosecha de invierno, 2012) editorial Urania.

García-Alas y Ureña «Clarín», Leopoldo (Zamora, 25 de abril de 1852 – Oviedo, 13 de junio de 1901), más conocido por Leopoldo Alas "Clarin" nació en Zamora, donde se había trasladado su familia desde Oviedo, al ser nombrado su padre, Genaro García Alas, gobernador de la ciudad.1 Leopoldo fue el tercer hijo del matrimonio.

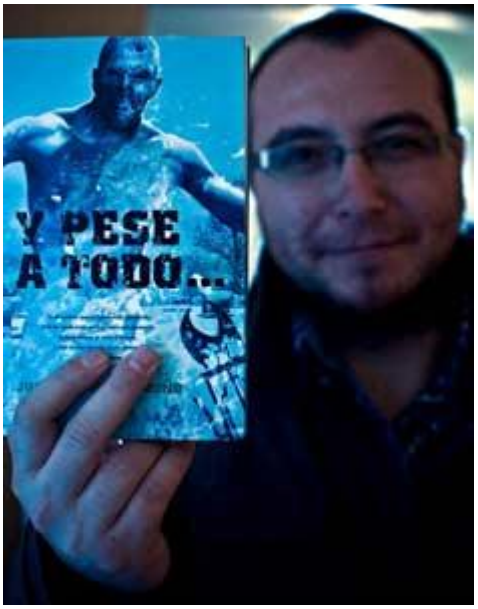
En la casa se hablaba continuamente de Asturias y su madre, Leocadia, con cierta nostalgia, contaba relatos de aquella tierra de sus antepasados (aunque ella tenía también hondas raíces leonesas). Este ambiente influyó en gran medida en el espíritu del niño Leopoldo que desde siempre se sintió más asturiano que zamorano, aunque a lo largo de su vida conservó un cariño

especial por las tierras que lo vieron nacer.

A los siete años entró a estudiar en el colegio de los jesuitas ubicado en la ciudad de León en el edificio de San Marcos (actual parador de turismo).1 Desde el principio supo adaptarse a las normas y a la disciplina del centro de tal manera que a los pocos meses era considerado como un alumno modelo. Sus compañeros lo conocían con el mote (sobrenombre) de «el Gobernador», por alusión a la profesión de su padre. Sus biógrafos aseguran que esta etapa estudiantil engendró en Leopoldo el sentimentalismo religioso y el principio de gran disciplina moral que fueron la base de su carácter. En este primer año escolar ganó una banda azul como premio y trofeo literario. La conservó toda su vida y se encontraba entre los objetos más queridos del museo familiar.

En el verano de 1859 toda la familia regresó a Asturias. Leopoldo descubrió con sus propios ojos la geografía asturiana de la que tanto había oído hablar a su madre. Durante los años siguientes Leopoldo se encuentra en libertad por las tierras de Guimarán, propiedad de su padre, donde aprenderá directamente de la Naturaleza y de los libros que encuentra en la vieja biblioteca familiar, donde entra en contacto por primera vez con dos autores que serán sus maestros: Cervantes y Fray Luis de León.

El 4 de octubre de 1863, a la edad de once años, Leopoldo ingresa en la Universidad de Oviedo en lo que se llamaban «estudios preparatorios», matriculándose en las asignaturas de Latín, Aritmética y Doctrina Cristiana. El curso lo terminó con la nota de sobresaliente y con la adquisición de tres buenos amigos: Armando Palacio Valdés, Tomás Tuero (que fue también escritor, traductor y crítico literario) y Pío Rubín (escritor).



http://es.wikipedia.org/wiki/Leopoldo_Alas_%C2%ABClar%C3%ADn%C2%BB

Garduño, Juan de Dios (Sevilla, 1980) escritor

Desde que publicó su novela El Caído no ha parado. Ha sido finalista y ganador de certámenes como Libro

Andrómeda: Terror cósmico, Monstruos de la razón I y III, Calabazas en el trastero o en Tierra de Leyendas VIII. También ha publicado cuentos en multitud de antologías, en el Especial Scifiworld: King Kong Solidario, en la desaparecida Miasma o en Tierras de Acero, asimismo dos de sus microrrelatos han sido traducidos al francés y publicados en la revista Borderline.

Ha escrito prólogos, ha sido seleccionador de antologías (Taberna Espectral o Antología Z 2, Antología Z 3, Ilusionaria I, Ilusionaria II) jurado en el Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas, y en el certamen Antología z 3 y ha hecho sus pinitos en el mundo cinematográfico como guionista (Elmala3ien. Finalista premio Scifiworld 2011), el primer mediometraje de terror psicológico de la Comunicad valenciana. "Llagas", estrenada en el festival de cine fantástico de Sitges y finalista del Festival de cine fantástico de París, junto a Paco Plaza (REC1, REC2, REC3) y Miguel Ángel Font, y ahora se prepara su tercer cortometraje como guionista titulado Muñeca Rota.

En Julio de 2010 publicó su novela "Y pese a todo…" convirtiéndose enseguida en un éxito de ventas con gran acogimiento en el público y la crítica. Vaca Films, la productora de Celda 211, prepara la película de la novela para fechas próximas contando con coproducción estadounidense, dirección de Miguel Ángel Vivas (Secuestrados, 2011) y actores de Hollywood.

La primera semana de Abril de 2011 sacó al mercado la antología de relatos de terror "Apuntes Macabros", publicada por la editorial 23 Escalones, prologada por el afamado director de cine Miguel Ángel Vivas y recomendada por José Carlos Somoza, Rafael Marín o Juan Miguel Aguilera. En noviembre de 2011 recibió el premio Nocte de terror a la mejor novela de terror nacional por "Y pese a todo...".

"El camino de baldosas amarillas" fue publicada en Diciembre de la mano de Tyrannosaurus Books y en Junio de 2013 publicó "El arte sombrío", con la editorial Dolmen convirtiéndose ambas en éxito de venta y crítica. En Octubre de 2013 publicará "Jon Esponja" en la antología "REC: Los relatos perdidos", con prólogo de Jaume Balagueró y Paco Plaza.

Guadalupe Ingelmo, Salomé (Madrid, 1973) Formada en la Universidad Complutense de Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Università degli Studi di Pisa, Universita della Sapienza di Roma y Pontificio Istituto Biblico de Roma, se doctora en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid, en cotutela con la Università degli Studi de Pisa (2005). Miembro del Instituto para el Estudio del Oriente Próximo de la UAM, desarrolla desde 2006 actividades docentes en dicha Universidad impartiendo cursos sobre lenguas y culturas del Oriente Próximo. Durante los diez años vividos en Italia, desarrolló actividades como traductora y docente. En 2012 Ediciones COMOARTES publicó digitalmente su libro de cuentos La imperfección del círculo (antología personal de cuentos premiados más dos inéditos) y el ensayo titulado "La narrativa es introspección y revelación", con sus respuestas a las preguntas de Francisco Garzón Céspedes, que la ha incluido en su "Indagación sobre la narrativa" junto a personalidades como María Teresa Andruetto, Fernando Sorrentino (Argentina), Froilán Escobar (Cuba/Costa Rica) y Armando José Sequera (Venezuela). Entre sus ensayos más recientes: "Casi once años sin Terenci Moix: la herida de la esfinge no cicatriza" (Revista Almiar - Margen Cero III Época Nº 72 / enero-febrero 2014, 21/01/2014, http://www.margencero.com/almiar/terenci-moix/) y "Borges, un tahúr en la corte del rey Assurbanipal" (en proceso de edición). Suyo es el prologo a la edición de El Retrato de Dorian Gray de la Editorial Nemira y el de la antología del VIII Concurso Bonaventuriano de Poesía y Cuento 2012. Ha recibido diversos premios literarios nacionales e internacionales. Sus textos han sido incluidos en numerosas antologías, en especial de narrativa y de dramaturgia. Cabe destacar la publicación digital de su cuento "Sueñan los niños aldeanos con libélulas metálicas" (con traducción al italiano de la autora, en Ediciones COMOARTES, 2010). El mismo relato ha sido recogido por José Víctor Martínez Gil en la Antología de cuentos iberoamericanos en vuelo (Recurso electrónico. Libro-e), que puede leerse en la Biblioteca Digital del Instituto Cervantes de España. En la misma Biblioteca Digital tiene también su relato El niño y la tortuga, en Literatura iberoamericana para niñas y niños. Brevísimos pasos de gigantes. El niño y la tortuga fue de nuevo antologado en Quince cuentos brevísimos para niños y niñas. Su

texto Es el invierno migración del alma apareció en "Las grullas como recurso turístico en Extremadura", publicado por la Dirección General de Turismo de la Junta de Extremadura en 2011. Fue ampliamente antologada, con un total de 13 textos, en Pupilas de unicornio (2012). Siete de sus textos dramatúrgicos fueron antologados también en Picoscópico (2012). Su monólogo Alicia se mira en el espejo ha sido objeto de publicación digital, acompañado por su entrevista El monólogo recrea una intimidad sin parangón, en la que la autora responde a Francisco Garzón Céspedes sobre cuestiones relacionadas con la dramaturgia. También ha publicado digitalmente Medea encadenada y otros textos dramatúrgicos hiperbreves, que reúne quince monólogos y soliloquios, la mayoría premiados en concursos internacionales. En esta década ha sido jurado permanente del Concurso Literario Internacional "Ángel Ganivet", de la Asociación de Países Amigos de Helsinki (Finlandia) –respaldada por el Ministerio de Educación y Cultura de Finlandia, el Ministerio de Empleo y Seguridad Social de España y embajadas de diversos países de Centro y Sur América, entre otros organismos–, del que ahora es coordinadora. Fue jurado del VIII Concurso Literario Bonaventuriano de Poesía y Cuento 2012 de la Universidad San Buenaventura de Cali (Colombia). Desde 2009 colabora ininterrumpidamente con la revista digital miNatura: Revista de lo breve y lo fantástico. Una idea más precisa sobre su trayectoria profesional en el mundo de la literatura se puede obtener consultando http://sites.google.com/site/salomeguadalupeingelmo/

Jurado Marcos, Cristina (Madrid, España, 1972) *Ver Equipo Editorial.*

Laguna Edroso, Juan Ángel (Zaragoza, 1979) Ingeniero químico, inventor del libro de plástico, esgrimista y escritor, actualmente vive en Metz, desde donde dirige la web OcioZero.com y trabaja como traductor /freelance/. Es presidente de Nocte, miembro de la Biblioteca Fosca y editor de Saco de huesos.

Ha publicado "Pesadillas de un niño que no duerme" (23 Escalones, 2012), "Adraga" (Grupo Ajec, 2011), "Lección de miedo" (Online Studio Productions, 2011), "La casa de las sombras" (DH Ediciones, 2010) y "Caín encadenado" (Editorial Premura, 2000) y en versión bilingüe francoespañola "El niño que bailaba bajo la luna"

(Nuevos Soportes Gráficos, 2005) con ilustraciones de Jean Gilbert Capietto. También es responsable de la versión en castellano de *"Cazador de striges" (23 Escalones, 2011).

Además ha publicado numerosos relatos en antologías y revistas y es el creador del universo de Megazoria, en el que se ambienta su novela "Los designios del kraken" y el relato "Tres flechas de hueso".

www.abadiaespectral.com

Patxi Larrabe (España) Informático de profesión. Escritor, rolero y músico de vocación. Fan incondicional de lo retro, lo underground y el bajo presupuesto, busco sin cesar el eslabón perdido entre el rol, la literatura pulp y el heavy metal.

En 2013, comienzo a colaborar con la revista steampunk El Investigador y gano el certamen Amanecer Pulp organizado por RelatosPulp.com con mi relato La Zarpa Roja contra la amenaza de los hombres-lagarto. En abril de 2014 veo publicado mi relato Eslabones Anónimos en el tercer recopilatorio de la editorial Planes B dedicado al Gaslamp.

Actualmente soy miembro del colectivo artístico independiente Mercenarios de DIOS y surco el espacio a bordo del cohete de NeoNauta Ediciones como primer oficial y oficial científico.

Manzanaro, Ricardo (San Sebastián, 1966) Médico y profesor de la UPV/EHU (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia-ficción (http://www.notcf.blogspot.com/). Asistente habitual desde sus inicios a la TerBi (tertulia de ciencia-ficción de Bilbao), y actualmente preside la asociación surgida de la misma "TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror" (http://terbicf.blogspot.com.es/). Tiene publicados más de 40 relatos.

Marín Trechera, Rafael (Cádiz, 3 de febrero de 1959), es un profesor, escritor, traductor y guionista de cómics español. Ha desarrollado también una gran actividad como crítico

de cine, cómics y de literatura de ciencia ficción, participando en numerosas publicaciones.comenzó su carrera como escritor a finales de los años 70, cuando estaba estudiando la carrera de Filología Inglesa. Lanzó entonces su propio fanzine, "McClure" (1978), y colaboró con varias revistas de ciencia ficción, como Kandama, Máser, Nova y Nueva Dimensión; en esta última se publicó su primera novela corta, Nunca digas buenas noches a un extraño (1978), donde preludia el movimiento cyberpunk.

Obtenida la licenciatura, ejerce como profesor de lengua inglesa y literatura en el Colegio San Felipe Neri de Cádiz. Trabaja también como traductor en más de un centenar de obras de diversa temática para editoriales como Martínez Roca, Júcar, Ultramar, Folio, Ediciones B, Gigamesh, La Factoría de Ideas, Bibliópolis, Minotauro y otras. Su novela Lágrimas de luz (1984) está considerada una de las mejores de la ciencia ficción española.

https://es.wikipedia.org/wiki/Rafael_Mar%C3%ADn_Trechera

Mariscal Eligio, José Manuel (Sevilla, 1983), escritor.

Relatos: Tiempo de relatos VII (Editorial Booket, 2010); Pedazos. Dioses de Barro (Amazon, 2012); 80 Microrrelatos más (Mundopalabras, 2013).

Galardones: Finalista (Top 10) del VII Premio Booket para Jóvenes Talentos (2009-10) por el relato Pedazos; II Premio Blogosur (2012) en la categoría de Mejor Blog Sevillano de Deportes por el blog Amigos de Colusso Vs. Amigos de Kukleta.

Mars, Sergio (Valencia, 1976) Licenciado en Biología por la Universidad de Valencia, especializado en Genética Molecular y Evolutiva. Con medio centenar de relatos fantásticos, abarcando tanto la fantasía como la ciencia ficción y el terror, publicados en distintos medios desde el 2001, es autor de las antologías "El rayo verde en el ocaso" (Grupo AJEC, 2008; premio Ignotus a mejor novela corta para "Cuarenta siglos os contemplan"), "El precio del barquero" (Saco de Huesos, 2010) y "La mirada de Pegaso" (Grupo AJEC, 2010; premio Ignotus a mejor antología y a mejor novela corta para el texto homónimo), así como de la novela de fantasía épica "La ley del trueno" (Cápside Editorial, 2012) y el libro de ensayo "La 100cia ficción de Rescepto"

(Cápside Editorial, 2013). Desde la primera en 2007, ha cosechado un total de doce nominaciones a los premios Ignotus en diversas categorías, alzándose con cuatro galardones. También ha obtenido el premio Gandalf y ha sido finalista de diversos certámenes, como el UPC o el Pablo Rido.

Por dos ocasiones (2004-2005, 2009-2011), formó parte de la junta directiva de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, y ha sido igualmente miembro de la Sociedad Tolkien Española y de NOCTE, la asociación española de escritores de terror. Conferenciante habitual en las distintas convenciones de género, el año 2012 fundó el sello Cápside Editorial.

Desde el 2007 mantiene el blog sobre literatura fantástica Rescepto Indablog (http://rescepto.wordpress.com), con más de 800 entradas y 400.000 visitas a enero de 2014.

Morán Roa, Alberto (), devora, traduce, revisa y enseña palabras.

Escribió artículos y relatos durante años hasta que una criatura tan lúcida como demente lo escogió para que escribiese su historia. Así nació la saga de El Rey Trasgo, que consta hasta la fecha de dos entregas -La Ciudadela y la Montaña; Títeres de Sangre-.

También ha participado en antologías como Body Shots, Ilusionaria o Descubriendo Nuevos Mundos.

Actualmente trabaja en dos proyectos: uno relacionado con el universo de El Rey Trasgo y otro apartado de él pero también enmarcado dentro de la fantasía en su vertiente más oscura, que es donde él se siente a gusto.

Mateo Escudero, David (Valencia, 1976)

Escritor de literatura fantástica de Valencia, lleva más de cuatro años publicando en revistas especializadas y antologías del medio. Sus cuentos pueden leerse en recopilaciones tan importantes como Paura y Artifex (Bibliopolis), «Te lo cuento» y «Pequeños grandes cuentos» (Ábaco), Asimov Ciencia Ficción (Robel) y Terror Cósmico (Libro Andrómeda). Editor de la revista especializada Tierras de Acero MGZN. Ha colaborado con Diario de Valencia y Canal Scifi haciendo tiras cómicas.

Entre sus obras, destaca la saga: «La tierra del dragón» (Equipo Sirius), de la que ya se han publicado tres volúmenes: «Nicho de reyes, «El último dragón» y «Encrucijada», bajo el pseudónimo de Tobías Grumm. Además ha sido finalista del certamen literario Domingo Santos 2006.

Dirige varios talleres orientados a los más jóvenes en comunidades como Moncofa (Castellón), Dos Hermanas (Sevilla) y Yecla (Alicante). Ha participado en charlas universitarias, firmas de libros, convenciones, salones y mesas redondas sobre el impacto de la literatura fantástica en España.

http://lasombradegrumm.blogspot.com/

Negrete, Javier (Madrid, 1964), licenciado en Filología Clásica y profesor de Griego, puesto que desempeña desde 1992 en el IES Gabriel y Galán de Plasencia (Cáceres). Compagina la docencia con la literatura y con la traducción del inglés al español. En este último terreno, ha traducido varias novelas, cómics y, sobre todo, videojuegos, entre ellos varios títulos de las series Assassin's Creed, Splinter Cell y Prince of Persia.

Como novelista ha publicado más de veinte títulos y ha cultivado diversos géneros. Su tetralogía de fantasía épica Saga de Tramórea, compuesta por las novelas La Espada de Fuego, El

espíritu del mago, El sueño de los dioses y El corazón de Tramórea, rompió moldes en una época en que los editores todavía no se atrevían a apostar por autores de género fantástico en español. Las obras de esta saga se caracterizan por una atención al detalle, un realismo de presentación y, sobre todo, un tratamiento de los personajes y sus conflictos que lo acercan a autores de este género como George R. R. Martin o Robert Jordan.

Dado su amor por la historia antigua y el mundo clásico, era sólo cuestión de tiempo que se decidiera a escribir sobre Grecia y Roma. Su primera incursión fue la novela breve El mito de Er (2002) cuya versión francesa obtuvo el premio Bob Morane a la mejor novela extranjera en 2004. Después combinó la novela histórica con el género erótico en Amada de los dioses, finalista del premio Sonrisa Vertical. En 2006 mezcló la fantasía y la mitología clásica en Señores del Olimpo, novela que ganó el premio Minotauro y (en versión francesa, de nuevo) el Prix Européen Utopiales a la mejor novela extranjera de género fantástico publicada en Francia en 2008. En 2007 realizó un nuevo experimento con la ucronía Alejandro Magno y las águilas de Roma, obra en la que, utilizando una rigurosa documentación, planteaba qué habría podido ocurrir si Alejandro no hubiese muerto en Babilonia y se hubiera enfrentado a las legiones romanas en Italia. Esta novela obtuvo los premios Ignotus y Celsius 232 (este último otorgado por la Semana Negra de Gijón).

Por fin, en 2008 publicó Salamina, su primera novela puramente histórica, en la que narraba las Guerras Médicas, el conflicto entre Grecia y Persia. Su experiencia como escritor de fantasía heroica le sirvió para narrar las batallas de Maratón, las Termópilas y Salamina con una fuerza épica desacostumbrada en el género histórico. Esta novela, la primera que publicaba con la editorial Espasa, obtuvo un gran éxito tanto de público como de crítica, fue finalista del Premio de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza y consiguió el premio Spartacus a la mejor novela histórica, otorgado también por la Semana Negra. Después de Salamina, ha vuelto al mestizaje literario en los tecnothrillers Atlántida y La zona (este último escrito a cuatro manos con Juan Miguel Aguilera). Su última novela publicada hasta el momento, La hija del Nilo, es una nueva

incursión en el género histórico, y en ella el origen de la relación entre Julio César y una joven Cleopatra muy distinta de su imagen tópica.

Por último, hay que mencionar que también ha escrito ensayos de divulgación histórica: La gran aventura de los griegos, Roma victoriosa y Roma invicta.

Ocampos, Emilio J. (Priego de Córdoba, 1987) Desde muy joven se interesó por la literatura y sus primeras poesías llegarían en la adolescencia. Acabados sus estudios preuniversitarios se trasladó a Granada, donde actualmente se encuentra cursando el último año de Filología Hispánica.

Publicaciones: Difusión a través del programa Dinamopoética. Ocio cultura. Córdoba Joven. Publicación en la Antología de Poesías titulada "Latidos de la Vida - Libróptica 2013".

Palma, Félix J. (Sanlúcar de Barrameda, 1968) ha sido unánimemente reconocido por la crítica como uno de los escritores más brillantes y originales de la actualidad, siendo uno de sus rasgos más destacados su habilidad para insertar lo fantástico en lo cotidiano. Su dedicación al género del cuento la ha reportado más de un centenar de galardones. Aparte de haber sido recogido en numerosas antologías, ha publicado cinco libros de relatos: El vigilante de la salamandra (1998), Métodos de supervivencia (1999), Las interioridades (Premio Tiflos, 2001), Los arácnidos (Premio Iberoamericano de relatos Cortes de Cádiz, 2003) y El menor espectáculo del mundo (2010).

Como novelista ha publicado la novela La Hormiga que quiso ser Astronauta (2001) y Las corrientes oceánicas (Premio de novela Luis Berenguer, 2005). Pero lo que le ha supuesto su consagración definitiva como narrador ha sido su Trilogía Victoriana, de

la que ha publicado las dos primeras novelas: El mapa del tiempo (XL Premio Ateneo de Sevilla, 2008) y El mapa del cielo (2012). Ambas han sido publicadas en más de 30 países, como Estados Unidos, Reino Unido, Australia, Noruega, Italia, China, Brazil, Alemania, Rusia, Francia o Japón.

Pé de J. Pauner –seud.- (México, 1973) Narrador, analista cinematográfico y performer. Ha publicado novela erótica y narraciones de género (Ciencia Ficción, Terror y Fantasía) en las revistas digitales e impresas "Axxón" y "Próxima" de Argentina y en "Alfa Eridiani" de España. Colabora con la revista "Cine Toma" y el portal "Correcamara" de México y la revista "Hontanar en español" de Australia.

Polanco Muñoz, Fernando (Puerto de Santa María, Cádiz), estudió guion en la ESCAC (escola de cinema i audiovisuals de Catalunya), luego hizo un máster en la escuela de cine de Cuba y trabajó en el departamento de Desarrollo de ficciones de Filmax como becario.

Publicó su primer relato en la antología "Body Shots" de Dolmen y publicará su primera novela en septiembre de 2014.

Pedraza Martínez, Pilar (Toledo, 12 de octubre de 1951) es una escritora y profesora titular de universidad española. Su obra tiene dos vertientes principales: la narrativa de terror y el ensayo. Desconocida del gran público, es una escritora de culto, cuyo peculiar feminismo sadiano recuerda a la controvertida pensadora norteamericana Camille Paglia y a la novelista británica Angela Carter.

Los cuentos y novelas de Pilar Pedraza presentan personajes y ambientes inquietantes, en los que la presencia siniestra de lo sobrenatural (muertos que retornan a la vida, demonios, objetos encantados) se asocia a la locura, la muerte y el placer sadomasoquista. Esta temática, que domina su primera novela, Las joyas de la serpiente (1984), sufre una estilización paulatina en posteriores entregas. En La perra de Alejandría (2003)

Pedraza nos ofrece una versión peculiar de la historia de Hipatia (Melanta, en la novela), a la que presenta como víctima de la confrontación entre el culto de Dioniso y el de Cristo, liderado por el obispo Críspulo (trasunto de Cirilo de Alejandría).

http://es.wikipedia.org/wiki/Pilar_Pedraza

Rhei, Sofía (Madrid, 1978) es escritora de poesía experimental y fantasía. Ha publicado los libros de poesía Las flores de alcohol (La bella Varsovia), Química (El gaviero), Otra explicación para el temblor de las hojas (Ayuntamiento de granada), Premio Javier Egea, Alicia Volátil (Cangrejo Pistolero), libro en 3D, bestiario microscópico (Sportula) y La simiente de la luz (Lapsus Calami), así como el libro de poesía infantil Adivinanzas con beso para las buenas noches (Alfaguara). En narrativa: la novelas juveniles de fantasía Flores de sombra (Alfaguara) y su secuela Savia Negra; los libros infantiles Fairy Link (Alfaguara), Cuentos y leyendas de objetos mágicos (Anaya); las series infantiles Krippys (Montena) y El joven Moriarty (Fábulas de Albión); la recopilación de relatos Las ciudades reversibles (UCLM). Entre otros muchos títulos, ha traducido las fantasías humorísticas La última lágrima, de Stefano Benni, y Heck, de Dale E. Basye. Ha recibido la nominación a los premios estadounidenses Rhysling y Dwarf Stars por su microficción, traducida por Lawrence Schimel. También ha compuesto las canciones del disco Play, que acompaña al libro del mismo título de Javier Ruescas.

Rodríguez De Montalvo, Garci (1450- 1505), es muy poco lo que se conoce sobre este autor. Nació en el último tercio del reinado de Juan II. Fue seguramente de origen judeoconverso y regidor de Medina del Campo en la última década del siglo XV, pues así aparece en las actas del Ayuntamiento de Medina, con el nombre de Garci Rodríguez de Montalvo el Viejo para distinguirle de "el Mozo", que era su nieto.

Perteneció al distinguido linaje de los Pollino, uno de los siete que gobernaban la ciudad de realengo de Medina del Campo, de la que fue regidor. Probablemente participó en la Guerra de Sucesión Castellana y acudió las campañas iniciales de las Guerras de Granada formando parte

del regimiento militar de su ciudad. Fue aficionado a la caza de cetrería y compartió los ideales políticos de los Reyes Católicos.

Tuvo varios hijos, entre ellos Pedro Vaca, Juan Vaca Montalvo y Francisco Vaca. Según Pascual de Gayangos y Narciso Alonso Cortés, fue armado caballero por los Reyes Católicos en 1482 por haber intervenido en la defensa de Alhama con un grupo de otros "caballeros viejos de San Juan e Santiago". Alonso Cortés añade que su nombre figura en el Padrón de Alhama que es listado de caballeros oriundos de Medina del Campo.

Es posible que alguna aldea en la diócesis de Cuenca estuviese vinculada a Montalvo, pues parece conocer muy bien la Serranía de Cuenca al describir la cueva de Urganda la Desconocida. El 30 de junio de 1502 fue testigo en un matrimonio secreto celebrado en el Castillo de Coca entre María de Fonseca y el Marqués del Cenete, Rodrigo de Mendoza, hecho ilegal en la época. En 1497 hubo un pleito en la Chancillería de Valladolid contra un personaje con su mismo nombre (él o su nieto) y un tal Jerónimo de Virués, vecinos de Medina del Campo, por adulterio; fueron sentenciados a destierro de Valladolid por dos meses.

Pese a que se ha postulado como fechas de su muerte hacia 1505, recientes estudios de Ramos Nogales y Sales Dasí consideran que pudo sobrevivir a la primera publicación del Amadís de Gaula, aparecida en 1508.

Adaptó y renovó desde los años 1480 y hasta alrededor de 1495 los tres primeros libros del primitivo Amadís de Gaula, un texto posiblemente escrito en portugués entre los siglos XIII y XIV, durante el reinado de Sancho IV, que se considera hoy perdido o conservado apenas en fragmentos, y añadió un cuarto libro, para dar a luz a la única versión de la historia del libro de caballerías Amadís de Gaula que hoy se conoce completa, impresa en Zaragoza en 1508, y cuyo final es distinto al de la versión primitiva (en la primitiva, Esplandián, hijo de Amadís, luchaba con él sin conocerlo y lo mataba).

Escribió además una continuación, Las sergas de Esplandián (1510), que constituye el quinto libro del ciclo amadisiano y en la que se relatan los hechos del hijo primogénito de Amadís. En algunas ediciones antiguas se cita su nombre, incorrectamente, como Garci Gutiérrez o Garci Ordóñez de Montalvo.

El libro constituye una obra maestra de la literatura de aventuras medievales e imita libremente las novelas del ciclo bretón, dando amplia cabida a los elementos maravillosos y fantásticos. Comienza con el nacimiento de Amadís, hijo bastardo abandonado en una barca del rey Perión de Gaula y de la reina Elisena de Inglaterra. Su crianza en casa del escudero Gandales de Escocia, ignorando su origen. Sus amores con la sin par princesa Oriana, la ceremonia en que es armado caballero, el reconocimiento de sus padres, el encantamiento de Amadís en el palacio de Arcalaus y su desencantamiento, el combate con su hermano Galaor, la prueba del Arco de los leales amadores, la penitencia que con el nombre de Beltenebros realiza en la Peña Pobre, el combate y triunfo con el monstruo Endriago en la isla del Diablo y el matrimonio final. Interrumpen la acción numerosos episodios secundarios tangenciales en los que aparecen otros personajes importantes, como la protectora del héroes, la hechicera Urganda la Desconocida, a la que nadie puede reconocer porque siempre cambia de apariencia. Sus aventuras transcurren en diversas zonas de Europa, por lo que carece de raíces nacionales.

Como caballero perfecto, Amadís representa un modelo de código del honor y un arquetipo de alto valor didáctico y social y sus aventuras transcurren en un ambiente de idealismo sentimental.

Garci Rodríguez de Montalvo tiene el honor, sin pretenderlo, de haber dado nombre a una amplia región del continente americano, ya que uno de los lugares imaginarios que aparece en la obra de Las sergas de Esplandián, una isla denominada Ínsula California, alcanzó notoriedad cuando los conquistadores españoles impusieron su nombre a lo que hoy es una amplia región de México y los Estados Unidos.

http://es.wikipedia.org/wiki/Garci_Rodr%C3%ADguez_de_Montalvo

Sánchez, Beatriz T. (España), escritora de terror y fantasía. La escritura ha sido siempre su natural vocación, ganando varios premios literarios escolares. También le atrae el dibujo y la creación, por lo que estudió Diseño de Moda. Su mayor afición son las lecturas de Historia, Arqueología y Arte. En 2009 su relato "Al caer la noche" quedó finalista en el IV Concurso de relatos de terror del portal www.aullidos.com. En abril de 2011 autopublica la novela corta, de tintes lovecraftianos, La Búsqueda (edit. Círculo Rojo) y es coautora con un relato en las antologías Arkham: relatos de horror cósmico (edit. Tyrannosaurus Books; 1ª edición, julio de

2012); Pasos en la Oscuridad del III Certamen de relatos de terror de la editorial Círculo Rojo (diciembre de 2012); la antología benéfica Crónicas del Miedo (Amazon, marzo de 2013); Bueno, Bonito, Maldito… (no se admiten devoluciones) [edit. La Pastilla Roja, diciembre de 2013]; Dejen morir antes de entrar del III Certamen de relatos de terror de La Web del Terror (Amazon, febrero de 2014); El viejo terrible y otros relatos inquietantes del Certamen Homenaje a Lovecraft de la editorial Rubeo (febrero de 2014); Hasta siempre, princesas (Libralia Editorial, febrero de 2014); la antología ilustrada Cómo matar a… (edit. Universo, abril de 2014) y Los crímenes de la rue Morgue y más cuentos inquietantes del Certamen Homenaje a Poe de la editorial Rubeo (mayo de 2014). Los relatos "Furia" y "El refugio" publicados en la revista Ultratumba nº 22 (diciembre-enero de 2013) y nº 27 (noviembre-diciembre de 2013, nominado al mejor relato publicado en la revista en los premios Ultratumba 2013) respectivamente.

El microrrelato "La visita" en la antología, de microrrelatos de terror, fantasía y ciencia-ficción, Historias del dragón (Kelonia Editorial, mayo de 2013); "Lealtad" seleccionado junto con el ganador y finalistas para el libro solidario Bocados Sabrosos III del III Certamen de microrrelatos de la Asociación ACEN (octubre de 2013); el microrrelato "La bombonera roja" ganador en el I Certamen de micros y poesía de terror Halloween Dark Week 2013. "La cinta de Möbius" seleccionado en el IV Certamen Fantastic´s de microrrelatos de terror, fantasía y ci-fi 2012 y publicado en el recopilatorio La Parca de Venus (diciembre de 2013).

Publica relatos, microrrelatos y poesía en el portal www.almasoscuras.com y colabora en la revista Dissident Tales con una sección fija.

Signes Urrea, Carmen Rosa (Castellon de la Plana, España) *Ver Directores.*

Somoza, José Carlos (La Habana, Cuba, 1959), nacido en La Habana, cuando aún no había cumplido el año de edad, sus padres se mudaron en 1960 a España por motivos políticos, donde reside desde entonces.

Estudió medicina y psiquiatría y no se dedicó a la literatura por completo hasta 1994.

Ha ganado diversos galardones por sus novelas: el Premio de Teatro Radiofónico Margarita Xirgu1 1994 por Langostas, La Sonrisa Vertical 1996 por Silencio de Blanca, el Café Gijón 1998 por La ventana pintada, el Fernando Lara 2001 y el Hammett 2002 de novela negra por Clara y la penumbra, el Ciudad de Torrevieja 2007 por La llave del abismo. También fue finalista del Nadal 2000 con Dafne desvanecida.

Es socio de honor de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror.

Somoza ha dicho que en novela negra "clásica" sus preferencias van desde el inmortal Sherlock hasta Dashiell Hammett, quien siempre le gustó más que Raymond Chandler. En la novela negra moderna se decanta por los escritores que mezclan géneros como John Connolly. Entre sus lecturas permanentes están la obra completa de William Shakespeare y El espía que surgió del frío de John Le Carré.

El director de cine Jaume Balagueró prepara una adaptación cinematográfica de La dama número trece, que cuenta la historia de un profesor de literatura en paro, apasionado por la poesía, y a quien constantemente atormentan unas extrañas pesadillas.

http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/somoza/home.htm

http://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Carlos_Somoza

Toledano Redondo, Juan C. (España/ EE.UU.)

Co/editor y miembro fundador de la revista académica Alambique. Revista Académica de Ciencia Ficción y Fantasía /Jornal Acadêmico de Ficção Científica e Fantasía. Publicada por la Biblioteca de la University of South Florida.

Publicaciones: Bar de congreso (Alba de América 32-vol. 60-61, 2012); A la Luna por ti (Revista Digital miNatura. 112, 2011).

Valenzuela Real, Víctor Manuel (España) Ingeniero de software dedicado al desarrollo y las nuevas tecnologías, firme defensor de la libertad de las ideas y la información, lector asiduo de ciencia ficción y partidario de la protección del medio ambiente y de las energías limpias.

Publicaciones: Novela Los últimos libres y colección de relatos Crónicas de la distopía con la editorial Nowevolution (http://www.nowevolution.net/). Novela La Guerra de los imperfectos actualmente en fase de preparación; Relato Retroalimentación en El día de los cinco reyes y otros cuentos editado por miNatura Ediciones; DH Ediciones editó en 2010 el relato Error de diseño en la antología de terror Clásicos y zombis de la colección Horror hispano; Colaborador de los fanzines: Ianua Mystica y miNatura; Varios relatos regados por el ciberespacio: Revistas: Exégesis, NM, SciFdi, Cosmocápsula, Fantasía y mundo; Relato La guerra de los Imperfectos galardonado con el 2º puesto en el 2º concurso de relato corto fantástico de la Asociación cultural forjadores. Actualmente está preparando una novela homónima inspirada en este relato; Relato El Limpia bosques finalista en I premio Terbi 2011 de relato temático fantástico mutaciones; Relato Convergentes finalista del III Certamen TerBi de Relato Temático: Viaje Espacial sin Retorno.

Vaquerizo, Eduardo (Madrid en 1967) Desde sus primeros contactos con las letras, se convirtió en un apasionado de la literatura. De formación Ingeniero Aeroespacial, compagina su trabajo como inspector de aeronaves con la escritura de relatos y novelas sobre todo de género fantástico y Ciencia Ficción.

Ha publicado numerosos cuentos en revistas literarias así como varias novelas entre las que podemos destacar Stranded (Junto a J.M. Aguilera), Danza de Tinieblas (finalista del premio Minotauro), La última noche de Hipatia y Memoria de Tinieblas (aparecida en el 2013)

Entre otros galardones, posee 4 Ignotus por novela y cuento, 2 premios Xatafi-Cyberdark y varios premios en concursos como el Domingo Santos de literatura de ciencia ficción en el año 2000.

http://es.wikipedia.org/wiki/Eduardo_Vaquerizo

Vilar-Bou, José Miguel (Alfafar, 1979) es periodista. Ha vivido en Italia, Bélgica, Serbia y Londres. Ha trabajado para diversos diarios, revistas y televisiones, especialmente en los campos de sucesos y actualidad social. Ha escrito sobre temas como la posguerra en los Balcanes, narcotráfico, grupos violentos de ultraderecha, inmigración, vulneraciones de los derechos humanos, desapariciones de personas y sectas destructivas. Fue también profesor de música en varios centros para refugiados de guerra en Serbia. Es autor de las novelas Los navegantes (AJEC, 2007) y Alarido de Dios (Equipo Sirius, 2009), ésta última finalista del premio Celsius de la Semana Negra. Ha publicado relatos en diversas antologías y revistas como Babylon, Galaxiao Historias Asombrosas y, en dos ocasiones, en el diario El País (suplementos El Viajero y EP3). Ha publicado junto a la dibujante Verónica Leonetti los libros de relatos La quietud que precede (accésit del concurso de cuentos ilustrados de la Diputación de Badajoz, 2009) y Cuentos inhumanos (Saco de Huesos, 2010). Ha sido finalista del concurso Irreverentes de novela y ganador del premio Nocte al mejor relato nacional de terror. Durante meses se ganó la vida como artista callejero viajando por el norte de Italia, experiencia de la cual es resultado Diario de un músico callejero (Renacimiento). Su obra ha sido traducida al inglés y serbio.

Vilas Couselo, Darío (Vigo, 1979) es escritor, editor y redactor web, labores que compagina con el dibujo de espirales realizado con burbujas simbióticas en dos colores. Sigue adelante por pura necesidad, lo cual considera que de algún modo es bonito, dado que la literatura le ha granjeado un buen puñado de detractores, descomunales jaquecas, delirios de grandeza y otros sinsabores que deja fermentar durante sus largos períodos de barbecho, después de cada obra que perpetra.

Pese a haber obtenido algunos reconocimientos, siendo finalista en numerosos certámenes literarios (Scifiworld de Fantasía Terror y Ciencia Ficción 2011, Premio Nocte al Mejor Relato

Nacional, Premios Pandemia, I Premio Círculo Rojo) y ganador solamente en una ocasión (lo que considera un error de juventud), en concreto del Premio Nosferatu con su relato "Orgullo de padre" (2010), intenta siempre dar todos los pasos en falso posibles, manteniendo así una dudosa reputación en la que nadie tiene el más mínimo interés.

Ha publicado varias obras, Lantana: donde nace el instinto (2012), Instinto de superviviente (2011) y Piezas desequilibradas (2011), siendo El hombre que nunca sacrificaba las gallinas viejas (2013) su primera novela dentro de lo que él mismo ha definido como «realismo bizarro», un estilo que no existe y con el que ya había experimentado en sus relatos, obteniendo una gran acogida por parte de los lectores y de la crítica; le leyeron unas pocas personas y le criticaron bastantes más.

Ensayo:

Roas, David (Barecelona, 1965), escritor y profesor titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona. Asimismo, desde el 1 de septiembre de 2009 es el Coordinador del Máster en Literatura Comparada. Estudios Literarios y Culturales de esa misma universidad. David Roas es también Director del Proyecto de Investigación Lo fantástico en la literatura y el cine españoles (1888-1955). Teoría e historia (FF12010-15537), concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación. A dicho proyecto está vinculado el Grupo de Estudios de lo Fantástico (G.E.F.), y Brumal. Revista de Investigación sobre lo Fantástico, que también dirige.

Es también miembro del grupo de investigación Vertentes do fantástico na literatura, Universidade Estadual Paulista "Julio de Mesquita Filho" (IBILCE-UNESP), Brasil, dirigido por la dra. Karin Volobuef.

Especialista en literatura fantástica ha dedicado a este

género diversas obras entre las que cabe destacar los siguientes ensayos: Teorías de lo fantástico (2001), Hoffmann en España (2002), De la maravilla al horror. Los orígenes de lo fantástico en la cultura española (1750-1860) (2006), La sombra del cuervo. Edgar Allan Poe y la literatura fantástica española del siglo XIX (2011) y Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico (2011; IV Premio Málaga de Ensayo). Ha publicado las antologías El castillo del espectro. Antología de relatos fantásticos españoles del siglo XIX (2002); Cuentos fantásticos del siglo XIX (España e Hispanoamérica) (2003); y, en colaboración con Ana Casas La realidad oculta. Cuentos fantásticos españoles del siglo XX (2008).

Entre sus obras de ficción destacan los volúmenes de cuentos y microrrelatos Los dichos de un necio (1996), Horrores cotidianos (2007) y Distorsiones (2010), con el que ha obtenido el VIII Premio Setenil al mejor libro de cuentos del año. Asimismo, es autor de la novela negra Celuloide sangriento (1996; reeditada en soporte digital en 2011) y el libro de crónicas humorísticas Meditaciones de un arponero (2008).

Ilustradores:

Pág. 337 **Alejo, Yuly (Málaga, España)**, ilustradora de erótico, horror y fantasía.

Ilustradora autodidacta desde los 6 años, nacida en la Costa del Sol en la ciudad de Málaga en 1989, se aficionó desde muy pequeña al dibujo y a la literatura. A pesar por su afición al dibujo, no decidió dedicarse por completo a la ilustración hasta los 16 años.

Tras acabar sus estudios como Técnico Superior de Ilustración en la Escuela de Arte San Telmo en Málaga en 2011, empezó a trabajar como freelance realizando encargos de ilustración digital para cualquier soporte, portadas de libros, diseño gráfico y textil. Actualmente colabora esporádicamente con varias revistas online y fancines.

Interesada desde muy pequeña por la figura femenina y el erotismo, además del fantástico, en sus trabajos se ve la clara influencia del ilustrador Luis Royo, aunque su estilo favorito siempre han sido Fran Frazetta, Milo Manara, Arthur Rackham, Simon Bisley, Morris Meredith Williams y Boris Vallejo entre otros.

Después de probar la ilustración tradicional, con tinta china, acuarelas, óleo y acrílico, etc, se especializó en la ilustración digital y en las portadas para libros de novelas e ilustrados.

http://yulyalejo.com/es/

http://www.ilustreando.com

http://engendrarte.deviantart.com/

Pág. 162 Andreyev, Alex (Saint Petersburg, Rusia, 1972) diseñador gráfico. He estado pintando, dibujando y realizando diseño gráfico durante veinte años. Ahora busco trabajo en la industria cinematográfica y del videojuego.

http://www.alexandreev.com

Pág. 223 Argüelles Trujillo, Yolyanko William (Jovellanos, Matanzas. Cuba, 1975) Graduado en la escuela de bellas artes San Alejandro. Curso de dibujos animados —ICAIC. Ha trabajado como: diseños, guion y dirección para películas de animación, ilustración para libros y revistas, pinturas y diseños de murales, storyboards para Films, guion y dibujos para comics

Filmografía: 2007 —"La catedral sumergida" —dirección y dibujos premio (FIPRESCI) 2008, 2007—"Ex—ergo" —dirección y dibujos, premio (FIPRESCI) 2008, premio "after dark" south beach animation festival. 2009, 2009: Top; Opus; El dictado. Premio especial de animación. 9ª Muestra de jóvenes realizadores. 2010 Exposiciones Personales: 2010 "Sumerged cathedral" "collective" gallery; 2010 "Sumerged cathedral" space "TouchMe"; 2006 "on line" "recreative center José A. Hecheverria"; 1999 "siempre humano", Casa Estudiantil Universitaria; 1998 "Primavera en la Habana". Museo de la Educación. Exposiciones Colectivas: 2002 "Ilustradores cubanos", Muestra itinerante por varias galerías en Brasil; 2002 "Homenaje a Belkis Ayon", Galería Domingo Ravenet; 2002 "Salón pequeño formato Fayad Jamis" Universidad de La Habana; 2001 "Salón Flora", Casa de Cultura Municipal de Marianao¨; 2000 "Salón pequeño formato Fayad Jamis" Universidad de La Habana; 1999 "Salón Flora", Casa de Cultura Municipal de Marianao; 1999 "40 + 30" (En conmemoración del 40 Aniversario del

ICAIC), Galería Teodoro Ramos; 1990 "Taller Joven", Galería Teodoro Ramos; 1988 "Taller Joven", Galería Quinta de los Molinos.

Pág. 259 Aurora Gorrión (Madrid, 1983), cursa estudios de Diseño de Moda y de Diseño-Arquitectura Efímera. Antes, durante y después de finalizar sus estudios ha desarrollado diversas tareas profesionales en el entorno de las artes plásticas como escaparatista, escenográfa, colaboradora en proyectos de diseño museístico, diseñadora gráfica y delineante free-lance, pintora e ilustradora por encargo.

Su trabajo se desarrolla en el entorno digital y la experimentación en la combinación de este con las técnicas tradicionales.

Actualmente realiza talleres de collage, sus ilustraciones tienen sección fija en la revista VISUAL MAGAZINE y colabora en diversos proyectos editoriales.

www.auroragorrion.com

Pág. 307 Basso, William (EE.UU.), escultor, dibujo y fotógrafo. Luego de graduarse en la escuela de diseño en Parson (Nueva York) le permitió colaborar en Eduardo Manostijeras, Terminator 2, Batman Return, Jurassic Park y entrevista con el vampiro.

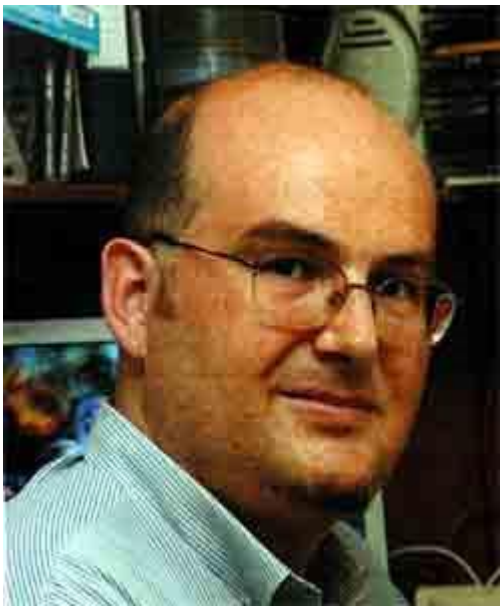
Ha participado en diferentes exposiciones personales y en la revista SPECTRUM.

www.basso-art.com

Pág. 293 Beksínski, Zdzisław (24 de Febrero 1929, Sanok, Polonia – 21 de Febrero de 2005, Varsovia, Polonia) fue un renombrado pintor, fotografo y escultor polaco. Ejecutó sus dibujos y pinturas de un género que él mismo llamó barroco o gótico. El primer estilo es dominado por la representación, los mejores ejemplos vienen de su periodo de Realismo fantástico, cuando pintó imágenes distorsionadas de un ambiente surrealista y de pesadillas. El

Segundo estilo es más abstracto, siendo dominado por la forma, y está tipificado por las últimas pinturas de Beksínski.

http://es.wikipedia.org/wiki/Zdzis%C5%82aw_Beksi%C5%84ski



Pág. 80, 425 Belushi, Pedro (Madrid, España, 1965) Ilustrador de portadas de libros, comic y dibujos animados y fanzines tales como: Bucanero o miNatura. Su trabajo se ha exhibido en festivales internacionales tales como: The Great Challenge: Amnesty International, The Cartoon Art Trust and Index on Censorship. South Bank, Londres (1998) o Eurohumor; biennale del sorriso (Borgo San dalmazzo, Cuneo. Italia); XIII exhibición Internacional de Humor Gráfico: Fundación de la Universidad de Alcalá de Henares. Madrid. España; Rivas com.arteRivasVaciamdrid. Madrid, España. (2006). Premio: Melocotón Mecánico (2006).

Pág. 288 Bolívar, Marcela (Colombia) es una artista digital especializada en técnicas de fotomontaje. Sus composiciones están basadas todas en fotografías, bajo un complejo proceso de transformación, ensamble y detalles hasta obtener una expresión pictórica.

A través de sus simbología y mitología personal Marcela define un mundo solitario sus portadas cobran vida y la suntuosa forma de Flora –su inspiración más recurrente- interviene entre la realidad y la ficción.

http://www.marcelabolivar.com/

Pág. 328 Bou, Marc (España), es licenciado en Bellas Artes por la Universidad Politécnica de Valencia. Ha trabajado en ámbitos diversos, desde muralista y diseñador a ilustrador de carátulas de discos y storyboards. En el ámbito editorial ha ilustrado el libro de cuentos de próxima publicación del escritor José Miguel Vilar Bou. Recientemente ha ganado el I premio en el concurso de relatos y ilustración de Literatura Z, así como ha ilustrado el libro-CD de Bertomeu "7 d'Estellés". También ha participado como ilustrador en el último número de la revista literaria "La bolsa de pipas".

Pág. 215 Carper, Mario César (San Fernando, Buenos Aires, Argentina) escritor, ilustrador, guionista y dibujante de cómics.

Su formación incluye guion y dibujo de historietas, Plástica y Diseño de Interiores. Participa en los talleres literarios Los Forjadores y Taller Siete y colabora como ilustrador de portadas y relatos con las revistas Alfa Eridiani, Axxón, miNatura (cuya portada gano el Iº Premio de Ilustración del IIº PIEE 2009), La Biblioteca Fosca, NGC 3660, Aurora Bitzine, Crónicas de la Forja, NM, Próxima, editada en papel por Ediciones Ayarmanot.

http://carpermc.blogspot.com.es/?zx=fb0f025a1969212f

Pág. 471 Castelló Escrig, Rafa (Castellón de La Plana, España, 1969) Graduado en la Escuela de Artes y Oficios de Castellón en la especialidad de Diseño Gráfico (1993). Cartelista, ilustrador y artista plástico, en la actualidad compagina su trabajo en la administración local en un pequeño ayuntamiento de la provincia de Castellón con su trabajo creativo. Recientemente ha participado con la exposición de sus dibujos y pinturas en la Iª Mostra Tradicional de Sant Joan de Moró (Castellón) y en la 16ª Edición de la Feria de Arte "PASEARTE" en Castellón de la Plana.

http://lafabricaonirica.blogspot.com/

Pág. 320 Chang, Joel (EE.UU.), ilustración, artista conceptual y visual effect. Su trabajo en el cine puede observarse en Snow White and the Huntsman (2012); Wrath of the Titans (2012); War Horse (2011); Transformers "Dark of the Moon" (2011); Sucker Punch (2011) entre otros.

http://www.joelchang.com/

http://www.imdb.com/name/nm3419390/

Pág. 236 Chet Zar (EE.UU., 1967) nacido en la ciudad portuaria de San Pedro, CA, el interés de Chet Zar en el arte comenzó a una edad temprana. Sus padres siempre fueron muy comprensivos y nunca ponen límites a su creatividad. Toda su infancia transcurrió el dibujo, la escultura y la pintura.

El interés del Zar en el lado más oscuro del arte comenzó en las primeras etapas de su vida. Una fascinación natural con todas las cosas extrañas fomentada dentro de sí una profunda conexión con las películas de terror y las imágenes oscuras. Podría relacionarse con los

sentimientos de miedo, ansiedad y aislamiento que transmiten. Estos son los temas que había impregnado la mayoría de sus dibujos y pinturas de la infancia y se reflejan en su obra hasta nuestros días.

La participación combinada de las películas de terror y el arte finalmente culminó en una carrera como artista de efectos especiales de maquillaje, diseñador y escultor de la industria del cine, el diseño y la creación de criaturas y compensar los efectos de efectos para películas como "The Ring", "Hellboy I y II", "El planeta de los simios" y los videos musicales aclamados por la crítica de la herramienta de la banda de metal de arte. Zar también abrazó la parte digital de efectos especiales también, utitlizing la computadora para traducir su visión oscura con la animación 3D para shows en vivo de la herramienta y, posteriormente, la liberación de muchos de ellos en su propio DVD de la animación 3D oscura "perturbar el normal".

Pero los muchos años que pasó frente a todas las políticas y compromisos artísticos de la industria del cine dejan sentir Zar creativamente estancada. A principios de 2000 (a sugerencia del horror autor Clive Barker), decidió volver a sus raíces y se centran en sus propias obras originales y probar suerte en las bellas artes, pintura específicamente en aceites. El resultado ha sido un renovado sentido de propósito, la libertad artística y una claridad de visión que es evidente en sus pinturas surrealistas oscuro (y muchas veces de humor negro).

Sus influencias artísticas incluyen pintor James Zar (padrastro y mentor artístico), Beksinski, HR Giger, Frank Frazetta, MC Escher, Bosch, John Singer Sargent y Norman Rockwell sólo para nombrar unos pocos.

"El arte de Chet es hermoso y aterrador. Su estilo tiene un toque moderno chocar contra un enfoque clásico. Creo Chet es un maestro de la pintura en su manera de hacer una gran marca en nuestro pequeño mundo. ¿Quieres hacer algo inteligente con su dinero? Invierta en una pintura Chet Zar". - Adam Jones (TOOL)

www.chetzar.com

Pág. 205 Chistowski, Tomasz (Polonia) freelance ilustrador digital y concept artist

http://takeda.carbonmade.com/

http://tomaszchistowski.blogspot.com/

Pág. 200 Chubasco -seud.- (México, 35 años) Ha recibido el Carton E Ilustración Bienal (Beijing, China), Mención Honorífica. World Press Cartoon (2007), Cartón Editorial (Sintra, Portugal, 2007). 2º Lugar Premio Nacional de Periodismo (1997). Prize Pagés (1997). Publicaciones: Periódicos "El Universal" "El Economista" "La Jornada" "Reforma" Revistas "Siempre!" "Expansión" "L&F" "QUO" "Balance" Actualmente publico diariamente en el Periódico Reforma.

http://chubascocaricaturero.blogspot.com.es/

Pág. 149 Colucci, Alejandro (Uruguay, 1966) Nacido en una familia de inmigrantes italianos, ha trabajado desde 1990 en el mercado publicitario y editorial como ilustrador y diseñador gráfico.

En 2000 triunfa en la categoría ilustración en el Primer concurso de comics de Argentina. En 2002 abandona la publicidad y se traslada a Barcelona con su familia, donde reside actualmente. Sus ilustraciones para el Ayuntamiento de Barcelona en 2007 resultan galardonadas con el Grand Laus, premio a la calidad del diseño gráfico. En 2009 es seleccionado por la editorial Taschen para formar parte de su prestigiosa publicación Illustration Now! y recientemente ha obtenido el premio Scifiworld a la mejor ilustración de 2011.

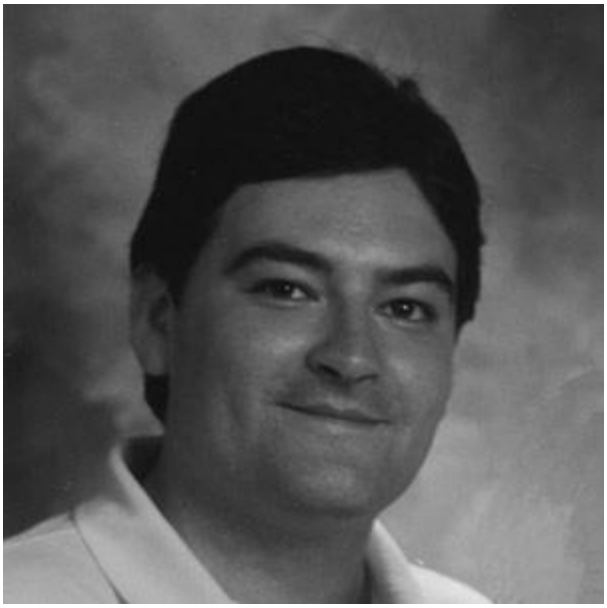
Sus ilustraciones y portadas de libros han sido utilizadas por grupos editoriales en más de 15 países. En 2011 Dolmen Books ha publicado el libro El arte de Alejandro Colucci que recopila muchos de sus mejores trabajos.

Alejandro trabaja con técnicas tradicionales y digitales, según los requerimientos de la obra a representar.

Actualmente vive en Londres.

Desde 2009 su empresa Epica Prima es la representante de su obra: www.epicaprima.com

Pág. 01 Doménech, Alejandro (España, 1972), ilustrador freelance. Siempre estoy en proceso de aprendizaje y me gusta pensar que mi punto fuerte es la versatilidad. Soy de formación básicamente autodidacta, y son los compañeros con los que he tenido la suerte de coincidir en mi carrera los que me han enseñado lo que sé.



Comencé trabajando por cuenta ajena en el sector de la animación. Algún largometraje y unas cuantas series para TV, fundamentalmente trabajando el concept y los fondos. Después monté con mi socio Sergio Abad Edición Limitada Estudio y continuamos moviéndonos en el mundo de la animación, compaginándolo con el cómic, la ilustración para revistas y contenidos digitales y el diseño. Actualmente me dedico sobre todo a la ilustración, y también participo como colorista en el proyecto de cómic book que estoy desarrollando junto con mi socio. ¡Y sobre todo sigo disfrutando con mi trabajo!

Http://www.edicionlimitadaestudio.com

Pág. 415 Fleury, Jérémie (Francia), en el campo de Borgoña pasó la mayor parte de su infancia. En 2006, comenzó en la escuela de ilustración e infografía de Lyon Emile Cohl y se graduó en la primavera de 2011. Luego comienza a ejercer su talento como artista conceptual y artista 3D para estudios de videojuegos como Ubisoft antes para liquidar su cuenta y multiplicar los logros de Literatura Infantil y Juvenil (Hachette Romans, Nathan, Livres de Poche). Su universo favoritos son los de la imaginación, la fantasía y las historias que se encuentran en períodos anteriores, como el siglo XIX.

Es en la quietud de un murciélago colgando del techo que muestra su primer libro para niños Drácula de Bram Stoker adaptada por Dominique Marion éditions Grenouille. Esto fue seguido por The Sound of Music, publicado por la Grenouille y Azuro dragón azul en Auzou.

Hoy en día, se sigue practicando para el juego (Gameco, Péoléo) y para ilustrar.

www.trefle-rouge.fr

Pág. 356 **González Gómez, Jonathan (Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias, España, 1985)** artista Conceptual freelance.

http://brotherostavia.deviantart.com/

Pág. 528 **Jasnikowski, Jaroslaw (Legnica, Polonia, 1976)**, artista. La pintura surge en 1991. Primeros pasos en su camino creativo bajo la dirección de Mirosławy Lickiewicz, artista y educador. Durante este tiempo, la principal inspiración del joven artista fue la ciencia ficción. A mediados de los años 90 descubre la obra de Salvador Dalí y otros surrealistas, y en 1998, bajo la influencia de la exposición Wojciech Siudmak en Museo del Cobre de Legnica y una reunión con el artista, decide dedicarse de lleno a trabajar en campos como el surrealismo o realismo fantástico. En el mismo año también comenzó a enseñar en Głogowski piezas de estudio Artes, donde se encuentra con un conocido pintor y poeta Głogów; Telémaco Pilitsidisa. Bajo su dirección, parece una licenciatura en pintura en 2001. Actualmente Jasnikowski es uno de los principales creadores del realismo fantástico en Polonia, su obra se encuentran en colecciones de todo el mundo.

Imágenes Jaroslaw Jaśnikowskiego son tipo de relación con el viaje del artista a través de mundos desconocidos. Mediante la creación de una realidad diferente, lo puso derecho completamente diferente de la física, burlándose de sí mismo con la gravedad, o las propiedades de la materia. Aunque en muchos lugares, "Alternate Worlds" Jarek se parecen mucho a la realidad que nos encontramos todos los días, ver muy pronto que esta aparente similitud es el único pilar sobre el que el artista construye su propio mundo. Pintura Jaśnikowskiego también se caracteriza por el amor del autor para cualquier tipo de vehículos, máquinas fantásticas, así como el amor por arte gótico. Sus pinturas son un misterio oscuro, creando un ambiente único característico de la obra de este artista.

Actualmente, Jarek, junto con su esposa, Kate también pintora, se graduó de la Academia de Bellas Artes de Breslavia, y viven en en el pueblo de Pasiecznik en las estribaciones de la Jizera.

http://www.jjart.pl

http://www.facebook.com/JaroslawJasnikowski

Pág. 445 Kiani Amin, Ali (Teherán, Irán) Concept artist/ Character designer. Graduado en la Universidad de Bellas Artes de Teherán.

http://ali-kiani-amin.cghub.com/

http://ali-kiani-amin.itsartmag.com/gallery/ali-kiani-amin/

http://ali-kiani-amin.cgsociety.org/

http://cgart.ir/fa/gallery-sort-by-date/500/all/all/all

Pág. 390 Kuhn, Lukas (Alemania) ilustrador.

http://undercurrent.artstation.com/

Pág. 134 Krysinski, Grzegorz (Polonia) ilustrador, diseñador gráfico, concept artist, colorista, diseñador de portadas.

http://czarnystefan.deviantart.com/

Pág. 50 Lim, Kai (Simei, República de Singapur), artista conceptual e ilustrador digital. Co-fundador y propietario de *Imaginary Friends Studios*.

http://ukitakumuki.deviantart.com

http://www.imaginaryfs.sg

Pág. 375 Listfield, Scott (Boston, EE.UU., 1976) conocido por su astronaut solitatario en paisajes inusuales o junto a íconos del pop, logos o referencias a la cf. Estudio arte en Dartmouth College, quizas no fue la cosa más brillante que hizo. Retorno a EE.UU. en el 2001 y a continuado con su astronaut y algún que otro dinosaurio.

Ha colaborado con Wired Magazine, the Boston Globe, and online at Big Red yShiny. Otros trabajos han apareido en New American Paintings (2005- 2008), y exhibido en Bostón, Los Ángeles, New York y Miami.

http://www.astronautdinosaur.com

Pág. 279 Lovesy, George (Nueva Zelanda), artista conceptual. Luego de dejar el bachillerato a a los 16 comence a estudiar animación en la primera escuela de animación de Nueva

Zelandia (NZ Animation School) y graduarse en el 2009 con diploma en animación de personajes y creación digital. Desde ese momento he trabajado como freelance en comic, portadas y juegos. Actualmente trabajo como artista conceptual para Grinding Gear Games en Path of Exile.

http://www.georgelovesy.daportfolio.com/

Pág. 14 Montero, Edison (Barahona, República Dominicana) Ilustrador, historietista y escritor, egresado de la Escuela de Artes de la Universidad Autónoma de Santo Domingo [UASD], presidente de la compañía de cómics e ilustración MORO STUDIO y miembro del COLEACTIVO [Movimiento de Artistas Multidisciplinarios].

Ha trabajado como ilustrador para diferentes productoras cinematográficas, publicitarias y casas editoriales nacionales e internacionales. En el ámbito editorial, ha ilustrado los libros «Caperucita de Ida y Vuelta» (2008); «El Diario de Ana Frank» [2009]; «Hamlet» [2009]; etc. Ha colaborado en cómics y revistas como «Dos Amigos» (2009); «Súper Brush» [2012]; «Distorsión X» [2012]; entre otras. Como escritor e ilustrador publicó «El manual del coleccionista», junto a Leorián Ricardo y Welinthon Nommo, [2010].

Ha participado en diversas exposiciones colectivas como: Manga y Cómic en Dominicana [2007-2011, UASD]; Pabellón del Cómic [XII Feria Internacional del Libro Santo Domingo 2009]; Equipaje Compartido [Galería Guatíbiri, Puerto Rico y Galería de Bellas Artes, Rep. Dom. 2012]; y Moebius Infinitum, homenaje al gran maestro de la novela gráfica francesa «Moebius» [Alianza Francesa de Santo Domingo 2013], etc.

Ha sido galardonado con los premios: mejor diseño de Pabellón [Feria Internacional del Libro Santo Domingo 2009] y el 2do lugar en el V Concurso de Creatividad Universitaria [Campañas y Agencias de Forcadell 2011].

Actualmente se encuentra desarrollando varios proyectos, entre los que están: «Historias de Papá Tingó», nacido en su tesis: «El uso de mitos y leyendas dominicanas para la realización de historietas como suplemento periodístico»; y la adaptación e ilustración del cuento corto «Los Gatos de Ulthar» de H.P. Lovecraft.

http://www.moebiusinfinitum.wordpress.com/

http://www.morostudio.net/

Pág. 299 Ntousakis, Vaggelis (Creta, Grecia) Vive y trabaja en la isla de Creta. En 1990 tuvo un accidente buceando y se quedó cuadripléjico.

Desde una edad muy temprana, quedo fascinando con todo lo relacionado con el horror, lo raro y extraño. Y gastaba horas enteras entre las pinturas del Bosco, Goya y Brugel. A los once años cayó entre sus manos un libro de terror y así descubrió a Robert E.

Howard, Arthur Machen, Derleth entre otros, pero su mayor y más asombroso hallazgo fue la obra de H. P. Lovecraft.

http://vaggelisntousakis2.see.me/atm2012

Pág. 243 Ozminski, Mateusz (Polonia) y me gustaría compartir con ustedes una estrecha selección de mis mejores trabajos. Actualmente tengo 26 años y vivía en Poznan, Polonia. He obtenido recientemente un título de maestría en Architiecture y Urbanismo de la Universidad Tecnológica de Poznan. Estos estudios enriquecen mi sensación de que a raíz de ruta de la industria del entretenimiento es mi verdadera vocación. Nuevas oportunidades y retos conceptuales de arte están alimentando mis llamas inspiración diaria. Me considero de mente abierta y couragous hacer frente a cualquier tarea, la fusión de la libertad artística, junto con la lógica de diseño. A pesar de ser freelancer es bastante satisfactorio, yo también estoy muy ansioso por unirse ambicioso equipo de la casa en todo el mundo.

Mi interés por el arte era fuerte desde temprana edad. A través de años he estado fascinado con los coches, comics, dibujos animados, diseño de páginas web y otros entrerprises gráficas. De pronto, a la edad de 17 años descubrí que el lápiz puede iluminación en realidad imitan. Se desarrolló en el esfuerzo de copiar fotos de forma realista se encuentran en revistas. Poco después de que compré mi primera tableta, por lo que las exploraciones de color se convirtió en una tarea diaria. En los años 2006 - 2011 estudiaba Arquitectura en la Universidad Tecnológica de Poznan. Durante este tiempo he profundizado mi pasión por la historia-tellinig través de imágenes y reconocimiento de las buenas dibujo. Tengo la

intención de continuar con el auto-aprendizaje para ser un mejor artista conceptual e ilustrador.

Exposición:

Mi trabajo ha sido premiado en ImagineFX Rising Stars 2011 del concurso, que aparece en libros de arte Arte Digital Master vol.6 y Expose 9 (Premio a la Excelencia).

De alguna manera, también gané algunos de los otros concursos: Abril 2011 concurso en Los foros de Gnomon Workshop, 3DTotal 03 2010 Challenge "Regalo de los Dioses", la revista psd "Inspirado por Japón" y la competencia Divinity 2 Concept Art.

http://www.ozminski.com/

http://artozi.deviantart.com/

Pág. 459 Quan, Phuoc (República Democrática de Vietnam), diseñador conceptual, desarrollador visual e ilustrador en videojuegos y películas. Actualmente vive en Singapur.

http://phuocquan.blogspot.com

Pág. 315 Rakhmatullin, Mikhail (Moscú, Rusia) Ilustrador freelance.

http://rakhmatullin.blogspot.com.es/

Pág. 269 Roz Illustration (Mar del plata, Argentina) Ilustrador.

https://m.facebook.com/roz.ilustracion?_rdr

Pág. 103, 365 Ruiz, Janet (Cuba) Ilustradora. Miembro del Grupo Cultural Arcángel.

Pág. 167 Salonen, Kirsi (Finlandia) soy una artista digital con 1o años de experiencia en ilustración digital, Dark fantasy, fantasía y terror son las áreas que me apasionan. ¿No es el arte producto de la Fantasía? Graduada de maquiladora en HeadHouse (Finlandia), efectos especiales, bodypainting y otras aplicaciones que incluyen estos estudios.

Como escritora e ilustradora he publicado una serie de fantasía ilustrada de aventuras llamado ORDERA (Radical Publishing) que ya va por su parte 4ta.

http://www.kirsisalonen.com

http://www.kirsisalonen.com/or

Pág. 112, 402 Stanculescu, Lucian (Deva, Rumania, 1982) Graduado en Ciencia Físicas de la Université Claude Bernard Lyon.

Estudió Mecánica Cuántica en la Universidad de Toronto. Su Master en Ciencias aplicada a los ordenadores (en progreso) ha influido en la creación de su universo artístico, así como la precisión matemática. Sin discriminar entre el dibujo, la escultura y el diseño informático

El individuo resuelve los conceptos que le rodean como mortalidad/ inmortalidad, perfección/ imperfección, tiempo/ atemporalidad, determinismo/ indeterminismo, en un amplio duelo con la geometría de los objetos, la caligrafía de las fuerzas y el fluido de los colores.

Prefiero un estado de hiperlucidez a perderme en los sueños de las fuerzas creativas.

Actualmente vive en Lyon.

http://resonanceone.com

http://negativefeedback.deviantart.com

http://resonanceone.com/hypnothalamus

Pág. 347 Tiongson, Bart (Dallas, EE.UU.) Artista Conceptual, ha trabajado en diferentes proyectos para videojuegos tales como Age of Empires Online (2011), Microsoft Game Studios, Orcs Must Die! (2011), Robot Entertainment, Inc., Halo Wars (2009), Microsoft Game Studios, Age of Empires III: The WarChiefs (2006), Microsoft Game Studios, Age of Empires III (2005), Microsoft Game Studios, Age of Mythology: The Titans (2003), Microsoft Game Studios, Age of Mythology (2002), Microsoft Game Studios, Age of Mythology (Collector's Edition) (2002), Microsoft Game Studios.

http://www.theimaginenation.blogspot.com.es/

http://www.riceandeggs.blogspot.com.es/

Pág. 96 Torrent, Dani (España) graduado en ilustración por la Escuela Llotja de Barcelona y licenciado en Historia del Arte Universidad de Barcelona, completó su formación con varios cursos de dirección cinematográfica. Trabaja regularmente como pintor e ilustrador, y

ocasionalmente como escritor de relatos infantiles. Fue ganador del Premio Jóvenes Creadores de la Fundación Fita de Gerona, y seleccionado en el CJ Book Festival de Corea. Como pintor ha expuesto en varios países y como ilustrador ha trabajado en prensa, libro infantil, libro de texto y carteles.

Pág. 463 Wievegg, Thomas (Suiza) freelance illustrator/ concept artist. Su lista de clients incluye: Paizo Publishing, Fantasy Flight Games, BW entertainment and more.

http://www.thomaswievegg.com/

www.thomaswievegg.deviantart.com

www.thomaswievegg.cghub.com

www.inprnt.com/gallery/thomaswi

Pág. 31 Wickedman –seud.- (España), actualmente terminado el bachillerato artístico y participado de la revista digital miNatura en el número dedicado a los Vampiros con el trabajo "El Amante Nocturno".

Participado en el fanzine "Ghouls and Dragons" y actualmente trabajando para el fanzine "Magic Blaster".

Estudiante del profesor de dibujo clásico Paco Morgado y alumno del ilustrador digital Rafael Teruel Cáceres, alias "Rafater", autor de Eros, y ganador del premio a mejor ilustrador español en el Expomanga de Madrid del 2014.

Pág. 254 Zabrocki, Darek (Gdańsk, Polonia, 1991) Artista conceptual.

http://www.daroz.deviantart.com

http://www.facebook.com/daroz.art

http://www.daroz.cghub.com

Pág. 439 Zimmermann, Loic Z. (Francia), visual artist. Vive en Los Ángeles y trabaja como diseñador conceptual en Luma Pictures en peliculas Thor, XmenFC, True Grit, Percy Jackson, Harry Potter and the half blood prince, Wolverine, Underworld... También es muy conocido en la comunidad 3D por sus ilustraciones hibridas, y su nominación como Maya Master y tatuador virtual han provocado no pocos revuelos.

En septiembre del 2010 tuvo su primera colección personal en Downtown L.A. y le espera una nueva para este otoño. Mientras tanto colabora con diferentes grupos en Francia, Inglaterra, Alemania, Canadá y los propios EE.UU. y sus ilustraciones han sido publicadas en diferentes publicaciones en todo el planeta.

Con una novela gráfica por terminar, una nueva serie multimedia en preparación, así como un proyecto fotográfico este año se ha hecho muy interesante.

http://loiczimmermann.com/48875/home

Sobre copyright de las imágenes:

pág. 01 *Tiempos Oscuros nº3 (2014)*/ Alejandro Doménech (España); **pág 14** *Amadis de Gaula*/ Edison Montero (República Dominicana); **pág. 31** *La cruz del diablo*/ Wickedman –seud.- (España); **pág. 50** *Freedom one*/ Kai Lim (República de Singapur); **pág. 80** *Habrá un día en que todos…*/ Pedro Belushi (España); **pág. 96** *S.t.*/ Dani Torrent (España); **pág. 103** *Ausencia*/ Janet Ruiz (Cuba); **pág. 112** *Ataraxia*/ Lucian Stanculescu (Rumania); **pág. 134** *Hantise - Cover art for the comic book named "Edgar Allan Poe - Hantise"(Louis/Orenge/Verguet)-*/ Gzegorz Krysinski (Polonia); **pág. 149** *S.t. (Mal de mares, Tyrannosaurus Books, 2013)*/ Alejandro Colucci (Uruguay); **pág. 162** *Heart*/ Alex Andreyev (Rusia); **pág. 167** *Pestilence*/ Kirsi Salonen (Finlandia); **pág. 200** *Lucy y el monstruo*/ Chubasco –seud.- (México); **pág. 205** *Steampunk Coppelia*/ Tomasz Chistowski (Polonia); **pág. 215** *S.t.*/ M. C. Carper (Argentina); **pág. 223** *Agartha #2*/ Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba); **pág. 236** *Ignoramus*/ Chet Zar (EE.UU.); **pág. 243** *Dwarf madafaka*/ Mateusz Ożmiński (Polonia); **pág. 254** *Dark angel*/ Darek Zabrocki (Polonia); ***pág. 259*** *Hamelín*/ Aurora Gorrión (España); **pág. 269** *CD cover Letanía -Electrofe-*/ Roz Ilustration (Argentina); **pág. 279** *the war fairy*/ George Lovesy (Nueva Zelanda); **pág. 288** *Dusk of hallows*/ Marcela Bolívar (Colombia); **pág. 293** *S.t.*/ Zdzisław Beksiński (Polonia); **pág 299** *Dorian*/ Vaggelis Ntousakis (Grecia); **pág. 307** *Artifact*/ William Basso (EE.UU.); **pág. 315** *City*/ Mikhail Rakhmatullin (Rusia); **pág. 320** *S.t.*/ Joel Chang (EE.UU.); **pág. 328** *Los hombre de leche*/ Marc Bou (España); **pág. 337** *S.t.* / Yuly Alejo (España); **pág. 347** *S.t.*/Bart Tiongson (EE.UU.); **pág. 356** *Bloodsports 13*/ Jonathan González Gómez (España); **pág. 365** Génesis/ Janet Ruiz (Cuba); **pág. 375** The Runway/ Scott Listfield (EE.UU.); **pág. 390** *Entering Cyberspace*/ Lukas Kuhn (Alemania); **pág. 402** *Sail*/ Lucian Stanculescu (Rumania); **pág. 415** The falling/ Jérémie Fleury (Francia); **pág. 425** *El sapo*/ Pedro Belushi (España); **pág. 439** *Nate is Late*/ Loic Z Zimmermann (Francia); **pág. 445** *Apocalypse of Lucifer*/ Ali Kiani Amin (Irán); **pág. 459** *ED02*/ Phoc Quan (República Democrática de Vietnam); **pág. 463** *Oxidated oblivion*/ Thomas Wievegg (Suiza); **Pág. 471** *Minotauro*/ Rafa Castelló Escrig (España); **pág 528** *Rozterki młodego zegarmistrza (2013)*/ Jarosław Jaśnikowski (Polonia).

www.jjart.pl